

"Una joya. Hace pensar, entretiene y es muy divertida".

Catherine Asaro

Rosa Cuántica



**Galardonada
con el premio
NEBULA 2002**

Lectulandia

Rosa Cuántica es la historia de Kamoj Argali, la joven gobernante de una provincia empobrecida en un planeta abandonado. Para impedir que su pueblo muera de hambre, ha accedido a contraer matrimonio con Jax Ponteferro, señor de una próspera provincia vecina. Pero antes de que puedan casarse, Kamoj se ve obligada a unirse a un misterioso extraño de un planeta distante, lo que sume su mundo en un caos completo.

Lectulandia

Catherine Asaro

Rosa cuántica

Saga del Imperio Eskoliano - 6

ePub r1.0

Budapest 20.09.13

Título original: *The Quantum Rose*
Catherine Asaro, 2001
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

Editor digital: Budapest
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Esté libro está dedicado a tres personas excepcionales: los científicos, profesores y modelos de comportamiento que me enseñaron teoría cuántica.

Alex Dalgarno

Erick Sèller

Kate Kirby

Agradecimientos

Me gustaría expresar mi gratitud a todos los lectores que me han ofrecido sus sugerencias para Rosa Cuántica. Sus comentarios me han sido de gran ayuda para escribir el libro. Los errores que puedan quedar son del todo míos.

A Jeri Smith-Ready y Binnie Cyril Braunstein por sus cuidadosas lecturas. A Damon Knight por sus valiosas sugerencias sobre GENio; al Dr. Lee Cafferty por sus consejos sobre cuestiones médicas; al Dr. Richard Drachman de la NASA por revisar el ensayo; a todos los escritores que criticaron diversas escenas: al Grupo de Redacción de Aly, incluidas Aly Parsons, Simcha Kuritzky, Connie Warner, Al Carroll, Paula Jordon, Michael La Violette, George Williams y J. G. Huckenpöler; a Escritores Independientes de Washington, incluidos Francis y Norm Miller, Martha Midgette, Les he Haag y Leslie Cohen; a la «clase» de Ruth, incluidas Ruth Glick (Rebecca York), Randy DuFresne (Elizabeth Ashtree) y Cassie West; y a todas las personas que respondieron a mis preguntas sobre el GENio SFRT4.

Un agradecimiento especial para mis editores, Jim Mintz y David Hartwill, por su excelente intuición y sus magníficas sugerencias; a Tom Doherty y a Mary Louise Mooney y a todo el cualificado personal de Tor y St. Martin Press, que hicieron posible este libro; a mi muy querida agente, Eleanor Wood, de la Agencia Literaria Spectrum; y a Nancy Berland y sus socios por su entusiasmo y su trabajo.

Y gracias de todo corazón a las luces brillantes de mi vida, mi marido, John Kendall Caninizzo, y mi hija, Cathy, cuyo amor y apoyo constantes hacen que todo esto merezca la pena.

Primer canal de dispersión

Kamoj Quanta Argali, gobernadora de la Provincia de Argali, atravesó las aguas y emergió a la superficie del río. Embelesada por la belleza del día, alzó la cabeza hacia el cielo violeta. El diminuto disco de Jul, el sol, brillaba tanto que no se atrevía ni a acercarle la mirada. El firmamento se había llenado de los reflejos trémulos de cortinas de luz verde y dorada, una aurora que aún resultaba visible al caer la tarde.

Dylu, su guardaespaldas, esperaba en la ribera, vigilando el área. El verdadero nombre de Dylu era una maraña de palabras en la antiquísima lengua iotaca, que los eruditos pronunciaban como *diodo emisor de luz*. Nadie sabía lo que significaba, de modo que todos la llamaban Dylu.

Kamoj sintió un hormigueo de inquietud. Avanzó deslizándose por las aguas, mientras su cabello se enortijaba alrededor de su cuerpo, abrazaba su esbelto talle y lo soltaba a continuación. Tenía los ojos negros, como la mayoría de los habitantes de la provincia de Argali, aunque los suyos eran más grandes de lo habitual, con largas pestañas sobre las que ahora brillaban como estrellas las gotitas de agua.

Nada parecía ir mal. Unos juncos tan rojos como ciruelas glaucas se mecían en la ribera y los lagartos de seis patas se escabullían entre ellas, como destellos azules y verdes entre los tallos. Unos pocos pasos detrás de Dylu, se extendía el bosque prismático. Río arriba, en el norte distante, los picos de las Montañas de Cuarzo Rosa flotaban como nubes en la neblina. Se deslizó hasta la otra orilla pero tampoco allí parecía haber nada raro. Las colinas estaban cubiertas por una alfombra de musgo interrumpida por peñascos retorcidos que afloraban como los nudillos de un gigante enterrado.

Lo que sentía no era exactamente inquietud, sino más bien una especie de impaciencia atribulada. Sabía que hubiera debido sentirse culpable por estar nadando allí pero era difícil hacerlo en un día tan hermoso. La tarde bullía de vida, dorada y fresca.

Kamoj suspiró. Por mucho que estuviese disfrutando de las aguas y por muy estimulante que fuese el frescor del agua y el aire, tenía que tener en cuenta su posición como gobernadora. Nadar desnuda, incluso en una zona aislada como aquella, no resultaba demasiado digno. Se deslizó hasta la orilla y empezó a salir del agua, mientras los juncos le azotaban la piel.

Su guardaespaldas continuaba vigilando la zona. De repente, se puso tensa, con la

mirada en el otro lado del río. Echó la mano atrás, en busca del arco de bolas que llevaba a la espalda.

Intrigada, Kamoj volvió la cabeza hacia allí. Un puñado de ciervos cristazures había aparecido desde detrás de una loma situada al otro lado del río y cada animal llevaba un jinete sobre el alargado lomo. Los rayos de sol se astillaban sobre las verdes escamas que cubrían a los ciervos. Los animales se erguían en calma sobre sus seis patas, sin patear el suelo ni extender las pezuñas en el aire. Con las iridiscentes cornamentas extendidas a ambos lados de la cabeza, resplandecían bajo el sol teñido de azul del atardecer.

Los jinetes la estaban observando.

Dulce Airys, pensó Kamoj, mortificada. Corrió colina arriba hasta el lugar en el que había dejado su ropa, junto a Dylu. Su guardaespaldas estaba sacando una bola del tamaño de su puño de una bolsa que colgaba de su cinturón. Con un ademán brusco la introdujo en el émbolo de la ballesta, que se introdujo con un movimiento deslizante en un cilindro plegable. Sin apartar la mirada de los recién llegados, preparó el arma.

Por supuesto, allí en Argali la presencia de Dylu era más una muestra del rango de Kamoj que señal de que se esperase verdadero peligro. De hecho, ninguno de los silenciosos jinetes sacó su arco. Más que nada, parecían intrigados. Uno de los más jóvenes sonrió a Kamoj y sus dientes despidieron blancos destellos bajo la luz del atardecer.

—No puedo creerlo —musitó Kamoj. Se detuvo detrás de Dylu y recogió su ropa. Mientras se ponía la camisa por la cabeza, añadió—. *Eshavyrlostelar*.

—¿Qué? —dijo Dylu.

Kamoj cimbrió el cuerpo para que la suave y gris tela de la camisa se deslizara cuanto antes sobre él. Dylu permanecía delante de ella, con las manos preparadas para disparar. La gobernadora había contado cinco jinetes al otro lado del río, ataviados todos con pantalones color cobre y camisas azules y con cinturones decorados con plumas de quetzales de cola azul.

Uno de los hombres sacaba una cabeza a los demás. Ancho de hombros y de piernas largas, llevaba una capa azul medianoche cuya capucha le tapaba la cara. Su ciervo levantó las dos patas delanteras y corcoveó. Sus cascos bifurcados resplandecieron como el cristal, aunque eran de un material más duro y duradero, parecido al cuerno. El hombre ignoró sus inquietos movimientos y mantuvo la encapuchada cabeza vuelta en dirección a Kamoj.

—Ese es *Havyrl Leostelar* —repitió Kamoj mientras se ponía los pantalones grises—. El que monta el cristazur grande.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Dylu—. Lleva la cara tapada.

—¿Quién más podría ser tan alto? Además, los jinetes llevan los colores de

Leostelar. —Kamoj observó mientras el grupo desaparecía al trote entre las colinas verdes y azules—. ¡Ja! Los has asustado.

—¿Una contra cinco? Lo dudo. —Dylu le dirigió una mirada seca—. Lo más probable es que se hayan marchado porque el espectáculo ha terminado.

Kamoj arrugó el rostro. Esperaba que su tío no se enterara. Siendo como era el único hombre asociado de Argali, Maxard Argali había gobernado la provincia en nombre de Kamoj durante la juventud de esta. En los años transcurridos desde que había alcanzado la mayoría de edad, Kamoj se había cargado sobre los hombros la responsabilidad de dirigir a su pueblo y su provincia. Pero Maxard, su único pariente vivo, había seguido siendo un valioso consejero.

Sin embargo, los hombres de Leostelar eran los únicos que podrían revelar su indiscreción y no solían visitar la ciudad. Leostelar había «alquilado» el Palacio de Cuarzo de las montañas hacía más de cien días y en todo ese tiempo nadie que ella conociera había visto su rostro. Para qué podía querer un palacio en ruinas era algo que a ella se le escapaba, dado que rehusaba recibir visitas. Cuando sus emisarios habían venido a solicitarlo, la idea de que un extraño se instalara en la honrosa, bien que derruida morada de sus ancestros, les había dejado consternados a Maxard y a ella. Kamoj aún recordaba cómo le había ardidido el rostro mientras escuchaba de labios de aquellos hombres la «petición» de su amo.

Sin embargo, no había manera de rehusar el «alquiler» que la gente de Leostelar había traído. La ley era muy clara: Maxard y ella tenían que mejorar la oferta o inclinarse ante él. La empobrecida Argali nunca hubiera podido igualar aquella riqueza: palas y leznas hechas de metales de calidad, pilas de leña, campanillas de brida hechas de oro, miel de rocío y melaza, puerros secos, trigo candeal, tricereales y harina de juncos que se escurría entre los dedos como polvo de rubí.

De modo que ella había cedido mientras un indignado Maxard exigía que se pagara una renta del mismo valor cada cinco años. Era una demanda tan escandalosa que todo Argali había temido que Leostelar enviaría a sus soldados para «negociar».

En vez de hacerlo, el encapuchado desconocido había accedido a pagar.

Con Dylu a su lado, Kamoj entró en el bosque. Mientras caminaba entre los árboles con el musgo bajo los pies desnudos, lo precario de su posición se le hizo aún más patente. ¿Por qué había ido aquel hombre hasta allí? ¿Es que estaba también interesado en sus tierras? Había utilizado el alquiler para comprar maquinaria y herramientas para las granjas de Argali. Por mucho que le molestase depender de un extraño, lo prefería a ver cómo se moría su pueblo de hambre. Pero no podría soportar que le arrebatara nada más, y mucho menos aquel bosque que tanto amaba. De modo que tendría que investigar sus actividades y ver lo que podía averiguar.

La belleza del bosque contribuyó a apaciguar su preocupación. Los troncos de los árboles estaban cubiertos por retazos de musgo y a su alrededor se mecían los

helechos de sombra. Por todas partes se veían las trepadoras de Argali, hinchidas con las flores de rosado rubor que le daban su nombre a su hogar. Argali. En iotaca quería decir «rosa trepadora».

Al menos, la mayoría de los eruditos lo traducían así. Había un individuo que se empeñaba en que significaba *resonancia*. También afirmaba que pronunciaban mal el segundo nombre de Kamoj, Quanta, una palabra iotaca sin traducción conocida. El nombre Kamoj provenía de la palabra iotaca que significaba *ligada*, de modo que si ese excéntrico erudito estaba en lo cierto, su nombre significaba *Resonancia Cuántica Ligada*. Sonrió al pensar lo absurdo que resultaba. *Rosa* tenía mucho más sentido, por supuesto.

La vital pujanza del bosque otoñal le ponía de buen humor. Camuflados entre las flores, los camaleones hinchaban sus sacos rojizos. Una brisa agitada dejó pasar un rayo de sol entre el follaje, que hizo centellear la corteza de los troncos y las finísimas hojas de los árboles. Entonces el rayo se desvaneció y el bosque volvió a sumirse en las sombras violetas del crepúsculo. Pasó un corniciélago batiendo furiosamente las alas. Cayó sobre un camaleón y le clavó el afilado pico en el saco. Mientras la membrana reventaba con una bocanada de aire, el camaleón escapó escabulléndose entre la maleza y el corniciélago salió volando, como una exhalación y con un palmo de narices.

Un polvillo de escamas le cayó a Kamoj en el brazo. Se preguntó por qué la gente no tendría escamas. Esa inconsistencia la había intrigado desde su infancia. Casi todo cuanto había en Balumil, su mundo, las tenía. Las raíces de los árboles, cubiertas de escamas e hinchadas de humedad, recorrían los suelos. Los árboles crecían con lentitud, convertían el agua en energía acumulada que podrían utilizar durante las prolongadas sequías estivales y las interminables nevadas del invierno. A diferencia de las personas, que luchaban por sobrevivir durante todo el penoso año, las plantas estacionales solo crecían en la suavidad de la primavera y el otoño. Sus grandes raíces cubiertas de escamas yacían aletargadas hasta que el clima era de su agrado.

Los pensamientos de Kamoj se llenaron de tristeza. Ojalá su pueblo estuviera tan bien adaptado para la supervivencia. Cada Año Largo luchaban por rehacer su población después de que el interminable invierno la hubiese diezmado. El pasado invierno habían perdido más de los habituales a causa de las ventiscas y las brutales heladas.

También a sus padres.

Aun después de tanto tiempo, la pérdida seguía atormentándola. Apenas era una niña cuando Maxard, el hermano de su madre, y ella misma se habían convertido en herederos de los restos empobrecidos de una provincia que antaño había sido orgullosa.

¿Ha venido Leostelar a quitarnos lo poco que nos queda? Miró de soslayo a su

guardaespaldas mientras se preguntaba si compartiría sus preocupaciones. Dylu, una mujer alta y fibrosa, poseía los ojos y el pelo negros que eran típicos de Argali. Allí entre las sombras, las grietas verticales de sus pupilas se abrían hasta llenar casi por completo su iris. Llevaba las botas de Kamoj colgadas del cinturón por los cordones. Habían estado caminando en un silencio confortable.

—¿Conoces a las maiceras que trabajan en la cocina? —preguntó Kamoj.

Dylu dejó de vigilar el bosque un momento y le sonrió.

—¿Te refieres a las tres niñas? ¿Las que te llegan a la altura del codo?

—Esas mismas. —Kamoj rio entre dientes mientras pensaba en la luminosa energía de las chicas y las historias fantásticas que solían contar—. Me han contado con toda solemnidad que Havyrl Leostelar llegó aquí en un barco maldito que los vientos impulsaban por el firmamento y que no puede regresar a su hogar porque es tan odioso que los elementos se niegan a dejar que vuelva a llevar anclas. —Su sonrisa se desvaneció—. ¿De dónde vienen estas historias? Aparentemente la mayoría de Argali las cree. Dicen que su edad se cuenta por siglos y que tiene una cara de metal tan horrible que provoca pesadillas.

La mayor de las dos mujeres habló con voz calmada.

—Las leyendas tienen a menudo sus raíces en la verdad. No es que sea un ser sobrenatural pero su comportamiento hace que la gente lo tema.

Kamoj había oído demasiadas historias sobre el comportamiento errático de Leostelar como para desecharlas sin más. Desde que llegara a Argali, ella misma lo había visto varias veces, en la lejanía, cabalgando como un poseso. Cuando recorría la tierra de aquel modo salvaje parecía un loco.

Dylu la observó y habló con tono más frívolo.

—Bueno, ya sabes, con esas maiceras no se puede estar segura. Una vez trataron de convencerme de que Argali está maldito. Creen que por eso se han apagado todos los paneles de luz.

Kamoj soltó una risilla, aliviada por la oportunidad de cambiar de tema.

—A mí también me lo dijeron. Pero no fueron demasiado concretas sobre el responsable o la razón. —La leyenda aseguraba que en el pasado todas las casas de las Tierras Septentrionales habían tenido paneles de luz. Pero eso había sido siglos atrás, o incluso más en el caso de las Islas Celestes del Norte, donde la Corriente se había extinguido hacía miles de años. La única razón por la que un panel de luz funcionaba en Casa Argali, el hogar de Kamoj, era que sus padres habían encontrado unos pocos cables de fibra óptica intacta en las ruinas del Palacio de Cuarzo.

El panel la intrigaba en la misma medida en que la desconcertaba. Estaba unido a unos cables que ascendían por el interior de las paredes hasta los pocos cuadrados solares que quedaban en el tejado. Nadie comprendía el panel pero Fibca, el marido de Dylu, podía hacer que funcionase. No sabía cómo, ni podía reparar los

componentes dañados, pero cuando se le daban las piezas en buen estado tenía una asombrosa capacidad para hacerlas encajar en los paneles.

—¡Ay! —Kamoj se encogió al pisar una ramita. Levantó la pierna y vio que se le había clavado entre los dedos y que la herida estaba sangrando.

—Una buena razón para ponerte los zapatos —dijo Dylu.

—Bah. —A Kamoj le encantaba caminar descalza pero la verdad era que tenía sus desventajas.

Un rumor que había estado tratando de desperezar su consciencia se hizo sentir al fin lo suficiente como para obligarla a prestar atención.

—Son ciervos cristazures.

Dylu ladeó la cabeza.

—De camino a Argali.

Kamoj sonrió.

—Vamos. Echemos un vistazo. —Hizo ademán de empezar a correr y al instante se apoyó sobre el pie sano y siguió caminando con una leve cojera. Al llegar al camino se escondieron detrás de los árboles, mientras escuchaban la trápala de los cascos.

—Me apuesto algo a que es Leostelar —dijo Kamoj.

—Demasiado ruido para solo cinco jinetes —dijo Dylu.

Kamoj le dirigió una mirada de complicidad.

—Entonces son bandidos que huyen. ¡Deberíamos cogerlos!

—¿Y por qué —inquirió Dylu— iban unos maleantes a huir por un camino que se dirige directamente a la sede de la autoridad central de la provincia, hmmm?

Kamoj rio.

—No seas tan picajosa.

Dylu seguía sin parecer preocupada. Pero a pesar de todo sacó una bola y preparó el arco.

Camino adelante, los primeros ciervos aparecieron tras el recodo. Sus jinetes formaban una estampa espléndida. Los hombres vestían cota de discos, una armadura ceremonial, demasiado blanda para el campo de batalla y destinada a impresionar. Las capas que formaban los chalecos, hechas de discos aplastados, estaban dispuestas para formar una vestimenta hermética. Por supuesto, nunca lo eran del todo. Kamoj ignoraba por qué iba nadie a querer una malla hermética, pero la tradición decía que debía ser así, de modo que así era como las construían.

En raras ocasiones, los jinetes llevaban también pantalones y capucha de malla. Algunas ilustraciones antiquísimas mostraban incluso trajes que cubrían el cuerpo entero, con guanteletes, botas altas y una cubierta transparente para el rostro. Kamoj pensaba que la cubierta facial debía de ser un adorno. No veía razón alguna para ella.

Los jinetes de su tío resplandecían aquel día. Bajo los chalecos llevaban camisetas

de manga acampanada tan doradas como el trigo. Los pantalones dorados de montar se introducían en el interior de unas botas cuyos bordes lucían plumas de quetzal de cola verde. Las riendas estaban decoradas con enmarañadas serpentinadas de color rojo y oro y los ciervos cristazures hacían sonar las campanillas de las bridas al galopar. La luz del sol inundaba el camino y levantaba chispas al aire polvoriento.

Dylu sonrió.

—El séquito de tu tío tiene un aspecto espléndido.

Kamoj no sonrió. Normalmente disfrutaba contemplando el paso de la guardia de honor de Maxard, en especial por el orgullo que le inspiraban aquellos jinetes, la mayoría de los cuales conocía desde niña. Servían bien a Maxard. Su espíritu afable conseguía que todo el mundo lo apreciase, razón por la cual una opulenta comerciante de las Islas Celestes del Norte le hacía la corte a pesar de no poseer más que una pequeña compañía. Sin embargo, aquel día no se encontraba con su guardia de honor. Los había enviado a Ponteferro unos pocos días atrás y ahora regresaban con un invitado de honor... Alguien a quien Kamoj no sentía deseos de ver.

El primero de los jinetes estaba pasando junto a su escondite. Los cascos bifurcados de su montura levantaban una nube de escamas del camino. Ella lo reconoció. Gallium Solares. Se animó al verlo. Un hombre grande y fornido de rostro amigable que trabajaba con su hermano Fibca en un taller solar, fabricando cacharros que funcionaban con luz, como el molino para la pimienta impulsado por espejos que había inventado Fibca. A Gallium también le encantaba exhibirse en las pruebas de esgrima de los festivales. De modo que cuando Maxard necesitó una guardia de honor, se convirtió en un jinete de ciervo.

Camino adelante aparecieron más jinetes. Estos vestían mallas negras con camisas de color púrpura oscuro y pantalones y botas negras ribeteadas de piel plateada. Jax Ponteferro, gobernador de la Provincia de Ponteferro, cabalgaba en el centro. Musculoso y de piernas largas, más alto que los demás jinetes, poseía un rostro hermoso y fuerte, como cincelado en granito. Su negro cabello estaba veteado de plata. Cabalgaba a lomos de Neblante, un enorme ciervo cristazur de cornamenta altísima y escamas del color de las nieblas opalinas que flotaban sobre las montañas septentrionales.

El gozo que el día había proporcionado hasta entonces a Kamoj se esfumó. Sin abandonar su escondite, le dio la espalda al camino. Se apoyó contra el árbol con los brazos cruzados y extravió la mirada en el bosque mientras esperaba a que los jinetes pasaran.

Un cuerno de caza sonó tras ella, con fuerza creciente en el aire. Dio un respingo y, acto seguido, giró sobre sus talones. Aparentemente, no estaba tan bien escondida como había pensado; Jax se había detenido y la estaba mirando, con la empuñadura curva del cuerno en una mano.

Kamoj se ruborizó, consciente de que lo había ofendido al tratar de esconderse. Su enlace con Jax llevaba concertado desde que era una niña. Él poseía la mayor corporación de las provincias septentrionales, formadas por Argali, las Islas Celestiales del Norte y Ponteferro. La traducción exacta de la palabra iotaca *corporación* era objeto de numerosos debates: a falta de una interpretación mejor, la mayoría de los estudiosos asumía que significaba el patrimonio de un hombre, las propiedades y riquezas que aportaba al matrimonio. Una corporación tan grande como la de Jax se convertía en una herramienta política, sujeta a la misma ley de «mejora la oferta o cede» a la que se había ceñido el alquiler de Leostelar.

Ponteferro, sin embargo, le había dado una oportunidad. Kamoj y Maxard podían haber mejorado su oferta. Hubieran tenido que recurrir a la ayuda de hasta los más pobres campesinos de Argali pero bastaba con que mejorasen la oferta en un grano de trigo. Entonces hubiesen podido rechazarla y devolver lo prestado. Había estado tentada de intentarlo. Pero Argali estaba bajo su responsabilidad y la provincia necesitaba desesperadamente la alianza con la boyante Ponteferro. De modo que había accedido.

Jax la estaba observando con mirada impasible. Le ofreció la mano.

—Te escoltaré de regreso a la casa de los Argali.

—Os agradezco vuestra amable oferta, gobernador Ponteferro —dijo ella—. Pero no hace falta que os molestéis.

El hombre esbozó una fría sonrisa.

—Yo también me alegro de verte, amor mío.

¡Ay! No había pretendido insultarlo aún más. Se adelantó y aceptó la mano que le ofrecía. Él la encaramó al ciervo con un solo brazo, una demostración de fuerza que muy pocos jinetes hubieran podido hacer con un niño y mucho menos con un adulto. Le dio la vuelta para que se sentara de costado sobre el cristazur, con las caderas encajadas frente a la primera protuberancia ósea que sobresalía de su espalda. Jax se sentó tras ella, a horcajadas sobre el ciervo, entre esta primera y la segunda protuberancias y con las piernas musculosas apretadas contra las caderas y la pierna de ella.

El aroma de su cota de discos, denso de aceite y sudor, la envolvió. El hombre inclinó la cabeza hacia delante y ella se apartó en un movimiento reflejo. Aunque Jax no demostró enfado, su única reacción fue un temblor en la mejilla. Trató de no encogerse mientras él tomaba su barbilla en una mano y le acercaba el rostro. Entonces la besó, apretando su mandíbula hasta que la obligó a abrir la boca para dejar paso a su lengua. A pesar de sus esfuerzos, Kamoj se puso tensa y estuvo a punto de cerrarla. Él le sujetó el brazo con la mano para impedir que se apartara.

Una bocanada de aire pasó con un zumbido junto a Kamoj, seguida por el crujido provocado por un proyectil al golpear contra un árbol y el sonido trepidante de las

escamas al caer. Jax alzó la cabeza. Dylu estaba de pie junto al camino. Acababa de colocar una nueva bola en el arco y apuntaba con él a Jax.

Tanto los jinetes de Argali como los de Ponteferro sacaron sus arcos y apuntaron a Dylu. Todos parecían muy incómodos. Nadie quería disparar a la guardaespaldas de Kamoj. Los jinetes de Argali se habían criado con ella y Gallium era su cuñado. Jax había visitado a Kamoj al menos dos veces cada año-corto desde que era una niña, desde su compromiso, de modo que los jinetes de Ponteferro también la conocían bien. Sin embargo, no podían ignorar el hecho de que acababa de disparar una bola que había pasado a pocas manos de distancia de los dos gobernadores.

Con voz gélida que solo Kamoj pudo oír, Jax dijo:

—Tu hospitalidad sigue confundiéndome. —Se volvió hacia Gallium Solares y dijo en voz alta—: Tú. Escolta a Dylu de regreso a Casa Argali.

Gallium contestó con cuidado.

—Es un honor para mí servirlos, señor. Pero quizá la gobernadora Argali prefiera complacer a Ponteferro y quiera acompañar ella misma a su guardaespaldas.

Kamoj estuvo a punto de soltar una imprecación. Sabía que Dylu y Gallium habían actuado de buena fe y valoraba su lealtad, pero hubiera preferido que no hubiesen interferido. Eso solo serviría para ganarles la enemistad de Jax. Sus asuntos personales eran cosa que les tocaba resolver a Jax y a ella. Aunque su fusión favorecía a Ponteferro, no otorgaba el control a ninguna de las dos partes. La autoridad estaría compartida. Ella se concentraría en Argali y él en Ponteferro. Si sus gobernadores no lograban entenderse, ninguna de las dos provincias saldría beneficiada.

Quizás aún pudiese aplacar a Jax.

—Os ruego que aceptéis mis disculpas, gobernador Ponteferro. Yo misma amonestaré a Dylu durante el viaje de regreso. Lo arreglaremos.

Él bajó la mano, le cogió el pie lastimado y le dobló la pierna a la altura de la rodilla para poder inspeccionar la planta.

—¿Puedes caminar así?

—Sí. —La posición en la que le estaba sujetando la pierna era más incómoda que la propia herida.

—Muy bien. —Mientras la soltaba, sus dedos arañaron la herida. Kamoj se puso rígida mientras el dolor le recorría el pie. No creía que lo hubiera hecho a propósito pero era imposible estar segura.

Se dejó caer del ciervo con cuidado para apoyar el peso sobre el otro pie. Mientras se dirigía cojeando hacia Dylu, una comitiva de cascos se puso en marcha tras ella. Se volvió y pudo ver cómo se alejaba el grupo con estrépito por el camino que conducía a Argali.

Onda incidente

Jul, el sol, se había ocultado ya tras los árboles cuando Kamoj y Dylu doblaron el último recodo del camino y Casa Argali apareció ante sus ojos. Al ver su hogar, Kamoj se animó.

La leyenda aseguraba que la casa había sido antaño como una perla luminosa, una superficie única sin fracturas. Según el erudito del templo, quien era capaz de leer algunos pasajes de los códigos ancestrales, Casa Argali había sido cultivada en una enorme tina de líquido, con una estructura de máquinas llamadas *nanobots* que supuestamente eran tan diminutas que uno no podía verlas ni con la ayuda de una lente de aumento. Si uno estaba dispuesto a creer lo que decían las leyendas, después de que las máquinas completaran la casa, se habían apartado nadando y se habían descompuesto.

Kamoj sonrió. Los viejos pergaminos estaban llenos de tonterías. Durante una de sus visitas a Ponteferro, unos diez años atrás, Jax le había mostrado uno de los muchos que conservaba en su biblioteca. El pergamino aseguraba que Balumil, el mundo, giraba alrededor de Jul en una «órbita elíptica» y rotaba en torno a un eje inclinado. Esta inclinación, unida al hecho de que vivieran en el norte, era la razón de que las noches fueran cortas en verano y largas en invierno, hasta cincuenta y cinco horas de oscuridad en la más prolongada del año, con solo cinco más de luz de sol.

Siempre le había resultado extraño el modo que tenía su pueblo de contar el paso del tiempo. El año estaba formado por cuatro estaciones, por supuesto: primavera, verano, otoño, invierno. Lo llamaban el Año Largo. Una persona podía nacer, alcanzar la madurez, casarse y tener un hijo antes de que terminase un Año Largo. Por alguna razón, sus ancestros lo consideraban un período largo de tiempo. De ahí su nombre. De modo aún más inexplicable, dividían los Años Largos en veinte períodos iguales denominados años-cortos, cinco por estación. Normalmente la gente los llamaba «años», a secas. Pero la verdad es que no tenía sentido. ¿Por qué llamarlos años-cortos? El pergamino aseguraba que esta extraña designación se debía al hecho de que el período de tiempo que abarcaban se acercaba a un año «normalizado».

¿Normalizado según qué?

No obstante, le resultaba más creíble eso que unas máquinas tan pequeñas que no podían verse. Al margen del pasado de Casa Argali, ahora era de madera y piedra, tanto el edificio principal como las alas más modernas que se desparramaban sobre la tierra desbrozada al efecto. A un lado descansaban enormes pilas de leña, las reservas para el invierno. Al verlas sintió una gran satisfacción, pues eso significaba que los preparativos para la cruda estación marchaban bien.

De los aleros colgaban lámparas con forma de pájaros balanceadas por la brisa, los cristales teñidos con los colores de Argali: rosa, dorado y verde. Su luz contenía las sombras púrpuras que se agolpaban bajo los árboles. La bienvenida visión envolvió con su calidez a Kamoj. Allí, en el camino, se erguía como un centinela un poste estriado. Una lámpara labrada y teñida para semejar una rosa colgaba de un gancho festoneado clavado en su punta y su brillo les daba la bienvenida a casa.

Entraron en el patio delantero por una cancela cubierta de trepadoras. Cinco escalones de piedra abarcaban la casa en toda su longitud hasta desembocar en una terraza, y en la fachada había cinco puertas dispuestas a intervalos regulares. La puerta central era más grande que las demás, estaba pintada de estuco blanco y rodeada por jeroglíficos en colores rosas, verdes y dorados con luminosos acentos azules.

Mientras se acercaban al edificio, Kamoj escuchó voces. Para cuando llegaron a los escalones, había descubierto que se trataba de dos hombres enzarzados en una discusión.

—Ese parece Ponteferro —dijo Dylu.

—Y el otro es Maxard. —Kamoj se detuvo con un pie en el primero de los escalones. Ahora no venía más que silencio del interior de la casa.

Sobre ellas, la puerta se abrió bruscamente. Maxard, un hombre fornido que vestía ropa vieja de campesino, se detuvo bajo el dintel. Su atuendo sorprendió a Kamoj más que su repentina aparición. A estas horas ya debía de estar vestido con el traje y la cota de ceremonias y preparado para recibir a Ponteferro. Y sin embargo parecía como si no se hubiera lavado desde que había regresado de los campos.

Se dirigió a ella en voz baja.

—Será mejor que entres.

Kamoj se apresuró a subir los escalones.

—¿Qué ha pasado?

Él no contestó, solo se apartó para dejar que entrara en un pequeño vestíbulo con suelo de losas blancas bordeadas con diseños de rosas de Argali.

De la sala que se abría más allá llegó un estrépito de pasos pesados. Jax entró en el vestíbulo acompañado por cinco jinetes. Se detuvo a mitad de un paso al ver a Kamoj. Se la quedó mirando, con una expresión de furia en el rostro y también de sorpresa, como si no hubiera querido revelarle a ella la intensidad de sus emociones.

Entonces se dirigió hacia Maxard y se irguió enorme y amenazante sobre él.

—Esto no ha terminado aún —dijo.

—La decisión ya está tomada —le dijo Maxard.

—Entonces es que eres un necio. —Echó una ojeada a Kamoj. Ahora su rostro era una máscara tensa de emoción contenida, una emoción demasiado bien escondida como para que ella pudiera identificarla. En todos los años transcurridos desde que se conocieran, jamás había mostrado una emoción tan intensa, salvo furia. Pero aquello era más que furia. ¿Estupefacción? ¿Pena? Eso era imposible viniendo de Jax, el rocoso pilar de Ponteferro. Antes de que tuviera ocasión de decir nada, el hombre abandonó la casa a grandes zancadas, seguido por sus jinetes e ignorando a Dylu, que se había quedado al otro lado de la puerta.

Kamoj se volvió hacia su tío.

—¿Qué pasa aquí?

Maxard sacudió la cabeza con un movimiento tenso. Dylu subió las escaleras, pero cuando trató de entrar en la casa, Maxard apoyó la mano sobre el marco de la puerta y le bloqueó el paso. Habló con una furia que no era propia de él.

—¿Qué se te pasó por la cabeza, Dylu? ¿Por qué tuviste que dispararle? Si en algún momento no necesitábamos que Jax Ponteferro estuviera enfurecido, era en este.

—Estaba maltratando a Kamoj —replicó Dylu.

—Lo mismo dice Gallium Solares. —Maxard miró a Kamoj con el ceño fruncido—. ¿Y tú qué hacías corriendo por los bosques como un animal salvaje?

Hubiera respondido a la reprimenda de no ser porque se alejaba demasiado de su natural agradable como para tener sentido. Siempre paseaba por el bosque después de terminar su trabajo en los establos. Él la acompañaba a menudo, para discutir algún proyecto referente a Argali o simplemente para disfrutar de su compañía.

Respondió con la voz calmada.

—¿Qué ocurre, tío? ¿Algo va mal?

Él se pasó las manos por los negros cabellos.

—Nos encontraremos luego en la biblioteca. Ahora te están esperando varios ciudadanos.

Kamoj estudió su rostro y trató de averiguar lo que lo preocupaba. No encontró ninguna pista. Así que saludó con un asentimiento de cabeza a los dos y a continuación entró cojeando en su casa.

Kamoj había elegido una gran habitación del primer piso como oficina. Los paneles de madera de abedul que cubrían las paredes despedían destellos azules y verdes que formaban patrones múltiples, semejantes a escamas.

Los viejos y confortables sillones estaban tapizados de tela dorada con un gastado

patrón de rosas. De las paredes colgaban lámparas de cristal tintado. Nunca se sentaba tras el escritorio de abedul; tenía la sensación de que la distanciaba de los suyos.

Una jarra de café descansaba sobre una mesa, acompañada por cuatro vasos de bella factura. Kamoj se estaba sirviendo uno cuando entró la doncella acompañada por el primero de los visitantes, Lumenjack Sastrero, un campesino de anchos hombros y ojos castaños, y Fotax Prior, un hombre mucho más delgado que sabía hacer juegos malabares como nadie en todo Argali. Ambos vestían ropas limpias y sencillas, hechas en casa, y llevaban sus mejores sombreros y los negros cabellos bien peinados aunque sin recortar. Se inclinaron delante de ella.

Kamoj los saludó con una cálida sonrisa en el rostro. Conocía a los dos granjeros desde niña.

—Saludos, paisanos.

La profunda voz de Lumenjack tronó:

—Lo mismo digo, gobernadora.

—Saludos, gobernadora. —Las manos de Fotax se movían inquietas sobre su sombrero, como si quisiera ponerse a hacer juegos malabares.

Ella les indicó los sillones.

—Sentaos, por favor. ¿Querríais tomar un poco de agua?

Ambos declinaron la oferta mientras tomaban asiento. Kamoj se sentó en un tercer sillón situado en ángulo recto respecto a los dos, a fin de poder verles las caras y evaluar sus expresiones.

—¿Qué puedo hacer hoy por vosotros?

Lumenjack tomó la palabra.

—Fotax me ha estado engañando, señora. Vengo para solicitar vuestra ayuda.

—Eso es una mentira mezquina, eso es lo que es —declaró Fotax.

Kamoj suponía que si habían decidido recurrir a un arbitrio, la situación podía salvarse aún.

—¿Cuál es el problema?

Lumenjack cruzó los brazos, con lo que su corpulencia se acentuó aún más.

—Fotax está arando mis tierras y llevándose mis cosechas.

—¡Son mis tierras! —Fotax le dirigió a la gobernadora su mirada más sincera—. Me las dio como pago el año pasado, por entretener a su hija en el festival.

Lumenjack profirió un ruido de incredulidad.

—Yo no le daría mis tierras a nadie por lanzar unas pelotitas al aire. —Se volvió hacia Kamoj—. Le dije que podía quedarse con la cosecha, solo el año pasado y solo de la franja de mis tierras que linda con las suyas.

—¡Dijiste las tierras!

—¡Quería decir las cosechas!

Fotax lanzó a Kamoj una mirada suplicante.

—Quiere echarse atrás, gobernadora.

Kamoj se acarició la barbilla.

—Fotax, ¿de veras piensas que una parcela como esa es un precio justo por un espectáculo de malabares?

—Esa no es la cuestión. Hicimos un trato y ahora se está echando atrás. —Fotax fulminó a Lumenjack con la mirada—. Estás tan loco como ese demente de Leostelar. —Se volvió hacia Kamoj y añadió—: Os ruego mil perdones, señora. Leostelar pasó ayer cabalgando por mis tierras y pisoteó mis cosechas.

A Kamoj no le gustaban las implicaciones del hecho. Últimamente, Leostelar parecía estar alejándose más de lo habitual del lugar que había elegido como morada.

—¿Te pagó los daños?

—Ni una campanilla de brida. Ni siquiera se detuvo. —Photax se encogió de hombros con aire teatral—. Cabalgaba como un poseso. Está maldito, eso es lo que le pasa.

Ella tenía sus dudas al respecto. El comportamiento destructivo de Leostelar era por sí mismo un problema más que suficiente.

—Enviaré un mensaje al palacio. Si te ha destrozado la cosecha, debe pagarla.

Photax pareció complacido.

—Os estaría muy agradecido si hicierais tal cosa, gobernadora.

—Por eso le has reclamado la tierra a Lumenjack, ¿verdad? Porque este año vas quedarte un poco corto.

—No puedo dar de comer a mi familia con lo que saco con los malabares.

—Así que si te pagan lo destruido —dijo Lumenjack—, ¿dejarás de tratar de robarme mis tierras?

—¿Robarte? —se enfureció Photax—. Yo no robo. ¡Tú me las diste!

—¿Por qué iba yo a hacer algo tan estúpido? —inquirió Lumenjack—. ¿Y qué le doy entonces a mi familia para comer, piedras?

Photax se agitó en el asiento. Su rostro inquieto mostraba ahora menos confianza.

—Yo te oí. Y mi mujer también.

Lumenjack emitió un sonido de exasperación.

—Si dije la tierra en lugar de la cosecha del pasado año, fue un error.

—Me diste tu palabra —insistió Photax.

Kamoj suspiró. Técnicamente, si Lumenjack había dado su palabra, le debía a Photax las tierras. Pero el error era tan obvio que no podía imaginarse a este tratando de conseguir que la cumpliera de no ser por las dificultades que la cabalgada de Leostelar le había causado.

—A ver qué te parece esto, Photax. Yo me encargaré de que se te compense por lo ocurrido a tu cosecha. En cuanto a las tierras en disputa, ¿por qué no os dividís la

cosecha de este año, saldáis así la deuda y dejáis que Lumenjack conserve su tierra? De esta manera ninguno de los dos sufrirá demasiado por este embrollo.

—No me gusta dar la mitad de mi cosecha a cambio de nada —gruñó Lumenjack. Después de una pausa, añadió—: Pero estoy de acuerdo.

Photax movió las manos como si estuviese sopesando sus bolas de cristal.

—Muy bien. —Se quedó quieto y miró a Kamoj con el ceño fruncido—. ¿Creéis que Leostelar se avendrá a pagar?

—No lo sé. —Lo dudaba, pero no quería parecer negativa—. Si no lo hace, Casa Argali puede ayudarte con nuestra cosecha de este año.

—Eso sería bastante decente por vuestra parte, gobernadora.

—Ojalá pudiera hacer más. —Era mucho lo que su provincia necesitaba. No por vez primera, se preguntó si no debería acelerar su fusión con Jax para asegurarse el apoyo de Ponteferro. Sin embargo, después de lo ocurrido aquel día, temía enfrentarse a su temperamento.

Siguió hablando con Photax y Lumenjack y se enteró de las últimas noticias sobre sus respectivas familias. Se marcharon en mejores términos que al llegar, aunque ahora estaban discutiendo sobre cuál de los dos era capaz de llegar más lejos con un arco de bolas.

A continuación se reunió con los representantes de varios comités que había organizado: el grupo de almacenamiento, que trabajaba para asegurarse de que Argali contaba con reservas suficientes para el invierno, cuando la aldea debía vivir de lo recolectado en otoño; las comadronas, que discutían sobre partos con la esperanza de que al compartir sus conocimientos pudieran reducir la desoladora tasa de mortandad infantil que sufría Argali; y el grupo del festival, que preparaba las celebraciones de la cosecha.

La doncella anunció al fin a la última visitante, Crilic, o *Cristal Líquido*, una mujer entrada en años a quien todos respetaban en la aldea. En vez de entrar con su buen humor de costumbre, aquel día Crilic llegó con aspecto abatido y sombrío. No perdió el tiempo con rodeos.

—¿Y bien, gobernadora? ¿Habéis hecho ya algo sobre ese maníaco?

De pie junto a su sillón, Kamoj parpadeó.

—¿Maníaco?

—¡Leostelar! —El ceño fruncido de Crilic ahondó las arrugas que rodeaban sus ojos—. Ese retorcido engendro de un demonio y un espíritu enloquecido vuelto de la tumba para atormentar a la buena gente de estas tierras.

Kamoj tuvo que contenerse para no sonreír. Ciertamente, Leostelar era un problema, pero ella sospechaba que tenía más que ver con fechorías humanas que con espíritus retorcidos.

—¿Qué ha pasado?

—Un grupo formado por sus jinetes de ciervos y él mismo se presentó en la casa de mi hija en los campos, mientras mis nietos jugaban. El maldito se metió en el pozo, cogió agua y rompió la cadena del cubo. Es un auténtico demonio, oíd bien lo que os digo. Ningún hombre normal podría romper esa cadena... ¡Y él lo hizo como si tal cosa! Asustó tanto a los pequeños que estuvieron a punto de salir corriendo de aquí a la Costa Termali. Entonces montó en su cristazur y se alejó cabalgando. No se levantó la capucha una sola vez. Y no es que ninguno de nosotros quisiera ver su cara monstruosa. —Puso los brazos en jarras—. Al menos sus jinetes tuvieron la decencia de disculparse antes de salir disparados tras él.

—Siento que aterrorizara a tu familia, Crilic. Voy a enviar un emisario al palacio. Le entregaré una protesta sobre su comportamiento así como una factura por los daños causados al pozo.

—Os lo agradezco mucho, señora. —Crilic sacudió la cabeza—. Ojalá dejara Argali en paz.

Kamoj pensaba igual. Sin embargo, tenía derecho a permanecer en el palacio mientras siguiera pagando la renta. Tendría que desear entonces que Argali pudiese soportar a su inquilino.

Los siglos no habían pasado en vano para el arco de la puerta de la biblioteca. Kamoj tuvo que apoyar todo su peso sobre la puerta para cerrarla. En el interior de la biblioteca, las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de códices y libros. La lámpara que había junto al sillón favorito de Maxard derramaba su luz sobre una mesa. Un escrito antiguo yacía allí, un pergamino hecho con la suave corteza interior de un árbol de crístoro y pintado con gesso, un yeso suave. Estaba lleno de glifos, símbolos delicados en los colores de Argali. Kamoj no podía descifrar ninguno de ellos. Ahora que ella había asumido la responsabilidad principal en el gobierno de Argali, Maxard había tenido más tiempo para sus estudios.

Tras ella, la puerta se abrió levemente. Se volvió y vio a su tío. Sin más preámbulos, este le dijo:

—Ven a ver esto.

Intrigada, lo siguió hasta una puerta situada en la pared opuesta de la sala. El cuarto que había al otro lado había contenido antaño herramientas de carpintería pero hacía mucho tiempo que su familia había tenido que venderlas para poder comprar grano. Maxard sacó una gran llave de su bolsillo y abrió la lustrosa puerta. Para su sorpresa, varias lámparas de aceite iluminaban la habitación. Kamoj se asomó... y se quedó boquiabierta.

Urnas, cajas, cofres, enormes potes, cubos de fina talla: llenaban la habitación casi hasta el techo. Los cubos estaban llenos de gemas, amontonadas como frutas hasta caer al suelo, diamantes que partían la luz y la convertían en un arco iris, ópalos

tan brillantes como las escamas de los cristazures, rubíes rosa del tamaño de puños, zafiros, topacios, amatistas, ojos de estrella, jades, turquesas. Entró en la habitación y su pie tropezó con una esmeralda del tamaño de un huevo de pularda. La gema rodó por el suelo y chocó contra un lingote de metal.

Metal. Lingotes en pilas desordenadas: oro, plata, cobre, bronce. Hojas de platino enrollado dispuestas sobre cornucopias llenas de frutas, flores y grano. Tarros llenos de verduras y estantes de especias que colgaban de la pared. Había brazaletes, tobilleras y collares por todas partes, joyas de oro y engarzadas con piedras preciosas. Una cadena de diamantes descansaba sobre un cuenco de plata lleno de plumas de colibrí. No menos valiosa, la comida seca llenaba sacas de tela y cestos gastados. Y un número insólito de rollos de ricos tejidos: sedas, brocados, satenes de pétalos de rosa, pañuelos de gasa entreverados con hilos metálicos, terciopelos con lentejuelas, sedosos y centelleantes.

¡Y serpentinillas de luz! Al principio Kamoj pensó que había tomado por lo que no era la maraña que descansaba sobre una pila de copas de cristal. Pero eran reales. Levantó un puñado de hebras. Destellaron bajo la luz de las lámparas, perfectas, intactas. Solo ese puñado podría reparar los hilos de Corriente de toda la aldea y no era más que uno de los muchos que había en la habitación.

Se volvió hacia Maxard y extendió los brazos abiertos sin soltar aún las hebras.

—¿Todo esto es... es nuestro?

Maxard respondió con voz fría.

—Sí. Es nuestro.

—Pero Maxard, ¿por qué pones esa cara? —una sonrisa se desvaneció en su rostro

—. ¡Esto podría alimentar Argali durante años! ¿Cómo ha ocurrido?

—Dímelo tú. —Se le acercó—. ¿Qué es lo que ese hombre te dijo esta tarde?

¿Ese hombre? Bajó los brazos.

—¿Quién?

—Havyrl Leostelar.

Nunca había pensado que Leostelar pagaría sus deudas con semejante generosidad. Aquello superaba en tal medida la compensación por los daños causados a Photax y la familia de Crilic que no podía siquiera empezar a imaginar las razones por las que se lo había dado.

—¿Por qué nos lo ha enviado?

—Dímelo tú. Tú eres la que lo ha visto.

¡Ay! De modo que Maxard estaba enterado de lo del río.

—No sabía que estaba mirando.

—¿Mirando el qué?

—Cómo nadaba.

—¿Y luego qué?

Confundida, dijo:

—Luego nada.

—¿Nada? —Su voz crepitó de incredulidad—. ¿Qué le prometiste, Kamoj? ¿Qué palabras dulces le susurraste para comprometer su honor?

No podía imaginarse a una mujer tan temeraria como para tratar de comprometer al enorme y aterrador Leostelar.

—¿De qué estás hablando?

—Le prometiste que te casarías con él si te daba lo que querías, ¿no es así?

—¿Qué?

Maxard le espetó:

—¿Acaso no es eso por lo que ha enviado esta dote?

¿Dote? Dulce Airys, ¿y qué más?

—Eso es una locura.

—Debe de haberle gustado mucho lo que hicisteis.

—No hicimos nada. Sabes que nunca arriesgaría nuestra alianza con Ponteferro.

Su tío exhaló. Con voz más templada, dijo:

—¿Entonces por qué te ha enviado esta dote? ¿Por qué insiste en que mañana va a realizar una fusión contigo?

Kamoj se sintió como si de sopetón hubiese entrado en una parodia interpretada para divertimento del público durante el festival de la cosecha. Aquello no podía ser cierto.

—¿Que quiere qué?

Maxard hizo un ademán hacia la habitación.

—Sus jinetes lo han traído todo hoy mientras yo estaba atando las gavillas en el campo de tricereal. Hablaban como si el trato ya estuviera cerrado.

De repente todo cobró sentido para Kamoj. Leostelar no quería las ruinas de un viejo palacio, los árboles de sus bosques o las cosechas de Photax.

Quería a Argali. Toda ella.

Por extraños que fueran sus métodos, tenían sentido desde un cierto y siniestro punto de vista. Había demostrado la superioridad de su fuerza: muchos jinetes de ciervo lo servían, cerca de un centenar, muchos más de los que Maxard tenía e incluso más que Ponteferro. Con su maldito «alquiler» había demostrado su riqueza. Incluso había presentado su reivindicación simbólica de la provincia al instalarse en el Palacio de Cuarzo, el hogar ancestral de Argali. Lo mirara como lo mirara, se había establecido como una autoridad. Y hoy había añadido el ingrediente final e inesperado: una oferta de fusión tan generosa que los recursos combinados de las Tierras Septentrionales no podrían jamás igualarla.

—Dioses —dijo Kamoj—. No me extraña que Jax esté enfurecido. —Dejó las hebras de luz donde estaban mientras lo que quedaba de su buen humor se desvanecía

como la llama de una vela extinta—. Debe de haber una manera de impedirlo.

—Ya he hablado con el sabio del templo —dijo Maxard—. Y he revisado en persona los viejos códices. No hemos encontrado nada. Ya conoces la ley. Mejora la oferta o doblégate.

Ella lo miró con incredulidad.

—No pienso casarme con ese loco.

Maxard se apartó los desordenados mechones de pelo de la cara. Unas arrugas profundas que ayer mismo no habían estado allí cruzaban su frente.

—En ese caso estará en su derecho de tomar Argali por la fuerza. Así era como se hacía, Kamoj, en los tiempos de los navíos estelares. —Entornó la mirada—. No creo que mis jinetes sepan siquiera cómo se lucha en una guerra. Argali nunca ha tenido una, al menos que yo recuerde.

—Debe de haber alguna manera de escapar.

Pasó un momento antes de que su tío respondiera. Habló con cautela, como si estuviera caminando entre fragmentos de cristal.

—La fusión podría ser buena para Argali.

Kamoj estaba segura de haberle oído mal.

—¿Tú quieres que lo haga?

Maxard extendió los brazos.

—¿Y qué hay de la supervivencia, gobernadora?

De modo que era eso. Las palabras de Maxard habían brotado con sobria convicción. Expresaban lo que quedaba implícito en cada discusión que mantenían sobre la provincia. Sequía, hambre, inviernos crueles, alta mortandad infantil, máquinas que se estropeaban y que nadie entendía, conocimientos médicos perdidos y unos campos agotados: todo ello conformaba un único hecho irrefutable e implacable, la lenta y prolongada agonía de Argali.

La provincia no desaparecería este Año Largo, ni el siguiente, ni puede que en un siglo. Pero su caída en el olvido era inevitable. La fusión con Ponteferro no solucionaría todos sus problemas, pero al menos mejoraría sus posibilidades. Jax y ella se habían visitado con regularidad para discutirla. En el peor de los casos, Jax se anexionaría su provincia y la convertiría en parte de Ponteferro. Ella haría cuanto estuviera en su mano para preservar su independencia pero si la perdía a sus manos, al menos su pueblo contaría con la protección y el apoyo de la provincia más fuerte del continente. Aunque Jax no inspiraba amor a sus súbditos, era un buen líder que cosechaba lealtad y respeto.

¿Y Leostelar? Sí, era rico. Eso no decía nada sobre su capacidad de gobernar. Por lo que ella sabía, bien podía sumir su provincia en el hambre y la ruina.

—Ay, Maxard. —Se frotó los ojos—. Tengo que pensar sobre esto.

Él asintió. La tensión acumulada del día empezaba a hacerse visible en su rostro.

—Sube. Te enviaré a una maicera.

Se puso rígida. No se le había pasado por alto lo que sus palabras implicaban.

—Dylu es siempre la que se ocupa de mí.

—Esta noche la necesito en otro sitio.

—¿Tú la necesitas? ¿O Jax? —Al ver que no respondía, se le alborotó el pulso—. No pienso tolerar que se azote a los míos. —Se encaminó a la puerta—. Si tú no se lo dices, lo haré yo. —Seguía temiendo enfrentarse con Jax, pero esta vez era necesario.

Maxard la sujetó del brazo y la obligó a detenerse. Levantó la otra mano. Había un espacio diminuto entre su índice y su pulgar.

—A Ponteferro le falta esto para declarar un rito de batalla contra nosotros. Apenas tengo treinta jinetes, Kamoj. Él tiene casi ochenta y mejor entrenados. —La soltó—. Sería una masacre. Y ya conoces a Dylu. Insistiría en luchar contra ellos. ¿Vas a salvar a Dylu y Gallium para que puedan morir en batalla?

Kamoj se estremeció.

—No digas eso.

La voz de su tío se calmó.

—Ahora mismo Ponteferro está de un humor tal que si te ve se enfurecerá. *A ti no puede tocarte aún*, de modo que lo paga con Gallium y Dylu.

Saber que Maxard estaba en lo cierto no hacía que fuera más fácil oírlo. Kamoj se preguntó también si su tío sería consciente de lo que acababa de decir. *A ti no puede tocarte aún*. Habló con esfuerzo.

—¿Y después de la fusión, cuando Ponteferro se enfurezca? ¿Quién pagará el precio de su cólera entonces?

Maxard la observó con expresión tensa, una expresión que a ella le recordó el día funesto en que se había presentado para decirle que, tras una tormenta invernal tardía, la patrulla de la aldea había encontrado los cuerpos congelados de sus padres bajo un montón de hielo. Nunca había olvidado aquel tiempo de pérdida y dolor.

Volvió a hablar con voz atribulada.

—¿Se te ha ocurrido pensar que podría ser mejor con Leostelar?

Ella se frotó los brazos como si tuviera frío.

—¿Qué he visto de él que me haga creer semejante cosa?

—Ay, Kami. —Hizo ademán de acercarse a ella para ofrecerle consuelo, pero Kamoj sacudió la cabeza. Lo amaba por su preocupación pero tenía miedo de aceptarla. Si ahora se refugiaba en el dolor solo conseguiría que sus responsabilidades fueran mucho más difíciles de afrontar cuando ese refugio hubiera desaparecido.

Maxard la había cogido desprevenida con su perspicacia sobre la fusión con Jax. Su tío había asegurado siempre que demoraba su fusión para que ella pudiera adquirir experiencia en el gobierno y Ponteferro no sintiera la tentación de aprovecharse de una esposa ingenua. Ahora se preguntó si no sería que sabía más de lo que quería

reconocer sobre la vida que le esperaba con Jax. Como adulta tenía más recursos emocionales para enfrentarse al temperamento de Jax.

Pero Maxard no lo sabía todo. El año pasado, en Ponteferro, había enfurecido a Jax al salir de la fortaleza y visitar la ciudad sin su consentimiento. No había sido la primera vez que sufría las consecuencias de su temperamento. La mayoría de la gente lo veía como un líder fuerte e inspirado que había convertido Ponteferro en una gran potencia. Kamoj conocía también su otro lado, el Jax que haría que Dylu y Gallium pagaran por haberlo desafiado. La única diferencia era que en este caso haría que se encargase un jinete en vez de hacerlo él en persona, como ocurría en privado con Kamoj, cuando utilizaba sus manos o su fusta.

Mientras fue una niña, jamás la había tocado y había preferido utilizar los reproches o la frialdad del silencio para reprenderla por aquellos comportamientos que lo ofendían. Pero desde que había alcanzado la edad adulta, había empezado a castigarla físicamente. Nunca se lo había contado a Maxard, consciente de que si lo hacía su tío rompería el compromiso sin pensar en el precio que le costase a Argali. Ella nunca antepondría su interés personal a la supervivencia de su pueblo.

Amable un momento, violento al siguiente, Jax la mantenía en la frontera entre el amor y el odio. Ella temía su cólera, apreciaba su sabiduría, odiaba su crueldad, anhelaba su meliflua ternura, despreciaba su necesidad de controlar y admiraba su notable intelecto. Pero más allá de sus conflictivas emociones, era consciente de un hecho: Argali lo necesitaba. La lealtad y amor que sentía por su pueblo eran lo primero, por encima de todo lo demás, incluida su seguridad personal. De modo que había aprendido a tratar con Jax. La situación no era perfecta, pero *funcionaría*. Leostelar amenazaba ese precario equilibrio como un arado que abriera un surco en su mundo.

—¿Podría hablar con Jax? —preguntó—. ¿Tratar de apaciguarlo? Quizá tú consigas impedir que los castigue.

—Haré lo que pueda. —La miró con los ojos oscuros llenos de preocupación—. Todo se arreglará, Kami.

—Sí. Así es. —Hubiera deseado poder creer aquellas palabras de consuelo.

Después de dejar a su tío, recorrió los salones forrados de abedul del primer piso y subió a una balconada situada en el segundo. Al llegar a lo alto de las escaleras, se asomó sobre el vestíbulo y se solazó con la visión de aquella casa en la que había vivido toda su vida..., la casa que tal vez tuviese que abandonar muy pronto. El arco que daba entrada al salón se encontraba a la derecha. Un candelabro con la forma de una rosa invertida cubierta de velas pendía del techo. Su luz se reflejaba sobre una mesa lacada y le arrancaba geométricos destellos de color azul a la madera. Cerca de la mesa, en la pared, brillaba un panel de luz, el único que aún funcionaba en todas

las Tierras Septentrionales.

Remordimientos y añoranza por todo lo que su pueblo había perdido inundaron a Kamoj. Cuando aquel panel fallase, un millar de hebras de luz nuevas no servirían para nada. Ni siquiera Fibca Solares era capaz de arreglar un panel estropeado. El conocimiento necesario se había perdido mucho tiempo atrás, aun para el linaje de los Solares.

Kamoj caminó por la galería hasta llegar a su cuarto. La habitación estaba iluminada con la luz de las velas y le dio la bienvenida. Brillaba sobre el parqué del suelo, sobre el mobiliario envejecido y sobre la colección de muñecas que descansaba encima de la mesa, que conservaba en recuerdo de su madre, quien le había regalado aquellos juguetes que tanto amaba. Su cama estaba en una esquina. Cada uno de sus cuatro pilares era un tótem de flores y frutos de rosa que terminaba en la parte alta en un brote aún cerrado.

Una voz habló tras ella.

—Buenas noches, señora.

Se volvió y se encontró con Ixima Ponteferro, una joven con una mancha de harina en la mejilla. Jax había enviado a la maicera de Ponteferro a Argali el pasado año, para que Kamoj se fuese acostumbrando a su presencia. De este modo, cada vez que viajase a Ponteferro, llevaría una cara familiar consigo, alguien que ya conocía la provincia y podía hacer que se sintiera más a gusto. El detalle había conmovido y confundido a Kamoj. ¿Cómo era posible que Jax fuera tan considerado un momento y tan severo al siguiente?

Ixima le habló en el dialecto de Ponteferro.

—¿Deseáis que sea de ayuda en vuestro cambio, señora?

—Gracias. —Kamoj se sentó en la cama con aire fatigado.

Ixima le quitó las botas y los calcetines. Kamoj se encogió mientras le arrancaba la tela de los dedos de los pies. La herida debía de haber seguido sangrando y la costra debía de haberle pegado el calcetín a la piel. Levantó el pie y vio que había polvo en la herida.

—Será mejor limpiarla.

La maicera ladeó la cabeza mientras examinaba el pie de Kamoj.

—No veo la ventaja de frotarla. Descansad, señora. Mañana estará bastante mejor como para un fregado.

Su ignorancia preocupaba a Kamoj. Las heridas que no se limpiaban se infectaban. Ixima no era la única persona en la que había observado esta falta de sensatez sobre cuestiones de salud. Pensó en pedirle al curandero del pueblo que pusiera en marcha un programa de educación. Ya tenía demasiado trabajo y ella odiaba cargarlo también con esto pero a la larga podría redundar en su beneficio.

—Debemos tratarla ahora —lo dijo con voz amable para que Ixima no se lo

tomara como una reprimenda.

La maicera fue a buscar un cuenco de agua caliente y jabón. Mientras limpiaba el pie de Kamoj, esta se apoyó sobre el poste de la cama y tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer despierta. Después de que Ixima la hubiera ayudado a prepararse, se metió en la cama. La maicera apagó las luces y se marchó en silencio, dejando tan solo una vela sobre el alféizar de la ventana.

Kamoj esperó tendida en la cama, con las manos detrás de la cabeza y la mirada puesta en el techo. Siempre recordaría la primera vez que había visto a Jax, no mucho después de la muerte de sus padres. Alto y poderoso, la cota resplandeciente, el hermoso rostro lleno de amabilidad, se había arrodillado para hablar con ella y había colocado sus ojos a la misma altura que los de ella. Entonces le había parecido un héroe de cuento, un brillante salvador que acudía al rescate de Argali. Con los años había averiguado la verdad, que bajo el exterior del héroe ardía un hombre complicado y violento cuya imperiosa necesidad por controlarlo todo contaminaba sus muchas cualidades buenas.

Si rehusaba la fusión con Leostelar, aplacaría a Jax pero quebrantaría la ley. Si Argali y Ponteferro combinaban sus fuerzas, podrían levantar un ejército casi igual al de Leostelar. Pero si Leostelar atacaba, Kamoj tendría que enviar a personas a las que amaba a un rito de batalla. Existían muchas posibilidades de que no regresaran. Era posible que Leostelar los masacrara; ni Ponteferro ni Argali habían librado jamás una guerra.

Kamoj sabía lo que tenía que hacer. Mientras tomaba su decisión, sintió como si una puerta se cerrase. No sabía lo que ocurriría si se fusionaba con Leostelar, pero este había dejado claro que apoyaría a la provincia. Si lo rechazaba, la gente y el reino a los que amaba podrían sufrir y puede que hasta muriesen, según se le antojase a aquel hombre.

Jax no volvería a levantarle la mano ni a usar el látigo sobre su piel. Nunca volvería a utilizar la supervivencia de Argali como arma contra ella. A tenor de lo que sabía sobre Leostelar, era una victoria amarga, pero era la única que tenía.

Segundo canal de dispersión

Kamoj entornó la mirada frente al espejo mientras la costurera trasteaba con su ropa. Tanta atención la desconcertaba. Ella nunca vestía así, con tanta formalidad. Unos pantalones de montar y una camisa de labranza eran mucho más de su agrado, o un traje de campesina para las ocasiones más festivas. Sin embargo, aquel día era su boda y en las bodas una llevaba un vestido de novia por muy triste que le hiciera sentir su incipiente estatus marital.

Sin embargo, guardaba aquel vestido como un tesoro. Saber que su madre y su abuela lo habían llevado en sus bodas hacía que se sintiera más próxima a ellas. Teñido del color intenso de una rosa de Argali, se le ajustaba al talle y caía hasta el suelo en capas de satén parecidas a pétalos de rosa. El cuello y las mangas estaban ribeteados de encaje y su cabello de lustrosos rizos negros llegaba hasta la cintura. Las Joyas de Argali, cadenas de oro con forma de trepadoras y engalanadas con rosas de rubí, resplandecían en su garganta, sus muñecas y sus tobillos.

A base de tirones y palmadas, la anciana costurera logró alisar el vestido a la altura del talle y trató de conseguir que le cubriera los pechos. Soltó una risilla al ver las reticencias de su modelo, cuya mirada estaba casi perdida entre sus curvas.

—No tenéis un cuerpo de chico, gobernadora. Vais a hacer muy feliz a Leostelar, creo.

Kamoj la fulminó con la mirada pero una llamada en la puerta salvó a la costurera de su réplica. Kamoj cruzó la habitación cojeando sobre aquellos zapatos que tan extraños le resultaban, unas chinelas de tacón envueltas en escamas de cuero rosa. Abrió la puerta y se encontró con Dylu.

Su guardaespaldas sonrió.

—¡Hai, Kamoj! Estás preciosa.

—Es por mi boda. —Se preguntó cómo reaccionaría Leostelar si se presentaba vestida con un saco de harina. Puede que se largase. Claro que, era tan raro que puede que hasta le gustase.

El entusiasmo de su guardaespaldas se desvaneció.

—Ya. Maxard me lo ha contado.

La presencia de Dylu le ofrecía un descanso bienvenido para todos aquellos preparativos de boda. Despidió a la costurera, hizo pasar a Dylu y se sentó con ella en el sofá. La mayor de las dos mujeres empezó a recostarse, dio un respingo cuando sus

hombros rozaron los cojines y volvió a inclinar el cuerpo hacia delante. Al verlo, Kamoj sintió una nueva punzada de odio hacia Jax, que había castigado a la gente a la que amaba solo porque habían tratado de protegerla de su cólera.

—Tienes unas ojeras terribles —dijo Kamoj.

—No he... no he dormido bien esta noche.

Kamoj sabía la verdad. La consternaba ver el dolor de Dylu. Pero Maxard debía de haber logrado apaciguar un poco a Jax; de no ser así, Dylu no hubiera podido ni moverse.

—Lo siento.

La mujer puso una mano sobre el brazo de Kamoj.

—No es culpa tuya.

¿No? En ocasiones como aquella, Kamoj se sentía atrapada.

—¿Cómo está Gallium?

Dylu habló con suavidad.

—Está bien, Kami. Los dos lo estamos.

Kamoj manoseó los pliegues de su falda.

—Odio que haya ocurrido todo esto.

—Odio es una palabra muy fuerte. Dale una oportunidad a Leostelar.

—Me digo que será para bien. Pero después de todo lo que hemos oído sobre él...

—Se detuvo, incapaz de poner sus miedos en palabras, como si al pronunciarlos en alta voz convirtiese en reales todos los cuentos de brujería y miedo que lo rodeaban.

—Tienes buen corazón —dijo Dylu—. Tendría que ser ciego para no verlo.

—Dylu...

—¿Sí?

—Sobre esta noche... —Aunque Kamoj sabía lo que ocurría en una noche de boda, para ella no eran más que conceptos vagos. No se atrevía a pedir consejos sobre estos asuntos ni siquiera a Dylu. Era una etapa de su vida en la que aventurarse le hubiera provocado expectación y miedo a un tiempo, aunque hubiese empezado la misma con un hombre al que conociera, amara y en el que confiara. Ninguna de las tres condiciones se aplicaba a Leostelar.

El rostro de Dylu se relajó y esbozó la misma sonrisa afectuosa que le provocaba la mención de su marido, Fibca.

—No pongas esa cara. Las bodas son buenas.

Kamoj sonrió.

—Pareces una chiquilla enamoriscada. —Dylu rio y ella continuó—. ¿Cómo sabré lo que tengo que hacer?

—Confía en tu instinto.

—Mi instinto me dice que salga corriendo en dirección opuesta.

Dylu la tocó en el brazo.

—No juzgues a Leostelar aún. Espera y observa.

Al anochecer, el carruaje de Argali salió al patio tirado por cuatro cristazures y conducido por un jinete de ciervos. Con la forma y el color de una rosa, descansaba sobre un chasis de hojas color verde esmeralda. A diferencia de lo que ocurría con Casa Argali, cuya construcción era objeto de leyendas, nadie podía negar que el carruaje estaba hecho de una sola pieza que resplandecía como una perla. Había sido construido hacía tanto tiempo, que nadie recordaba ya cómo.

Mientras observaba la escena desde la ventana de su dormitorio, Kamoj deseó de repente bajar al patio y decirles a todos que había cambiado de idea, que debían cancelar la boda. Aspiró profundamente y apaciguó sus pensamientos. *Has tomado la mejor de las decisiones posibles. Confía en tu instinto.*

La puerta se abrió tras ella. Se volvió y vio la figura de Dylu recortada en el umbral. Su guardaespaldas llevaba una bonita camisa blanca y unos pantalones de suave ante. Llevaba el arco en la mano en vez de en la espalda. Su presencia familiar tranquilizó a Kamoj.

La expresión de Dylu era triste y orgullosa a un tiempo.

—Es hora de irse.

Kamoj cruzó la habitación sin cojear. El pie se le había entumecido. Había vuelto a vendar y limpiar la herida aquella mañana pero seguía hinchada. Sin embargo, ahora no le dolía.

Maxard estaba esperando al final de las escaleras. Una oleada de orgullo inundó a Kamoj. Aquel día, ninguna falta de esplendor avergonzaría a Argali. Ojalá la dama de Maxard pudiera haber venido desde las Islas Celestiales del Norte para verlo. Su malla resplandecía, un contraste dorado con el negro de su cabello y sus ojos. Llevaba una camisa de lino de sol, pantalones de ante de color vino y un cinturón de plumas de quetzal con los colores de Argali. Sus altas botas doradas estaban ribeteadas con plumas verdes y ceñía al costado una espada ceremonial cuya vaina estaba decorada con diseños de Argali.

Mientras Kamoj bajaba la escalera, Maxard la observaba con el rostro lleno del afecto que hacía que ella lo quisiera tanto. Cuando llegó a su lado, le dijo:

—Pareces un sueño. —Le falló la voz—. Parece que fue ayer cuando todavía eras una niña. ¿Cómo has podido crecer tan deprisa?

—Ay, Maxard. —Le dio un abrazo—. No lo sé.

Era cierto. Hace pocos años aún era una niña. Luego se convirtió en adulta. Casi nada separaba a las dos; su adolescencia había durado unas pocas decenas de días. Aquello le provocaba una inexplicable sensación de melancolía. ¿Por qué iba a querer una transición más duradera? La mayoría de la gente no tenía ninguna adolescencia.

Conocía las historias, por supuesto, sobre los extraños niños que tardaban más

que los demás en hacerse adultos. Los rumores aseguraban que la infancia de Jax Ponteferro se había prolongado más de lo normal. Años después de que sus compañeros se hubiesen convertido en adultos, él seguía siendo un adolescente, alto y desgarbado, con apenas la sombra de una barba incipiente en el rostro. Siguió creciendo mucho tiempo después de la edad en la que la mayoría de los jóvenes alcanzaba la madurez. Y alcanzó la edad adulta mucho después que la mayoría de hombres de su edad... y para entonces ya era más alto, más fuerte y más inteligente que todos.

Ojalá aquello lo hubiera vuelto también más bondadoso.

Flanqueada por Maxard y Dylu, Kamoj salió de la casa. Un grupo de amigas de la infancia, mujeres con ramas de rosal entrelazadas en los negros cabellos, se había reunido en el patio. La saludaban con la mano y sonreían, y Kamoj les devolvió los saludos, tratando de aparentar que estaba animada.

Alrededor del carruaje se habían reunido diez jinetes montados sobre sus ciervos, incluido Gallium Solares. Un tábano revoloteó frente al morro de un animal y este corcoveó a un lado y chocó con el cristazur de Gallium. Mientras el primer jinete tiraba de las riendas de su montura, su hombro chocó con la espalda de Gallium. Kamoj reparó en la mueca de dolor que Gallium trataba de ocultar, al igual que había hecho Dylu en el sofá.

La sonrisa de Kamoj se esfumó mientras sus pensamientos volvían a Jax. Había ensombrecido gran parte de su vida. Gallium había sido uno de sus más queridos amigos desde que tenía uso de razón. El jinete la había llevado a montar cuando no era más que una niña pequeña y ahora seguía ofreciéndole su inquebrantable lealtad.

Al pasar a su lado, levantó la mirada.

—Mi gratitud, buen Solares. Por todo. No lo olvidaré.

El rostro del jinete se dulcificó.

—Ni yo, Kami. Eres una visión de verdadera belleza.

Ella logró sonreír. No quería que él compartiese sus temores. Dylu abrió la puerta del carruaje y Maxard entró el primero, seguido por Kamoj. Dylu fue la última y cerró la puerta de la rosa. El cochero sopló su cuerno y su llamada se elevó en el aire de la noche. Entonces se pusieron en marcha, dando tumbos por el camino.

Sentada entre Dylu y Maxard, Kamoj los tomó a los dos de las manos. Maxard le dio unas palmaditas en el brazo y Dylu un abrazo, pero nadie dijo nada. No necesitaban palabras; después de tantos años, podían hablar con los contactos más sencillos. Apreciaba la oportunidad de pasar aquel tiempo con ellos. Parecía efímero. Le hubiera gustado poder guardar el momento en un medallón, un corazón dorado que lo protegería para que pudiera sacarlo cuando llegase la soledad y pudiese recordar a esas dos personas que eran su única familia.

El carromato avanzaba despacio para que la gente que los acompañaba a pie no

quedase rezagada. Pero aun así, le pareció que había pasado muy poco tiempo cuando se detuvo.

La puerta se abrió y apareció Gallium, recortado frente a ella. Tras él, la dorada fachada del Templo Espectral se solazaba bajo los rayos del sol poniente. El séquito de jinetes y amigos de Kamoj, acompañado ahora por muchos otros aldeanos, esperaba en la plaza llena de barro que precedía al templo. Se sintió conmovida al ver cuántos habían acudido a su boda con Leostelar, en especial sabiendo lo mucho que lo temían.

Dylu fue la primera en bajar del carruaje. Kamoj recogió los faldones de su vestido y se dispuso a seguirla... pero entonces se quedó paralizada en la puerta. Más allá del barro y los adoquines, un carruaje más grande estaba apareciendo a la vista. Hecho de bronce y metal negro, tenía la forma de una cabeza de león rugiente cuya melena tupida era azotada por el viento. Hasta el último y lustroso detalle brillaba. Los ojos eran sendas esmeraldas del tamaño de puños. El rubor se apoderó del rostro de Kamoj al contemplar la imponente visión.

Su prometido había llegado.

En cuanto el carruaje se detuvo, las puertas se abrieron. Dos jinetes salieron, ataviados de cobre y azul marino, con cota de discos color cobalto que destellaba bajo los rayos inclinados del sol. Sus botas estaban engalanadas de zafiros. Kamoj se preguntó dónde encontraría Leostelar tantas y tan increíbles gemas. El maestro joyero de Argali había examinado y vuelto a examinar las que había entregado como parte de la dote. Eran verdaderas. Perfectas y verdaderas.

Entonces un hombre encapuchado salió a la plaza.

Leostelar empequeñecía a todos los demás. Con mucha diferencia era el hombre más corpulento del patio. Al ver su altura insólita, se preguntó si también él —como Jax— habría pasado una adolescencia de muchos años. ¿Y si tenía otras semejanzas, más desagradables, con su antiguo prometido? Como de costumbre, llevaba una capa azul con una capucha que le tapaba la cabeza. Kamoj no estaba segura de querer saber lo que se escondía debajo de aquellas sombras. En su interior no se veía más que oscuridad; o llevaba un pañuelo sobre la cara... o no tenía cara.

Maxard la tomó del brazo.

—Deberíamos ir.

Su contacto la despertó. Descendió del carruaje sobre una losa que despedía el resplandor de la mica hasta en medio de las sombras púrpura. Sus tacones despedían un sonido agudo mientras caminaba de adoquín a adoquín para evitar el barro.

Incluso aquella noche, la visión del Templo Espectral le produjo un escalofrío. La pirámide se alzaba en medio de los bosques de Argali. Cuando los rayos del sol poniente incidían en el ángulo correcto sobre las escaleras que ascendían por uno de sus costados, la luz descendía arrollándose por ellas hasta la estatua de la cabeza de

lagarto estelar que había al fondo y formaba una serpiente de destellos y piedra. En la parte delantera del templo, una enorme cabeza de lagarto estelar abría la boca en un rugido y formaba una entrada. Un rayo de luz de sol incidió en sus ojos de cristal y varios arcos de luz resplandecieron alrededor de su cabeza como los espíritus del Perihelio, también llamados Lagartos Solares, que custodiaban el templo.

Kamoj siempre había amado los lagartos solares que aparecían en el cielo. Formaban halos a ambos lados del sol, como arco iris pálidos, cada uno de ellos con una cola de luz blanca. Aquella era su hora preferida, cuando el diminuto Tul descendía hacia el horizonte, vestido apenas con volutas de nube. Durante el invierno, cuando el aire se llenaba de cristales de hielo, los espíritus del Perihelio y el Halo recorrían el cielo trazando arcos y anillos. Podían incluso formarse alrededor de la sombra de la cabeza de una persona favorecida cuando esta, al amanecer, se extendía sobre el musgo cubierto de rocío. Pero ahora no se veía ningún nimbo, ninguna señal que augurase buena fortuna para esta fusión.

El grupo de Leostelar llegó primero al templo. El propio Leostelar se detuvo bajo el saliente de la boca llena de colmillos del lagarto y esperó, con la cabeza encapuchada vuelta hacia Kamoj. Ella acudió con su séquito y se detuvo. Tras un momento en el que todos permanecieron inmóviles, se ruborizó. ¿Acaso no sabía su prometido que debía entrar primero? Cambió el peso de pierna mientras se preguntaba cómo iba a compaginar cortesía y conveniencia. No podían quedarse allí toda la noche.

Uno de sus jinetes le habló a Leostelar en voz baja. Este asintió y entró en el templo con su séquito. Aliviada, Kamoj lo siguió con el suyo. Nadie dijo nada. Se preguntó si Leostelar podría hablar. Nadie que ella conociera le había oído pronunciar una sola palabra.

En el interior, la luz de la puesta de sol penetraba por unas aberturas situadas a gran altura. El suelo estaba cubierto por completo de bancos, a excepción de un estrado al otro extremo sobre el que descansaba una mesa de madera barnizada. La mesa estaba decorada con tallas, diseños de enredaderas Argali, un tipo de motivos que se conocían en el antiguo iotaca como integrales de Bessel.

Kamoj saboreó los aromas que llenaban el templo. La mesa estaba llena de enredaderas de rosal silvestre y helechos que llenaban el aire con su fragancia, fresca y limpia. A lo largo de las paredes, colgaban guirnaldas de las estatuas de diversos espíritus de Corriente: los Arco Iris Eféreos, las Glorias y los Nimbos. Por las aberturas abiertas en las paredes sobre las estatuas, penetraba la luz a través de ventanas facetadas de paneles dobles entre los que había una película de agua, que producía un efecto de arco iris. Flotaba una música en el aire, procedente de las brisas que soplaban a través de los agujeros del techo, ocultos dentro de las esculturas de los espectros conocidos como Armónicos Esféricos.

Normalmente, Kamoj disfrutaba de la belleza del Templo Espectral. Pero aquel día todo se le antojaba irreal, dotado de una cualidad etérea ajena a la mucho menos serena ceremonia que se estaba celebrando en su interior. Mientras todo el mundo tomaba asiento en los bancos, Kamoj caminó hacia el estrado, de la mano de Maxard y precedida por Leostelar. La sacerdotisa, Airysfera Prisma, aguardaba junto a la mesa llena de flores. Alta y esbelta, tenía grandes ojos y un cabello negro y brillante que le llegaba hasta la cintura.

Tras subir al estrado, Leostelar se volvió para contemplar la llegada de Kamoj. O al menos eso supuso ella. La capucha aún le ocultaba el rostro. Al llegar a su lado, no vio más que oscuridad en el interior de esa capucha, acaso un destello metálico. Se dijo que se había confundido. Un hombre no podía tener un rostro de metal.

Maxard se inclinó ante él.

—Argali os da la bienvenida, gobernador Leostelar.

El colosal hombre se limitó a asentir. Después de un silencio incómodo, Maxard enrojeció, aunque Kamoj no hubiera podido decir si de furia o de vergüenza. ¿Era consciente Leostelar del ultraje que suponía su silencio o actuaba de aquel modo solo por ignorancia? La respuesta a esta pregunta le hubiera dicho mucho sobre su prometido pero no tenía manera de arrancársela a la inescrutable sombra del interior de su capucha.

Al darse cuenta de que el silencio se prolongaba demasiado, Maxard se volvió y tomó las manos de Kamoj. Le habló con cariño.

—Que la Corriente circule siempre para ti, Kami.

Ella cerró los dedos alrededor de los de su pariente.

—Y para ti, querido Tío.

Él se demoró un momento más, mientras contemplaba su rostro. Pero al fin le soltó las manos. Entonces abandonó el estrado y fue a sentarse junto con Dylu en el primer banco.

—¿Ya está? —preguntó Leostelar.

Kamoj estuvo a punto de dar un respingo. Su voz retumbaba, profunda y resonante, con un marcado acento. En la palabra «está» había vibrado como un instrumento de cuerda.

Airys pestañeó y las grietas verticales de sus pupilas se ensancharon en las sombras del templo.

—¿Os referís a la ceremonia?

—Sí —dijo Leostelar.

—Ni siquiera ha empezado. —Airys recogió un pergamino de la mesa y lo abrió. La hoja estaba cubierta de glifos en color azul cielo. Se lo ofreció a Leostelar, quien lo aceptó con las manos cubiertas por guantes negros.

—Gobernadora Argali —dijo Airys—. Dadme vuestra mano.

Mientras Kamoj extendía la mano, Airys dijo:

—En el nombre de Espectra Luminosa te entrego a este hombre. —Cerró la mano alrededor de la muñeca de Kamoj—. Havyrl Leostelar, dadme vuestra mano. —Una vez la tuvo, recogió una enredadera de la mesa y ató con ella las muñecas de los dos contrayentes. A continuación las engalanó con rosas y hojas cubiertas de escamas.

Kamoj se sobresaltó al sentir el cuero del guante de Leostelar contra la piel. ¿Por qué ocultaba hasta sus manos? Sin duda debía de ser consciente de que así inquietaría a su prometida. Por mucho que lo intentara, no podía encontrar muchas razones para semejante comportamiento, a no ser que de veras se tratase del demonio que todos suponían, en cuyo caso prefería no seguir pensando en ello.

Airys le habló a Leostelar:

—Ahora podéis leer el contrato.

Kamoj esperó a que rehusara. Nadie leía el contrato de matrimonio. Al fin y al cabo, solo los eruditos sabían leer y solo los más versados conocían el ancestral iotaca. La mayoría de la gente consideraba que el pergamino era una plegaria de fertilidad. Kamoj tenía sus dudas; Airys había conseguido traducir algunos párrafos para ella y se parecía más a un documento legal que a un poema. En cualquier caso, el novio siempre devolvía el pergamino. Entonces la pareja pronunciaba una bendición que había elaborado cada uno de ellos. Kamoj no había preparado nada: era mejor que no dijera lo que pensaba de la fusión. A menos que Leostelar hubiera preparado su propio poema, cosa que ella dudaba, la ceremonia continuaría sin la bendición.

Solo que no fue así. Leostelar leyó el pergamino.

Mientras su voz retumbaba con las palabras iotaca, empezaron a levantarse jadeos reprimidos entre los presentes. Kamoj dudaba que alguno de ellos hubiese oído antes la bendición y mucho menos pronunciada con semejante potencia. Leostelar poseía una voz profunda, tocada de un acento desconocido y con la trepidación de un vibrato. Las palabras no sonaban diáfanas. Los sonidos pasaban sobre ella, tan inesperados que tenía dificultades para absorberlos.

Cuando terminó, el único sonido que se escuchaba en el templo era el de los tenues cantos de las aves nocturnas procedentes del exterior.

Por fin, el hombre dijo:

—¿Ha terminado ya la ceremonia?

Airys aspiró profundamente, como si estuviera volviendo en sí.

—Los votos han concluido, si es a eso a lo que os referís.

Leostelar le devolvió el pergamino. Entonces desató la enredadera que unía su muñeca y la de Kamoj y la enrolló sobre el cuello de Kamoj. Al hacerlo, las rosas cayeron sobre el pecho de ella. Se ruborizó, desconcertada por aquel desafío a la tradición; se suponía que el lazo no se desataría hasta que se hubiera consumado el

matrimonio. Antes de que pudiera decir nada, la cogió del brazo, se volvió y se encaminó a la entrada llevándosela consigo.

Se alzaron murmullos entre los presentes, el crujido de la tela, el tintineo de las cotas de discos. Kamoj se dio cuenta con cierto retraso de que él no había comprendido: pensaba que la ceremonia había concluido cuando apenas había comenzado pero lo que faltaba era solo ritual. Habían pronunciado los votos. Argali y Leostelar habían fusionado sus corporaciones. Ocurriera lo que ocurriera a partir de ahora, se había entregado, a sí misma y a su provincia, a aquel hombre. Solo esperaba que el futuro no se derrumbara a su alrededor.

Salieron a una noche color púrpura. Apenas tuvo tiempo de recobrar el aliento antes de llegar al carruaje de Leostelar. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa; había creído que tendría algo más de tiempo para aceptar su matrimonio antes de encontrarse a solas con su nuevo marido.

Entonces se detuvo y miró hacia atrás. Maxard venía tras ellos, junto con Dylu y Gallium. Sus rostros eran una visión bienvenida.

Leostelar se dirigió a su tío:

—Buenas noches, señor.

Kamoj se preguntó lo que querría decir. Ese «buenas noches», ¿era un saludo o una despedida?

Maxard se inclinó. Leostelar se limitó a asentir y a continuación hizo una señal a sus hombres. Mientras levantaba el brazo, la capa se le abrió y reveló parte de su cota de discos, apenas un destello del azul de los zafiros. ¿Qué metal utilizaría para crear un color tan dramático?

Mientras uno de los jinetes les abría la puerta, Leostelar puso su mano en el brazo de Kamoj, como indicando que quería que pasase. Pero antes siquiera de comprender lo que estaba haciendo, ella rehusó y retrocedió un paso. No podía marcharse de aquel modo, sin despedirse.

Se acercó a Dylu y la abrazó con mucho cuidado para no hacerle daño en la espalda mientras enterraba la cabeza en el hombro de la mujer. Dylu le habló suavemente.

—Eres como una hija para mí. No lo olvides. Siempre te querré.

Sus palabras arrastraban el sonido de unas lágrimas.

A Kamoj le falló la voz.

—Y yo a ti.

Antes de que pudiera acercarse a Maxard, Leostelar la arrastró hacia el carruaje. Estuvo a punto de resistirse de nuevo pero no lo hizo. Enfrentarse al hombre que acababa de convertirse en dueño y señor de Argali sería un pésimo comienzo para su fusión y podía poner en peligro a la provincia. Miró a su tío con los ojos empapados en lágrimas y este asintió, con los suyos húmedos también.

Entonces Leostelar se la entregó a sus jinetes, quienes la ayudaron a subir al león rugiente. El sombrío interior estaba cubierto por paneles de madera de luna y la tapicería del asiento era de cuero oscuro. Frente a la puerta había una ventanilla. Se volvió mientras Leostelar entraba y vio que había otra tras él. Y sin embargo, desde el exterior no se había percatado de su existencia. *Hay una explicación razonable*, se dijo. Le hubiera encantado creerlo.

Un jinete cerró la puerta y Leostelar se puso a su lado. Sus grandes piernas llenaban el carruaje. La capa se le abrió y reveló un traje ceremonial muy similar al de Maxard, solo que de color zafiro oscuro. Mientras el carruaje se ponía en marcha, Kamoj se volvió para echar un último vistazo a su hogar. Pero el «cristal» se había convertido en un pedazo de madera negra. Consternada, se volvió hacia la ventanilla de Leostelar y descubrió que también se había desvanecido. Con un interior tan oscuro y sin lámparas, el carruaje hubiera debido estar por completo a oscuras. Pero seguía iluminado. Cada vez le estaba costando más creer que existía una explicación normal para todo aquello.

—Aquí. —Leostelar dio unos golpecitos en el techo. A su voz le faltaba una cierta nitidez.

Confundida, Kamoj levantó la cabeza. Una brillante franja blanca bordeaba el techo del carruaje. Parecía un panel de luz, pero era tan fina como un dedo y parecía lo bastante flexible para doblarse. No sabía si sentirse aliviada porque existiera una razón para la luz o inquieta por lo insólito de su fuente.

—Eso era lo que estabas buscando, ¿no? —dijo él—. ¿La luz?

¿Cómo lo había sabido?

—Sí.

—Eso pensaba. —Metió la mano en su capa y sacó una botella. Curva y esbelta, estaba hecha de cristal azul oscuro y tenía un tapón dorado. Lo desenroscó y a continuación elevó la botella por encima de su capucha y echó la cabeza atrás. Al cabo de un momento bajó el brazo y se pasó la mano sobre lo que quiera que tuviera por cara. Luego devolvió la botella al interior de la capa.

Kamoj olió el aroma del ron. Como una imagen trucada de esas que se modifican si las miras de una manera diferente, sus percepciones cambiaron. Pensó en las palabras atropelladas que había pronunciado en el funeral y en sus actos en el pozo de Crilic. ¿Acaso era la bebida lo que le hacía actuar de aquella manera? No es que eso resultara tranquilizador precisamente, pero era bastante mejor que una causa sobrenatural.

Leostelar suspiró. Mientras se volvía hacia ella, entrevió un nuevo destello plateado. Entonces le pasó un brazo alrededor de la cintura.

¡*Hai!* El instinto de Kamoj le pedía a gritos que lo apartara. *Es tu marido*, se dijo. Estate quieta. Tenía derecho a abrazar a su esposa. Pero no podía obligarse a

devolverle el abrazo.

El hombre le acarició el encaje de la manga y luego empezó a levantarlo con los dedos. Su guante negro producía un agudo contraste con la seda rosa. Se preguntó si llevaría los guantes cuando le hiciera el amor. ¿Y si nunca se quitaba la capucha, ni siquiera en el dormitorio? Sintió que el rubor se extendía por su rostro. Puede que fuera mejor no pensar en eso ahora mismo.

La mano de Leostelar se deslizó por su torso, bajo los tallos de enredadera que rodeaban su cuello, y sus dedos se cerraron alrededor de su pecho. Kamoj se quedó paralizada, mientras su sensatez se desvanecía como las ventanas del carruaje. Le traía sin cuidado que fuera su marido; seguía siendo un extraño. Mientras le acariciaba el pecho, tuvo que contener el impulso de quitárselo de encima. Le hubiera gustado que hablara o que le diera alguna señal de que allí dentro había un ser humano.

Siguió acariciándola unos momentos pero poco a poco su mano fue moviéndose más despacio hasta detenerse por completo. Entonces se desplomó sobre su regazo. Su corpachón se apoyaba sobre ella y a causa de su peso le costaba mantenerse erguida. Lo miró y se preguntó lo que debía hacer.

Mientras lo pensaba, salió un ronquido del interior de la capucha.

Por lo que parecía, su nuevo marido se había quedado dormido.

Kamoj se frotó la barbilla. ¿Qué se hace en una situación así? Quizá nada, salvo darles gracias a los Armónicos Espectrales por aquel respiro.

Por desgracia, con Leostelar apoyado sobre ella, le costaba permanecer erguida. Así que le dio un codazo. Al ver que no respondía, lo apartó. Su cabeza cayó hacia atrás y se apoyó sobre el asiento, mientras el pecho cubierto de malla se alzaba y descendía con un ritmo profundo y acompasado. La capucha seguía tapándole el rostro.

Justo cuando ella empezaba a dar gracias por aquella inesperada liberación, trató de tenderse. El asiento del carruaje era demasiado estrecho para sus piernas, así que se estiró y colocó las piernas en el suelo y la cabeza en su regazo. Y a continuación los ronquidos volvieron a empezar.

Kamoj no sabía qué pensar. Entre los escenarios que había imaginado para su viaje al palacio, no se encontraba aquel. Volvió la mirada hacia su cabeza, apoyada en su regazo y cubierta por la capucha. ¿De veras era tan feo como aseguraban los rumores? Con un suave tirón a la prenda lo sabría.

Tu marido esconde su rostro por alguna razón. Una razón que le importaba tanto como para mantenerla oculta en su propia boda. Si miraba, puede que se ganase su enemistad.

Pero estaba dormido.

Una tormenta de curiosidad descargó sobre ella. Tocó el dobladillo de la capucha.

No, no iba a arriesgarse. Apartó la mano. Él seguía durmiendo y emitía un suave ronquido al final de cada exhalación. ¿Cómo iba a saberlo? Puede que nunca se enterase. Claro que, también era posible que despertase si ella trataba de quitarle la capucha.

Finalmente, Kamoj no pudo soportarlo más. Le dio un tirón a su capucha. Al ver que no daba señales de despertarse, tiró un poco más. Siguió sin haber respuesta. Envalentonada, le apartó la capucha de la cara... y estuvo a punto de chillar.

No tenía cara.

Ni ojos, ni nariz, ni boca. Solo metal. Su cabeza era de tamaño humano y tenía los contornos de un rostro pero en lugar de piel y rasgos humanos, solo había placas plateadas.

Kamoj se tapó la boca con la mano. No podía apartar la mirada y sentía que le faltaba el aliento.

—Ah, no —dijo por fin—. No. Por favor, no.

Así que era eso. Ahora lo sabía. No podía imaginar cómo iba a vivir con aquello. Dulce Airys, ¿y la noche de bodas? No, ahora no iba a pensar en eso.

Mientras sus nervios se iban calmando, reparó en nuevos detalles. Otra sorpresa: tenía un pelo magnífico. Unos rizos espesos y ensortijados que le llegaban a la altura de los hombros, una mezcla de dorado, bronce y cobre con plata en las sienes. Nunca había visto aquellos colores. Algunos granjeros de Ponteferro tenían el pelo rubio pero ni por asomo podían compararse a aquella melena multicolor.

Le iba bien a su nombre. Casi demasiado bien, de hecho. Era una curiosa coincidencia que alguien llamado Leostelar tuviese una melena leonina como aquella, parecida a la de los leones celestes de las montañas, con sus cuerpos de escamas y seis patas y sus melenas emplumadas. Quizá sus ancestros hubieran adoptado el nombre porque aquella melena fuera un rasgo familiar. La gente hacía cosas aún más extrañas. Después de todo, a ella le habían puesto el nombre de una planta y solo la Corriente sabía lo que significaba Quanta.

Kamoj le acarició los rizos con un dedo. Seguía dormido. Al menos ella creía que lo estaba. ¿Cómo podía saberse cuándo una persona no tenía ojos? Sin embargo, no dio muestras de que su contacto lo molestase. Deslizó la mano más profundamente entre los rizos. Hai. Era tan agradable al tacto como a la vista.

Mientras le acariciaba los rizos, las yemas de sus dedos rozaron su rostro. El metal era suave. Sus dedos descendieron hasta la mandíbula y apretaron las placas.

La cara se movió.

—¡Ah! —Kamoj apartó la mano con un movimiento súbito. Al ver que seguía sin dar muestras de ir a despertar, examinó el metal con detenimiento. De hecho se había movido. Volvió a tocarlo... y el metal se arrugó. Al otro lado había piel humana.

Una máscara. Llevaba una máscara. No se había casado con un hombre sin cara.

Rio con una oleada de alivio tan intensa que casi resultó física y a continuación aspiró hondo para acallar el sonido, no fuera a despertarlo.

La prudencia le decía que se detuviera pero ahora no podía. Tenía que saber lo que escondía la máscara. Deslizó los dedos a lo largo de su borde y la apartó del rostro del hombre. El metal cedió con facilidad, como una piel de plata... y entonces pudo ver la verdad.

Humano. Era humano. Diferente a cualquier hombre que hubiera visto jamás, pero un hombre al fin y al cabo. Una lágrima resbaló por su mejilla.

No era ni por asomo tan viejo como aseguraban los rumores. Debía de rondar los cuarenta, puede que un poco más. Tenía un hermoso rostro, de pómulos altos y nariz recta. Sus pestañas descansaban sobre las mejillas formando una orla lustrosa y dorada. Brillaban como el metal pero eran suaves al tacto. Su dorada piel era cálida bajo la palma de su mano. Estaba viva. Tenía labios gruesos. Sensuales. Pasó el dedo por el inferior y este cedió al contacto.

Su respiración parecía tensa y tenía unos círculos oscuros bajo sus ojos. Apestaba a ron. La máscara había ocultado el olor en parte pero ahora llenaba el carruaje, mezclado con el polvo de escamas.

A medida que su respiración se iba volviendo más trabajosa, Kamoj empezó a alarmarse. Extendió la máscara sobre su rostro pero, por mucho que lo intentara, no podía lograr que se cerrara.

De repente él se movió, rodó sobre su espalda y la miró. Graznó palabras en un idioma que ella no entendía y se llevó las manos a la máscara. Consternada, ella se la puso en las manos. Pero antes de que pudiera ponérsela, su cuerpo se puso rígido y empezó a toser, mientras sus dedos estrujaban la arrugada piel de metal.

Una sirena perforó el aire. Kamoj no sabía de dónde venía. Enfebrecida, le arrancó la máscara de la mano y la apretó contra su cara. Pero no pudo lograr que permaneciera allí.

El carruaje se detuvo de forma tan brusca que los arrojó a ambos al suelo. La puerta se abrió y dos jinetes saltaron al interior. Uno de ellos apartó a Kamoj mientras el otro se arrodillaba junto a Leostelar. El segundo jinete llevaba una máscara en la mano, esta rígida y traslúcida, conectada por medio de un tubo a un cilindro metálico. Colocó la máscara sobre el rostro de Leostelar y un sonido siseante llenó el carruaje.

Kamoj trató de apartar al jinete que la estaba inmovilizando pero este no la dejó ir. Levantó la mirada y vio que el hombre estaba mirando fijamente la máscara que tenía en la mano. Entonces le llamó una cosa, algo que nunca había esperado oír. Se puso rígida y un jinete situado tras ellos abrió la boca para reprender al que la había insultado. Entonces, también él vio la máscara y lo que fuera que estaba a punto de decir murió en sus labios.

Un gemido se alzó desde el suelo. Sobresaltada, se volvió y vio que Leostelar

volvía a respirar con la nueva máscara. El jinete que la sujetaba del brazo se relajó pero no tanto como para dejarla ir.

Leostelar se incorporó y tomó asiento mientras sostenía la máscara en su lugar. Al ver que sus hombres trataban de ofrecerle ayuda, el gobernador sacudió la cabeza. Así que los jinetes se retiraron y salieron del carruaje. Leostelar se irguió, con una mano apoyada contra la pared y la cabeza inclinada para no golpearse contra el techo.

Movió la máscara a un lado y habló al hombre que sujetaba a Kamoj.

—Déjala, Azander.

—Señor, os quitó la piel para respirar —dijo Azander.

Leostelar señaló la máscara con un ademán.

—La curiosidad no es un crimen. Vamos, llévanos a casa.

—Sí señor. —Mientras Azander salía del carruaje, le dirigió a Kamoj una mirada dura. Ella reconoció lo que significaba. Si le hacía algo a Leostelar, Azander se encargaría de que lo pagara.

No tardaron mucho en estar de nuevo en camino. Sentado junto a Kamoj, Leostelar se reclinó en el asiento y cerró los ojos mientras sostenía la nueva máscara sobre su cara. El cilindro metálico seguía a su lado. Ella se frotó los brazos arriba y abajo, helados a pesar del calor que hacía en el interior del carromato. ¿Creía de veras que le había quitado la máscara por curiosidad? Tenía miedo de que sospechara lo que Azander había estado a punto de decir, que su nueva esposa había tratado de asesinarlo.

Erguido sobre su asiento, Leostelar sacó la botella y trató de abrirla con una sola mano. Finalmente dejó la máscara sobre su regazo y utilizó las dos manos para hacerlo. Dio un largo trago. Su garganta subía y bajaba mientras bebía.

Cuando terminó, le tendió a Kamoj la botella vacía.

—Ponle el tapón.

Entonces volvió a ponerse la máscara sobre el rostro y la sostuvo allí con una mano.

Kamoj no sabía qué decir. Puso el tapón a la botella mientras se preguntaba si siempre bebería tanto. Eso podía explicar por qué no le importaba vivir en las ruinas de un palacio. Dejó la botella sobre su regazo, la sostuvo con una mano y se frotó los ojos con la otra. Las novedades y sorpresas de aquel extraño día la habían dejado exhausta.

La nueva máscara solo le cubría la boca y la nariz, y permitía verle los ojos. Eran grandes, de un peculiar color violeta. Hubieran sido hermosos de no haber estado inyectados en sangre. Sus pupilas eran aún más extrañas. Eran discos redondos en vez de hendiduras verticales. Aunque extraño, el efecto no resultaba desagradable. Transmitía una sensación de normalidad que desconcertaba a Kamoj, una inexplicable familiaridad.

En aquel momento aquellos ojos la estaban observando.

—¿Por qué lo hiciste?

Sabía a qué se refería.

—Quería saber qué aspecto tenías.

—Podías haberlo preguntado.

—Lo siento. No sabía que te haría daño.

El hombre asintió. Aparentemente estaba dispuesto a aceptar la explicación.

—No se me ocurrió ajustar el nivel de respuesta de la máscara para que no pudieras trastear con ella. —Creyendo en apariencia que aquella insólita afirmación tenía algún sentido, reclinó la cabeza y cerró los ojos. Al cabo de un momento, la máscara cayó sobre su regazo.

—Gobernador Leostelar. —Kamoj lo sacudió por el hombro—. Su piel de respiración.

Leostelar abrió los ojos, parpadeó varias veces y ella le entregó la máscara plateada. Trató de colocarla de nuevo en su lugar, sin más éxito que antes. La examinó con la mirada entornada y entonces le dio la vuelta y volvió a probar. Esta vez la máscara se ajustó por sí sola y dejó su rostro reducido a una suave película de plata con unos óvalos negros en lugar de ojos.

—Así está mejor —murmuró. Volvió a echar la cabeza atrás, los óvalos se cerraron y el último vestigio de su humanidad desapareció.

Kernel de dispersión

Marcharon durante casi una hora. Leostelar seguía roncando con suavidad mientras Kamoj permanecía sentada y sumida en un silencio perplejo. Por fin el carruaje se detuvo. Azander abrió la puerta y examinó la escena, Leostelar dormido y Kamoj con la botella entre las manos. No pareció sorprenderle.

Se inclinó sobre Leostelar y lo sacudió por los hombros.

—Príncipe Havyrl. Estamos en casa.

Kamoj pestañeó al escuchar el arcaico título. ¿Príncipe? ¿De qué?

Los ojos de Leostelar se abrieron, negro sobre plata.

—¿Qué?

—En casa —repitió Azander—. Vuestra esposa y vos.

—¿Esposa?

—Sí, señor. Vuestra esposa.

—¿Qué esposa?

Azander inclinó la cabeza hacia Kamoj.

—La gobernadora Argali.

—Oh, sí, por supuesto. —Leostelar se irguió en el asiento y se pasó las manos por los cabellos—. Ocúpate de los ciervos.

—Sí, señor. —Azander salió del carruaje.

Leostelar salió tras él a la noche, iluminada por un tenue resplandor. Mientras Kamoj bajaba del carruaje, le ofreció su mano. Al tomarla ella notó que había callos debajo del guante. Pero eso no tenía sentido. Un hombre de tanto poder no podía tener las callosas manos de un campesino.

Entonces miró en derredor... y se quedó por completo helada.

Se encontraban en el patio del Palacio de Cuarzo. Pero las ruinas cubiertas por enredaderas, zarzas y rosales silvestres que ella conocía habían desaparecido. Ahora el palacio de cuarzo rosa resplandecía, restaurado en toda su belleza y más aún. Largo y estrecho, con una terraza que se extendía a todo lo largo de su fachada, contaba con nueve entradas dispuestas a intervalos regulares. En cada uno de sus extremos se erguía una torre, coronada por una protuberancia dorada. De las ventanas colgaban lámparas de cristal con forma de pájaros que hacían brillar las paredes. Por encima de todo ello, la aurora boreal, una ondulante cortina de radiación rosa y dorada, desgarraba el firmamento.

—Dulce Airys —susurró Kamoj—. Es precioso.

—Bonito, sí —asintió Leostelar.

La tomó por el codo y la llevó hacia los escalones que subían a la terraza. Las puertas dobles del centro se abrieron de par en par y derramaron una riada de luz en la noche. En medio de ella se recortaban las siluetas de tres personas. Kamoj reconoció a dos de ellas: aldeanos de Argali, un hombre y una mujer, ataviados ambos con ropas de criado.

La tercera persona se adelantó para recibirlos. Alta y enjuta, de rostro anguloso y cabello cano recogido en un moño alto, la mujer no se parecía a nadie que Kamoj hubiera visto. Vestía un traje de color gris, ajustado y de una pieza, con botas altas del mismo color. En el hombro llevaba un emblema con una estrella explotando dentro de un triángulo.

Se encontraron en mitad de la escalinata. Leostelar la saludó con un asentimiento de la cabeza y los tres juntos terminaron de subir. Aunque la mujer parecía vigorosa y saludable, respiraba de forma laboriosa, como si en vez de caminar unos pocos pasos hubiera estado corriendo.

Al llegar al último escalón, Kamoj se detuvo. A pocos pasos de distancia, un reflejo trémulo de luz cubría por entero la entrada de la casa.

—Dentro es aún más bonito —dijo Leostelar, quien obviamente había malinterpretado sus titubeos.

Nadie más parecía asombrado por la cortina de luz y Kamoj no quería parecer una tonta. De modo que respiró hondo y atravesó la luz con los demás. El resplandor se pegó a ella como una pompa de jabón, deslizándose sobre su rostro, su cabello y su ropa.

El vestíbulo de entrada era tal como lo recordaba, una habitación pequeña con baldosas decoradas con el emblema de la rosa de Argali. Solo que ahora no faltaba ni una baldosa en el suelo y las paredes estaban enteras, cada ladrillo al lado de sus vecinos, sin grietas ni mellas.

Leostelar empezó a quitarse la máscara y Kamoj se puso tensa. Pero nadie más pareció alarmarse. De hecho, ella nunca había saboreado un aire tan puro y denso. Hacía que se sintiera mareada, casi eufórica.

La mujer alta respiraba ahora con normalidad. Le hizo a Kamoj una pregunta pero esta tenía dificultades para comprender su marcado acento. Aunque hablaba puente, la lengua de Kamoj, utilizaba, según parecía, el mismo y extraño dialecto que Leostelar.

La mujer volvió a intentarlo.

—¿Estáis bien, gobernadora Argali?

Kamoj se irguió todo lo que pudo, tratando de no parecer intimidada por la estatura de aquella extraña.

—Sí.

—Está perfectamente. —Leostelar señaló con un ademán a los dos sirvientes de Argali—. Igual que ellos. Perfectamente.

La mujer lo miró de soslayo y a continuación hizo lo propio con la botella que aún sostenía Kamoj. Le habló a Leostelar en otra lengua, con voz llena de preocupación y enfado. Leostelar respondió frunciendo el ceño y a continuación se volvió y tomó a Kamoj por el brazo. La llevó hacia un arco que había al otro lado del vestíbulo, cubierto también por una cortina de luz. Mientras lo atravesaban, Kamoj contuvo el aliento. No le inspiraban más confianza los resplandores interiores que los exteriores pero tampoco esta vez ocurrió nada malo.

El aire del Salón de Entrada, situado tras el vestíbulo, parecía tan puro como el de este. Nunca había visto las pinturas que colgaban de las paredes, escenas campestres de Argali. Leostelar debía de habérselas encargado a los aldeanos, lo que significaba que estaba apoyando la economía de la provincia.

Entonces reparó en otras novedades. Varios paneles de luz —¡paneles de luz!— brillaban cerca del techo. Leostelar estaba observando su rostro.

—Está bien, ¿verdad?

—Oh, sí. —Nunca hubiera esperado semejante generosidad. El edificio que había restaurado ni siquiera le pertenecía. Entonces se le ocurrió que puede que no fuera generosidad, después de todo. Ahora poseía el palacio, al igual que todo cuanto había pertenecido a su familia. Ella incluida.

Acompañados por los criados y la mujer alta, atravesaron el Salón de Entrada y entraron en un resplandeciente salón de baile que se extendía a derecha e izquierda. La luz que despedían los candelabros se reflejaba sobre las paredes y el suelo de parqué, pero Kamoj no vio una sola vela en ellos, sino solo luces titilantes. El regalo inesperado de descubrir la morada de sus antepasados iluminada con tanta belleza alegró a Kamoj.

Atravesaron el salón de baile y cruzaron otro arco. Conducía al Salón Largo, que discurría en ángulo recto con respecto al Salón de Entrada a todo lo largo del palacio. Sus paredes estaban forradas con paneles de madera de luna y el suelo estaba cubierto con alfombras oscuras. Lámparas con forma de rosa brillaban en las paredes. Leostelar entró en el salón, sin soltar el brazo de Kamoj. La mujer alta le seguía el paso sin dificultades, pero Kamoj y los criados casi tenían que correr para no quedar rezagados.

Leostelar no se detuvo hasta que llegaron a una puerta situada en el extremo oriental del palacio. Entonces se volvió hacia los demás.

—Podéis iros. Yo la llevaré arriba.

La mujer alta habló.

—Quizás a Kamoj le gustaría conocer a la servidumbre. Visitar el palacio. Cenar.

—Con voz seca, añadió—: Recobrar el aliento.

—¿A quién? —preguntó Leostelar.

—Kamoj —dijo la mujer.

—¿Y quién es esa?

Esto no está ocurriendo, pensó Kamoj. La mujer lo miró fijamente.

—Tu esposa.

Leostelar se volvió hacia ella.

—¿Kamoj? ¿Así es como te llamas?

—Sí. —Kamoj no sabía si reír o llorar.

—Es bonito —dijo él—. Como tú.

—Ni siquiera ha podido deshacer el equipaje —dijo la mujer.

—¿Qué equipaje?

—Los baúles con sus trajes. Arcones. No lo sé. —Miró a los criados—. Lo que quiera que haya traído.

—No ha traído nada, coronel Pacal —dijo la rolliza criada.

La mujer alta se volvió hacia Leostelar.

—Por todos los santos, Vyrl. ¿No se suponía que tenías que encargarte de que trajeran sus cosas?

—Si no se ha hecho todavía —replicó él con un gruñido—, que se haga.

La mujer resopló. Entonces se volvió hacia Kamoj y le habló con voz más suave, como si lo estuviera haciendo con una niña.

—¿Tienes cosas que querrías que trajeran? Podemos enviar a alguien a Casa Argali por la mañana.

—Sí, gracias. —Kamoj no estaba segura de cómo debía tomarse el tono de la mujer—. Dylu les dirá lo que deben traer.

—¿Dylu? —preguntó la mujer—. ¿Es una persona?

Leostelar frunció el ceño.

—Dazza, deja de interrogarla.

Kamoj hubiera querido que se pusieran de acuerdo sobre el modo en que se llamaban unos a otros. ¿La mujer alta era Dazza o la coronel Pacal? ¿Leostelar era un gobernador o un príncipe? La mujer lo llamaba Vyrl. Un diminutivo de Havyrl, probablemente. Quizá si pensase en él utilizando un apodo, todo esto le daría menos miedo.

Vyrl volvió a despedir a los demás y esta vez los fulminó con una mirada furiosa hasta que se marcharon. Entonces abrió la puerta. La escalera que había al otro lado ascendía en espiral por el interior de la torre situada en este extremo del palacio. Aunque habían reparado las escaleras, la tosca piedra seguía por lo demás intacta. Las únicas ventanas presentes eran saeteras abiertas en los muros, a gran altura. No tenían cristales, solo aquellas cortinas de luz trémula.

Subieron tres tramos hasta llegar a un descansillo. Vyrl abrió la puerta que había allí y la escoltó por una cámara de apenas unos pocos pasos de longitud, cuyas paredes de piedra estaban limpias pero carecían de toda ornamentación. La puerta interior daba a un dormitorio grande y austero.

Después de todas las maravillas que había presenciado en el piso de abajo, Kamoj no estaba preparada para los severos cambios experimentados por aquel aposento. La última vez que había visto aquella habitación estaba medio en ruinas y cubierta de nieve. Ahora el suelo era de piedra pulida. Los muros y el techo eran también de piedra y sobre la cama había dos espadas cruzadas. La chimenea no estaba encendida pero el cuarto estaba caldeado. El mobiliario de abedul despedía resplandores verde-azulados: una mesa, varias sillas y un guardarropa junto a la pared opuesta. En la pared de la izquierda, la puerta del cuarto de baño estaba entreabierta. Cerca de ella, la cama sobre un estrado, los postes reparados y barnizados y un dosel nuevo. Todo estaba limpio, era nuevo y carecía de ornamentación.

Al mirar la cama, Kamoj sintió que una calidez nueva se extendía por todo su cuerpo. Trató de no pensar demasiado en lo que ocurriría pronto bajo aquella manta de plumón. No estaba muy segura de qué debía pensar tras descubrir que su marido, no solo no era un demonio repulsivo, sino un hombre muy masculino: vibrante, fornido, hermoso... y borracho.

—No es una habitación demasiado buena para una noche de bodas, ¿verdad? —dijo Vyrl—. Solar me lo dijo. Dice que es «fría».

—¿Solar? —preguntó Kamoj.

—Una de las doncellas. Me dijo que prepararía un aposento que te gustaría más.

Vyrl la llevó hasta el único lugar que desafiaba la severidad de la decoración, una entrada situada al otro lado de la sala y cubierta por una cortina de cuentas destellantes. Cuando él la apartó para dejar que entrara, ella titubeó, halagada y confundida a un tiempo. ¿Tan distintas eran las costumbres en su tierra? Tras decidir que sería peor rehusar su galantería que precederlo, entró en la pequeña habitación.

La conmovió que se hubieran molestado tanto por ella. Aquella habitación resultaba cálida de un modo que no tenía nada que ver con la temperatura. Había tapices colgados de las paredes y los delicados postigos estaban abiertos y mostraban una vidriera con una rosa en el centro. A la derecha, había una colcha sobre el suelo con un poste en cada una de sus esquinas, tótems tallados como los de la cama de su casa. Se preguntó por qué la habrían dejado en el suelo. Entonces se acordó. Aquella cámara había sido un segundo cuarto de baño. Los sirvientes de Vyrl debían de haber llenado la pequeña bañera con mantas para hacer de ella su cama.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó.

—Para mí no puede ser —dijo Vyrl—. Yo rompería esas sillas si me sentara en ellas.

Kamoj estuvo a punto de reír, pero se contuvo al no saber si era lo que él había pretendido con su broma. Jax nunca bromeaba sobre sí mismo y para él aquello era un axioma general. Unos años atrás le había gastado una broma diciéndole que construiría puentes de hierro en su provincia. Ella se había reído, pero más por la sorpresa que le produjo el que hiciera un chiste que porque le pareciera divertido.

Mientras la observaba, Vyrl sonrió. Se le iluminó el rostro e hizo que pareciera un chico de granja. Le rodeó el talle con los brazos.

—Desde ayer he estado pensando en ti, hada de las aguas. Aún no puedo creer que hayas accedido. —Entonces inclinó la cabeza y la besó.

Desprevenida, Kamoj no reaccionó al principio. Sentía la calidez de los labios de Vyrl en su boca, un contraste sensual frente a la potencia masculina de su cuerpo. Pero el olor a ron de su aliento resultaba un estorbo y le llenaba la nariz.

Vyrl levantó la cabeza.

—¿Tan malo es? —Se encogió—. Soy tan rudo como dice Dazza. Iré a lavarme. —Señaló con la cabeza el guardarropa y añadió—: ¿Te importa guardar tu vestido allí esta noche? Mañana se encargarán de él las doncellas.

Kamoj pestañeó al ver el armario rosa. La antigüedad desvencijada que ella recordaba brillaba ahora, reparada y barnizada. Hasta habían vuelto a tallar los ornamentos. Un espejo rodeado de enredaderas de metal colgaba de una de las puertas.

—¿Camber? —preguntó Vyrl.

Tardó un momento en comprender que se refería a ella.

—Kamoj —dijo. Entonces se dio cuenta, demasiado tarde, de que lo había corregido. Con una punzada de miedo, hizo ademán de levantar el brazo para protegerse el rostro.

Solo que él no la golpeó. En su lugar, se puso colorado.

—Lo siento. Soy un desastre con los nombres. —La tomó por los hombros y le dio un sonoro beso—. No te vayas. —Acto seguido, giró sobre sus duros talones y salió a grandes pasos de la habitación. La cortina de cuentas se meció tras su estela, tintineando y destellando.

—Vaya. —Kamoj se pasó una mano por los cabellos y arrugó las rosas que colgaban de su cuello. Entonces se aproximó a la cortina y se asomó. El dormitorio principal estaba desierto pero se oía el rumor del agua corriente en el cuarto de baño. No sabía qué pensar. Ignoraba cómo reaccionaría él si se enteraba de que estaba viendo sus aposentos, así que se quitó los zapatos para poder andar en silencio. Mientras se dirigía hacia la entrada, un fuerte dolor le recorrió la planta del pie. Confinado en su zapato, se había entumecido, pero ahora volvía a molestarle.

Empujó la puerta de la primera habitación y esta se abrió con la suavidad del aceite sobre el cristal. Recorrió sigilosamente la cámara y entreabrió la puerta

exterior.

Guardias.

Había dos jinetes en el rellano. La situación no le era desconocida. Los guardias de Jax montaban guardia en la puerta de sus aposentos cuando venía de visita a Casa Argali. Siempre permanecían en su habitación cuando Jax y ella se veían, aunque en su caso hacían más de carabinas que de guardias.

Azander la miró.

—¿Algún problema, gobernadora? —su acento no era tan marcado como el de Ponteferro, pero tampoco era idéntico al de Argali.

—Ninguno, gracias. —Los saludó con una inclinación de la cabeza y cerró la puerta, sin saber muy bien lo que quería. ¿Por qué situaba guardias Vyrl en su propio dormitorio? ¿Para asegurarse de que ella no lo atacaba? Aquello parecía absurdo, habida cuenta de su tamaño y fuerza, especialmente ahora que no necesitaba la máscara. Además, ellos estaban fuera y ella allí. Puede que su misión fuera impedir que escapara.

Regresó a su habitación, se desabrochó el vestido y dejó que cayera, convertido en un montón de satén alrededor de sus pies. Ahora solo llevaba la ropa interior nupcial. Del color de una rosa de Argali, la traslúcida prenda de encaje le llegaba hasta las rodillas. Cubría la parte superior de las medias de seda rosa, que se mantenían firmes gracias a unas ligas de encaje con rosas bordadas. Dylu le había asegurado que aquellas prendas provocarían reacciones placenteras en su marido. Kamoj no entendía el porqué pero había decidido que merecía la pena probar.

Se inclinó para recoger la ropa... y estuvo a punto de desmayarse cuando se incorporó. Unos puntos negros flotaban en su visión. El aire era demasiado denso, tan puro que la mareaba. Se balanceó y esperó a que se le aclarara la cabeza. A continuación respiró profundamente y llevó el traje al guardarropa rosa.

Cuando terminó de guardarlo, se sentó en la cama y se sumergió en su vaporosa comodidad. Cohibida en ropa interior, cruzó los brazos sobre el pecho. Era difícil mantener los ojos abiertos. Se tendió y dejó que se cerraran. Descansaría un momento. Nada más. Solo un momento.

Acoplamiento vibracional

Un estrépito despertó a Kamoj. Se incorporó dando un respingo, con el corazón desbocado. No reconocía el lugar en el que se encontraba. Entonces, a medida que iba recobrando la consciencia, recordó. El Palacio de Cuarzo.

Aún medio dormida, salió de la cama y se acercó a la ventana. Abrió las vidrieras con la esperanza de que el aire de la noche le aclarara la cabeza. Fuera, las Montañas Celestes del Este dormitaban bajo un alfombrado de árboles.

Tres de las seis lunas de Balumil eran visibles. Su luz era una ofrenda, un buen presagio. El Hermano Mayor brillaba en lo alto del firmamento, casi lleno, vertiendo sobre el mundo una luz azul. El Ciervo Salvaje era una forma verde y dentada sobre los árboles. Por cada cuatro veces que el Hermano pasaba por los Cielos, el Ciervo Salvaje lo hacía solo tres. El Hermano mostraba siempre un rostro sereno al mundo y discurría con suavidad a lo largo de sus fases. El Ciervo Salvaje no era tan civilizado. Cambiaba tanto de forma como de tamaño mientras recorría los cielos a saltos y pasaba de ser un disco irregular a una salchicha estrujada. También lo llamaban Luna del Caos o Luna Fractal.

La visión del firmamento conocido la tranquilizó. Las auroras estaban aletargadas y dejaban ver el tenue anillo de Balumil. Su dorada extensión se curvaba en el cielo y el disco giboso que era la Luna Pastora despedía su rosado resplandor por encima de su arco. A juzgar por la posición de las lunas, Kamoj supuso que debía de haber dormido unas siete horas. Aún faltaba mucho para el amanecer: a mediados de otoño los días se partían por la mitad, treinta horas de luz y otras treinta de oscuridad. Normalmente, ella dormía dos veces por noche, una después de la puerta de sol y otra antes del amanecer.

Una polilla de fuego volaba hacia el resplandor de la ventana y chocó contra él. Con un batir frenético de las alas escamosas, se liberó y se perdió con un vuelo errático en la noche al tiempo que hacía zumbir la bolsa dorada. Intrigada, Kamoj pasó la mano por la cortina de luz. Le cubrió el brazo como una película. Cuando volvió a meter el brazo, el brillo se demoró un instante alrededor de su piel y luego recobró su forma original.

Qué extraño. Además de la belleza que Vyrl había devuelto a su hogar ancestral, también había hecho algunos cambios insólitos. Todo aquello la cautivaba, sí, pero también la asustaba. Semejante belleza podía esconder peligros desconocidos. Le

recordó a los lustrósidos que poblaban el río Resplandeciente. Parecían preciosos pañuelos que flotaban en las aguas pero cuando mordían a un nadador su veneno era letal.

Kamoj regresó al aposento. ¿Dónde estaba Vyrl? Aún se oía el borboteo de la fuente en el baño. ¿Y si se había desvanecido y había caído al agua? Azander sospechaba ya que tramaba algo contra su marido y muchos sabían que aquella fusión no le inspiraba demasiada confianza. Si le ocurría algo a Vyrl, ella sería la primera sospechosa.

Entró cojeando en el dormitorio principal. La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta pero nadie respondió cuando llamó. La abrió un poco más y se encontró con una cámara mayor que la suya pero no tanto como el dormitorio principal. Una bañera de azulejos cuadrados de color azul ocupaba su mayor parte. En el centro, la escultura de una rosa se abría en dirección al cielo. Recordó haberse metido a gatas en aquella bañera cuando era niña y haber jugado con las hojas secas que se acumulaban en su interior. Ahora brotaba agua de la fuente y resbalaba por sus costados.

En una esquina de la bañera había una estatua, un quetzal, el pájaro que le debía el nombre a una criatura de un mundo mítico que nadie había visto. El pájaro era en realidad un gran sitial de piedra. La cabeza se erguía, las grandes alas formaban el respaldo, las patas superiores eran los apoyabrazos, las patas medias rodeaban el asiento y las patas inferiores formaban la base junto con la gloriosa cola emplumada.

Desparramado sobre la silla se encontraba Vyrl, completamente desnudo y a todas luces dormido.

El rostro de Kamoj se ruborizó tanto que estuvo segura de que se había vuelto del mismo color que su nombre. No sabía si quedarse o marcharse. Vio lo que había provocado el estrépito que la había despertado. Alrededor de la base del quetzal había fragmentos azules de una botella rota. La botella debía de habersele resbalado a Vyrl de la mano. Probablemente se había apoyado contra el borde de la estatua y se había ido deslizando poco a poco hasta que había terminado por caer. Sus piernas estaban apoyadas contra una protuberancia de la base de la estatua y, aun durmiendo como estaba, tenía los músculos tensos. Eso era lo único que impedía que resbalase y cayese a la bañera.

Kamoj se puso las palmas de las manos sobre las mejillas y descubrió con sorpresa que tenía la piel fría en vez de ardiendo. Pero no quería marcharse. Caminando con cuidado entre los cristales, se acercó a Vyrl. No podía dejar de mirarlo, de observar sus anchos hombros y su pecho, sus labios estrechos, sus largas piernas, todo ello bien formado, su piel con el rubor de la vitalidad, la magnífica melena que le enmarcaba el rostro. La luz de la lámpara hacía que sus pestañas doradas resplandecieran. Por mucho que había intentado imaginarse su apariencia,

jamás se le había ocurrido que pudiera ser tan hermoso.

¿Siempre bebía tanto? Pensó en Korl Aradera, allá en la aldea, envejecido antes de tiempo, siempre de un lado a otro con la botella. Se resistía a creer lo mismo de Vyrl. Y aunque fuera como Korl, no podía llevar tanto tiempo bebiendo. Estaba demasiado sano.

Sin embargo, lo que había visto hasta el momento no parecía muy prometedor. Inhaló profundamente y abrió las fosas nasales para que pudieran capturar hasta el último olor presente por debajo del ron. Descubrió trazas de árboles y helechos, el aroma del cuero calentado por el sol, incluso un rastro persistente de la cota de discos de Vyrl. Todo ello mezclado con un fuerte olor a jabón y otro aroma difícil de definir, algo masculino que le gustó. Atraída por él, se acercó y le acarició los nudillos de la mano, posada sobre el muslo. Sus dedos recorrieron su pierna.

—Más arriba —dijo él con voz soñolienta.

Kamoj apartó la mano como si se hubiera quemado. El hombre la estaba sonriendo, con los ojos entreabiertos.

No tenía palabras. Finalmente, logró decir:

—No pretendía despertaros.

Él se incorporó y se frotó los ojos.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Unas pocas horas.

—Ah. —Su mirada recorrió el cuerpo de ella. Consternada, Kamoj recordó que no llevaba más que unas medias y ropa interior semitransparente. Claro que, teniendo en cuenta el «atuendo» del hombre, iba vestida de más.

Vyrl sonrió.

—Eres preciosa. —Abandonó la silla. Ella retrocedió de un salto y perdió el equilibrio al apoyar el pie herido. Se balanceó al borde de la bañera y agitó los brazos en el aire.

Con inesperada gracia, Vyrl se abalanzó hacia delante y la sujetó por la cintura. Levantó el brazo y se inclinó para besarla. Kamoj lo miraba como un pájaro enjaulado.

Vyrl parpadeó al ver su expresión. Entonces se irguió y la llevó consigo.

—¿Es que nunca sonríes?

—Vaya..., sí. Claro.

Vyrl se apartó de la bañera.

—Quizá deberíamos... ¡Ah! —Levantó la pierna, se miró la planta del pie y arrancó un fragmento de cristal que se le había clavado en el talón. El corte empezó a sangrar. Con una mueca, metió el pie en el agua y lo sacudió hasta que la sangre desapareció. Sus elegantes movimientos le recordaban a Kamoj a los de un ciervo cristazur.

Él sonrió.

—No estoy seguro de si eso es un halago hacia mí o un insulto para el cristazur.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó ella.

—¿El qué?

—Leer mis pensamientos.

—No lo hago —le cogió la mano—. Ven. Vamos a un lugar con menos cristales.

Demasiado aturdida para insistir con el tema de los pensamientos, fue con él. Sortearon los fragmentos y regresaron al dormitorio principal. Aunque Vyrl caminaba razonablemente bien, en varias ocasiones estuvo a punto de caer. Al llegar al estrado de la cama, se detuvo y dijo:

—Deberíamos hacerlo como es debido —y la cogió en brazos.

¡Ay! Lo último que Kamoj quería era que un hombre medio borracho subiera unos escalones llevándola en brazos.

—Está bien —se apresuró a decir—. Puedo andar.

Él empezó a subir los escalones.

—Si no pesas nada...

Llegaron hasta lo alto sin problemas, pero entonces Vyrl trastabilló. Dio un gran paso adelante en dirección a la cama y la arrojó sobre ella mientras perdía el equilibrio. Kamoj cayó sobre las sábanas con un sonido sordo y las almohadas se volcaron sobre su cabeza. Vyrl aterrizó sobre ella y al caer le arrancó el aliento de los pulmones con un «umpf» apagado.

—Ah, maldición —musitó Vyrl—. Mis disculpas, Chamois.

Esta vez ella estaba demasiado avergonzada como para pensar en corregirlo. Al ver que él se hacía a un lado y la tomaba entre los brazos, balbució:

—Quizá deberíais... eh... llamar a un curandero. —Sabía que estaba hablando demasiado deprisa pero no podía parar—. Para vuestro... para vuestro, ya sabéis. Vuestro pie.

—¿Mi pie? —Le obsequió una sonrisa lánguida—. ¿Por qué?

—Es solo que... el mío se hinchó... ¡Vyrl! ¿Qué estáis haciendo?

Le estaba pasando una mano sobre el pecho.

—Apreciar la belleza de mi esposa. —Entonces la mano descendió y le acarició su cuerpo. Cerró los labios alrededor del pezón y empezó a chuparlo por encima de la seda de la ropa interior.

Kamoj se ruborizó y dijo:

—Oh, vaya —y se aclaró la garganta. Entonces suspiró y le puso las manos en los cabellos y empezó a pasar los dedos por entre sus rizos. Al cabo de un rato, murmuró —: No eres como esperaba.

Él se irguió y volvió a abrazarla.

—¿A qué te refieres?

Demasiado tarde, comprendió lo mal que sonaría su respuesta: *Esperaba que fueras cruel*. Trató de esconder el pensamiento e imaginó una excusa para cubrirlo.

—Eres más joven.

Vyrl esbozó una sonrisa traviesa.

—Qué dulces palabras. —Bajó la mano y empezó a acariciar la liga que sostenía la media. Entonces se incorporó y le quitó el anillo de encaje de la pierna. Tras depositarlo sobre la palma de su mano, lo examinó con mirada atenta como si fuera otra forma de vida.

—Es bonito. Pero ¿a quién se le ocurrió una cosa así?

—No lo sé —dijo Kamoj. Dylu se la había dado.

Vyrl la dejó sobre la cama. A continuación le acarició el muslo por encima de la media.

—Qué suave... —Recorrió la pierna con su mano, al tiempo que le iba bajando la media—. Y aquí también... —Cogió la media por el pie y la sacó por debajo de la tobillera de oro—. Y aquí... Dioses, ¿qué es esto?

Hubiera preferido que siguiera recreándose en la suavidad de su cuerpo.

—¿Qué?

Vyrl estaba mirándole el pie.

—Esto es serio. —Se tumbó de espaldas y extendió el brazo por encima de su cabeza en dirección a una mesilla de noche. Al ver su cuerpo estirado de aquel modo, tan cerca de ella, Kamoj se distrajo de tal modo que apenas se percató de que él tocaba un panel de la mesilla.

Una voz soñolienta sonó en el aire.

—Aquí coronel Pacal.

—¡Hai! —Kamoj se incorporó como un muñeco de resorte y se tapó el pecho con las manos mientras buscaba con la mirada a la propietaria de la voz.

—Te necesito aquí —le dijo Vyrl al aire.

La voz de la mujer pareció de repente completamente despierta.

—Voy para allá.

—Por el amor de las llamas —dijo Vyrl—. No lo digas de esa forma.

—¿De qué forma? —preguntó la mujer.

Vyrl frunció el ceño.

—Como «¿qué le habrá hecho a esa pobre chica?».

—¿Se encuentra bien?

—Tiene una herida en el pie.

—Ahora mismo llego.

—Bien. —Vyrl volvió a apretar el panel.

Tras varios segundos de silencio, el pulso de Kamoj empezó a calmarse.

—¿Quién era?

—Dazza. —Vyrl volvió a atraerla a sus brazos—. Mi médico.

—¿Qué es un médico?

Él le rodeó la cintura con el brazo.

—Un curandero.

A Kamoj le gustaba la sensación de solidez de su cuerpo.

—Pero ¿dónde está? Aquí estamos solos.

—Viene hacia aquí —murmuró él mientras cerraba los ojos. Entonces la besó.

Al cabo de varios segundos en los que descubrió que le gustaba besar a Vyrl mucho más de lo que jamás le hubiera gustado hacerlo con Jax, Kamoj movió los labios hasta su oreja y susurró con timidez:

—Si alguien está subiendo, ¿no deberíamos vestirnos?

—Sí... —suspiró—. Supongo que sí.

Mientras ella se incorporaba y volvía a ponerse el vestido, Vyrl se dirigió al guardarropa que había al otro lado de la habitación y sacó una túnica azul con tonos verdes iridiscentes y destellos dorados. Se la estaba poniendo cuando llamaron a la puerta. Se ató la faja y se dirigió hacia allí.

Dazza estaba en el vestíbulo, ataviada con unos pantalones arrugados y una camiseta y el pelo desarreglado, como si acabase de salir de la cama. Tenía algo en las manos. Kamoj no sabía el qué. ¿Un libro grande? Mientras la doctora entraba en la habitación, miró a Kamoj, a la media que descansaba sobre la cama y a Vyrl. Entonces se ruborizó. A Kamoj no le sorprendió descubrir que la coronel no parecía tener el menor deseo de estar allí.

—Es la planta del pie izquierdo —dijo Vyrl mientras cruzaba la habitación con Dazza. Subieron los escalones del estrado y él se apoyó sobre el poste de la cama con los brazos cruzados. Dazza se sentó en la cama y dejó su libro sobre ella.

La incomodidad de la doctora se desvaneció mientras levantaba el pie de Kamoj para examinar la planta.

—¿Te han curado este corte?

—Lo he limpiado y lavado yo misma —dijo Kamoj.

Dazza levantó la mirada hacia ella.

—Si alguna vez vuelves a hacerte un corte como este, desinfectalo enseguida.

—¿Desinfectalo? —Kamoj no reconocía la palabra.

—Limpia y quita la piel desgarrada. —Dazza dejó el pie de Kamoj y abrió su «libro». La tapa se levantaba como si fuera una caja y en su interior había tubos y rectángulos. La mujer tocó un pequeño cuadrado y aparecieron unas imágenes espectrales, diferentes visiones de un cuerpo femenino que empezaron a dar vueltas en el aire. Una de ellas estaba recorrida por líneas rojas y azules, otra mostraba un esqueleto y una tercera los órganos internos.

Kamoj había oído cuentos sobre los antiguos que hacían bailar a los fantasmas de

aquella manera pero hasta ahora no los había creído. Una oleada de emoción y curiosidad la recorrió.

En un rectángulo de la caja aparecieron varios símbolos que fluyeron sobre su superficie como si estuvieran vivos. Tras estudiarlos, Dazza dijo:

—Eres una joven muy sana. —Sacó lo que parecía el cañón de una pluma de su caja y se inclinó sobre el pie de Kamoj como si pretendiera escribir en su suela.

Kamoj apartó la pierna.

—¿Qué hacéis?

—Anestesiarse la zona. —Con un suave tirón, Dazza volvió a cogerle el pie—. De este modo no te dolerá cuando drene la herida.

Aunque a Kamoj le costara creerlo, el dolor sí que remitió después de que Dazza escribiera en su planta con su pluma. La doctora siguió trabajando, pero Kamoj no veía lo que estaba haciendo.

—Dioses —dijo Vyrl—. No tiene buena pinta.

Concentrada en su tarea, Dazza respondió:

—Si no la hubiéramos cogido a tiempo, podría haber perdido el pie.

Kamoj palideció. No era de extrañar que le hubiera dolido tanto cuando Jax le tocó la herida.

—¿Kimono? —dijo Vyrl—. ¿Estás bien?

Dazza profirió un sonido de exasperación.

—Por todos los santos, Vyrl. Se llama Kamoj. Kam-oj.

El hombre se ruborizó.

—Lo siento, Kamoj.

—No importa —dijo ella esbozando una sonrisa.

Dazza retiró la pluma, de la que estaba cayendo una gota de sangre que recogió con los dedos. Limpió el pie de Kamoj con una gasa blanca y a continuación sacó una nueva pluma de la caja. Apretó un émbolo que tenía en un extremo y la punta roció un líquido sobre la planta del pie de Kamoj.

Al ver que se ponía tensa, Dazza le dijo:

—Los nanomédicos acelerarán la curación. Luego se disolverán en tu corriente sanguínea.

—¿Nani qué? —preguntó Kamoj.

—Nanomédicos. Cada uno cuenta con una unidad activa conectada a un pichip... —Al ver la cara de Kamoj, Dazza se detuvo. Entonces dijo—: Son como máquinas, pero tan pequeñas que no se ven.

—Nanobots —dijo Kamoj.

—¿Perdona? —preguntó Dazza—. Me cuesta entender tu acento.

—Ha dicho nanobots —dijo Vyrl—. Está hablando iótico.

Kamoj se le quedó mirando. ¿Es que comprendía el iotaca? Claro que, había leído

el pergamino del contrato durante su boda, que estaba escrito por completo en iotaca. Puede que él pudiese resolver el misterio de lo que decía la maldita cosa.

Dazza, sin embargo, parecía confundida.

—¿Por qué lo dices de esa manera, como si utilizase un idioma diferente para «nanobot»? Todo lo que decimos está en iótico.

Vyrl sacudió la cabeza.

—Puede que tú y yo sí pero no la gente de aquí. O por lo menos, no iótico puro. Su «puente» es un dialecto.

A Kamoj nunca se le hubiera ocurrido describir el puente como un dialecto del iotaca. Las diferencias eran demasiado grandes para poder decir que se trataba de dos formas de una misma lengua. Claro que, para la gente de las Tierras Septentrionales, cualquier cambio era demasiado grande.

—Nanobot es una palabra de la lengua del templo —dijo Kamoj.

—No he oído lo bastante la lengua de vuestro templo como para asegurarlo —dijo Vyrl— pero yo diría que es lo que nosotros llamamos iótico clásico. El contrato que leí en la ceremonia está escrito en él. Lo que Dazza y yo hablamos ahora es iótico moderno.

Dazza lo miró con curiosidad.

—¿Hablas el clásico?

—Lo aprendí de pequeño —respondió él.

Ella parecía impresionada.

—Debes de haber tenido una buena educación.

Vyrl se encogió de hombros.

—No había profesores donde nosotros vivíamos, así que mis padres tuvieron que contratar tutores de otros mundos.

Kamoj se preguntó lo que querría decir con *otros mundos*. También estaba impresionada por lo que había descubierto.

—Puedo pronunciar palabras en iotaca pero no lo entiendo. Como con *nanobot*. Conozco la palabra pero no sé lo que significa.

—¿Sabes lo que significa la palabra «molécula»? —le preguntó Dazza. Al ver que Kamoj sacudía la cabeza, continuó—. Es como una máquina minúscula. Un nanobot ha sido diseñado para realizar una tarea específica. A los que nos ayudan a estar sanos los llamamos nanomédicos. Cada uno de ellos tiene un picochip... —Se detuvo al ver la cara de Kamoj—. Un picochip es como un cerebro que le dice al robot lo que debe hacer.

Kamoj trató de asimilarlo.

—¿Me habéis puesto todo eso en el pie?

—De hecho sí. Tres tipos de nanomédicos. Dos de ellos transportan nutrientes y materiales estructurales a la herida y te ayudan a mantener el equilibrio fisiológico

mientras te curas. El tercero cataliza los procesos de reparación molecular.

Kamoj seguía sin saber lo que significaba, pero sonaba impresionante.

—Bueno. Bien.

—¿Irás todo bien? —preguntó Vyrl.

—Mañana estará perfectamente. —Dazza guardó la pluma en su caja—. Es mejor que esta noche no utilice ese pie.

Vyrl se dispuso a decir algo y entonces sonrió sin más. Su mirada soñolienta provocó una mezcla de sensaciones en el interior de Kamoj, vergüenza mezclada con una tímida excitación. Era evidente que andar no era precisamente lo que él tenía planeado para la noche.

Tras cerrar la tapa de su caja, Dazza levantó la mirada hacia Vyrl.

—¿Has hablado con Azander después de llegar?

—La verdad es que no. ¿Por qué?

—Me ha dicho que unos jinetes de Ponteferro os siguieron.

—¿Ponteferro? ¿Por qué?

—Azander parecía creer que tú deberías saberlo.

—No tengo la menor idea.

Su respuesta inquietó a Kamoj. Ponteferro no era algo que debiera ignorarse. ¿Qué pretendía Jax?

Vyrl se sentó en la cama.

—¿Qué es, hada de las aguas? ¿Qué te preocupa de Ponteferro?

Dazza inhaló abruptamente. Sobresaltada, Kamoj la miró de soslayo. La coronel tenía el aspecto de un curandero cuyo paciente hubiera dado señales de una recuperación inesperada. Aquello no tenía sentido para ella. Vyrl no estaba enfermo, al menos que ella pudiese ver. Solo había bebido. Y ahora no estaba borracho y lo único que había hecho era preguntarle por Ponteferro.

Él no se había percatado de la reacción de Dazza. Su atención estaba concentrada en Kamoj. Dijo:

—Cuéntame.

—Me está prohibido —dijo Kamoj.

—¿Contármelo?

—Hablar de Ponteferro.

—¿Por qué?

—Porque tú y yo nos hemos fusionado.

—¿Y eso qué importa?

No estaba del todo segura de qué tradición prohibía hablar de un candidato con el vencedor de una fusión hostil. Las reglas cambiaban cuando el equilibrio de poder se inclinaba en tal medida hacia uno de los bandos. «Hostil» era probablemente la palabra más apropiada; si hablaba sobre Ponteferro podía agraviar a Vyrl y de ese

modo provocar la desgracia de Ponteferro, Argali y ella misma.

—Me está prohibido —repitió.

Vyrl lanzó a Dazza una mirada que a todas luces significaba: *¿puedes hacer algo sobre esto?*

Dazza la examinó.

—Si el príncipe Havyrl te da permiso para hablar sobre Ponteferro, ¿podrías hacerlo?

—No necesita mi permiso para hablar —dijo Vyrl.

Kamoj miró a Vyrl y a Dazza, sin terminar de entender quién mandaba allí.

Dazza volvió a intentarlo.

—¿Puedes hablar conmigo sobre ello?

—No —dijo Kamoj.

—¿A quién podríamos preguntarle?

Eso, ¿a quién? Puede que a Maxard. Él no se había casado con Vyrl. Era menos probable que provocase su furia al hablar de la relación de Kamoj con otro hombre.

—Con mi tío —dijo Kamoj.

—Podemos enviar a alguien a Argali mañana. —Vyrl arrugó el rostro—. Lo cual será dentro de una eternidad habida cuenta de lo que duran las noches en este lugar.

Kamoj se preguntó lo que habría querido decir. Las noches no eran largas en otoño, no en comparación con el invierno, cuando la nieve cubría el mundo y las ventiscas descendían rugiendo desde las Islas Celestes del Norte.

Dazza seguía observándola.

—Tiene que ver con tus costumbres, ¿verdad? El que tengas miedo de mostrar falta de respeto. Para ti es importante. El respeto. A las costumbres, a la autoridad y a la tierra.

Kamoj se sintió aliviada.

—Sí.

Vyrl pestañeó mirando a la doctora.

—¿De dónde te sacas todo eso?

Con el ceño fruncido, Dazza dijo:

—De haber hablado con tu muy paciente mayordomo la última vez que saliste a cabalgar en una de tus borracheras. Quería saber por qué nadie te detenía.

—No empieces, Dazza.

—¿Por qué? ¿Por qué resulta que estás más sobrio ahora de lo que has estado en semanas? Vas a matarte.

Vyrl ignoró el comentario.

—¿Qué te dijo mi mayordomo?

Dazza asintió en dirección a Kamoj.

—Todos se comportan así. Creo que están modificados genéticamente para

obedecer la autoridad. Nunca he conocido un pueblo tan dócil y dispuesto a colaborar.

—Tienen ejércitos. —Hizo una pausa—. Si es que puede llamarse ejército a un grupo de treinta granjeros que de tanto en cuanto practican un poco con la espada.

Kamoj se preguntó por qué le resultaría eso extraño. Los jinetes de un hombre asociado formaban su guardia de honor cuando era necesario y en las demás ocasiones trabajaban para sacar adelante a su familia. Ponteferro poseía el único ejército que se ejercitaba durante todo el año. Solo Jax podía permitirse el lujo de pagar una soldada decente durante todas las estaciones.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo que había visto de Vyrl, no le sorprendería descubrir que también él mantenía un ejército permanente y que le pagaba más que nadie sin darse cuenta siquiera. Sus sirvientes y jinetes provenían de Argali. Maxard y ella empleaban a los mejores de la aldea, de modo que Vyrl debía de estar recurriendo a los habitantes de los villorrios vecinos, que eran aún más pobres. Al dar trabajo a los lugareños en vez de a sus propios hombres, había estado apoyando a su provincia aun antes de la fusión. Sus pensamientos se llenaron de gratitud. Hasta el momento Leostelar no había sido ni de lejos el monstruo que ella había temido.

—Sus «guerras» se parecen más a discusiones —estaba diciendo Dazza—. En las raras ocasiones en las que luchan, se trata de ceremonias rituales. Ponteferro es la única provincia con caballería o tropas de verdad y más que nada forman un cuerpo de policía. Dudo que pudieras convencer a esta gente de que desafiara la autoridad, ni pagando.

Kamoj parpadeó. Qué idea más extraña. ¿Por qué iba alguien a pagarles para mostrarse desafiantes?

Vyrl le sonrió.

—Nadie lo haría. Solo era una forma de hablar. —Tampoco ahora reparó en la mirada de asombro de Dazza; cuando volvió el rostro hacia la coronel, el rostro de esta había recobrado la normalidad.

—Mañana enviaré a alguien con Maxard Argali —dijo—. A ver si podemos solucionar todo esto.

—Creo que es una buena idea. —Dazza guardó su libro. Sonrió a Kamoj con el rostro lleno de gratitud. ¿Por qué? Kamoj no creía haber hecho nada que mereciera el agradecimiento de la doctora.

Después de que Dazza se marchara, Vyrl se tumbó en la cama. Sus ojeras habían vuelto a oscurecerse.

—Pareces cansado —dijo Kamoj.

—Es solo un dolor de cabeza. Debería haberle pedido algo a Dazza. —Volvió a fruncir el ceño—. Pero entonces hubiera tenido que escuchar sus monsergas sobre «lo mucho que bebo». Y me hubiera dicho que eso también puede «tratarlo». Como si

tuviera un problema. Es ridículo. Me tomo unas pocas copas y me voy a dormir. Estoy perfectamente.

Kamoj sabía que no lo estaba. Titubeó, sin saber lo que debía decir.

—Podría darte un masaje en la cabeza.

—Eso sería estupendo, Kamoj —se detuvo—. ¿Es así, Kamoj?

Ella sonrió y a continuación se colocó detrás de sus hombros, levantó la cabeza de Vyrl y la apoyó sobre su regazo.

—Sí. Es así. —Mientras le masajeaba las sienes, él suspiró y cerró los ojos.

Al cabo de unos instantes, dijo:

—Cuando antes has hablado de nuestra «fusión»..., ¿qué significa exactamente?

—Puede que fusión no sea la palabra más apropiada. —Implicaba una asociación más equilibrada. Ella no estaba segura de saber cómo debía responder a la sugerencia de que su matrimonio estaba desequilibrado, de modo que optó por una descripción neutra—. Tu corporación absorbió Argali.

Él abrió los ojos.

—¿Mi qué?

—Tu corporación. Tu oferta era demasiado grande como para superarla. La utilicé para compensar a las familias de Photax y Crilic pero a pesar de que les di el doble de lo que les correspondía por derecho, no gasté ni una fracción de lo que has enviado a Casa Argali.

Vyrl frunció el ceño.

—¿Compensar? ¿A qué te refieres?

Ella habló con mucho cuidado.

—A cuando aplastaste las cosechas de Photax y asustaste a los nietos de Crilic.

Vyrl se incorporó y se volvió hacia ella.

—Lo siento. No me di cuenta de que había causado daños. Les enviaré mis disculpas.

La tensión que ella sentía se desvaneció.

—Creo que eso les gustaría.

—Pero sigo sin entender. Te envié una dote. Sé que esa es la palabra. Nuestros antropólogos lo verificaron. La dote es la propiedad que un hombre entrega a su mujer en el matrimonio, ¿verdad? Drake me dijo que en vuestra cultura la herencia se transmite por línea femenina y que son las mujeres las que cortejan a los hombres. Para conseguir una esposa de buena cuna, necesitas una buena dote. —Hizo una pausa—. Así que yo... eh... os envié una.

Ella replicó con voz seca.

—Lo normal es que el hombre demuestre su interés con más sutileza.

—La verdad es que no recuerdo lo que hice. —Se frotó la nuca—. Creo que le dije a uno de mis jinetes que vaciara uno de los almacenes y enviara cuanto

contuviera a Casa Argali. Casi me caigo de espaldas cuando me dijo que habías aceptado.

Ella se lo quedó mirando, sin saber qué la asombraba más, la manera en que había organizado la absorción o lo que sus palabras implicaban con respecto a la magnitud de su corporación.

—¿Hay más en tu dote?

—Sí, supongo que puede decirse que sí. Podría llenar este palacio con cargamentos como el que te envié. —Estudió su rostro—. Pero no entiendo cómo se mezcla la idea de una corporación con la de una dote. Tal como lo cuentas, parece que te hubiera comprado.

Y así era, en efecto. Sin embargo, Kamoj dudaba que le gustara que ella lo dijera así.

—Está bien. —Tiró de su brazo—. Túmbate otra vez.

—A eso no pienso resistirme. —Se tendió con la cabeza sobre el regazo de ella y volvió a cerrar los ojos.

Mientras le acariciaba la cabeza, Kamoj empezó a pensar lo irónico que resultaba que una fusión que sería un día objeto de leyenda fuera consecuencia de un capricho de borrachera. ¿Se arrepentiría él al día siguiente? ¿Y si cambiaba de opinión? No quería regresar con Jax. Puede que él no quisiese volver a saber de ella. Y aunque la aceptara, el rechazo de Leostelar sería una humillación. Si ambos la desdeñaban, los años invertidos en la preparación de la fusión Argali Ponteferro se habrían ido al traste en apenas un día.

Vyrl habló en voz baja.

—Mi padre me dijo una cosa cuando yo era pequeño. Aunque plantes en el lugar equivocado, tendrás que ocuparte de las cosechas.

—¿Era granjero?

—Sí.

Con voz tenue, ella preguntó:

—¿Soy yo el lugar equivocado?

—Dioses, no. —Abrió los ojos—. Tú eres la luz del sol. He tenido una suerte increíble. Imagínate que la hermosa ninfa a la que vi saliendo del agua en el río hubiera tenido la personalidad de un cristal hecho añicos. Pero aparte de eso, ahora es responsabilidad mía ocuparme de que todo siga adelante. —Su rostro se dulcificó—. Yo nunca te humillaré.

La rigidez que Kamoj sentía en los hombros se alivió. Además, le había gustado mucho que la comparara con la luz del sol.

Un destello de sonrisa brilló en el rostro de Vyrl.

—Me alegro de que te haya gustado.

—¿Cómo es que sabes todo lo que hay en mi mente?

—No lo sé. —Al ver que ella le dirigía una mirada dubitativa, añadió—: Normalmente solo capto emociones. Y mi capacidad para hacerlo se reduce con la distancia, más o menos de acuerdo con la ley de Coulomb.

¿La Ley de Coulomb?

—No entiendo.

—Es complicado.

La voz de Kamoj se enfrió.

—¿Soy demasiado tonta para comprenderlo?

—Kamoj, no. No pretendía decir eso. Lo que pasa es que no sé cómo explicarlo, salvo como yo mismo lo aprendí.

—Entonces explícamelo de ese modo.

El hombre titubeó.

—Tengo un órgano en el cerebro llamado el Cuerpo Aferente de Kyle. El CAK. Es tan pequeño que no se ve. Algunas de sus moléculas, o sea, algunas partes de ellas, experimentan transiciones cuánticas cuando interactúan con los campos que producen los cerebros de otras personas. Eso significa que... Vaya, supongo que podrías decir que mi CAK cambia de comportamiento de acuerdo a lo que capta. También está muy ligado a determinados tipos de campos. Por eso no capta, por ejemplo, ondas de radio. Los cambios sufridos por mi CAK provocan impulsos que se envían a determinadas estructuras neuronales de mi cerebro, quien las interpreta como pensamientos. —Se detuvo y la miró—. No lo estoy haciendo demasiado bien, ¿verdad?

—No lo sé. No entiendo muchas de las palabras.

Volvió a intentarlo.

—Mi cerebro recoge señales que envía el tuyo y las interpreta. No es un proceso demasiado sencillo, de modo que las emociones son más fáciles de captar que los pensamientos. Solo funciona a corta distancia porque las señales no son muy fuertes.

Aunque ahora las palabras tenían más sentido, todo sonaba tan extraño como antes.

—¿Cómo es que puedes hacerme eso?

—Porque por alguna razón estás más abierta a mí que la mayoría de la gente. —Su voz se volvió cálida—. Lo sentí la primera vez que te vi, mientras nadabas. Estabas tan hermosa. Tan viva. Tan feliz.

Ella sonrió.

—Tan desnuda.

Vyrl soltó una carcajada.

—Eso también.

Kamoj volvió a acariciarle la cabeza. Al cabo de un rato, las pestañas del hombre descendieron y su respiración se hizo más profunda. Entonces se agitó y abrió los

ojos. Cuando volvieron a cerrarse, los obligó a abrirse. Al ver cómo se esforzaba por permanecer despierto, Kamoj se preguntó por qué sería tan importante para él.

La tercera vez que empezó a quedarse dormido, rodó sobre sí mismo y apretó sus labios contra la pierna de ella.

Distraída, dejó de acariciarle la cabeza. Le estaba quitando la otra media y le besaba el muslo a medida que la seda cedía. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, a pesar de que no le estaba besando ni tocando las partes en las que tenía cosquillas.

Después de quitarle la media del todo, deslizó su mano por el interior del muslo y empezó a subirla.

—Tu piel es más suave que la seda. —Entonces se incorporó, la atrajo hacia su regazo y la rodeó con sus brazos. Mientras le acariciaba el cabello, murmuró—: Siempre había creído que me gustaba la austeridad de este cuarto. No me había dado cuenta de lo frío que es.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Seguro que tiene un aspecto más acogedor a la luz de la luna.

—Morlin —dijo él—. Apaga la luz.

—Las conexiones a la red no están completas —dijo un hombre.

—¡Hai! —Kamoj se incorporó y se quedó muy tiesa mientras recogía el vestido y se tapaba los muslos con él.

Vyrl le acarició la espalda con la mano.

—Tranquila. No nos molestará.

—¿Está aquí? ¿Mirando?

—No es más que una red informática. Se llama Morlin. —Vyrl titubeó—. Según parece, le pusieron ese nombre por un mago terráqueo de la antigüedad, pero yo creo que está equivocado.

—Estoy teniendo dificultades para arreglar las conexiones —les informó Morlin—. Los motores moleculares que reparan los cables de fibra óptica en esta ala dejaron de autorreplicarse hace siglos.

Kamoj se tapó la boca con una mano. Morlin no existía y sin embargo estaba allí.

—Sugiero que reconsideres la idea de utilizar la red original del palacio —continuó—. Estos problemas no dejan de...

—Morlin —dijo Vyrl. Añadió, mirando a Kamoj—: Ya lo solucionaremos luego.

Después de eso se hizo el silencio. Gradualmente, los latidos de Kamoj fueron volviendo a la normalidad. Donde quiera que estuviese Morlin, en apariencia obedecía a Vyrl. Mientras este exploraba su cuerpo, volvió a relajarse, se apoyó sobre él y recorrió su brazo con los dedos. Inhaló el aroma del jabón de especias mezclado con su olor natural. Los callos de sus manos le rozaban la piel.

—Enlace establecido —dijo de pronto Morlin. Las luces se apagaron.

—¡Hai! —Kamoj levantó las manos para protegerse en un movimiento reflejo.

—No es nada. —Vyrl le acarició el cabello. En voz más alta, dijo—: Morlin, cállate.

Kamoj bajó las manos.

—¿Te obedece? —Nunca se le hubiera ocurrido que el palacio pudiera tener una voz.

—Bueno, sí, podría decirse así. —Vyrl la miró con curiosidad—. No es más que la vieja red informática del palacio. Parte de ella. Algunos componentes están demasiado dañados. Sus bots de reparación fallaron hace mucho tiempo.

Kamoj no sabía muy bien lo que quería decir pero sí que sabía que el palacio estaba en un estado lamentable cuando se lo habían alquilado. Que Vyrl hubiera reconstruido su hogar ancestral significaba para ella más de lo que era capaz de expresar. Siempre había soñado con ello, aunque nunca hubiera podido utilizar sus escasos y preciosos recursos para reparar un edificio cuando los niños de Argali no tenían cereales para comer.

—Mira —le dijo, mientras miraba tras él.

Vyrl se volvió. Una imagen espectral de la vidriera de su cámara se extendía sobre el suelo del dormitorio principal, proyectada por la luz de la luna que entraba en su habitación. Allí donde los rayos de la luna incidían sobre la cortina de cuentas, la imagen despedía destellos.

—Es precioso —dijo.

Salió de la cama y extendió los brazos hacia él. El rostro del hombre se llenó de ternura al aceptar su mano. Cruzaron juntos la habitación, con los dedos entrelazados. Cuando entraron en la cámara, las hebras de cuentas se aferraron a sus brazos. La ventana brillaba con la luz de la Hermana Luna.

Mientras Vyrl la tendía en la cama, la luz de la luna proyectaba sombras sobre su túnica, haciendo que pareciera tallada en ónice. Los callos de sus manos le hicieron cosquillas mientras le quitaba la ropa interior. Se sentó en el suelo y entonces se detuvo, arrodillado entre sus piernas, mirándola sin más.

Demasiado avergonzada como para mirarlo a los ojos, Kamoj se sentó y apoyó las manos sobre su pecho. Le quitó la túnica, tímida e insegura, tratando de parecer desenvuelta. No lo logró, pero a pesar de ello a él pareció gustarle el modo en que lo tocaba. No era capaz de mirarle al rostro, aunque no sabía por qué. Si miraba, vería reflejado en él, de alguna manera, su contacto, y eso resultaría demasiado embarazoso y le impediría continuar.

Trató de relajarse. La mayoría de las mujeres de su edad estaba ya casada y muchas de ellas eran ya madres. Se tendió y alargó los brazos hacia su marido. Él se tendió encima, con el peso apoyado sobre los brazos para no aplastarla.

Vyrl fue muy cuidadoso y le dio todo el tiempo que necesitaba. Aun así, cuando trató de entrar, ella se puso tensa. Era desgarrador... Quería que se detuviera...

Se quedó inmóvil encima de ella.

—¿Kamoj...?

Hai. Si no dejaba de comportarse así, seguiría siendo virgen después de su noche de bodas. En voz baja, dijo:

—Está bien.

Vyrl se comportó aún con más suavidad después de eso. Las lunas avanzaron por el firmamento sin que su luz dejara de proyectar una rosa de colores sobre el suelo. Él murmuraba en su oído, decía su nombre una vez y otra y otra vez más. Su intensidad y ritmo fueron aumentando, hasta que de improviso se puso rígido encima de ella. Inhaló profundamente y luego exhaló, y la bocanada de aire hizo estremecer los zarcillos del cabello de Kamoj alrededor de sus mejillas.

Entonces se relajó y dejó que su cuerpo se posara sobre ella. Siguió murmurando. Su voz era una suave corriente de sonido en su oído. Al cabo de un rato sus palabras dejaron paso al silencio y se quedó inmóvil, con una mano alrededor de su pecho. Su respiración se fue haciendo más profunda, hasta que cada exhalación empezó a ser acompañada por un pequeño bostezo.

Kamoj pestañeó. Aparentemente habían terminado. Aunque la experiencia había sido agradable después del dolor inicial, parecía incompleta. ¿Por esto era por lo que Dylu ensalzaba tanto el matrimonio? Desde luego era bonito, pero Kamoj no podía entender cómo podía hacer que su guardaespaldas, no inclinada por lo general al atolondramiento, se comportara como una novia con la cabeza llena de pájaros. Se preguntó si, con su timidez, se le habría pasado por alto la parte importante.

Ahora que tenía que soportar su peso, Vyrl parecía más grande. Lo empujó hasta conseguir que rodara y se tendiera a su lado. Entonces giró sobre su espalda y se acurrucó contra él, con la espalda apoyada sobre su pecho. Él le rodeó la cintura con el brazo sin interrumpir su sueño.

Kamoj fue sumiéndose en un sopor inquieto, como el sueño febril de un delirio. Su cuerpo estaba tan sensible que hasta las corrientes de aire parecían acariciarla. Estaba inquieta. Incompleta. Algunas veces despertaba y se encontraba tocándose partes privadas de su cuerpo.

Vyrl se movió y al principio ella pensó que tenía el sueño intranquilo. Entonces deslizó su mano sobre la de ella. Mientras le apretaba la palma, empezó a besarle en el cuello y mordisquearle el collar. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, sabía cómo hacerlo. Ella se sentía como si estuviera tratando de escalar una montaña que no podía alcanzar. Subía cada vez más y más... y finalmente llegó la liberación, como la cima de una colina llena de peñascos. Se extendió por todo su cuerpo en oleadas de sensación hasta que perdió el control y chilló.

Cuando se hubo calmado, Vyrl murmuró:

—Mi dulce hada del agua...

Kamoj también quería decir palabras dulces, llamarlo esposo amado y otras palabras cariñosas. Pero aún no se sentía lo bastante cerca de él. Era tan extraño, compartir aquella intimidad al mismo tiempo que aquella falta de familiaridad...

El sueño se posó sobre ella como un edredón de plumas...

Kamoj no supo muy bien lo que la había despertado. La luz de las lunas era ahora más tenue y tanto la Hermana Luna como la Luna Lejana habían concluido sus viajes por el firmamento. La sensación de satisfacción soñolienta había abandonado también el cuarto.

Se dio la vuelta. Vyrl estaba tumbado sobre la espalda, mirando el dosel que los cubría, con los ojos inmóviles, sin ver. Los tendones de su cuello se habían puesto rígidos y apretaba la mandíbula con tal fuerza que los huesos se veían por debajo de la piel.

—¿Vyrl? —Se incorporó sobre los codos—. ¿Qué pasa?

El hombre sacudió la cabeza. Entonces se incorporó mientras se le arrugaba el rostro.

Y gritó.

El silencio se hizo añicos. Profirió un jadeo entrecortado y volvió a gritar, con las manos aferradas a los tobillos. Su rostro se retorció tanto que a ella le costó reconocerlo.

En el dormitorio principal resonó un estrépito de pasos apresurados.

—¡Príncipe Havyrl! —La cortina de cuentas tintineó mientras Azander y los demás centinelas irrumpían en la habitación. Kamoj cayó de rodillas y recogió la túnica de Vyrl para cubrirse.

Vyrl no daba señales de haber visto a ninguno de ellos. Seguía mirando hacia delante y en ese momento su boca se retorció como la de un hombre sumido en una lucha de pesadilla, con horripilante futilidad, para volver a gritar.

Azander se arrodilló y lo sacudió por los hombros.

—¡Príncipe Havyrl, despertad! Son solo las pesadillas. ¡Despertad!

El puño de Vyrl se movió con tal velocidad que Azander no tuvo tiempo de esquivarlo. Lo golpeó en la barbilla y el guardaespaldas salió despedido hacia atrás y cayó al suelo con un sonido sordo.

—¡Fuera! —gritó Vyrl—. Ahora.

Azander lo miró con una mano en la barbilla. Entonces se puso en pie de un salto y abandonó la habitación junto con el otro guardaespaldas tan deprisa como había llegado.

Kamoj retrocedió arrastrándose, lejos de Vyrl, hasta que la pared detuvo su retirada. ¿Tan equivocada había estado con respecto a su nuevo marido? Pero no. Aquella cólera no era como la de Jax. Algo iba mal, muy mal. Vyrl se inclinó hacia

delante y se rodeó el estómago con los brazos, como si le doliese, no una agonía física sino algo muy diferente.

No supo cuánto tiempo permanecieron así. Finalmente se aproximó a él. Luego esperó. Al ver que ni se resistía ni mostraba furia, terminó de recorrer la distancia que los separaba. Él se volvió hacia ella, con los ojos brillantes de humedad.

Le tocó la mojada mejilla.

—¿Qué es?

—Nada. —Inhaló profundamente—. Vuelve a dormir.

¿Nada? Acababa de hacer pedazos la noche a gritos. Quería ofrecerle consuelo pero también temía enfurecerlo, un riesgo que no podía correr, no cuando el bienestar de Argali dependía de su buena voluntad. De modo que le soltó la túnica y se tendió con los ojos cerrados. Oyó que él se ponía la prenda y luego un crujido de la cama y sintió que el edredón se movía.

Abrió los ojos. Estaba sola. Se puso la ropa interior por la cabeza y salió de la cama. Sus pasos no hicieron ruido alguno mientras atravesaba el cuarto hasta la cortina. Se asomó al dormitorio principal.

Vyrl había abierto la ventana que había sobre el escritorio y estaba sentado en la silla, con la mirada perdida en la oscuridad de la noche, su silueta recortada contra el cielo. Mientras ella lo observaba, se llevó una botella a los labios. El aroma penetrante del ron inundó el aire.

Al verlo, Kamoj comprendió que lo que le preocupaba estaba enterrado mucho más allá del alcance del ron. ¿Qué había ocurrido para provocarle a un hombre de aquel poder el terror que atormentaba sus sueños?

Estado metaestable (1,2)

La luz del amanecer llenó la habitación de Kamoj. Jul tenía aún que alzarse por encima del bosque, de modo que ningún rayo incidía sobre la ventana, que alguien había abierto mientras ella dormía. Estaba a solas, tumbada y mirando un tapiz que colgaba de la pared. Mostraba dos mujeres ataviadas con armaduras antiguas y enfrentadas en un duelo por un joven. Estaban en el claro de un bosque. Una de ellas llevaba una bola de arco en la mano y se preparaba para lanzarla. El joven estaba apoyado contra un árbol, con los musculosos brazos cruzados, y tenía el aire gallardo apropiado a la escena. También parecía desconcertado y Kamoj sospechaba que ese aspecto se asemejaba más a la realidad del antiguo acontecimiento que había inspirado el tapiz.

Kamoj estaba como en letargo, se sentía incapaz de afrontar el día. La noche anterior había pasado una hora observando a Vyrl, temiendo entrometerse en su soledad. Finalmente, el agotamiento la había obligado a elegir entre dormir en el suelo o regresar a la cama.

Bueno, no había resuelto nada con tenderse allí. Se levantó y fue al dormitorio principal. Vyrl no estaba pero había dos baúles apoyados contra el pie de la cama. ¡Sus baúles!

Con el corazón iluminado, corrió hacia ellos. El primero contenía sus ropas y el segundo sus objetos personales, incluidas las muñecas de su colección. Sacó su favorita, una muñeca de trapo, y se deleitó con el tacto familiar del cabello de hilo contra su mejilla.

—¿Gobernadora Argali?

Sobresaltada, Kamoj levantó la mirada. Una doncella esperaba en la puerta del vestíbulo de entrada. Debía de haber estado en el descansillo, esperando a que Kamoj despertara.

—He oído ruido —dijo la mujer—. ¿Queréis que os ayude a vestiros?

Kamoj se ruborizó. Estaba avergonzada de haber sido descubierta mientras abrazaba a una muñeca.

—Hoy no. Pero gracias.

Tardó varias horas en guardar sus cosas. A continuación entró en el baño. Alguien había barrido los cristales y abierto la ventana para dejar que entrara el sol y desapareciera el olor a ron. Tras prepararse mentalmente para la helada agua de

montaña, se introdujo en la bañera. Lo que encontró resultó un contraste aún más impactante: agua caliente. ¿Cómo? No veía piedras calientes ni otras fuentes de calor.

Entonces se acordó de su pie. Se sujetó a una de las patas de la estatua del quetzal y sacó el pie del agua. Lo único que vio fue una saludable piel rosada con un leve rasguño. Aquella curación rápida la impresionó tanto como las demás maravillas que había visto.

Después de bañarse, corrió desnuda a su cámara atravesando el dormitorio principal. No sabía muy bien por qué corría. Vyrl la había visto sin ropa y, además, no estaba allí. Pero a pesar de todo corrió. Por lo que ella sabía, Morlin lo veía todo.

Ya en su habitación, empezó a sacar una túnica. Entonces cambió de idea y eligió un vestido de algodón de rosa. Le proporcionaba placer pensar que a Vyrl podía gustarle. Sin embargo, habían pasado años desde la última vez que se lo pusiera y ya no le estaba bien. Los pechos amenazaban con salirse del escote y la falda apenas le llegaba a las rodillas. Levantó el encaje de la ropa interior para taparse los pechos y se bajó las enaguas hasta que se ensortijaron alrededor de sus rodillas como un segundo dobladillo de la falda. A continuación se puso unas medias grises hechas de lana de Argali y sobre estas las botas de labor hechas de gamuza.

Después de vestirse, salió del aposento y se detuvo en el descansillo. Estaba hambrienta pero no sabía cómo encontrar la cocina. Además tenía que ver a Vyrl para hablar de Argali. La situación en la que se encontraban era muy peculiar, una situación sin precedente conocido. La unión de dos provincias por medio de una absorción era algo casi inaudito y en todo caso ella no conocía ninguna fusión tan desequilibrada como la de Leostelar y Argali. Jax y ella habían acordado dividir el tiempo a partes iguales entre ambas provincias. Con Vyrl, no tenía la menor idea de lo que iba a pasar. Podía demandar el control de Argali, o dejársela a ella, imponer unos impuestos terroríficos, inundarla de riquezas, arruinarla o ignorarla por completo.

Bajó las escaleras escuchando el rumor del bosque, el viento entre los árboles y la llamada de los quetzales de cola azul, incluso el trino de uno de cola dorada. No fue hasta que hubo llegado al piso de abajo que empezó a escuchar las voces. Mientras recorría el Salón Largo, se fueron volviendo más claras hasta convertirse en una discusión entre Vyrl y Dazza.

—No puedo —estaba diciendo Dazza—. No tengo el equipo.

—No me trates como a un paleta estúpido —respondió Vyrl—. La *Ascensión* posee todas las instalaciones necesarias. Es una maldita ciudad.

Sonaba como si estuvieran en el vestíbulo de entrada al palacio. Kamoj vaciló acerca del salón de baile de los candelabros, sin saber si debía quedarse o marcharse.

—No son alteraciones sencillas —dijo Dazza—. Tendría que cambiar tus pulmones y tu hemoglobina, modificar el modo en que tu cuerpo absorbe el oxígeno y el dióxido de carbono y añadir filtros para las impurezas. ¿Quién sabe qué efectos

secundarios podría provocar? Y ni siquiera podría empezar hasta después de haber hecho un estudio exhaustivo. Seguro que eres consciente de la magnitud de lo que me estás pidiendo.

—Llama a la *Ascensión* —dijo Vyrl—. Diles que te envíen lo que necesitas.

Dazza profirió un sonido de exasperación.

—Los sistemas de la red de este edificio no son lo bastante sofisticados como para manejar el equipo. Si quieres que te lo haga, tendrá que ser a bordo de la nave.

—¡No!

La voz de la mujer se volvió suplicante.

—Vyrl, escucha. ¿Por qué quieres cambiar tu cuerpo? ¿Es que el respirador no te deja respirar con comodidad?

—No quiero una cara de metal.

—Tú pediste que fuera de metal. No tiene por qué serlo. Si te molesta, podemos cambiar el diseño.

—La gente de aquí no necesita respiradores. —Parecía impaciente—. Si voy a vivir en este planeta, quiero hacerlo sin impedimentos.

—¿Por qué? ¿Tú crees que un exilio temporal merece cambios tan drásticos?

Kamoj se quedó paralizada. ¿Exilio temporal? ¿Es que Vyrl iba a marcharse? ¿Qué significaba eso para Argali?

Preocupada, atravesó el salón de baile y se detuvo en el arco que daba entrada al Salón de Entrada. Vyrl y Dazza estaban al otro lado de la sala, frente al vestíbulo. Azander y otros dos jinetes se encontraban detrás de ellos, tratando de llevar a cabo la imposible tarea de mostrarse simultáneamente atentos a su señor y ajenos a la discusión que estaba manteniendo.

—Ya te he dicho lo que quería —dijo Vyrl a Dazza—. Hazlo. Me voy a cabalgar.

—No estás en condiciones de montar...

—Ponte en contacto con el *Ascensión*...

Dazza cruzó los brazos.

—¿Y si me niego?

—No me provoque, coronel.

—Vyrl, no te vayas —le pidió ella—. Deja que te dé algo para el alcohol. O espera a que tu organismo lo procese. Cuando estés sobrio, hablaremos sobre las modificaciones.

—No pienso dejar que me metas más bichos de esos en el cuerpo —arrugó el rostro—. Esas malditas cosas nunca mueren.

—Los nanomédicos no son bichos. Y los médicos que combaten el alcohol sí que «se mueren». Se disuelven al cabo de unos pocos...

—No —dijo él.

Dazza frunció el ceño.

—Si altero tu cuerpo para que puedas vivir en este planeta sin ayuda, necesitarás más médicos autorreplicantes de los que llevas ahora mismo para mantener tu estado de salud.

—Perfecto. —Sin más, se volvió y se alejó por el salón, directamente hacia donde estaba Kamoj. Su repentina atención la pilló desprevenida. Ni siquiera se había percatado de que él supiera que estaba allí.

Un granjero debía de haberle dado la ropa que llevaba: una vieja camisa blanca descolorida tras muchos lavados y unos pantalones toscos metidos por dentro de unas botas muy gastadas. Aunque Maxard vestía con ropa vieja cuando trabajaba en la granja, seguía siendo la ropa propia de un personaje de alcurnia. Resultó una sorpresa ver al hombre más rico de todas las Tierras Septentrionales, posiblemente de todo Balumil, vestido como el más pobre de los granjeros.

Antes de que pudiera reaccionar o retroceder, la alcanzó. Ni siquiera se detuvo. Se limitó a rodearle el vientre con el brazo, hacerla girar y llevársela consigo de regreso al otro lado del salón. Sus largas piernas daban tales zancadas que tuvo que correr para seguirle el paso.

Se detuvo frente a Dazza.

—Mi esposa y yo vamos a montar. —Tras empujar a Kamoj delante de sí, se dirigió hacia el vestíbulo. La dejó en mitad de la habitación mientras él se acercaba a la pared, donde su capa colgaba como un jirón de cielo nocturno.

Kamoj se pasó una mano por el pelo. Podía negarse a ir. Puede que fuera una ingenua pero no creía que fuera a hacerle nada, salvo dejarla detrás. Solo que la idea de permitir que se marchara solo no le gustaba nada. ¿Podía montar, tan borracho como parecía estar? ¿Y si se caía del ciervo y se rompía una pierna? O algo peor... No sabía cómo eran las cosas entre el pueblo de su marido pero entre los suyos, un hombre que se hubiese caído de un cristazur podía morir solo en el bosque antes de que alguien lo encontrase. No soportaba pensar en él, agonizando, a solas y herido, perdido en las montañas.

Vyrl dio una palmada a la pared y un bloque de piedra se deslizó a un lado y reveló un agujero cuadrado. Sacó de allí su máscara de plata. Tras estrujarla en la mano, se volvió y le habló a alguien que esperaba tras él:

—Trae a Puntogrís a la entrada.

Ella se volvió y vio a Azander junto a la gran puerta doble que accedía al patio. El hombre tenía un moratón en la barbilla, donde Vyrl lo había golpeado la pasada noche. Abrió los gruesos cierres de las puertas y se apoyó sobre ellas con todo su peso hasta que se abrieron de par en par. El vestíbulo se llenó de luz azul. A continuación, el jinete cruzó la cortina de brillo y salió al día otoñal.

Dazza les habló desde el arco interior del vestíbulo.

—Vyrl, al menos deja que Kamoj monte su propio ciervo. Así estará a salvo.

—¿A salvo de qué? —Vyrl se puso la capa sobre los hombros y la tela azul destelló en el aire como el retazo de un cielo de crepúsculo—. ¿De una bruja del ejército que quiere llenarme el cuerpo de bichos para que no pueda disfrutar de un trago pero se niega a cambiarlo de modo que me permita respirar?

—No vayas a montar —dijo Dazza—. Espera a estar sobrio.

Desde el patio exterior les llegó el ruido de unos cascos sobre los adoquines. Vyrl se acercó a Kamoj a grandes pasos y la tomó del brazo. Llevándola consigo, cruzó el resplandor, salió a la luz del sol y bajó las escaleras que daban al patio.

Dazza le gritó desde detrás.

Al ver que se volvía hacia la coronel, las esperanzas de Kamoj renacieron. ¿Iba a cambiar de idea?

Dazza estaba de pie en la entrada del palacio, detrás del resplandor.

—Tu respirador —dijo.

Vyrl observó a la coronel, con la máscara aún estrujada en la mano. Entonces giró sobre sus talones y arrastró a Kamoj hasta Azander, que sujetaba a un ciervo de la brida. Puntogrís. Era un animal enorme y musculoso, con una cornamenta gigantesca cuyos colores variaban desde el esmeralda de la base al plateado de las puntas. Azander unió las manos a baja altura para permitir que su señor montara. A pesar de la gran altura del cristazur, Vyrl se encaramó a él con hipnótica gracia. Puntogrís se movió hacia un lado, sacudió la cabeza y se encabritó sobre las dos patas traseras. Acto seguido, quedó inmóvil, como paralizado, mientras miraba a Kamoj. Sus ojos, enormes y verdes, estaban llenos de inteligencia.

Vyrl le hizo una seña a Azander y este puso sus manos en la cintura de Kamoj. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, la levantó hacia Vyrl. Este la cogió en volandas y la montó a horcajadas sobre el ciervo, todo ello mientras su abultada falda revoloteaba sobre sus muslos y rodillas. Ocurrió tan deprisa que se mareó. O puede que fuera el aire, tan liviano comparado con el del palacio. Le pasó una mano alrededor de la cintura mientras con la otra seguía aferrando la máscara. Puntogrís bailaba debajo de ellos, agitado con el peso desconocido de Kamoj.

De improviso, el cristazur se levantó sobre las patas traseras, se irguió cuan largo era y agitó las cuatro patas delanteras en el aire mientras las escamas de su cuerpo partían la luz en mil pedazos. Un estrépito inundó el patio mientras el animal hacía entrechocar sus cascos. Echó la cabeza atrás y enseñó los dientes. Los colmillos opalinos resplandecieron como garras. Y entonces lanzó su grito al aire.

Kamoj se puso rígida, aterrada por la posibilidad de que el cristazur la arrojara al suelo. Desde aquella altura podía partirse el cuello. Se sujetó a sus cuernos, cuyas sedosas escamas verdes resultaban resbaladizas.

—¡Vyrl! —gritó Dazza—. ¡No hagas eso!

El cristazur volvió a bajar y sacudió la cabeza hasta que Kamoj le soltó los

cuernos. Tras ella se escuchaban los laboriosos jadeos de Vyrl. Se volvió y lo vio, mirando a Dazza, con el rostro enrojecido. Mientras Puntogrís danzaba debajo de ellos, a punto de encabritarse de nuevo, Vyrl sacó una estrecha tableta del interior de su capa, un rectángulo cubierto de símbolos. Extendió el brazo y señaló a Dazza con la tableta. Su superficie reflectante atrapó los rayos del sol y los fragmentó en jirones de luz.

—Puedes olvidarte de seguirme con tus espías orbitales, coronel. Voy a colocar un campo de distorsión... —Pulsó una luz azul en la superficie de la tableta—... ahora.

Dazza palideció.

—Queremos que estés aquí, Vyrl. ¿Y si te pasa algo y no podemos localizarte?

—¿Eso es lo único en lo que podéis pensar todos? —dijo con voz entrecortada—. ¿Qué queréis de mí? —Con un movimiento brusco volvió a guardar la tableta en su capa y tomó a Kamoj por los hombros—. Mira esto. Mi esposa. Una chica de granja con el aspecto de una virginal diosa del sexo y que solamente pide una vida sencilla, un marido que no la pegue y la libertad para pasear por el bosque. ¿Acaso se os ha ocurrido a todos vosotros, generales, políticos y estrategas, que eso podría ser lo único que yo quisiera? ¿Que eso podría ser lo único que en realidad me importase? ¿O es que estáis demasiado ocupados maquinando cómo utilizar a vuestro valiosísimo príncipe como para preocuparos de lo que yo piense?

Antes de que Dazza pudiera responder, espoleó al ciervo con los talones y el animal se lanzó a la carrera en dirección al bosque. Vyrl sostenía las riendas con las dos manos y los brazos alrededor de Kamoj. Estaba jadeando y tosía como si cada vez que respirara fuera una agonía para él.

Kamoj no estaba segura de lo que le parecía que la llamaran «virginal diosa del sexo». Solo sabía que su marido estaba demasiado borracho como para montar.

—¡Vyrl! —gritó—. ¡Tu máscara! —El viento se llevó su voz. Desesperada, trató de llamarlo en su mente—. ¡Vyrl! ¡La máscara!

El brazo de Vyrl se movió y él dejó de respirar. Aturdida, se revolvió... y se encontró frente a una cara de placas plateadas. Dio un respingo por el susto y perdió el equilibrio. Vyrl la sujetó mientras caía pero en su estado de embriaguez subestimó sus propias fuerzas y estuvo a punto de arrojarla en dirección contraria. Ella se revolvió y se agarró al cuello del ciervo mientras corrían como un rayo por entre el bosque iridiscente.

La senda se empinaba hacia arriba. Había enormes árboles a ambos lados, cuyas copas se fundían en las alturas. A pesar de que el día estaba despejado, se escuchaba el fragor de los truenos en el cielo. Kamoj se estremeció mientras se preguntaba qué otros espíritus extraños podía convocar el estallido de cólera de Vyrl.

—No es más que el motor de una lanzadera —le dijo él al oído. Obligó a

Puntogrís a frenar el paso y entonces abandonaron la vereda y se internaron entre los árboles. La carrera había agotado el fuego de su montura. Trotaba entre los árboles, situados a buena distancia unos de otros.

Se internaron cada vez más, siempre montaña arriba. De tanto en cuanto, escuchaban el gruñido del «motor» encima de sus cabezas. En tales ocasiones, Vyrl se ponía tenso hasta que después de unos momentos el ruido del motor se alejaba y él volvía a relajarse.

Al cabo de un buen rato, Kamoj dijo por fin:

—¿Dónde vamos?

—Lejos. Hasta que me encuentren. —Parecía cansado—. En realidad, siempre saben dónde estoy. Normalmente dejan que vuelva cuando me plazca. —Hizo una pausa—. Solo que hoy me he llevado el distorsionador. Esta vez les va a costar más.

—¿Distorsionador?

—Lo que le enseñé a Dazza. Funciona mejor contra los sensores electromagnéticos.

—¿Sentidos lectores? —Era incapaz de seguir el curso enrevesado de sus pensamientos.

—Confunde a las cosas que utilizan para encontrarme. —Su voz perdió nitidez—. Los neutrinos son los más complicados. Pueden llegar a cualquier parte. Pero este trasto es una verdadera maravilla. Puede engañar hasta a los sensores de neutrinos.

—Oh. —Kamoj se preguntó si aquel galimatías sería cosa del ron o sus palabras tendrían algún sentido.

—¿Qué crees que es esa Corriente a la que veneráis todos? —le preguntó Vyrl—. Radiación electromagnética. Luz. Las hebras de vuestros paneles de luz no son más que fibras ópticas.

Eso le dio que pensar. En Iotaca, *Fibra Óptica* era el nombre completo del marido de Dylu, Fibca Solares. Si su familia no se interrumpía, sus descendientes heredarían su destreza. El hermano de Fibca, Gallium Solares, trabajaba en el taller con él. Otras provincias contaban con sus propios talentos, como las familias Ohmiales o Amperal de Ponteferro. El templo de Argali estaba consagrado a los espíritus solares, como las Glorias y los Arco Iris del Aire, pero Kamoj siempre los había tenido por guardianes más que por deidades.

—¿Por qué piensas que veneramos a la Corriente? —preguntó.

—¿Es que no lo hacéis?

—La Corriente solo es. Como la lluvia, las nubes y el sol.

—No es como el sol —dijo él—. Es el sol. Bueno, no solo el sol. Sino la luz.

—Por supuesto, príncipe Havyrl.

—No me llames eso.

—¿El qué?

—Príncipe Loquesea. Eres mi esposa. Llámame Vyrl.

—Sí, Vyrl.

—¿Por qué eres tan formal? Anoche, casi me pareció que tenías miedo... —De improviso se detuvo—. Dioses todopoderosos. Soy un idiota.

Kamoj no sabía si reír o quedarse perpleja. Ni en un centenar de Años Largos hubiera dicho Jax semejante cosa sobre sí mismo.

—No tenías elección, ¿verdad? —dijo Vyrl.

—¿Elección?

—Sobre el matrimonio. Demonios del infierno sangrante. Debería haberme dado cuenta antes. Eso no era una dote. Era una orden de compra. —Detuvo a Puntogrís y desmontó pasando la pierna por encima de su cabeza. Aterrizó con gracia leonina. El ciervo se desplazó de lado y ella tuvo que sujetar las riendas para no caerse.

Así, de espaldas a ella, Vyrl parecía normal, un hombre con una melena de cabello trigoño. Entonces se dio la vuelta y ella vio la máscara de plata. Se quedó paralizada, tan perturbada como la primera vez que lo había visto.

Se quitó la máscara.

—Odio esta cosa.

—Vyrl, no. La necesitas para respirar.

—Debes de odiarme.

—No. —Cada vez que creía que empezaba a entenderlo, él empezaba a divagar de nuevo.

Estrujó la máscara.

—Lo dices porque crees que debes hacerlo.

Aunque ella había hablado sinceramente, sus palabras hicieron que reflexionase. Si Jax le hubiera preguntado si lo odiaba, desde luego lo habría negado. De no hacerlo así, se hubiera ganado una paliza.

Vyrl se estaba concentrando como si ella fuera una maraña de hebras que quisiese separar.

—No voy a pegarte. Por los dioses, Kamoj, jamás haría algo semejante.

Kamoj creía que lo decía sinceramente. Quería confiar en él pero no sabía si podía permitirse el lujo de bajar la guardia.

—Me gusta estar contigo —dijo—. Solo que...

—¿Sí?

—No te entiendo.

Vyrl esbozó una sonrisa arrepentida.

—Ya somos dos. —Volvió a ponerse la máscara y entonces se le acercó y le tendió los brazos. Mientras la ayudaba a desmontar, ella le puso los brazos alrededor del cuello. La sostuvo en vilo mientras se abrazaban. La máscara estaba fría contra la mejilla de Kamoj.

—Hay un lugar al que voy para estar a solas. —La dejó en el suelo y la tomó de la mano.

La llevó hasta un afloramiento de rocas cubiertas de musgo y medio enterrado en el suelo. Las campanillas de las riendas de Puntogrís, que los seguía, tintineaban tras ellos. Cuando se detuvieron, Vyrl le acarició el cuello a su montura, apretando las escamas del modo que les gustaba a los ciervos cristazures. Puntogrís esperó con paciencia mientras Vyrl le quitaba la silla y se ocupaba de él. Apretó el alargado hocico contra la palma de la mano de su dueño y le mordisqueó los dedos con unos dientes que podrían haberlo hecho pedazos. Acto seguido, el cristazur se alejó con trote desenvuelto por entre los árboles.

Vyrl dirigió una mirada a Kamoj.

—No te preocupes. Volverá.

Ella respondió en voz baja.

—Lo sé. —El comportamiento de Puntogrís le había revelado muchas más cosas de las que Vyrl creía. Después de haber trabajado toda su vida en los establos de Argali, conocía bien a los ciervos. Puntogrís era una bestia salvaje, jamás vencida o domada. Un jinete de talento podía hacerse merecedor del interés de un ciervo salvaje, pero nunca de uno tan orgulloso y poderoso como Puntogrís. El que el animal hubiera elegido seguir a Vyrl libremente la impresionaba más que toda su riqueza, sus títulos y las reparaciones que había llevado a cabo en su palacio.

La llevó por una abertura entre las rocas que conducía a una caverna. Tenía un techo la mitad de alto que Vyrl y un suelo de tierra compactada, con rocas aquí y allá. Se arrodilló en una plataforma que había a la entrada y deslizó los dedos a lo largo de su superficie. A pesar de todas las maravillas que Kamoj había visto, se sobresaltó al ver que la plataforma se llenaba de luces que brillaban y parpadeaban. Un resplandor se formó en la entrada de la caverna y la cubrió por completo.

Vyrl se sentó sobre los tobillos.

—El generador purificará el aire. Para mí, quiero decir.

Ella se había detenido en la misma entrada.

—¿Por qué no puedes respirar el aire?

—Demasiado dióxido de carbono. Demasiado poco oxígeno. Todo ese polvo de escamas. —Parecía distraído, puede que cansado o acaso distraído—. La cantidad de luz solar que llega a Balumil es aproximadamente la mitad del estándar humano y gran parte de ella es ultravioleta. El dióxido de carbono presente en la atmósfera contribuye también a mantener altas las temperaturas. —Tocó la máscara que cubría su rostro—. Esto concentra el oxígeno y diluye el dióxido de carbono. También filtra el polvo. Eso es lo que me provoca asma. —Los dos óvalos negros que tenía por ojos la examinaron—. Si lo respirara durante demasiado tiempo me mataría.

Ella procuró que su rostro metálico no la perturbara.

—Pero el aire no supone ningún problema para mí.

—Tus pulmones poseen filtros. —Vyrl se quitó la máscara y la dejó sobre la consola—. Además, tu hemoglobina es diferente a la mía y tu sistema circulatorio responde a diferentes presiones parciales de oxígeno y dióxido de carbono. —Se frotó el puente de la nariz—. Esos ojillos de gato que tienes dejan pasar más luz. Por eso puedes ver en la oscuridad.

Eso sorprendió a Kamoj.

—¿Tú no?

—No tan bien como tú. La visión humana puede adaptarse a niveles de baja iluminación pero probablemente yo veo todo cuanto hay aquí en un tono más azul que tú. —Se frotó la nuca—. Tus antepasados bioesculpiaron este mundo y alteraron su atmósfera y su biosfera. Sin embargo, Balumil sigue siendo un mundo letal para los humanos sin modificar, en especial durante el invierno y el verano. Por esa razón ellos llevaban trajes espaciales.

—¿Trajes espaciales?

—¿Has visto esos dibujos antiguos de jinetes ataviados con armaduras de discos completas? —Al ver que ella asentía, dijo—: Esos son trajes espaciales.

Ella introdujo el dedo pulgar en el resplandor.

—¿Y esto?

—Es una esclusa. Rodea la cueva entera. —Se detuvo—. No sé cómo describirla para ti.

—Utiliza tus propias palabras. Me gusta oírlas. —Ahora que sabía que no iba a burlarse de ella, encontraba belleza en sus palabras, una promesa de conocimientos y maravillas.

Vyrl reflexionó un momento.

—La cortina es una membrana. Nosotros la llamamos una bicapa lípida modificada. Contiene encimas. Son como llaves minúsculas. Encajan determinadas moléculas en determinadas cerraduras. —Le dio unas palmaditas a la plataforma—. Esto aplica un potencial a la membrana. Potenciales diferentes activan llaves diferentes. Cuando una llave abre una cerradura, cambia la permeabilidad de la membrana. Ahora mismo impide el paso del aire... pero el agua puede atravesarla. —De pronto pareció vencido por la fatiga.

—¿Te encuentras bien? —Ojalá le hubiera dejado dormir.

—Sí. —Se puso en pie con lentitud—. El generador recicla el aire y emite nanomédicos voladores que eliminan el polvo de escamas.

Ella recordó la libélula de fuego que había chocado contra el resplandor.

—Pero nosotros podemos atravesar la membrana.

—En este modo sí. Te conviertes en parte del sello. —Se apretó las sienes con las muñecas—. Una pico-red del interior de la membrana recuerda su forma original de

modo que cuando la has atravesado, recobra su forma original.

—Vyrl, ¿estás seguro de que te encuentras bien?

—No es más que una jaqueca. —Sacó una botella del interior de su capa y la abrió. A continuación, tras inclinar la cabeza hacia atrás, le dio un largo trago.

Al mirarlo, Kamoj se sintió dolida. La única persona que conocía y que tuviera un problema con la bebida era Korl Aradera. ¿Acabaría Vyrl así, encogido y atontado, sin familia ni amigos, solo con la botella a la que amaba más que a nada? No sabía qué hacer. Ya había visto lo mucho que se enfadaba cuando Dazza lo mencionaba siquiera.

Vyrl empezó a pasear por la cueva y al hacerlo sus botas levantaron nubes de polvo de escamas. El generador zumbaba mientras enviaba a los nanomédicos para limpiar el aire e impedir que mataran a su marido.

Vyrl se volvió y se la quedó mirando, ancho de hombros y de piernas largas, con el cabello trigueño despeinado alrededor del rostro, la camisa abotonada solo a medias, el vello dorado del pecho ensortijado, los ojos luminosos en la oscuridad.

—Aquel día en el río..., no te haces idea. Me faltó poco para ir a buscarte. Solo tenías una guardaespaldas y yo a mis cuatro jinetes. —Alzó la mano con la palma hacia arriba—. «Pero no», pensé. «¿Quieres que ella te odie? ¿Qué hay del honor? ¿De la decencia? Todo eso». Así que te cortejé. O pensé que lo había hecho. —Bebió un trago de ron. Tras bajar la botella, dijo con voz asqueada—. Parece ser que te violé de todas maneras.

—No digas eso. —¿Cómo podía alguien con tanta empatía no darse cuenta de lo que sentía por él? Nunca había querido que Ponteferro la tocara, pero después de la suavidad demostrada por Vyrl la pasada noche, con solo pensar en Jax se le revolvía el estómago.

—¡Yo lo sabía, maldita sea! —dijo Vyrl—. Anoche, cuando quisiste que me detuviera, yo lo supe. Hasta lloraste en tu mente. —Se sentó sobre una roca que le llegaba a la altura de las rodillas y bebió otro trago de ron—. Es asombroso lo fácil que resulta engañarse a uno mismo, ¿no crees? Hasta me convencí de que me deseabas.

—No te estabas engañando —dijo ella.

—Dices eso porque crees que debes hacerlo. Porque te compré. —Dejó que la botella vacía resbalara de su mano. Chocó contra una piedra y se hizo pedazos—. No estás atada a mí, Kamoj. Eres libre. —Se frotó los ojos—. Haré que la *Ascensión* traslade nuestra base a cualquier otra parte. Le diremos a tu pueblo que... Demonios, ¿qué vamos a decirles? —Bajó la cabeza y añadió—: Que he regresado a mi país y que más tarde enviaré a buscarte. Entonces diremos que me han asesinado. De ese modo estarás libre de mí sin sufrir una humillación.

—¿Asesinado? —No podía creer lo que estaba oyendo.

—El derecho imperial reconoce las uniones realizadas en las colonias, incluso en las colonias descubiertas de nuevo como esta. Eso significa que estamos tan casados frente a mis leyes como frente a las tuyas. —Hablaba con torpeza—. Me encargaré de que alguien arregle los papeles del divorcio.

No entendía cómo podía hablar el mismo idioma que ella y al mismo tiempo decir tantas cosas ininteligibles. Sin embargo, entendía lo bastante. Él quería disolver la fusión. Aquello fue como si le hubiera clavado un pedazo de cristal. Cuando se supiese la noticia de la «muerte» de Vyrl, Jax podría reclamar a la viuda. Ponteferro se quedaría con todo: Argali, el palacio reconstruido, Morlin, todo ello.

Kamoj respiró profundamente. Entonces se acercó a él y apartó con el pie los restos de la botella rota. Con tímido afecto, le rodeó la cintura con los brazos.

—Quédate conmigo.

Él también la abrazó.

—No es necesario que digas eso.

—Lo sé. —Vaciló, insegura de repente—. A menos que quieras marcharte.

—Por los dioses, no. —Le acarició el cabello—. ¿Estás segura?

—Lo estoy.

—¿Incluso después de lo de anoche?

—Especialmente después de lo de anoche.

—Creí que te había hecho daño.

—Vyrl, no. —Ella trató de recobrar lo que había sentido entonces para que también él pudiera compartirlo. Apretó la mejilla contra su pecho e inhaló su aroma. Entonces le desató el nudo del cinturón y lo rodeó con los dedos, tratando de devolverle ahora lo que él le había dado la pasada noche. Mientras movía la mano, la respiración de Vyrl se aceleró. Él deslizó los labios sobre su cabeza y le acarició el cabello con la mano hasta llegar a la cintura.

Al cabo de un rato, se quitó el pañuelo que utilizaba como cinturón y la ayudó a rodearlo con él. Entonces ella continuó, solo que sujetándolo con el pañuelo. De improviso él se puso tenso y a continuación se estremeció mientras los músculos de su cuerpo se ponían rígidos en su abrazo.

Finalmente se relajó. La atrajo hacia sí y murmuró las palabras de una antigua canción de cosecha de Argali.

—Tan suave es su contacto en la fruta llena de néctar...

Kamoj sonrió al escuchar aquella interpretación nueva de la letra. *Mi dulce león*, pensó. Pero era demasiado tímida para decirlo. Levantó la mirada y vio que los párpados del hombre estaban a punto de cerrarse. Las pestañas de color metálico eran un agudo contraste con los círculos oscuros que rodeaban sus ojos.

—Vamos a tendernos —le dijo—. Estoy cansada. —La verdad era que no lo estaba pero saltaba a la vista que Vyrl necesitaba dormir. Ella no sabía por qué se

resistía tanto pero quizá se aviniese a hacer por ella lo que no quería hacer por él mismo.

Su rostro ojeroso se llenó de ternura.

—Está bien. —Se arregló la ropa y a continuación plegó el pañuelo y lo dejó sobre la roca. Tras ponerse en pie, se quitó la capa. Revoloteó por el aire como un jirón de crepúsculo y se posó en el suelo.

—Ahí va. —Mientras Kamoj se tumbaba sobre ella, él la observaba como un ciervo cristazur hipnotizado por el reflejo azul de la luz de luna sobre el agua—. Es bonito... tu vestido. Ese color... ¿Cómo lo llamáis? ¿Rosa? Me gusta cómo te queda... —Entonces se detuvo y se ruborizó—. Ay, Kamoj. Estoy desvariando. Con menudo idiota te has casado.

—No eres ningún idiota. No digas eso. —Dio una palmaditas en el suelo—. Tiéndete. Yo te acariciaré la cabeza.

—No pienso discutir por eso. —Se tendió sobre la espalda y apoyó la cabeza en su regazo. Mientras ella le acariciaba las sienes, cerró los ojos. Al cabo de unos momentos su respiración había adquirido el ritmo apacible del sueño.

Mientras lo observaba, Kamoj se preguntó cómo iba a entender a su marido. Hablaba como un hombre de alta cuna, vestía como un granjero, ostentaba un título, tenía las manos llenas de callos, se movía como un bailarín y poseía el don del mejor de los jinetes con los cristazures. La plata de sus cabellos y las arrugas que rodeaban sus ojos sugerían que había alcanzado la cuarentena y sin embargo poseía el físico poderoso y el vigor de un joven. Sus emociones francas y su atractiva picardía le hacían parecer un niño.

Bajo todo aquello, sin embargo, enterrada también por debajo de sus cambios de humor, sus borracheras y sus sueños atormentados, transmitía también una sensación de satisfacción consigo mismo, esa clase de serenidad que a algunos conceden los años. Saltaba a la vista que ahora no era feliz y sin embargo ella percibía una placidez más profunda, de esa clase que se tardaba una vida entera en alcanzar.

—¿Vyrl qué eres? —preguntó—. ¿Un anciano, un adulto o un niño? ¿Un príncipe o un granjero? ¿Un borracho o un sabio? —Mientras le acariciaba el cabello, decidió que lo mejor sería procurar aceptarlo tal cual era.

Al cabo de un rato se deslizó de debajo de él y se tendió a su lado. En el exterior, un quetzal lanzó su llamada y otro respondió. El viento hacía crujir las ramas. Podía imaginarse el bosque, árboles antiquísimos asintiendo al unísono con las cabezas alzadas a gran distancia de la tierra. Si ella fuera un pájaro, podría alzarse por encima de sus copas y ver cómo trepidaba por toda la montaña como una marejada iridiscente, bajo la infinita llanura violeta del firmamento.

Espada y arco
Perturbaciones

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Vyrl y despertó a Kamoj. Sumido en un sueño profundo, emitió un sonido estrangulado al tiempo que se le arrugaba el rostro. Ella se apoyó sobre los codos y le acarició las sienes hasta conseguir que se calmara.

Una vez que volvió a estar plácidamente dormido, salió de la cueva y contempló el bosque. La mañana había dado paso a la primera tarde. Sobre su cabeza tronaba un «motor». Se preguntó si sabrían que Vyrl estaba allí.

Cuando regresó a la caverna, lo encontró despierto y sentado. Aunque la fatiga seguía siendo visible en su rostro, parecía más descansado.

—¿Hay alguien ahí fuera? —preguntó.

—He oído un motor. Pero no he visto a nadie. —Se sentó frente a él con las piernas cruzadas—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Qué clase de príncipe eres?

Él se encogió de hombros.

—En realidad no lo soy. Solo soy un ciudadano del Imperio Eskoliano. Se trata de unos novecientos mundos gobernados por una Asamblea electiva.

—¿Entonces no eres príncipe?

—Poseo el título. Pero eso no significa demasiado en estos tiempos. —La miró—. Cuéntame lo que sepas de la historia de Balumil.

Ella recordó las historias que le habían contado de niña.

—Hace mucho tiempo la Corriente daba luz y calor a las casas. Y voces. —Como Morlin, recordó. Vyrl le había devuelto su voz al Palacio de Cuarzo—. La gente llegó aquí en barcos que navegaban por los cielos.

—Eso tiene sentido.

—¿Ah, sí? —Había supuesto que él se reiría de sus cuentos infantiles—. ¿Cómo?

—El Imperio Rubí fundó esta colonia. —Se frotó el hombro, que se le había quedado dormido mientras estaba acostado en el suelo—. Por eso conozco tu idioma.

A ella no le sorprendió que su lengua hubiera perdurado lo bastante como para que se entendieran. Su pueblo nunca variaba nada. El cambio provocaba trastornos, los trastornos engendraban la revolución y la revolución era anatema.

Sin embargo, había sido mucho tiempo.

—Los marineros de los cielos desaparecieron hace cinco mil años.

—Fue entonces cuando el Imperio Rubí se derrumbó. —Extendió los brazos—. En origen, todos provenimos de la Tierra.

La palabra transmitía una curiosa sensación de familiaridad.

—¿La Tierra?

Con voz suave, él dijo:

—Nuestro hogar, Kamoj. El de todos nosotros. Colinas verdes, cielo azul, aire dulce y fresco.

Sus palabras evocaban misterios ancestrales de su pueblo, pájaros extraños conocidos también como quetzales, pero sin escamas, volando por un immaculado cielo azul.

—Si nuestro hogar es un lugar llamado la Tierra, ¿qué hacemos aquí?

Con voz seca, él replicó:

—A mucha gente le gustaría saberlo. —Se recogió el cabello detrás de las orejas—. Hace unos seis mil años, en torno al 4000 a.C., una raza desconocida trasladó a un grupo de humanos de la Tierra a un planeta llamado Raylicon. ¿Por qué? No lo sabemos. Nuestros secuestradores se desvanecieron sin decir siquiera un «lo sentimos mucho». Sabedores de que el viaje estelar era posible, mis ancestros acabaron por desarrollar motores estelares y erigieron el Imperio Rubí.

—Pero cayó.

—Era frágil, la obra de un pueblo cuyos conocimientos eran muy incompletos. Pero con el tiempo volvimos a descubrir la propulsión interestelar, hace unos cinco siglos. —De improviso rompió a reír—. Cuando la gente de la Tierra alcanzó las estrellas, empezó a buscar alienígenas y en su lugar nos encontró a nosotros, sus propios retoños, muy ocupados construyendo imperios. Para ellos fue una gran sorpresa.

Ella esbozó una sonrisa.

—Pareces muy orgulloso de ello. —Al ver que reía entre dientes, preguntó—: ¿Y Balumil era un mundo del Imperio Rubí?

—Exacto. Hemos estado reclamando las antiguas colonias y ocupando nuevos mundos. Ahora nos llamamos el Imperialato Eskoliano.

—¿Y por qué eres príncipe?

Vyrl cambió el peso de pie.

—Mi madre descende de la Dinastía Rubí.

—¿La Dinastía Rubí? ¿Del Imperio Rubí?

—Exacto. La Casa de Eskolia.

—¿Eskolia es el nombre de tu familia? —Al ver que asentía, continuó en voz baja—. Debes de ser un gran hombre, para gobernar novecientos mundos.

Sus palabras parecieron incomodarlo.

—Mi familia lleva miles de años sin gobernar nada. No soy más que un granjero.

Ella se dio cuenta de que sus palabras escondían secretos sutiles.

—El pueblo de Dazza te tiene prisionero porque eres de valor para ellos.

—No soy su prisionero. —Al ver que ella no decía nada, dijo—: Tienen sus razones.

—¿Buenas o malas razones?

La pregunta pareció sorprenderlo.

—Razones válidas.

—¿Por qué?

—En el Imperio Rubí el comercio de esclavos era una actividad muy floreciente. La Dinastía Rubí lo prohibió. Aquella fue una de las razones de la caída del viejo imperio. Los comerciantes le hicieron la guerra a mi familia. —Con aire cansado, añadió—: Ahora todo ha vuelto a empezar y es aún peor que antes.

Ella se puso rígida.

—¿Por eso eres un prisionero? ¿Dazza es una tratante de esclavos?

—Dioses del cielo, por supuesto que no. Dazza Pacal es coronel del ejército del Faraón, la rama más antigua del Mando Espacial Imperial, las fuerzas armadas eskolianas.

Kamoj se sintió aliviada.

—De modo que son los tuyos los que te mantienen prisionero.

Vyrl volvió a cambiar el peso de pie.

—Si lo que quieres decir es que fue el MEI el que me trajo aquí, has acertado. Pero yo no utilizaría la palabra «prisionero».

—Entonces, ¿por qué no dejan que te marches?

—Los miembros de mi familia son telépatas Rhon. —Mientras el rostro de ella se pintaba de perplejidad, añadió—: Eso de lo que te hablé anoche. Somos el resultado de un programa para criar psiones. Nuestras mentes pueden hacer funcionar las pocas máquinas del Imperio Rubí que aún existen. La ciencia moderna no entiende aún la tecnología ancestral pero mi familia posee la capacidad de utilizarla. Las Máquinas Rubí permiten acceder a universos ajenos a este espacio-tiempo, lugares en los que las leyes físicas son diferentes.

Kamoj enarcó una ceja.

—¿Esas cosas de nombre tan raro sirven para algo?

—De hecho sí. Permiten la comunicación instantánea. En este universo, nuestras señales están limitadas por la velocidad de la luz. Pero no en todos. —Su sonrisa apareció en un destello—. Nosotros conseguimos dominar la Corriente, Kamoj. Nos proporciona una velocidad y una precisión que los Comerciantes no pueden igualar. —Su sonrisa se desvaneció—. Es la única razón de que aún sobrevivamos.

El que pudieran dominar la Corriente impresionaba a Kamoj. No era de extrañar que su clan resultara tan valioso para su pueblo.

—¿Pero dónde está tu familia?

Su silencio se prolongó tanto tiempo que ella se preguntó si lo había ofendido. Pero finalmente habló.

—Mi padre provenía de una de las antiguas colonias reencontradas. Era un hombre sencillo. Un granjero. También era uno entre un trillón, un psion Rubí. —Su voz se llenó de rabia—. Somos seres de pura sangre, exóticos y raros. Por razones que los expertos en genética no han podido desentrañar aún, los intentos de crearnos en laboratorio fracasan casi siempre. —Se encogió de hombros, un gesto aún más elocuente porque trataba de expresar una indiferencia que a todas luces no sentía—. Pero mis padres podían engendrar. De modo que la Asamblea les ordenó que lo hicieran.

—Ay, Vyrl. —Observó su cara, tratando de comprender la sombra que se había aposentado sobre su ánimo—. Te duele, ¿no es así?

Él no respondió. En su lugar, dijo:

—Durante la última guerra con los Comerciantes, los Mundos Aliados de la Tierra permanecieron neutrales. Pero ofrecieron protección a mi familia. —Sus palabras estaban llenas de amargura—. Entonces la Tierra nos traicionó. Después de que la guerra terminara con una tregua, se negó a liberar a mi familia. Yo soy el único que no está en sus manos. El MEI me protege porque teme que puedan secuestrarme o asesinarme.

Kamoj trató de encajar todas las piezas.

—De modo que tu propio pueblo te mantiene prisionero para impedir que te hagan prisionero los aliados que supuestamente habían de impedir que fueras asesinado o raptado por tus enemigos.

Vyrl esbozó una sonrisa arrepentida.

—Eso lo resume todo. Le pedí al MEI que me permitiera vivir en una cultura agrícola semejante a la de mi planeta natal, Lyshriol. —La tomó de la mano—. Un lugar en el que la vida gira en torno a la tierra y la cosecha.

—O sea que sí que eres granjero.

Él respondió con honda satisfacción.

—Sí. Eso es lo que siempre he querido ser.

Eso lo entendió. Levantó su mano y le besó los nudillos. Él la atrajo a sus brazos, la acurrucó entre sus piernas y los dos juntos se sentaron a escuchar el rumor del bosque.

Una ramita se partió.

Vyrl profirió una imprecación muda formada solo por sus labios. Ayudó a Kamoj a levantarse y le puso un dedo en los labios para advertirle que guardara silencio. Entonces se acercó a la entrada, donde se detuvo a un lado, preparado y con los músculos de los hombros en tensión.

Un hombre cruzó el resplandor. Pero no era uno de los guardias de Vyrl. Vestía la librea de un jinete de Ponteferro. Un arquero. Estaba apuntando con su arma al lugar en el que Vyrl y Kamoj habían estado tendidos apenas unos segundos antes.

Vyrl no esperó a ver si el hombre pretendía atacar o solo amenazarlos. Se abalanzó sobre él y le arrancó el arco de las manos. El jinete respondió con rapidez. Juntó los puños y los levantó bajo la barbilla de Vyrl. Kamoj se puso tensa, temiendo que el arquero lo golpeará y le hiciera daño en el cuello. Pero Vyrl se revolvió con una elegancia grácil que hizo que hasta el ágil jinete pareciera torpe y el golpe apenas le acarició la mejilla.

Entonces fue Vyrl el que cerró el puño y golpeó. El jinete trastabilló, retrocedió hacia la pared y se golpeó la cabeza contra una roca. Mientras se desplomaba, Vyrl desenvainó la espada de su enemigo con un siseo metálico. Retrocedió un paso con la espada en la mano mientras el aturdido arquero levantaba la cabeza y lo miraba pestañeando.

—¿Sabe Ponteferro que estás aquí? —le preguntó.

El jinete se frotó la cabeza. Se puso en pie con movimientos torpes y se sacudió las ropas. Entonces se volvió hacia Kamoj y dijo:

—Zorra.

Mientras Kamoj abría la boca, Vyrl dijo:

—Vuelve a decir eso y te quedas sin lengua. ¿Qué es lo que pasa contigo?

El hombre soltó un bufido.

—Tranquilo, muchacho.

—Ah. —Kamoj comprendió al fin—. Vyrl, cree que eres un granjero.

Vyrl lo miró fijamente.

—¿Es eso cierto?

El jinete tuvo la sensatez de parecer preocupado.

—Sí.

—Soy Havyrl Leostelar —gruñó—. Y si vuelves a llamar zorra a mi esposa, después de cortarte la lengua haré que te cuelguen por las entrañas de una de las torres del Palacio de Cuarzo para que los bi-halcones te arranquen los ojos a picotazos.

Kamoj se preguntó si estaría hablando en serio. El jinete lo miró durante varios segundos antes de recobrar la compostura. Acto seguido, se hincó sobre una rodilla y agachó la cabeza para ofrecer el cuello.

—No tengo excusas, gobernador Leostelar. Usad mi espada.

Vyrl emitió un sonido de exasperación.

—No voy a cortarte la cabeza. Levántate y dime por qué estabas escondiéndote en mi bosque.

Moviéndose con obvia, aunque tardía humildad, el jinete se supo en pie.

—Por favor, aceptad mis más abyectas...

—Tú responde solo a la pregunta —dijo Vyrl.

—Estaba de camino al Palacio de Cuarzo para llevar las felicitaciones de Ponteferro por vuestra boda. —El hombre hizo una pausa—. Al pasar por aquí, vi el ciervo y pensé que un jinete tenía problemas. Decidí investigar y oí voces. Reconocí a la mujer. —Lanzó a Kamoj una mirada de soslayo y al instante volvió a mirar a Vyrl—. Oí que ella os llamaba granjero y que hablaba de vuestro acuerdo. Parece ser que, dada la... eh... apariencia de este asunto, debería haber comprendido... quiero decir... lo que pensé...

—Ya me hago una idea —dijo Vyrl—. ¿Por qué estás aquí? El camino a Ponteferro se encuentra al otro lado del palacio.

—Marchaba de vuelta de otra misión para el gobernador Ponteferro.

—Bien. —Vyrl señaló la entrada—. Fuera.

El hombre obedeció con la espalda rígida, bien de miedo o de vergüenza. Kamoj no creyó un solo segundo que Jax hubiera enviado sus «felicitaciones». Había ordenado que la espieran.

Mientras Vyrl salía tras el jinete, le hizo una señal a Kamoj. Al principio ella no entendió lo que pretendía. Entonces recordó. La máscara. No podía hacer algo tan sencillo como salir a pasear por el bosque sin poner en peligro su vida.

Recogió la capa y la máscara. Cargada de lana de Argali, salió a un atardecer ventoso. Vyrl y el jinete se encontraban a unos veinte pasos de distancia. Su marido aún empuñaba la espada. Parecía como si estuviera amenazando al jinete con su propia arma pero cuando Kamoj se acercó se dio cuenta de que solo le estaba indicando cómo llegar al camino.

No la sorprendió que Vyrl fuera a dejarlo marchar. Sin embargo, el jinete parecía desconfiar, como si no lo creyese. Eso tampoco la sorprendió. Si uno de los jinetes de Vyrl hubiera atacado a Jax, habría dado con sus huesos en prisión.

Entonces, en un extremo de su campo de visión, vio que los árboles se movían.

—¡Vyrl! —gritó—. ¡Cuidado!

Vyrl se volvió justo a tiempo para ver cómo volaba hacia él una bola, de las que tenían una punta en un lado. Lo golpeó en el costado y se le clavó profundamente. A continuación el peso de la bola la arrancó de la herida y cayó al suelo llevándose consigo un pedazo de carne.

Mientras le herida empezaba a sangrar, Vyrl se tambaleó y el jinete trató de recuperar su espada. Estuvo a punto de conseguirlo; la herida de Vyrl lo había entorpecido y el jinete estaba bien entrenado. Pero Vyrl empuñaba el arma como si fuera una extensión de su cuerpo. Hubo un destello metálico en el bosque moteado... y le hundió la hoja al jinete en el pecho.

—¡No! —Kamoj soltó la capa y corrió hacia ellos. Una segunda bola voló

silbando por los aires y golpeó a Vyrl. Se estaba moviendo, así que no le dio en el corazón sino en el pecho, por debajo del hombro. Esta vez tuvo tiempo de sujetar la flecha antes de que le arrancase un trozo de carne al caer. El peso de la bola partió la flecha y el extremo superior se le quedó clavado en los músculos.

Un gran rugido había llenado el bosque, seguido del aullido de una sirena. Estupefacta, Kamoj se dio cuenta de que la sirena estaba siendo emitida por el cuerpo de Vyrl. Sobre sus cabezas, el viento azotaba las ramas de los árboles.

Justo cuando Kamoj llegaba a su lado, otra bola voló hacia ellos. Vyrl trató de apartarla y ponerla a salvo.

—¡Quédate atrás! —Tuvo que gritar para que lo oyera por encima del estrépito reinante. Cayó de rodillas, con el rostro distorsionado por el dolor. Tenía la ropa empapada de sangre y el jinete yacía muerto a sus pies. No, muerto no; de su herida seguía manando sangre. Kamoj reconocía una herida mortal cuando la veía: ni Vyrl ni el jinete vivirían mucho más.

Cayó de rodillas junto a su marido y le apretó la máscara contra la cara, tratando de conseguir que se ajustara mientras él boqueaba. Antes de que hubiera logrado colocarla, alguien la sujetó por el brazo y dio un tirón. Se revolvió y se encontró frente a un segundo jinete de Ponteferro, otro arquero, posiblemente el que había herido a Vyrl. Trató de resistirse mientras él se la llevaba a rastras pero no pudo soltarse. Frenética, le arrojó la máscara a Vyrl... y vio que caía al suelo, más allá de su alcance.

—¡Déjame! —le gritó al jinete.

Él respondió algo pero no pudo oírlo. El bosque estaba en movimiento, había cobrado vida y los árboles se abrían sobre sus cabezas mientras rugía el viento.

Vyrl logró ponerse en pie y avanzó con paso tambaleante hacia ellos, aferrándose el costado con una mano cuyos dedos se estaban llenando de sangre. Entonces cayó y apenas tuvo tiempo de alargar el brazo para amortiguar el impacto. Su rostro se había puesto pálido, una máscara de muerte en lugar de la de plata que aún yacía fuera de su alcance.

—¡Déjame! —mientras luchaba con el jinete, Kamoj levantó la mirada...

Y se quedó paralizada de terror. Un gigantesco pájaro negro y dorado estaba abriendo un camino entre los árboles al tiempo que levantaba una humareda de escamas y polvo. El rugido provocado por su descenso ahogaba incluso el sonido de la sirena que brotaba del cuerpo de Vyrl.

En cuanto hubo aterrizado, el pájaro abrió la boca. De su garganta empezó a salir gente, Dazza y otros, vestidos de uniforme gris, todos ellos envueltos en una película resplandeciente que se ajustaba a los contornos de sus cuerpos. Dos jinetes de Leostelar salieron también con ellos, Azander y otro. El segundo jinete de Leostelar levantó el brazo y apuntó con un tubo al arquero de Ponteferro que sujetaba a Kamoj.

—Ah... —Con una expresión de asombro, el arquero de Ponteferro se desplomó. El hombre de Leostelar pareció sorprendido, como si no hubiera estado muy seguro de lo que iba a pasar.

Kamoj corrió hacia Vyrl pero uno de los extraños enfundados en resplandor la sujetó y se lo impidió. Los demás curanderos se estaban arrodillando alrededor de Vyrl. Mientras uno de ellos le cubría el rostro con una máscara, Dazza comprobaba un cilindro conectado por una cuerda a la máscara. Otros dos curanderos lo levantaron y lo colocaron sobre una camilla.

Para asombro de ella, la camilla se elevó por el aire. Los curanderos la sujetaron por los extremos y corrieron hacia el pájaro, acompañados por Dazza. Otros dos de los hombres de Vyrl colocaron al agonizante jinete de Ponteferro en una nueva camilla y los siguieron. La sirena del cuerpo de Vyrl seguía aullando entre los árboles.

Kamoj trató de conseguir que el curandero la soltara.

—¡Déjame ir con él! —al ver que la sujetaba aún con más fuerza, gritó—: ¡Déjame!

Sin dejar de correr, Dazza miró atrás.

—Deja que venga —dijo. Acto seguido, desapareció en el interior de la garganta del pájaro.

El instante mismo en que el curandero la soltó, Kamoj salió corriendo. No tenía tiempo de considerar las posibles consecuencias de precipitarse hacia la boca de un pájaro gigante de metal. La mandíbula de la criatura se estaba cerrando ya. A duras penas logró meterse en su interior antes de que lo hiciera. Dos pasos más la llevaron al otro lado de la garganta... y al interior de una pesadilla.

El estómago del pájaro era un agujero lleno de tubos y curvas metálicas, superficies que brillaban, paneles de luz, cosas para las que ella no tenía nombre, cables que daban vueltas y vueltas, y protuberancias que eran como garras.

De repente el pájaro se estremeció. Kamoj perdió el equilibrio, cayó de rodillas y se golpeó el hombro contra la «pared» de metal que recubría el estómago de la bestia. Un trueno llenó el aire y el pájaro empezó a vibrar a su alrededor. Mientras gruñía y bramaba, una enorme mano invisible la apretó contra las paredes del estómago de la bestia.

El jinete de Leostelar que había abatido al arquero de Ponteferro se arrodilló a su lado. Su presencia resultaba tranquilizadora y era al mismo tiempo una promesa de protección. Logró inclinar la cabeza para mostrarle su gratitud. Él respondió con un gesto parecido. Tenía el rostro tan pálido como el de un lagarto de las nieves de piel blanca. Se dio cuenta de que la idea de viajar en las entrañas de un pájaro gigante de metal no lo seducía más que a ella.

A pocos pasos de distancia, Vyrl yacía tendido sobre una plataforma de la que

sobresalía una maraña de cables y brazos metálicos. De improviso, la sirena de su cuerpo se apagó y se extendió una calma interrumpida tan solo por los tintineos apagados y los siseos de las entrañas del pájaro. El hombre de Ponteferro yacía sobre otra plataforma, rodeado de curanderos. Kamoj no sabía lo que le estaba pasando ni si seguía con vida.

Vyrl, no obstante, estaba vivo y bien vivo. Se había arrancado la máscara de la cara y estaba sujetando un tubo que Dazza trataba de apretar contra su brazo.

—¡No me vas a poner a dormir como si fuera un animal salvaje! —le dijo.

—Deja de pelear —dijo Dazza—. Solo conseguirás que las flechas se te claven más.

O no la oyó o no le importó. Siguió debatiéndose mientras los curanderos le ataban los miembros con correas. Pero aun así siguió luchando, con el rostro enrojecido mientras se retorció contra ellas. Kamoj estaba aterrada de verlo así, como un poseso.

—Príncipe Havyrl, debéis quedaros quieto —dijo un hombre—. Así no podemos sacar las flechas. —Casi al mismo tiempo, Dazza dijo:

—El sedante no funciona. —Y otro añadió:

—Voy a probar con Perital.

Apretó un tubo contra el brazo de Vyrl y este profirió una imprecación, mientras los tendones de su cuello se ponían tensos como cuerdas. Puso los ojos en blanco y el cuerpo se le quedó rígido..., no, rígido no, empezó a convulsionarse...

Alguien gritó:

—¿Qué demonios...?

Al instante, Dazza exclamó:

—¡Dadme la jeringuilla de aire! —Mientras una mujer decía:

—Dioses todopoderosos, ¿qué clase de mapa neuronal es este?

El cuerpo de Vyrl, presa de fuertes convulsiones, se sacudía contra las correas que lo sujetaban. Mientras Dazza le apretaba otro tubo contra el brazo, alguien dijo:

—Tengo una lectura de descargas por todo su cerebro. —Y otro curandero gritó:

—Tenemos que limpiar... ¡Maldición! La flecha le ha atravesado un pulmón.

Aterrorizada, Kamoj se balanceaba adelante y atrás. Vyrl estaba muriéndose y ella era incapaz de hacer nada. Ni siquiera los curanderos podían exorcizar al demonio que lo zarandeaba como un muñeco hecho de ramitas.

—¡Dadle más médicos! —dijo Dazza—. Doblad la dosis de la herida del pecho.

—Ya tiene demasiados en el cuerpo —dijo un hombre.

—¡Hazlo! —le ordenó Dazza.

Una mujer dijo:

—Pulso y presión sanguínea cayendo por debajo de los niveles críticos, coronel, lo estamos perdiendo.

—No. Dioses, no —Dazza se aferró a la plataforma—. ¡Vyrl, vuelve! No te rindas. Ahora no. No después de haber llegado tan lejos.

—La concentración de nanomédicos en su sangre es demasiado elevada —dijo un hombre—. Están empezando a desgarrarle los tejidos.

—Expulsadlos —dijo Dazza—. ¡Neutralizadlos AHORA MISMO!

Vyrl dejó de convulsionarse. Mientras su cuerpo quedaba inerte, una curandera dijo:

—La inhibición neuronal empieza a funcionar. Las neuronas se fatigan. —Al cabo de sus palabras, un hombre dijo:

—Su pulmón derecho se ha colapsado. —Y otro:

—Concentración de médicos disminuyendo.

Dazza miró a un hombre que estaba inclinado sobre un panel de luces.

—¿Podemos salvar el pulmón?

—Los médicos llegaron a la herida antes de que los anuláramos —dijo—. Tengo el neumotórax bajo control y la regeneración está en marcha.

La coronel asintió. Entonces se volvió hacia una mujer que estaba estudiando una colección de fantasmas sobre una plataforma plateada.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó.

—Ha sido un ataque de *grand mal* —dijo la mujer—. Una crisis convulsiva generalizada tónico-clónica, como un ataque epiléptico. Aún no hemos encontrado la causa.

—¡Ya está! —dijo un hombre. Sostenía en alto la flecha que había herido a Vyrl en el pecho. Cuando Kamoj vio que la herida empezaba a sangrar, sintió que la garganta se le llenaba de bilis. No era por la sangre; ella había tratado con sus propias manos a granjeros con heridas no menos graves. Pero nunca había sido su marido el que yacía delante de ella, desangrándose hasta la muerte. Su pulmón se había colapsado. ¿Cómo podía sobrevivir a una herida como aquella?

Alguien dijo:

—Tenemos la segunda. —Levantó otra flecha ensangrentada. Kamoj se había olvidado de la que se le había quedado clavada. Otros curanderos le pegaban parches en la parte interior de los codos mientras un hombre apretaba un tubo contra su cuello.

—Coronel, ya sé lo que ha causado el ataque. —Esto lo dijo la mujer inclinada sobre los fantasmas plateados—. El último sedante, el Perital, interactuó con el alcohol de su corriente sanguínea. Desencadenó una reacción en los nanomédicos de serie-N que lleva, que actuaron sobre los receptores de psiamina de su cerebro. Sus neuronas empezaron a disparar como locas y la excitación se extendió. —Levantó la mirada hacia la doctora—. Su cerebro sufrió una sobrecarga.

Dazza asintió con aire cansado.

—Grabe el ciclo completo, Teniente. La próxima vez estaremos preparados.

Una voz de hombre sonó en el aire:

—Coronel Pacal, ¿quiere que lleve la lanzadera al *Ascensión*?

—Sí —dijo Dazza.

—No —susurró Vyrl.

Dazza se inclinó sobre él. Varias lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Por los dioses, Vyrl. ¿Es que nunca dejas de discutir?

Él abrió los ojos.

—No quiero volver a ver... esa enfermería.

—Necesitamos sus equipos.

—Tienes todo lo que necesitas... en el palacio.

Ella le puso una mano en la frente.

—Me sentiré mejor si estás en la nave.

—No quiero volver allí.

—Jak Tager puede reunirse con nosotros en la plataforma de carga...

—¡No! Ya te lo dije. No lo necesito.

—Vyrl, lo siento. Pero quiero que estés en la nave.

Él cerró los ojos.

—Entonces vete al infierno.

—Doctora coronel —dijo Kamoj.

Dazza levantó la mirada.

—¿Kamoj? ¿Estás herida?

—No, señora. —Trató de mantener la voz en calma para que Dazza la escuchara pero a pesar de todo sus palabras resultaron titubeantes—. Si quebrantas el espíritu de un cristazur, puedes obligarlo a que te sirva. Pero no lo hará de buen grado ni bien. Si quebrantas al del rey de los ciervos, la manada entera se morirá.

—¿Qué demonios...? —dijo un curandero.

—No es más que una niña —dijo otro—. Probablemente esté asustada.

—No es miedo. —Dazza estaba mirando a Kamoj—. Sé lo que quiere decir. —Se pasó la mano por los zarcillos plateados de su cabello. Entonces dijo—: Mayor, cambio de órdenes. Llévenos al palacio.

La voz incorpórea respondió:

—Como quiera, señora.

Aliviada, Kamoj cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Azander la estaba observando desde el otro lado del pájaro, donde se encontraba apoyado contra una pared curva. Asintió, como si quisiera darle las gracias por haber intercedido a favor de Vyrl. A continuación bajó la mirada en un gesto respetuoso. Ella tragó saliva, contenta de que la viera ahora como una aliada en vez de como una enemiga.

—Coronel Pacal —dijo uno de los curanderos que se estaban ocupando del

hombre de Ponteferro—. Tenemos un problema...

—¿Qué ocurre? —preguntó Dazza.

—Estamos teniendo dificultades para duplicar los eritrocitos de este hombre. Necesitamos una transfusión de un nativo de esta atmósfera.

—¿Tienes un donante compatible en los archivos? —preguntó Dazza.

—No estamos seguros. —El curandero dirigió una mirada a Azander—. ¿Podrías intentarlo? Eres el más indicado de los presentes.

Azander asintió. Aparentemente había entendido las extrañas palabras. Mientras se arrodillaba junto al soldado de Ponteferro, los curanderos le ataron tubos en el brazo conectados a diversas máquinas. Silenciosos y tensos, se concentraron en sus pantallas, los ceños arrugados mientras estudiaban los parpadeantes fantasmas.

Repentinamente, uno de ellos dijo:

—Es válido.

Con evidente alivio, realizaron diversos ajustes en sus cajas y a continuación utilizaron los tubos para conectar a Azander con el jinete moribundo. Pronto, un líquido rojo se movía por los tubos. Azander permanecía inmóvil, como una estatua, sin apartar la mirada del líquido, con el rostro pálido. Con un escalofrío, Kamoj se dio cuenta de que lo que había en aquellos tubos era sangre.

Por fin, uno de los curanderos dijo:

—Tenemos duplicación. —Otros manipularon los tubos y la sangre de Azander dejó de fluir. No tardaron en soltarlo de las máquinas.

—¿Sobrevivirá el paciente? —preguntó Dazza.

—Parece que sí —dijo uno de los curanderos.

Kamoj los miraba fijamente. ¿Quiénes eran esos hombres que podían devolverle la vida a un hombre que, a todos los efectos y según todas las apariencias, había muerto ya?

Se volvió hacia Vyrl y vio que había sucumbido al sueño. O ella creyó que lo había hecho. Entonces murmuró algo.

Dazza se inclinó sobre él.

—Repite eso.

—Kamoj —dijo.

—Está aquí —dijo Dazza—. Nos dirigimos al palacio.

—Buen... —La respiración de Vyrl se apaciguó, como si se hubiera quedado dormido.

Kamoj se mordió el labio. Estaba tan pálido... Pero no se veía sangre, ni en su cuerpo ni derramada por las entrañas del pájaro. De hecho, ya ni siquiera veía sus heridas. Allí donde le habían desgarrado el cuerpo, había ahora piel nueva. Entonces se dio cuenta de que la «piel» era un vendaje.

—Coronel. —La voz brotó de la nada—. Estamos llegando al palacio.

Dazza dirigió una mirada a los curanderos que rodeaban al hombre de Ponteferro.

—En cuanto hayamos bajado al príncipe Havyrl de la lanzadera, lleven al paciente a la *Ascensión*. No lo quiero en las proximidades del palacio hasta que hayamos averiguado por qué estaban tratando de matarle.

Una extraña sensación se apoderó de Kamoj, como si estuviera cayendo. El pájaro sufrió una sacudida y el sordo rugido que emitía se detuvo. Abrió la boca con una bocanada de aire y el estómago se le llenó de luz de sol.

Acompañada por el jinete de Leostelar, Kamoj atravesó la garganta del pájaro. Para su asombro, salieron al patio que había frente a la entrada del palacio. El jinete se volvió hacia ella con una mirada que revelaba la inquietud que sentía. Hasta hacía unos pocos momentos habían estado en un bosque.

Los curanderos sacaron a Vyrl con la camilla flotante y cubierto por una sábana plateada. Varios criados abrieron de par en par las puertas del palacio y los curanderos entraron.

Sobre el cielo

Desfase

Kamoj dormía sentada, apoyada sobre el cabecero de la cama. Vyrl yacía a su lado, dormido o inconsciente. Cada vez que despertaba, veía a Dazza en un sillón junto a la mesilla de noche, observando a Vyrl, dormitando o estudiando imágenes en su libro-
caja.

Algunas veces la coronel le hablaba a la mesilla de noche. Diferentes voces respondían, la mayoría en idiomas que ella no entendía, si bien algunas utilizaban el extraño dialecto del puente que Vyrl utilizaba. Dazza discutió la instrucción de Azander como *paramédico* con una de ellas y dijo que quería que más miembros del personal doméstico aprendieran. Otra voz le informó de que el jinete de Ponteferro se estaba recuperando en la *Ascensión*. Más tarde, alguien dijo que una delegación de la *Ascensión* había acudido a Ponteferro para hablar con Jax.

Por lo que Kamoj pudo inferir, los hombres de Vyrl mantenían al segundo arquero de Ponteferro a buen recaudo en Argali hasta que decidieran lo que iban a hacerle por haber disparado al príncipe. Aparentemente, el jinete de Leostelar lo había derribado con un arma de sueño. Kamoj no entendía cómo podía un tubo transportar el sueño en su interior ni cómo podía una persona arrojárselo a otra pero lo cierto es que había ocurrido.

Se estaba quedando adormilada cuando un crujir de sábanas la despertó. Abrió los ojos y vio que Vyrl se agitaba con sueños inquietos, Dazza se había quedado dormida en la silla pero al oír los gruñidos de Vyrl despertó al instante. La doctora lo examinó y a continuación extrajo un tubo negro de su caja. Se levantó, se inclinó sobre Vyrl y le acercó el tubo al cuello.

—Esperad —dijo Kamoj—. Él lo odia.

Dazza tampoco parecía encantada.

—Lo sé. Pero si sigue debatiéndose de ese modo, se le podrían abrir las heridas.

Las manos de Vyrl se tensaron como garras. Respiraba de forma entrecortada y su frente se agitaba como si estuviera sufriendo.

—Debe de haber otra manera. —Kamoj sacó la almohada de debajo de la cabeza de su marido y se colocó en su lugar, sentada con las piernas cruzadas, la cabeza sobre su regazo y los rizos extendidos sobre sus piernas en rojiza profusión. A continuación empezó a acariciarle la cabeza. Mientras lo hacía, el rostro de Vyrl se fue calmando y su respiración se acompasó a un ritmo más pausado.

—Bueno, creo que yo también tomaré una de esas pastillas lila —dijo Dazza.

Kamoj levantó la mirada hacia ella.

—¿Perdón?

Dazza sonrió y dijo:

—Parece que eres una eficaz medicina alternativa.

Kamoj vaciló.

—¿Puedo haceros una pregunta?

—Por supuesto.

—Ese sonido que el cuerpo de Vyrl empezó a emitir hoy, cuando lo hirieron. ¿Cómo lo hizo?

—Tiene un implante. Si está en dificultades, dispara varias alarmas, incluida la sirena. También activa un emisor de neutrinos. Así fue como lo encontramos. —Dazza la observó—. ¿Puedo hacerte yo una pregunta?

Resultaba raro que la doctora le pidiera permiso para recabar información. Kamoj ignoraba qué posición ocupaba un «coronel» en la jerarquía de las cosas, pero era evidente que Dazza era una persona de rango entre los servidores de Vyrl.

—Os responderé lo mejor que sepa —dijo.

—¿Por qué trató Vyrl de matar a uno de los hombres de Ponteferro?

—Porque él había tratado de matarlo a él.

—Los soldados de Ponteferro afirman que actuaron en defensa propia. —Dazza volvió a sentarse en el sillón—. Lo hemos verificado con el escáner. Ambos creen decir la verdad.

—No sabían quién era yo —murmuró Vyrl. Abrió los ojos. Su mirada parecía abatida.

Dazza se inclinó hacia delante.

—¿Cómo te sientes?

—Fatal. —Sus pestañas cayeron sobre sus ojos—. Condenados sedantes...

—Lo siento. Tenía que hacer lo que creía necesario. —Con la mirada de alguien que supiera de antemano la respuesta que iba a recibir, Dazza añadió—: Por eso te he asignado Jagernautas como guardaespaldas. Dos de ellos te acompañarán en todo momento. Ahora mismo están en el descansillo al otro lado de este aposento.

Él abrió los ojos al instante.

—Maldita sea, coronel, empiezo a cansarme de que la privacidad sea un lujo que no me esté permitido.

Ella cruzó los brazos y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué esperabas? ¿Que el MEI permaneciera sentado sin hacer nada mientras tú te dedicas a robar equipo militar de última generación, sales huyendo presa de una furia alcohólica y estás a punto de conseguir que te maten?

Vyrl frunció el ceño.

Con voz más calmada, Dazza añadió:

—¿Por qué querría asesinarte un arquero de Ponteferro?

—A causa de lo que vio. —Vyrl se frotó las sienes con movimientos más lentos de lo habitual—. Probablemente creyó que estaba amenazando a su camarada con su propia espada. Y estaba con Kamoj. El arquero estaba defendiendo a su camarada y el honor de Kamoj. O puede que pensase lo mismo que el primero, que ella estaba cometiendo adulterio conmigo.

—¿Con su propio marido?

—Interesante concepto, ¿verdad? —Vyrl titubeó—. ¿El jinete...?

—Vivirá —dijo Dazza. Al ver que su rostro se llenaba de alivio, añadió—: Estuviste a punto de matarlo. ¿Por qué lo atacaste? Solo estaba tratando de recuperar su arma.

—¿Tú qué crees? Alguien me había disparado. Entonces él se abalanzó sobre mí. Fue un acto reflejo.

—No me había enterado de que supieras manejar una espada.

Él se encogió de hombros.

—Aprendí en Lyshriol.

—¿En tu planeta natal aprendéis a luchar con espada?

—Todos los jóvenes de buena cuna lo hacen. Forma parte de la cultura.

—Es que parece tan... —Entornó la mirada—. Bárbaro.

Vyrl bufó.

—Vaya, ¿y si lo hubiera volatilizado con una carabina láser? ¿Eso sería más civilizado? Demonios, si de verdad queremos ser civilizados, podríamos arrojar una bomba de antimateria sobre Ponteferro.

Dazza no respondió y Kamoj se dio cuenta de que las palabras de Vyrl la habían molestado. Había estado preparándose para odiarla después de lo que Vyrl le había dicho aquella tarde. Pero en vez de ello no hacía más que recordar sus lágrimas, tan impropias en su anguloso semblante, mientras se ocupaba de las heridas de Vyrl.

—Lo que no entiendo —dijo Vyrl— es qué hacen los jinetes de Ponteferro merodeando por mis bosques.

Dazza se volvió hacia Kamoj.

—¿Estarías más cómoda si se lo contara?

Kamoj asintió, mientras se preguntaba lo que sabría Dazza.

—Enviamos gente a hablar con Maxard Argali —dijo—. Parece ser que tu mujer estaba prometida a Jax Ponteferro.

Vyrl levantó la mirada hacia Kamoj. Consternada, apartó los ojos.

—Su matrimonio fue concertado hace años —dijo Dazza—. Según parece, Ponteferro le tiene bastante aprecio.

Kamoj estuvo a punto de vomitar. Si Jax le tenía aprecio, no quería saber cómo

trataba a la gente a la que odiaba.

Vyrl habló con suavidad.

—Mírame, hada del agua. —Cuando sus ojos se encontraron, continuó—: Lo siento. Debía haber supuesto que una mujer como tú tenía que estar prometida.

Ella hubiera querido fundirse con la madera y desaparecer. Vyrl lanzó una mirada de soslayo a Dazza e inclinó la cabeza hacia la puerta.

—Eh..., ah, sí, bueno. —La coronel se puso en pie—. Tengo que comunicarme con la *Ascensión*. Vendré a veros más tarde.

Una vez que Kamoj y Vyrl estuvieron a solas, él dijo:

—De veras que lo siento. Pensé que podría haber otros pero asumí que si se trataba de algo serio, rechazarías mi oferta. No se me ocurrió que no tuvieras elección. —Al cabo de un momento, añadió—: O puede que no quisiera que se me ocurriese.

—Tú presentaste tu puja de forma legal. Nadie podía superarla. —Kamoj no sabía qué más podía decirle. Aunque para ella el matrimonio había resultado mucho mejor de lo esperado, aún temía que fuera el causante de grandes conmociones políticas. En conjunto, Jax y ella representaban a la mayor parte de las Tierras Septentrionales. Hubiera sido mejor que se encontrasen con el pueblo de Vyrl como un equipo, dos gobernadores unidos en una fusión. Jax era el líder más fuerte de la región y Vyrl había hecho pedazos cualquier posibilidad de establecer lazos amistosos con él. Por lo que a ella se refería, su matrimonio la hacía feliz, pero temía por su pueblo. Solo esperaba que no hubiese una crisis.

—No termino de entenderlo —dijo Vyrl—. ¿Cómo es que se mezclan aquí los conceptos de esclavitud y fusión mercantil?

—¿Esclavitud? —Los pensamientos de Kamoj regresaron al presente—. ¿Qué quieres decir?

—¿No oyes lo que estás diciendo? Te tengo porque he pagado más que él. — Aunque Vyrl seguía teniendo los ojos cerrados, su voz sonaba ahora totalmente despierta—. Eso no está bien. Aparte del hecho de que eras una mujer prometida a otro —añadió con voz seca—. Una mujer más joven que la mayoría de mis nietas.

¿Nietas? ¿Mayores que ella? Debía de haber oído mal.

Claro que, Jax parecía de la misma edad que Vyrl y tenía hijos ilegítimos por todas partes, incluso nietos. Eso, comprendió, era lo que la molestaba. No que Vyrl tuviera hijos sino cómo había llegado a tenerlos. Con Jax casi había conseguido convencerse de que no le importaba lo que hiciera; ahora, con Vyrl, unos celos agónicos se apoderaron de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Dejó de acariciarle la cabeza.

—Nada.

Sus pestañas se levantaron y la miró.

—Algo sobre mis hijos. ¿Su madre?

Kamoj trató de parecer indiferente.

—Aquí los hombres solo tienen una mujer. Supongo que en la corte de tu Imperio es diferente.

Vyrl soltó una risotada de asombro.

—¿Concubinas e intrigas cortesanas? Por los dioses, Kamoj, eso no me va. Tengo más títulos de los que puedo contar pero sigo siendo un granjero del último rincón del mundo. Lo único que he querido en toda mi vida ha sido una esposa, una familia y una tierra.

Ella se sintió aliviada.

—¿Entonces eres viudo?

—Me casé con mi primer amor cuando éramos unos niños. —Con dificultad, añadió—: Hace diez años se despeñó en las Montañas Espinales. Murió al instante.

—Hai —murmuró Kamoj—. Lo siento.

—Fue hace mucho. —Su voz se hizo más cálida—. Pasamos muchos años buenos. Tuvimos doce preciosos hijos, casi cuarenta nietos y los dioses saben cuántos bisnietos. —Se rascó la barbilla—. Con los últimos confundía a los nietos y los bisnietos. Creo que hasta hay algunos tataranietos por alguna parte.

Ella se lo quedó mirando.

—Pero si eres muy joven...

—Allí de donde provengo la gente se casa muy joven. Yo tenía catorce años. —Se rio—. Cuando se lo conté a Dazza, casi se da de cabeza contra la pared. La edad mínima para casarse en la cultura eskoliana es de veinticinco años y la media de hijos por pareja son dos. Para cuando alcancé la edad «legal», ya tenía seis hijos.

A Kamoj no le parecía raro. Por lo que ella había conocido, la gente se casaba joven y tenía tantos hijos como era posible con la esperanza de que al menos algunos de ellos sobreviviesen hasta la edad adulta y quizá, si la familia era afortunada, pudiesen prosperar.

Pero los números seguían sin encajar. Reflexionó sobre ello. Aunque las matemáticas se le daban mejor que a la mayoría, normalmente utilizaba un ábaco para resolver problemas como aquel. Por mucho que lo intentara, el resultado que obtenía era increíble.

Finalmente dijo:

—Aunque te casaras tan joven como has dicho, sigo sin entender cómo has podido tener tantos descendientes y mucho menos bisnietos y tataranietos.

—¿Por qué? Tengo casi sesenta y nueve años.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué? No, eso no puede ser.

—Es verdad. —Esbozó su traviesa sonrisa—. Pero si quieres decirme lo joven que parezco, no pienso oponerme.

Kamoj sonrió.

—Puedes pedir todos los halagos que quieras, mi bello esposo. Pero yo sigo sin entenderlo. ¿Cómo es que pareces tan joven?

—Buenos genes y ejercicio, supongo. Además, los nanomédicos que llevo en la sangre llevan a cabo reparaciones celulares que demoran el envejecimiento. —Su expresión confidencial se trocó por una de incertidumbre—. ¿Hablabas en serio esta tarde cuando dijiste que querías quedarte conmigo?

—Sí.

—¿Aunque pudieras recuperar a tu prometido si arregláramos lo de mi «muerte»?

Kamoj vaciló.

—Jax Ponteferro es un... —La palabra gusano la tentó pero se contuvo. Sin embargo, ninguna más apropiada acudió a sus labios. El contraste entre Vyrl y él hacía que lo detestase aún más. No podía dejar de imaginarse un gusano arrastrándose por el barro.

La malicia regresó a la voz de Vyrl.

—Puedes comparar a mi competidor con todas las criaturas fangosas que quieras.

—Nunca mancillaría el buen nombre de Ponteferro con insultos.

—Tu tacto es digno de encomio. —Cerró los ojos—. Pero prefiero las imágenes de gusanos que proyectas.

Ella le acarició la frente.

—En la provincia de Leostelar no hay gusanos.

Una mirada culpable asomó al rostro de su marido.

—En realidad no tengo una provincia en este planeta.

—Por supuesto que sí.

—¿Ah, sí?

—Argali y nuestras aldeas. —Pensó en Azander—. Tus jinetes provienen de los pueblos vecinos, ¿verdad?

—Cierto.

—Originalmente, la mayoría de esos pueblos formaba parte de las Islas Celestes del Norte. Pero los vínculos que los unían con ellas se han roto. —Aquello la espantaba. En vez de procurar apoyar a unas aldeas tan distantes y empobrecidas, los antiguos gobernadores de las Islas habían optado por ignorarlas hasta que por fin, tras muchas generaciones, las aldeas terminaron por perder todo vínculo con su antigua provincia... y con él, su última esperanza de supervivencia—. Si sus jinetes te sirven a ti, entonces eres la autoridad de sus aldeas.

Él abrió los ojos.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Una unión como la nuestra es una fusión. Un acuerdo de negocios. Cuando me casé contigo, tú accediste a ayudar a mi pueblo.

—En otras palabras, el poder trae responsabilidades aparejadas.

Ella aspiró profundamente, consciente de que habían llegado a una encrucijada. ¿Qué camino tomaría él?

—Sí. Así es.

—¿Como por ejemplo?

—Comida. Trabajo. Herramientas. Abrigo. —En voz baja, dijo—: Supervivencia. Vyrl la observó con atención. Entonces alargó el brazo y apretó una turquesa de la mesilla de noche.

Una voz flotó en el aire.

—Aquí coronel Pacal.

—Dazza, ¿cuándo volverá Morlin a ser operativo? —preguntó Vyrl.

—No estoy segura. Los ingenieros están reemplazando la fibra óptica. ¿Hay algún problema?

—No. Solo necesito cierta información.

—Quizá yo pueda ayudarte.

Él frunció el ceño.

—Sí. Pero Morlin nunca discute conmigo.

Dazza replicó con voz seca.

—¿Qué pretendes hacer que pueda provocar una discusión?

—¿Recuerdas nuestra conversación sobre minimizar la interacción con la cultura nativa?

—Sí.

—Bien. Pues puede que haya un problema.

La voz de la doctora sonó cauta.

—¿Qué problema?

Vyrl se aclaró la garganta.

—Parece ser que, al casarme con Kamoj, he asumido la posición de una especie de soberano de Argali.

Dazza profirió un sonido de exasperación.

—Eso no es lo que yo llamaría «minimizar la interacción».

—Quiero enviar algunos técnicos a las aldeas.

—¿Por qué? Las aldeas no cuentan con tecnología. No la necesitan.

—Esa es la cuestión. Esta gente va a sufrir un invierno terrible. Podríamos calentar sus casas.

Al cabo de un momento, Dazza dijo:

—Asignaré un grupo a esa tarea.

—Pero hazlo discretamente. No queremos asustar a nadie. —Vyrl se frotó la

barbilla y reflexionó—. Que se vistan con ropas nativas y los acompañen algunos de mis jinetes.

—Muy bien.

—Puede que algunas casas sean lo bastante antiguas y conserven las redes informáticas...

—Vyrl. —Su voz transmitía un tono de advertencia—. No te excedas.

Vyrl probó a pulsar una nueva tecla.

—¿Podrías ir tú también a Argali?

—¿Yo? ¿Para qué?

—Para ver si necesitan asistencia médica.

La mujer adoptó un tono de incredulidad.

—Por si no lo recuerdas, soy coronel del MEI. No puedo desatender mis deberes.

—Oh. Sí. Por supuesto. —Aguardó.

El silencio se prolongó. Finalmente, Dazza dijo:

—Hay algunos residentes en la *Ascensión* que acaban de terminar la carrera. La experiencia podría resultar beneficiosa para ellos.

Vyrl sonrió.

—Bien.

De mala gana, ella añadió:

—Enviaremos también algunos ingenieros agrónomos.

—Ya tenemos uno. —Su voz se animó—. Dazza, escucha. Yo he trabajado con cuatri-cereales. Dame unos pocos años y podría conseguir cultivos y especies de ganado que multiplicarían por diez la producción nativa.

—No tenemos unos pocos años.

—Piénsalo, ¿quieres?

Dazza exhaló.

—De acuerdo.

—Bien. —Vyrl bostezó y se estiró. Entonces giró la cabeza hasta que sus labios pudieron tocar la parte interior del muslo de Kamoj.

Ella le habló con mucha suavidad.

—Gracias, mi hermoso león.

—¿Vyrl? —preguntó Dazza.

—Estoy durmiendo —murmuró él.

—Ah —dijo la coronel—. Buenas noches, gobernadora Argali.

Kamoj pestañeó al escucharla.

—¿Buenas noches? —Al ver que no había respuesta, dijo—: ¿Dazza? —Pero la mesilla permaneció en silencio.

De modo que le acarició el cabello a Vyrl y contempló las estrellas en la franja de cielo que se veía al otro lado de la ventana. ¿Podía de verdad calentar sus casas en

invierno? ¿Curar sus enfermedades? ¿Multiplicar por diez la comida que daba la tierra? Resultaba asombroso cómo, cuando la vida parecía arruinada, las cosas podían cambiar de aquella manera. Seguro que a partir de ahora todo iba bien.

Seguro que Vyrl no bebía más.

—Despierta, hada del agua.

Kamoj se agitó y luego gruñó. Sentía algo parecido a las picaduras de corniciélagos por todas las piernas, que había doblado debajo del cuerpo. No recordaba haberse apartado de Vyrl pero ahora estaba sentada a su lado, apoyada de lado sobre el cabecero, con las manos entre las rodillas. La luz de la luna se derramaba sobre la cama.

Vyrl estaba tendido y la observaba.

—Necesito que hagas algo por mí.

Ella sonrió mientras imaginaba las manos del hombre sobre su cuerpo.

—Lo que quieras.

—En el segundo cajón de mi escritorio hay una botella. Tráemela.

Su optimismo se esfumó.

—No necesitas eso.

—No puedo dormir.

—Dazza podría darte...

—¡No!

—Pero...

—No necesito los malditos sedantes de Dazza.

Ella tragó saliva.

—No puedo traerte la botella.

—¿Por qué no? —Su voz se endureció—. Tienes dos piernas. Puedes dar los diez pasos que te separan de la mesa.

—El ron te sienta mal.

—¿Después de solo dos días crees que me conoces lo bastante bien como para saber lo que es bueno para mí y lo que no lo es?

—Vyrl, no. No es eso lo que quería decir.

—En ese caso tráemelo. —Su voz se ablandó—. Solo por esta noche. Para que pueda dormir.

—No puedo. Lo... lo siento.

Toda la calidez de Vyrl se evaporó.

—Entonces fuera de mi cama.

—Pero...

—Fuera.

Aturdida, Kamoj salió de la cama. Mientras corría, se golpeó el pie contra un

saliente. Ya en su cámara, se dejó caer sobre la cama. La luz de la luna entraba por la ventana, creando un cuadro de colores pálidos sobre el suelo. Su corazón latía furiosamente, más por culpa de las duras palabras de Vyrl que por la corta carrera.

Un gruñido llegó desde el dormitorio principal, seguido por el suave crujido de las mantas. Kamoj guardó silencio y escuchó.

Un jadeo, laborioso pero breve.

Silencio.

¿Acaso estaba teniendo dificultades para respirar? Costaba creer que había sufrido un colapso pulmonar aquella misma tarde. Hizo ademán de levantarse y entonces vaciló. Fuera, le había dicho él. Si entraba y estaba perfectamente, se sentiría como una idiota.

El estallido de un cristal que se hacía añicos rompió el silencio. Se incorporó de un salto y regresó corriendo al dormitorio.

Vyrl estaba arrodillado junto a su escritorio. Llevaba tan solo los pantalones, tenía el pecho completamente desnudo a excepción de los vendajes y se rodeaba el torso con los brazos. El suelo estaba lleno de fragmentos de cristal, que destellaban bajo la luz de la luna. Un charco de ron se estaba formando bajo el escritorio.

Kamoj se arrodilló a su lado. Vyrl tenía las mejillas llenas de lágrimas, como las que ella había visto la pasada noche después de su pesadilla. Quería cogerlo entre sus brazos pero se contuvo, sin saber lo que necesitaba en aquel momento. Se preguntó si serviría de algo o si sus terrores nocturnos no reconocerían la diferencia entre el sueño y la realidad.

Él le apartó un mechón de cabello de los labios. Sus palabras, sordas y profundas, brotaron de su boca con dificultad.

—Tócame. Deja que te sienta. Que te vea. Que te huela.

—Siempre. —Alargó el brazo hacia él—. Cuando quieras.

Solo le tocó la mano, apenas la más tenue de las caricias sobre sus dedos. Entonces se apoyó en el escritorio y se puso en pie. La ventana que había sobre la mesa daba al sur, a las Colinas del Firmamento que descendían hacia las llanuras. Mientras contemplaba las montañas, dijo con voz distante:

—Tengo un hermano menor. Kelric.

Ella se levantó junto a él. Quería comprenderlo.

—¿Un hermano pequeño?

—¿Pequeño? —Soltó una corta carcajada—. Es enorme. Se alistó en el MEI.

—¿Está aquí ahora?

—No. Es un prisionero de guerra.

—Ah, Vyrl, lo siento.

—Tengo montones de hermanos. —Su réplica sonó apagada, como cristal cubierto de escarcha—. Althor. Yo lo admiraba. También se alistó en el MEI. Como

Jagernauta.

—¿Jagernauta?

—Un piloto de caza estelar mejorado por medio de la psibernética. Como Kelric. Como esos guardaespaldas que la coronel Pacal me ha asignado.

—¿Althor es un soldado también?

—Era. —Con voz neutra, añadió—: El MEI le organizó un magnífico funeral.

Ella quería abrazarlo, consolarlo, pero sentía de forma casi física el escudo emocional que había levantado a su alrededor.

—Vyrl, lo siento tanto...

Él prosiguió, como si fuera incapaz de detenerse.

—Luego está mi hermana. Soz. Éramos los que menos edad nos llevábamos de los diez hermanos. —Se volvió hacia ella—. Te pareces un poco a ella.

—¿También es soldado? ¿Como Dazza?

—Soz mandaba el MEI. Dazza servía bajo sus órdenes.

—¿Dónde está ahora?

Vyrl tragó saliva.

—Reducida a cenizas.

—Vyrl, lo... lo siento. —Ojalá hubiera tenido algo mejor que decir.

—¿Lo sientes? —Sus palabras eran como una lluvia de plomo—. Mi hermano Eldrin sigue vivo. Los Comerciantes lo capturaron. ¿Sabes lo que hacen cuando capturan a uno de nosotros? No, da igual. Es mejor que no lo sepas. Mi tía y su hijo han desaparecido. Puede que sean prisioneros. Probablemente hayan muerto. Luego está Kurj, mi tío. Dirigió el MEI antes que Soz. Durante décadas. —En voz baja, añadió—: Ella se hizo cargo después de que los Comerciantes lo mataran.

—Lo siento muchísimo. —Sonaba absurdo, repetido una vez tras otra. Ella solo había perdido a sus padres y aquello había destrozado su mundo. No alcanzaba a imaginar lo que sería perder a tantos seres queridos.

Vyrl se alejó, bañado en la pálida luz de la Luna Lejana y la aurora borealis que penetraba por la ventana. Subió al estrado y se volvió para mirarla.

—Soy un buen granjero. ¿Quieres cosechas más abundantes? ¿Bi-cebada que pueda sobrevivir a vuestros inviernos? Yo te las puedo dar. Sobre eso versaba mi tesis doctoral, la aplicación de la ingeniería genética al desarrollo de la agricultura y la ganadería. Incluso he hecho que Morlin lleve a cabo algunas simulaciones aquí.

—No entiendo lo que estás tratando de decirme.

—Agricultura. —Se erguía bajo la luz de la luna como una estatua. Los planos de su pecho relucían con austero brillo bajo la iluminación sin colores que llenaba la habitación—. Siempre me ha encantado ¿Sabes de quién lo heredé? De mi padre. Le encantaba la tierra. Y nos quería mucho. Sus hijos. —Se le quebró la voz—. Al menos yo estaba allí cuando murió.

Ah, no. Kamoj se le acercó y se reunió con él en la plataforma. Le habló con voz suave.

—¿Cómo ocurrió?

Vyrl se pasó una mano por la mejilla, aparentemente sorprendido de encontrar lágrimas.

—La edad. Viejas heridas. —Su mano cayó—. Pasó sus últimos días con su familia, en la casa ancestral que teníamos en nuestro mundo natal, Lyshriol. Al menos el ejército de los Aliados nos permitió aquello.

—¿Aliados?

—Los Mundos Aliados de la Tierra. —Su voz estaba llena de amargura—. Nos estaban reteniendo a mi madre y a mí en la Tierra. Cuando se enteraron de que se estaba muriendo, fueron lo bastante «misericordiosos» como para permitirnos regresar a Lyshriol para verlo. Por supuesto, la Tierra controla ahora el planeta entero en el que vivimos.

—¿La Tierra? No lo entiendo.

—Te lo he contado esta tarde. Nuestros «aliados» nos traicionaron. No dejarán marchar a mi familia. —Suspiró—. La Tierra cree que sin mi familia para manejar las máquinas Rubí, el MEI no se arriesgará a emprender otra guerra. Teme que si hay otra guerra, los Comerciantes y nosotros destruiríamos la civilización, tal como fue destruido el Imperio Rubí hace cinco mil años.

Kamoj se percató de las lagunas de la historia que él no había llenado.

—Si erais sus prisioneros, ¿cómo es que ahora estás aquí?

—Mi familia no podía abandonar el planeta.

—Pero tú estás aquí.

Él apartó la mirada y se volvió hacia la ventana que había al otro lado de la habitación.

—¿Sabes cuál fue el último deseo de mi padre? ¿Su último y extravagante deseo? Que pusieran su ataúd en órbita alrededor de Lyshriol.

—¿Órbita?

—Sobre el cielo.

—¿Como las lunas?

—Como las lunas. Él quería ser una luna.

—Pero ¿por qué? Si le gustaba tanto la tierra...

—La amaba. La tierra. Las cosechas. Las estaciones. —Sus ojos se llenaron de humedad, que reflejó el frío resplandor de las lunas—. Volar lo aterraba.

Ella trató de entender lo que escondían sus palabras.

—Pero me has dicho que pidió que lo enviaran allí.

—Dejó que sus carceleros creyeran que ese era su deseo. —Vyrl le dio la espalda—. Celebramos su verdadero funeral en secreto para poder hacer lo que le había

dicho a mi madre que quería en realidad. Quemamos su cuerpo y esparcimos las cenizas sobre sus tierras. —Un músculo de su mejilla se estremeció—. Entonces mi familia llevó el ataúd al espaciouerto.

—¿Por qué, si él no estaba dentro?

—Los Aliados no lo sabían. Había un cuerpo dentro y los sensores lo tomaron por el suyo.

Ella sintió como si el corazón se le hubiera parado.

—No.

Él continuó, inexorable.

—El médico de nuestra familia en Lyshriol era un agente del MEI. Instaló un sistema intravenoso en el ataúd para alimentarme. Se aseguró de que el ataúd fuera estanco. Para que yo pudiera respirar. Lo dotó de un sistema informático para engañar a las sondas. Yo pesaba más que mi padre, así que hubo que reducirlo todo al máximo. Y lo mismo para la red informática que contenía, no porque pesara sino para minimizar el riesgo de detección. Ni siquiera tenía un módulo de voz para conversar. No quería utilizar fármacos en un entorno no controlado pero finalmente accedió a sedarme para que no sufriera de claustrofobia. —La voz se le quebró—. Después de todo solo sería un día.

—¿Te enterraron vivo?

Con voz neutra, Vyrl dijo:

—Mi madre suplicó a nuestros carceleros. Les dijo que no soportaba pensar en su marido en aquel vacío helado. Por compasión hacia la hermosa y desolada viuda, accedieron a permitir que una nave del MEI recuperara el contenedor en el espacio. Para honrar los deseos del muerto, pasaría un día en órbita. Luego sería recogido por el MEI. —Respiró profundamente—. Para cuando despertase de mi letargo, estaría a salvo en la *Ascensión*.

Kamoj se sintió aliviada.

—¡Era un truco! Para que pudieras escapar de tus enemigos. Y funcionó.

—Sí. Funcionó. —Sacudió la cabeza de forma nerviosa—. Con una pequeña salvedad.

—¿Salvedad?

—Un burócrata de los Aliados paralizó la recogida. —Con voz demasiado suave, dijo—: Nadie avisó a mi familia. Los Aliados no querían enojarlos. Pero minutos después del lanzamiento alguien en alguna parte de la cadena de mando cambió de idea y decidió que no iban a entregar el cuerpo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kamoj.

—No.

—No pongas esa cara tan sombría. —Una luz fantasmal enmarcó su rostro—. Las negociaciones para recuperar el ataúd empezaron antes incluso de que yo despertara.

—¿Despertaste dentro del ataúd?

Él respondió sin entonación alguna.

—Sí.

Kamoj trató de imaginárselo, trató de imaginar cómo sería que la enterraran viva, con solo una caja que la separase del cielo y las estrellas, sabiendo que algo había ido terriblemente mal, que estabas allí cuando deberías estar a salvo y libre.

—Dulce Airys, no.

—¿Sabes lo que significa el término «privación sensorial»? Ningún sonido. Ninguna imagen. Ningún olor. Ningún sabor. Ningún peso. Al cabo de un rato no podía sentir ni las paredes del ataúd. Y mi mente... no podía... Los telépatas necesitamos estar cerca de la gente para captar algo. Mi mente estaba abierta por completo, buscando algo. Lo que fuera. Estaba del todo abierto y no había nada.

—¿Durante cuánto tiempo? —susurró ella.

Su voz quebradiza se hizo añicos.

—Treinta y un días. Cuando los equipos de la *Ascensión* dieron al fin conmigo, estaba gritando como un loco.

Kamoj no sabía qué decir. Ninguna palabra podía aliviar ese horror, nada podía curarlo.

—No pongas esa cara. —Su tono de voz se tiñó de furia—. Se encargaron de mí. Me trataron. Demonios, hasta yo contribuí. Hasta cierto punto. —Sacudió la cabeza—. Solo que los centros psion de mi cerebro habían muerto. El MEI consiguió su preciado psion, pero se le estropeó en el proceso. Me convertí en un telépata tullido. —Se estremeció—. Cuando duermo, mi mente se abre, igual que cuando estaba en el ataúd. Pero esto no es el espacio. Hay gente por todas partes. Así que sufro una sobrecarga telepática. Pero si me aíslan y no puedo captar nada, empiezo a gritar de nuevo. —La miraba con ojos vacíos—. Cada vez que Dazza me seda, lo único en lo que puedo pensar es en que despertaré en ese ataúd.

—Debe de existir una cura... algo...

—El ron me aturde el cerebro. Me permite dormir.

Ella cogió sus manos, tratando de atravesar el escudo invisible que utilizaba para protegerse.

—Seguro que existe otra solución. ¿Los hombres de Dazza no pueden ayudarte?

Su voz se endureció.

—Por mí pueden irse todos al infierno.

—Pero...

—Dos personas de la *Ascensión* sabían que mi padre no estaba en ese ataúd: el oficial de operaciones especiales asignado a la misión y el general Ashman, comandante de la nave. Podrían haberlo solucionado en cualquier momento revelando que yo estaba allí. El MEI me hubiera perdido a manos de los Aliados, pero

yo me hubiera ahorrado esa pesadilla. —Apretó los puños—. Me querían a cualquier precio y a mi cordura podía partirla un rayo.

—Ay, Vyrl. Lo siento de veras. Sé que no sirve de mucho pero así es.

Kamoj entendía al fin la expresión que había visto la pasada noche en el rostro de Dazza. Gozo. Esperanza. Regocijo. Lo que podría esperarse de un curandero cuyo paciente hubiera empezado a dar señales de una recuperación que ya no se esperaba. Se había dado cuenta de que Vyrl estaba captando los pensamientos de su esposa.

Vyrl subió a la cama y la arrastró consigo. Se tendieron juntos entre las evanescentes sábanas, suaves tras muchos lavados y llenas de la fragancia del jabón de especias.

Ella le acarició la húmeda mejilla.

—En Argali tenemos un dicho: las lágrimas limpian los escombros del corazón.

—No estoy llorando. —Otra lágrima resbaló por su mejilla—. Yo nunca lloro. Solo los niños lo hacen.

Kamoj pensó en todas las lágrimas que había contenido durante aquellos años.

—Puede que los niños sepan más que nosotros.

La voz de Vyrl vaciló.

—Ay, hada del agua. Algo dentro de mí se está rompiendo. No sé lo que es, solo sé que se hace añicos.

—Como el hielo de un lago en primavera.

La atrajo a sus brazos.

—Sé mi primavera, Kamoj.

Mientras hacían el amor, una nube baja se filtró por la ventana. La noche se enroscó a su alrededor, callada y brumosa. Después yacieron juntos, dormitando, y Vyrl acariciaba con los labios su cabello, una isla de calidez en medio del frío creciente de la noche.

Lágrimas de cristal azul

Resonancia

Vyrl despertó junto a Kamoj.

—Mira —dijo—. El león se ha levantado.

Kamoj abrió los ojos. La niebla de la habitación alcanzaba la altura de la mesa pero la ventana seguía visible, como un portal por encima de un mar de bruma. La constelación del León acechaba en pleno cielo, detenida a mitad de salto, la cabeza echada hacia atrás, la melena agitada por un viento de estrellas.

—¿Ves la estrella de la pata delantera? —dijo Vyrl.

—¿La amarilla?

—Sí. Ese es el sol de mi mundo natal. Por él elegimos el nombre Leostelar.

—¿Leostelar no es tu verdadero nombre?

Él la miró con aire culpable.

—Ni se le parece.

—¿Y cómo es el de verdad?

—Un montón de tonterías.

—Dímelo. Y los títulos también.

—No creo que quieras oírlo.

—Sí que quiero —le aseguró—. Todo entero.

—Muy bien. Pero recuerda que te he advertido. —Con una mueca, dijo—: Príncipe Havyrl Torcellei Valdor kya Eskolia, Sexto Heredero al Trono del Rubí, apartado antaño de la sucesión del Faraón, nato Rhon, Cuarto Heredero de la Llave de la Red, Quinto Heredero de la Llave de la Asamblea y Quinto Heredero del Emperador.

Kamoj pestañeó.

—Cuantos nombres. ¿Qué es un faraón?

—Era el título hereditario de las reinas del Imperio Rubí. Ahora tanto los hijos como las hijas están en la línea de sucesión. —Se frotó la barbilla—. La palabra faraón deriva de una antigua civilización de la Tierra pero esa cultura no es lo bastante antigua como para explicar por qué nuestros ancestros ya poseían el título hace seis mil años. Además, nuestras costumbres han divergido mucho de cualquier cultura que pudiera tener sus raíces en África del Norte, el Sudeste asiático o Mesoamérica. Esta clase de cambios tardan tiempo en producirse. Por eso nuestros eruditos creen que nuestra gente se movía en el tiempo además de en el espacio.

—Es muy misterioso. —A Kamoj siempre le habían encantado los cuentos sobre imperios antiguos.

Él le acarició la mejilla.

—¿Y tu nombre?

—Kamoj Quanta Argali, gobernadora de Argali. —No sonaba ni de lejos tan impresionante como el suyo.

—¿Quanta? —Sonrió—. ¿Eres una resonancia cuántica ligada?

A ella le gustó verlo más animado, a pesar de que sus palabras resultaran extrañas.

—¿También tú piensas que mi nombre significa resonancia?

—Argali hace referencia a una resonancia de dispersión Breit-Wigner. Deriva de la palabra iótica *akil tz'i*. —Hizo una pausa—. En realidad, *akil tz'i* significaba originalmente cuerda. Ahora se utiliza para decir resonancia. Algunos dicen que deriva de una lengua maya, pero nadie lo sabe con certeza.

Kamoj nunca había oído la palabra «maya» pero no albergaba dudas sobre su propio nombre.

—Argali significa rosa trepadora.

—En realidad no. Lo que pasa es que se confundió con otra palabra iótica, *akil tz-úsub*, que significa tallo de enredadera.

Así sin más, le quitaba su nombre entero y lo cambiaba por otro.

—¿Qué es «maya»?

Él se apoyó sobre el codo, con la cabeza en la mano.

—Mi pueblo ha tratado de determinar nuestros orígenes comparando nuestras lenguas con las de la Tierra. El iótico clásico es similar al maya tzotzil. Puede que *Balumil* derive de la palabra «mundo» en maya y *Jul* de «pinchazo». Pero otras palabras sugieren que provenimos de Oriente Próximo o el Mediterráneo. Probablemente seamos una mezcla de razas. Por mucho que lo pienses, no tiene sentido, a menos que los navegantes estelares que se llevaron a nuestros ancestros de la Tierra los trasladaran también en el tiempo. Nuestra historia en Raylicon se remonta seis mil años en el tiempo y por entonces no había ninguna cultura en la Tierra que se pareciese a la de nuestros ancestros.

—Entonces, ¿cómo puedes estar tan seguro sobre el idioma? —Pensó en las extrañas palabras—. ¿Resonancia de dispersión? ¿Qué significa?

—Es como cuando haces rodar bolas sobre una mesa y chocan unas contra otras. —Le acarició el hombro—. Las partículas también hacen eso.

—¿Partículas? ¿Te refieres al polvo?

—Mucho más pequeñas. Y pueden cambiar de estado.

—¿Qué es «cambiar de estado»?

—Deformarse, cambiar de espín, cosas así. La resonancia se produce cuando una

partícula captura a otra.

Ella lo miró con escepticismo.

—Vyrl, nunca he oído que una bola de arco capturara a otra.

Vyrl rio.

—Procura imaginarlo tan solo. Las bolas no rebotan inmediatamente. Después de la colisión permanecen juntas un rato. Esa es la resonancia.

—¿Y por qué iba mi nombre a significar semejante cosa?

—No lo sé. Dime más nombres de Argali.

Lo pensó un momento.

—Essable para las mujeres. Maxard para los hombres.

—Maxard podría hacer referencia a un máximo. ¿Cuál es el nombre completo de tu tío?

—Maxard Osil Argali.

—Osil significa «duración». —Reflexionó—. ¿Duración de resonancia máxima?

—¿Y Essable?

—No sabría decir. Significa negro, ¿no es así?

—Es una contracción de *Estado Metaestable*.

Vyrl la miró fijamente.

—¡Estado metaestable significa resonancia! —Parecía desmesuradamente complacido por tan insólita afirmación—. Todos vuestros nombres derivan de procesos de dispersión. Ya verás cuando se lo cuente a Drake.

—¿Drake?

—El antropólogo de la *Ascensión*. Lleva algún tiempo tratando de encontrarle sentido al nombre Jax.

Kamoj se puso tensa.

—¿Qué pasa con Jax?

—En realidad se trata de un acrónimo. Jks.

—Sí. Lo sé. Pero Jax es más fácil de decir.

—Jks. Son números cuánticos. Para una partícula libre. J es el momento angular, k es la energía y s es el espín. —Chasqueó los dedos—. ¡Jax Ponteferro es una partícula libre! De hecho, es un término que hace referencia a la expansión de onda parcial para la onda plana de una partícula libre.

—Me alegro por él —dijo Kamoj con voz agria.

La sonrisa de Vyrl se esfumó.

—Lo siento mucho. Eso ha sido muy insensible.

Una partícula libre. Lo único que sabía sobre Jax era que ya no tenía que sufrir un péndulo de emociones entre el miedo a su temperamento y el alivio por su ternura. Cosa que le encantaba.

Después de eso permanecieron en silencio, con las cabezas juntas. Kamoj estaba

casi dormida cuando Vyrl hizo un sonido estrangulado.

Abrió los ojos.

—¿Te encuentras bien?

Él se limpió el sudor de la frente.

—Sí.

—¿Quieres que llame a Dazza?

—No. —Se apretó las sienes con las palmas de las manos—. Se me pasará.

—Puedo darte un masaje en la cabeza.

Él la miró de soslayo.

—Sí. Gracias.

Kamoj se incorporó y colocó la cabeza de su marido sobre su regazo. Mientras ella le daba el masaje, los ojos de él se agitaban por debajo de los párpados cerrados. Al cabo de unos momentos dijo:

—Quizá sea mejor que no sigas.

—Debe de haber algo que yo pueda hacer.

—Tráeme otra botella. De la cocina. La que se me rompió era la última que tenía aquí.

—Por favor, no...

El rostro de Vyrl se puso rígido, como si se avecinase un estallido.

—Espera. —Kamoj no podía soportar la idea de ser rechazada de nuevo, una segunda vez en la misma noche. ¿Pero cómo podía hacer lo que le pedía? Quizá si bajase al piso de abajo encontrase alguien que pudiera aconsejarle—. Voy a la cocina.

La tensión de los músculos de su esposo se calmó.

—Gracias, Kamoj.

Se puso la ropa interior y una túnica, y salió de la cama. Mientras se dirigía a la entrada, se preguntó lo que encontraría en el descansillo. Los nuevos guardaespaldas de Vyrl, jinetes de la *Ascensión*.

Abrió la puerta exterior, tratando de proyectar una confianza en sí misma que no sentía. La luz de luna se proyectaba sobre el descansillo desde una de las saeteras de la escalera. Había dos hombres allí fuera, figuras inmensas, más grandes aún que Vyrl. Llevaban chaquetas, pantalones y botas altas, todos ellos de color negro. Unas bandas de metal resplandecían en sus antebrazos y las guardas de cuero de sus muñecas tenían cordoncillos metálicos. Cada uno de ellos llevaba una cosa voluminosa en la espalda, no una espada ni una daga sino algo con una empuñadura y una especie de hocico.

Entonces Kamoj se percató de que uno de los hombres era en realidad una mujer. Enorme y musculosa, más alta que la mayoría de hombres de Balumil. ¿Cómo era que el pueblo de Vyrl crecía tanto?

Los dos centinelas la estaban observando. A juzgar por sus expresiones intrigadas,

uno hubiera pensado que se trataba de una flor exótica y rara en vez de una chica normal.

El hombre habló en un iotaca con marcado acento:

—¿Podemos ayudaros, gobernadora Argali?

—Tengo que ir a la cocina. —Kamoj quería hablar con la firmeza y seguridad de una gobernadora, pero su voz brotó con un deje blando, sus palabras destellos de luz de luna en la noche.

El jinete sonrió.

—Decidle a Morlin lo que necesitáis. Así no tendréis que salir con este frío.

—¿No se había ido?

—La mayoría de sus sistemas está desconectado. Pero podéis utilizar el intercomunicador para pedir lo que queráis a la cocina.

—No quiero molestar a nadie. Pero gracias. —Cohibida, los saludó con el mismo asentimiento de cabeza que hubiera utilizado con los jinetes de su tío. A continuación empezó a bajar las escaleras. Por fortuna, ninguno de aquellos gigantes trató de acompañarla.

No había ninguna lámpara o vela que iluminara la escalera pero la luz de la luna penetraba por las saeteras, luz blanca, lo que significaba que una de las lunas había salido, así como probablemente la aurora. Llegó al Salón Largo del primer piso sin ver a nadie. Unas pocas lámparas brillaban en el corredor y solo se veía luz en tres de las habitaciones que había en él.

La primera estaba vacía. En la segunda, una doncella estaba limpiando el suelo. Kamoj encontró a Dazza en la tercera. La coronel estaba sentada en el sofá, leyendo un libro de metal sobre cuya superficie flotaban jeroglíficos brillantes.

Dazza levantó la mirada mientras ella entraba.

—Buenas noches.

Kamoj vaciló justo después de cruzar el umbral.

—Mis saludos, coronel Pacal.

—¿Querías hablar conmigo? —Al ver que Kamoj asentía, Dazza cerró su libro y señaló una silla que había junto al sofá—. Por favor, ponte cómoda.

Kamoj se acercó y se sentó en el borde de la silla.

La coronel sonrió.

—¿Qué ocurre, chiquilla?

¿Chiquilla? Kamoj se puso rígida y no dijo nada. Al cabo de un momento, Dazza preguntó:

—¿Te he ofendido?

Kamoj se obligó a relajarse. No había ido allí a enfadarse con nadie.

—Necesito vuestra ayuda, señora.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Es por el ron.

Dazza se pasó las manos por el pelo y se despeinó los grises cabellos.

—¿Es por el ron? ¿O por alguien que lo bebe?

Kamoj se frotaba las manos en el regazo.

—Quiere que le lleve más.

—No lo hagas. Por favor.

—Me echará.

—No lo hará.

—Él dice que sí.

—No lo dice en serio.

—¿Cómo lo sabéis?

El rostro de Dazza se suavizó.

—Creo que está enamorado de ti.

—Eso no puede ser —afirmó Kamoj con aire prosaico—. Apenas nos conocemos.

—Según parece, ocurre así con los telépatas. —Dazza dejó el libro sobre el sofá—. Los psiones tienen más estructuras neuronales en el cerebro que las personas normales. En especial Vyrl. Siente más las cosas. Si a eso le añades ese temperamento artístico y emocional que posee, tienes fuego de verdad.

Eso sorprendió a Kamoj. Más que emotivo, ella hubiera descrito a Vyrl como alguien capacitado para sentir profundas emociones, lo que no era la misma cosa. Le gustaba el modo que tenía de expresarse, abierto y cálido, lleno de premura. Se preguntó también a qué se referiría Dazza con temperamento artístico.

—¿Qué queréis decir con «fuego»? —preguntó.

La coronel sonrió.

—Antes lo llamaban «amor a primera vista». Aunque ese nombre terminó por resultar inapropiado. Es amor a primer pensamiento.

Kamoj añadió con voz cauta:

—Nosotros tenemos un dicho sobre eso: «Amor bajo la Luna Salvaje». Es porque el amor convierte tu vida en un caos.

Dazza soltó una risa tímida.

—Sí, ya lo veo.

—¿Pero por qué decís «al primer pensamiento»?

—Tiene que ver con lo que llamamos neurociencia —dijo Dazza—. El estudio del cerebro. El campo producido por su cerebro coincide en una medida inusualmente grande con el tuyo. Su mente interpreta este hecho como algo agradable. —Al ver que Kamoj sacudía la cabeza, Dazza volvió a intentarlo—. El proceso del pensamiento crea campos en tu cerebro. Tú no puedes verlos pero afectan a todo lo que hay cerca de ti.

—¿Como un imán?

La doctora le dirigió una mirada sorprendida.

—No exactamente pero sí, esa es la idea. Los campos que produce tu cerebro son más variados y menos intensos.

—¿Y Vyrl reacciona a los míos?

Dazza asintió.

—Cuando las personas están cerca, sus campos interactúan. Normalmente el efecto es poco importante, incluso insignificante. Pero de vez en cuando dos personas entran en resonancia. Si a esto le unes una fuerte atracción física, se desarrolla una intensa emoción en un período de tiempo muy corto. A largo plazo, puede crearse un vínculo excepcional. —Esbozó una sonrisa cauta—. Los poetas lo llaman un amor «más profundo que el océano» o «más ancho que el cielo». «Resonancia cuántica» puede sonar menos romántico pero es más exacto.

Kamoj sopesó sus palabras. Parecían decir que las acciones de Vyrl no eran resultado solo de un capricho de borracho, sino que algo en ella, Kamoj, lo había atraído a su lado. Se sintió inquieta al descubrir lo mucho que deseaba que fuera así.

—Él también es muy importante para mí —le dijo—. Pero cada vez que parece que va a estar bien, quiere volver a beber. Creía que pararía.

Dazza dijo con voz suave:

—Ojalá fuera así.

—¿Podéis ayudarlo?

—Puedo tratar los síntomas. Y la necesidad fisiológica de hacerlo. Pero no puedo obligarlo a que quiera dejarlo. —Su frente se llenó de arrugas de preocupación—. Estoy tratando de llegar hasta él. Pero al final debe ser él quien tome la decisión.

—¿No podéis darle algo para que pare?

—No de buena fe. Podría inyectarle nanomédicos que interactuasen con el alcohol, bien para negar sus efectos o bien para que lo pusieran enfermo cada vez que bebiera. Pero si lo obligo a dejarlo no funcionará. Lo único que conseguiría de ese modo es que sintiera aún más resentimiento hacia nosotros. —Con una mueca, añadió—: Además de lo cual, si lo hiciera sin su consentimiento, estaría quebrantando la ley y poniendo en peligro las relaciones del MEI con la Dinastía Rubí.

Kamoj asintió. En ocasiones, Maxard y ella habían tenido que ser expeditivos por el bien de Argali.

—Vyrl no parece el tipo de persona que bebe demasiado.

—Según parece, no lo hacía antes de... —Se detuvo y a continuación dijo—: una enfermedad que tuvo.

—Me contó lo del ataúd.

—¿Te lo contó? —Al ver que Kamoj asentía, la coronel dijo—: Se ha negado a hablar de ello con cualquier otro.

La esperanza de Kamoj resurgió.

—¿Si puede hablar conmigo, no podría también dejar de beber?

Dazza sacudió la cabeza.

—No es tan sencillo. Ahora su cuerpo lo necesita. Si deja de hacerlo enfermará.

—Vos podéis ayudarlo con eso.

—Sí, pero él cree que no puede sobrevivir sin la bebida.

—Sí que puede.

—Vyril no lo cree así —dijo Dazza en voz baja—. Ojalá pudiese hacer que lo entendiera. Poca gente podría sobrevivir a lo que le ocurrió como él lo ha hecho. Resulta más notable aún por el hecho de que sea un psion, pues es eso amplificó la experiencia, solo los dioses saben en qué medida. Por alguna parte tenía que salir. Odio lo que le está haciendo el alcohol, pero podría haber sido peor. No ha tratado de suicidarse. Y lo más increíble es que, a pesar de todo, sobrevivió con la mente y la personalidad intactas.

—Él cree que es gracias al ron.

—Por favor, Kamoj. No se lo des.

Entrelazó las manos.

—Se enfada tanto...

—Lo sé. Pero debes negarte.

—Para vos es fácil decirlo. No tenéis que compartir su cama.

La coronel parpadeó.

—Bueno, no. Tengo marido.

Kamoj dudaba que hubiese sufrido alguna vez la humillación de ser arrojada del lecho conyugal.

—Yo soy la que debe vivir con ello.

Dazza habló con cuidado.

—Nadie te obligará a permanecer casada si decides no hacerlo.

—Vuestro MEI hubiera preferido que no nos hubiéramos casado, ¿verdad?

Pasó un momento antes de que Dazza respondiera.

—Es cierto que el matrimonio complica una situación ya de por sí complicada.

Kamoj se obligó a formular la pregunta que más deseaba evitar:

—Todos os marcharéis de aquí, ¿verdad?

—Sí. Probablemente muy pronto.

—¿Y qué me pasará a mí?

—La decisión de quedarte o venir con nosotros te corresponde a ti.

—¿Sí? —Hizo un esfuerzo consciente por mantener la voz tranquila—. Vyril se ha establecido como autoridad de Argali. Si se marcha, cubrirá de oprobio a la provincia. —Y a ella—. En especial por la forma en que se convirtió en gobernador.

—Seguro que existe un modo de salvarte la cara.

Kamoj se la quedó mirando.

—Hay más cosas que deben salvarse aparte de mi «cara». Argali está agonizando. ¿Por qué creéis que estaba prometida a Ponteferro? Leostelar humilló a Ponteferro y si Vyrl se marcha, humillará a Argali también. ¿Qué le ocurrirá entonces a mi provincia? ¿A mi pueblo? ¿Y qué hay de la casa de Argali? A menos que esté embarazada cuando él se marche, no tendré herederos. Si estoy embarazada y me quedo sola, mi tío se sentirá en la obligación de quedarse aquí para proteger al niño, al igual que hizo en su día por mí. Si me marcho con Vyrl, Maxard se quedará para gobernar Argali: en ambos casos, no podrá casarse con su dama de las Islas Celestes del Norte, que lleva varios años cortejándolo, pues sus deberes requerirían que ella se trasladase aquí. Tanto Argali como la casa de Argali, una de las más antiguas de Balumil, desaparecerán.

Dazza habló con cuidado.

—Lamento de veras las dificultades que los míos puedan haber causado a tu pueblo. Pero puedes estar segura de que Vyrl nunca te abandonaría sin dejarte todos los recursos de su título y su nombre. Y, Kamoj, puede regresar a visitarte.

—¿De veras creéis que la política se detendrá para que él pueda hacerme una visita? —¿Y la soledad? Kamoj no pudo evitar que su voz se llenara de amargura—. Puede que no importe. Si Vyrl se marcha, quizá Ponteferro quiera ocupar su lugar. Es posible que, al regresar, Vyrl encuentre a su esposa en manos de otro.

Dazza habló con firmeza:

—Nunca permitiríamos que eso ocurriera..., a menos que sea lo que tú quieres. ¿No entiendes tu posición? Eres una consorte del Rubí. ¿Tienes la menor idea de lo que eso significa?

Con voz neutra, Kamoj dijo:

—No.

Dazza se quedó callada un momento al escuchar la brusca respuesta.

—Tu matrimonio te ha proporcionado la posición más elevada a la que una persona puede aspirar entre mi pueblo. El MEI nunca te dejaría desamparada. Ni a ti, ni a tu familia, ni a tu provincia.

—Pero también coloca a Argali en una posición de hostilidad permanente con Ponteferro —dijo Kamoj en voz baja—. Vyrl es como una canción hermosa que te parte el corazón, profunda y fuerte. Pasaría toda mi vida escuchando esa canción, si me fuera posible. Pero ¿significa eso que nunca podré volver a escuchar la música de mi propio pueblo?

La angulosa cara de la doctora adoptó una expresión bondadosa que mostraba a muy poca gente.

—Ojalá tuviera respuestas para ti.

—¿Coronel Pacal? —La voz venía de detrás de ella.

Dazza levantó la mirada.

—¿Sí?

Kamoj se volvió y vio a la colosal jinete de la *Ascensión* en el umbral.

—El príncipe Havyrl quiere saber qué le ha pasado a su esposa.

—Hai. —Kamoj se puso en pie—. Ahora mismo voy.

—Gobernadora Argali —dijo Dazza. Cuando Kamoj se volvió, la coronel dijo—:
Una cosa más, si no te importa.

Kamoj volvió a sentarse.

—¿Sí, señora?

Dazza suspiró.

—Puede que me esté dejando dominar por mis esperanzas, pero creo que Vyrl quiere dejar de beber. Si logra pasar aunque sea un día sin el ron, será un comienzo. No se lo lleves, te lo ruego.

Kamoj se apartó los desordenados cabellos que le tapaban la cara.

—Haré lo que pueda.

Dazza habló con gentileza:

—Y si no está preparado para parar, no lo culpes por ello.

Kamoj asintió. Entonces se puso en pie y se dirigió hacia la guardaespaldas de Vyrl. Después de hacer una reverencia, la mujer la acompañó de regreso a la torre.

Cuando volvió a entrar en el aposento, Vyrl estaba sentado en el borde de la cama. La observó mientras ella atravesaba la brumosa habitación, subía al estrado y se le acercaba.

—¿Dónde está la botella? —preguntó.

Ella se detuvo frente a él.

—No la he traído.

—¿Con quién estabas hablando? ¿Con Dazza? —Al ver que ella se ruborizaba, su voz se hizo más tensa—. Según tus leyes se supone que debes obedecerme, ¿no es así? Pues entonces ve a traérmela.

—No hablas en serio.

—No me digas si hablo o no en serio. —Hizo ademán de levantarse de la cama—. Iré yo mismo.

—Vyrl, no. —Kamoj trató de detenerlo—. Hoy han estado a punto de matarte. Ni siquiera deberías levantarte. —Le cogió las manos—. Escucha. Te acariciaré la cabeza. Podemos ayudarnos. Cada vez que quieras beber, haremos el amor. Existen maneras mucho mejores de acallar a tus demonios que ahogarlos en ron.

A pesar de la tensión que podía verse en las arrugas de su rostro y en sus hombros, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Me gustan tus remedios mucho más que los de Dazza. Pero no necesito ese «remedio», hada de las aguas. Me hace más mal que bien. Si Dazza te ha dicho lo contrario, estaba equivocada.

Kamoj alzó la cabeza y lo besó suavemente en los nudillos.

—Por favor.

En lugar de responder, él dijo:

—Los hombres hacen eso en el lugar del que provengo. —Le besó en los nudillos apretando los dientes contra ellos—. Así.

—Aquí solo lo hacen las mujeres.

La colocó entre sus piernas mientras la sujetaba por el talle.

—Los hombres esto, las mujeres lo otro... Hay todas esas «reglas» y son diferentes en todas partes. ¿Sabes lo que pienso? Que por debajo de las reglas, todo el mundo se ama igual. Pase lo que pase logran encontrar el camino que lleva al otro.

Ella lo rodeó con sus brazos.

—No soporto ver cómo te haces daño.

—Solo necesito un trago. Me ayuda. No me hace daño.

—Te está ahogando.

—Eso es absurdo. ¿Te ha presionado Dazza para que me dijeras eso?

—Nadie me ha presionado. —Quería que la creyera—. Yo sé lo que veo.

—¿Ahora eres una experta en medicina?

—No me hace falta.

Él le apartó el cabello de la cara.

—Si no vas tú a traérmelo, iré yo mismo.

—Vyrl, por favor. Te está destruyendo.

—¿Cómo lo sabes?

—Hoy casi te matan. Por culpa del ron.

Pasó un momento antes de que le contestara.

—Antes nunca bebía. No me gusta el sabor.

—¿Ni siquiera ahora?

—Ni siquiera ahora.

—Entonces no bebas.

Su cólera se encendió.

—Puedo dejarlo cuando quiera.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Porque no quiero.

—Entonces, ¿por qué te preocupa que antes no lo hicieras?

—No me preocupa.

—¿Y por qué lo has dicho?

—Maldita sea, Kamoj; déjalo.

Con voz suave, ella dijo:

—Ojalá pudiese hacer que se desvanecieran los demonios de tus noches. — Escuchó la congoja en su propia voz—. Pero no puedo. Ni el ron tampoco. No quiero

que me eches, pero no puedo hacer lo que me pides.

Él tragó saliva.

—No hables así.

—¿Cómo?

—Como si te estuviera partiendo el corazón.

A Kamoj se le quebró la voz.

—Por favor. Solo por una noche.

Vyrl la atrajo hacia sí, la abrazó y apoyó la cabeza de la muchacha sobre su hombro. Ella no estaba segura de si le estaba ofreciendo afecto o no podía soportar mirarla. Permanecieron un rato así abrazados, ella de pie, él sentado. Poco a poco, empezó a creer que ocurriría, que aquella noche permanecería apartado de su botella azul.

La apartó y la miró.

—Muy bien.

Sus esperanzas se renovaron.

—¿Vas a hacerlo?

—Enviaré a uno de mis guardaespaldas a buscarla.

—No.

—Si quisieras ser una buena esposa, me ayudarías.

—No pienso ayudarte para que te mates. —Volvió a cogerle las manos—. Ya has pasado más de la mitad de la noche. Solo faltan unas pocas horas.

El rostro de su marido se endureció.

—Si no vas a ayudarme, no te quiero aquí.

Fue como si la hubiera abofeteado. Pero obligó a las palabras a salir.

—Muy bien. —Lo haría—. Haré que lleven mis cosas de regreso a Argali. Puedo marcharme por la mañana.

La mejilla de su marido tembló. Entonces se volvió y apretó una hoja de jade en la mesilla de noche. La sensación de fracaso de Kamoj era completa y mucho más dolorosa por el modo en que se habían formado sus esperanzas.

Una voz sonó en el aire.

—Aquí doctora Pacal.

Kamoj se quedó helada, con la mirada puesta en Vyrl. Tenía una expresión extraña y perpleja, como si se hubiera sorprendido a sí mismo.

Al cabo de unos momentos, Dazza dijo:

—Vyrl, ¿eres tú?

—Sí. No importa, siento haberte molestado.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Vyrl...

—Estoy bien.

—Puedo subir.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí. Buenas noches.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré.

Al cabo de un rato, Vyrl dijo:

—¿Aún estás ahí?

—Sí —respondió Dazza.

—No es que... Quiero decir, estoy bien, pero... —Se calló. Kamoj se preguntó si Dazza estaría escuchando igual que ella, conteniendo la respiración, temiendo hablar por miedo a decir algo equivocado.

Finalmente, él dijo:

—Puedes tratar el síndrome de abstinencia del alcohol, ¿verdad?

Dazza habló con voz calmada.

—Sí. Puedo ayudarte.

—¿Podrías subir?

Con una voz infinitamente suave, ella dijo:

—Voy para allá.

Vyrl volvió a tocar la hoja. Al cabo de un momento se volvió hacia Kamoj.

—Solo por esta noche.

Los ojos se le llenaron de lágrimas a su mujer.

—Sí. Esta noche. —Al amanecer pensarían en el mañana y cuando llegase el momento, cada día después de aquel, harían lo mismo.

Aliento de dragón
Canal de reordenación

El zumbido de un escarabajo botella se fundió con los sonidos del bosque, el grito de los quetzales y el rumor de la brisa. La luz imprecisa del alba llenaba la habitación. La mente de Kamoj distinguió lentamente lo que la había despertado. Alguien había dicho su nombre.

Volvió la cabeza y vio a Vyrl, sentado en la cama, ataviado con una camisa de labor y unos pantalones viejos y con el cabello despeinado, como si hubiera estado fuera.

Se inclinó sobre ella con las manos a ambos lados de sus hombros y le dio un largo beso. Entonces dijo:

—Estás muy calentita y despeinada ahí dentro.

Ella esbozó una sonrisa soñolienta.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Unas pocas horas. No he dormido bien.

—¿Te sirvió de algo la medicina de Dazza?

—En parte. —Se encogió—. Pero me siento como si una grúa de espaciopuerto me hubiera golpeado en la cabeza.

Kamoj le tocó la mejilla. Era el único modo que tenía de expresar lo mucho que significaba para ella que estuviera sobrio aquella mañana. Temía que si lo decía, arruinaría el precario equilibrio que su marido había alcanzado. De modo que en su lugar preguntó:

—¿Qué has estado haciendo?

—He bajado a la vieja sala del trono.

—¿Sala del trono?

—En el piso de abajo —dijo Vyrl—. La sala situada al otro extremo del palacio. Aún no hemos terminado de repararla.

Parecía que se refería a la Sala de Audiencias.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Él empezó a contestar y entonces se detuvo. Finalmente, dijo:

—No estoy seguro. Estaba decidiendo cómo sacar el suelo a la superficie.

—¿El suelo? —Kamoj se preguntó lo que estaría tratando de decirle. Trató de contener el bostezo pero a pesar de sus esfuerzos no lo logró. La pasada noche había tardado horas en dormirse y unos sueños intermitentes no le habían dejado descansar.

—Sigue durmiendo —dijo Vyrl—. Apenas ha amanecido. —Sacó un frasco de cristal púrpura de su bolsillo y le quitó la tapa dorada—. Le he dicho a Dazza que has pasado toda la noche despierta. Dice que si quieres puedes tomar esto para que te ayude a descansar.

Agradecida, Kamoj se bebió la poción. Tenía un sabor agradable, como a especias.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Tengo que hablar con Drake.

Ella le devolvió el frasco vacío.

—¿Quién es?

—Drake Brockson. El antropólogo del *Ascensión*. Le pedí que preparara un sumario de los estudios que ha realizado sobre este mundo.

—¿Qué dice?

Vyrl titubeó.

—Piensa que la población original estaba formada por sujetos de experimentación.

—¿Te refieres a nuestros animales? —Se colocó la colcha alrededor del cuello y disfrutó de su calidez—. Los bi-halcones tienen dos estómagos.

—Los animales no eran el sujeto principal.

—¿Qué entonces?

Otra pausa.

—La gente.

—Bi-personas —murmuró ella con voz soñolienta—. Algunas personas tienen estómagos dobles, ¿sabes? Pueden pasar más tiempo sin comer.

Vyrl no respondió al instante y ella casi se había quedado dormida cuando lo hizo.

—Sí. Eso era lo que se pretendía.

—¿Pretendía?

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Hmmm... —La mera proximidad de Vyrl la apaciguaba. Puede que Dazza estuviera en lo cierto y Vyrl y ella tuvieran algún efecto invisible el uno sobre el otro.

Al cabo de un corto silencio, él dijo:

—Drake piensa que vuestros ancestros fueron sometidos a modificaciones genéticas para hacer de ellos los esclavos perfectos.

¿Qué? Abrió los ojos.

—¿Cómo puedes decir una cosa así?

—Todo apunta a ello.

—¿Cómo que apunta a ello?

Vyrl habló con voz pausada.

—La docilidad de tu pueblo, vuestra tendencia a complacer a la autoridad, vuestra

renuencia a librar guerras o provocar levantamientos, vuestra belleza física y vuestra respuesta sexual realzada, vuestra capacidad de trabajar durante largos períodos de tiempo en condiciones atroces de clima, atmósfera, pobreza y falta de alimento... Todo ello se ajusta al modelo.

Se apoyó sobre un codo.

—Eso no puede ser.

—Hasta vuestros nombres respaldan la teoría.

—¿Nuestros nombres?

—Cada linaje posee su propio talento. Ponteferro produce magos de la electricidad, como los Ohmiales. Argali tiene a sus Solares. —Su voz crepitaba de ira—. Vuestros nombres son etiquetas. Al grabaros las habilidades en el cerebro, vuestros creadores se ahorraban la necesidad de educaros. De hecho os diseñaron de modo que tuvierais dificultades para aprender cualquier otra cosa. Los esclavos inteligentes son peligrosos.

Era más plausible de lo que a Kamoj le hubiera gustado admitir.

—¿Y mi nombre? ¿Resonancia? —Al ver que él vacilaba, dijo—: Quiero saberlo. Él tocó la gargantilla que llevaba alrededor del cuello. Rubíes y oro.

—La naturaleza humana persigue la libertad. En los esclavos, ese impulso debe ser constreñido. Drake cree que el linaje de Argali fue creado como un experimento para producir humanos menos resistentes a las limitaciones. La «resonancia» es una alegoría. Vuestros creadores pretendían incrementar la duración de un estado metaestable ligado. Querían gente a la que pudieran mantener cautiva el máximo tiempo posible.

Kamoj estrujó el edredón entre sus manos.

—Eso es horrible.

—Sí.

—¿Y Jax?

—Lo más probable es que descienda de los propietarios. El estamento libre. Es muy poco probable que todos lograran abandonar el planeta cuando el Imperio Rubí se desplomó.

Bah. Saber que probablemente los antepasados de Jax hubieran engendrado a los suyos para que trabajaran hasta caer exhaustos le dio aún más ganas de volver a dormir. Entonces se le ocurrió que Vyrl había invocado mayor número de sus costumbres posesivas que Jax.

Él la miró fijamente.

—Yo no soy tu propietario.

—Nuestras leyes dicen que sí —le dijo—. Si la corporación de un hombre es más de lo que la mujer puede superar, ella se convierte en su propiedad. No es solo en el matrimonio. No podíamos igualar tu alquiler, así que tuvimos que darte el palacio.

—Una corporación no es una dote.

—¿No?

—La palabra deriva del iótico clásico. —Hizo una pausa como si estuviera buscando las palabras exactas—. Quiere decir un grupo que, como tal, posee los mismos poderes, privilegios y responsabilidades que un individuo. Las corporaciones pueden comprar, vender y heredar propiedades.

—Como tú me compraste a mí.

—Yo nunca te consideraría una propiedad.

Aunque ya le había dado razones de sobra para demostrar que lo decía en serio, ella seguía sin estar segura. Incluso ahora, habló con mucho cuidado:

—Es algo casi inaudito que un hombre le ofrezca a una gobernadora una dote que ella no pueda superar. Con una fusión así, la autoridad de él se extiende a toda la provincia. Es la única manera, aparte de heredar el título, en que un hombre puede convertirse en gobernador. El hecho de que tú fueras ya un líder lo convierte en un hecho sin precedentes, por lo que yo sé.

Vyrl sacudió la cabeza.

—La líder de Argali eres tú. Yo te ayudaré si puedo pero tú eres la persona más cualificada para la tarea.

Ella suspiró.

—¿Estarías dispuesto a firmar un contrato para darle validez a ese acuerdo?

—Por supuesto.

Kamoj se preguntó si tendría la menor idea de lo que aquella respuesta significaba para ella. La negativa de Jax a firmar un contrato así era una de las razones por las que su tío y ella habían decidido demorar la fusión Argali Ponteferro.

—Haré que un juez prepare los documentos.

—Muy bien. —Vaciló—. Estaré abajo, en la Cresta.

—¿Te refieres a los campos de tricereal?

—Sí. —Tras cambiar el peso de pierna, añadió—: Le dije a Jak Tager que quería hablar con él.

Kamoj recordaba el nombre. Dazza lo había mencionado durante el viaje en las entrañas del pájaro gigante de metal.

—¿Es un médico?

—Un siquiatra. Un curandero de emociones. —La rigidez que se apoderó de sus músculos tensó su camisa de labor a la altura de sus hombros—. No me hará ningún daño mostrarle algunas variaciones de cosechas en las que he estado trabajando. No tengo que volver a hablar con él si no quiero.

—Me alegro, Vyrl. —Experimentó una curiosa sensación de liberación, como si sus palabras hubiesen levantado un peso que hubiera estado arrastrando. Dejó que sus ojos se cerraran. Fuera lo que fuese lo que Dazza había puesto en aquel frasco, estaba

empezando a cubrirla como una manta.

—¿Kamoj?

Abrió los párpados a medias.

—¿Sí?

—Esta mañana salí a cabalgar con mis guardaespaldas. Vimos gente practicando bailes populares en la aldea.

—Probablemente estaban ensayando para el festival de la cosecha.

—Había algunos hombres.

Ella bostezó.

—Sí. Los hombres hacen la Danza de los Ciervos Cristazures. En esa dan un montón de patadas al suelo. En la Marcha del Lagarto Solar voltean antorchas en el aire. —Sus pestañas volvieron a cerrarse—. También bailan en pareja con las mujeres.

—Entonces, ¿es que aquí es aceptable que los hombres bailen?

—Sí, desde luego —murmuró—. ¿Por qué lo preguntas...?

—Mera curiosidad. —Se inclinó sobre ella y le dio uno de sus cálidos besos—. Duerme bien, hada del agua.

Después, sus pasos se alejaron por el cuarto.

Unas tenues voces se la arrebataron al sueño.

—¿... Kamoj despierta? —dijo Dazza en voz baja. Sonaba como si estuviera al otro lado del cuarto, quizá junto al escritorio de Vyrl.

—No, sigue dormida —dijo Vyrl—. Se ha tomado el sedante que le prescribiste.

Kamoj trató de levantar la cabeza para que supieran que podía oírlos pero un curioso letargo la mantenía medio dormida e incapaz de moverse. Quizá su cuerpo estaba respondiendo a la poción de Dazza de manera diferente a la esperada.

—¿Cómo se ha tomado las noticias sobre sus antepasados? —preguntó Dazza.

—Mejor de lo que lo hice yo en su día.

¿Él? Debía de haber oído mal.

—Es tan irónico que me cuesta creerlo —dijo él.

—¿Irónico? —preguntó Dazza—. ¿A qué te refieres?

Vyrl respondió con voz seca:

—Hace más de cinco mil años, mi familia gobernaba un imperio. El imperio fue destruido en las guerras libradas a causa del comercio de esclavos. Hace quinientos años los descendientes de esos mismos comerciantes convirtieron a mi familia en los esclavos perfectos. Si mi abuela no hubiera escapado, aún estaríamos en sus manos. —Su cabello susurró igual que cuando se pasaba las manos por entre los rizos—. Me encanta cómo me sujeta la cabeza sobre el regazo. Pero ¿cómo puedo volver a disfrutar de ello sabiendo lo que sé ahora, que fue creada para eso, que me ofrecería

el mismo consuelo aunque me odiase?

Eso no es cierto, pensó Kamoj. Nunca había sentido gozo cuando le ofrecía lo mismo a Jax, solo un alivio agrídulce por saber que aquello contribuía a calmar su temperamento. A Vyrl se lo entregaba libremente, con placer, y eso cambiaba las cosas por completo. Quería decírselo pero era incapaz de despertarse del todo.

—No te tocaría como lo hace si no te quisiera —dijo Dazza.

Vyrl suspiró.

—Ojalá la entendiera mejor.

—Su tío nos ha dejado leer los códices de la biblioteca. —La voz de Dazza sonaba pensativa—. La caída del Imperio Rubí supuso una catástrofe para sus antepasados. No sabían cómo dirigir las cosas y, supuestamente, ni siquiera poseían capacidad de pensamientos independiente. Y sin embargo aquí están, cuando muchas de las colonias se han convertido en polvo. Hace tiempo. —La coronel hizo una pausa—. Los genes de Argali deben de poseer cualidades inesperadas. Rasgos que el pueblo de Kamoj debe de haber elegido instintivamente a lo largo de las generaciones. Desciende de cinco milenios de supervivientes.

—Es una maravilla —dijo Vyrl.

—Os parecéis mucho, ¿sabes?

La voz de él se volvió más suave.

—Buenos dioses, ¿eso es un cumplido?

Dazza emitió un sonido que parecía *humpf* y Vyrl se rio. Pero a continuación su tono de guasa se esfumó.

—No entiendo por qué soportaba a Ponteferro. Debía de activar sus respuestas innatas.

—Esa sería la explicación más sencilla. Y desde luego es parte de la verdad. Pero la realidad es bastante más complicada. Su provincia la necesita. Ella antepone el bienestar de su pueblo al suyo.

—Podríamos haberla ayudado.

—¿Como ya lo hemos hecho? —Dazza exhaló—. Nuestra interferencia con esta gente puede ser como echar aceite sobre el fuego, Vyrl. ¿Has pensado lo que pasará cuando establezcamos relaciones formales aquí? Nos hemos ganado la enemistad de un líder importante y posiblemente no podamos solucionarlo. ¿Y ahora qué? ¿Los obligamos a colaborar? Eso les encantaría en la Asamblea. El Partido Moderado ya considera que el MEI está formado por un puñado de belicistas y conquistadores. Este embrollo no nos ayudará.

Al cabo de un largo silencio, él dijo:

—Lo sé.

Dazza siguió hablando con voz más comedida.

—Me doy cuenta de que la ambivalencia de Kamoj hacia Ponteferro es dura para

ti. Pero se conocen desde hace mucho. Por lo que sé, no siempre fue violento. Un refuerzo positivo errático puede ser poderosamente efectivo. Cuanto más le negaba él su amor, más aliviada debía de sentirse ella cuando al fin se lo daba. Por supuesto eso la desequilibraba. Se encontraba en un estado de tensión constante, atrapada en la situación.

Vyrl estaba paseando ahora. Sus firmes pasos se escuchaban en la habitación.

—Odio que se haya salido con la suya. ¿Es que la gente no se da cuenta de cómo es en realidad?

—Ellos ven un líder fuerte. Según parece poseer un don para la organización y la política así como un agudo intelecto. Estoy segura de que Kamoj también vio esa parte de él.

Vyrl dejó de caminar.

—Ella lo odia.

—Odia su crueldad. No a él.

—Maldita sea, Dazza, es lo mismo.

—No, no lo es. —Parecía frustrada—. Quieres que este asunto sea blanco y negro pero no es así. Hay toda clase de grises. Queremos creer que lo único que ella necesita es elegir lo que nosotros consideramos que le conviene y entonces estará perfectamente. ¿Qué más hay que pensar? ¿Que a pesar de todo nuestro poder podemos hacer que la situación empeore si no tenemos cuidado? Es posible, Vyrl.

La voz de Vyrl se tornó fría.

—Si por mí fuera, mataría a ese bastardo.

—Ah, Vyrl. Ni se te ocurra decir eso. —Su voz poseía una cualidad cristalina en medio del aire transparente de la noche—. Kamoj tiene un don para dar. Creo que experimenta verdadero placer al cuidar aquello que ama. Tú. Su tío. Argali. Eso define su visión del mundo. No quiero ni pensar lo que le pasaría si por su causa Ponteferro, alguien a quien cree deber amor pero al que odia en algunos aspectos, sufriera daño.

—Se merece algo mucho mejor.

—Mucha gente no hubiera soportado la tensión con la que ella ha vivido. El que haya conservado su fortaleza de carácter y su capacidad de amar dice muchas cosas sobre su extraordinaria naturaleza.

Con suavidad, Vyrl dijo:

—No quiero que se marche.

—Ni yo —murmuró Dazza.

Sus voces se fueron apagando mientras salían de la habitación. Kamoj se quedó tumbada bajo las mantas, con las mejillas llenas de lágrimas. ¿Por qué tenía que doler tanto el tomar las decisiones correctas?

Un olor a escamas quemadas despertó a Kamoj. La luz primeriza de la mañana parecía sucia. Arrugó la nariz y la peste estuvo a punto de hacer que vomitara. Salió de la cama y corrió a la ventana que daba al sur.

A la izquierda del palacio se elevaban las Montañas Celestes del Este, con los picos cubiertos de bosques prismáticos. Frente a ella se extendían las Montañas Celestes Menores, con sus campos de cultivo, que descendían a continuación, convertidas en colinas boscosas, hacia las distantes llanuras azuladas salpicadas de aldeas y recorridas por ríos semejantes a hebras de plata. Al oeste, las Montañas de Argali descendían formando grandes pliegues hasta, más allá de su vista, llegar a la aldea de Argali.

Un fuego furioso cubría las montañas.

Había incendios en las Montañas Celestes Inferiores y las Montañas de Argali. Las columnas de humo se elevaban sobre los ondulados picos y unas lenguas de aliento de dragón empezaban a amenazar las aldeas de las llanuras. Con horror, Kamoj se dio cuenta de que si los pueblos aledaños de Argali no estaban ardiendo ya, lo estarían muy pronto... y luego la propia Argali.

Bajo sus pies, vibró el suelo. Mientras se sujetaba a la mesa, un pájaro gigante de metal dorado y negro pasó rugiendo sobre la torre y todo el lugar trepidó tras su estela. Se dirigió como una flecha hacia el sur, donde más pájaros, los metálicos plumajes destellando bajo la luz de la luna, sobrevolaban los incendios. Uno de ellos soltó una nube púrpura que se hinchó sobre las llamas. Las ardientes lenguas naranja se acobardaron, retrocedieron y a continuación renovaron sus bríos, implacables en su avance.

Dulce Airys. ¿Por qué no la habían despertado? Kamoj quería bajar corriendo de la torre. Tenía que ir a ayudar. ¿Dónde estaba Vyrl? Estaba segura de que su primer impulso habría sido unirse a quienes estaban combatiendo el fuego, pero puede que la *Ascensión* le hubiese ordenado regresar a la fortaleza del cielo para salvaguardar su seguridad a despecho de sus propios deseos. Ahora la atención de todos estaría centrada en él.

Corrió a su cuarto y se dirigió al armario rosa que contenía su ropa. Mientras se detenía para abrirlo, se vio en el espejo, una joven con ropa interior traslúcida, los pezones delineados contra la seda rosa y una melena salvaje de rizos negros que le caía hasta la altura de las caderas. En su cuello, sus muñecas y sus tobillos brillaban el oro y los rubíes. Apretó los dientes. ¿Collarines y grilletes? ¿Era ese el origen de aquellas preciadas reliquias? Le dolió el corazón al darse cuenta de que nunca volvería sentir la misma calidez cuando se pusiera sus joyas nupciales.

Un tintineo de metal contra piedra llegó a sus oídos desde la otra habitación.

—¿Vyrl? —Regresó al dormitorio principal. Pero seguía vacía. Abrió la puerta del vestíbulo para echar un vistazo al descansillo pero tampoco encontró a nadie allí.

Dentro del aposento, hubo un roce de metal contra piedra.

Intrigada, Kamoj volvió a entrar. Pero siguió sin ver a nadie. Caminó hasta la ventana...

Y se quedó paralizada.

Un garfio de hierro con tres puntas se clavó en el alféizar como una enorme garra de dragón y desgarró la cortina de resplandor. Mientras Kamoj observaba estupefacta, una mano apareció y se aferró a la madera. A continuación una mujer, una fornida arquera con los colores de Ponteferro, apareció ante sus ojos. Con un movimiento elegante se encaramó al alféizar de la ventana.

Kamoj no perdió tiempo haciendo preguntas: giró sobre sus talones y corrió. Al llegar al descansillo, escuchó el ruido sordo de unas botas sobre el suelo de la habitación. Se lanzó escaleras abajo, acompañada por el sonido suave de sus pies desnudos contra los peldaños. ¿Por qué no la había advertido Morlin sobre la presencia de la intrusa? ¿Estaría «desconectado», significara eso lo que significase?

Al final de las escaleras, el cuerpo caído de un anciano mayordomo que probablemente había ido a avisarla sobre los incendios mantenía abierta la puerta que conducía al Salón Largo. Al ver la herida de su cabeza, se arrodilló a su lado. Por fortuna, aún respiraba, inconsciente pero vivo.

El ruido de la persecución, el golpeteo de unas botas sobre la piedra de la escalera, estaba más próximo. Kamoj pasó por encima del mayordomo y corrió por el Salón Largo. Luchando o corriendo no podía ganar a la arquera, que la superaba en estatura y masa corporal, pero conocía aquellas montañas mucho mejor que los hombres de Jax. En cuanto lograra llegar al exterior, despistaría a su perseguidora en los bosques.

Al otro extremo de la sala, un jinete de Ponteferro apareció en la puerta.

—¡No! —Kamoj patinó para detenerse. Se revolvió y vio a la otra jinete, que corría hacia ella desde la dirección opuesta. Las alargadas piernas de la mujer cubrían las distancias muy deprisa. Kamoj corrió directamente hacia ella, tratando de alcanzar la puerta más próxima antes que ella. Lo consiguió y huyó por una habitación llena de muebles dorados y blancos. La broncea luz del sol penetraba por las ventanas, extendidas del techo al suelo, una promesa de fuga. Corrió hacia ellas a toda velocidad...

Alguien la cogió por la cintura. Mientras lanzaba un grito, la arquera tiró de ella y la levantó del suelo. Medio a rastras y medio en vilo, la mujer la llevó de vuelta al Salón Largo, donde el jinete se reunió con ellas. Cuando Kamoj trató de gritar, este le metió una esponja en la boca. Acto seguido, la amordazó mientras la mujer le sujetaba los brazos. Aterrada, Kamoj se debatía en sus brazos. Cada uno de sus enemigos la sujetó por un brazo. Entonces salieron corriendo y ella tuvo que correr entre los dos para que no la arrastraran.

En cuestión de segundos estaban fuera, corriendo por el patio. Allí los esperaba un carromato tirado por cuatro bi-bueyes, enormes bestias de seis patas cuyas escamas despedían destellos a la luz del sol. Kamoj trató de gritar pero con la mordaza en la boca a duras penas lograba respirar.

El jinete se encaramó al asiento del cochero, una plancha de madera dispuesta a lo largo de la parte delantera del vehículo. Kamoj apenas pudo entreverlo mientras luchaba contra la arquera, con una fuerza nacida de la desesperación que de ordinario no poseía. La mujer la arrojó al interior del carromato, entre dos alfombras enrolladas y un rollo de cuerda. Mientras entraba tras ella, el carromato se puso en marcha. Kamoj trató de salir a rastras, pero la mujer la sujetó por la espalda y tiró de ella.

El jinete giró la cabeza con un movimiento rápido mientras sujetaba las riendas de los bi-bueyes.

—Tera, que se esté quieta.

La arquera, Tera presumiblemente, se limitó a gruñir mientras Kamoj y ella seguían peleando. Kamoj le arañó el brazo y le hizo sangre. Entonces Tera le dio la vuelta sobre su estómago y le sujetó los brazos a la espalda. Arrodillada sobre sus piernas, le ató las muñecas con la cuerda. Kamoj trató de gritar pidiendo ayuda pero solo pudo proferir un gruñido amortiguado.

Los bi-bueyes continuaron su morosa marcha, ajenos al tumulto, arrastrando el carromato en dirección a las Montañas Celestes del Norte.

Árboles ancestrales flanqueaban el camino, cubierto de musgo y enredaderas de Argali. Kamoj pensó que el espeso bosque era un escenario apropiado para su miedo. Se oían los siseos de los corniciélagos de escamas negras entre el follaje, mientras buscaban insectos para comer. El eco de sus gritos resonaba por entre los sombríos árboles. A excepción de algún que otro rosal de Argali, los árboles se erguían solitarios, envueltos en sombríos tonos, la iridiscencia de sus escamas apagada por el tiempo desapacible. Estaba cayendo una llovizna, mezclada con una neblina que resplandecía a causa del polvo de escamas suspendido en ella.

Maniatada y amordazada, Kamoj permanecía inmóvil en el carromato, tiritando de frío. Tera había permanecido sentada a su lado desde que se pusieran en marcha, silenciosa y alerta. Al ver que Kamoj tiritaba, desenrolló una de las alfombras y envolvió con ella los hombros de la cautiva. El carromato continuó su marcha, dando tumbos por la estrecha vereda y aplastando trepadoras y rosas bajo sus ruedas.

Kamoj miró el porrón que Tera llevaba en el cinturón. No había comido ni bebido nada desde el día anterior y estaba hambrienta y sedienta.

Tera se percató de que estaba observando su porrón. La arquera habló con un acento de Ponteferro tan marcado que Kamoj apenas pudo entenderla. Sus palabras sonaron algo así como: «¿estás más quieta te si quito el calladero?».

Kamoj asintió, con la esperanza de haber entendido bien: *¿Te estarás más quieta si te quito la mordaza?*

Tera le quitó la mordaza y le sacó la esponja de la boca. Entonces le quitó el tapón al porrón. Apoyó la punta sobre los labios de Kamoj y lo apretó. La boca de Kamoj se llenó de vino. Por mucho que le desagradase la áspera bebida que se destilaba en las bodegas de Ponteferro, estaba sedienta. Vació el porrón hasta la última gota.

Mientras Tera lo guardaba, Kamoj le dijo:

—¿Puedes desatarme? —Le dolían los brazos, por no mencionar lo vulnerable que le hacía sentir.

El cochero respondió algo que sonó como «puede que sí», a lo que Tera respondió: «Léctor, no podemos arriesgarnos a correr». Kamoj ignoraba si *Léctor* era una imprecación o el nombre del jinete. En todo caso, provenía de la contracción de *Fuerza Electromotriz*. Las leyendas retrataban a Léctor como un gran héroe que convertía a los humanos en energía. Kamoj no sabía por qué era una heroicidad convertir a la gente en energía, pero el nombre era muy popular en Ponteferro.

—No intentaré escapar —dijo Kamoj. Era casi sincera; no tenía la menor idea de dónde se encontraban en aquel momento, además de que pasaría mucho más frío en el bosque que allí, acurrucada debajo de una alfombra. Pero no importaba. Haría lo que pudiera por escapar. Era mejor enfrentarse a un bosque helado que al hielo aún más gélido de la furia de Jax.

Sin embargo, no logró engañar a Tera. La arquera no dio señales de que quisiera desatarla.

—Fuera ahí serías turba para rosales de Argali —le dijo.

—Mira —dijo Léctor—. Ese cristazur salvaje otra vez. Tardaría un Año Largo entero en coger esa bestia.

Kamoj miró y vio que un enorme ciervo los seguía, medio oculto entre los árboles. Dudaba de que Léctor tuviera éxito con aquel animal. Puntogrís nunca permitiría que lo montara nadie salvo Vyrl. Y era Puntogrís el que los estaba siguiendo, de eso estaba segura. ¿Pero por qué? Solo la Corriente sabía lo que había pensado el animal el día anterior, cuando el pájaro de metal se había llevado a Vyrl. ¿Había estado vagando por los bosques desde entonces, sin saber si debía o no regresar al Palacio de Cuarzo?

Tera la estaba observando.

—El animal te sigue. —Sonrió, mostrando una dentadura que la costumbre de masticar hojas de cabarco le había ennegrecido—. Hemos cogido a una ninfa del bosque guardada por el rey de los ciervos, ¿eh? —Su sonrisa se esfumó—. O a una bruja si no.

—No habla de Argali de ese modo —dijo Léctor.

Tera respondió algo sobre «negocios turbios» y «Leostelar» a lo que Léctor asintió para mostrar su conformidad.

Sus palabras sirvieron para recordarle a Kamoj la funesta reputación de Vyrl. Nadie confiaba en él antes, y ahora había pisoteado sus costumbres. Por todas las Tierras Septentrionales, todo el mundo pensaría lo mismo: si un extraño podía apoderarse de Argali y humillar a Ponteferro, nadie estaba a salvo.

Kamoj se estremeció, mientras recordaba una ocasión en la que Jax se había reunido con un grupo de granjeros de Ponteferro a los que había ordenado que construyeran un camino. Acudieron a regañadientes. No sentían ningún entusiasmo por aquel proyecto pero Jax había logrado enardecerlos de tal manera que habían empezado a trabajar aquella misma noche. No albergaba la menor duda de que ahora estaría utilizando el miedo y la furia de la gente para que acudieran en tropel a unirse a su ejército, entre ellos personas como Tera, que normalmente trabajaban como guardaespaldas de alguna mujer de elevada cuna. Entonces tendría fuerzas suficientes para proteger Ponteferro y se llevaría el resto consigo. Mientras Vyrl cabalgaba por Ponteferro, Jax estaría allí arriba, en las montañas, preparando sus planes para Argali.

Mientras los bi-bueyes continuaban su morosa marcha, Kamoj reflexionaba. Habían pasado tantas cosas los últimos días que resultaba difícil absorberlo todo. Nunca hubiera esperado que Jax llegara tan lejos. El hecho de estar a punto de verlo le provocaba unos escalofríos que no tenían nada que ver con el viento invernal.

¿Ayudaría la *Ascensión* a Vyrl en su búsqueda? ¿Podrían encontrarla? Ignoraba hasta dónde llegaban sus avanzados poderes. Tera o Léctor desandarían el camino y borrarían las huellas del carromato. Posiblemente Tera. Aunque el nombre derivaba del linaje de los Volterra de Argali, la predilección de esta familia por los viajes lo había desperdigado hacía mucho tiempo por toda la faz de las Tierras Septentrionales. Los Volterra estaban especialmente dotados para resolver problemas que tenían que ver con la orientación. Eran magníficos rastreadores.

Aturdida a causa de la falta de alimento y la bebida, Kamoj se sumió en un sopor incierto, consciente solo del paso de los árboles sobre ella. Por fin, el carromato salió a un claro de alta montaña. Había un campamento delante de ellos, cubierto de niebla, tiendas negras con borlas púrpuras que colgaban de los bordes de los techos inclinados. Se veían jinetes atareados por todo el claro, cortando madera, remendando telas, limpiando armas y cuidando las fogatas. Llevaban botas y prendas de piel para protegerse de la llovizna que arrojaba sobre ellos el cielo encapotado.

Cuando Tera le arrancó la alfombra a Kamoj, el viento helado se le escurrió por entre la ropa interior. Inhaló profundamente mientras contenía un grito de protesta. A continuación, Tera la hizo bajar del carromato. Sus pies desnudos tocaron la tierra helada y gimió. Con las manos atadas a la espalda, perdió el equilibrio y cayó sobre el carromato. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Léctor bajó del carromato y la cogió en brazos. Se puso en marcha en dirección al campamento, con una mano debajo de sus rodillas y la otra debajo de su espalda. Ella apretó los dientes, consciente de todas las miradas que la seguían. El rosa de su ropa interior era la única nota de color del campamento y la seda que llevaba tenía la propiedad de relucir hasta en los días cubiertos. Era como una boya que llamaba la atención sobre su humillación.

Léctor se detuvo al llegar a un gran pabellón violeta de cuyo techo pendían grandes borlas negras. Saludó con la cabeza a los dos jinetes apostados a la entrada. El más alto de los dos le devolvió el saludo, miró a Kamoj un instante y al siguiente apartó los ojos, como si temiese que Jax pudiese verlo incluso allí, fuera. Entonces entró en la tienda. Kamoj estaba tiritando de forma incontrolable y la lluvia le había empapado la ropa.

La entrada de la tienda se abrió y brotó una bocanada de aire caliente del interior. El jinete asomó la cabeza.

—Ahora mismo está con un consejero. Os llamarán cuando termine.

Kamoj se lo quedó mirando, desesperada ahora por entrar en la tienda. ¿Es que Jax pretendía que se congelara?

—Dulce Airys, hombre —dijo Léctor—. Se morirá con este frío.

Otro jinete apareció en la entrada, la abrió un poco más y salió más aire caliente.

—Ya podéis entrar.

Mientras Léctor la llevaba dentro, el calor la fue envolviendo. Cerró los ojos y se odió a sí misma por la gratitud que sentía. ¿Planeaba Jax aquellas cosas o es que simplemente poseía un talento innato para controlar a la gente?

De las paredes colgaban tapices de seda con los colores de Ponteferro: violeta, plateado y negro. El suelo estaba cubierto de alfombras oscuras y en una esquina descansaba una cama de terciopelo púrpura. Sobre el suelo había braseros con rejillas de hierro cuyo calor, despedido en oleadas, distorsionaba el aire sobre las parrillas.

—Por aquí —dijo un hombre. Kamoj conocía esa voz. Jax. Estaba sentado en compañía de un juez a una mesa que había al otro lado de la tienda. Volvió a su reunión sin siquiera saludarla. Quería odiarlo pero lo único que podía sentir en aquel momento era alivio. Ya llegaría la rabia, de eso no tenía duda.

Léctor la obligó a sentarse en un montón de mantas arrugadas que había junto al brasero. Mientras la cubría con estas, ella giró el cuello para mirar a Jax. Para su sorpresa, esta vez sí que la estaba mirando. Al darse cuenta de que lo había sorprendido haciéndolo, enrojeció y se volvió hacia su consejero, que estaba tratando de descifrar un mapa.

¿Tanto lo irrito?, se preguntó.

El calor que despedía el brasero la calentaba y fundía el hielo de sus ropas. Empezó a sentir de nuevo: chorritos de agua corrían por su piel, la chaqueta de Léctor

le arañaba los brazos y la piel impermeable se le pegaba a los muslos. Cerró los ojos y se empapó de la calidez que la rodeaba. Sabía que se estaba desvaneciendo, pero no le importaba. Dejó que la oscuridad se la llevara al olvido.

Estado metaestable (1,3)

Sumida aún en el júbilo soñoliento del despertar, Kamoj buscó a Vyrl a tientas. Solo encontró el aire vacío. Abrió los ojos, levantó la mirada y vio... a Jax Ponteferro.

Su serenidad se esfumó. Estaba tendida en la cama de Jax y ya no tenía los brazos atados. Ellos dos eran las únicas personas que había en la tienda. Estaban a oscuras: la única luz provenía del tenue brillo de los braseros. Ignoraba cuánto tiempo había dormido pero fuera había caído la noche.

Jax estaba sentado en el borde de la cama, apoyado sobre una mano mientras la observaba. Su cabello, negro y lacio, vetado de plata, le enmarcaba el rostro. Vestía como un gobernador, prendas ricas y bien cortadas: una camisa violeta, pantalones de gamuza negra y botas altas del mismo color forradas de piel plateada. Un pequeño puente bordado con hilo de plata decoraba el cuello de su camisa.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó, aún aturdida, al tiempo que trataba de hacerse una composición de lugar.

—Un rato. —Le apartó el pelo de los ojos—. Estabas preciosa mientras dormías. Parecías una rosa de Argali.

Argali. Argali. Los recuerdos regresaron como una riada y se apartó de él con brusquedad.

—La has incendiado.

La sonrisa se desvaneció del rostro del hombre.

—Puede que la próxima vez lo pienses dos veces antes de humillar a Ponteferro.

Kamoj se incorporó con dificultades. Sentía náuseas, más por el conocimiento de lo ocurrido que a causa de su condición física.

—¿Cómo has podido?

Jax la observaba con intensidad.

—Si tu antiguo marido conserva aún algo de sentido común, evacuará las aldeas a tiempo.

¿Antiguo?

—Leostelar y Argali se han fusionado.

Un pequeño espasmo recorrió la mejilla de Jax.

—Estamos anulando esa fusión.

—No puedes hacer eso.

—Por supuesto que sí. —Le acarició los labios con un dedo—. Tengo un regalo

para ti.

El cambio de tema desorientó a Kamoj.

—¿Qué?

—Pretendía que fuera un regalo de bodas. —Hizo una pausa—. Pero te lo daré esta misma noche, aunque no firmaremos los contratos hasta mañana.

Sus palabras no tenían sentido.

—No sé nada de ningún contrato.

La voz de Jax se endureció.

—He descubierto muchas cosas gracias a la delegación de la *Ascensión* que vino a Ponteferro. Ese tal Drake Brockson, el hombre al que llaman un «antropólogo»... Hablamos un buen rato. Está preocupado por lo que llama «nuestra soberanía cultural». Las acciones de Leostelar lo inquietan.

Aunque Kamoj sabía que los jueces de su pueblo respaldarían a Jax en este caso, la *Ascensión* seguía siendo un misterio. Sospechaba que al menos parte de la gente de Vyrl, si no toda, pensaría que las cosas estarían mejor sin el embrollo creado por el matrimonio de su señor. ¿Habrían contribuido a provocar los incendios? No soportaba la idea de que Argali hubiera sido pasto de las llamas.

Jax se supo en pie. La tenue luz proyectaba sombras sobre su cuerpo y le hacía parecer una estatua viviente. Poseía la estatura y el porte de Vyrl pero las semejanzas terminaban ahí. Mientras Vyrl era leonado y estaba vivo como la tierra en otoño, Jax parecía hecho de piedra.

Un cofre de abedul, tallado con figuras de puentes y ríos, descansaba al pie de la cama. Jax se acercó a él y abrió la tapa lacada de color negro. Se incorporó y la observó con una ternura inesperada.

—Hace diez años viajé con algunos de mis jinetes hasta la Costa Termali, donde arriban los barcos. —Regresó a su lado y se sentó de nuevo en la cama—. Le compré esto a un mercader que lo había conseguido en otro continente. —Colocó la caja en las manos de Kamoj y añadió—: Lo he guardado para ti.

En aquellas circunstancias, ¿cómo podía aceptar un regalo de Jax? Pero si rehusaba él podía montar en cólera. Hondamente consciente de que la estaba observando, levantó la tapa. En su interior descansaba un huevo de porcelana sobre un lecho de terciopelo dorado, cubierto con una filigrana de plata parecida a un encaje.

Habló con timidez.

—Es precioso. Pero no puedo aceptar...

Él le puso un dedo sobre los labios.

—Mira dentro.

Pero ella seguía vacilando. Entonces la boca del hombre se puso tensa y ella reconoció las primeras señales de advertencia. De modo que descorrió el cerrojo y

abrió el huevo. El interior estaba forrado de terciopelo dorado y albergaba un destellante juego de joyas: dos pendientes y un largo collar, todos ellos con los motivos de Argali, enredaderas doradas con incrustaciones de rubí en forma de rosas.

—Dulce Airys —susurró—. Son preciosos.

—Eso creo yo. —Jax levantó los pendientes. Le apartó el pelo y los insertó en sus orejas con una desenvoltura que sugería una larga experiencia. Eso le recordó lo mucho que le habían dolido a lo largo de los años los rumores sobre sus aventuras. Sin embargo, sospechaba que de haberse atrevido a mirar a otro hombre una sola vez, él le habría dado una paliza.

Tragó saliva.

—Es muy amable por tu parte ofrecerme un collar tan bonito. Pero no puedo aceptar...

—No es para el cuello. —Apoyó una mano sobre su vientre—. Va aquí. De hecho, con una cintura tan fina como la tuya irá apoyado sobre las caderas. En Termali las mujeres los llevan debajo de la ropa. Es muy bonito.

—Oh. —No quería oír cómo sabía lo que las mujeres llevaban en Termali debajo de la ropa.

Jax depositó el huevo y la caja en el suelo. Dejó que la cadena resbalara por sus dedos hasta que quedó sobre el terciopelo hecha una maraña de oro y rubíes. Entonces volvió a abrir el cofre. Esta vez sacó un cordel trenzado hecho de resplandeciente cáñamo de escamas con borlas en ambos extremos. Se parecía a los viejos cinturones de granja que Kamoj solía llevar, solo que este era una auténtica belleza. El trenzado tenía hebras de oro y bronce, y su superficie había sido espolvoreada con fragmentos diminutos de piedras preciosas.

Jax estaba junto al cofre, observándola con la mirada entornada.

—Mandé que lo hicieran cuando nos prometimos.

Ella no sabía cómo responder. Ni en una década de Años Largos hubiera podido imaginar que Jax fuera capaz de hacerle regalos tan hermosos.

—Eres demasiado generoso.

—¿De veras? —Volvió a la cama y se sentó a su lado de nuevo. Tomó las manos de la muchacha entre las suyas y le puso el cinturón alrededor de las muñecas. Acto seguido, con un tirón repentino, lo tensó—. ¿De veras, hermosa rosa?

Kamoj se encogió mientras la cuerda se le clavaba en la carne.

—Jax, no lo hagas.

—¿Por qué? —Apretó aún más—. ¿Es que lo que tengo para ti no es suficientemente bueno ahora que has catado su riqueza?

—No pretendía decir eso. —Tenía que hacer esfuerzos por conservar la calma—. ¿Qué estás haciendo?

—Darle regalos a mi amada. —Sus palabras estaban muy tensas, como si

escondiesen dolor debajo de la furia—. A la mujer que me humilló en cuanto un hombre más rico le hizo una oferta mejor.

—Tú sabes que no tenía elección.

—Tenías elección. Podías haber dicho que no. —Para asombro de Kamoj, su voz temblaba—. ¿Crees que ha sido duro que te trajeran a mi campamento como una esclava? ¿Cómo crees que fue para mí el ver que te ajabas de esa manera, sabiendo que ibas a estar en la cama de otro hombre después de que yo te había esperado casi toda mi vida? Todo pasó tan deprisa... Un instante estaba impaciente por verte y al siguiente te habías ido.

Kamoj se lo quedó mirando, aturdida por la profundidad de su reacción.

—Lo... lo siento.

—No importa. Vuelves a ser mía. —Apretando los dientes, añadió—: Solo que él te ha tenido primero.

—Jax, por favor...

—¿Por favor qué?

Entonces le dio un bofetón en el rostro.

—¡No! —Con el rostro ardiendo a causa del golpe, Kamoj trató de levantar los brazos para protegerse—. ¡No lo hagas!

Jax mantuvo sus brazos inmóviles con el cinturón trenzado.

—¿Cómo pudiste traicionarme de ese modo? ¿Cómo, Kamoj?

—¡Jax, no! Para. Por favor.

Jax alargó el brazo hacia su bota y sacó un cuchillo que ocultaba en ella.

—El que vuelva o no a ocurrir depende de ti.

—¿Qué estás haciendo? —Trató de apartarse pero él se lo impidió tirando del cinturón que le aprisionaba las muñecas. Con metódicos tajos le soltó las muñecas cortando el cinturón hasta que quedó reducido a un montón de hebras destellantes.

El pulso de Kamoj estaba desbocado.

—Jax...

—No. —La hoja resplandeció mientras él la levantaba frente a su cara. A continuación, le cortó los tirantes de la ropa interior—. No quiero oír una palabra más.

Con la mirada fija en el cuchillo, Kamoj tragó saliva y guardó silencio. Jax la tendió sobre la cama, frente a él. Su daga parecía de hielo mientras iba cortando lo que quedaba de su ropa interior. Ella no veía más que el techo de la tienda. La tela se estremecía a causa de la nevada que estaba cayendo. Del punto más alto colgaba una borla que se balanceaba de un lado a otro. Enfocó la mirada en ella, en un intento por insensibilizar su mente a la ventisca aullante del contacto de Jax.

Una vez le hubo quitado los últimos jirones de ropa, cogió la cadena de oro con las rosas de rubí y se la puso alrededor de las caderas. Acto seguido, se tendió sobre

ella, apoyó el cuerpo sobre el suyo y la obligó a abrir las piernas. El cabello del hombre le cubría el rostro. El aroma de su champú astringente, mezclado con el tufo de su sudor, era muy intenso en el aire.

Kamoj erigió una cúpula de hielo en su mente, un lugar en el que podía esconderse en un frío capaz de insensibilizar. Cuando sintió que se desabrochaba el cinturón, se retiró a la seguridad de su fortaleza de hielo. Él se apretó contra ella y ella envolvió sus pensamientos en nieve. El desgarró, el dolor..., eso le ocurrió a otra persona. La ropa del hombre le arañaba la piel mientras se movía, la hebilla del cinturón se restregaba contra su muslo, adelante y atrás. Se escondió en el hielo.

Cuando todo terminó, él se quedó inmóvil, mientras su respiración iba recobrando la normalidad. Al cabo de un rato se quitó de encima. Se sentó en el borde de la cama, los dos pies, aún con las botas, plantados sobre el suelo, los codos sobre las rodillas y la mirada perdida al otro lado de la tienda, sumido en sus pensamientos. La tenue luz que despedían los braseros dejaba su rostro cubierto de sombras. Entonces se desvistió y dejó las ropas en un pulcro montón sobre una mesilla de noche. Aturdida, Kamoj se preguntó si siempre se quitaría la ropa después o si aquel sería otro de los juegos mentales que urdía con sus emociones. Se refugió en su gélida fortaleza.

Cuando él vio que lo estaba mirando sonrió. Su rostro hermoso era una máscara engañosa que escondía la violencia de su interior.

—¿Curiosa? —Su voz se había tranquilizado. La pasión había fundido la cólera. Cubrió a Kamoj con las sábanas y se metió en la cama con ella y a continuación los tapó a ambos con el terciopelo con olor a jabón. Kamoj sintió un absurdo alivio al notar que las mantas eran de lana de Argali y las sábanas de algodón fragante y no de seda, como si su vulgaridad pudiese amortiguar el impacto de lo que había ocurrido.

Fue entonces cuando empezó a temblar. No podía detener los temblores que sacudían su cuerpo. No sabía por qué. Ya había pasado. Estaba hecho. Y sin embargo, su caparazón se había agrietado y ella se agitaba como una enredadera en una tormenta.

—Está bien —murmuró Jax mientras la abrazaba—. Está bien. —Le acarició el pelo con una caricia ausente—. Puede que Leostelar me haya hecho un favor.

—¿Un favor? —Lo dijo con voz hueca.

—Te tengo dos años antes de lo que esperaba. —Jax hizo que se colocara de costado y se apretó contra su espalda, una amarga parodia de noche de bodas. Se quedó dormido con el pulgar encajado bajo la cadena que le rodeaba las caderas.

Kamoj hubiera querido llorar pero sus lágrimas se habían congelado.

—¡Algo pasa! —dijo Jax—. No despierta.

Otra voz dijo:

—Está cansada, gobernador Ponteferro.

Kamoj abrió los ojos. La luz de la mañana se filtraba a través de las paredes de la tienda. Jax estaba de pie junto a la cama, con aspecto de haberse vestido apresuradamente con lo primero que había encontrado, una camisa púrpura, unos pantalones negros y unas botas del mismo color. Ni siquiera se había abrochado la camisa, que estaba abierta al gélido aire. ¿Estaba tan inquieto por el hecho de que ella no se hubiera despertado? Reconoció al hombre que lo acompañaba: Elixson, un curandero de Ponteferro.

—¿Cuándo comió por última vez? —preguntó Elixson.

—¿Ayer por la noche? —dijo Jax—. No lo sé.

Elixson se lo quedó mirando.

—Son por lo menos sesenta horas. Probablemente más, diría yo. Necesita comida. Jax lo miró con el ceño fruncido.

—Yo he pasado mucho más tiempo sin comer y ni me he dado cuenta.

—Señor, ella solo tiene un estómago. Además necesita dormir. Si la mantenéis despierta toda la no...

—Ya te he entendido —dijo Jax abruptamente.

El curandero enrojeció. Aparentemente se había dado cuenta de que acababa de entrometerse en asuntos privados.

—Sí, señor.

—Puedes irte.

Elixson se inclinó y, acto seguido, se dirigió a la entrada. Mientras levantaba la cortina, Jax lo llamó:

—Curandero.

Elisión se volvió hacia él.

—¿Sí, señor?

Jax se frotó el desarreglado cabello.

—¿Qué debería darle para comer?

El rostro de Elixson se cubrió de alivio.

—Viandas blandas por el momento. Y té. Algo más exótico podría hacer que enfermara.

—Muy bien. Ve a decírselo al cocinero.

Después de que Elixson se marchara, Jax se sentó en la cama junto a Kamoj. Al ver que ella lo estaba mirando, su rostro entero cambió y su tensión se disolvió en preocupación. Por alguna razón, su humor había cambiado. Ella nunca lo había entendido. Le ofrecía violencia un momento y ternura al siguiente, y sin embargo no parecía darse cuenta de la contradicción. A lo largo de los años, se había agotado tratando de cumplir sus expectativas y en ocasiones hubiera llegado a hacer casi cualquier cosa para gozar del fugaz alivio de su meliflua ternura.

Entonces había aparecido Vyrl y le había ofrecido su amor, pero al mismo tiempo había hecho pedazos su futuro. Por mucho que anhelara su presencia, temía que sus hombres y él pudieran traer la ruina a Argali con la misma facilidad con la que un jinete espantaría a una polilla de fuego sin darse cuenta de que la había aplastado. Amaba Argali con todo su corazón y toda su alma pero durante toda su vida su implacable agonía había sido una losa tan pesada sobre ella que había llegado a creer que se quebraría bajo su peso.

—Kamoj, mi dulce rosa —murmuró—. Si te he hecho daño, lo siento.

Tú siempre lo sientes después de haberme hecho daño, pensó. Hasta la siguiente vez. Habló en voz baja:

—Te conozco desde que era niña. Después de Maxard y Dylu, eres la persona que más cerca ha estado de mí, pero odio que me hagas daño. —La voz le falló—. Lo odio muchísimo.

—No quería hacerlo. Pero no me dejaste elección. —La observó con ojos sombríos—. Traicionaste todo lo que habíamos construido. ¿De verdad creíste que me iría sin más?

Ella quería negar sus palabras. Pero la cólera del hombre se había calmado y sabía que el silencio podría mantenerla a raya. Si hablaban, él manipularía la visión de lo que consideraba un agravio y utilizaría las verdades justas para hacer que pusiera en duda su propia valía e incluso la validez de sus convicciones.

De modo que solo dijo:

—Lo siento.

—Que no haya malas palabras entre nosotros. —Le apartó un mechón de cabello de los ojos—. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo hambre.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Parecía haber pasado una eternidad.

—Antes de ayer.

—¿Cuándo te peinaste por última vez?

¿Peinarse? ¿Qué le pasaba a su cabello?

—No lo sé.

—Descansa todo lo que necesites. El cocinero te enviará el desayuno. —La besó y luego se levantó—. Volveré esta tarde.

Kamoj quería permanecer despierta. Cuando dormía se sentía más vulnerable. Indefensa. Pero aun así se quedó dormida antes de que él se hubiera puesto la capa. Despertó cuando una doncella dejó una bandeja con comida junto a su cama. Se tomó los cereales, los rollitos y la sopa, y volvió a dormir.

Unos calambres la despertaron la siguiente vez. Acurrucada bajo las mantas, se apretó el estómago y esperó a que el dolor remitiera. Los ojos se le llenaron de

lágrimas pero las contuvo. Trató de sumirse de nuevo en el sueño, donde ningún dolor la amenazaba.

Cuando despertó de nuevo, la luz había menguado y el techo de la tienda estaba encorvado a causa de la nieve. Los braseros se habían apagado. En las mejillas sentía aire frío pero bajo las mantas seguía estando caliente.

Se dio la vuelta... y vio a Jax, dormido sobre las mantas. Su presencia no la sorprendió: la mayoría de la gente dormía a primera tarde. Pero se le había abierto la capa y llevaba solo prendas livianas. No se había anudado la camisa y su pecho estaba expuesto al aire frío. ¿Es que el frío nunca lo molestaba? Existía gente así, personas a las que el terrible clima no parecía afectar. Vyrl le había dicho que habían sido engendrados así para servir mejor a sus amos. Aquello sugería que Jax descendía, al menos en parte, de un linaje de esclavos. No era de extrañar que la gente de Vyrl temiera a aquellos Comerciantes a los que combatían si Jax era una versión diluida de ellos.

Como un espíritu invocado por sus pensamientos, él abrió los ojos. Durante un momento, la miró sin más. Su rostro se llenó de emociones: alivio, deseo, felicidad.

¿Te hace feliz el verme?, se preguntó. No sabía qué pensar. Él era como una esfera de cristal con preciosos dibujos en su interior que se convertían en patrones severos cuando alguien le daba la vuelta y la miraba desde la dirección equivocada.

Jax no habló. En su lugar, se levantó de la cama mientras se restregaba los ojos con aire soñoliento. Una vez más se acercó al cofre que había al pie de la cama. Pero ahora sacó un montón de ropa de su interior.

Kamoj se incorporó, cohibida, mientras se tapaba el cuerpo con las mantas. La idea de que él la viera desnuda tenía sobre ella el mismo efecto que si se hubiera tratado de un ladrón que hubiera entrado en su casa por la fuerza.

Con satisfacción no disimulada, Jax arrojó la ropa sobre el abultamiento que sus piernas formaban en la cama. El aroma del jabón de especias y la tela nueva la envolvió, fresco y limpio. Pero eso le recordó que se sentía justo al revés.

—Necesito un baño —dijo.

—Como desees. —Se dirigió a la entrada, habló con alguien que había fuera y esperó allí.

Al poco rato apareció una doncella, llevando una tina de agua humeante, una bandeja con jabón y varias toallas colgadas del brazo. Después de que la chica se marchara, Kamoj miró a Jax. Hubiera querido que él se marchara también.

En vez de hacerlo, regresó a la cama y se sentó a su lado.

—¿Qué pasa?

—¿Podrías...? —Se detuvo. ¿La pegaría si le pedía que se marchara?—. Tengo frío.

Jax le tocó el brazo.

—Estás helada. —Mojó una de las toallas más pequeñas en el agua y a continuación la escurrió y la colocó sobre su rostro.

El calor extendió su alivio por la piel de Kamoj. Cerró los ojos y deseó despertar y encontrarse en el Palacio de Cuarzo o en su hogar de Argali antes de que nada de todo aquello hubiera ocurrido. Pero entonces Jax apartó las mantas y el aire helado corrió sobre su piel desnuda.

Cruzó los brazos sobre el torso.

—No tienes que lavarme.

—Lo sé. —Enjabonó la toalla—. Pero me gusta hacerlo. Siempre imaginé que lo haría nuestra noche de bodas, en la bañera de Casa Ponteferro.

Kamoj se mordió el labio, llena de remordimientos. Su noche de bodas. Nunca había pensado que él albergara tan afectuosos pensamientos.

Jax la lavó entera, de la cabeza a los pies, aunque sus manos se demoraron un poco más en su cuerpo. A continuación la secó con una toalla más grande. Escogió una prenda íntima de seda negra del montón de ropa, diferente a cualquiera que ella hubiese llevado jamás, toda encajes y lazos, con un corsé que le levantaba el pecho y le ceñía la cintura. Se lo apretó tanto que ella apenas podía respirar. Luego eligió un vestido de seda del mismo púrpura que su camisa. La tapaba desde el cuello a los tobillos y las muñecas. La falda de volantes se ensortijaba alrededor de sus piernas pero el torso y las mangas estaban tan ceñidos que no podía levantar los brazos. Terminó con unas medias grises hechas de lana de Argali y entonces le colocó la cadena del talle por encima de la lana y le alisó la falda.

Se apartó para apoyarse sobre las manos y examinó su obra.

—Estás preciosa, Kamoj. Los colores de Ponteferro te sientan bien.

Ella trató de no apretar los dientes. La trataba como si fuera una muñeca. Claro que aquello era preferible a su violencia.

Luego le dio un par de botas bajas de ante, con forro de piel plateada. Después de que se las hubiera puesto, la obligó a ponerse de pie y la atrajo hacia sí para abrazarla, envolviéndola con su capa. Le llegaba justo a la altura de los ojos, como un velo de lana de Argali. Como siempre que él estaba de buen humor, sentía un alivio intenso mezclado con otra emoción que le costaba definir. ¿Odio? ¿O era amor? Resultaba muy doloroso. Pero nadie le había prometido nunca que su vida fuera a ser placentera. Le dolía estar separada de Vyrl pero ahora su vínculo parecía irreal, demasiado frágil como para perdurar.

Un repique sonó en el exterior, el golpe de un martillo sobre un pequeño gong. Jax levantó la voz.

—¿Qué ocurre?

Uno de sus jinetes entró en la tienda.

—Han traído los documentos, señor.

Jax señaló la cama en un gesto dirigido a Kamoj.

—Puedes sentarte ahí.

¿Documentos? Inquieta, Kamoj se sentó en el borde del lecho y plegó las manos sobre el regazo. El jinete dejó pasar a dos personas. Reconoció al hombre, un juez de Ponteferro, uno de los consejeros de Jax. La mujer vestía la túnica de una sacerdotisa de Ponteferro. Aunque los dibujos bordados en sus mangas y dobladillos parecían enrevesados jeroglíficos, los códigos les daban un nombre diferente: *Diagramas de Circuitos*.

Jax, el juez y la sacerdotisa se sentaron a una mesa de madera situada al otro lado de la tienda. Sonó un crujido de pergaminos mientras el juez extraía sus rollos. Kamoj estaba mareada por culpa de la fatiga y el hambre, y le costaba respirar a causa de lo ajustado del traje, pero se esforzó en concentrarse en sus palabras. Tenía que saber lo que pretendían.

En primer lugar consideraron la situación legal en la que Jax se encontraba. No existían precedentes para una fusión cancelada con semejante precipitación después de tantos años de inversión. Era algo inconcebible... hasta que había ocurrido. Pretendían alterar la legislación de manera que no pudiera volver a ocurrir. Por mucho que Kamoj fuera consciente de que su pueblo necesitaba esas leyes para impedir que sus vidas fueran trastocadas, no le era fácil asistir impávida a ello.

Hablaron largo y tendido sobre la *Ascensión*. Aparentemente, sus hombres creían que sus leyes también se aplicaban a Kamoj y su pueblo. Sin embargo, ni Jax ni sus consejeros temían represalias. De hecho, parecían considerar a la *Ascensión* como una aliada, aunque cautelosa. Por alguna razón, sus hombres de leyes querían saber si Kamoj había accedido a dormir con Vyrl. Por lo que a ella se refería, su lecho nupcial no tenía nada que ver con los asuntos de la *Ascensión*. Lo que hubiera debido preocuparles era la catástrofe económica que Vyrl había causado en las Tierras Septentrionales al arruinar la fusión de Argali y Ponteferro al tiempo que planeaba abandonar la provincia y a sus habitantes.

Cuando Jax empezó a golpearse la palma de la mano con la fusta, ella reconoció las señales de su furia. No solo estaba dirigida contra Vyrl. Jax no tenía argumentos para censurar a Maxard por plegarse a las demandas de Leostelar, de modo que sus asesores y él empezaron a hablar de otros ejemplos, tratando de hacer que pareciera un incompetente, alguien inapropiado para un puesto de responsabilidad. A continuación la emprendieron con Dylu, cuestionaron su moralidad y consideraron la posibilidad de apartarla de su marido para que no pudiera tener hijos.

Kamoj sabía lo mucho que valoraba Maxard el encontrarse en una posición que podía utilizar para ayudar a la tierra, la gente y la provincia a las que amaba. En eso su tío y ella se parecían. Dylu y Fibca querían tener hijos y habían hecho planes para formar una gran familia. Comprendió el mensaje de Jax: a menos que cooperara, la

gente a la que amaba sufriría.

Cuando pasaron a hablar de Vyrl, estuvo a punto de vomitar. Pretendían acusarlo de haberla violado estando borracho. Los hombres de la *Ascensión* habían traducido el contrato que había leído en su boda. De hecho era un contrato de fusión, un galimatías sobre licencias comerciales, reglamentos de distribuciones zonales, seguros comerciales y propiedades. Según parecía, Vyrl podía ser obligado a someterse a sus cláusulas, que incluían las provisiones para negar una fusión realizada por medios coercitivos.

Tanto Jax como sus consejeros firmaron el documento que anulaba la fusión Argali-Leostelar. Cuando el juez dijo que la *Ascensión* requería también la firma de Kamoj, Jax escribió su nombre. A continuación redactaron los términos de la fusión Argali-Ponteferro y firmaron también este nuevo contrato. Finalmente el juez enrolló los pergaminos y se los guardó en su maletín. Entonces todos se pusieron en pie y hablaron un poco más sobre los jinetes que habían de regresar de Argali con noticias sobre los incendios. Luego, Jax los despidió.

Una vez que Kamoj y él estuvieron a solas, se acercó a ella y sonrió.

—Ya está hecho, mi rosa Kami. Ponteferro y Argali se han fusionado.

Ella contestó con voz suave:

—Ya lo he oído. —Siempre había sabido que este día llegaría, pero nunca había pensado que sería de aquella manera, privada por completo de libertad y autoridad, y mientras Argali era pasto de las llamas. ¿La había engañado Ponteferro todos aquellos años? Puede... pero sospechaba que el momento hubiera sido muy diferente si la *Ascensión* no hubiera sacudido sus vidas. ¿Tenían la menor idea del daño que habían causado? No, eso no era justo. Jax era el responsable de su crueldad. No ellos.

Jax volvió a revolver dentro del cofre. Esta vez sacó un cepillo de plata con cerdas de color rosa. Se sentó a su lado, relajado, como si el apoderarse de sus derechos, su herencia y su cuerpo hubiesen apaciguado su furioso temperamento.

Le mostró el cepillo.

—Cuando tú y yo nos prometimos, Maxard me entregó una pequeña herencia que tu madre quería que te regalaran el día de tu boda. Esto forma parte de ella. —Tomó un mechón de su cabello entre sus manos—. ¿Quieres que te peine?

Ella estaba mirándose las manos sobre el regazo.

—De acuerdo.

Jax pasó largo rato desenmarañándole el pelo y se ocupó de sus trenzas con diestro cuidado. Luego empezó a cepillárselo en largos y lentos movimientos que iban de la cabeza a las caderas. Al cabo de un rato le rodeó la cintura con los brazos y le dio un beso en el cuello.

—Ah, Kami, sé que no soy un hombre fácil pero te quiero de veras.

Kamoj replicó con voz quebrada.

—¿Por qué tiene el amor que crear tanto dolor?

—Si no hubieran venido... —Había apoyado la cabeza contra la de ella—. Si se hubieran quedado lejos de Balumil...

En el exterior, volvió a tañer el gong. Jax gruñó entre dientes y entonces exclamó:

—¿Qué ocurre?

—Un jinete ha regresado desde Argali —respondió una voz—. Dice que es urgente que hable con vos.

—Será mejor que lo sea —murmuró Jax. Se acercó a la entrada y abrió la cortina de un manotazo—. Que pase.

Un jinete de Ponteferro entró en la tienda y se inclinó. Lanzó una mirada de soslayo a Kamoj, aún sentada sobre la cama y enseguida se volvió hacia su señor.

—Os suplico que me perdonéis por haberos molestado, gobernador. Pero creí que debíais saberlo. Han apagado los incendios. Leostelar se dirige hacia aquí.

—¿Los incendios ya han sido apagados? —preguntó Jax—. ¿Todos ellos?

—Sí, señor. Son los pájaros de metal. Arrojan un líquido que se traga las llamas.

Jax arrugó el entrecejo.

—¿Cómo nos ha encontrado Leostelar? Tera ocultó las huellas.

—Monta en ese cristazur salvaje. El animal espíritu.

Eso cogió desprevenida a Kamoj. ¿Puntogrís había recogido a Vyrl? Nunca había oído hablar de un cristazur que hiciera semejante cosa.

—¿Cuántos hombres lo acompañan? —preguntó Jax.

—Diecisiete jinetes. El resto marcha hacia Ponteferro. —El hombre entornó la mirada—. Una mujer va con él también.

—¿De veras? —Jax esbozó una leve sonrisa—. ¿Una criada?

—No lo creo. Una mujer mayor. De pelo cano y angulosa. Nada bonita.

Jax asintió.

—Has hecho bien. Prepara mi montura y ordena que sesenta jinetes se preparen para marchar.

Después de que el hombre se hubiera marchado, Jax se volvió hacia Kamoj.

—Vaya. Ya viene. Antes de lo esperado pero demasiado tarde aun así.

—¿Vas a dirigir a sesenta hombres contra diecisiete? —Kamoj sabía que la *Ascensión* nunca permitiría que Vyrl arriesgara la vida pero no podía apartar una imagen de sus pensamientos: Vyrl, herido por una flecha o espada, agonizando y desangrándose hasta morir.

—Sesenta jinetes y tú. —Jax utilizó una voz engañosamente suave—. No te confundas, Kamoj. Dejarás que Havyrl Valdoria vea que eres mi legítima y fiel esposa. Si alguna vez llego a creer que piensas otra cosa, lo lamentarás terriblemente. —Movié la fusta que empuñaba—. Y si alguna vez tratas de regresar a su lado, haré algo más que quemar Argali. Verás morir a Maxard y Dylu.

Derecho de interrogatorio
Estado de tres partículas

Kamoj se quedó mirando a Jax. Helada de repente, lo rodeó con sus brazos.

—Haré todo lo que tú quieras. Pero no le hagas daño a nadie.

—Eso depende de ti. —Se quitó la capa y la arrojó sobre una silla. Acto seguido, se acercó a otro de los cofres y sacó de su interior el cinto de la espada. Kamoj se preguntó de qué serviría un arma como aquella contra las defensas de la *Ascensión*. Pero eso no importaba. Jax ya había derrotado a Vyrl utilizando las propias leyes de la *Ascensión*.

Ojalá hubiese rechazado la fusión con Leostelar. Los hombres de Vyrl nunca le hubiesen permitido atacar Argali aunque él hubiese querido hacerlo, cosa que ahora dudaba. Pero ¿cómo podía haberlo sabido? Cada una de sus acciones había sido un mensaje que, a los ojos del pueblo de Kamoj, era una amenaza.

Jax la llevó a la entrada. Mientras levantaba la cortina, se puso tensa. Ambos vestían prendas muy livianas y la camisa de Jax seguía sin abrochar, dejando el pecho al descubierto.

—¿No necesitas tu capa? —le preguntó.

Él la obligó a avanzar.

—No haría más que estorbarme.

En el exterior, el cielo se cernía sobre ellos como una cubierta de peltre. Kamoj se encogió al sentir en sus carnes una ráfaga de aire helado. El campamento estaba lleno de gente atareada. En una fogata, una sierva le servía una bebida humeante a un jinete. Esbozó una sonrisa tímida y apartó la mirada cuando sus manos se juntaron con las de él al coger la jarra. Su pelo rubio sugería que provenía de uno de los distritos más pobres de Ponteferro.

Los padres de Kamoj habían prohibido que el ejército utilizase siervos y Maxard y ella habían mantenido la prohibición. Aunque en teoría tanto Jax como el gobernador de las Islas Celestes del Norte lo toleraban, solo Ponteferro podía permitirselo. La servidumbre solo duraba unos pocos años, pero eso no cambiaba su carácter básico. Después de lo que Vyrl le había contado, Kamoj entendía mejor dónde tenía su origen la práctica y por qué le hacía sentir incómoda. Abandonados a la libertad y amenazados por la inanición, los esclavos habían recurrido a aquello que conocían. Se habían esclavizado unos a otros.

Al otro lado del claro, un grupo de cristazures pateaba el suelo mientras sus

jinetes los atendían. Cuando Jax y ella llegaron a su lado, Kamoj estaba temblando de frío y su aliento brotaba de sus labios en bocanadas de condensación helada y blanca. Un mozo trajo a un enorme ciervo, la montura de Jax, Neblante. El animal sacudió la cabeza. Su cornamenta brillaba como el cristal y las escamas opalinas parecían espectrales en medio de la niebla. Miró a Jax con unos ojos verdes de negras pupilas verticales. La cautela del ciervo hizo que Kamoj se preguntara con qué frecuencia probaría la fusta del amo sobre la flexible piel de lustrosas escamas.

Usando una banqueta baja de monta, Jax se encaramó a Neblante. El cristazur se encabritó y bufó y se aproximó tanto a Kamoj que esta retrocedió de un salto. A un gesto de Jax, se subió a la banqueta. La ayudó a subir al ciervo, a gran altura, y se colocó entre la primera y la segunda excrecencias óseas, de manera que Kamoj pudiera montarse a horcajadas delante de él. Neblante percibió su tensión y se agitó mientras la agitación de Kamoj iba en aumento.

De repente el ciervo se encabritó y levantó las patas delanteras y medias. Entrechocó los cascos partidos, que emitieron notas discordantes. Con el animal apoyado de aquella manera sobre las poderosas patas traseras, Jax y ella se encontraban a gran altura, superior a la estatura combinada de dos hombres altos. Kamoj soltó un grito sofocado y se aferró a los cuernos escamosos del ciervo, los únicos «asideros» disponibles.

Jax la obligó a soltarlo de un tirón mientras con el otro brazo la mantenía sujeta por la cintura.

—¡Nunca cojas a un ciervo de ese modo!

Neblante bajó y el suelo helado se estremeció con el impacto de sus cascos partidos. Antes de que Kamoj tuviera tiempo de recobrar el aliento, el animal volvió a encabritarse, echó la cabeza atrás y enseñó los dientes. Lanzó un grito al cielo, un aullido prolongado y agudo que perforó el sordo día. Entonces hizo entrechocar sus cascos hasta que un clamor se extendió por todo el bosque y Kamoj temió que se hiciera pedazos. No podía mirar abajo, no podía moverse y apenas podía respirar.

Jax mantenía el brazo a su alrededor y sostenía las riendas con la misma mano. Su fuerza era lo único que impedía que saliera despedida del animal. Con la mano libre, le golpeaba los flancos con la fusta.

—¡Hai! —gritaba—. ¡Estate quieto!

El ciervo bajó, se desplazó de lado y penetró en el área que rodeaba a otros cuatro animales. Estos se escabulleron pateando el suelo y aullando con una versión más silenciosa del grito que Neblante había utilizado para desafiar a las nubes.

La llamada de un cuerno de caza remontó el vuelo. Otro cuerno respondió y luego un tercero. Como un solo hombre, el grupo se adentró en el bosque. Su marcha estaba marcada por el intrincado y complejo ritmo del trote a seis patas de los animales. Los jinetes adoptaron la formación tradicional, la mitad frente a Jax, la otra mitad detrás.

Irrespetuoso como siempre con la tradición, Jax empujó a Neblante hacia la cabeza de la comitiva.

Kamoj respiraba entrecortadamente. A medida que se adentraban más y más en los bosques, los sonidos del campamento se fueron apagando. La niebla, enroscada alrededor de los antiguos árboles, amortiguaba los ruidos. El agua formaba goterones en las agujas de los árboles. El polvo de escamas brillaba por todas partes, en el aire, en la niebla, en las plantas. Las enredaderas colgaban por todas partes dando grandes vueltas, se enroscaban en las ramas y se retorcían alrededor de los troncos y los maderos caídos. Entre los árboles crecían helechos escamosos, cuyas cabezas perezosas asentían bajo el peso cambiante de los diminutos lagartos de barro que se aferraban a la cara resguardada de sus hojas. Su movimiento resultaba espeluznante porque no soplaba la menor brisa entre los árboles.

Kamoj vio a los demás jinetes antes de oírlos. Entrevió los destellos de los ciervos y las cotas de discos entre los árboles. Jax gritó una orden y la compañía de Ponteferro se detuvo y se desplegó en un semicírculo de varias filas de profundidad en cuyo centro se situó él.

Como un grupo de seres místicos formados de la misma niebla, la compañía de Leostelar emergió del blanco sudario y se detuvo a veinte pasos de distancia. Las escamas de los cristazures se confundían con las de los árboles. Los colosales guardaespaldas de Vyrl lo flanqueaban, ataviados de negro desde las botas a las gruesas chaquetas. Ambos Jagernautas montaban ciervos lo bastante grandes como para soportar su peso. Ambos se conducían con una desenvoltura que dejó perpleja a Kamoj, una nueva muestra de la facilidad con la que el pueblo de Vyrl se acomodaba a su forma de vida. Dazza y Azander marchaban a ambos lados de los guardaespaldas y los demás jinetes se habían desplegado en un semicírculo mucho más pequeño que el formado por los hombres de Jax.

Ni Vyrl ni sus hombres llevaban máscaras respiratorias. En su lugar, una película resplandeciente, como las cortinas luminosas del palacio, envolvía sus cuerpos. La ropa de Vyrl estaba cubierta de hollín y sus cabellos caían en rizos desordenados sobre sus hombros.

Al verlo Kamoj sintió un gran dolor. Estuvo a punto de caer desvanecida por la fatiga y el hambre. Cada vez que respiraba tenía que luchar con aquella ropa tan ajustada y apretaba los dientes a causa del frío. Vyrl la estaba mirando, con el rostro tan tenso como si estuviese tratando de distinguir una canción lejana entre los árboles. Ella trató de albergar pensamientos plácidos para que él no los captara.

Azander habló:

—Leostelar saluda a Ponteferro.

El jinete situado a la derecha de Jax respondió:

—Ponteferro saluda a Leostelar.

—Leostelar invoca el Derecho a Investigar —dijo Azander.

Detrás de Kamoj, se oyó el cabello de Jax mientras este mostraba su conformidad con un gesto de cabeza. El brazo que la sujetaba por el talle se puso más tenso y movió la fusta hasta que estuvo apoyada sobre el muslo de ella.

—Proceded con la Investigación —dijo el jinete de Jax.

Vyrl se dirigió a ella:

—Kamoj, ¿te fuiste con Ponteferro por propia voluntad?

—No te atrevas a hablarle a mi esposa —dijo Jax.

—Ella no es tu esposa —dijo Vyrl.

—Los documentos se han firmado esta misma tarde —dijo Jax—. Tu contrato ha sido anulado.

Vyrl lo miró fijamente.

—No puedes anular un contrato Imperial.

—Quizá deberías leer tus propias leyes. Una fusión forzada no tiene validez legal.

—Ella quiere quedarse conmigo —dijo Vyrl—. Me lo dijo.

—¿Tienes testigos? —preguntó Jax.

Vyrl la miró.

—Díselo.

No puedo. Kamoj trató de respirar pero el armazón del corsé se le clavaba en las costillas. *Escúchame. Comprende.*

—Debo permanecer con Ponteferro.

El puño de Vyrl se tensó alrededor de las riendas de Puntogrís.

—Dice eso porque te tiene tanto miedo que es incapaz de ser sincera.

—Si has venido a esta Investigación para insultarme —dijo Jax—, no veo razón para continuar con ella.

Dazza habló en voz baja:

—Vyrl, quizá deberíamos...

—No me iré sin ella —dijo Vyrl.

—Podemos discutirlo en privado.

—No.

—Vyrl...

—He dicho que no.

Dazza se apartó el cabello del rostro, haciendo que el brillo de sus manos se fundiera con el de su cabeza.

—Muy bien. La propia Kamoj me lo dijo. Su matrimonio contigo la coloca en una posición casi insostenible. Ha firmado una anulación. Habida cuenta de las circunstancias que rodean a vuestra fusión, ningún tribunal Imperial apoyará tu reclamación de Argali.

—No estoy «reclamando Argali». Solo quiero recuperar a mi esposa.

—La ley no lo ve del mismo modo —dijo Dazza.

—Harán lo que yo diga.

Ella replicó con voz fría.

—Sí, podrías utilizar tus títulos para tomar lo que quieras. Pero esto no es tan sencillo como te gustaría creer. Escucha a Kamoj. Estarías obligando a los tribunales a quebrantar leyes promulgadas para proteger a culturas como esta de esa clase de abusos. Sugiero que medites largo y tendido sobre las consecuencias. Si actúas, tendrás que asumirlas. Y, créeme, Vyrl, si abusas de tu posición de este modo, el cataclismo político que provocarás será terrible.

Vyrl la miró.

—No soy yo el que está quebrantando la ley. —Se volvió hacia Kamoj—. Sé que no quieres estar con él. Díselo Kamoj.

Ella podía oír las palabras de Jax: *haré algo más que quemar Argali. Verás morir a Maxard y Dylu*. Maxard, Dylu, Gallium, Fibca, Argali, su pueblo, su provincia: lo que hiciera ahora afectaría al futuro de todo lo que amaba. Trató de proyectar pensamientos de felicidad, pero su mente no dejaba de recrear la pesadilla de la pasada noche: las manos de Jax sobre sus pechos, o inmovilizando sus brazos sobre la colcha o restregándose contra sus muslos como un gato a punto de echarse a dormir.

—¡Bastardo! —explotó la voz de Vyrl, y Puntogrís se agitó debajo de él, a punto de encabritarse.

Jax habló con voz templada:

—¿Te pasa algo, Leostelar?

Puntogrís trató de avanzar hacia Kamoj pero uno de los guardaespaldas, con un movimiento borroso, sujetó las riendas. Kamoj no sabía lo que había ocurrido. Nadie podía moverse tan deprisa. Vyrl lo insultó y la mano del hombre se apoyó sobre un tubo que colgaba de su cinturón, una de aquellas armas que hacían dormir.

Kamoj vio que dos de los jinetes de Ponteferro intercambiaban miradas. Si Vyrl seguía actuando de aquel modo, Jax no tendría necesidad de desacreditarlo. El propio Vyrl lo haría por sí solo.

Dazza, sin embargo, estaba escuchando.

—¿Qué crees que has captado?

Vyrl habló con voz tensa:

—Proviene del mismo linaje que produjo a los mercaderes. Piensa en ello.

Ella se volvió hacia los Jagernautas.

—¿Habéis captado algo?

El hombre dijo:

—Hay tanta hostilidad entre el príncipe Havyrl y el gobernador Ponteferro que anula todo lo demás.

La jinete asintió.

—La gobernadora Argali está asustada. Pero no sé a quién teme, si a nosotros o a Ponteferro. También está muy enfadada con nosotros.

Jax habló con voz gélida:

—Como extraños que sois, no os dais cuenta del agravio que supone esta discusión. —Hizo una pausa medida a las mil maravillas y a continuación tocó el cabello de Kamoj en un gesto aparentemente tranquilizador—. Por supuesto que mi mujer está preocupada, y más teniendo en cuenta lo que ha tenido que soportar recientemente.

Vyrl lo ignoró.

—No tienes que quedarte con él, Kamoj. Nosotros te protegeremos.

Pero dejaría Argali a merced de la ruina. Kamoj acalló sus sentimientos.

—Maldita sea —dijo Vyrl—. No estás atada a él. Tienes libre albedrío.

—Deja de hostigar a mi mujer. —Jax inhaló profundamente, como un hombre a punto de perder los estribos que estuviera luchando por controlarse. Entonces se dirigió a Kamoj con voz amable—. Lo siento. No parece haber más que una manera de resolver esto. Debo pedirte que hables. —Hizo una pausa—. Con la mujer de la *Ascensión*.

¿Quería que hablase con Dazza? Eso no tenía sentido. La coronel respondió con voz comedida.

—Kamoj, ¿firmaste el contrato con Ponteferro por tu propia voluntad?

—No sé escribir —dijo Kamoj—. Jax lo firmó por mí.

—Eso carece de validez legal —dijo Vyrl.

—¿Entendías los documentos? —le preguntó Dazza.

—Sí —dijo Kamoj. Cuanto más cortas fueran sus respuestas, menos posibilidades tendría de provocar a Jax.

—¿Te opusiste a su firma?

—No.

—¿Te obligaron? —preguntó Dazza—. ¿Te amenazaron? ¿Expresaste en algún momento el deseo de volver con el príncipe Havyrl?

—No. —Solo era la respuesta a la última pregunta. ¿De verdad creían que iba a reconocer esas amenazas delante de la persona que las había formulado y de sesenta de sus soldados armados? Jax tenía más de tres veces más hombres que Vyrl.

—Está demasiado asustada como para decir nada —dijo Vyrl.

Jax habló con frialdad:

—Leostelar, si insistes en violar los procedimientos de esta Investigación, Ponteferro se retirará.

—Kamoj. —Dazza estudió su rostro—. ¿Quieres hablar conmigo en privado?

—No —de repente Kamoj comprendió por qué quería Jax que hablara con Dazza.

Aunque ella sabía que la coronel era el oficial de mayor rango, para los demás debía de ser una incógnita. Las mujeres con autoridad tenían guardaespaldas. Si una mujer realizaba una fusión con un hombre asociado, le ofrecía los servicios de su guardia de honor como parte de la dote, pero solo después del casamiento. Al venir sola con Vyrl y sus jinetes, Dazza se había colocado en la posición de una sierva. Cuando Jax había permitido que interrogara a Kamoj, había socavado la autoridad de Vyrl pues le había arrebatado el Derecho a Investigar a él y lo había puesto en manos de alguien que carecía aparentemente de toda autoridad.

—Kamoj puede hablar con quién le plazca —dijo Vyrl—. No es tuya.

—Por supuesto que lo es —dijo Jax—. Los contratos han sido firmados y esta vez la dote es superior a lo que Argali podría ofrecer.

En cuanto Jax hubo pronunciado estas palabras, Kamoj supo que había cometido un error. No fue Vyrl el único que reaccionó: también Dazza y los Jagernautas se pusieron rígidos.

—Este mundo forma parte del Imperialato Eskoliano —dijo Vyrl—. Puede que no se hayan llevado a cabo los procedimientos formales de asimilación pero está bajo nuestra protección. De acuerdo a nuestras leyes, la esclavitud es ilegal en todas sus formas. Si has firmado un contrato que convierte a Kamoj en una propiedad tuya, te has metido en un lío.

El puño de Jax apretó la fusta con más fuerza.

—No puedes venir aquí y pretender que cambiemos costumbres con miles de años de antigüedad solo porque te convenga. Según tus propios hombres, vuestras leyes establecen que vuestro gobierno colabore con el nuestro para encontrar una solución a los conflictos inter-sociales sin destruir nuestra soberanía cultural. Puede que no te hayas dado cuenta, Leostelar, pero aquí yo soy el gobierno. —Su voz estaba llena de malicia—. En el mismo momento en que te casaste con Kamoj en uno de nuestros templos, según nuestras ceremonias, tras haberle enviado una dote extravagante, te convertiste en su propietario. Se diría que eres tú el que se ha «metido en un lío».

Kamoj no podía seguir escuchando. Conocía a Jax. Se daba cuenta de que su cólera estaba creciendo por debajo de su control. Argali sufriría las consecuencias.

—Jax, quiero irme —dijo.

La voz de él se suavizó.

—Por supuesto. —En voz más alta, dijo—: Ponteferro reclama una Conclusión.

—No pienso irme sin Kamoj —dijo Vyrl.

Dazza habló en voz baja:

—Si no quiere ir contigo, ¿de veras quieres obligarla?

Vyrl miró a Kamoj.

—Podemos protegerte de él. Solo hace falta que lo digas. Tienes alternativas que

no comprendes. —Le falló la voz—. Yo puedo ofrecerte las estrellas. Él solo te ofrece una vida entera de miedo y dolor. Ven conmigo.

—Responde, Kamoj. —Jax movió la fusta sobre su pierna.

—Soy la esposa legítima y voluntaria de Ponteferro —dijo ella. ¿Bastaba con eso? ¿Ahora la dejarían sola? ¿Tenía que morir la gente a la que amaba para que escucharan?

—Podemos protegerte —dijo Vyrl—. Lo único que tienes que hacer es pedirlo.

¿Y cuando tú hayas abandonado a Argali?, pensó. Quería ir con él, pero él tenía planeado abandonar Balumil. Por mucho que desearan lo contrario, no podían cambiar la implacable verdad.

Escondió sus pensamientos imaginando que se sumergían en el fondo de un lago.

—Me quedaré con mi marido. El gobernador Ponteferro.

—No. —Vyrl estaba aferrando las riendas de Puntogrís con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. No.

—Ya tienes tu respuesta —dijo Jax—. ¿Qué esperabas? ¿Que tras verse forzada a pasar unos pocos días con un extraño cuyo único propósito era forzarla, renunciase a una vida entera de compañerismo dedicado?

—Ella nunca quiso casarse contigo —dijo Vyrl.

—¿Es que eres estúpido? —le preguntó Jax—. Ya te ha dicho lo que querías oír. Es a ti a quien teme, Leostelar.

Vyrl miró a Kamoj.

—¿Es eso cierto?

Jax le acarició el pelo como si quisiera confortarla.

—Está bien. Contéstale. Entonces podremos volver a casa.

—Sí —mintió—. Es cierto.

Vyrl la miró fijamente. Entonces su expresión pareció plegarse sobre sí misma.

—Adiós, Kamoj.

Adiós. El eco de la palabra resonó en su mente. *Adiós.*

Vyrl hizo un ademán y su grupo volvió a formarse a su alrededor. Tiró de las riendas de Puntogrís y el animal se movió hacia Kamoj. Sacudió la cabeza, una, dos, tres veces. Ella reconoció el patrón. Muchos cristazures realizaban aquella danza con sus pequeños, para indicarles por donde creían que debían ir.

Vyrl le acarició las corvas y volvió a tirar de las riendas. El animal siguió tratando de moverse hacia ella. La tercera vez que Vyrl tiró, Puntogrís cedió, dio la vuelta con el resto de la compañía y se encaminó a los bosques.

Adiós. Se marchaba. Para siempre. Cuando Puntogrís desapareció entre la niebla, el dolor irrumpió entre los pensamientos entumecidos de Kamoj, tan afilado como un fragmento de cristal. El Dolor de Vyrl. Su dolor.

Detrás de ella, Jax relajó los músculos. Apoyó la frente contra la parte trasera de

su cabeza y susurró:

—Ya está, bella rosa. Ahora podemos volver a casa. Por fin. —Su alivio resultaba casi tangible. Se enderezó y tiró de las riendas de Neblante para obligarlo a dar la vuelta.

Kamoj tragó saliva. A casa. Ya estaba. Vyrl y ella habían chocado y habían salido despedidos.

Unas lágrimas que no quería derramar le ardían en los ojos. Había perdido a Vyrl y a sus sueños. Nunca compartirían sus vidas ni verían crecer a sus hijos. Si tenía un hijo, llamaría padre a Jax...

Si es que Jax permitía que viviera.

Y fue entonces cuando se derrumbó. No sabía si era desesperación o su primer acto de libre albedrío; solo sabía que se había roto por dentro. Se inclinó hacia un lado y volvió la cabeza. Su cuerpo protestaba por cada movimiento: tenía la garganta llena de bilis, sentía alfilerazos en la piel, una agonía latía en su cabeza.

Entonces gritó:

—¡Vyrl! ¡No te vayas!

Amplitud de captura

Jax profirió una imprecación y tiró de Kamoj hacia sí. Un rugido llenaba su cabeza. Espoleado por la fusta de su amo, Neblante corrió entre los árboles como una niebla impulsada por el viento. Jax llamó a Léctor y el jinete se colocó a su lado sin dejar de cabalgar.

—Llévala al escondrijo —dijo Jax. Pasó a Kamoj al ciervo de Léctor sin siquiera frenarse, un movimiento difícil mientras los dos animales huían a la carrera pero que realizaron con la destreza de auténticos expertos. Aturdida por el asombro, Kamoj montó en el ciervo delante de Léctor y se aferró al cuello del animal. Jax obligó a su montura a girar y desapareció como un rayo entre la niebla y la noche cada vez más cerrada.

Léctor cabalgaba a toda velocidad entre los árboles. Al ver que Kamoj estaba tiritando de frío, la cubrió con su capa. ¿Por qué había llamado a gritos a Vyrl? Jax contaba con sesenta jinetes, además de otros cuarenta en el campamento. Ponteferro masacraría a Leostelar. Pero los hombres de Vyrl tenían sus armas. Puede que fueran ellos los que masacrasen a Ponteferro. En cualquiera de los dos casos, moriría gente. No soportaba ser la causante. Su grito de socorro había venido de un lugar tan profundo que no sabía cómo hubiera podido evitarlo. Ahora ella y la gente a la que amaba tendrían que afrontar las consecuencias.

Cuando la luz menguante empezaba a tornar la niebla de un oscuro color perlado, Léctor frenó su marcha y permitió que su montura eligiese su propio camino. Finalmente se detuvo. Mientras desmontaba de un salto, su capa se arremolinó y el gélido aire se aferró a la piel de Kamoj.

El hombre la ayudó a bajar del cristazur y la depositó sobre el suelo.

—No podemos cabalgar más. Está demasiado oscuro.

Ella trató de asentir pero la llovizna que había caído durante el día se había convertido en nevada y estaba tiritando con demasiada fuerza. Al verlo, Léctor se quitó la capa y se la puso alrededor de los hombros. A continuación tocó al ciervo para indicarle que esperara. El cristazur enseñó los dientes, mientras su aliento, denso con un olor especiado, se arrollaba al salir de su hocico y se condensaba en la niebla. Kamoj hubiera querido fundirse con la niebla y poder desvanecerse con la facilidad de aquellas volutas blancas.

Léctor la empujó hacia la oscuridad. Los aromas del bosque húmedo inundaban el

aire, arremolinado y en movimiento a su alrededor. Aun después de haber contraído las membranas de su nariz, Kamoj seguía nadando en un mar de olores.

Se arrebujó en la capa.

—Necesitamos cobijo.

Léctor se inclinó hacia delante.

—¿Eh?

—Cobijo. —Sus dientes castañeteaban por culpa del frío—. Cobijo.

—Sí. —La condujo en torno a un árbol medio arrancado cuyas raíces estaban cubiertas de musgo. Se aproximaron a la amenazante sombra de una ladera hasta que su oscuridad se plegó a su alrededor. Cuando Kamoj extendió los brazos, sus manos tocaron paredes de tierra por las que corrían raíces.

—Mejor será que esperes aquí —le dijo Léctor.

Se quedó quieta y escuchó cómo se alejaba el rumor de sus botas. A unos diez pasos de distancia, una chispa saltó en el aire. Entonces apareció una esfera de luz: Léctor estaba en su centro, con una lámpara en la mano. Se encontraban en un escondrijo con paredes de tierra sostenidas por una celosía de raíces. A la temblorosa luz que proyectaba sombras sobre las paredes, Kamoj pudo ver varias bolsas de comida y una manta en una esquina.

—No está tan mal, ¿eh? —preguntó él.

—Léctor, deja que me vaya —le dijo.

—No puedo hacer eso, gobernadora Argali.

—¿Y si me marcho por mi propio pie?

—Tendría que deteneros, señora. Lo siento. Soy hombre de Ponteferro. No puedo fallarle.

Lo cierto es que ella no había esperado otra cosa. Dudaba que hubiera podido sobrevivir en el bosque por sí sola, en aquella noche helada, después de haber comido solo una vez en los dos últimos días.

Léctor depositó la lámpara sobre un saliente formado por la raíz de un árbol. A continuación recogió la manta de la esquina y la extendió sobre el suelo.

—Para vos, gobernadora.

—Gracias. —Se sentó sobre la manta, agradecida a la solidez del suelo—. ¿Tienes frío?

Léctor se había sentado en una gran roca situada cerca de la entrada.

—¿Eh?

—Frío. —Le ofreció la capa—. ¿No tienes frío?

—Quedáosla, señora, por favor. A mí el frío nunca me molesta.

Como a Jax. A diferencia de Jax, sin embargo, él sí parecía notarlo cuando molestaba a otros. Agradecida por contar con alguna protección frente al aire helado, volvió a envolverse en la capa. Pero nada podía quitarle el frío de saber que había

puesto en peligro la vida de Vyrl. Se sentía atrapada.

Léctor extendió las piernas y se apoyó contra la pared.

—Le diré lo que me hiela la columna vertebral. La magia de esos bosques. Estáis mejor sin Leostelar. Ese príncipe de los demonios os robaría el alma.

Ella movió la capa.

—No creo que sea magia, Léctor. Solo lo parece. Y Leostelar no es el verdadero demonio.

—¿Eh? —Se inclinó hacia delante—. ¿Y quién es entonces?

A Kamoj le falló la voz.

—Yo. Yo soy la causante de estos problemas.

—¿Por qué decís eso? Vos no habéis hecho nada —dijo con amabilidad—. Esta locura terminará. Ya lo veréis.

Ella tragó saliva.

—Te agradezco mucho que digas eso.

—Tengo una hija de vuestra edad. Cuando os miro... —Sacudió la cabeza—. Es la pesadilla de un padre.

El sonido de la tierra rodando entre las hojas les llegó desde la entrada, seguido por el ruido de unos pasos. Léctor se levantó y desenvainó la espada.

—Pasa y llama —dijo una voz de mujer.

—Entrad —dijo Léctor. Envainó el arma y se hizo a un lado para dejar que entraran Tera y otro jinete, seguidos por un hombre más alto.

Jax.

El gobernador de Ponteferro miró en derredor, sin detenerse en Kamoj mientras ella se ponía en pie. Dijo a Léctor:

—¿Habéis tenido algún problema?

—Ninguno en absoluto, señor.

—Bien. —Jax acomodó su musculoso cuerpo sobre una roca. A continuación los soldados se sentaron también, Léctor sobre la roca al otro lado del escondrijo y los demás en el suelo. Ahora que eran cinco personas apiñadas en un espacio tan pequeño, Kamoj permanecía de pie, pegada a la pared de tierra.

Jax observó a Léctor.

—Necesito tu consejo.

El jinete irguió ligeramente los hombros.

—Será un honor.

—Debo elegir un curso de acción —dijo Jax—. Ahora todo ha cambiado. Leostelar insistió en que le dejara hablar con la gobernadora Argali. —Jax emitió un sonido de incredulidad—. Diecisiete jinetes y una vieja bruja, y me amenaza. Cuando di a mis arqueros la orden de disparar fue como ordenar la masacre de unos bi-bueyes.

Kamoj hundió los dedos en la pared. La pregunta, *¿está muerto?*, flotaba en el aire como una neblina.

—¿Qué hicieron ellos? —preguntó Léctor.

Jax se inclinó hacia delante.

—Uno de los guardaespaldas de Leostelar sacó su arma tan deprisa que apenas se veía. Una esencia salió de ella y saltaron chispas en el aire. El árbol al que había apuntado desapareció en una explosión de luz naranja. Los demás soldados de Leostelar sacaron más armas e hicieron explotar otros árboles. —Hizo una mueca—. En el tiempo que un arquero hubiera necesitado para disparar una bola, sus guardias podrían haber masacrado a mi compañía entera.

—Es brujería —dijo Léctor—. La siento en estos bosques.

—Solo parece brujería. —Jax observó a Léctor y luego a los demás—. ¿Alguno de vosotros sabe leer?

¡Hai! Kamoj lo hubiera zarandeado. ¿Cómo podía hablar ahora sobre leer? ¿Vyr! estaba vivo o muerto?

—Yo sé leer y escribir mi propio nombre —dijo Léctor—. Mi mujer también y nuestros hijos. Conozco unas pocas palabras más.

El otro jinete abrió los brazos.

—Yo no sé leer nada.

—Yo conozco mi nombre —dijo Tera.

Jax pareció decepcionado pero no sorprendido. Kamoj se preguntó cómo sería para un hombre de su intelecto vivir en un lugar en el que casi nadie sabía leer y mucho menos poseía una educación. Era un ser lleno de contradicciones, un brillante líder que guiaba su provincia con gran visión pero que al mismo tiempo, convertía la vida de aquellos que lo rodeaban y hubieran podido amarlo en una pesadilla.

—Un códice de mi biblioteca describe armas parecidas a las que han usado los sicarios de la *Ascensión* —dijo Jax—. Se basan en algo llamado «física de partículas». La fuente de la luz naranja es una partícula sub-electrónica llamada abitón, la antipartícula de un bitón. Sea lo que sea esto. Posee una energía potencial de 1.9 eV y una carga de 5.95 elevado a la 25 potencia negativa. Y esta carga se llama *Culombio*. Es igual que el nombre de la familia Amperal, de eso estoy seguro. El arma utiliza un imán de 0.0001 teslas y su acelerador necesita un radio de cinco centímetros. —Levantó la mano con el pulgar y el índice separados por una corta distancia—. Un centímetro es esto.

Los demás permanecieron en silencio y lo observaron, como si sus palabras fueran un encantamiento.

—Si su pueblo cuenta con estas armas —dijo Jax—, es muy posible que posean también otros artilugios descritos en los viejos códices.

—Es un mal augurio —dijo Léctor.

—¿Lo es? ¿O una promesa de futuro? Me gustaría ver más maravillas de esas. — Jax se frotó la barbilla—. Y luego está el idioma de Leostelar. Habla un iótico clásico puro.

—¿Os referís a iotaca? —preguntó Léctor.

¿A quién le importa qué idioma habla?, pensó Kamoj, *dinos lo que ha pasado*.

—Exacto —dijo Jax—. La lengua del templo.

—Pero si ya nadie la entiende —dijo Léctor.

Jax se encogió de hombros.

—Eso es solo porque los glifos ancestrales son diferentes a los que nosotros utilizamos ahora. Las sacerdotisas del templo hablan con un acento diferente al de Leostelar. Me cuesta entenderlas, pero no me ocurre lo mismo con Leostelar.

—Yo no lo entiendo —dijo Léctor.

—Tu dialecto está más apartado del iótico —replicó Jax—. En este lugar el iótico clásico era la lengua de la nobleza, en los tiempos anteriores a la muerte de la Corriente. Probablemente Leostelar lo haya heredado igual que yo, como una reliquia transmitida por las familias nobiliarias. —Hizo una pausa—. Pero no creo que sea la lengua nativa de su pueblo. Petrin me dijo que en la *Ascensión* la tripulación hablaba una lengua que no entendía.

¿Petrin? Kamoj tardó un momento en comprender que se refería al jinete de Ponteferro al que Vyrl había herido, el hombre al que el pájaro de metal había llevado a la *Ascensión*.

—Sin embargo utilizan el iotaca para hablar con Leostelar —dijo Léctor.

—Es su señor —señaló Jax.

—Parece tener autoridad.

Kamoj empezó a relajarse. Seguramente, si Vyrl hubiera muerto, a estas alturas Jax ya lo habría mencionado.

—Es más que autoridad —dijo Jax—. Es valioso para ellos, más allá del hecho de ser su príncipe. Su pueblo nos mataría a todos para protegerlo si fuera necesario. ¿Y cómo pueden moverse tan deprisa? ¿Qué tienen dentro del cuerpo para poder hacer eso?

—Es un mal asunto —dijo Léctor—. Como esa vieja bruja que lo acompaña.

—No utilizan la brujería. Solo conocimientos que nosotros hemos perdido. —El rostro de Jax se llenó de añoranza—. ¿Cómo deben de ser sus ejércitos? A la mente le cuesta concebirlo.

—Yo no soy capaz de imaginármelo, señor.

—Pues tenemos que intentarlo. Hemos de saber contra qué estamos luchando. — Jax miró a Kamoj de soslayo. Aunque ella apartó la mirada, no lo hizo sin ver su dolor, la vulnerabilidad hacia ella que se esforzaba por ocultar cada vez que escapaba a sus defensas.

—Ninguno de los hombres de Leostelar estaba lo bastante cerca para descifrar el estallido de mi esposa —dijo Jax. Cuando levantó la mirada, estaba hablando a Léctor de nuevo—. Pero ha conseguido que la gente de la *Ascensión* decida investigar. Van a enviar un «Árbitro» mañana para reanudar la Investigación. Si no cooperamos, amenazan con utilizar la fuerza.

Léctor frunció el ceño.

—Si tan poderosos son, ¿por qué vacilan en usar la fuerza?

—No quieren empeorar la situación. —Jax se frotó la barbilla—. Según parece, soy uno de los líderes con los que tendrán que tratar cuando emprendan «procedimientos formales de asimilación» en este lugar.

—No entiendo eso —dijo Léctor.

Con voz seca, Jax dijo:

—Ni yo. —Guardó silencio y los jinetes esperaron. Finalmente dijo—: Bien, Léctor, ¿qué piensas?

—¿Señor?

—Dame tu opinión sobre la situación.

—No debéis ceder ante Leostelar. Eso debilitaría vuestra autoridad.

—Eso pensaba yo también. —Jax resopló—. Pero, por la Corriente, hombre, ¿cómo puedo mantener mi autoridad ahora?

—No lo sé, señor. Pero debéis hacerlo.

Una expresión decepcionada cruzó un instante por el rostro de Jax. Aunque lanzó una mirada a los demás, no les pidió consejo. A Kamoj no le sorprendió. ¿Qué podían decirle? Estaba tan por encima de ellos en intelecto y educación que solicitar su consejo hubiera sido como si Vyrl le hubiera pedido a ella que gobernara una nave celeste.

Finalmente dijo:

—Mi esposa y yo permaneceremos aquí esta noche, por si Leostelar decide romper la tregua que hemos acordado y trata de encontrarla. Necesitaré que los tres montéis guardia en la entrada.

—Será un honor —dijo Léctor.

Jax asintió y a continuación los despidió. Una vez que los soldados se hubieron marchado, él siguió sentado en la roca, mirando al suelo y con una expresión ensimismada en el rostro. Finalmente miró a Kamoj.

—Ven aquí.

Ella se le acercó. A pesar de estar tapada con la lana de Argali, seguía tiritando.

—¿Por qué llevas la capa de Léctor? —le preguntó Jax.

—Tenía frío. Me la dio él.

—Delicada Kamoj. —Su voz estaba trufada de amargura—. Preciosa y delicada rosa. De veras soy un necio, pues aún te amo.

—Jax...

—No. —Sacudió la cabeza—. Mañana se te pedirá que firmes el contrato de fusión y el de anulación delante de testigos, con una X dado que no sabes escribir tu nombre. —La miró sin titubear—. Y lo harás, Kamoj. No toleraré más traiciones.

Ella tragó saliva. Temía poner en palabras la pregunta pero necesitaba la respuesta.

—¿Y si me niego?

Con voz tranquila, él respondió:

—Entonces te mataré. Te veré muerta antes de permitir que esos conquistadores me arrebaten lo que me pertenece.

El precio del silencio

Gradiente óptimo

Una voz despertó a Kamoj. Jax y ella habían pasado las últimas pocas horas apoyados contra una pared del escondrijo, dormitando. Ella era incapaz de dormir. Su hambre y su sed habían empeorado aún más. El mero acto de respirar se había convertido en una batalla frente a la tirantez de la ropa. Tenía tanto frío que era como si se le hubiera aferrado a los huesos.

Jax dormía intranquilo. No llevaba capa ni guerrera y aun así no se había cerrado la camisa. El vello de su pecho estaba cubierto por una capa de escarcha. La aljaba, la espada y la vaina de cuero descansaban junto a sus pies.

—Gobernador Ponteferro —repitió la voz. Un jinete esperaba entre las sombras que cubrían la entrada al escondrijo.

Jax se desperezó y se inclinó hacia delante mientras se frotaba los ojos.

—¿Léctor? Pasa, hombre. ¿Qué ocurre?

Léctor se aproximó y se arrodilló a su lado.

—Estabais en lo cierto, señor. Leostelar ha atacado el campamento. Ha habido lucha.

—Imagino que no se habrán producido muertes, por ventura.

—No, señor. No hubo muertos.

Jax se rascó la nuca.

—¿Cuál es la situación?

—Hicimos lo que habíais ordenado y utilizamos la caja mágica que los hombres de la *Ascensión* os dieron.

—¿Alguien respondió?

—En efecto —dijo Léctor—. La *Ascensión* envió un pájaro de metal. Se llevó a Leostelar y dejó a diez de esos grandes jinetes que visten de negro. Ahora están en el campamento.

—¿Diez? —Jax se puso tenso—. ¿Como conquistadores o protectores?

—No lo sabemos. No dicen nada.

Jax lo observó durante un momento.

—Quiero que envíes un mensaje a la *Ascensión*. Diles que he cambiado de idea sobre ese Árbitro suyo y que después de todo acepto su primera propuesta.

—¿Señor?

—Eligieron una mujer. Yo me negué. —Jax se apartó los cabellos del rostro—.

Este es el mensaje: «Su Excelencia, el gobernador de Ponteferro, acepta la primera propuesta de la *Ascensión* como Árbitro. Aunque de mala gana, puesto que en este lugar las mujeres no ejercen de jueces, su esposa dice que estaría más cómoda hablando con una mujer».

Kamoj se puso tensa. Ella nunca había dicho tal cosa. No quería hablar con nadie. Lo único que quería era que todo terminase de una vez.

Después de que Léctor se hubiera marchado, Jax la atrajo hacia sí, la abrazó y se envolvió junto con ella en la capa del jinete. Le habló al oído:

—Estás muy cálida aquí debajo.

Ella se preguntó cómo funcionaría su cuerpo, que parecía calor cuando ella estaba aterida. Ojalá poseyese una misericordia a juego con su fuerza física y su intelecto.

—Por esto es por lo que ha atacado mi campamento —dijo Jax—. Sabe que estoy a solas contigo. —Su voz sonaba forzada—. ¿Cómo lo hace, Kamoj? ¿Cómo es que puede ver mejor que yo lo que hay en tu corazón?

—Capta las emociones. —Que Jax hubiera demostrado aquella vulnerabilidad la había dejado estupefacta. ¿Era consciente de que su voz estaba llena de dolor?

—Sus guardaespaldas también pueden hacerlo, ¿verdad? —preguntó Jax—. Aunque en menor medida.

—Creo que sí.

Las palabras de Jax sonaron a rabia.

—Les daremos más emociones que captar en la Investigación. —Le frotó los pechos con las manos—. Los sentimientos de un marido y su mujer que se aman.

—Jax...

—¿Jax, qué? —Le aferró la mano y la piel se le amorató a Kamoj—. Habíamos construido una vida juntos. Y entonces, en un solo día, tú se lo entregas todo a un extraño que invade nuestras tierras, secuestra a nuestros seres queridos, se mofa de nuestras costumbres y saquea nuestros sueños. —Su voz se endureció—. Me desafiaste al llamarlo. No puedo dejar que pase.

Dulce Airys, no. Mientras él alargaba la mano hacia el cinturón, Kamoj trató de escudarse con las manos. Las ajustadas mangas del vestido le impidieron levantar los brazos pero pronto eso no importó. Jax no quería que ninguna ropa la separase de su cólera. Le mostró el camino de su cinturón, hasta su misma textura. Entonces la abrazó y le mostró su propio camino, unos recuerdos que atormentarían a Vyrl tanto como a él le harían gozar.

Más tarde, cuando él se había quedado dormido, trató de expulsar el dolor de su mente. De olvidar. Ojalá hubiera podido olvidar.

El campamento de Ponteferro apareció bajo la luz neblinosa del amanecer. Había jinetes por todas partes: hombres de Ponteferro ataviados de violeta y plata, hombres

de Leostelar de cobre y azul, hombres de la *Ascensión* de negro.

Jax llegó montado en Neblante, delante de Kamoj. Léctor y Tera, montados en sus propias cabalgaduras, los flanqueaban. Podía imaginarse el aspecto que debían de tener, emergiendo de la niebla prismática, como salidos de otro mundo, antediluvianos en sus ciervos cristazures. El pequeño tamaño del grupo acentuaba su vulnerabilidad frente a la gente de Vyrl, nativos impotentes que venían a someterse a la cólera de un príncipe venido de las estrellas. Kamoj se preguntó si Jax lo habría planeado de aquella manera.

La fatiga le nublabla la mente. En los últimos tres días solo había comido una vez y había dormido unas pocas horas. Sentía el frío en los huesos. Luchaba por llevar aire a sus pulmones y el cuerpo le dolía con cada inhalación.

Había tomado una decisión. Había tratado de mirar el cuadro completo formado por su mundo y lo que había más allá, de ignorar el aturdimiento de su mente y el miedo que Jax le inspiraba. Ahora sabía que si los hombres de Vyrl la separaban de Jax, este no descansaría hasta cobrarse venganza y recuperar lo que consideraba una posesión: ella. Nunca terminaría hasta que Jax estuviese satisfecho o muerto.

Tenía que considerar si la *Ascensión* podía proteger a su pueblo, cada momento de cada día, desde ahora hasta el día en que Jax pasara a mejor vida. Esa cuestión escondía un sombrío futuro para su provincia, cuya existencia quedaría constreñida por la necesidad de contar con la protección de los mismos extranjeros que habían creado la situación que la amenazaba. No importaba lo grande que fuera el poder de la *Ascensión*. Sus formidables armas nunca podrían detener el verdadero peligro, la destrucción del apacible modo de vida que tanto amaba su pueblo. El bienestar de mucha gente descansaba en la afilada frontera entre las atenciones de la *Ascensión* y la implacable venganza de Jax.

Sin embargo, el pueblo de Vyrl podía ayudar al suyo enseñándole agricultura, medicina, construcción y otras cosas. Si se quedaba con Vyrl y este seguía queriéndola, podía hacer mucho por la provincia... al precio de la enemistad entre Argali y Ponteferro. Si se quedaba con Ponteferro, Jax y ella podrían negociar por aquella ayuda como representantes de unas Tierras Septentrionales unidas... pero eso la dejaba en manos de Jax. El pueblo de Vyrl parecía inclinado a ayudar a las colonias descubiertas. Por lo que había oído mientras Dazza hablaba con Vyrl, era muy posible que en este caso estuvieran aún más dispuestos para compensar los trastornos que habían provocado.

Con Ponteferro, su bienestar dependía de la buena voluntad de Jax, pero las Tierras Septentrionales se beneficiaban. Con Vyrl, la prosperidad de las Tierras Septentrionales dependía de la buena voluntad de este, pero era ella la que se beneficiaba. Los lazos de Jax con Balumil eran profundos e indisolubles mientras que Vyrl se marcharía pronto. Si se quedaba con este, no haría más que empeorar una

situación ya precaria de por sí. Si se quedaba con Jax, la marcha de Vyrl mejoraría la situación de todos los implicados.

Y además, la importancia de aquellos acontecimientos rebasaba los límites de Balumil. Había averiguado lo suficiente como para darse cuenta de que podía provocar una crisis en el pueblo de Vyrl si la difícil situación en la que se encontraban allí lastraba sus acciones en otras partes.

Ninguna de las soluciones era ideal. Todas acarreaban problemas. Pero, en conjunto, la fusión Argali-Ponteferro parecía mejor para todos... salvo para ella. ¿Y si tenía un hijo de Vyrl? También para esto había una respuesta, más dolorosa aún. Se lo daría a Vyrl para que lo criase. Si nunca regresaba a Balumil, se lo enviaría. Perder al niño de aquella manera la destrozaría, puede que fuera más de lo que podría soportar, pero era mejor que la alternativa.

Ya tenía sus respuestas. Y aunque fuesen dolorosas, al menos había hecho cuanto estaba en su mano por elegir bien. Vyrl quería que creyese que tenía alternativas, pero ella no las veía. Después de todo lo que había ocurrido, aquella parecía la senda que debía seguir.

Doce soldados esperaban en el exterior del pabellón de Jax, cuatro de Ponteferro, cuatro de Leostelar y otros cuatro de la *Ascensión*. Mientras Jax se aproximaba a la tienda, tres mozos ataviados con pantalones de montar y gruesas pieles salieron a su encuentro. Después de que Kamoj y él hubieran desmontado, se llevaron los animales. Los jinetes de Ponteferro y Leostelar se inclinaron mientras los soldados de la *Ascensión* observaban a Kamoj con perturbadora intensidad. ¿Estaban tratando de captar sus emociones? La privacidad de su propia mente era su último refugio. No los quería allí.

Soy un lago, pensó. Un lago tranquilo. Sin ondas.

Un hombre de Ponteferro habló:

—La Investigación espera.

Jax asintió. Kamoj se preguntó cómo se las habría ingeniado para conseguir que los hombres de Vyrl tuvieran que esperarlo. Un pantano de autoridades en conflicto los rodeaba, complejo e intrincado.

Flanqueados por los jinetes, entraron en el pabellón. Unos braseros calentaban la tienda y el repentino cambio de temperatura hizo que Kamoj sintiera náuseas. Los participantes en la Investigación esperaban sentados a la mesa en la que Jax había firmado los contratos el día anterior. La sacerdotisa y el juez se encontraban ya allí. Los desconocidos llegados de la *Ascensión* también estaban esperando: un hombre de mediana estatura, cabello castaño y maneras de escribano; y una mujer mayor de ojos oscuros, nariz aguilina, cabello negro y canoso y un porte enjuto y esbelto. Cada uno de ellos estaba cubierto por el mismo resplandor de Vyrl. Vestían como Dazza, con monos grises sin más ornamentos que la insignia con la explosión de una estrella

sobre el hombro. Solo Kamoj y ellos no llevaban armas: todos los jinetes portaban espadas y los soldados de la *Ascensión* tenían sus alargadas armas al cinto.

Todos los presentes se levantaron cuando Jax entró. Entonces se oyó un crujido tras ellos. Kamoj se volvió y vio que ocho soldados entraban en la tienda, cuatro de la *Ascensión* y cuatro de Leostelar.

Un hombre de cabello gris hierro caminaba entre ellos.

Era más alto que los jinetes, de constitución poderosa y su rostro parecía tallado en granito. También llevaba uno de los uniformes grises, pero el suyo tenía galones dorados en las mangas. Su presencia llamaba la atención. Kamoj no necesitó que se lo presentaran para saber que aquel hombre tenía autoridad. La fuerza de su personalidad llenaba la tienda.

Vyrl entró a continuación, flanqueado por guardaespaldas, dos enormes jinetes que parecían estar vigilándolo y protegiéndolo a un tiempo. Al verlo, se le aceleró el corazón. Ni Jax ni él hablaron: en su lugar, se miraron a los ojos con una hostilidad casi palpable.

Vyrl no traía armas, atavíos ceremoniales ni cota de discos. Kamoj nunca había visto un atuendo como el que llevaba: pantalones grises con una abertura que recorría de arriba abajo cada una de las piernas y sendos dobladillos, un suéter blanco que hubiera parecido normal de no ser por el cuello alto y plegado y unos zapatos sin costuras visibles. El tejido de los pantalones era tan fino que no se veía la urdimbre. Ella sabía que a una persona le hubiera sido imposible coser una prenda tan perfecta.

En la mesa, la mujer de la *Ascensión* habló.

—Sería mejor que no hubiera armas en la tienda.

Siguió el movimiento de varios pies arrastrados por el suelo, las manos deslizándose sobre las empuñaduras de las armas, el crepitar de los braseros. Kamoj esperaba que Jax se negase. Si sus hombres o él rendían sus armas, Ponteferro cedería la poca autoridad que todavía conservaba.

Para su asombro, Jax se desató el cinto de la espada, se lo tendió a uno de sus jinetes y a continuación les indicó con un gesto que hicieran lo mismo. Tras un silencio incómodo, Vyrl ordenó a los jinetes de Leostelar que se desarmaran. El hombre de la *Ascensión* observaba la escena con una mirada intensa a la que, sospechaba Kamoj, no se le pasaba nada por alto. Cuando se volvió hacia los dos Jagernautas que custodiaban a Vyrl, estos asintieron levemente, en un gesto que demostraba que habían comprendido su tácita orden. Los otros doce soldados se marcharon, pero los guardaespaldas de Vyrl permanecieron allí.

Jax examinó a los Jagernautas y las voluminosas armas que llevaban al cinto, sus «pistolas de antipartículas». A continuación pasó su mirada sobre los demás hombres de la *Ascensión*, en una acusación obvia que no necesitó de una sola palabra.

La mujer de la *Ascensión* habló:

—Teniendo en cuenta las condiciones del arresto del príncipe Havyrl, los Jagernautas no pueden dejar las armas mientras esté a su cargo.

Al oír la palabra «arresto», el rostro de Jax resplandeció de satisfacción. No puso más objeciones. Conociendo su propósito de afirmar su autoridad, eso sorprendió a Kamoj. Lo normal hubiera sido comportarse de manera que diera a entender que esperaba obediencia. Pero claro, teniendo en cuenta la superioridad de los hombres de la *Ascensión* en todo, desde las armas al tamaño físico pasando por la ropa, aquello estaba fuera de lugar. Aquella batalla se libraría de manera más sutil.

Sospechaba que Jax llevaba un cuchillo escondido en alguna parte del cuerpo. Daba igual que un cuchillo no sirviera de nada contra las «pistolas de antipartículas». Lo que a él le importaba era el simbolismo del acto.

Todo el mundo aguardó. Entonces Vyrl tomó asiento a la mesa, al otro lado de Kamoj. Ella se sentó en una silla tratando de ocultar lo mucho que le dolía el cuerpo. El hombre de la *Ascensión* se sentó a su lado, seguido por todos los demás. Hubo un ruido procedente de la puerta del pabellón y los doce soldados volvieron a entrar, ahora desarmados.

Otra persona los acompañaba. Dazza Pacal. Mientras se sentaba a la mesa, el juez de Ponteferro frunció el ceño y dirigió una mirada a Jax. Pero una vez más, este no formuló ninguna protesta. En vez de hacerlo, saludó a la coronel con un gesto de cabeza como si le pareciera perfectamente normal que estuviera presente en una investigación concerniente a su vida personal que no tenía nada que ver con ella. Entre todos ellos, él era precisamente del que menos hubiera esperado Kamoj semejante flexibilidad.

Enjuta y aquilina, la desconocida de la *Ascensión* miró a su alrededor. Poseía una tensa aura de autoridad.

—Soy la mayor Cara Tulain —asintió en dirección al hombre de la *Ascensión*—. General Hamilton Ashman.

Kamoj se quedó helada. Ashman. Ashman. Era el comandante de la *Ascensión*. Aquel era el hombre que había tomado la decisión de dejar a Vyrl enterrado en el cielo.

—Voy a desempeñar el papel de Árbitro en este procedimiento —continuó la mayor Tulain—. ¿Resulta aceptable la decisión para las dos partes?

Jax habló con voz tranquila:

—Ponteferro acepta.

—Sí —dijo Vyrl.

La mayor esperó. Cuando el silencio empezaba a volverse incómodo, dijo:

—¿Gobernadora Argali?

Kamoj se puso tensa. ¿Y ahora qué?

—Mayor Tulain. —Jax la miró de frente—. Un gobernador en la posición de

Kamoj, esto es, en una fusión que representamos ella y yo, puede optar por escuchar en vez de hablar en un procedimiento como este. Yo representaré a los dos.

—En otras palabras, que ella no hablará a menos que él se lo permita —dijo Vyrl con voz chirriante—. Como su propietario.

Jax trató de parecer paciente. Tulain miró a Vyrl y luego se volvió hacia él.

—¿Es eso cierto?

—El príncipe Havryl se empeña en ver nuestras vidas a través del filtro de su propia experiencia —dijo Jax—. Aunque esto es comprensible, dada su condición, no tiene el menor sentido confundir nuestras costumbres con las del pueblo con el que os encontráis en guerra, un pueblo con el que no nos une el menor vínculo.

—Yo no confundo nada —dijo Vyrl.

Tulain le dirigió una mirada de advertencia. Acto seguido, se dirigió a Jax:

—Vuestra disposición a adaptarse a nuestros procedimientos por el bien de la gobernadora Argali no nos ha pasado inadvertida y la apreciamos debidamente. Sin embargo, no podemos proseguir con esta audiencia si ella no participa. —Se volvió hacia Kamoj—. Si deseáis hablar antes en privado con cualquiera de nosotros, también podemos arreglarlo.

Jax le habló con voz apacible.

—Por favor. Habla con libertad.

Kamoj sabía que estaba demasiado cansada y hambrienta y que estaba sufriendo mucho. Jax también lo sabía. Si decía algo que a él no le gustaba, lo pagaría más tarde. Ya había tomado una decisión. Prolongarla no serviría más que para provocar la ira de Jax.

—Aprecio vuestra oferta —le dijo a la mayor—. Pero no necesito conciliábulos privados. No tengo secretos para mi pueblo. —Señaló a Jax con un gesto de asentimiento—. Quisiera que el gobernador Ponteferro nos representase a los dos.

—Me opongo —dijo Vyrl.

—Ella tiene derecho a pedirlo —dijo Tulain.

—¿Pero qué demonios os pasa a todos? —dijo Vyrl—. ¿Es que no veis que le tiene miedo?

—Quizá no sea a mí a quien teme —dijo Jax.

—Al infierno —dijo Vyrl.

La mayor levantó una mano. Le dijo a Kamoj:

—En esta Investigación os encontráis bajo la protección del Mando Espacial Imperial. Nadie puede obligaros a hacer nada que no queráis. —Con voz más gentil añadió—: ¿Entendéis lo que os estoy diciendo?

—Sí —dijo Kamoj. ¿Por qué todo el mundo le hablaba como si fuera una niña? ¿Es que no podían verla como una adulta?

—Lo único que tenéis que hacer es pedirlo —dijo Tulain—. Pero la solicitud

debéis realizarla vos.

—Lo entiendo. —Kamoj no quería su protección. El precio era demasiado elevado.

—¿Aún queréis que el gobernador Ponteferro hable en vuestro nombre? —preguntó Tulain.

—Sí.

Vyrl profirió un sonido de irritación.

—Mayor, no confía en nosotros.

Tulain observó a Kamoj.

—Podemos protegeros. No dejaremos que nadie os haga el menor daño. —Hizo una pausa—. Y eso incluye tanto al príncipe Havyrl como a vuestro marido.

—Él no es su marido, maldita sea —dijo Vyrl. Tulain se volvió hacia él.

—Sería preferible que abordáramos la cuestión por medio de los procedimientos propios de una Investigación.

Vyrl frunció el ceño pero no dijo nada más. Ashman los estaba observando con penetrante atención, dejando que sus hombres sondearan mientras él analizaba. Kamoj sospechaba que era, con mucha diferencia, el hombre más peligroso que había en la tienda.

El asistente de Tulain depositó un libro-caja de color negro sobre la mesa y lo abrió. Contenía un fajo de documentos. Tulain levantó el primero de ellos.

—La cuestión es —dijo— si estos contratos fueron firmados voluntariamente por Kamoj Quanta Argali o no. Su firma es de vuestro puño y letra, gobernador Ponteferro.

—Kamoj no sabe leer ni escribir —dijo Jax.

—¿Está ella al corriente de que firmasteis en su nombre?

—Por supuesto. Se encontraba aquí cuando discutimos el asunto.

—El príncipe Havyrl afirma que su consentimiento fue forzado.

—El príncipe Havyrl se equivoca.

Conforme las preguntas continuaban, la escena se fue volviendo cada vez más borrosa para Kamoj. Solo podía pensar en comer y dormir. Pero la Investigación se prolongó. Discutieron cada detalle de su vida desde el día en que Vyrl la viera en el río. La imagen que se iba formando estaba distorsionada pero no era falsa. Ella había dicho que temía la fusión Leostelar-Argali. Ella le había quitado la máscara a Vyrl en el carruaje. Él había olvidado su nombre, e incluso el hecho de que se habían casado.

A continuación vinieron los testimonios del personal del palacio. Los sirvientes de Vyrl superaron con creces lo que demandaba la lealtad. Una vez tras otra expresaron su devoción hacia él. Hablaron de las magníficas condiciones en las que trabajaban, de salarios que les permitían sacar a sus familias de la pobreza, del talento de Vyrl para la agricultura y la ganadería, de sus innovaciones en la rotación de

cultivos, de la inteligencia que había demostrado al utilizar diminutos lagartos volantes para proteger las cosechas. Dijeron todas estas cosas en tono afectuoso. Aunque Jax guardaba silencio, Kamoj sentía que su furia iba en aumento. No había contado con algo así.

Pero todos los testimonios titubearon al referirse a su afición por la bebida, a su carácter sombrío, a sus noches atormentadas. Y al llegar al matrimonio con Kamoj, los titubeos se convirtieron en auténticas sacudidas.

Tulain leyó los comentarios de la doncella que había ido a ayudarla la mañana después de su vida. «Parecía tan asustada», había dicho, «tan vulnerable. Y se aferraba a una muñeca. Una muñeca. Como una niña pequeña. Sé que su Alteza es una buena persona, estoy segura. Pero esto... No sé qué decir».

En el silencio que siguió, Jax dijo:

—Kamoj y yo no íbamos a casarnos hasta dentro de dos años.

—Bajo las leyes de nuestro pueblo —dijo Tulain—, no podría hacerlo hasta dentro de siete. Son casi ocho de vuestros años cortos.

—¿Qué? —dijo Vyrl mientras se inclinaba hacia delante—. ¿De qué estás hablando?

Jax resopló.

—Puede que necesites aprender tus propias leyes, Leostelar.

Vyrl lo ignoró y se concentró en Tulain.

—Puede contraer matrimonio de por vida a partir de los veinticinco años.

—Exacto —dijo Tulain.

—Pero si es mayor que eso.

Gracias, pensó Kamoj. Aunque estaba equivocado con respecto a su edad, al menos la trataba como a una adulta.

Todos los demás lo miraron. Finalmente, Dazza dijo:

—Vyrl, Kamoj tiene dieciocho años.

—Eso es imposible —replicó él—. Miradla. Hablad con ella. Es una mujer adulta.

—Su gente fue sometida a tratamientos de ingeniería genética para que madurara físicamente a mayor velocidad —le dijo Dazza—. De ese modo su vida útil de esclavos sería más larga. Ese rasgo se manifiesta en Kamoj. Es adulta desde hace años. Como gobernante de Argali, ha tenido que afrontar más responsabilidades que muchas personas que le doblan la edad. Y en esta cultura la gente se casa joven. A Kamoj se la considera mayor para ser una novia. Pero legalmente es una niña.

Vyrl se recostó en su silla. Al mirarlo, Kamoj sintió su derrota. Él sabía que lo estaba observando. La miró de soslayo y enrojeció, como si creyera que también ella estaba pensando que era un monstruo. Si le abría su mente, puede que captase lo que de verdad sentía por él. Pero él nunca había parecido capaz de captar sus emociones

en su totalidad, solo de forma fragmentaria, y lo que sentía en aquel momento, más que nada, era cansancio.

Después de un silencio incómodo, Tulain levantó un documento azul y se volvió hacia Vyrl.

—Esta es una transcripción de vuestra conversación con la coronel Pacal antes de que salierais a montar con la gobernadora Argali. —La examinó ya continuación leyó—: «Mírala. Mi esposa. Una joven granjera con el aspecto de una virginal diosa del sexo y lo único que pide es una vida sencilla, un marido que no la pegue y la libertad de pasear por el bosque».

Jax se puso tenso y Kamoj tuvo la impresión de que no estaba actuando. Probablemente las palabras de Vyrl lo habían ofendido, pero no por las mismas razones por las que todos los demás parecían incómodos. Jax consideraba que tenía derecho a pegarla.

—No es lo que parece —dijo Vyrl—. Estaba borracho.

—También dice que vuestro jinete, Azander, tenía un moratón que le hicisteis al golpearlo. —Tulain lo observó—. ¿A qué os referíais exactamente con «un marido que no la pegue»?

—Dioses, mayor, estaba sufriendo un ataque cuando golpeé a Azander. Si quiere saber a qué me refería, preguntadle a él. —Apuntó a Jax con el dedo—. Él cree que está en su derecho de pegarla. En la cama, nada menos.

Jax se puso en pie.

—No pienso tolerar que se hable de mi mujer de ese modo.

Vyrl lo imitó.

—Ella no es tu mujer.

—Caballeros, siéntense —dijo Ashman.

Jax exhaló. Acto seguido, asintió en dirección a Ashman.

—Mis disculpas, general. —Se sentó, dejando a Vyrl de pie. Al cabo de un momento, este hizo lo propio.

Kamoj odiaba aquello. Jax estaba consiguiendo poner a Vyrl en evidencia. Ni Tulain ni Ashman parecían dispuestos a hablar en defensa de Vyrl y ella no se atrevía. Sin embargo, Dazza podía hacerlo. Se volvió hacia ella y le dirigió una mirada suplicante.

Dazza pestañeó. Entonces se volvió hacia el Árbitro.

—Mayor Tulain, hay una manera bastante sencilla de determinar la veracidad de al menos parte de las acusaciones que están siendo formuladas o sugeridas por las dos partes.

—Continúe —dijo Tulain.

—Podría examinar a Kamoj —dijo Dazza—. Si la han maltratado, lo sabré. Y posiblemente pueda determinar quién es el responsable.

Jax se puso tenso.

—Mi mujer ya ha sufrido bastantes indignidades a manos de vuestros hombres. No pienso tolerar más.

Vyrl se inclinó hacia delante.

—¿Acaso tienes miedo de lo que puedan descubrir?

—¿Por qué no le preguntamos a Kamoj? —dijo Tulain.

Kamoj apretó los dientes. No quería que nadie la tocara. La idea de ser «examinada» resultaba repulsiva. Lo único que quería era que Dazza saliese en defensa de Vyrl para que no acabase pareciendo un monstruo.

—¿Por qué no la dejáis tranquila? —dijo Jax—. ¿Es que no ha soportado ya bastante?

Tulain observó a Kamoj.

—Gobernadora Argali, no vamos a obligaros a que os dejéis examinar. Pero tenéis ese derecho. Si se demuestra que habéis sido maltratada, la naturaleza de esta audiencia podría cambiar.

—¿Cómo? —preguntó Kamoj.

—Por el momento —le dijo Tulain— la única prueba que apoya la afirmación del príncipe Havyrl de que el gobernador Ponteferro ha utilizado medios coercitivos es que los sirvientes de su palacio fueron maniatados, amordazados y golpeados. El gobernador Ponteferro afirma que sus hombres se vieron obligados a hacerlo porque trataban de evitar que escaparais. El sistema de red del palacio no estaba en funcionamiento y en ese momento no estábamos vigilando el palacio. Nuestra atención estaba concentrada en los incendios y el príncipe Havyrl.

Ahora todos la estaban mirando: general, coronel, mayor. Demasiados títulos. La sacerdotisa fruncía el ceño y el rostro del juez de Ponteferro se había endurecido.

—He elegido quedarme con Ponteferro —dijo Kamoj.

Vyrl le habló con mucha suavidad.

—Kamoj, la pasada noche gritaste pidiéndome ayuda. ¿Por qué? Si querías quedarte con él, ¿por qué me llamaste?

—Debiste de confundirte —dijo Jax.

—Todos la oyeron.

El Árbitro intervino.

—Príncipe Havyrl, vos sois el único que afirma haber entendido sus palabras.

—¡Maldita sea! —Vyrl dio un puñetazo sobre la mesa—. Lo oí porque ella lo dijo.

Jax suspiró.

—Lo que mi esposa gritó fue un juramento. Siento que te cueste tanto aceptarlo, Leostelar. Oíste lo que tu mente sobreexcitada quería oír, no lo que ella dijo en realidad.

Mientras Vyrl se ponía en pie, acalorado, la mayor dijo:

—Príncipe Havyrl, os lo ruego. Vuestros estallidos no os ayudan en nada.

Vyrl apretó los puños. Pero entonces se sentó. Kamoj era incapaz de enfocar la mirada. La habitación se estaba desvaneciendo a su alrededor.

El juez de Ponteferro habló:

—La gobernadora Argali ha afirmado que desea permanecer con su marido. ¿Qué más necesitáis para dejar de atormentarla? La única razón por la que se prolonga esta Investigación es que Havyrl Leostelar se niega a aceptar la verdad. Él es el único que la arrastró a su cama sin su consentimiento.

Sonó un tintineo metálico y Azander se presentó. El Árbitro lo miró de soslayo, se volvió hacia los demás y al ver que nadie ponía objeciones, se dirigió a él:

—¿Sí?

—Siento irrumpir de esta manera —dijo Azander—. Pero quisiera ofrecer mi testimonio.

Jax parpadeó. Lo mismo hicieron todos los demás. Kamoj se preguntó lo que estaba haciendo.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Tulain.

—Cuando el príncipe Havyrl estaba al borde de la muerte en el gran pájaro de metal, la gobernadora Argali habló por él. Los convenció de que lo llevaran a casa en vez de a la *Ascensión*.

Tulain asintió.

—Sí, eso figura en tu testimonio.

—No es exactamente como en ese pergamino que habéis leído antes —dijo Azander—. A la gobernadora Argali le importaba que lo trataran bien. Se preocupaba por él.

Dazza habló al Árbitro.

—Sé a qué se refiere, Cara. Y tiene razón. Yo también lo he visto. Kamoj ha hecho milagros con el príncipe Havyrl y ha llegado a partes de él que nosotros nunca habíamos podido tocar. Su bienestar parecía importarle de manera sincera.

—Por supuesto que sí —dijo Jax—. Kamoj se preocupa por todo el mundo. Esa es una de las muchas razones por las que la gente la quiere tanto. —Su voz se endureció—. El que Leostelar se aprovechara de esto no excusa su comportamiento.

Vyrl se puso rígido pero esta vez logró controlarse. Ninguno de los otros parecía saber cómo responder. Ni siquiera Kamoj. Nunca se había dado cuenta de que Jax la veía así. Él dejaba que pensara que la menospreciaba para así mantenerla atrapada entre las dudas y el deseo de complacerlo.

Ashman se dirigió a Vyrl:

—¿Sabías que era así?

—No cuando me casé con ella —respondió Vyrl.

Se quedaron mirando el uno al otro, enzarzados en una guerra personal que, sospechaba Kamoj, debía de haber empezado mucho antes de que ella conociera a Vyrl. Finalmente, este se levantó. Sus guardias se pusieron tensos y varios de los jinetes de Ponteferro se llevaron la mano al cinto en busca de una espada que ya no llevaban. Vyrl los ignoró a todos, se alejó y solo se detuvo al llegar junto a un brasero situado al otro lado de la tienda.

Se volvió y miró a Ashman.

—El Mando Espacial Imperial no ha escatimado esfuerzos para hacerse conmigo. Ha llegado a hacer cosas impensables. ¿Por qué? ¿Porque soy un gran líder? ¿Un miembro vital del MEI? ¿Un brillante estratega? No. Porque soy un telepata Rubí. Así que, ¿por qué todos cuestionáis mis palabras cuando os digo lo que esa cosa —señaló a Jax— le está haciendo a Kamoj?

—Porque lleváis meses sumido en catatonia telepática —respondió Ashman.

Dazza habló en voz baja:

—Vyrl, ella es la primera persona a la que has respondido desde que subiste a bordo de la *Ascensión*. ¿Cómo puedes estar seguro de tus reacciones?

Vyrl bajó el brazo.

—Estoy seguro. —Miró a Dazza—. Tú sabes cómo pueden afectar los malos tratos a una persona. Mira a los rehenes o los prisioneros de guerra. Dales el tiempo suficiente y acabarán «eligiendo» lo que tú quieras. Él ha tenido años para establecer sus cimientos y está trabajando con una persona manipulada genéticamente para responder a su influencia. ¿Es que no ves lo que le está haciendo?

—Tú eres el único que ha captado algo sobre abusos. —Señaló a los guardaespaldas con un ademán—. Ellos no.

—No son telepatas Rubí.

Ashman se volvió hacia los Jagernautas, que se habían aproximado a Vyrl.

—¿Qué estáis recibiendo de ella?

—Fatiga —dijo el primero de ellos—. Quiere que la Investigación termine.

El segundo asintió.

—Está resentida por la presencia del MEI en este lugar.

Eso es cierto, pensó Kamoj. Dulce Airys, necesitaba dormir. Se levantó muy despacio, consciente de las miradas de todos los presentes. El mundo se estaba volviendo gris y se inclinaba. Apoyó las manos sobre la mesa para no caer redonda. Se inclinó hacia delante y dijo:

—Reclamo la conclusión de este procedimiento.

—¿Kamoj? —preguntó Vyrl—. ¿Qué te ocurre? —Mientras empezaba a acercarse a ella, los demás se pusieron en pie.

En el mismo instante en que Ashman decía: «dejadla tranquila, Valdoria», Tulain preguntó:

—Gobernadora Argali, ¿necesitáis ayuda?

Y Dazza dijo:

—¡Dadle espacio para respirar!

Kamoj los miró. Entonces se le ocurrió que si no comía pronto, iba a morir.

Consentimiento

Dispersión de tres partículas

La mesa estaba pasando frente a los ojos de Kamoj. Jax la sujetó mientras perdía el equilibrio. Apoyada sobre él, oyó voces, algo sobre Elixson.

—¡Que esa bruja no se le acerque! —dijo Jax.

—Ponteferro, no seas necio —replicó Vyrl—. La coronel Pacal es una curandera mucho mejor que cualquiera de los que hay en este campamento. Deja que la ayudemos.

—No la toquéis, que nadie la toque.

Mientras Jax la cogía en brazos, la oscuridad se apoderó de sus pensamientos. Le dolía todo el cuerpo. Entonces el fresco aroma de su cama la envolvió. Alguien había lavado las mantas. Se encogió mientras trataba de olvidar la última ocasión que había yacido allí. Eso hizo que quisiera plegarse sobre sí misma. Jax era una mancha imprecisa sobre ella, en medio de una niebla oscura. Trató de ver algo pero la niebla se fue haciendo más y más densa hasta que lo cubrió todo.

Un cambio sobrevino en los tonos de las voces. Con esfuerzo, arrancó a su mente del sopor. Jax y Vyrl se encontraban a escasos pasos de distancia y sus voces subían de volumen.

—... piensas que puedes tomar todo cuanto quieras —dijo Jax con voz áspera.

—Ese problema es tuyo, Ponteferro, no mío. —Vyrl se adelantó con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

—No me amenaces. —Jax le puso las manos sobre los hombros y le dio un empujón.

Se arrojaron el uno encima del otro y se trabaron como dos luchadores. Mientras peleaban, entrelazados, Vyrl cerró las manos alrededor de la garganta del otro. Jax retrocedió tambaleándose y cayó con estrépito sobre la mesa en la que se había celebrado la Investigación. Una lámpara se volcó.

Los Jagernautas también se estaban moviendo. Uno de ellos sujetó a Vyrl y el otro a Jax y trataron de inmovilizarlos. De un tirón los apartaron, el uno sujetando a Vyrl por los brazos, el otro abrazando a Jax.

Vyrl profirió una imprecación mientras trataba de librarse de la presa del soldado. Por un instante, Jax pareció demasiado estupefacto hasta para hablar. Entonces empezó a tirar, tratando de conseguir que el gigante le soltara los brazos, un movimiento que hubiera dado buen resultado con un jinete, de haber sido este tan

estúpido como para sujetarlo. Para el Jagernauta no supuso diferencia alguna. El hombre de la *Ascensión* solo lo soltó cuando dejó de debatirse.

—No tenéis derecho... —Kamoj no sabía muy bien a quién se refería: a Jax, a la *Ascensión*, o a todos ellos. Jax había ido demasiado lejos y los hombres de Vyrl querían rescatarla de una crisis que ellos mismos habían provocado. Trató de levantarse pero su cuerpo no le respondió.

La cama crujió. Entonces alguien le levantó la cabeza y la apoyó sobre su regazo. Giró sobre sí misma y vio el rostro de Jax encima de ella. Tal como ella le había acariciado tantas veces las sienes, lo hacía ahora él. Arrodillado a su lado, le sujetaba la cabeza sobre las piernas y le ofrecía consuelo con un ritmo innato en sus genes. A ella no se le pasó por alto la ironía: respondía al dolor que había provocado, como descendiente de los propietarios, ofreciéndole el alivio que, como descendiente de los poseídos, había nacido para dar.

Tenía un moratón en la cara, donde Vyrl le había golpeado, y un agujero en el hombro de la camisa. Vyrl se encontraba al pie de la cama, flanqueado por sus dos gigantescos guardaespaldas con sus armas de antipartículas.

Jax levantó la mirada hacia Ashman.

—¿Por qué no regresáis todos a vuestras naves estelares y nos dejáis solos?

El general replicó:

—Tendréis que permitir que mi doctora examine a la gobernadora Argali.

—No —dijo Jax.

Kamoj tragó saliva.

—Jax, no me siento bien.

Le acarició el cabello.

—Elixson se ocupará de ti.

—Necesita comer —dijo Elixson.

—Ya le he dado de comer —dijo Jax—. Justo después de que habláramos.

Elixson lo miró.

—Mi señor, la Corriente os ha dotado de una resistencia muy superior a la de la gente normal y por ello podéis pasar más de un día sin comer, caminar en medio de la nieve sin advertirla o cabalgar durante días sin descanso. Vuestra esposa es una joven vigorosa, pero comparada con vos, es tan frágil como cualquiera. Debéis aprender a tenerlo en cuenta. Ella tiene que comer cuatro veces al día y por lo menos dos de ellas deben ser comidas completas. Debe dormir de noche y debe llevar ropas cálidas cuando vaya a exponerse al mal tiempo.

Dazza intervino con una voz tan helada como el día en el exterior.

—Gobernador Ponteferro, el hambre y la exposición a los elementos se consideran métodos de coerción.

—¿Y no llamáis coerción a lo que los vuestros están haciendo? —Jax miró a su

alrededor—. ¿Enviar a Argali una corporación que yo no podría reunir ni aunque trabajara toda mi vida? ¿Jugar con el futuro de las Tierras Septentrionales como si no fueran nada? ¿Atacar mi campamento durante una «tregua»? ¿Amenazarnos con vuestras armas y vuestra «asimilación»?

—Nada de eso justifica vuestro comportamiento para con Kamoj.

Has dejado que me congele a propósito, pensó Kamoj con una cólera que era como hielo. Jax se había sentido atacado por los hombres de Vyrl, con razón, pero había respondido tratando de controlarla a ella. Dudaba que pudiese admitirlo siquiera ante sí mismo; su falta de sensibilidad hacia las necesidades de los demás provenía de su incapacidad de apreciar su propia superioridad física. Pero a ella le resultaba fácil creer que había utilizado instintivamente el frío, la falta de alimento e incluso sus dificultades para respirar para controlarla en una situación que se le había escapado de las manos.

—Necesito tiempo —dijo Kamoj. Su pésima condición afectaba a su capacidad de pensar. Escuchaba los ruidos del campamento, el bufido de un cristazur, el rumor de unas pisadas. Se sentía como si su mente se hubiera dissociado de su cuerpo.

Dazza se quitó el cinturón. O no, no todo el cinturón, sino solo una parte. Cuando pasó la mano a lo largo de la tira, se había convertido en un tubo flexible.

La coronel se dirigió a Jax.

—Esto dispara una aguja que contiene una droga. No os causará ningún daño pero os hará dormir inmediatamente.

Varios jinetes de Ponteferro hicieron ademán de acercarse a ella. En cuanto se movieron, Ashman hizo una seña a los guardaespaldas de Vyrl y estos avanzaron también.

Jax sacudió la cabeza para indicar a sus jinetes que retrocedieran. Sus caras se llenaron de alivio. Kamoj sabía que hubieran defendido a Jax si este no les hubiera ordenado que se detuvieran, pero tenían muy pocas posibilidades frente a los Jagernautas.

Jax se volvió hacia Dazza y le habló con palabras llenas de amargura:

—De modo que habéis mentido cuando dijisteis que no llevabais armas. ¿Por qué no me sorprende este engaño?

Ella no respondió. Se limitó a levantar el tubo adormecedor. Con un movimiento brusco, Jax extrajo un objeto metálico de su bota... y le colocó el cuchillo a Kamoj en el cuello.

—Solo podrás tenerla —le dijo a Vyrl— cuando esté muerta.

Todo el mundo se quedó inmóvil. Entonces habló Dazza con tono cauto:

—No le hagáis daño.

—Kamoj, incorpórate —le dijo Jax.

De algún modo logró ponerse de rodillas sobre la cama. Se movió con mucha

precaución, no solo para no provocar a Jax sino porque temía a los Jagernautas. Aun con su asombrosa velocidad, no serían capaces de alcanzar a Jax antes de que la acuchillase. Pero entonces lo cogerían... y Vyrl le quitaría la vida. Así se lo había dicho a Dazza: *Si por mí fuera, mataría a ese bastardo.*

En el pasado, ella le había deseado la muerte en varias ocasiones. Su propia capacidad para odiarlo la sorprendía tanto como la crueldad de él. ¿Iba a provocar ahora su asesinato? Nunca podría vivir sabiendo que para escapar de Jax se había convertido en lo mismo que él.

Si escapaba.

Él la colocó entre sus piernas, de manera que los dos estuvieran arrodillados, la espalda de ella apoyada contra su pecho. La parte plana de su daga le helaba la piel del cuello a Kamoj. Cuando cambió de posición, la punta le hizo un arañazo. Vyrl permanecía al pie de la cama, observando, el rostro tenso, los puños apretados. Sus guardaespaldas aguardaban a ambos lados, con las manos en las armas, en una postura que sugería que estaban a punto de actuar. Miraron a Ashman pero este sacudió levemente la cabeza. No.

La mayor Tulain habló:

—¿Qué queréis de nosotros, gobernador Ponteferro?

—¿Dónde está Baldarin? —preguntó este.

—¿Quién es Baldarin?

—El arquero de Ponteferro que disparó al príncipe Havyrl —dijo Jax—. Lo manteníais prisionero en Argali a la espera de la decisión de «presentar cargos» o no. ¿Dónde está ahora?

—Sigue en Argali —dijo Tulain.

—¿Qué hay de los incendios? —preguntó Jax—. ¿No lo evacuasteis con todos los demás?

—Argali no se ha quemado —le dijo Tulain—. Solo se perdió una de las aldeas limítrofes. Apagamos todos los demás incendios.

Jax resopló con incredulidad.

—Es verdaderamente asombroso lo que podéis hacer. Apagar los incendios en un abrir y cerrar de ojos, volar sobre el cielo, curar heridas mortales en un día. No somos nada para vosotros, apenas un puñado de antiguos esclavos salvajes. —Su voz se endureció—. Quiero saber qué significa eso de «presentar cargos».

—Es parte de nuestras leyes —dijo Tulain—. Si el príncipe Havyrl decide presentar cargos contra el arquero, el hombre será juzgado por intento de asesinato.

Kamoj sintió que Jax se volvía hacia Vyrl.

—¿Vas a presentar cargos?

—No —respondió Vyrl—. Puede marcharse. A donde quieras.

—Bien. —Jax se volvió hacia el Árbitro—. Sin embargo yo sí que querría

presentar cargos.

Tulain se puso tensa.

—¿Contra quién?

—Contra el príncipe Havyrl Torcellei Valdoria —le dijo Jax—. Por el intento de asesinato de mis jinetes la pasada noche, cuando atacó este campamento en mitad de una tregua. También quiero elevar una protesta a vuestras autoridades civiles por el modo en que el príncipe Havyrl y vuestro MEI han tratado a mi pueblo. —Señaló la mesa—. Quiero que la evidencia de esta Investigación forme parte de la reclamación.

—Vuestro testimonio está siendo grabado —le dijo Tulain—. De modo que vuestras acusaciones figurarán en el registro oficial.

—Eso no basta. —Señaló a Vyrl—. Todos haríais lo que fuera para protegerlo. Sin alguna garantía, mis palabras nunca saldrían de esta tienda.

El general Ashman estaba totalmente concentrado en Jax. Su rostro no ofrecía indicio alguno sobre sus pensamientos, aparte de una tensión impasible que inquietaba a Kamoj mucho más de lo que lo hubieran hecho la cólera o la frialdad.

—Tenéis nuestra garantía —dijo Tulain.

Jax resopló.

—¿Igual que en la tregua de anoche?

—Esta Investigación está siendo grabada —le dijo ella—. Os haremos entrega de copias de la grabación y de un sistema de red para comprobarlas así como del equipo necesario para ponerlos en contacto con quienquiera que queráis que os represente en el caso.

—Eso no basta —dijo Jax—. ¿Cómo puedo estar seguro de que no prepararéis vuestras máquinas para que se rompan una vez tengáis lo que queréis?

—¿Qué es lo que queréis que hagamos? —preguntó Tulain.

—Cuando vuestros hombres devolvieron a mi jinete a Ponteferro —dijo Jax—, vino una delegación con él, que incluía a un hombre llamado Drake Brockson. Me dijo que forma parte de una organización que representa a mundos como el nuestro en la Asamblea Imperial para asegurarse de que no son maltratados. Quiero contactar con él. Quiero que me represente.

—El profesor Brockson es un antropólogo, no un consejero legal —respondió Tulain—. No puede representaros.

—Entonces encontrará a alguien que pueda hacerlo —dijo Jax. Ashman intervino:—No.

Vyrl se volvió hacia él.

—¿Qué?

—No pienso someterme a una amenaza —dijo el general.

—Maldita sea, Ashman —dijo Vyrl—. No está bromeando. Matará a Kamoj.

—La respuesta es no.

Jax movió el cuchillo sobre el cuello de Kamoj.

—Tenéis quince segundos para contactar con Brockson.

Tulain lo miró.

—¿Mataríais a vuestra propia esposa? ¿La mujer por la que habéis emprendido esta lucha? ¿No supondría eso una derrota completa?

—Nueve segundos —dijo Jax.

—Si muere —dijo Tulain—, no tendréis nada.

—Siete segundos.

—¿Estáis dispuesto a perderlo todo? —le preguntó Tulain—. ¿Vuestro reino, vuestro título, vuestra libertad, posiblemente hasta vuestra vida?

Jax volvió la hoja de modo que la punta quedó apoyada sobre una gran vena del cuello de Kamoj.

—Un segundo.

—¡Ashman, hágalo! —le espetó Vyrl—. Ahora.

Jax se detuvo, rígido contra la espalda de Kamoj. Ashman y Vyrl se miraron, enfrentados en una batalla que, Kamoj lo sabía, llevaba librándose desde antes de que Vyrl y ella se conocieran. ¿Quién poseía la autoridad, el príncipe prisionero de una antiquísima dinastía que supuestamente no gobernaba ya, o el líder del ejército que había servido a aquella dinastía y ahora controlaba un imperio?

Sin dejar de mirar a Vyrl, Ashman ordenó con voz seca:

—Mayor Tulain, contacte con Brockson. Que le transmitan la transcripción de esta Investigación.

Kamoj estuvo a punto de vomitar de alivio. Jax movió el cuchillo y apoyó la parte plana de la hoja sobre su cuello.

Tulain se puso en contacto con la *Ascensión* utilizando su libro-caja. Mientras observaba cómo «enviaba los archivos», Kamoj sentía una especie de desapego difuso, como si fuese una observadora situada en un lugar lejano. El cuchillo formaba una barra de hielo contra su garganta. Nadie habló. Nadie se movió.

El golpe vino de un lado.

Kamoj entrevió al extraño Jagernauta en un extremo de su campo de visión mientras este se deslizaba bajo el borde de la tienda. Jax debió de verlo también. Ocurrió exactamente lo que había temido: en el preciso instante en que el Jagernauta se precipitaba sobre el área abierta que precedía a la cama, Jax se lanzó hacia atrás, con el brazo alrededor de la cintura de Kamoj. A pesar de su velocidad mejorada, el Jagernauta no fue lo bastante veloz para alcanzarlos; en lugar de coger a Kamoj, su mano se cerró sobre la manga de Jax y desgarró la tela. El hombre disparó también un arma adormecedora, pero Jax se estaba moviendo y erró el tiro.

—Mentiroso —escupió Jax a Ashman mientras se disponía a hundirle el cuchillo a Kamoj en el corazón...

—¡NO! —gritó Vyrl. En aquel mismo instante, Tulain dijo:

—¡Esperad! Brockson está transmitiendo su respuesta.

Jax se quedó helado, con la punta del cuchillo pegada al pecho de Kamoj.

—¿Y?

Una voz de hombre habló:

—Gobernador Ponteferro, aquí Drake Brockson. Me encargaré de vuestro caso y os conseguiré representación legal.

Kamoj vio la mirada agria de Ashman. Según parecía, Brockson era un hombre de palabra.

Jax debía de haberla visto también. Habló con voz cansada:

—Bien. —Entonces soltó el cuchillo.

El arma cayó delante de Kamoj, sobre su cama. Sin soltar aún la cintura de Kamoj, Jax cayó hacia delante y apoyó su cabeza contra la de ella.

—Lo siento —le dijo en voz baja—. Por si sirve de algo, no hubiera podido hacerlo. Nunca podría haberte matado.

Se apoyó sobre ella y se meció adelante y atrás, un movimiento ritual que Kamoj conocía bien, pues ella misma se había sumido en él en ocasiones. Dazza los observaba con expresión extraña, como si lo que veía le estuviera rompiendo el corazón. Levantó el tubo adormecedor y se produjo el esperado siseo. Aunque Jax se puso rígido, no protestó.

Cuando Kamoj sintió que su peso cedía sobre ella, supo que se había quedado dormido.

Ashman se volvió hacia Vyrl.

—Dijisteis que hablaba en serio.

—No estaba seguro —dijo Vyrl—. No podía correr el riesgo.

—Maldita sea, Valdoria. —Ashman tenía aspecto de querer estrangularlo—. Con Brockson en el caso será imposible echar tierra sobre el asunto. ¿Os hacéis una idea de las repercusiones políticas que tendrá este embrollo?

—¿Qué hubierais querido que hiciera? —le espetó Vyrl—. Vos mismo lo dijisteis. He estado en catatonía telepática. No podía estar seguro de que no iba a matarla.

Aturdida, moviéndose ahora por instinto y casi sin pensamiento consciente, Kamoj se apartó de Jax y se deslizó tras él. Entonces colocó la cabeza del hombre sobre sus rodillas, igual que él había hecho antes con la suya. Al ver que empezaba a darle un masaje en las sienes, todo el mundo dejó de hablar y se volvió hacia ellos.

A Vyrl parecía estar partiéndosele el corazón. Avanzó un paso.

—Kamoj, no es necesario que hagas eso.

Kamoj acunaba la cabeza de Jax, ensimismada. Su fatiga había superado toda descripción y su hambre era tan intensa que la vaciaba.

Mientras Vyrl se sentaba en la cama, Dazza le advirtió:

—Déjala.

Vyrl sacudió la cabeza.

—Necesita...

—Valdoria, no seáis idiota —dijo Ashman—. Volved a tocar a esa chica sin su consentimiento y yo mismo os arrojaré al calabozo.

Vyrl miró a Ashman como si estuviera a punto de golpearlo. Pero se puso en pie y se apartó de Kamoj. Las palabras de Ashman resonaban en la mente de esta. *Consentimiento. Consentimiento. Consentimiento.*

—La gobernadora Argali necesita comer —dijo Elixson.

—¿Podéis traerle algo? —dijo Dazza—. Un poco de caldo, si tenéis.

Elixson habló con un jinete y el soldado se marchó. La entrada de la tienda se meció tras su partida, adelante y atrás, adelante y atrás...

Kamoj se tambaleó. El brazo se le estaba quedando insensible por tener que sostener la cabeza de Jax. Se movió y la colocó en otra posición.

—Dioses, no —susurró Dazza.

Uno de los Jagernautas habló con voz aturdida:

—Debe de poseer un increíble control mental. No había detectado su dolor.

Confundida por sus palabras, Kamoj trató de enfocar la mirada sobre Dazza. La coronel le estaba mirando el brazo. Bajó la mirada y vio que la cabeza de Jax, al moverse, le había subido la manga por encima del codo. Allí, a la vista de todos, estaba su vergüenza, los moratones y magulladuras que recorrían su piel.

Vyrl se volvió hacia Ashman.

—¿Y ahora me cree?

Dazza se sentó en la cama y habló con cuidado.

—Kamoj, deja que te ayudemos.

—Aún no ha terminado —dijo Kamoj.

—No os tocaré ni a ti ni al gobernador Ponteferro sin tu permiso —dijo Dazza—, pero si me dejas, puedo curarte esas heridas. —Tragó saliva—. Y todas las que tengas.

—¿Y luego?

—Ven con nosotros, Kamoj, te lo ruego.

A sus propios oídos, la voz de Kamoj sonaba como si viniera de muy lejos.

—Nada se resolverá. Jax seguirá enfadado y aún más decidido a vengarse. Vyrl se marchará. Argali seguirá estando en peligro. La gente a la que quiero perderá la vida de todos modos.

—Dejaremos soldados —dijo Dazza—. Tantos como necesites, aunque tengamos que situar guarniciones armadas en todas las provincias.

—¿No lo veis? —le preguntó Kamoj—. Seremos vuestros prisioneros. Como niños. Nunca hemos tenido una guarnición. Hemos vivido sin necesitarla durante

cinco mil años.

—Lo siento de veras. —Dazza la observaba con insoportable compasión—. Al menos déjame que te ayude ahora. Deja que te cure.

—Me dolerá. —Kamoj no se refería solo al dolor físico sino a otro que desgarraría la identidad de su alma a gran profundidad. El mundo estaba cambiando de un modo que ninguno de ellos podía detener.

—Puedo anestesiar tus heridas —dijo Dazza—. Lo mismo que te hice en el pie la otra noche. No sentirás nada.

—Sí. Haced eso.

—Tenemos que separarte del gobernador Ponteferro.

—No.

—No le haremos daño.

—¿Qué le pasará?

—Solo está durmiendo —dijo Dazza—. Lo dejaremos aquí con su curandero. Pronto despertará.

Kamoj se volvió hacia Vyrl.

—No debes matar a Jax.

—No quiero matarlo —dijo Vyrl, aunque su expresión sugería otra cosa. Se sentó en la cama, ignorando la mirada de advertencia de Dazza, y se dirigió a Kamoj en voz baja—. Si pudiera echarme todo tu dolor sobre los hombros, lo haría gustoso. No puedo cambiar lo que ya ha ocurrido. Pero puedo prometerle que haré lo que esté en mi mano para que no vuelva a ocurrir.

Kamoj quería creerlo. Pero la investigación había revelado otra verdad dolorosa. Los hombres de Vyrl nunca abandonarían Balumil, ni aunque ella se quedase con Jax. No se limitarían a ayudarlos a plantar las cosechas y levantar nuevas casas para luego dejarlos solos. Eligiera lo que eligiese, las Tierras Septentrionales nunca volverían a ser las mismas. El mismo día que los hombres de Vyrl habían llegado allí, Balumil había cambiado para siempre. Podía lamentar la desaparición de su modo de vida, pero era tan incapaz de detener los cambios como de arrojar a la *Ascensión* de los cielos.

No existía solución. Entendía demasiado poco sobre el pueblo de Vyrl para encontrarla.

¿Qué iba a hacer entonces?

Su historia con Jax definía su vida. Los rasgos genéticos que les habían impuesto a sus antepasados debían ahora impulsarla a aferrarse a él, a no cuestionar, no cambiar, no amenazar el equilibrio de las cosas, a responder solo con lealtad inquebrantable a aquel que reclamaba su alma y su cuerpo como posesiones.

Kamoj pensó: *No*.

Moviéndose con cuidado, apoyó la cabeza de Jax sobre la cama. Se aproximó a

Vyrl y sintió náuseas. Esperó a que pasaran y avanzó un poco más. Las náuseas regresaron. Era consciente de que todos la miraban pero no le importaba. Ahora mismo no podía más que avanzar pasito a pasito.

Después de eones de avances y paradas, llegó junto a Vyrl. Levantó la mirada hacia su rostro y dijo:

—Quiero irme contigo. —Alargó las manos hacia él—. Llévame a casa.

Vyrl la cogió en brazos. Nadie habló. Nadie le dijo que la dejara. Nadie dijo una sola palabra.

Su cara estaba llena de lágrimas y enterrada sobre su hombro mientras él la sostenía. Lloró en silencio.

Y así desafió cinco mil años de condicionamiento.

Madera de luna

Predisociación

La luz de luna que entraba por la ventana del escritorio teñía de plata el dormitorio. Cuando regresaron al palacio, Kamoj descubrió que no podía dormir; con solo pensarlo se ponía enferma. Aunque permitió que Dazza la examinara, no quiso que nadie más la tocara, ni siquiera Vyrl. Pero tampoco soportaba la idea de quedarse sola. A pesar de saber que el general Ashman había trasladado un regimiento del Ejército del Faraón a Argali para proteger la provincia, seguía sintiéndose dolorosamente vulnerable.

Así que Dazza se sentó en el sillón que había junto a la mesilla de noche, esta vez para vigilarla. Vyrl también se quedó, pero Kamoj y él se sentaron contra el cabecero de la cama, ella acurrucada en su lado, con las piernas levantadas, separados varios centímetros, ambos completamente vestidos, él aún con sus pantalones y su jersey de cuello vuelto y ella con una camisa de labor y unos pantalones de montar. La temperatura de la habitación y las pociones que Dazza le había dado la habían adormecido.

Unas voces la despertaron.

—... no te dejarán salir del palacio —estaba diciendo la coronel.

—¿Por qué? —preguntó Vyrl—. ¿Adónde creen que iba a ir?

—A ninguna parte —dijo Dazza—. Es un arresto domiciliario. Ashman te deja estar aquí porque piensa que es mejor para Kamoj. Pero si tratas de marcharte ordenará que seas devuelto a la *Ascensión*.

—¿Para qué, para poder «arrojarme al calabozo él mismo»?

Dazza habló con voz pausada.

—Actúa por el bien del pueblo. Tu pueblo.

Pasó un momento antes de que Vyrl respondiera.

—Lo sé. Pero eso no hace que sea más fácil.

—Si logramos arreglar este embrollo con Ponteferro, Ashman será mucho más feliz.

—Ponteferro no quiere un arreglo. Quiere castigarme. —Su voz chirriaba—. Es un caso único. Uno hubiera pensado que después de cinco mil años los genes de esclavista habrían desaparecido en este lugar.

—¿Por qué? Los genes no tienen nada de altruista.

Kamoj abrió los ojos lo suficiente para ver a Dazza.

—¿Sabías —estaba diciendo la coronel— que el cuarenta y cinco por ciento de su ADN deriva de la rama de los esclavos? En ciertos aspectos él es el producto definitivo del programa de engendrado, más aún que Kamoj. Por eso su constitución física es diferente a la de ella. ¿Puedes imaginarte el metabolismo que debe de tener? Además tiene un triple estómago. ¿Cómo encajará en su cuerpo? Me encantaría poder examinarlo. Su ADN es diferente a cualquier cosa que yo haya visto.

—¿Cómo conoces su ADN tan bien? —preguntó Vyrl.

Después de una pausa incómoda, Dazza respondió:

—Gracias a Kamoj.

Vyrl profirió una maldición.

—No puedo creer que esté dejando que se salga con la suya. ¿Cómo puede insistir en que no utilicemos las pruebas contra él?

La respuesta de Dazza dejó helado a Vyrl.

—El gobernador Ponteferro y ella se aman.

Vyrl se puso rígido.

—Y un cuerno.

—Tienen una historia de quince años. No puedes pretender que ella cambie por completo de actitud en solo unos pocos días. —Dazza le dirigió una mirada seria—. No estoy diciendo que no lo odie también. Por eso es tan difícil para ella.

—¿Por qué no está furiosa? —Vyrl cerró el puño—. ¿Por qué soy el único que quiere que ese bastardo sea arrestado y encerrado?

—Ella está furiosa —dijo Dazza—. ¿Qué esperas que haga? Lleva casi toda su vida en una situación sin salida, por lo menos no una salida que ella viera. Probablemente sienta que tiene que contener su furia por el bien de su pueblo. No va a demostrarla como tú esperas. Podría dirigirla hacia dentro, volverse huraña o silenciosa. O podría volverse contra ti.

—¿Contra mí? —preguntó Vyrl—. ¿Por qué contra mí?

—Porque estás aquí. —La voz de Dazza se hizo más amable—. Y porque confía en ti. Sabe que no responderás.

No quiero hacer daño a nadie, pensó Kamoj.

—¿Y cómo debería reaccionar? —preguntó Vyrl.

—Sé tú mismo. El doctor Tager va a trabajar con ella, pero necesitará tiempo. —Dazza suspiró—. Los dioses saben que me gustaría que presentara cargos.

Aunque Kamoj no quería «trabajar» con nadie, para ella significaba mucho saber que Vyrl quería ayudarla. Abrió los ojos por completo.

—Quizá Jax quiera hacer un trato.

Vyrl se volvió hacia ella.

—Estás despierta.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Dazza.

—Mejor. —Kamoj miró a la coronel—. Si amenazo con «presentar cargos» contra Jax, él no sabrá que no lo digo en serio. Podría reducir sus demandas. —Se enfurecería al saber que una Investigación podía sacar a la luz lo que le había hecho. Perder de aquella manera, delante de todo su pueblo, era algo que no creía que tolerase.

Solo esperaba que no se diera cuenta de que era un farol.

La lluvia tamborileaba como los dedos de un gigante impaciente contra la vidriera del aposento de Kamoj. Hubo un rayo, seguido del trueno. Pasados dos días desde su regreso, ya podía volver a dormir por las noches, aunque prefería hacerlo en su aposento que en compañía de Vyrl. Pero odiaba las tormentas, más aún que antes.

Cuando rugió el siguiente trueno, saltó de la cama. Las cuentas de la cortina traquetearon a su paso. En el dormitorio principal, la lluvia caía sobre el resplandor de la ventana y se convertía en una difusa llovizna al atravesar la cortina. Mientras corría por la habitación con el crujido tenue de su camisón blanco, un rayo iluminó la noche. Le siguió casi al instante un trueno, como si un gigante hubiese dado una fuerte palmada encima de su cabeza. Kamoj lanzó un grito y a continuación subió corriendo al estrado y se escurrió en la cama de Vyrl. Se tapó con las mantas hasta que solo se vieron sus ojos.

—Hmmm. —Vyrl rodó sobre la espalda, medio dormido. Empezó a rodearla con las manos y entones vaciló.

—No pasa nada. —Aunque Kamoj se había puesto tensa cuando él la había abrazado, apreciaba la solidez de su cuerpo.

—Me gusta que hayas vuelto —dijo.

—No me gustan los truenos. Pero no puedo... Tú y yo... —Se ruborizó, incapaz de continuar.

—Kamoj, está bien. —La observó con mirada soñolienta—. No vamos a hacer nada con lo que no te sientas cómoda.

Ella se preguntó cómo podía ser tan diferente a Jax. A pesar de la naturaleza confusa de sus intentos por explicarle el día anterior cómo se había visto atrapada por la situación, Vyrl había parecido entenderla.

Apoyó su cabeza contra la de ella.

—Algunas veces parece que el honor y el deber no tienen nada que ver con la felicidad personal.

—Hai, Vyrl. —Resultaba perturbador que la entendiera con tanta facilidad—. Siento haberte hecho daño.

—Me alegro de que esas fueran las razones por las que te alejaste. Me temía que...

Ella esperó y entonces preguntó:

—¿Sí?

Vyrl continuó con dificultad.

—Que hubieses anulado nuestro matrimonio porque había descubierto que estaba loco.

—Nuestro matrimonio no está anulado. Y tú no estás loco.

—Lisiado, entonces.

—No hay nada malo en ti.

Él le acarició la mejilla.

—No te engañes. El que no haya tomado un trago en varios días no quiere decir que haya dejado de tener un problema.

—Tus problemas están en el exterior. Por debajo de ellos, eres una buena persona.

—En ese aspecto, era la antítesis de Jax.

Vyrl murmuró algo en voz tan baja que ella estuvo a punto de no oírlo. Entonces se dio cuenta de que había dicho gracias, no con palabras, sino en su mente. Sin embargo, no se sintió alarmada. Parecía algo normal.

Le habló con voz suave:

—Vosotros crecéis más despacio que nosotros, ¿verdad?

—Sí. Vuestros cuerpos abandonan la infancia más deprisa.

Se dio cuenta de que no se lo estaba contando todo.

—¿Pero? —Al ver que titubeaba, dijo—: Por favor. Quiero saberlo.

—También perdéis antes la capacidad de aprendizaje de los niños. Por eso vuestro pueblo tiene dificultades con la educación.

Ella sintió una gran decepción.

—¿Quieres decir que nunca aprenderé a leer?

Él le acarició la oreja.

—Creo que podrías aprender cualquier cosa a la que dedicaras tu mente.

El contacto de sus labios sobre la piel tenía algo soñoliento, como si aún no estuviera del todo despierto. Kamoj hizo un esfuerzo consciente por relajar los brazos. Tenía que creer que aún la querría cuando volviera a estar preparada para ser su mujer. Seguramente no pasaría nada por un beso. Levantó el rostro pero él se limitó a besarle la frente.

¿Qué ocurre? ¿Es que después de lo que había pasado ya no la quería?

Su pensamiento debía de haber sido más fuerte de lo que creía. Vyrl abrió los ojos y dijo:

—No, Kamoj. Lo que ha pasado... no me importa. Solo que no quiero presionarte. —La miró con los ojos entrecerrados—. Y además eres muy joven.

Estuvo a punto de reír, tanto por miedo como por satisfacción.

—¿Tú, que te casaste a los catorce, piensas que soy demasiado joven?

La miró con aire culpable.

—Lilly y yo nos fuimos. Nuestros padres estaban furiosos cuando nos cogieron.

—Pero dejaron que siguierais casados.

—Fue más fácil convencerlos con los hechos consumados. Y para entonces, bueno... Lilly estaba embarazada.

—No tardasteis demasiado —dijo ella con voz seca.

Él se ruborizó.

—No, la verdad es que no.

—¿Y no era ilegal casarse a vuestra edad?

—De hecho no. En las colonias del Hinterland, la ley local tiene precedencia sobre la imperial si los novios son nativos. —La meció con ambos brazos—. Es necesario para la supervivencia de las colonias. Donde yo me crié, no había edad mínima.

Aquello tenía sentido para Kamoj.

—Aquí tampoco la hay.

—Sin embargo, yo no soy un ciudadano de Balumil. Pero probablemente tú puedas ser considerada una menor emancipada. Tendremos que rellenar toda clase de solicitudes pero los asesores legales de la *Ascensión* dicen que no debería haber ningún problema. —Su expresión se llenó de incertidumbre—. Siempre, claro, que quieras seguir casada.

—Sí quiero —dijo con apacible seguridad—. No me importa cómo miden la edad vuestros asesores legales. Ni pienso ni amo como una niña.

Vyrl habló con voz suave:

—¿Y puedes hacerlo?

—¿El qué?

—Amarme.

Fueran cuales fuesen sus otras preocupaciones, conocía la respuesta a aquella pregunta.

—Hai, Vyrl. Siempre. La abrazó.

—Y yo, hada del agua. A ti.

Cerró los ojos, satisfecha dentro de aquel capullo de seguridad. Rugió el trueno, más lejano ahora, su amenaza extinta hasta la siguiente tormenta.

Kamoj encontró a Dazza disfrutando bajo el sol de la mañana que se colaba por una ventana de cristal del salón de oro y marfil. La coronel la saludó con un gesto amistoso de la cabeza.

—Os marcharéis pronto de Balumil, ¿verdad?

Dazza no se fue por las ramas.

—Sí. Me temo que sí. Pero podrías venir con nosotros.

—Debo quedarme aquí. Argali es mi responsabilidad.

—¿No puede tu tío gobernar en tu lugar por algún tiempo?

—¿Cuánto tiempo?

Dazza empezó a responder, se interrumpió y entonces dijo:

—¿La verdad? No lo sé.

Kamoj quería que la entendiera.

—Yo era una niña cuando murieron mis padres. Maxard se ha ocupado de Argali durante la mayor parte de mi vida. Su dama lleva muchos años esperándolo en las Islas Celestes del Norte, pero no lo hará siempre. No puede marcharse con ella si debe hacerse cargo de Argali de nuevo y ella no puede venir aquí porque gobierna una de las islas más pequeñas.

La frente de Dazza se arrugó.

—Pensé que el gobernador Marinal era el señor de las Islas.

—Sí, pero cada una de ellas tiene su propio gobernador, que responde ante él. La dama de Maxard es también una comerciante, así que viaja mucho entre las islas. —Kamoj se echó el pelo hacia atrás—. No estaría bien que encadenara a Maxard a Argali. Lleva demasiados años trabajando por mi pueblo y por mí, anteponiendo los intereses de la provincia a su propia felicidad.

Aunque Dazza sonrió, parecía triste.

—Esa parece ser una característica de Argali.

—¿Cuándo os iréis?

—Dentro de dos días. Pero no te quedarás sola. Dejaremos el regimiento aquí para proteger Argali. —Su voz se apagó—. Antes cometimos un error de juicio. Lo siento. Ponteferro no volverá a hacerte daño.

Lo que Kamoj temía, los soldados y los cambios, había empezado ya. No quería pensar en Jax. La herida era demasiado profunda. No quería avergonzarse derramando lágrimas delante de Dazza. En vez de ello, le ofreció un formal asentimiento de cabeza.

—Gracias.

—Kamoj... —Dazza volvía a tener aquella mirada, como si se le estuviera partiendo el corazón.

Kamoj se limitó a sacudir la cabeza. Abandonó la intensidad radiante de los rayos del sol y regresó al Salón Largo con sus paredes de madera de luna.

El Salón de Audiencias se encontraba en el extremo oeste del palacio. Durante los últimos milenios, de sus paredes habían colgado tapices, vívidos en sus hebras doradas, rosas y verdes. Candelabros de cristal con forma de racimos de hojas iluminaban la sala. Al otro extremo, sobre un estrado, reposaba una gran silla con incrustaciones de gemas de Argali: el gobernador se sentaba en ella cuando el pueblo solicitaba una audiencia.

El salón estaba en ruinas desde hacía mucho tiempo. Los hombres de Vyrl habían retirado los escombros y habían limpiado la habitación por completo. Habían empezado a colocar un nuevo suelo de abedul amarillo pero hasta el momento solo habían terminado la mitad. Por alguna razón, dos de las paredes estaban cubiertas con espejos.

Sonó un ruido metálico en una de las paredes. Kamoj la recorrió con la mirada hasta encontrar a Vyrl que, tendido sobre un banco, subía y bajaba una barra con varias placas de metal. El sudor manchaba sus pantalones y su camiseta.

Su esfuerzo preocupaba a Kamoj. Unos pocos días atrás había estado a punto de morir. A pesar de la habilidad increíble de los curanderos de la *Ascensión*, debía tener más cuidado.

La máquina se estremeció con estrépito cuando bajó las pesas. Por un momento, permaneció tendido con el brazo sobre los ojos. Entonces bajó del banco y se sentó en el suelo, de espaldas a ella. Con facilidad hipnótica, flexionó el cuerpo con suma perfección y colocó la cabeza sobre la rodilla.

Oh, vaya. No era la primera vez que veía cómo se estiraba un hombre. Los bailarines de los festivales calentaban siempre antes de sus actuaciones. Pero nunca había visto un ejemplo tan perfecto. El nudo de su corazón se deshizo y una agradable sensación se extendió por todo su cuerpo. Su marido era en verdad un hombre espléndidamente formado.

Pero entonces se interrumpió. Volvió a levantar las piernas, apoyó los brazos en las rodillas y se quedó mirando al espacio.

Atraída como una polilla de fuego a una rosa silvestre, Kamoj atravesó el salón. Cuando estaba a varios pasos de distancia, Vyrl se volvió al tiempo que su cuerpo se ponía tenso. Al verla, se relajó.

—Buenos días —dijo.

—Saludos. —Se detuvo, cohibida de repente—. ¿Puedo hablar contigo?

—Por supuesto. No hace falta que lo preguntes. —Se sentó en el banco y la invitó a acercarse con un gesto.

Ella se sentó a su lado y se miró las manos. Acto seguido, se obligó a mirarlo.

—Dazza dice que os marcharéis pronto.

La sonrisa de Vyrl se esfumó.

—Sí. Me temo que sí. —Hizo ademán de alargar los brazos hacia ella pero entonces titubeó y se detuvo—. Justo lo que te hace falta. Abrazos de un hombre empapado en sudor.

Ella logró esbozar una sonrisa.

—Más vale eso que nada.

—Volveré. Te lo juro.

—Por supuesto. —No podía evitar pensar que una vez que se fuera, sería como

un sueño que termina, nunca regresaría.

—Lo digo en serio. —Cogió una toalla que colgaba de un poste de la máquina de pesas y se secó el pecho—. Ya he rellenado las solicitudes para vivir en Balumil. —Se secó la cara—. De momento es una formalidad puesto que estoy bajo la custodia del MEI. Pero necesitaré la documentación si quiero que me otorguen la residencia permanente.

Las esperanzas de Kamoj renacieron.

—¿Vas a vivir aquí?

—Cuando me sea posible, sí.

Tenía miedo de albergar esperanzas, miedo de haberle entendido mal.

—Pensé que el general Ashman no dejaría que te quedaras.

Él la observó durante un rato, hasta que empezó a preguntarse si habría dicho algo inconveniente. Pero entonces él dijo:

—No debería hablar de esto. Pero quiero que entiendas por qué tengo que irme. Los hombres de Ashman han preparado un plan para liberar mi mundo natal, Lyshriol, de la ocupación de la Tierra. Están preparados para ponerlo en marcha y me necesitan para que funcione.

Eso la cogió desprevenida.

—¡Pero podrían herirte!

—El peligro mayor es que caiga en manos de las fuerzas de la Tierra.

—Nunca volvería a verte...

Él le cogió las manos.

—Ven conmigo.

—No puedo. —Pero Kamoj ya no se sentía tan segura de aquella decisión. Después de todo lo que había ocurrido, una cosa estaba clara: necesitaba saber más cosas sobre los eskolianos, no solo aspectos superficiales sino la realidad profunda de sus vidas y culturas, para poder liderar Argali en medio de estos tiempos tumultuosos.

—Odio tener que separarme de ti —dijo él.

—Vyrl... ¿Y si el MEI no deja que regreses?

Él replicó con voz tensa.

—No pueden tenerme prisionero toda la vida, controlando adónde voy y lo que hago.

—¿Y tu familia? Tu granja. Tus hijos. —Pensó en las muchas generaciones que lo llamaban patriarca—. Todos los tuyos viven en Lyshriol.

Él la observó con mirada llena de ternura genuina.

—Mis hijos son todos mayores y tienen sus propias familias. Pero a ti Argali te necesita.

Kamoj le apretó las manos; había entendido el regalo que le ofrecía. Sentía la profundidad de su amor por su familia y sabía lo duro que para él sería renunciar a

Lyshriol.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti. —Trató de sonreír—. *No será mucho tiempo.*

No será mucho tiempo. Ojalá aquellas palabras no fueran solo un sueño esquivo.

El «robot», una resplandeciente colección de planos y curvas de bronce, invadió la suite rodando sobre su oruga. No tenía cabeza y su cuerpo era un simple paralelepípedo. Aunque solo le llegaba a Kamoj a la altura del vientre, era mucho más ancho que ella. Después de que los jinetes de Vyrl cargaran sus bolsas sobre su plataforma, atravesó la habitación. Mientras Kamoj lo observaba con perpleja fascinación, el robot extendió un miembro articulado y abrió la puerta. A continuación salió del aposento. Ella salió tras él, seguida por un divertido Azander.

Al llegar al descansillo, al robot le salieron patas. Se desplegaron por debajo de su cuerpo y se irguió sobre ellas hasta que fue tan alto como un hombre de buena estatura. A continuación empezó a bajar las escaleras.

Kamoj y Azander se miraron pestañeando.

—¿Crees que está vivo? —preguntó ella.

Él se rascó la barbilla.

—Mentiría si dijera que lo sé, señora.

Fueron tras el robot, guiados por el estruendo metálico que hacían sus patas sobre la piedra. Kamoj se preguntó con qué lo alimentaría Vyrl.

Al llegar al final de la escalera vieron que el robot, tras haber plegado de nuevo las piernas, rodaba despreocupadamente por el Salón Largo. Giró para entrar en el salón de baile y lo perdieron de vista.

Kamoj y Azander fueron tras él y salieron del palacio a un día radiante y azulado. Lo encontraron esperando en el patio. Al otro lado del empedrado, un pájaro de metal se había posado en el suelo. Pero no tenía alas ni patas; solo los planos dorados y negros de su cuerpo. Uno de los hombres de Vyrl esperaba a su lado.

Envueltos en los resplandores, por todo el patio se veían hombres y mujeres atareados, hablando o haciendo cosas que Kamoj no comprendía. De repente se abrió un óvalo en el pájaro que al instante se convirtió en una puerta. Kamoj tragó saliva, tan asombrada por el extraño comportamiento de la criatura metálica como el primer día que la había visto.

Vyrl salió del óvalo, acompañado por otros guardaespaldas. Se percató de la diferencia al instante. Aquel día Vyrl no llevaba máscara ni capa. En su lugar, una película resplandeciente y casi transparente se ajustaba a su cuerpo. Vestía un pantalón de ante, botas altas forradas con plumas de quetzal azul y una camisa blanca de mangas acampanadas con cordones en el pecho. El estilo le era conocido: muchos hombres de buena cuna de las Tierras Septentrionales lo llevaban. ¡Pero aquellas

prendas eran extraordinarias! Tenues arco iris recorrían la camisa, creando un halo que enmarcaba la parte superior de su cuerpo. Una cadena de diamantes rodeaba su cuello y deshacía la luz del sol en chispas facetadas. En el anillo que llevaba en la mano izquierda destellaba un zafiro estrella.

Kamoj quería correr hacia él y rodearlo con los brazos pero sabía que aquello reforzaría la imagen que su pueblo tenía de ella, la de una niña. De modo que caminó, tratando de parecer digna, con Azander a su lado.

Vyrl sonrió mientras llegaban a su lado.

—Buenos días.

Ella levantó la mirada, repentinamente aturdida.

—Estás muy guapo.

Vyrl esbozó una mirada avergonzada.

—No quería que me recordases con una cara metálica o vestido con viejas ropas de granjero.

A Kamoj la conmovió que aquello le importara. Ella se había vestido para él con un traje bordado de terciopelo rosa con mangas de encaje. Le acarició la manga con un dedo. Los arcoíris se desvanecieron cuando tocó la tela.

—¿Cómo hace eso?

La cogió de la mano.

—Es holográfico. Significa que crea imágenes.

—Es muy curioso. —Levantó la mirada hacia su cuello—. Nunca había visto una cadena así.

—Mi padre me la dio cuando era niño. —La desenganchó y, a continuación, levantó la mano de Kamoj y la depositó sobre ella.

Perpleja, ella se dio cuenta de que los eslabones estaban hechos de diamante sólido, sin fisuras.

—¿No se fracturan los diamantes cuando el joyero hace los eslabones?

Vyrl sacudió la cabeza.

—Se trata de cristales sintéticos, creados por nanobots. Estas estructuras de diamantes se llaman jizatos. Tu carruaje fue hecho de una manera parecida, solo que con un compuesto derivado de las perlas, que es más difícil de trabajar.

Así que era cierto lo del carruaje. Le devolvió la cadena.

—Es preciosa —dijo con timidez—. En especial cuando la llevas tú.

Él sonrió mientras volvía a ponérsela al cuello.

—En ese caso tendré que ponérmela más a menudo. —Pero, a pesar de la broma, su voz parecía tensa.

Dazza salió del pájaro de metal. Al ver a Kamoj y Vyrl, se acercó a ellos.

—Ya casi estamos preparados. Si queréis algo de tiempo...

—¿Treinta minutos? —preguntó Vyrl.

Dazza asintió.

—Esperaremos.

Dazza y Kamoj caminaron hacia el bosque que se extendía más allá del patio. Los dos guardaespaldas de Vyrl los acompañaron, pero permanecieron a varios pasos de distancia, uno delante, otro detrás, para permitir que disfrutaran de un cierto grado de privacidad.

Siguieron una senda sinuosa que se adentraba en las montañas. La tierra despedía el brillo de las escamas aplastadas y por entre los árboles se colaban haces de luz que hacían que el aire polvoriento lanzara destellos. Mientras caminaban, cogidos de la mano, el sonido bullicioso del patio se fue desvaneciendo. Los ululatos de los quetzales resonaban entre los árboles y los moscardones zumbaban por todas partes. Kamoj escuchó incluso a un trinángel, esas gráciles aves con cajas de música por gargantas cuyos gorjeos conformaban una armonía agridulce. Consciente de que era posible que no volvieran a verse, quería preservar aquel recuerdo, como haría con un tesoro envuelto en terciopelo dorado y atesorado en una caja de madera de rosal.

Al cabo de un rato abandonaron la senda. El dosel de hojas bloqueaba la luz azulada del día así que casi no había sotobosque. Los árboles solitarios estaban cubiertos de musgo turquesa y rosas trepadoras de Argali. Cuando encontraron una repisa de roca en la ladera de la colina, se sentaron sobre ella. Los guardaespaldas se situaron en posiciones discretas, ni demasiado próximos ni demasiado alejados.

Vyrl no habló. Le acarició el rostro a Kamoj e inclinó la cabeza. Sus labios, lustrosos a causa de la membrana resplandeciente que cubría su cuerpo, tocaron los de ella. Entonces la membrana se movió y formó un sello con la piel de ella. Y así se besaron, envueltos en un halo de luz.

Después de un momento se separaron y se abrazaron. Con la mejilla apoyada sobre la de él, sintiendo el resplandor que le cubría la piel, era aún más consciente de que su pueblo era un extraño en aquel lugar, menos adaptado a Balumil que el de ella.

Al cabo de un rato, Vyrl se apartó. Se quitó el anillo de zafiro y se lo puso en el dedo.

—Mi abuelo le dio esto a mi abuela. Ella se lo legó a mi padre, este se lo regaló a mi madre y ella a mí. —Cerró su pequeña mano con la suya—. Ahora yo te lo doy a ti.

—Es precioso, Vyrl. Pero ¿estás seguro? —Después de la muerte de su padre, debía de significar aún más para él.

—Lo confío a tu cuidado. —Le apretó la mano—. Algún día se lo darás a nuestro hijo.

La voz le falló a Kamoj.

—Lo haré. —No preguntó si podrían tener hijos. Ya había demasiadas preguntas dolorosas en el aire.

Así que permanecieron juntos y en silencio, abrazados una última vez en aquel bosque prismático.

El palacio parecía vacío. Kamoj vagaba por las salas, consciente de la presencia aquí y allá de los soldados de la *Ascensión*, altos en sus uniformes negros. Se inclinaban ante ella cuando la veían.

Al otro lado de la Sala de Audiencias, en la Sala de Juegos, donde siglos atrás los habitantes del palacio se habían enfrentado unos a otros en juegos o concursos, los hombres de la *Ascensión* habían situado «consolas». La sala estaba llena de extrañas formas de alabastro, cuyas superficies estaban cubiertas de luces de colores y sobre las cuales rotaban fantasmas suspendidos en el aire. El corazón de Morlin estaba allí, aunque ella no estaba segura de lo que aquello significaba.

Mientras se detenía bajo el arco que daba entrada a la Sala de Juegos, la gente que trabajaba en su interior se volvió para mirarla con evidente curiosidad. Parecía fascinarlos. Cohibida, se marchó y atravesó el Salón Largo. Buscó la privacidad de una alcoba y entonces se detuvo al escuchar a un hombre y una mujer en la salita contigua. Mientras se volvía para marcharse, la mujer dijo su nombre:

—... Kamoj Argali suena muy bien.

Kamoj se detuvo, desconcertada.

—Un nombre apropiado para una mujer preciosa —dijo el hombre.

—Menudo aspecto tendrán sus hijos, ¿eh? —La mujer rio entre dientes—. Además, ni ella ni el príncipe Havyrl se han sometido a escultura corporal. Los dos son así de nacimiento.

El hombre habló con voz precavida.

—Para eso fueron engendrados.

La voz de la mujer se volvió incómoda.

—Yo no hablaría así de un príncipe Rubí, Jak.

—Es un hecho —dijo Jak—. El príncipe Havyrl lo sabe.

La mujer guardó silencio durante un momento. Entonces preguntó:

—¿Tú crees que la gobernadora Argali es telépata?

—Telépata no. Pero empática sí.

—Parece..., no sé. Perturbada.

—Ha pasado mucho últimamente.

—¿Vas a tratarla?

Jak suspiró.

—Ojalá me lo permitiera. Pero me rehúye. Es como un precioso animal salvaje que está herido y no sabe por qué está sufriendo.

Unas lágrimas inesperadas inundaron los ojos de Kamoj. Se escabulló y huyó de su conversación.

Vuelves a ser mía. Apretando los dientes, Jax añadió: *solo que antes has sido suya.*

Entonces la golpeó.

¡No! Kamoj trató de defenderse, luchó, luchó...

Kamoj se incorporó bruscamente, con el corazón desbocado. La luz fantasmal que atravesaba la vidriera llenaba su aposento. Se limpió las lágrimas de la cara con la palma de la mano.

Demasiado perturbada por la pesadilla como para seguir durmiendo, se puso la túnica. Se dirigió al dormitorio principal. La cama de Vyrl descansaba, vacía, sobre el estrado. Se rodeó el torso con los brazos, tratando de encontrar abrigo frente a un frío que provenía de su interior.

Inquieta, se encaminó al piso de abajo. Pasó junto a varios sirvientes que estaban limpiando habitaciones pero no podía dirigirle la palabra a ninguno de ellos sin quebrantar reglas tácitas de protocolo. Cuando antes lo había intentado, solo había conseguido incomodarlos. Tampoco podía hablar con los hombres de Vyrl. La trataban como si fuera una flor exótica.

Había luz en la Sala de Juegos. Kamoj se detuvo bajo el arco de entrada y observó cómo trabajaba la gente. Algunos de ellos estaban instalados en sillas que, más que asientos, parecían máquinas. Tenían el cuerpo cubierto de mallas plateadas y unos cascos extraños en la cabeza. Se preguntó si las máquinas se estarían comunicando con ellos.

Más próxima a la puerta, una mujer sin visor estaba estudiando imágenes fantasmales sobre su consola. Sonrió al ver a Kamoj.

—Buenos días, gobernadora Argali.

¿Días? Estaban en mitad de la noche. Kamoj había descubierto que, a pesar de que los hombres de la *Ascensión* hablaban su mismo idioma, no siempre utilizaban los mismos conceptos. Pero apreció el amigable saludo.

—Saludos, señora.

La mujer ladeó la cabeza.

—¿Puedo haceros una pregunta?

—Podéis. —La complacía que la mujer de la *Ascensión* hubiera observado el protocolo apropiado para solicitar información a un gobernador.

La mujer se reclinó en su asiento.

—¿Por qué abandonaron vuestros antepasados el edificio? Es encantador.

—No podíamos permitirnos mantener tanto Casa Argali como el palacio. Hubiéramos tenido que pedirle a Argali unos recursos que no podía darnos.

—¿No cobráis impuestos a la provincia para pagar el palacio?

—Vaya, no. Por supuesto que no. —Tal cosa le hubiera resultado inimaginable.

La mujer suspiró.

—Ojalá nuestros líderes siguieran vuestro ejemplo.

Kamoj se preguntó si la mujer se estaría burlando de ella. Las dos sabían que Balumil tenía muy poco que ofrecer al pueblo de Vyrl. Asintió con un gesto formal.

—Os dejo con vuestro trabajo.

La mujer pareció confundida.

—Si os he ofendido, os ruego que me perdonéis.

Aquel brusco reconocimiento de su azoramiento dejó perpleja a Kamoj. Se sentía expuesta.

—No es necesario que os disculpéis, señora... —Se interrumpió y enrojeció. No sabía qué nombre añadir. Así que volvió a asentir y a continuación se marchó antes de que nadie más pudiera dirigirle la palabra.

Kamoj se había acostado en la cama de Vyrl con la esperanza de sentirse más próxima a él. En vez de eso, solo había conseguido tener frío. Después de un rato se levantó, se puso una túnica y se acercó a la ventana del escritorio. Cuatro lunas de color pastel brillaban a baja altura en el firmamento, todas crecientes, algunas grandes, otras pequeñas.

Llamaron a la puerta. Kamoj se volvió sobresaltada. ¿Quién venía a molestarla ahora, cuando la mayoría de la gente estaba durmiendo el segundo sueño de la noche?

Abrió la puerta del cuarto y se encontró con un nuevo extraño. Un Jagernauta. Estaba parado junto a la entrada, un gigante vestido de negro con hombros anchos, un rostro anguloso y cabello negro.

—Siento molestaros, señora. —Parecía tan cohibido como ella se sentía—. Me temo que tenemos un pequeño problema abajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Ha llegado un enviado de Ponteferro. Se niega a hablar con nadie que no seáis vos. —El Jagernauta frunció el ceño—. No es necesario que habléis con él. Le entregaré cualquier mensaje que queráis.

Ella se arrebujó en su túnica.

—¿Por qué envía un mensajero en mitad de la noche?

—No lo sabemos. —Sus ojos brillaron—. Si lo deseáis lo interrogaré.

Kamoj parpadeó, desconcertada por la dureza de su tono.

—Eso no será necesario. —A pesar de sus esfuerzos por proyectar una madurez calmada, una nota de miedo se deslizó en su voz—. ¿Os quedaréis conmigo mientras hablo con él?

—Desde luego, señora. No tenéis de qué preocuparos.

Así que lo acompañó a una salita situada en un extremo del Salón Largo. Otro Jagernauta, un hombre con el cabello rubio, esperaba junto a la puerta. Al otro lado de la sala se veía al jinete de Ponteferro, parado al lado de las puertas de cristal. La

luz azulada de la luna atravesaba los paneles y lo convertía en una figura espectral.

Mientras Kamoj se le aproximaba, el jinete realizó una tensa reverencia. No pidió a los Jagernautas que encendieran las luces. La fría luz de la luna resultaba más apropiada para los asuntos de Ponteferro que un resplandor dorado.

—¿Traes un mensaje? —Habló con voz fría. Quien demandaba una audiencia a tales horas no se merecía las cortesías habituales.

El hombre extrajo un pergamino de su bolsa y se lo entregó.

—Creo que aquí se explica todo.

Intrigada, Kamoj abrió el pergamino. La hoja estaba cubierta de glifos escritos con mano firme. A la luz de la luna, la tinta parecía plateada, pero ella sabía que contenía otros colores. Púrpura. Negro. Los colores de Ponteferro.

Reconocía algunos de los glifos. El puente arqueado significaba Ponteferro y la rosa envuelta con enredaderas era Argali. El ciervo cristazur encabritado hacía referencia a la guardia de honor de un noble. El resto era un misterio.

Levantó la mirada.

—Puedes darme el mensaje.

El jinete la miró con los ojos vacíos.

—No sé lo que dice, gobernadora. Yo nunca miraría una carta privada.

A Kamoj se le hizo un nudo en el estómago. El insulto le había dolido. Los mensajeros siempre memorizaban sus cartas. Al enviarlo solo en el pergamino, sin recitación oral, Jax le hacía una afrenta deliberada. Para averiguar lo que decía el pergamino necesitaría la ayuda de Airysfera Prisma, del Templo Espectral. No podría llamar a la sacerdotisa hasta el día siguiente. Para entonces mucha gente sabría lo que había ocurrido. Tanto tiempo y esfuerzo solo porque ella no sabía leer.

El Jagernauta moreno habló a su espalda.

—Gobernadora Argali, ¿me permitís el honor de leer la carta para vos?

La pregunta era tan poco habitual que ella tardó un momento en comprenderla. Entonces recordó: entre el pueblo de Vyrl, casi todos sabían leer.

Se volvió hacia él con gratitud.

—Gracias. —Aún no conocía su nombre, pero esperaba que fuera consciente de la ayuda que le había prestado. Acababa de negarle a Jax la humillación que pretendía imponerle. Mientras le daba el pergamino, el Jagernauta rubio se acercó y mantuvo vigilado al mensajero.

El Jagernauta moreno estudió el escrito.

—Es una especie de factura.

—¿Factura? —Kamoj no reconoció la palabra.

—Una relación de dinero y bienes que le debéis a Ponteferro. —Examinó el pergamino—. ¿Las joyas de Ponteferro? Algo sobre una deuda que tenéis con una corporación. Dice: «Ponteferro reclama un pago en especie».

A Kamoj le ardía el rostro. Por supuesto. Jax quería que le devolviera la dote. Tenía derecho a ello. Pero *pago* en especie significaba que esperaba recibir exactamente lo mismo que había entregado. Sabía que era imposible. Ella aún conservaba las reliquias y joyas de Ponteferro y él tenía sus tierras y posesiones, pero las gemas y los metales habían sido invertidos en las granjas de Argali. Podía recuperar algunas de las bridas de oro pero eso significaría tener que comprárselas a sus propietarios actuales. En cuanto a los alimentos, los vinos y otros productos perecederos, se habían consumido mucho tiempo atrás.

Consternada, Kamoj comprendió lo que ocurriría. Enviaría un cargamento en sustitución de lo que faltaba. Jax se negaría a aceptarlo. Tenía derecho a hacerlo. Dadas las circunstancias, ningún juez de las Tierras Septentrionales se lo negaría. Tendrían que negociar. El procedimiento se prolongaría durante años. De ese modo humillaría a Argali y avergonzaría a Vyrl. No importaba que, como consorte de Vyrl, poseyera riquezas suficientes para devolverle el valor de la dote centuplicado. No tenía el pago correcto. Le haría parecer una mercenaria; había utilizado la dote de Jax y luego había elegido a Vyrl.

Kamoj se volvió hacia el mensajero. Ojalá el protocolo le permitiera arrojarlo del palacio con cajas destempladas. Habló con voz gélida:

—Mañana puedes regresar a Ponteferro e informar a tu señor de que la deuda será saldada en su totalidad.

—Como ordenéis. —Hizo una reverencia con la mirada apartada. Cuando volvió a incorporarse, ella vio la ardiente rabia que trataba de esconder y supo sin la menor duda que estaba al corriente del mensaje que llevaba. No albergaba la menor simpatía por Leostelar.

Mientras el Jagernauta rubio escoltaba al mensajero fuera de la habitación, Kamoj se acercó a la ventana y se quedó mirando las montañas.

—¿Gobernadora Argali? —habló tras ella el Jagernauta moreno—. ¿Queréis esto?

Ella se volvió y vio que le estaba ofreciendo el pergamino. Con dedos tensos, lo aceptó. Quería arrojarlo al suelo o romperlo. Tras respirar profundamente, lo dejó sobre una mesa situada junto a la ventana.

El hombre le habló con voz amable.

—¿Puedo ayudaros?

Ella levantó la mirada, cohibida en su presencia por culpa de su musculatura y talla. No era de extrañar que la vieran como una niña. Lo más probable era que, a sus ojos, no pareciera ni siquiera haber madurado aún.

—Gracias por tu amable ofrecimiento —le dijo—. Pero estoy bien. —¿Por qué la miraba de aquella manera, como si sintiera dolor? Entonces se acordó. Los Jagernautas eran como Vyrl. Empáticos.

Dijo con voz suave:

—¿Cómo podéis soportarlo?

Una sonrisa templó las fuertes facciones del hombre.

—¿A qué os referís?

—A que sois tanto soldados como empáticos. ¿No os desgarró eso?

Él no respondió al principio. Pero entonces dijo:

—Nuestro título, Jagernautas, deriva de las naves que tripulamos, los Jags. Son cazas estelares monoplaça. Como Jagernauta, me fundo con el cerebro de Inteligencia Evolucionada de mi nave.

Ella trató de imaginar lo que describía.

—¿Unís vuestras mentes a las de vuestras naves para convertirlos en guerreros mejores?

—Sí. Por esa razón debemos ser psiones. —Pronunció las siguientes palabras con dificultad—. Tenéis razón, es difícil ser piloto de Jag y empático al mismo tiempo. Me cuesta hablar de ello. Disculpadme, vuestra Alteza.

—Comprendo. —Titubeó—. ¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

—Desde luego. Secundario Antonio Lopezani.

—Antonio Lopezani. —Le gustaba cómo sonaba en su lengua—. Es un bonito nombre, señor Lopezani. Como una canción. ¿Y por qué Secundario?

El hombre pareció relajarse.

—Es mi rango. Empezamos como Cuaternarios. La mayoría alcanza solo el grado de Terciario antes de retirarse. Algunos llegan a Secundarios. Unos pocos, muy pocos, se convierten en Primarios.

Kamoj lo miró con aprobación.

—Entonces debes de ser un magnífico jinete.

Él sonrió.

—Supongo que podría decirse así. —Ahora su rostro mostraba franca simpatía—. ¿Estáis segura de que no puedo ayudarlos de ninguna manera?

—Mañana puede que sí. Necesito... —Se interrumpió, insegura de la palabra correcta—. ¿Un enlace? Una persona que me ayude a integrar mi posición en vuestro pueblo con mi posición como gobernadora.

—Puedo arreglarlo. —La preocupación nublaba su voz—. No queríamos molestaros hoy.

Kamoj quería decirle que no era tan frágil como su nombre, la rosa trepadora. Pero tenían buena intención. Además, por lo que parecía, su nombre no tenía nada que ver con las rosas. Unos extraños muertos mucho tiempo atrás lo habían escogido para representar unas cadenas con las que confiaban mantener maniatado a su pueblo para siempre. Ansiaba arrancarse esas cadenas pero estaban tan entrelazadas con su personalidad que ni siquiera sabía cómo encontrarlas.

Antonyo la escoltó hasta sus aposentos, caminando a su lado. Su presencia la confortaba. Después de haber sido secuestrada en aquel mismo sitio, su hogar, el centro de un lugar en el que debiera haber estado a salvo, se sentía como si no hubiera refugio para ella en ninguna parte.

Una vez en el dormitorio principal, dejó la túnica a los pies de la cama de Vyril. Entonces se deslizó bajo las mantas y se hizo un ovillo. Sus lágrimas acudieron suavemente en la noche, silenciosa y solitaria.

Nieblas del corazón

Transición (B-A)

La luz de luna que entraba por la ventana del escritorio teñía de plata el dormitorio. Cuando regresaron al palacio, Kamoj descubrió que no podía dormir; con solo pensarlo se ponía enferma. Aunque permitió que Dazza la examinara, no quiso que nadie más la tocara, ni siquiera Vyril. Pero tampoco soportaba la idea de quedarse sola. A pesar de saber que el general Ashman había trasladado un regimiento del Ejército del Faraón a Argali para proteger la provincia, seguía sintiéndose dolorosamente vulnerable.

—Aún se tardará algún tiempo en instalar unidades calefactoras en todas las casas de Argali —concluyó el teniente Endar—. Pero casi puedo asegurarnos que habremos terminado antes de la llegada del invierno.

Sentada tras su escritorio en la Sala de Marfil, Kamoj asintió. Había elegido aquella habitación como oficina a causa de sus muchas puertas de cristal, con sus picaportes dorados y sus filigranas de oro. Dejaban entrar muchísima luz, lo que solía ponerla de buen humor. La estancia contaba con un techo elevado y paredes blancas con apliques dorados. También le gustaba el escritorio. Con toda su amplitud, formaba una especie de barrera que le facilitaba la tarea de recibir a los hombres de la *Ascensión*.

El teniente Endar era su enlace. Apenas parecía un muchacho pero demostraba mucha seguridad en sí mismo. No era tan alto como los demás eskolianos y tenía cabello y ojos negros, como la gente del pueblo de Kamoj. Eso la tranquilizaba. También apreciaba que no mostrara condescendencia con ella ni la mirase por encima del hombro.

En realidad no venía directamente de la *Ascensión*. Había «abandonado la órbita» hacía ya algún tiempo, aunque Kamoj no sabía con certeza lo que esto significaba. Aunque nunca había visto ninguno de los mares de Balumil, podía imaginarse una masa de agua extendida hasta el horizonte. ¿Pero un mar de espacio? ¿Cómo se imaginaba uno semejante cosa? Se preguntó si habría olas y algas.

—Los calentadores serán una bendición para mi pueblo —le dijo a Endar—. El pasado invierno perdimos mucha gente por culpa del frío.

Él la observó con mirada compasiva.

—Eso no volverá a pasar, señora.

Su comportamiento conmovió a Kamoj. Daba la impresión de que le importaba

genuinamente lo que le ocurriera a Argali.

—La primavera y el otoño son épocas de vida. Tenemos muchos niños en estas estaciones. Pero son tantos los que... —Tragó saliva mientras se acordaba de sus padres—, son tantos lo que mueren cuando el tiempo empeora...

El hombre respondió con voz amable:

—Eso podemos cambiarlo.

Ella suspiró profundamente.

—Esos «técnicos» que harán el trabajo... ¿De dónde vienen si la *Ascensión* se ha marchado?

—Seguimos teniendo varias naves en órbita.

Intrigada, preguntó:

—¿Cuál es la vuestra?

—Una de las fragatas. La *Botín de Aniece*.

—¿Aniece? ¿Qué es eso?

El teniente esbozó una sonrisa.

—Señora, Aniece es una de las hermanas de vuestro marido.

Su entusiasmo la hizo sonreír.

—¿Le ponen a sus naves los nombres de sus familiares?

—A veces. —Se inclinó hacia delante—. Creo que hay un acorazado imperial llamado *Valor de Havyrl*.

—Vaya. —Le parecía un bonito nombre. Pero se preguntó lo que significaba acorazado. No lo preguntó, pues no quería parecer provinciana.

Una voz llegó desde la puerta.

—¿Gobernadora Argali?

Ella levantó la mirada y vio a Antonyo.

—Saludos.

—Vienen a visitaros. —Se apartó para dejar pasar a un hombre.

—¡Maxard! —Kamoj se levantó de un salto y rodeó corriendo el escritorio. Se encontraron en mitad de la habitación. Él la rodeó con sus brazos y ella lo atrajo hacia sí con un abrazo.

—Ah, Kamoj. —Le falló la voz—. Gracias a la Corriente que estás bien.

—Maxard, yo... —Pero no pudo decir más por miedo a romper a llorar. Le parecía sólido entre sus brazos, un refugio.

—¿Me acompañas a dar un paseo? —le preguntó él.

—Sí. Encantada. —Se volvió hacia su nuevo enlace, quien se había levantado y esperaba junto a su silla—. Teniente Ender, quizá podamos continuar con esto más tarde.

—Sí. Por supuesto. —Se inclinó ante Maxard. Entonces se marchó y los dejó solos. O no, no solos. Antonyo permaneció junto a la puerta, discreto y vigilante.

Salieron de la Sala de Marfil por una puerta de cristal que daba a uno de los lados del Salón Largo. Antonio los seguía a unos pasos de distancia, una larga sombra.

Salieron al patio trasero. Si hasta hacía poco aquello había sido una espesura de maleza, malas hierbas y raíces, ahora era una apacible extensión de cuidados jardines. Caminaron por una vereda de ladrillos dorados que brillaban a causa del polvo de escamas. Las nubes pasaban lentamente por el cielo, borlas blancas con destellos azules, verdes y rosas. La aurora se arrollaba en capas doradas y la esquirra lavanda que era la luna pendía cerca del horizonte.

Maxard se sentó con ella en un banco en forma de luna creciente. Pasó la mano sobre las tallas con motivos Argali de la piedra dorada.

—Esto es nuevo.

—Vyrl contrató a un escultor de la aldea para que lo hiciera. —Acarició las enredaderas—. Creo que se preocupa por Argali.

Su tío frunció el ceño.

—Sus hombres no me dejaron verte ayer. Antes tenían que «verificar mi nivel de seguridad». ¿Qué es eso? Siguen sin dejar que venga Dylu y no permiten que ninguno de nosotros se te acerque si no hay un guardaespaldas presente.

—Ah, Maxard, lo siento. Se preocupan por nosotros. —Tomó sus manos—. Sienten lo que ocurrió con Jax. Tengo la impresión de que sus líderes deseaban que yo abandonase a Vyrl. Así que ahora se sienten culpables.

—Hacen bien. —Su rostro se llenó de preocupación—. ¿Estás bien, Kami? Parecías tan sola detrás de ese enorme escritorio.

—Estoy bien. Pero gracias por preocuparte.

Él le apretó los dedos.

—El jinete de la *Ascensión* me ha dicho que has recibido noticias de Ponteferro.

—Anoche. —Kamoj le contó lo ocurrido.

Maxard profirió una imprecación.

—Él sabe que es imposible que le paguemos en especie.

—Tengo una idea. —Hizo una pausa para considerarla—. Los incendios provocaron muchos daños en las aldeas, ¿verdad?

—Muchos. Los sirvientes de la *Ascensión* me han dicho que nos ayudarían en las reparaciones.

—Eskolianos.

—¿Eskolianos?

—Así es como se llaman —le explicó Kamoj—. No podemos seguir llamándolos sirvientes de la *Ascensión*. Además, la *Ascensión* ni siquiera sigue aquí. —Recordó lo que Antonio le había contado aquella mañana—. Creen que tienen pruebas de que los incendios fueron provocados. Si eso es cierto, nos dará ventaja en las negociaciones con Ponteferro.

Maxard alzó las cejas.

—Me cuesta creer que Jax haya hecho algo que pudiera incriminarlo.

Kamoj recordaba aún cómo la había examinado Dazza cuando regresaron al palacio. La doctora había sabido mucho de lo que Jax le había hecho sin necesidad de que ella revelara nada.

—Resulta asombroso lo inteligentes que son estos eskolianos. Están casi seguros de que las pruebas incriminan a los agentes de Jax. Aunque no logren probar nada contra Jax, él es responsable de las acciones de sus hombres.

Su tío asintió lentamente, con aire reflexivo.

—Podría ser de ayuda.

Discutieron su estrategia y luego hablaron de cómo trabajarían con el enlace. A continuación conversaron sobre la dama mercante de Maxard, a quien se esperaba de visita. Consternada, Kamoj se dio cuenta de que su tío se casaría pronto y abandonaría Argali para irse a vivir con su esposa en las Islas Celestes del Norte.

Permanecieron sentados bajo la luz sesgada del sol mientras Jul se hundía tras las montañas. Sus azuladas sombras se extendieron hasta los campos de cereal cuyos brotes habían empezado ya a abrirse. La tierra se cubrió de una luz dorada y tenue, tan efímera como hermosa, la última del día agonizante que anunciaba ya la noche.

Un viento frío azotó la mejilla de Kamoj. Una niebla nocturna se había filtrado por la cortina resplandeciente y había penetrado en la estancia. Las nubes llenaban la mitad inferior de la habitación y habían rodeado el estrado y la cama con una manta blanca.

Soñó que Vyrl se materializaba en la niebla. Mientras el cuerpo de su marido cobraba forma, una lágrima resbaló por su mejilla.

—Te echo de menos —susurró.

Caminó hacia ella, la mitad superior del cuerpo visible, el resto oculto por las nubes. Cuando se sentó en la cama, parecía tan real que a ella le dolió. Entonces la abrazó.

—¿Eres tú de verdad? —le preguntó.

Él siguió abrazándola.

—Soy yo. Me han traído de regreso.

—¿Pero por qué? —El sueño parecía muy real; la llenaba con promesas que el despertar dejaría incumplidas—. ¿Qué ha pasado?

Él respondió con voz distante, como si estuviera hecho de la niebla que reptaba sobre las Montañas Celestes de Oriente.

—El espacio me afectó más de lo que esperaban. Fue como antes. Como en el ataúd.

—Lo siento. Pero me alegro de que estés aquí. —Tenerlo en sueños era mejor que no tenerlo en absoluto.

Él le acarició el cabello mientras apoyaba su cabeza sobre su hombro.

—Mi hermano Althor decía siempre que yo expresaba mis sentimientos con demasiada libertad. Pero no puedo evitarlo. Te echaba muchísimo de menos. No podía soportar perderte a ti también después de todo lo que he perdido.

—Puedes quedarte aquí.

—Aún debemos llevar esta misión a cabo.

—¿Qué vas a hacer?

Vyrl aspiró profundamente.

—Ven conmigo, Kamoj. Ven a la *Ascensión*. Cuando tú estás conmigo, los sueños tienen menos poder.

¿Qué podía decirle? Ya no tenía buenas respuestas. Le parecía injusto que hasta sus sueños tuvieran que terminar de aquella manera.

—Vyrl...

—Lo siento. No debería presionarte. Pueden llevar a cabo uno de los demás planes sin mí.

¿*Demás planes*? Se retiró para poder mirarlo.

—¿Cómo pueden hacerte esto si existen alternativas?

Él la miró sin pestañear.

—Porque con mi ayuda podrían tomar Lyshriol sin luchar.

—¿Cómo?

—No puedo hablar de ello. Lo siento.

Kamoj se sentía como si la cama se estuviera hundiendo en las arremolinadas nubes. ¿Y si moría gente porque él no era capaz de hacer lo que debía? La culpa lo devoraría.

—Hada del agua, no te preocupes. —La niebla se arrolló sobre la cama y alrededor de su cuerpo hasta que se volvió más fantasma que hombre.

Vyrl se desvistió y se deslizó bajo las sábanas, y entonces la atrajo a sus brazos. Kamoj hubiera querido responder pero no pudo. Él no la presionó, ni para hacer el amor ni para que abandonara Balumil.

Así que yacieron juntos en la neblina del sueño.

Kamoj despertó sola. No había ni rastro de Vyrl: ni su ropa, ni un cabello, ni siquiera una arruga en las sábanas. No había estado allí la pasada noche. Permaneció tumbada un rato, demasiado triste para obligarse a salir. En el exterior, las nubes cruzaban poco a poco el cielo nocturno.

Finalmente se levantó y se vistió con una camisa y unos pantalones de color rojo. Salió del aposento y bajó las escaleras de la torre. Entraba aire frío por las saeteras.

La mayoría del palacio dormitaba aún. Mientras Kamoj atravesaba el Salón Largo, entrevió a una maicera que bajaba una tinaja de harina a la cocina. Antonyo

caminaba varios pasos tras ella, respetando su tácito deseo de privacidad.

Se dirigió hacia la torre oeste. Se parecía mucho a la que acababa de abandonar. En su interior discurría una escalera en espiral y las brisas soplaban por las saeteras. A diferencia de la torre del este, esta tenía un descansillo en el segundo piso. Abrió la puerta y salió a una balconada que se abría sobre la Sala de Audiencias.

La balconada original se había podrido siglos atrás. Durante mucho tiempo allí no había habido más que un espacio vacío. Recordaba vagamente que sus padres habían cegado la puerta. Ahora no conservaba de ellos más que retazos en la memoria. Recordaba la cascada de rizos negros que había recorrido la espalda de su madre. Su padre había sido un hombre corpulento, de lustroso cabello negro, ojos pardos, con una impresionante guardia de honor de jinetes. Lo recordaba resplandeciente, con la cota de discos y los colores de Argali, mientras daba vida a Casa Argali con su sonrisa radiante.

Ay. Si hubiese podido conocerlos...

Miró a su alrededor. Mientras se preguntaba lo que pensarían sus padres de aquella balconada de abedul amarillo, caminó hasta la parte delantera y apoyó las manos sobre la barandilla. El salón que se abría por debajo de ella estaba lleno de luz de luna, que entraba por las ventanas que cubrían la pared oeste desde el techo al suelo. Las paredes sur y este estaban cubiertas por espejos y a lo largo de ellas discurría una barra de madera a la altura de la cintura, con asideros dorados. El suelo, todo de abedul amarillo, ya estaba terminado.

Empezó a sonar música.

Kamoj estuvo a punto de caerse por la barandilla. La música continuó, despreocupadamente ajena al hecho de que su presencia era imposible. Se asomó al salón vacío. Los músicos debían de estar apiñados bajo la balconada. Tocaban flautas, trompas, instrumentos de cuerda, tambores y otros que ella no reconocía. Su música se ensortijaba en el aire, melódica y triste, con un ritmo constante que hizo que sus pies desearan moverse.

Entonces apareció Vyrl.

Kamoj se llevó la mano a la boca. Había vuelto a casa. Kamoj quería gritar su nombre, correr a su encuentro, quedarse donde estaba y admirarlo, reír y llorar. Atrapada entre todas las posibilidades, terminó mirándolo fijamente.

Llevaba un jersey ajustado y unos pantalones no menos ajustados, ropa de ejercicio, negra toda ella. De pie e inmóvil, inclinó la cabeza mientras prestaba atención a la música. Entonces frunció el ceño y volvió a desaparecer bajo la balconada. La música se detuvo. Así de sencillo. ¿Cómo? Kamoj no había visto nunca músicos que pudieran pasar de tocar una pieza tan compleja a un completo silencio en apenas un segundo. Como mínimo, solían hablar después de terminar.

Los músicos volvieron a tocar, esta vez una melodía más rápida con un ritmo

poderoso, hipnótico. Le costaba mantener los pies quietos. Si no hubiera estado tan estupefacta por la presencia de Vyrl, puede que hubiese empezado a bailar.

Su marido volvió a aparecer en la sala. Se dispuso a llamarlo...

... y entonces él se movió.

Kamoj se quedó boquiabierta. ¿Aquel era su marido? Era como un sueño, magia pura. Giró sobre uno de sus pies, mientras alzaba la rodilla de la otra pierna y la pegaba al cuerpo. A continuación extendió la pierna lanzando una patada por encima de su cabeza. Al mismo tiempo arqueó el cuerpo hacia atrás. Sus brazos se extendieron en sendas líneas, uno hacia delante, el otro hacia atrás. La patada lo impulsó por el aire con el cuerpo paralelo al suelo y la cabeza hacia atrás. Se enderezó con un movimiento eléctrico, volvió a girar y emergió del giro con un gran salto.

Kamoj había visto a muchos bailarines en los festivales. Ninguno de ellos, ni el mejor de todo Argali, podía comparársele. Aquello estaba tan por encima de sus bailes populares que decir que se trataba del mismo arte hubiera sido como sugerir que tanto el esquivo como el diamante eran rocas.

Mientras observaba cómo se movían sus músculos bajo las prendas empapadas de sudor, sintió que algo despertaba en su interior y le recorría el cuerpo. ¿Lo habían visto bailar otras mujeres? La palabra «sensual» apenas bastaba para describirlo. Aunque nunca había sido propensa a los celos, ahora empezó a sentirlos. Tuvo que recordarse que él la había elegido como esposa. Pero ahora su vínculo parecía efímero, más disuelto cada vez en las demandas imposibles de sus vidas.

Acongojada por aquella imagen, se apartó de la balconada. Empezó a subir la escalera de la torre y entonces se detuvo y se sentó en los escalones. Apoyada sobre el muro de piedra, pensó en Argali. Lo que había temido que ocurriera había terminado por ocurrir. Argali y Ponteferro eran enemigas. Pero existía una diferencia importante respecto al escenario previsto por ella; los hombres de Vyrl podían ofrecerle más seguridad de la que había imaginado. No le agradaba necesitarlos pero al menos mantenían su provincia a salvo. Había jinetes eskolianos por todas partes, más de los que jamás hubiera podido imaginar.

Eran tantos conceptos nuevos... ¿Cómo podía tomar decisiones acertadas sobre Argali cuando no comprendía a los hombres de su nuevo esposo? Empezó a cuestionarse la decisión de permanecer allí a toda costa. Un proceso importante se había puesto en marcha y ella necesitaba comprenderlo. El cambio. ¿Cómo entenderlo? Si no lograba encontrar una respuesta a esa pregunta, era posible que, a la larga, su pueblo sufriese más que si abandonaba Balumil por algún tiempo.

¿Y si resultaba que le era imposible regresar? Parecía que, decidiera lo que decidiese, siempre se veía obligada a tomar decisiones desagradables. Pero quizás había llegado el momento de hacer algo que hasta entonces le hubiera parecido

inaudito: correr riesgos.

Ensimismada aún en sus pensamientos, se puso en pie y subió las escaleras de la torre. El descansillo del tercer piso parecía el mismo que había al otro lado de la habitación que compartía con Vyrl. Por lo que recordaba, esta estancia contaba con un dormitorio más pequeño y un baño y carecía de vestíbulo. Abrió la puerta... y se quedó helada.

En su interior, Dazza estaba sentada a una mesa, con los codos apoyados sobre ella y la cabeza en las manos. Llevaba un camisón blanco que la cubría desde el cuello a las pantorrillas.

—¿Qué...? —La coronel levantó la cabeza—. No te he oído llamar.

Kamoj se ruborizó.

—No lo he hecho. Lo siento. No sabía que alguien estuviera utilizando estas habitaciones.

—No hace falta que te disculpes. —Logró esbozar una sonrisa fatigada que ahondó las arrugas de sus ojos. Aquella mañana parecían más marcadas que de costumbre. Aún no se había hecho la coleta y el pelo le caía suelto por la espalda. Señaló un sillón que había junto a su escritorio—. ¿Me acompañas?

—Gracias. —Kamoj se acercó y se sentó en el asiento—. ¿Te encuentras bien?

Dazza no respondió al principio. Luego dijo:

—Tenía tantas esperanzas... Pero ahora...

—¿Es Vyrl?

A cabo de un momento, Dazza dijo:

—Sí.

—Dijo que había habido problemas a bordo de la *Ascensión*.

—Una recaída. —Dazza se apartó el pelo de la cara—. Lo presionamos demasiado y demasiado deprisa. Estuvimos a punto de perderlo.

¿Perderlo? Aquello sonaba bastante peor que lo que Vyrl le había contado.

—Vuestro MEI nunca debería haberlo hecho.

—Odio lo que le ocurrió a Vyrl: pero odiaría aún más un universo controlado por los Comerciantes. Todos seríamos cautivos..., tú, yo, todos. —Con aire sombrío, añadió—: La familia de Vyrl es el premio que más codician.

Kamoj pensó en Jax multiplicado muchas veces. No podía soportar la idea de que alguien poseyera a Vyrl.

—No comprendo cómo podría alguien querer dañar a otra persona de esa manera.

La expresión de Dazza se suavizó.

—Eso es porque eres una de las personas más amables y bondadosas que he conocido.

Kamoj hizo una mueca.

—En otras palabras, soy débil.

—No, no lo eres. La fuerza de carácter no requiere agresión.

Los dedos de Kamoj se enroscaron alrededor del tejido gris de su camisa.

—Yo no podría detenerlo. —Incluso ahora, al recordar las cosas que Jax le había hecho, se sentía como un cachorro de cristazur en la trayectoria de una avalancha, mirando hacia arriba mientras la montaña se le venía encima sin que pudiera evitarlo. Quería derribar una barrera que no podía ver ni definir.

—Estás enfadada. —Dazza hizo de la frase una afirmación. Con esfuerzo, Kamoj relajó la mano.

—No.

—Estás en tu derecho de estar enfadada.

Kamoj quería decirle que se ocupase de sus asuntos. En su lugar, dijo:

—¿Sabías que Vyrl sabe bailar?

—Kamoj... —Pareció que la coronel iba a continuar pero entonces lo dejó estar. Con voz más suave, dijo—: Sí, lo sé.

—Es espectacular.

—¿Lo ha hecho delante de ti?

Kamoj titubeó.

—Lo estaba espiando desde la balconada.

—¿Lo sabía él?

—No lo creo.

El rostro de Dazza se llenó de alivio.

—Probablemente haya sido lo mejor. Solo los dioses saben cómo reaccionaría. Ya está suficientemente paranoico con el hecho de que lo vigilen en todo momento.

—No debería ser así.

—¿En qué estaba trabajando?

Kamoj describió la música y a continuación movió el torso y los brazos para mostrarle cómo se había movido Vyrl. Nunca se había tenido por torpe pero al tratar de imitarlo se sintió como una patosa.

—Ah, sí —sonrió Dazza—. Esa es preciosa.

Aquellos celos a los que aún no se había acostumbrado brotaron en el interior de Kamoj.

—¿Deja que lo veas?

—Lo vi sin que él se diera cuenta, como tú. —Dazza se encogió—. No sabía lo mucho que odia que lo miren hasta que se lo dije. Dejé de hablarme toda una semana.

—Eso parece un poco exagerado.

—Ah, bueno. —Dazza esbozó una sonrisa arrepentida—. Nadie ha acusado jamás a Vyrl de ser moderado.

—¿No le gusta actuar?

—Nada. —Dazza sacudió la cabeza—. Y debería hacerlo. Lo tiene todo:

brillantez técnica, expresión artística y una cierta... eh... cualidad... No estoy segura de cómo describirla...

Kamoj dijo con voz seca:

—¿Sensualidad?

La coronel se ruborizó.

—Creo que ese es el término más correcto.

—¿Por qué no deja que nadie lo vea?

—Donde él se crio los hombres no bailan. Solo las mujeres.

Eso sí que parecía extraño.

—Entonces, ¿por qué aprendió él?

—Su madre era bailarina. —Dazza se recostó sobre su silla—. En una ocasión me dijo que uno de los recuerdos más antiguos que conserva es el de ella enseñando en su estudio. A él le encantaba. Ella proviene de una cultura sin tabúes contra el hecho de que los hombres bailen, así que empezó a enseñarle cuando tenía cinco años. Más adelante lo encomendó a tutores privados.

—Es una costumbre estúpida hacer que un hombre con tanto talento se reprima. Y ahora ni siquiera tiene su hogar y su familia para compensar lo que pierde. —Kamoj le lanzó una mirada llena de resentimiento—. Todo por esa guerra vuestra.

Dazza no refutó la acusación. En su lugar, habló con cansancio.

—A pesar de todos nuestros logros, parece que no somos capaces de resistirnos al impulso de luchar.

—Yo no tengo ningún impulso de luchar.

—Esa es otra de las razones por las que Vyrl y tú encajáis tan bien. —La doctora apoyó el codo sobre el brazo de su asiento—. Muchos de sus familiares emprendieron la carrera militar. Su medio hermano Kurj dirigió el MEI durante décadas y su hermana Sausconia lo reemplazó después de su muerte. Su hermano Althor era el siguiente en la línea.

Kamoj dijo en voz baja:

—Hasta que todos ellos murieron.

—Sí.

Eso fue todo lo que dijo Dazza pero sus sentimientos se manifestaron con tal fuerza que Kamoj casi puso palparlos. Sentía lo que Dazza sentía, hasta captaba en parte sus pensamientos. Dazza había servido bajo el mando de los familiares de Vyrl. Los admiraba. Vyrl era un acertijo para ella: hermano de sus anteriores comandantes, similar a ellos en muchos aspectos, a pesar de lo cual había preferido una sencilla vida de granjero a la de un guerrero; un artista más que un soldado, un hombre hecho más de emoción que de lógica. Dazza sentía la necesidad fiera de protegerlo, no solo porque fuera su señor sino porque sentía que se lo debía a su familia. A pesar de lo mucho que la confundía, le gustaba, puede que hasta lo quisiese como una hermana.

Kamoj habló:

—Si muere gente porque él no haya podido cumplir esa misión en Lyshriol, Vyrl jamás se lo perdonará.

Dazza respondió en voz baja.

—Sí. Es cierto.

—¿Es verdad lo que él cree, que si yo lo acompañara, podría completar la misión?

—Nadie lo sabe con certeza. Pero sí, yo creo que sus posibilidades mejorarían.

Kamoj estrujó la tela de su camisa entre las manos.

—Ayer hablé con mi tío. Se ofreció a permanecer en Argali por algún tiempo.

Dazza la observó con detenimiento.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—No muy bien. —Se pasó la mano por el pelo—. No existe ninguna buena solución para este asunto.

—¿Sabes lo que vas a hacer?

—He tenido tiempo de establecer los programas más importantes para la provincia. Vamos a instalar cajas de calor y frío en las casas, enseñar a nuestros granjeros las técnicas agrícolas de Vyrl y montar una clínica en el pueblo. También he formado un comité para que trate con el... —buscó la palabra extranjera—. Con el *regimiento*, las fuerzas eskolianas estacionadas en Argali.

—Parece un buen trabajo.

—Le dije a Maxard que debería casarse. —Kamoj inspiró profundamente y entonces se lanzó al vacío antes de que tuviera tiempo de cambiar de idea—. Pero si vuelvo a hablar con él, creo que se avendría a cuidar de Argali por algún tiempo.

Dazza se quedó muy quieta.

—¿Y tu pueblo?

—Antes pensaba que sería mejor para ellos que me quedara. —Acarició con el pulgar el anillo que Vyrl le había dado—. Pero ¿qué es lo mejor a gran escala? Ya no lo sé.

La coronel habló con mucha cautela, como si temiera que Kamoj pudiera cambiar de idea si la presionaba.

—¿Estás diciendo que podrías considerar la posibilidad de venir con nosotros en la *Ascensión*?

Kamoj inspiró.

—Sí. —Sabía que era una decisión irrevocable, no solo para ella, sino también para Balumil. Si lo hacía, estaría reconociendo que su infancia había terminado, que había llegado para todos ellos el momento de abandonar el vientre de su mundo y volverse hacia un universo más grande.

—¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Dazza.

—No lo sé. —Y entonces añadió—: Elija lo que elija, habrá dificultades para mi pueblo. No puedo hacer más que lo que me dicta el juicio.

En voz baja, Dazza dijo:

—Lo mismo que todos nosotros.

Maxard estudió con la mirada el gran pájaro de color bronce y cobre que descansaba en el patio. Entonces se volvió hacia Kamoj.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. —Le cogió las manos—. Volveré a casa. —*O al menos no dejaré de intentarlo.*

—¿Lord Maxard? —La voz de Vyrl se alzó detrás de él.

Maxard soltó las manos de su sobrina y se volvió, tenso de repente. Vyrl se había reunido con ellos, la capa azul arremolinada por el gélido viento de otoño. Kamoj se sintió aliviada al ver que se protegía con la película resplandeciente en vez de con la máscara; de ese modo, Maxard estaría más cómodo. Se preguntaba por qué habría dejado Vyrl de esconder su rostro. Puede que aquello revelase algo sobre su estado de ánimo. Pero no estaba segura. Sabía que el ron seguía siendo un problema para él. Aunque había dejado de beberlo, no había dejado de pensar en él.

Maxard hizo una reverencia con expresión guardada.

—Me honráis con vuestra presencia, príncipe Havyrl.

Vyrl habló en voz baja:

—Os la devolveré.

Maxard asintió pero Kamoj se dio cuenta de que lo dudaba. Aunque Vyrl seguía siendo en muchos aspectos un extraño para ella, le transmitía una cierta sensación de confianza, sensación que Maxard no tenía razones para compartir. Además, la estatura de Vyrl no contribuía a tranquilizarlo. Ella sabía que se debía a una adolescencia más prolongada y a una tendencia hereditaria pero eso no lo hacía menos imponente.

Le obsequió a su tío con su más radiante sonrisa.

—Tío, Vyrl y tú deberíais hablar algún día sobre las cosechas. ¿Sabías que ha pasado toda su vida estudiando agricultura? Es increíble lo que ha logrado hacer con nuestros campos de cereal.

Maxard alzó las cejas. Sabía que su sobrina estaba tratando de encontrar algún punto en común entre Vyrl y él. Pero lo intentó. Le dijo a Vyrl:

—No me había dado cuenta de que fuerais un granjero.

—Toda la vida. Igual que mi padre. —La respuesta de Vyrl tuvo algo de sombrío. Kamoj sabía que se debía a su pena, pero no por ello resultó más amistosa.

Vyrl la miró de soslayo. Entonces se volvió hacia Maxard y volvió a intentarlo, esta vez con expresión más amable.

—Será un placer hablar con vos. Cuando Kamoj y yo regresemos, tal vez vuestra novia y vos podáis acompañarnos en una cena.

Kamoj sonrió.

—¡Sí! Debes venir a cenar, Maxard. —La palabra *novia* no tenía equivalente en idioma puente, pero Kamoj sospechaba que Vyrl se refería a su prometida—. Y trae a Essable.

—Lo haré, gracias. —Maxard trató de sonreír—. Ahora no te queda más remedio que regresar. Serías una anfitriona horrible, Kami, si nos invitaras a una cena y no te presentaras.

Ella hizo ademán de alargar las manos hacia él, para ofrecerle consuelo con un abrazo, como habían hecho mil veces desde su infancia. Pero Maxard se puso tenso, mientras su mirada se volvía un instante hacia Vyrl y no hizo movimiento alguno para acercársele.

Vyrl miró a Kamoj y Maxard alternativamente. Entonces dijo:

—Creo que debería asegurarme de que nuestras pertenencias estén adecuadamente almacenadas en la lanzadera.

Kamoj hubiera podido besarlo por ser tan comprensivo, pero sabía que eso lo hubiera avergonzado.

—Iré dentro de un momento.

Vyrl asintió. A continuación se dirigió hacia el pájaro caminando tan recto como si no se diera cuenta de que estaba a punto de chocar con una pared sólida. Kamoj estaba a punto de llamarlo, pero entonces un óvalo se abrió en el costado de la criatura. Una vez que Vyrl estuvo en su interior, el óvalo desapareció sin dejar el menor rastro.

—Vaya —dijo Kamoj.

—¿Hace eso muy a menudo? —preguntó Maxard.

—Hacen toda clase de cosas extrañas. —Se volvió hacia él con una sonrisa triste—. Se tarda algún tiempo en acostumbrarse.

—¿Y tú lo has hecho? —La observó con preocupación—. ¿Te complace el modo en que se han desarrollado las cosas?

No, pensó. Es un embrollo terrible. Pero sí que estaba contenta por algo.

—Él me preocupa, Maxard. Es diferente, pero un buen hombre. Tiene buenas intenciones para Argali.

—Eso espero. —Señaló el pájaro de metal con un ademán—. Resulta tan extraño que te marches... La vida tiene su ritmo, su orden. Todo esto lo quebranta.

Ella recordó lo que Vyrl le había dicho, que su pueblo había sido engendrado para aspirar al orden, para no hacer preguntas ni cambiar las cosas.

—Puede que necesitemos zarandear ese orden.

—¿Por qué?

—No estoy segura. Pero puede que sea algo bueno. Como cuando tú aprendiste a leer.

El rostro de su tío se relajó.

—Eso fue bueno, sí. Tú también deberías hacerlo.

—Confío en hacerlo. —La culpa le suavizó la voz—. Siento que las cosas hayan ido así. Pero si todo marcha bien, no tendrás que quedarte mucho tiempo en Ashman.

—Debes dejar de disculparte. —Esta vez no vaciló en abrazarla. Permanecieron unidos bajo la luz sesgada del atardecer—. Cuídate —añadió con voz ronca.

—Y tú. —Le falló la voz mientras se separaban—. Dile a Dylu que la quiero.

—Lo haré. —Miró más allá de ella—. Creo que tienes que irte.

Kamoj se volvió y vio a Vyrl de pie junto a la entrada del pájaro. Se despidió de Maxard una última vez y se dirigió a la criatura. El corazón le dio un vuelco mientras entraba. Sabía que estaba dando un paso irrevocable; desde aquel momento hasta el mismo de su regreso, formaría parte del mundo de los eskolianos en vez del suyo propio.

El pájaro contenía tres filas de asientos, azules todos ellos. Las paredes, luminosas y blancas, se curvaban a su alrededor. Los guardaespaldas de Vyrl, Antonio Lopezani y una mujer robusta llamada Secundaria Ko, ya se encontraban allí. La entrada del pájaro se cerró, dejando tras de sí una superficie lisa. Kamoj pasó la mano sobre ella. ¿Cómo podía Vyrl actuar con tanta naturalidad mientras ocurrían todas aquellas cosas insólitas?

Él la estaba observando.

—Solo es una esclusa molecular, como la de mi cueva. Esta es impermeable a todo. —Con una sonrisa, añadió—: Incluidos nosotros.

—Eso espero. —Kamoj quería hablar con ligereza pero le temblaba la voz. Estaba nerviosa, sí, pero también excitada. Muy pronto se embarcaría en una gran travesía, viajaría sobre el cielo y atravesaría océanos de espacio, la primera entre todo su pueblo en abandonar Balumil desde hacía eras. Aunque sabía de una forma vaga que sus antepasados habían enviado naves al espacio, para ella esas historias eran poco más que fábulas infantiles. Y habían sobrevivido al paso de los milenios solo porque unos pocos, como Jax, eran capaces de leer los antiguos códices.

Se sentaron en la fila de en medio, con Antonio delante y Ko detrás. Las sillas se ajustaron a sus cuerpos. Kamoj estaba a punto de preguntar si estaban vivas cuando decidió que prefería no saberlo. Solo podía asumir una cantidad limitada de sorpresas al mismo tiempo.

—¿Cuándo ascenderá el pájaro al cielo? —preguntó.

—¿Pájaro? —dijo Vyrl.

—Este bote volador.

—Dentro de poco. Pero es una nave, no un bote. En realidad, nosotros lo llamamos lanzadera.

Una voz de mujer habló de repente:

—Príncipe Havyrl, ¿queréis que conecte una de las holopantallas ahí atrás?

Kamoj se felicitó por no haber dado un salto al escuchar aquella voz incorpórea. Vyrl respondió al aire con formalidad.

—No es necesario, teniente.

—Muy bien, Su Alteza. Prepárense para el despegue.

—Gracias. —Vyrl se volvió hacia Kamoj—. Te sentirás aplastada contra el asiento. Es normal. No durará mucho.

Ella logró asentir. El interior del pájaro empezó a vibrar. Se sentía bien, aparte de un hormigueo en la garganta que le ocurría siempre que estaba excitada.

De repente una presa invisible la atenazó. Trató de proferir un jadeo entrecortado pero ningún sonido brotó de su garganta. La presión fue empeorando hasta hacer que deseara gemir. Entonces la silla se reajustó alrededor de su cuerpo y la incomodidad se mitigó. Empezó a respirar con más facilidad e incluso logró lanzar a Vyrl una mirada de soslayo. La parte trasera de su asiento se había extendido para sostener la cabeza de su marido. Tenía una expresión extraña, como si estuvieran apretándole una membrana invisible contra la cara.

—¿Cómo estás? —preguntó él en voz baja.

—Bien. —Era incapaz de decir más.

Por fortuna, la presión desapareció al fin. Entonces sintió que la cabeza le daba vueltas, como si pudiese flotar hasta el techo, o como quiera que uno llamase a la parte superior de un ave metálica llamada lanzadera.

—Me siento muy ligera.

—Ahora mismo lo eres. —A continuación, dijo—: Secundario Lopezani, ¿está usted enlazado con la IE?

—Sí, señor. —Mientras Antonio se volvía, la parte inferior de su asiento descendió para que pudiera mirarlos. Observó por un instante a Kamoj con mirada amistosa, pero no le dirigió la palabra. Sus reticencias le recordaron a Maxard. Eso la confundió. Antonio nunca había parecido temer a Vyrl hasta entonces.

—¿A cuántas g estamos acelerando? —preguntó Vyrl.

—A un cuarenta y cinco por ciento de la gravedad de Balumil, aproximadamente —dijo Antonio.

Vyrl asintió.

—Gracias.

—Es un honor, Su Alteza.

Qué formal. Kamoj se dio cuenta de que no era miedo sino posición social. Un

muro invisible rodaba a Vyrl y lo aislaba de todos los demás. Su relación con Dazza no era típica pero incluso cuando discutían ella lo trataba con deferencia. Sus criados le mostraban un respeto rayano en el temor reverente. Eso perturbaba a Kamoj. Su propio pueblo la trataba con respeto pero ella nunca había sentido la distancia que existía entre Vyrl y casi todos los demás.

Mientras Antonio se volvía de nuevo hacia delante, Vyrl se dirigió a ella.

—La gravedad que sientes ahora deriva de nuestra aceleración y es menor que la que experimentas en Balumil.

—¿Gravedad?

—La fuerza con la que Balumil tira de ti.

—Oh, Vyrl. —La absurda imagen que él evocaba, un Balumil con enormes brazos, le hizo sonreír—. Los mundos no tiran de la gente.

Él esbozó una sonrisa.

—De hecho sí que lo hacen, hada del agua.

—Me estás tomando el pelo.

—Yo nunca haría semejante cosa.

—¡Ja! —Kamoj fingió enfado—. Algunas veces creo que no eres más que un chiquillo malcriado, oh señor príncipe exaltado.

Vyrl soltó una risotada. Entonces Kamoj tuvo un nuevo susto. Sintió la diversión que sus palabras habían provocado a Antonio y la sorpresa que suponía para él el hecho de que Vyrl se relajara con tanta facilidad cuando estaba con ella. Aunque Kamoj había sido siempre sensible al estado de ánimo de la gente, la sensación nunca había sido tan intensa. Su proximidad a Vyrl parecía incrementar el efecto.

—Pero lo que te he dicho sobre la gravedad es cierto —dijo Vyrl—. En Balumil es un veinte por ciento superior a la norma humana. Lyshriol, mi mundo natal, es similar. Esa es otra de las razones por las que el MEI eligió Balumil como base temporal para mí, a pesar de mi estatura. Se parece a mi mundo.

—¿Tu estatura? —No estaba segura de haberlo oído bien.

—Me da más peso que cargar. El pueblo de mi madre está formado por hombres grandes, pero mi padre provenía de un mundo de baja gravedad, donde eso no importaba. En Lyshriol soy lo bastante alto como para causar problemas. Las botas me estorban cuando... —Se interrumpió como si se hubiese sorprendido en una falta—. Cuando hago ejercicio.

—¿Cuando bailas? —Kamoj había decidido ya que no debía esconder lo que había visto.

Vyrl la miró con una expresión repentinamente indescifrable.

—Estabas en la Sala de Audiencias esta mañana.

—Sí. No pretendía espiarte. —Su entusiasmo se desbordó—. ¡Vyrl, fue maravilloso! Increíble.

—Solo es un ejercicio. —Se encogió de hombros—. Hay gente que nada, gente que corre. Yo hago eso. Así me mantengo en buena forma.

Kamoj era consciente de que para él significaba más que un mero ejercicio. Pero no insistió. No quería que dejara de hablarle.

La voz del piloto sonó en el aire.

—Nos estamos aproximando a la *Ascensión*. Por favor, prepárense para el ataque.

«Atracar» en la *Ascensión* fue una experiencia irreal. Al salir de la lanzadera se encontraron en una cámara blanca con forma esférica. «Descon», la llamó Vyrl. Y flotaban, todos ellos, Vyrl, los guardaespaldas, la piloto, una mujer delgada de cabello castaño y ella misma. Para Kamoj resultó perturbador pero también divertido. Se preguntó cómo sería hacer el amor en aquel lugar. Al ver que Vyrl la miraba sonriendo, se ruborizó. Tener un empático por esposo no estaba exento de inconvenientes.

Las ligeras náuseas que la habían asaltado en la lanzadera estaban empeorando. Respiró profundamente mientras trataba de calmar su inquieto estómago. Salieron del Descon y flotaron por un túnel blanco hasta llegar a un extraño carruaje: un «ascensor». Los muros de su interior eran de un azul vibrante que emitía un brillo contenido, como los lagos de las Islas Celestes del Norte cuando la luz inclinada del sol hacía brillar el agua.

Los asientos del ascensor se ajustaban para su comodidad pero los Jagernautas nunca se relajaban. Su constante vigilancia impresionaba a Kamoj. Su presencia, en especial la de Antonio, la tranquilizaba. La musculosa Ko la intrigaba; nunca había visto una mujer tan formidable. Antonio le había dicho que Ko y él habían servido como «pilotos de caza» durante años, antes de aceptar «trabajos de oficina». Kamoj solo tenía una idea vaga sobre cazas y oficinas pero saltaba a la vista que los Jagernautas imponían respeto. Cuando supo que Ko había sido guardaespaldas de la madre de Vyrl, se acordó de que otro acontecimiento formidable la esperaba en el futuro: conocer a su suegra.

La descripción que Vyrl le había hecho de la *Ascensión* le resultaba difícil de concebir. Aparentemente, aquella nave estelar no tenía velas, ni tampoco ninguna de las formas que ella asociaba con una embarcación. En su lugar, era un enorme cilindro giratorio con un puente que giraba en sentido contrario en un extremo y unos «impulsores» en el otro. Vyrl decía que era una ciudad flotante. Trató de imaginar una ciudad flotando en el cielo. ¿Qué encontraba uno allí? Un montón de aire púrpura, quizá.

Después de entrar en el carruaje, sintieron una leve presión. Al principio, Kamoj se deslizó hacia un lado. Entonces empezó a recuperar su peso, hasta que se sintió

casi normal, aunque aún más ligera que en Balumil. Las náuseas seguían molestándola, pero al menos no empeoraron.

Finalmente se abrieron las puertas deslizantes y salieron del ascensor. Kamoj caminaba con pasos demasiado marcados, como si se hubiese olvidado de cómo se andaba. Estaban en un espacio abierto. *¿Esto es una nave?* Todo brillaba, luminoso e inclinado en extraños ángulos. La plataforma sobre la que se encontraban se curvaba en todas direcciones. Abrumada por las insólitas formas y superficies, incapaz de absorberlo todo, enfocó la mirada en el área que tenían delante...

Y vio al general Ashman.

Esperaba a unos diez pasos de distancia con un grupo de personas, vestidas todas ellas con los uniformes grises. Mientras el grupo salía a su encuentro, el general sonrió a Kamoj, un gesto que produjo una insólita pero no desagradable expresión en su rostro granítico. Entonces se detuvo frente a Vyrl y se inclinó:

—Mis saludos, príncipe Havyrl. —Ya no estaba sonriendo—. Nos honráis con vuestra presencia.

Vyrl respondió con tono seco:

—Nos complace estar en la *Ascensión*.

Kamoj reprimió una sonrisa. Aparentemente, los eskolianos eran tan propensos como sus compatriotas al uso de palabras ostentosas para ocultar sus sentimientos.

Entonces reparó en la presencia de Dazza en la comitiva de Ashman. La coronel la estaba observando con expresión intrigada. Kamoj se dio cuenta de que había estado mirando directamente en su dirección. La saludó tardíamente con un gesto de la cabeza. Confiaba en que Dazza comprendiera. Era difícil asimilar todo aquello de una vez.

Mientras Vyrl y Ashman intercambiaban formalidades, Kamoj evaluaba la verdadera jerarquía de poder entre ellos. Puede que estuviera fuera de su ambiente, pero sabía de política y allí se estaba manifestando en su forma más alta. Aquella era la provincia de Ashman. Él estaba al mando. No obstante, si presionaba demasiado a Vyrl, perdería crédito frente a su pueblo y puede que incluso autoridad.

Dejaron la plataforma y siguieron un camino que se curvaba hacia el suelo. Ashman caminaba con Vyrl, Dazza con Kamoj y los demás alrededor de ellos. Kamoj empezó a absorber más de lo que la rodeaba. Estaban en una ciudad, aunque era una ciudad sin plantas ni animales. Los edificios parecían de alabastro y metales preciosos. En la distancia, un muro se elevaba del suelo al techo. ¿O era el cielo? Se extendía en un arco muy por encima de su cabeza, derramando luz. Quería compartir su entusiasmo con Dazza, pero se contuvo. No hubiera sido muy digno ponerse a parlotear como una niña.

Lanzó una mirada atrás y buscó el carruaje. En su lugar, vio una maravilla aún más grande: una columna gigantesca se elevaba por los aires y atravesaba el cielo.

—¿Dulce Airys, qué es eso?

—Un radio de la nave —le dijo Dazza—. Es como un gran agujero hueco. El ascensor discurre por él.

Kamoj se preguntó por qué no habría caído el ascensor como una roca. Trató de imaginar una nave radial girando en el cielo. Hubiera creído que debía de caer al planeta.

No tardaron en alcanzar la «pared» que había visto... y entonces entraron en ella. Una vez dentro, prosiguieron por extraños corredores redondos con imágenes coloridas y extraños artefactos en las paredes. La oleada de experiencias aturdió a Kamoj. Sentía náuseas. Además, la luz era demasiado brillante. Demasiado amarilla. Le costaba andar; parecía que tropezaba a cada paso que daba y que levantaba demasiado los pies al andar.

Dazza le iba describiendo la nave conforme caminaban para tratar de distraerla, pero ella no entendía todas las palabras. Los cruceros de batalla eran navíos utilizados por la Flota Imperial, la rama más importante del MEI y una de las más involucradas en la guerra espacial. Una nave como la *Ascensión* proporcionaba defensa contra las naves enemigas y control de comunicaciones, protegía a los portaaviones espaciales, apoyaba las invasiones planetarias y hacía las veces de buque insignia.

Sin embargo, Ashman y su tripulación no pertenecían a la flota. Servían en el Ejército del Faraón, la rama más antigua de las fuerzas armadas eskolianas. Creado en tiempos del Imperio Rubí, el ejército se jactaba de sus cinco mil años al servicio de la familia de Vyrl. Aunque su principal tarea era la guerra planetaria, poseía también divisiones espaciales. Como guardián ancestral de la Dinastía Rubí, el Ejército del Faraón había sido elegido para llevar a cabo aquella misión.

De improviso el corredor por el que caminaban desembocó en una espaciosa sala. El lugar estaba lleno de mesas con forma de luna creciente y mucha gente. Había paneles en las paredes que se extendían desde el suelo hasta el techo. Paneles vivientes. Uno mostraba un océano cuyas olas iban a romper a una playa roja. En otro, unas plantas de aspecto frágil se agitaban bajo una brisa que no soplabla en la sala. Y en otro se veían unas montañas amarillas con vetas rojizas y picos extrañamente recortados, como si el viento, el sol y la nieve no hubiesen limado jamás sus contornos.

Kamoj trataba de no perder detalle. Dazza la estaba guiando a una mesa situada sobre un estrado al otro lado de la sala. Vyrl y Ashman ya se encontraban allí, esperando. De repente, Kamoj comprendió. Se trataba de una recepción. Iban a comer. ¿Quién podía pensar en comida en aquel momento? Volvió a sentir náuseas.

—No —dijo con un hilo de voz.

Dazza la cogió por el hombro para sostenerla.

—¿Puedes aguantar unos momentos más?

Kamoj no respondió. Tenía miedo de decir alguna tontería o hacer algo aún más inadecuado, como vomitar.

Cuando llegaron junto a Vyrl y Ashman, Dazza se dirigió al general:

—Kamoj debería irse. Esto es demasiado para ella. Creo que sufre mal de espacio y la gravedad baja lo empeora.

Vyrl miró a Ashman de soslayo.

—Puedo llevarla a mi habitación.

El general asintió mientras miraba a Kamoj con preocupación.

—Sí, por supuesto.

Kamoj sintió la consternación de Ashman: resultaría violento que Vyrl y ella abandonaran una ceremonia celebrada en su honor, pero el general tampoco quería que sufriera. Se humedeció los labios.

—Vyrl, quédate tú. —Se volvió hacia Dazza—. ¿Podéis acompañarme? Así no tendremos que marcharnos los dos.

Vyrl habló en voz baja:

—Gracias, Kamoj.

Ella logró esbozar una tenue sonrisa. El aire parecía diferente al del palacio: más denso, demasiado metálico, demasiado seco.

Dazza la condujo por un arco oculto tras el estrado. Caminaron por nuevos túneles, más pequeños que antes. Las paredes se inclinaban sobre ella, muy brillantes. Demasiado brillantes. No era de extrañar que Ashman tuviera aquel aspecto severo. Probablemente aquellas luces tan fuertes le provocaban un dolor de cabeza constante.

Las entradas, aquellas «esclusas moleculares» de las que tanto se enorgullecían los eskolianos, se abrían con un siseo delante de ellos. Kamoj asumía que las paredes volvían a formarse a su paso. No se volvía para mirar, pues temía que cualquier movimiento brusco pudiera arruinar la precaria tregua que su estómago le había concedido. Allí estaba, rodeada de maravillas, y lo mejor que podía hacer era tratar de no vomitar su última comida sobre la *Ascensión*.

Terminaron en una habitación cuya decoración sugería una opulencia austera. No podía enfocar la mirada pero tenía la impresión de que había oro, bronce y cobre, con destellos de zafiros. El mobiliario estaba hecho de una madera dorada, la única que había visto a bordo de la *Ascensión*, donde no había árboles. Más que cualquier otra cosa, esto le dio a entender que habían llegado a un lugar importante.

Kamoj suspiró. La alfombra dorada parecía suave y sedosa, como una nube iluminada por la puesta de sol. Le recordó el salón de té lleno de almohadones de Casa Argali, donde solía echar la siesta. Durante el viaje a la *Ascensión* se había perdido su período de sueño diurno. Se sentó sobre la alfombra y a continuación se tendió y cerró los ojos, inundada por un alivio tan intenso que era casi placer físico.

—¿Kamoj? —Dazza se arrodilló a su lado—. ¿No preferirías usar la cama?

—No. —Kamoj no trató de abrir los ojos—. Esto es perfecto.

—¿Te han dado algo para el mal de espacio?

¿Mal de espacio? Qué extraño. Le costaba imaginar una enfermedad transmitida por el cielo.

—No.

Dazza le puso una mano sobre el hombro.

—El problema, mi estoica gobernadora, es que no sabes quejarte.

—Nunca me quejo —murmuró Kamoj, medio dormida.

—Lo sé. Tendremos que hacer algo al respecto.

—No quiero —le informó Kamoj. Entonces se dejó ir y se sintió como una piedra arrojada a un estanque profundo y bienvenido.

—Eres mucho más lista que yo —dijo Vyrl.

Kamoj abrió los ojos en la oscuridad. La luz de la luna no entraba por la ventana del escritorio de Vyrl. No tenía sentido. Aunque las lunas no hubiesen salido aún, la aurora hubiera debido iluminar la estancia. En aquel momento apenas alcanzaba a ver a Vyrl a su lado. El colchón también resultaba extraño, flotante, como si estuviera lleno de aire en lugar de plumas.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Vyrl.

Ella volvió una mirada entornada hacia él.

—¿Mejor que qué?

—Dazza me dijo que habías caído inconsciente.

Todo regresó en tropel: la *Ascensión*, la recepción, Dazza llevándosela. Vaya. Había hecho precisamente lo que pretendía evitar, actuar como una niña ingenua en vez de como una experimentada gobernadora.

—No caí inconsciente —dijo con aire digno—. Me fui a dormir.

La sonrisa de Vyrl brilló en la oscuridad.

—Bueno, después de que te fueras a dormir, Dazza te trajo aquí, te dio unos medicamentos para el mal de espacio y te metió en la cama.

—Estaba muy bien donde estaba —gruñó. Una punzada de nostalgia la golpeó. Confiaba en que todo fuera bien en Argali. Sin embargo, ahora que se encontraba mejor, deseaba haberse quedado en la recepción. Había ido allí a aprender—. Discúlpame si he causado algún problema.

—Todos lo entendieron. Puedes reunirte con nosotros mañana. Aquí el ciclo «diario» corresponde más o menos a una tercera parte del de Balumil. —En voz más alta, añadió—: Andorian, luces al cinco por ciento.

La habitación pasó de una oscuridad casi completa a una tenue iluminación. Se trataba de una cámara la mitad de grande que el dormitorio de Vyrl en el palacio. Seguía sin poder distinguir mucho, apenas destellos de los tonos bronce y zafiro que

tanto parecían gustarle a Vyrl.

—¿Estos son tus aposentos en la *Ascensión*?

—Exacto. Supongo que deberías llamarlo mi camarote.

—Han sido demasiadas sorpresas para mí.

Él no pareció sorprendido.

—Dazza piensa que eres como un código de programación de gran complejidad pero con pocas líneas de entrada. Si le das demasiados datos, el programa se bloquea.

Ella parpadeó.

—¿Ese extraño comentario significa algo?

Vyrl rio con suavidad.

—Imagina un contenedor grande y complicado con muchas cavidades. Puede contener un montón de agua pero solo hay una pequeña entrada para meter el líquido. Si tratas de introducir demasiado, se sale. Eso es lo que te ha pasado hoy.

—Ah, sí. —Ahora lo entendía—. Es un rasgo de Argali. Maxard también es así. —Se detuvo mientras estudiaba el rostro de Vyrl. Sus ojeras la preocupaban—. Deberías dormir. Mañana puedes seguir hablándome de programados informativos.

Por alguna razón, él se rio. Pero no protestó.

—Si necesitas algo, pídeselo a Andorian.

—¿Es como Morlin?

—Sí. Aunque Andorian funciona mejor. —Bostezó—. Sin embargo, Andorian no es un «chico».

—¿Es una «chica»? —Kamoj no tenía la menor intención de permitir que Vyrl compartiera habitación con una mujer invisible.

Él esbozó una sonrisa soñolienta.

—Estás celosa de mi computadora.

—No lo estoy.

Las pestañas de Vyrl se cerraron.

—En Lyshriol, Andorian es la diosa del intelecto. Tiene tanto un aspecto femenino como uno masculino. Programé este nodo para que pareciera femenino pero si eso te molesta puedo cambiarlo. —Con voz soñolienta añadió—: Haré que no sea ni masculino ni femenino.

¿Ni masculino ni femenino? Aquello intrigaba a Kamoj.

—Sí. Hazlo.

—Andorian, androgenización —musitó Vyrl.

Kamoj esperó pero Andorian guardó silencio. Supuso que no necesitaba responder. Observó cómo se iba quedando dormido Vyrl. Había sido un día excitante, abrumador, extraño, pero en modo alguno aburrido. Sin embargo, se sentía agradecida por la privacidad que disfrutaban ahora. Una oleada de alivio recorrió todo su cuerpo, inesperadamente excitante en su intensidad. ¿Qué era lo que había

dicho Vyrl? Su pueblo estaba diseñado para ofrecer una respuesta sexual aumentada. Lo que ella sentía no era exactamente sexual pero sabía que si Vyrl la tocaba sus apetitos se inflamarían. Antes de Vyrl nunca había sentido demasiado deseo pero en aquellos tiempos su única opción había sido Jax. El mero hecho de encontrarse en presencia de Vyrl intensificaba sus respuestas.

A pesar de lo que estaba sintiendo, era un alivio que se hubiera quedado dormido. Aunque ya no se encogía cuando la tocaba, aún no se sentía preparada para hacer el amor. Pero también estaba demasiado inquieta para dormir. Su ropa descansaba sobre una mesa cercana. Se levantó, se vistió y salió de la habitación por una puerta en forma de arco. Suponía que la cámara que había al otro lado debía de ser la misma en la que antes se había quedado dormida, pero era difícil estar segura con tan poca luz.

—¿Andorian? —preguntó.

—Buenas noches, gobernadora Argali —dijo una voz agradable, ni masculina ni femenina sino las dos cosas al mismo tiempo.

—Buenas noches. —Confiaba en que aquella fuera la respuesta correcta.

—¿Me permite una sugerencia?

—Desde luego. —Giró sobre sí misma, tratando de encontrar la fuente del sonido.

—Si solidifico la entrada al dormitorio, no molestaremos al príncipe Havyrl con nuestra conversación. Además, así podría encender las luces para que pudiera usted ver lo que la rodea.

—Sí. Hazlo. —En ese momento decidió que pensaría en Andorian como «chico».

El arco resplandeció y un muro lo cubrió. Mientras Andorian aumentaba la intensidad de las luces, Kamoj miró el arco, impresionada. Parecía una cerradura gigante. Los lados se alzaban en sendos arcos dorados que terminaban en capiteles planos muy por encima de su cabeza. A partir de ellos partían sendas curvas que se acercaban, se alejaban y volvían a acercarse para unirse en un punto conformando un contorno femenino. Una vidriera de cristal llenaba el espacio creado.

Entonces se percató de que no era cristal, sino un panel hecho de gemas. Mostraba a un hombre y una mujer, ataviados con túnicas azotadas por el viento, de esmeraldas la de él, de rubíes la de ella. El hombre tenía ojos de amatistas y un cabello oscuro de rubíes vetado de oro. El cabello de la mujer descendía ensortijándose hasta sus caderas, una melena hecha de ámbar, oro, cobre y bronce. Parecía un ángel de los Armónicos Esféricos. Dos soles de topacio brillaban tras ellos y el cielo de amatista estaba cubierto de nubes de lapislázuli.

—Es precioso —dijo Kamoj. Entonces se le ocurrió que probablemente Andorian no supiera a qué se refería.

Aparentemente, era más perceptivo de lo que ella había pensado. Antes de que tuviera tiempo de explicarse, le dijo:

—El hombre es el padre de Vyrl. La mujer es su madre.

Kamoj estudió la obra de arte.

—Ya veo el parecido.

—¿Le gustaría ver más imágenes de su hogar?

—¡Oh, sí!

—Mire a su alrededor. Nosotros los llamamos holos.

Kamoj descubrió que le empezaba a ser más fácil apreciar lo que la rodeaba. Un elegante diván azul descansaba contra una pared y había sillas azules por toda la habitación. Los paneles de holos se extendían del suelo al techo, alternados con paneles de oro. Uno de ellos mostraba un campo interminable de hierba verde y plateada bajo un cielo de color lavanda. El cielo tenía dos soles, ambos de color equivocado, dorado en vez del penetrante azul blanquecino. En el siguiente panel, el campo se fundía en una especie de bosque. Las «hojas» de los árboles eran discos azules translúcidos en vidriosos tallos violetas o rojos. El efecto era encantador, un destellante bosque de pompas de jabón. En el tercer panel se veía el bosque de pompas que daba paso a una cordillera coronada de nieve teñida de un suave azul. Curioso. ¿Podía un mundo tener agua azul?

—¿Ese es el hogar de Vyril? —preguntó.

—Exacto —dijo Andorian—. Está en el planeta Lyshriol. Lo que está viendo es Dalvador, la región en la que él se crio.

—Es muy luminosa.

—El clima suele ser cálido. Lyshriol no tiene inclinación axial y su órbita es circular, de modo que el clima no cambia demasiado.

—¿De verdad tiene dos soles?

—Sí. El sistema planetario no es natural.

—¿Por qué no?

—Tal como los soles perturban su órbita —respondió Andorian—, Lyshriol jamás hubiera podido formarse en ese sistema. Lo más probable es que alguien lo trajera de otro lugar.

Perturban. La palabra poseía una inquietante familiaridad.

—¿Quieres decir que los soles tiran del planeta?

—En esencia sí. Sin embargo, falta mucho tiempo para que esto se convierta en un problema y para entonces ya habremos descubierto cómo resolverlo.

—¿Ahora no podéis?

—Me temo que la posibilidad de mover planetas supera la capacidad de nuestra tecnología actual. —Andorian parecía estarse disculpando. Pero a continuación, su voz se llenó de entusiasmo—. Pero el Imperio Rubí realizó grandes hazañas de ingeniería astronómica. También terraformaron Lyshriol.

Su celo hizo sonreír a Kamoj.

—¿Terraformaron?

—Lo transformaron para que fuera más habitable.

—Ojalá pudiéramos hacer eso en Balumil.

—Requiere mucho tiempo. —Andorian hizo una pausa—. Sin embargo, Balumil es lo bastante parecido a un planeta habitable como para ser sometido a un proceso más sencillo llamado bio-escultura. Sus ancestros lo utilizaron. Alteraron o introdujeron gran parte de la flora y la fauna que ahora lo pueblan.

—Eso es lo que Vyrl me dijo. —Kamoj se dio cuenta de que las imágenes de los holos estaban vivas. La hierba verde y plateada se mecía con el viento y el bosque de pompas se agitaba. Una criatura alada se remontó por encima de las montañas coronadas de azul.

—Parece un lugar idílico.

—De hecho lo es.

Andorian parecía más humano que Morlin. Ella había asumido que los ordenadores eran espíritus incorpóreos que se introducían en las consolas cuando eran invocados por los humanos pero ya no estaba tan segura. Tenía que aprender más cosas sobre los eskolianos.

—¿Puedo visitar la nave?

—Nadie me ha dicho que la retuviera aquí. —La voz de Andorian adoptó un tono frívolo—. Puede que los miembros de la tripulación se sorprendan de verla despierta y paseando, pero le advierto que sorprender a los humanos puede resultar divertido.

Kamoj sonrió a la invisible IE.

—Me gusta tu sentido del humor.

—Gracias. Se lo agradezco. El príncipe Havryl lo encuentra fastidioso. A menudo me gruñe.

Ella rio.

—Seguro que sí.

—Puede utilizar esta salida. —Al otro lado de la habitación, el muro que contenía otro elegante arco parpadeó y se esfumó—. Que se divierta.

—Lo haré. —Su respuesta era en parte una bravata y en parte una muestra de emoción. Entonces se marchó.

La cámara circular que había más allá del camarote de Vyrl poseía una belleza extraña, un aire onírico que le hizo sentir como si aún siguiera durmiendo. Admiró las paredes de bronce, la cúpula del techo con sus nervaduras de bronce y el suelo con dibujos hechos con losas de cobre y oro. Se preguntó dónde encontraría el pueblo de Vyrl tal cantidad de metales preciosos. Puede que los hicieran, del mismo modo que hacían sus magníficas joyas. Había un banco circular con cojines azules a lo largo del perímetro de la sala. En la pared opuesta, un holo redondo mostraba dos soles alzándose sobre el bosque de pompas.

Otro arco decoraba la pared a su derecha. Kamoj titubeó y a continuación respiró

hondo y se dirigió hacia ella. El muro parpadeó y desapareció justo antes de que ella lo atravesara.

De pronto sintió vértigo. ¡Aquel lugar no tenía orientación! Los techos, las paredes y el suelo del corredor redondo eran el mismo. Todas las superficies tenían asideros de oro, igual que la cámara de Descon. Pero allí había estado flotando. En este momento pesaba lo mismo que desde que saliera del ascensor. Si la *Ascensión* dejaba de rotar, ¿empezaría ella a flotar? Puede que eso explicase la presencia de los asideros. Se agarró a uno de ellos mientras se recordaba que *abajo* estaba debajo de sus pies y *arriba* encima de su cabeza.

Cuando se sintió más segura y asentada, se aventuró a avanzar. A derecha e izquierda, encima de ella y sobre el suelo, había holos redondos que mostraban el balanceo de unas hojas verdes y azuladas que le recordaron a los dibujos que había visto de las portillas de los barcos que navegaban por el Mar de Termali. Mientras caminaba sobre uno de los holos, un oleaje lamía sus tobillos con su fantasmal translucidez. Parecía un sueño flotante, dichoso y mudo, en un tiempo alejado de aquella realidad.

Entonces un grito destrozó el silencio.

Visión de estrellas

Tiempo de viaje

Hubo un nuevo grito y luego un aullido estrangulado.

Vyrl.

Kamoj regresó corriendo a la habitación de bronce y entonces se detuvo en el arco, desorientada. La entrada a la suite de Vyrl seguía a su izquierda pero un nuevo arco había aparecido al otro lado de la cámara. Un hombre con un mono verde apareció por él. Mientras este entraba en sus aposentos, Vyrl la llamó en una lengua desconocida.

Entonces volvió a gritar.

Kamoj corrió hacia el dormitorio. El arco de entrada estaba abierto. Lo atravesó como una exhalación pero entonces una mujer alta y pelirroja la sujetó y se la llevó a rastras. Kamoj luchó contra ella y logró revolverse para poder ver la habitación pero eso fue todo. La mujer la sujetaba con fuerza por la cintura y le inmovilizaba los brazos a ambos lados.

Había otros tres tripulantes de la *Ascensión* allí: el hombre de verde, otro hombre y una mujer, estos dos últimos con los monos plateados de los curanderos. La mujer era alta y musculosa y llevaba el cabello recogido en un moño alto y el hombre era aún más fornido, de poderosos brazos y una constitución colosal. Ambos estaban tratando de inmovilizar a Vyrl.

Kamoj se quedó mirando a su marido, que estaba sufriendo un ataque. Hacía solo unos momentos había estado relajado y sumido en un profundo sueño. Ahora luchaba como un poseso, con una mueca en el rostro y la mirada ciega. Con su gran tamaño y fuerza, podría lastimar hasta a gente tan fuerte como estos curanderos, y sin embargo nadie trató de sedarlo.

Kamoj también se debatía entre los brazos de la mujer que la había sujetado.

—Suéltame.

La mujer no cedió.

—No puedes acercarte —le dijo en un puente con marcado acento—. Te hará pedazos.

El hombre de verde estaba estudiando un cuadrado del tamaño de la palma de su mano. Mientras se formaba una imagen espectral de Vyrl sobre el artefacto, dijo:

—Dadle Perital.

El hombre que lo estaba sujetando por las piernas logró decir unas pocas palabras:

—Las medicinas lo enfurecen... Tendrá que superarlo por sí solo.

Vyrl luchaba con ciega ferocidad. Su cuerpo se había puesto rígido, los tendones de su cuello y sus brazos sobresalían y los pantalones de su pijama estaban tensos a causa de la presión de los músculos de sus piernas. Los dedos de sus manos se retorcían como garras. En su mirada salvaje y su frenesí furibundo, Kamoj no vio el menor rastro del hombre apacible al que llamaba esposo.

De repente, Vyrl logró sacudirse de encima a la mujer rubia. Esta gritó mientras salía despedida lejos de la cama. Sujeto solo por una persona, Vyrl contaba con ventaja. Sujetó al otro curandero, el hombre del mono plateado y lo arrojó del otro lado de la cama. El hombre chocó contra el suelo con un ruido terrible y se escuchó un crujido.

Mientras la mujer rubia volvía a ponerse en pie lo mejor que podía, el hombre de verde soltó su cuadrado. Juntos, trataron de inmovilizar a Vyrl. Este lanzó un puñetazo al rostro del hombre, un golpe que le hubiera partido varios huesos de haberle acertado.

El curandero al que Vyrl había arrojado de la cama se incorporó lentamente, con la frente arrugada. Se encogió y apoyó el brazo contra el pecho. Parecía que lo tenía roto. Kamoj se preguntó si no estaría lamentando la decisión de no haber sedado a Vyrl. Con la mano sana, empezó a quitarse el cinturón. Este cambió de forma en su mano y se convirtió en una tira flexible recorrida por hebras doradas. Mientras se lo enrollaba alrededor del brazo, el cinturón se convirtió en un cabestrillo. Al ver que su rostro se relajaba, Kamoj supuso que el cinturón debía de estarle administrando una poción para el dolor. El hombre se levantó, aún con dificultades pero ahora con movimientos menos laboriosos.

Vyrl seguía luchando con los otros dos curanderos. Kamoj sentía su terror. Atrapado en su pesadilla, no sabía lo que estaba ocurriendo. Los curanderos estaban tratando de maniarlo utilizando unas correas que le habían crecido a la cama de forma automática, igual que el cinturón del otro hombre se había transformado en un cabestrillo.

El hombre del brazo roto sacó lo que quedaba de su cinturón. Kamoj reconoció el tubo que formaba. Una pistola adormecedora.

—Ten cuidado con la dosis —le advirtió el hombre de verde—. El Perital reacciona con el alcohol de su corriente sanguínea.

—Lo he calibrado —dijo el otro—. Y lleva varios días sin beber.

Se acercó un poco más y se inclinó sobre Vyrl.

Kamoj apretó los puños, frustrada.

—¡Dejadlo tranquilo! —Mientras el curandero disparaba a Vyrl con la pistola gritó—. ¡No! Basta.

De improviso dejó que su cuerpo quedara flácido. Se le doblaron las piernas. La

mujer que la sujetaba se puso tensa, mientras de su mente empezaba a emanar preocupación, temor a haber lastimado a la persona que estaba a su cargo. La mujer se movió, se relajó por un mero instante... y Kamoj se liberó.

Corrió hacia la cama y se acurrucó junto a Vyrl. El hombre del brazo roto volvió la cabeza hacia ella y los curanderos que sujetaban a Vyrl se estremecieron, con el rostro lleno de alarma. Por el rabillo del ojo, Kamoj vio que la mujer de la que había escapado se abalanzaba sobre ella y entonces, al llegar a cama, se detenía. Pero nadie la tocó. Podía sentir su preocupación; estando tan cerca de Vyrl, no podían correr el riesgo de provocarlo o de que se les escapara, no fuera a hacer daño a su esposa.

Kamoj le acarició el enmarañado pelo de la frente. No tenía la menor idea de cómo calmar a ese extraño que la miraba con ojos frenéticos y sin reconocerla. Lo único en lo que podía pensar era en acariciarle la cabeza mientras repetía «está bien», una vez tras otra.

Vyrl emitió un sonido estrangulado. Entonces sus músculos se relajaron.

—¿Vyrl? —preguntó—. ¿Me oyes?

—¿Kamoj? —susurró él.

—Soy yo.

—Dioses. —Apenas hablaba con un hilo de voz—. ¿Ha terminado?

—Creo que sí. —Tragó saliva y se llevó la mano a la frente. Dulce Airys, hasta aquel momento no lo había comprendido. Sí, ella tenía temores que atormentaban su sueño. Pero aquello iba mucho más allá de las pesadillas.

Moviéndose con cautela, los dos curanderos soltaron a Vyrl. Kamoj levantó la mirada y vio que todos ellos se habían sentado en la cama y la observaban fijamente. Sintió su asombro como una presencia tangible.

—¿Qué le has hecho? —preguntó la mujer del pelo rubio.

Kamoj inspiró profundamente mientras trataba de calmar su acelerado pulso.

—No lo sé.

Vyrl habló con voz fatigada:

—Marchaos. Todos. Salvo Kamoj.

—Lo siento, Vuestra Alteza —dijo la mujer pelirroja—. Pero tenemos que vigilar vuestro estado.

—No es necesario que estéis aquí para eso —le dijo Vyrl.

—Lo siento. —Parecía que de veras lo lamentaba. También era evidente que ninguno de ellos tenía la intención de marcharse.

Vyrl cerró los ojos.

—¿Dónde está Dazza?

—La coronel Pacal está de camino —dijo el hombre con el brazo roto—. Estaba en una reunión con el general Ashman.

—Estupendo —murmuró Vyrl—. Ahora Ashman volverá a confinarme en el área

Médica.

La mujer del pelo rubio intervino:

—Existen otras opciones.

—¿Otras opciones? —Hablabla con voz apagada a causa del sueño.

—Vuestra esposa parece tener un efecto muy positivo sobre vos.

—Es un ángel... —musitó Vyrl.

Al cabo de un segundo, Kamoj se dio cuenta de que había sucumbido al sueño provocado por el tubo. Inclino la cabeza sobre su inconsciente marido. Le dolían las sienes.

—No sé qué hacer —le susurró.

—¿Gobernadora Argali?

Levantó la mirada hacia el hombre de verde.

—¿Sentís algún efecto provocado por las convulsiones de vuestro marido?

—¿Efecto? ¿Por qué?

El hombre había recogido su cuadrado y ahora había unas imágenes flotantes de Kamoj sobre él.

—Tenéis una resonancia neuronal con él. Jamás había visto una tan intensa. Cuando estáis cerca de él se altera el funcionamiento de sus neuronas. Fuera lo que fuese lo que le estaba pasando, ha afectado también a las vuestras.

—Me duele la cabeza —admitió ella.

El hombre estudió la caja.

—Es extraño. Según esto, está usted inconsciente.

—¿De veras? —Eso sí que era algo asombroso, estar consciente e inconsciente al mismo tiempo.

El rostro del hombre se relajó con una sonrisa.

—Es vuestra resonancia con el príncipe Havyrl. Su patrón mental se superpone al vuestro. Cuanto más cerca os encontráis de él, más le afecta. Ha apaciguado su actividad neuronal y calmado sus convulsiones.

—¿Cómo se encuentra él? —inquirió una voz de hombre, profunda y firme.

Al instante, la atención de Kamoj se volvió hacia la entrada. Ashman se encontraba bajo el arco, al lado de Dazza. El general superaba en estatura incluso a la alta y delgada coronel. Se dirigió al hombre del mono verde:

—Cabo, que la sección Médica envíe una camilla flotante para el príncipe Havyrl.

—¡No! —Kamoj lo fulminó con la mirada—. Dejad a Vyrl solo.

Todos los curanderos se pusieron tensos a excepción de Dazza, quien pareció contener una sonrisa. Kamoj se dio cuenta de que acababa de desafiar una orden del comandante de la *Ascensión*. Ahora que se había lanzado al vacío, no podía echarse atrás.

—Es mejor que se quede aquí. Para él es muy penoso estar en esa zona, el área

Médica, donde lo sacaron... del ataúd. Fue el primer lugar que vio al despertar. Me dijo que no puede soportar estar allí porque le recuerda lo que le pasó en el espacio. Dejad que se quede aquí. Yo lo cuidaré.

Para su absoluto asombro, el rostro de Ashman adoptó una expresión amable.

—Jovencita —dijo con una voz que ya no era severa—. No tengo la menor duda de que sería usted capaz hasta de apaciguar a un demonio apoyando su cabeza sobre su regazo. Pero no podemos ponerla en peligro.

—Confiamos en que puedas ayudarlo —le dijo Dazza—. Pero tenemos que tomar precauciones. Piensa cómo se sentiría si te hiciera algún daño durante una de sus convulsiones.

—Si pensabais que era peligroso —dijo Kamoj—, ¿por qué permitisteis que regresara aquí?

—Habíamos determinado que no recaería de este modo. —Con tono seco, la coronel añadió—: Nos equivocamos.

—Dazza, te lo ruego —dijo, con un tono menos formal—. Confía en mi criterio.

El general Ashman sacudió la cabeza.

—Apreciamos su preocupación, gobernadora Argali. Pero no podemos correr semejante riesgo basándonos en el juicio de una niña.

Kamoj montó en cólera.

—Dejad de llamarme eso. —Recordó la Investigación en la tienda de Jax, cuando había estado privada de recursos. Atrapada. La garganta se le llenó de bilis y de un sentimiento que no podía definir con palabras pero que dolía. Quería golpear a Ashman. Como aquella opción no estaba a su disposición, dijo con voz fría—: He dirigido mi provincia durante años y ni uno solo de mis súbditos ha cuestionado jamás mi madurez o mi criterio.

Ashman la evaluó con la mirada. A continuación se volvió hacia Dazza.

—¿Su opinión, coronel?

—Déjelo aquí —dijo Dazza—. Yo me quedaré con él.

Ashman se pasó la mano por la corta mata de pelo y por vez primera Kamoj se dio cuenta de que ni siquiera él estaba siempre seguro de sus decisiones.

—Muy bien, coronel. Notifíqueme cualquier cambio en su condición.

Dazza asintió.

—Sí, señor.

Una vez que Ashman y los demás se hubieron marchado, Dazza se acercó a la cama. Sentada ahora con la espalda contra la pared, Kamoj colocó la cabeza de Vyrl sobre su regazo. Una sensación de seguridad se apoderó de ella; confortar a Vyrl la tranquilizaba. De haber sido cualquier otro, se habría resistido a la sensación pues ahora sabía que era una imposición de quienes habían engendrado a sus antepasados. Pero, dado que tanto Vyrl como ella descendían de personas creadas para complacer a

otros, existía una cierta justicia en el hecho de complacerse mutuamente. Con él lo hacía por propia voluntad y eso lo convertía en algo completamente diferente.

Dazza la estaba observando.

—Nunca he visto a nadie que hablara de ese modo al general Ashman. Si cualquiera de nosotros se hubiera atrevido a hacerlo, habría terminado en la trena.

—¿Trena? —preguntó Kamoj.

—Prisión.

Kamoj se encogió.

—¿Me va a enviar allí?

—No, no lo creo. —Dazza sonrió—. Creo que a Hamilton le gustas.

—¿Hamilton?

—El general Ashman.

—¿Sois amigos?

—Hasta cierto punto. Cuando no estamos de servicio.

Kamoj trató de comprender el laberinto de autoridades que regía en aquel lugar.

—¿Eres uno de sus jinetes? —Avergonzada, se enmendó—. ¿Una de sus amazonas?

Dazza no pareció ofendida.

—En esencia, sí. Pertenezco al sector Médico de este hábitat.

Cada vez que Kamoj empezaba a entender algo, le arrojaban una nueva palabra.

—¿Qué es un hábitat?

—Algo así como una provincia volante. —Dazza se frotó los ojos con la mano—. Esta nave es tan grande que puede considerarse un hábitat espacial. Ahora mismo no creo que Vyrl pudiera soportar algo más pequeño. La *Ascensión* posee una tripulación inmensa. Todas esas mentes forman un dique frente a la vaciedad del espacio.

Kamoj empezó a entender.

—Como Balumil y sus habitantes.

—Sí. —Dazza se tapó la boca para reprimir un bostezo—. Un planeta es aún mejor.

El rostro de Kamoj se arrugó a causa de la preocupación. Si Dazza se iba a dormir, ¿vendrían los demás curanderos a llevarse a Vyrl al «área Médica»?

—Tienes que regresar a tu... —Trató de recordar cómo lo había llamado Vyrl—, ¿tu camarote? ¿A dormir?

—Esta noche no. —Dazza señaló una silla ergonómica apoyada contra una pared—. Puedo dormir ahí. Además, Andorian también estará vigilando. Le daremos Perital a Vyrl si tiene más problemas.

—Por favor, no. —Era evidente que sabían que no le sentaba bien; de no ser así, los curanderos no hubieran vacilado en administrárselo y no hubieran puesto en peligro su propia seguridad—. Cuando lo drogáis, es posible que solucionéis algún

problema físico, pero le duele por dentro, en las emociones.

Dazza habló con voz templada:

—Trata de comprender, Kamoj. Tenemos que mantener un equilibrio. ¿Qué es peor, sedarlo o arriesgarse a que se haga daño? Tenemos que tomar esta decisión cada vez que sufre un ataque.

—¿Es que no ves que esto lo está destruyendo?

—Ojalá las cosas pudieran ser de otra manera. Pero estamos haciendo todo lo que podemos.

En el fondo de su mente, Kamoj siempre había asumido que los eskolianos tenían todas las respuestas. Pero no eran omniscientes, ninguno de ellos lo era, ni siquiera Ashman. Por vez primera, comprendió que cabía la posibilidad de que Vyrl nunca se recuperara del todo. Si la misión era un fracaso, se culparía a sí mismo y se amargaría la vida; si tenían éxito, era posible que su mente quedase lisiada. Fuera cual fuese el resultado, era posible que tuviera que pagar un precio por el bienestar de su pueblo.

Como yo con Argali. ¿Por qué tenían que tomar esas terribles decisiones? Desinteresados o egoístas: tenían que decidir. Actuar para los demás a sus propias expensas o actuar para sí mismos a expensas de los demás. Habían rehusado la última posibilidad pero para ella no había ninguna nobleza en la elección, solo remordimientos por el gozo que les habían negado a sus vidas.

Kamoj no sabía lo que debía esperar de la Sala de Tácticas pero tras haber pasado unos pocos días a bordo de la *Ascensión*, empezaba a acostumbrarse a hacer frente a lo inesperado.

Antonyo la condujo al interior de una enorme esfera. El aposento entero de Vyrl hubiera cabido en ella y aún habría sobrado espacio. Si hubieran estado flotando, no hubiera podido distinguir la parte superior de la inferior. Las paredes despedían una luz blanca. Transmitían una impresión de profundidad, como si estuvieran hechas de luz líquida que se extendía ininterrumpidamente en todas direcciones. Pero eran sólidas al tacto.

Antonyo y ella caminaban por una plataforma que discurría a lo largo del perímetro de la esfera. Eso contribuía a definir una dirección aunque, por lo que ella había visto, los tripulantes de la nave podían reajustar las instalaciones de la nave para adecuarlas a unas condiciones de orientación cualesquiera. Al otro lado de la cámara, Vyrl estaba sentado en compañía de Ashman, Dazza y varios desconocidos de uniforme. El gran disco blanco que les servía de mesa flotaba en el aire y cada uno de ellos estaba sentado en otro disco blanco y flotante. Kamoj seguía teniendo dificultades para asumir el concepto de un entorno «ingrávido» o con «microgravedad». ¿Cómo era posible que la gente pesara y los muebles no?

Entonces se dio cuenta de que había malinterpretado lo que estaba viendo. El

mobiliario sí que tenía peso. Una columna transparente que salía de la pared sostenía la mesa. Los «discos» eran sillas con patas y respaldos transparentes. Se frotó la barbilla. Le estaba resultando más difícil aprender a juzgar lo que era posible y lo que no que absorber las propias maravillas.

Mientras Antonyo y ella se aproximaban a la mesa, Vyrl y los demás se pusieron en pie, sostenidos sobre el mismo aire. Pero no, un disco transparente aún más grande que la mesa hacía las veces de suelo. Parecía de cristal, pero cedía como una esponja cuando Kamoj lo pisaba.

Antonyo se quedó en la plataforma, firme. Ella sospechaba que a bordo de la *Ascensión*, su presencia junto a Vyrl era más una cuestión de honor que de seguridad. La propia nave ejercía como un enorme guardaespaldas. Vyrl le había dicho que su cerebro era una gran computadora, una «Inteligencia Evolucionada», enlazada con todas las IE menores, como Andorian, con muchos de los cuadrados de mano, llamados «palmtops» y con incontables nanobots. Kamoj concebía a la *Ascensión* como una entidad viviente, que lo sabía y lo veía todo. Quería pensar que también poseía personalidad pero sospechaba que eso se debía a su necesidad de verla bajo una perspectiva más próxima a lo humano.

Estaba encantada de ver que Vyrl tenía mejor aspecto aquel día y parecía menos cansado. Cuando pasaban la noche juntos, él dormía razonablemente bien. Su equipo médico lo mantenía controlado en todo momento. Los centinelas eran a menudo IE en vez de personas, con el objeto de que Vyrl y ella gozaran de cierta privacidad pero eso no era igual que estar a solas. Ya no era solo por ella por lo que no habían reanudado sus relaciones sexuales; yacían juntos cada noche, demasiado conscientes de la presencia de los ojos que los vigilaban como para besarse o, peor aún, para hacer el amor. Si la pasión frustrada impulsara las naves espaciales, Vyrl y ella podrían mover una flota entera a aquellas alturas.

Mientras surgía de la pared un disco para formar una nueva silla, las demás se movieron y le hicieron sitio. Kamoj se acarició la barbilla, divertida por aquel mobiliario tan activo. Todo el mundo estaba de pie, esperando aparentemente a que ella reaccionara.

El rostro de Vyrl cambió, como si acabara de recordar algo. Entonces se sentó. Aliviada por su atención al protocolo, al menos el protocolo que ella conocía, Kamoj asintió y se dispuso a tomar asiento.

Entonces se acordó de Ashman. ¿Qué era lo más apropiado allí? Una mujer con autoridad siempre dejaba que su consorte se sentara primero, seguido por los consortes de las demás mujeres en su presencia, en el orden impuesto por el rango. Ashman no era el consorte de nadie y los superaba a todos en rango. Perpleja, se volvió hacia él. Para su sorpresa, la estaba mirando con expresión intrigada. Lo saludó con un gesto formal de la cabeza, como un gobernador a otro, y aguardó. Él

pareció reflexionar un instante y por fin tomó asiento.

Satisfecha, Kamoj se sentó, seguida por Dazza y los demás oficiales. Ashman presentó a los desconocidos. Sus trabajos parecían formar parte de sus títulos: *Logística* —una mujer de cabello gris—, *Planes* —un hombre pelirrojo—, *Operaciones* —una mujer compacta con un corte de pelo a cepillo que dejó a Kamoj estupefacta—, *Seguridad* —un guapísimo hombre de tez oscura—, *Comunicaciones* —un hombre bajo y membrudo que parecía más amigable que los demás—, *Telops* —una mujer elegante con el dorado cabello recogido en un moño—, e *Inteligencia* —una mujer de aspecto sencillo cuyos ojos despedían un penetrante brillo de inteligencia.

Kamoj nunca había visto una mujer como Operaciones. No sabía qué pensar. El pelo de una mujer era su gloria. Pero puede que no para los eskolianos. Esta parecía perfectamente feliz sin melena. Seguridad parecía el más joven de los oficiales y debía de rondar los cincuenta. Comunicaciones, el más bajo, era alto en comparación con los hombres de Balumil. Se sentía pequeña y vulnerable entre ellos, con el cabello crecido hasta la cintura y ataviada con un vestido azul con el clásico corpiño ajustado de Argali, bordado de encaje, falda de vuelo y enaguas fruncidas. Si hubiera comprendido la naturaleza de aquella reunión, hubiera tratado de componer una apariencia más pragmática.

Era una suerte que también Vyrl llevase su atuendo nativo, camisa blanca anudada con cordones a la altura del pecho, pantalones azules y botas altas de color azul marino. Aunque difería en los detalles de la ropa que utilizaban los hombres de Balumil, en conjunto se parecían bastante. La cadena de jizato resplandecía alrededor de su cuello, un contraste muy marcado con la sobriedad de los uniformes de los demás. La cadena de oro que llevaba Ashman en los puños era el único adorno que lucía cualquiera de los oficiales.

La diversidad de aspectos de Vyrl fascinaba a Kamoj. Lo había visto como un noble de Balumil, un granjero, un moderno hombre de Eskolia y ahora con su ropa nativa. Le gustaba así: masculino de una manera que ella comprendía y al mismo tiempo lo bastante diferente como para resultar exótico. Sin embargo, al margen de su vestimenta, parecía completamente natural, inconsciente de su atractivo. Cosa que tenía sentido, dado que había pasado toda su vida en una aislada zona rural, casado con la misma mujer, en vez de en cualquier lugar en el que las mujeres hubiesen estado constantemente persiguiéndolo.

El oficial pelirrojo llamado Planes estaba hablando. Describió a Kamoj las defensas del MEI que protegían Lyshriol. Los Mundos Aliados de la Tierra habían tomado estas defensas, de modo que ahora mismo el MEI se encontraba aislado de aquella región estelar por los mismos sistemas que había creado para proteger el mundo natal de Vyrl:

—No podemos llevar al *Ascensión* hasta Lyshriol —continuó Planes—. El príncipe Havyrl viajará en una lanzadera rápida con un equipo de intervención del OEJ.

—¿OEJ? —preguntó Kamoj.

—Operaciones Especiales —respondió Planes—. La Fuerza-J.

—Se refiere a los Jagernautas —le dijo Vyrl.

—¿Iré yo con ellos? —preguntó entonces.

Logística, la mujer de cabello cano, respondió:

—Si estáis de acuerdo.

Vyrl le habló en voz baja:

—Puedes negarte. Si decides no hacerlo, pueden mantenerme sedado con Perital durante esa fase de la misión.

Lo miró fijamente.

—¿Has accedido a eso?

Él se pasó las manos por el pelo.

—Hemos llegado muy lejos. Si eso hace posible la operación, lo haré.

Kamoj era consciente de lo que significaba para él prestarse a aquello. Sin embargo, seguía sin saber qué pensar.

—¿Estás seguro de que me necesitas? —Sabía que su falta de experiencia los preocupaba todos.

Dazza respondió.

—En el espacio, en una pequeña nave, los sedantes no anulan las convulsiones del príncipe Havyrl. Solo consiguen que le sea más fácil soportarlas. —Miró a Vyrl de soslayo, como si quisiera disculparse por discutir su condición delante de otros. Dijo a Kamoj—: Sin embargo, al margen de que esté o no consciente, cada vez que sufre una convulsión, se refuerza la condición neural que crea ese estado, lo que provoca que el daño cerebral aumente.

Daño cerebral. Aunque Kamoj sabía que Vyrl estaba enfermo, aquellas palabras le dolieron mucho.

—¿Servirá para protegerlo la lanzadera rápida, como hace la *Ascensión*?

Operaciones sacudió la cabeza.

—Es demasiado pequeña, apenas del tamaño de una normal. —Su tono de voz tenía algo que recordaba a su cabello: corto y abrupto.

—Sería imposible ocultar la *Ascensión* —dijo Dazza—. Por desgracia, al enviar a Vyrl en una lanzadera rápida, su vulnerabilidad aumenta. Aun contigo a bordo, es posible que necesite el Perital.

Alarmada, Kamoj se volvió hacia él. Recordaba el ataque que había sufrido en el pájaro de metal en Balumil.

—No puedes arriesgarte.

Él esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—No me pasará nada.

A pesar de la calma que aparentaba, ella podía sentir sus dudas. Pero se daba cuenta de que no quería revelar su temor. Captaba también otras emociones: no estaba más cómodo que ella en aquel lugar. Al igual que Kamoj, temía parecer provinciano o demasiado emocional. A pesar de su educación y linaje, la tripulación de la *Ascensión* seguía viéndolo como un paleta, puede que hasta un ser primitivo.

—Utilizaremos la lanzadera rápida porque tardará poco en llegar a Lyshriol — estaba diciendo Planes—. Cuanto menos tiempo se exponga, menores serán las probabilidades de que lo detecten.

—Si los Mundos Aliados controlan el planeta, ¿cómo es que puede llegar alguna nave? —preguntó Kamoj.

Inteligencia, la mujer de ojos grises, dijo:

—Hemos desarrollado un procedimiento.

Al ver que nadie se extendía sobre ello, Kamoj dijo:

—Pero ¿cómo?

Seguridad habló con su voz tronante.

—Gobernadora Argali, no es necesario que conozcáis esa información.

Kamoj frunció el ceño.

—¿Es necesario que conozca lo que pasará si nos cogen?

El hombre se limitó a contestar:

—Lo siento, señora.

Su falta de emociones la inquietaba. Con sus ojos negros y su tez oscura se parecía a Akabal, un espíritu de la fertilidad y la noche allá en Argali. Pero Akabal era un alma afectuosa, emotiva, mientras que el jefe de seguridad proyectaba una sensación de fuerza implacable. Kamoj sospechaba que, a los ojos del MEI, su pueblo era demasiado emotivo, estaba demasiado lleno de emociones sin templar, gobernado por las pasiones en lugar de por la razón.

Ashman había estado escuchando con atención. Ahora tomó la palabra:

—Gobernadora Argali, le aseguro que no estamos siendo arbitrarios. Cuanto menos sepa usted sobre la operación, menos podrá revelar en caso de ser capturada. Sin embargo, puedo decirle que nuestras relaciones con los Mundos Aliados de la Tierra no son hostiles. Si la toman prisionera, deberían tratarla bien.

—¿Entonces es posible que nos capturen? —preguntó. Ashman no se anduvo por las ramas.

—Sí.

Al menos era sincero.

—Si nos cogen... ¿nos dejarán marchar?

—Lo dudo.

—¿Por eso no utilizan la lanzadera rápida para sacar a la familia de Vyrl? ¿Porque podrían capturarlos? —La pregunta que no había pronunciado pendió en el aire como una acusación: *¿Por qué no enviaron una de esas naves para sacar a Vyrl?* Eso le hubiera ahorrado el horror de ser enterrado vivo en el espacio.

Telops, la hierática mujer de pelo rubio, respondió:

—Ciertos componentes del SDO de Lyshriol requieren de la presencia de un psion Rhon.

—¿SDO? —Kamoj se preguntó si la gente de Ashman hablaría siempre con letras en lugar de con palabras.

—Sistema de Defensa Orbital.

—Los Mundos Aliados de la Tierra controlan en este momento nuestro SDO —continuó Telops—. Pero no pueden utilizar sus funciones Rhon. Estas constituyen solo una pequeña fracción del sistema, pero es una fracción muy importante y poderosa. Esa grieta en el control de los MAT nos ofrece la posibilidad de abrir un agujero en el SDO pero solo si contamos con la ayuda de un telépata Rhon. Los Aliados tienen en su poder a la práctica totalidad de la Dinastía Rubí, pero todos sus miembros se niegan a colaborar con ellos, así que las fuerzas de los MAT no pueden utilizar las funciones Rhon.

Kamoj supuso que MAT significaría Mundos Aliados de la Tierra.

—Y ahora vos tenéis a Vyrl —dijo, consciente de su presencia a su lado.

—Sí. —Logística se inclinó hacia delante—. Gobernadora Argali, la nave rápida cuenta con buenas posibilidades de llegar a Lyshriol. Pero debéis ser consciente de esto: si la operación fracasa no regresaréis. Si hubiéramos enviado la lanzadera a buscar a la familia de Vyrl y no lo hubiéramos conseguido, habríamos jugado nuestra baza y desaprovechado nuestra única ventaja.

Inteligencia examinó a Kamoj con su aguda mirada.

—También estamos al corriente de la existencia de determinadas instalaciones secretas en Lyshriol que un telépata Rhon podría utilizar para contactar con el SDO.

—¿Y no podría utilizarlas la familia de Vyrl? —preguntó Kamoj.

Vyrl respondió con voz fría:

—Nunca nos hablaron de esas «instalaciones secretas».

Un silencio incómodo siguió a sus palabras. Entonces, Seguridad dijo:

—Por vuestra seguridad, príncipe Havyrl. Lo que vuestra familia no sabe, no puede revelarlo.

A Kamoj no le gustaba todo aquello.

—Así que podríamos terminar atrapados allí.

—Me temo que sí —dijo Logística.

Ashman la observó.

—¿Está usted dispuesta a ir?

Kamoj sabía que si se quedaba en la *Ascensión*, podría regresar a Balumil tuviera o no éxito la misión. Una parte de ella quería hacer precisamente eso. La preocupación que sentía por Argali estaba siempre presente en sus pensamientos. Pero eso sería como traicionar la confianza de Vyrl. Había accedido a acompañarlo hasta allí; era hora de dar un paso más. Además, tenía ganas de conocer Lyshriol.

—Sí —dijo—. Iré.

La mente de Ashman emitió un impulso de aprobación... junto a otra emoción que ella no esperaba; deseaba que ella pudiese permanecer a bordo de la *Ascensión* para protegerla. Sin embargo, nada de esto se reflejó en su semblante. Se limitó a decir:

—Tácticas, atención.

La cámara vibró con una voz fría.

—Atendiendo.

—Comience simulación —dijo Ashman.

Las luces se apagaron... y todos ellos se vieron catapultados a un vacío salpicado de estrellas y polvo. La abrupta transición perturbó a Kamoj. ¿Cómo podían tales maravillas dejar impasibles a los eskolianos?

Alguien le cogió la mano. Vyrl. Entrelazó los dedos con los suyos, agradecida por su solidez.

Planes habló:

—Hemos preparado la simulación como si estuviéramos a bordo de la nave rápida.

—Esto parece el Sector Estelar Hinterland —dijo Vyrl.

—Exacto, Vuestra Alteza —dijo Planes. Kamoj se preguntó si todos los eskolianos serían tan formales con Vyrl. ¿Todo el mundo tenía que llamarlo «Vuestra Alteza»? Pero él parecía acostumbrado. Así comprendió lo que pensaba él de Dazza. Kamoj había creído que no le tenía simpatía pero ahora se daba cuenta de que a la coronel le permitía una familiaridad que no concedía a nadie más.

—¿Qué es el Sector Hinterland? —preguntó.

Logística respondió:

—Reúne varios sistemas estelares en el extremo del espacio civilizado.

—Incluido Lyshriol —dijo Vyrl.

Kamoj observó las estrellas como gemas.

—¿Cuáles son tus soles?

—¿Ves las dos estrellas doradas del centro?

Las veía.

—Parecen topacios.

La voz de su marido se hizo más cálida.

—La estrella más grande es Valdor. Significa Bardo. La más pequeña es Aldan, el

Hermano Menor.

Kamoj no estaba segura pero le daba la impresión de que las estrellas estaban creciendo.

—Valdor se parece a tu apellido.

—Tienen la misma raíz. «Valdoria» significa «El Bardo de Dalvador». Era el título hereditario de mi padre.

Ella sintió su dolor y le apretó la mano.

De repente, las estrellas aumentaron de tamaño de un salto.

—Hemos acelerado el avance de la lanzadera rápida —dijo Planes—. El viaje real durará varias horas.

Ahora Valdor y Aldan llenaban la sala. Escupían géiseres de fuego como llamas líquidas, regios y magnificentes en su mortal belleza. En la superficie de ambos se veían espirales en diferentes tonos de dorado, salpicadas aquí y allá de manchas oscuras. Parecían deformadas, como si se atrajesen la una a la otra, la mayor con más fuerza que la otra.

Conforme su tamaño iba aumentando, se fueron separando y apartando, hasta que las dos desaparecieron. Un zafiro apareció en el centro del vacío y se convirtió en una esfera de aguamarina envuelta en jirones azulados.

—Es precioso —dijo Kamoj—. ¿Qué es?

—Lyshriol —murmuró Vyrl—. Mi hogar.

Planes habló:

—Gobernadora Argali, ¿veis el continente del hemisferio norte?

—¿Qué es el «hemisferio norte»? —preguntó ella.

—La mitad superior del planeta —dijo Planes.

Sus comentarios desorientaban a Kamoj.

—Los planetas son discos. Eso es una bola.

Un prolongado silencio saludó a su respuesta. Finalmente, Comunicaciones habló con voz amable.

—No, señora. Los planetas son bolas.

—Oh. —Kamoj se encogió. En Argali se le había considerado una persona instruida: buena en aritmética, dotada para las finanzas, capaz incluso de entender un poco de iotaca. Entre el pueblo de Vyrl se sentía como un barco a la deriva y sin anda en las Islas Celestes del Norte.

Planes volvió a hablar.

—¿Puede ver, en la mitad superior de la bola, una mancha marrón y verde rodeada de azul?

—Sí —le dijo—. La veo.

—Ese es el continente llamado Rillia.

Lyshriol llenaba su campo de visión. Entonces, la perspectiva cambió. En vez de

estar viendo un globo que aumentaba de tamaño, de repente le pareció estar volando hacia Rillia. Los jirones azulados se convirtieron en enormes bancos de nubes. Cuando entraron en las nubes, la cámara se llenó de niebla. Kamoj esperaba sentir humedad, pero todo seguía seco. Tampoco oía ni olía nada.

—¿Las nubes son azules en la mayoría de los planetas? —Hubiera jurado que no pero después de su metedura de pata con la forma de los mundos, no quería dar nada por sentado.

—Eso pensaba yo cuando era niño —dijo Vyrl con voz divertida—. Pero en realidad es un color poco común. Deriva de un componente químico presente en el agua de Lyshriol y que se parece al tinte azul.

—¿No es malo para la salud? —preguntó Kamoj.

—Molesta a algunos extranjeros. La mayoría necesita nanomédicos especializados en su organismo para no tener problemas. A ti también te los pondremos. El tinte es benigno pero puede volver las cosas de color azul.

—¿Y a la gente? —La idea provocó toda clase de imágenes en la mente de Kamoj, algunas de ellas bastante entretenidas.

Vyrl rio entre dientes.

—No a la de Lyshriol. Nuestros cuerpos producen sustancias químicas que lo anulan. Lo mismo les ocurre a la mayoría de animales y plantas adaptados al problema. Pero puede tener efectos extraños sobre la gente sin protección.

Kamoj podía imaginar por lo menos un producto corporal que se volvería azul. Por delicadeza, no lo mencionó.

Salieron de las nubes y se precipitaron hacia unas montañas que le resultaban extrañamente familiares. Su marcha se frenó al aproximarse a las cimas y de repente estuvieron sobrevolando unos picachos coronados de nieve. Entonces reconoció la cordillera: era la que había visto en los paneles del camarote de Vyrl. Le hacían pensar en la columna vertebral de un enorme esqueleto.

La simulación los guio por todas las zonas que tendrían que conocer para llevar a cabo la misión. Kamoj escuchó y observó sin dejar de preguntarse si quedaría atrapada para siempre en aquel mundo extraño, con sus insólitos cielos y soles.

Kamoj tomó una decisión: iría al Observatorio. Tras pasar varias horas en la Sala de Tácticas, necesitaba tiempo para pensar.

Para llegar al Observatorio, había que abrir una escotilla en la cubierta y descender por una escalerilla. El Observatorio formaba un gran cuenco transparente, situado en un extremo de la nave y rodeado por un interminable océano de espacio. Vyrl la había llevado hasta allí unos pocos días antes pero ella había querido marcharse casi enseguida. La sorpresa había sido demasiado grande: sin paredes, sin suelo, sin techo, sin cielo, solo las estrellas duras como gemas y el luminoso polvo

interestelar en todas direcciones.

Aquel día Antonyo le abrió la escotilla pero al instante se hizo a un lado, respetando su deseo de bajar por sí sola la escalerilla. Kamoj quería probarse a sí misma que era capaz de enfrentarse al observatorio sin la ayuda de Vyrl ni de nadie. Bajó hasta la mitad de la escalerilla y se detuvo. La vista la había dejado sin aliento. A su alrededor, por todas partes, las estrellas brillaban con colores mucho más intensos que los que jamás hubiera visto en Balumil. Grandes nubes de polvo se arremolinaban como espumas radiantes en el abismo. El panorama poseía una terrible belleza, oscura y a un tiempo brillante, una vista como jamás hubiera podido imaginar.

Entonces se dio cuenta de que no estaba sola. Había dos personas de pie sobre una repisa transparente, de espaldas a ella, con las manos apoyadas sobre una barandilla transparente que les llegaba a la altura de la cintura. Cuando se miraban, podía ver el perfil de sus caras. Sin que los sustentase estructura visible alguna, se hubiera dicho que se erguían en la mismísima vaciedad del espacio.

Ashman y Vyrl.

Kamoj titubeó. ¿Debía saludarlos o marcharse? Sus voces llegaban hasta ella a pesar de la distancia.

—... si esto no funciona —estaba diciendo Ashman—, terminaremos combatiendo a los Aliados. Las cosas podrían ponerse feas.

—¿Por qué no lo dices sin tapujos, Hamilton? —Vyrl tenía los brazos cruzados—. No crees que pueda hacerlo.

El general Ashman permaneció impávido.

—No estáis entrenado para esta clase de operación. Vuestra mujer y vos sois la clase de personas a las que se supone que tenemos que proteger, no poner en peligro.

—No vamos a combatir. —Vyrl bajó los brazos—. Pero tienes razón, no me siento cómodo con las operaciones militares. No soy ninguno de mis hermanos ni mi hermana. Siento que eso te decepcione.

Ashman habló con voz templada.

—Vuestro hermano Kurj era la piedra angular del MEI, vuestro hermano Althor fue un sucesor muy digno y vuestra hermana Soz, un genio militar. ¿Que si esperaba que seríais como ellos? Sí, desde luego. ¿Que si estoy decepcionado? Por el bien de esta misión, supongo que debo responder que sí. Pero ¿en el conjunto de las cosas? No. —Miró a Vyrl a la altura de los ojos—. Sin aquellos de nosotros que representan nuestro lado pacífico, la civilización carece de sentido. El MEI existe en un escenario más amplio que él mismo, un escenario político. Pero ese escenario no tiene nada que ver con las historias personales de las personas que lo han creado. Personas como vos. La historia del hombre es una suma de historias individuales: sus sueños, esperanzas, logros, pasiones, triunfos, tragedias... Eso que define lo que significa ser

humano... y lo que nosotros los soldados dedicamos la vida a proteger.

Vyrl guardó silencio durante tanto tiempo que Kamoj se preguntó si iba a responder. Por fin, dijo:

—Gracias.

Los dos hombres permanecieron callados y contemplaron las estrellas.

Al cabo de un rato, Ashman dijo:

—La coronel Pacal me ha dicho que ahora dormís mejor.

Vyrl se relajó.

—Tener a Kamoj me ayuda. Es un ángel.

—No me sorprende que su marido quisiese recuperarla.

Vyrl se puso tan tenso como si Ashman lo hubiera golpeado.

—Ese bastardo violento no era su marido.

Ashman suspiró.

—Su antiguo prometido, entonces.

—Debería estar en prisión.

—No va a echarse atrás. Sabe que las amenazas de Kamoj no son más que un farol. —Ashman hizo un gesto brusco con la mano, como si quisiera arrojar el escándalo lejos de sí—. No necesitamos esto. Los medios de comunicación os van a hacer pedazos, en especial después de ver a Ponteferro. El maldito tiene el aspecto de un verdadero noble y habla como si lo fuera. Y ahí está Kamoj... Dulce, preciosa, inocente, tratando valientemente de proteger su mundo natal de la voracidad del MEI. Esperad a que los productores de holovideo se enteren del asunto. Todo drama necesita su villano, Vyrl. Adivinad quién va a conseguir el papel en esta ocasión.

Vyrl resopló.

—Los cargos que Ponteferro ha presentado contra mí son un montón de basura. No ganará.

—Eso no lo sabemos. Posiblemente podamos probar que él la forzó, pero no podremos probar que vos no lo hicisteis a menos que ella testifique. Un tribunal podría mostrarse clemente, dadas vuestra posición y las circunstancias, pero a pesar de ello podríais ser condenado. —Ashman sacudió la cabeza—. Vuestros enemigos convertirán el asunto en un embrollo terrible.

Vyrl lo miró.

—¿Qué enemigos? Yo soy un simple granjero.

Ashman bufó.

—No seáis ingenuo. Sois un príncipe Rubí. Lo de menos es que no os interese la política. Hay gente a la que le gustaría que vuestra familia perdiera todo su poder.

—¿Aunque esta misión tenga éxito?

—Aunque lo tenga. En el momento mismo en que esto llegue a un tribunal, estáis perdido. Aunque seáis exculpado, la mancha de la sospecha os seguirá. —Ashman se

pasó la mano por las cerdas de su cabello—. La Guerra del Resplandor ha sido más costosa para el MEI de lo que hemos admitido en público. Si ahora emprendemos una guerra contra los Aliados, podríamos perder. No podemos arriesgarnos a provocar una crisis de confianza en el pueblo. Su moral ya ha sufrido un revés. Lo último que necesitamos es que los símbolos hacia los que se vuelven en busca de coraje, vos y vuestra familia, sean arrastrados por el fango.

Vyrl dijo con tono seco:

—Así que tengo que salvar a Lyshriol, detener una guerra y convertirme en parangón de virtud para varios trillones de personas. ¿Algo más mientras estoy ocupado con ello? ¿Qué tal unas pocas galaxias nuevas? —Extendió los brazos—. Por los dioses, Hamilton, te he dado todo lo que tengo, hasta mi cordura. ¿Qué más quieres?

Ashman respondió con voz contenida:

—Siento lo que habéis tenido que sufrir. Pero mis sentimientos son lo de menos. Ninguno de nosotros tiene elección.

—Todos tenemos elección —dijo Vyrl con voz cansada—. Por desgracia, la mayoría de ellas conduce al infierno.

Cuando Kamoj salió del Observatorio, vio a Antonio hablando con Secundaria Ko, una de las guardaespaldas de Vyrl. Al ver que se les acercaba, los dos se inclinaron. Pero entonces Antonio sonrió. Al menos no la trataba con el distanciamiento frío que todos utilizaban con Vyrl y, por extensión, también con ella.

—¿Dónde queréis ir? —le preguntó.

—¿Puedo ver a Dazza? —preguntó Kamoj.

—Lo comprobaré. —Se apartó unos pasos y le habló al «comunicador» que llevaba en la muñeca del guantelete.

—Hoy tenéis buen aspecto, gobernadora Argali —le dijo Secundaria Ko.

—Gracias. —Kamoj estaba encantada de que hubieran respetado sus deseos y no la llamasen *Vuestra Alteza*. Fuera lo que fuese lo que entrañase aquel estado de «Alteza», no se sentía preparada para ello. Además, si el estado existía, no quería alcanzarlo solo por haberse casado con alguien que ya lo poseía; quería ganarlo por sus propios merecimientos.

Antonio regresó a su lado.

—La coronel Pacal puede recibirlos en la oficina del Sector Dos del Área Médica.

Se despidieron de Ko y entraron en un corredor cubierto de paredes de cobre que Vyrl llamaba «mamparos». No tardaron en llegar a una estación de magnetorraíl en la que un carruaje esperaba junto a la plataforma. Kamoj pensaba que resultaba una coincidencia hilarante que llamasen «deslizadores magnéticos» a aquellos vehículos.

En Balumil, los deslizadores eran pequeñas criaturas que reptaban por el barro.

Después de que Antonio y ella se hubiesen sentado en el carruaje, este salió disparado por el túnel. Observaron la vista en las holopantallas pero solo había muros de metal que pasaban a toda velocidad. Kamoj se frotó los ojos. Metal. Dicromalla. Luminex. Ella quería caminar por las montañas, sentir la lluvia en la cara, tiritar de frío. El aire aquí siempre estaba a la misma, perfecta y aburrida temperatura.

El Sector Dos era exactamente igual que cualquier otro sector: brillante y severo. Antonio la llevó por varias oficinas, en las que trabajaban humanos y robots. Los hombres estaban sentados frente a las consolas, envueltos en marañas plateadas, encajados en las máquinas, con los ojos tapados o cubiertos por visores y la consciencia en otra parte. A Kamoj se le antojaban seres-máquina, fundidos con sus creaciones. ¿Los hacía esa fusión más de lo que eran antes, así como las plantas híbridas podían dar mejores cosechas, o menos, como una gran obra de arte que pierde parte de su fuerza a la luz de las estrellas, donde sus colores son solo visibles como sombras diversas del gris? Solo sabía que a ella le hacía añorar los bosques de su hogar.

Encontraron a Dazza en una habitación atestada de equipo. Todo brillaba en tonos blancos, plateados o negros, con ángulos y curvas extraños. Kamoj llevaba días sin sentirse enferma, desde que Dazza le diera las medicinas, pero la insólita rareza de todo aquello empezaba a hacer que sintiera náuseas de nuevo. Era un lugar extraño, donde uno iba al curandero y se ponía enfermo y no al revés.

Mientras Dazza se levantaba al otro lado de su escritorio consola, Antonio la saludó. Acto seguido, dejó a Kamoj a solas con la doctora.

—Saludos. —Dazza señaló un asiento, una inocua silla con cojines de felpa. Kamoj aceptó gustosamente su oferta, encantada de que Dazza tuviera al menos un mueble normal.

La coronel tomó asiento en su propia silla, llena de paneles, botones y proyecciones.

—¿Qué te trae por aquí?

—Necesito consejo —dijo Kamoj.

—Dime.

—En Balumil, cuando me examinaste... —Se detuvo. Hubiera querido evitarlo, pero se obligó a continuar—. Dijiste que podías probar que Jax me había forzado.

Dazza se quedó muy quieta.

—Sí. No había la menor duda.

—Si «presento cargos», ¿juzgarán a Jax? ¿Llegarán las cosas tan lejos?

—Es posible. Todo depende del gobernador Ponteferro. Y de ti.

—¿De mí? ¿Por qué?

Dazza cruzó los brazos sobre el escritorio.

—Tienes que decidir lo que quieres hacer, enviar a Jax a prisión o hacer un trato con él.

Kamoj no tenía dudas al respecto.

—Quiero que retire sus cargos contra Vyrl y que deje tranquila a Argali.

—Si supiera que lo dices en serio, puede que se decidiera a pactar.

La ansiedad que Kamoj sentía era física, humedad y frío en la piel, un escalofrío en la columna vertebral. Nunca había desafiado abiertamente a Jax. Durante años había confiado en su alianza, mientras trataba de encontrar un equilibrio entre su seguridad personal y la de su pueblo. Ahora tenía que dar un salto y abandonar ese equilibrio.

Inspiró profundamente.

—Quiero presentar cargos. ¿Puedes ayudarme?

Dazza respondió con voz amable.

—Sí. Sí puedo. Acordaré una cita con el Consejero Imperial.

Cuando Vyrl llegó a la habitación, Kamoj estaba sentada en el diván, hecha un ovillo y rodeada de cojines. Se sentó a su lado y el diván se reajustó para acomodarlos a los dos.

—Acabo de hablar con el Consejero. —Parecía aturdido.

—Me han dicho que también lo han notificado a Balumil.

Vyrl respondió su tácita pregunta:

—Significa que han informado a Jax Ponteferro de que has presentado cargos contra él en el Tribunal Imperial.

—Oh.

Trató de abrazarla, pero ella no quería abandonar el capullo de protección en el que se había plegado. Así que le cogió la mano y la apretó.

—¿Por qué has cambiado de idea? —preguntó.

—Lo que yo siento sobre todo esto... es insignificante comparado con lo que tu pueblo afronta. —Le falló la voz—. La responsabilidad..., ¿por qué algunos deben cargar con tanta? ¿Cómo puede un hombre echarse a los hombros las obligaciones de un imperio? Quieren un dios héroe y te maldicen cuando descubren que solo eres un hombre.

—Ah, Kamoj —murmuró—. ¿Qué es lo que has oído?

—A ti. Con Ashman. —Se secó la humedad de los ojos—. Te piden demasiado. Demasiado para una sola persona.

—Pero yo no soy una sola persona. —Le acarició los nudillos con el pulgar—. Somos dos. Juntos. Ojalá lo hicieras por ti y no por mí.

Ella respondió con voz suave.

—Por mí querría olvidar, nada más.

De improviso, habló la voz de Andorian.

—Siento interrumpir.

Vyrl casi saltó del diván.

—¿Qué demonios quieres ahora?

—Ha llegado un mensaje de Planes —dijo Andorian con tono de disculpa—. La lanzadera rápida está preparada. Es hora de partir hacia Lyshriol.

Transición (A-L)

La lanzadera rápida volaba como un rayo por el Sector Hinterland, invisible e inaudible, oculta. El equipo de intervención estaba formado por ocho Jagernautas, cuatro hombres y cuatro mujeres, todos de uniforme. Varios de ellos estaban en sus asientos, uno más trabajando con su guantelete y otros tres concentrados en sus palmtops. Los Jagernautas restantes flotaban en la cabina mientras comprobaban el estado de su equipo. Sus guanteletes eran ingenios picotecnológicos y sus mentes estaban enlazadas con la Inteligencia Evolucionada de la nave. Kamoj no sabía muy bien cómo le «hablaban» al vehículo; solo uno de ellos estaba sentado, envuelto en la maraña de cables de control, cuyas tomas se le clavaban en la columna, el cuello, las muñecas y los tobillos. Los enlaces de los demás con la IE eran «remotos». Kamoj sentía curiosidad por aquella misteriosa y muda comunicación.

Vyrl también estaba conectado a la IE, por medio de aparatos sin cables que los médicos de la *Ascensión* le habían implantado en el cuerpo. Estaba sentado junto a Kamoj y tenía los ojos cerrados mientras se comunicaba con la nave. O eso, o se había quedado dormido.

—¿Vyrl? —le preguntó.

Sus ojos se abrieron al instante.

—¿Eh?

—¿Puedes oír a la nave en tu mente?

—Algunas veces. —Bostezó—. La mayoría del tiempo no percibo el flujo de datos entre mis nodos internos y la IE. Se produce casi a un nivel inconsciente.

—Pero ¿puedes hablar con ella si lo deseas? —Al ver que asentía, añadió—: Debe de ser muy raro oír una voz en tu cabeza.

—Nunca he querido tener esta tecnología en el cuerpo. —Se frotó los ojos—. Pero algunos de mis parientes cuentan con intrincados sistemas biomecánicos. Althor me dijo una vez que sin las mejoras se sentía lisiado.

A Kamoj aquellas adiciones se le antojaban una intrusión, aunque también era consciente de las ventajas que podían suponer. Trató de imaginar cómo sería tener un ábaco en la mente que la ayudara a hacer las cuentas. Desde luego así sería más fácil llevar la contabilidad.

La voz de la piloto habló en el aire:

—Prepárense para la caída de inversión.

Kamoj suspiró. Secundaria Ko le había «explicado» la inversión: *Añade un componente imaginario a tu velocidad de modo que se convierta en un número complejo y podrás evitar la singularidad de la velocidad de la luz y acceder a velocidades superlumínicas.* La taciturna Jagernauta se lo había contado con un ademán florido, como si aquello fuera algo de gran importancia. Bueno. Bien. Kamoj no tenía el menor indicio sobre lo que significaba. Las «ecuaciones» que Ko le había mostrado le habían parecido unos dibujos absurdos de trepadoras de Argali realizados por alguien que acabara de fumar polvo de escamas de ophina.

—Entonces —dijo Kamoj con la boca seca—, cuando caigamos de la inversión, ¿chocaremos contra el suelo?

Vyrl sonrió.

—Solo estamos regresando al espacio convencional. —Eché la cabeza atrás y cerró los ojos—. Así resulta más fácil detectamos, de modo que tenemos que tener cuidado.

—Aproximándonos al sistema Lyshriol —dijo la piloto.

Kamoj se preparó para la presión que se manifestaba cuando una nave llegaba a un lugar o partía. Sin embargo, no sintió nada aparte de las náuseas que le provocaba su mal de espacio.

—¿Vamos a aterrizar? —preguntó.

—Aún no —dijo Vyrl—. Incluso viajando a velocidades próximas a la de la luz, se tarda algún tiempo en recorrer un sistema.

—¿Quieres decir que vamos casi tan deprisa como la Corriente?

—Exacto.

Kamoj no estaba segura de creerlo.

—No tengo sensación de movimiento.

Vyrl abrió los ojos.

—Hemos entrado y salido de incuántica varias veces en los últimos minutos.

—¿Incuántica?

—Inmovilidad cuántica. Fija la función de onda molecular de la nave.

—Oh, bueno, hace algún tiempo que no me fijo si me funciona la cutícula molar.

—Vyrl rio y ella añadió—: ¿Qué significa «salir y entrar de incuántica»?

—Es lo que impide que seamos aplastados. ¿Te acuerdas de lo que pasa cuando vamos en un deslizador magnético, que te sientes como si te estuvieran aplastando contra el asiento?

Kamoj reprimió una sonrisa, mientras se acordaba de los deslizadores del fango. Pero sabía que Vyrl se refería a los vehículos de la *Ascensión*.

—Sí, tiene ese efecto.

—Es mucho más intenso cuando aceleramos o deceleramos en una nave estelar. Aceleramos realmente deprisa. El efecto nos convertiría en líquido si no estuviéramos

protegidos. —Se sentó más erguido—. La incuántica no nos congela, solo impide que las cosas cambien. En esencia nos convierte en objetos completamente rígidos. Ni siquiera nuestros pensamientos pueden cambiar, razón por la cual no adviertes el interludio.

Kamoj entornó la mirada.

—¿Y es segura?

—Más segura que montar en un ciervo cristazur.

Era una buena respuesta.

—¿Pasaremos cerca de otros mundos de camino al tuyo?

Vyrl sacudió la cabeza.

—Lyshriol es el único que los ingenieros situaron en este sistema. —Su voz tenía un deje de nostalgia—. Su órbita es circular y no tiene inclinación axial. Eso significa que todos sus días duran lo mismo y que no tiene estaciones. El tiempo es casi siempre apacible. —Hizo una pausa—. No obstante, la presencia de dos soles complica las mareas y el clima.

Kamoj lo encontraba difícil de imaginar.

—Parece extraño.

—Supongo que sí. Pero es lo que he conocido toda la vida. —Esbozó una sonrisa arrepentida—. A mí las estaciones y las variaciones diurnas de Balumil me parecían salvajes y violentas.

—No me extraña. —La asombraba que el pueblo de Vyrl hubiese elegido Balumil por sus semejanzas con su mundo natal. Qué diferencias más enormes debían de existir en el universo cuando los eskolianos consideraban que Balumil y Lyshriol se parecían.

Los Jagernautas seguían atareados, ahora cargando las mochilas. Kamoj empezó a notar la presión que la empujaba contra la silla. Palideció mientras recordaba lo que Vyrl le había dicho de la «incuántica». Esperaba que no estuvieran a punto de convertirse en líquido.

—Prepárense para aterrizar —dijo la piloto.

Mientras los Jagernautas tomaban asiento, la presión se fue haciendo más grande. Kamoj lanzó una mirada alarmada a Vyrl.

—¿Qué ha pasado con la incuántica?

Él no parecía preocupado.

—No la necesitamos para aterrizar. Además, el aterrizaje implica demasiados cambios ambientales. La nave no se altera durante la incuántica, de modo que si apareciera en algún lugar demasiado diferente del que venía, las fuerzas discontinuas la harían pedazos.

Kamoj hizo un sonido estrangulado.

—Creo que vosotros los eskolianos inventasteis todas estas cosas mientras

estabais en cama con una indigestión.

Vyrl rio.

—Es posible.

Conforme la presión iba aumentando, Kamoj quedó en silencio. Los Jagernautas se sentaron, preparados para actuar, sin que aparentemente los afectase lo que estaba ocurriendo, pero Vyrl no parecía estar pasándolo mucho mejor que ella. Aunque su educación hacía que pareciera experimentado, ella se dio cuenta ahora de que apenas había viajado en toda su vida. No estaba demasiado segura de lo que significaba que hubiera acudido a la universidad en forma de simulacro virtual, usando las comunicaciones ultrarrápidas que permitía la tecnología Rubí, pero aparentemente había podido estudiar sin tener que salir de Lyshriol.

La lanzadera rápida aterrizó finalmente. Como una máquina perfectamente engrasada de ocho partes, los Jagernautas se desplegaron para desembarcar. Una mujer hierática llamada Primaria Stillmorn dirigía el grupo. Era tan alta como Vyrl, pelirroja y de rasgos fuertes. Al igual que Secundaria Ko, era muy musculosa. A pesar de que los Jagernautas tenían curvas de mujer, a Kamoj se le antojaban masculinas. Había esperado que se burlarían de ella por ser demasiado blanda. Pero la verdad es que la trataban bien. Sentía la curiosidad que les inspiraba y la cortesía que demostraban al contener sus preguntas.

Mientras salía de la lanzadera rápida, una brisa fresca sopló sobre su rostro. La embestida de sensaciones hizo que se mareara. Se encontraban en un pequeño valle, apenas un cuenco en las montañas. Más allá del área que su aterrizaje había despejado, el suelo estaba cubierto de nieve de color azul claro. La desolada cuenca estaba jalonada por agujas de roca, cubiertas por una leve capa de nieve. Hacia el sur, las montañas descendían en suaves laderas; hacia el norte, grandes picos se clavaban en el cielo azul lavanda y se elevaban hasta fundirse en una neblina gélida y azulada.

Los dos soles habían ascendido hasta la mitad de su cenit: Valdor y Aldan, el Bardo y su Hermano Menor. Brillaban con menos ferocidad que Jul, que parecía una gema al rojo blanco clavada en los cielos. Pero estos soles eran enormes. Valdor parecía una moneda de oro. Aldan era de un dorado más oscuro y su tamaño era unas tres cuartas partes del de su hermano. Situado a medias delante de Valdor, los bordes del sol menor parecían difuminados, como envueltos en un halo. Había luz por todas partes, dorada y clara.

Las fosas nasales de Kamoj temblaban. Denso y puro, el aire cristalino tenía un aroma astringente, como si estuviera envuelto en agua helada. En aquellas alturas no se olían plantas, o al menos no había ninguna fragancia que Kamoj pudiese asociar con ellas, pero percibió otros aromas, almizclados y tenues, pertenecientes acaso a animales de algún tipo.

Con la cabeza ladeada, Vyrl cerró los ojos. El viento jugaba con sus rizos. El

júbilo que sentía por regresar a su hogar se extendió a Kamoj, una emoción tan profunda como el vibrante cielo.

Vyrl y ella llevaban ropa de montaña y chaquetas de cuero marrones que el viento azotaba. A pesar del aire gélido, el sistema de red del atuendo de Kamoj la mantenía a una temperatura confortable. Había esperado que las botas fueran duras como el hierro, pero se doblaban junto con sus pies, de forma fácil y cómoda.

Vyrl abrió los ojos.

—¿Qué te parece?

—Es precioso. —Recorrió el montañoso panorama con la mirada—. Y también aterrador.

—Eso mismo sentí yo en Balumil al principio.

Ella se volvió para mirarlo.

—¿Y ahora?

—Tu mundo me asombra, en especial desde que comprendo mejor lo difícil que es sobrevivir en él.

Asombro. No era una palabra que soliera utilizarse para describir un hogar. Pero era un comienzo. Quizás algún día llegase a amar Balumil.

Stillmorn y su grupo se dispersaron y exploraron la zona. La piloto, una mujer angulosa con el uniforme gris del Ejército del Faraón, se quedó en la nave. Kamoj y Vyrl se hicieron a un lado para no estorbar. Kamoj hubiera deseado tener algo que hacer.

—Ya nos llegará el momento —dijo Vyrl—. Nuestro papel es diferente. Ellos están aquí para protegernos.

Lo miró de soslayo.

—Ahora lo estás haciendo más aún.

—¿El qué?

—Escuchar mis pensamientos.

—No pretendía ser indiscreto. Aún tengo que recuperar el control.

Ella titubeó.

—¿Tu mente se curará alguna vez?

Pasó un momento antes de que él respondiera.

—Puede que no del todo. Pero está mejorando.

Stillmorn se les acercó.

—Estamos preparados para partir.

—¿Estáis ocultos? —preguntó Vyrl.

Primaria asintió.

—Los sistemas de interferencia esconden nuestras señales EM y ocultan nuestras mejoras. Por lo que sabemos, la IntelMil de los MAT no puede todavía compensar el efecto de este nuevo modelo. Sus monitores nos captan, deberían de tomarnos por

nativos.

—¿IntelMil de los MAT? —preguntó Kamoj.

Vyrl entornó la mirada.

—Creo que se refiere a la Inteligencia Militar de las fuerzas de los Mundos Aliados de la Tierra.

Una sonrisa asomó al rostro de Stillmorn.

—Así es, señor.

Aunque Primaria no dijo nada a su equipo, todos sus miembros concluyeron de repente lo que estaban haciendo, se reunieron y tomaron posiciones alrededor de Kamoj y Vyrl. A Kamoj se le entrecortó la respiración. Psiones. Por lo que había entendido, la fuerza telepática de los Jagernautas era muy inferior a la de Vyrl. Además, las mejoras neurales practicadas en sus cerebros no podían desarrollar demasiado esas habilidades sin causar daños. Pero aparentemente les proporcionaban la amplificación suficiente para que el equipo estuviera en contacto cuando estaban cerca unos de otros, de modo que podían comunicarse con breves pensamientos si estaban entrenados y poseían la concentración suficiente.

Pero eso no era lo que más la sorprendía. Ella no estaba enlazada a los Jagernautas... y sin embargo captaba retazos de su comunicación.

¿Puedes oírlos?, pensó para Vyrl. Entonces preguntó lo que de verdad quería saber. ¿Puedes oírme?

Un susurro recorrió su mente, como viento en un bosque distante: *un poco, a ti más que a ellos*. Nada de todo aquello parecía asombrarlo. Kamoj se preguntó si siempre habría aceptado todas las maravillas con semejante despreocupación.

Se dirigieron hacia el extremo meridional del valle. Mientras ascendían por la ladera una neblina de polvo azulado los envolvía. La bonita nieve hizo sonreír a Kamoj. En comparación con las ventiscas de hielo de Balumil, aquello era una bendición.

Al llegar a la cima del valle, se detuvo entre dos peñascos. Al otro lado, tras una corta caída, una ladera descendía hacia las montañas. Aquí y allá sobresalían dedos afilados de roca púrpura. Respiró profundamente y se solazó con la belleza de la vista y la pureza del aire.

Dos Jagernautas marchaban por delante como avanzadilla. Con fluida gracia, Vyrl saltó sobre la ladera y se hundió en la nieve hasta la cintura. Una nube de polvillo se arremolinó a su alrededor. Junto con tres Jagernautas, se dirigió ladera abajo levantando remolinos azules con las botas.

Cuando Kamoj trató de saltar, sufrió un ataque repentino de vértigo. La ladera no era tan empinada. No hubiera debido tener dificultades. Pero no podía moverse. No era que la vista la asustase: todo lo contrario. Lyshriol la encantaba. Pero el cielo, la nieve y los soles, las afiladas montañas, el denso aire..., todo ello saturaba su mente.

—Gobernadora Argali —dijo Stillmorn—. ¿Queréis un relajante neural?

Kamoj volvió la cabeza. Primaria se había detenido al otro lado de la aguja de roca. Estaba observando a Kamoj con aire preocupado.

—Sí —dijo esta—. Gracias.

Stillmorn sacó un tubo de su chaqueta. Dazza se lo había explicado mientras la sometía a diversas pruebas: el relajante alteraría el nivel de ciertos componentes químicos en su cerebro para ayudarla a soportar la sobrecarga sensorial.

La Primaria se inclinó por encima del peñasco y le apretó el tubo contra el cuello. A pesar de que Dazza le había asegurado que el relajante no le haría ningún daño, Kamoj se aferró a la roca. Casi esperaba salir despedida hacia el otro extremo del valle. Al cabo de unos momentos, sin embargo, empezó a tranquilizarse. Lyshriol se volvió manejable. La vida era serena.

Vyrl se había detenido ladera abajo y los estaba observando. Temiendo que regresara para ayudarla, Kamoj saltó sobre la cresta. Perdió el equilibrio al caer y aterrizó sobre las posaderas con un sonido sordo. Sonrió mientras la nieve la envolvía en una nube azulada.

Stillmorn saltó a su lado. Mientras Primaria la ayudaba a ponerse en pie, Kamoj le ofreció una beatífica sonrisa. A continuación, empezó a descender hacia el hogar de Vyrl.

Un bosque de pompas hechas de cristal de colores.

Brillaba en la distancia, a los pies de las Montañas Espinales. Conforme se acercaban, Kamoj empezó a distinguir los árboles. Pompas planas con los colores apagados de las vidrieras flotaban alrededor de resplandecientes tubos, que a su vez brotaban de racimos de tubos más grandes, todos ellos traslúcidos como el cristal tintado. Los colores, propios de piedras preciosas, la encantaban.

Habían dejado la nieve tras de sí. Ahora Vyrl caminaba por un campo de delgados tubitos flexibles que se arrollaban alrededor de sus rodillas con traslucidez destellante. Empezó a correr hacia el bosque y su chaqueta aleteó al viento mientras su alegría se desbordaba en la mente de Kamoj. Al pasar junto al primer árbol, le arrancó una «hoja» y la arrojó al aire. El disco se infló y flotó a lomos de las brisas como una pompa de jabón roja, atrapando chispas de luz de sol.

—Es bonito —dijo Stillmorn.

—La verdad es que sí. —A lo largo de las últimas horas, Kamoj había terminado por cogerle afecto a la taciturna Primaria que caminaba a su lado, siempre presente pero nunca una intrusa.

Siguieron a Vyrl y los demás Jagernautas al bosque. La luz de los soles adquiría matices enjorjados al atravesar el dosel de las copas de los árboles. Las «hojas-pompa» estaban unidas a los lustrosos tubos por medio de unos esbeltos tallos hechos

de la misma sustancia traslúcida. Kamoj se detuvo para tocar una hoja amarilla. Vibró un instante y entonces se partió delicadamente y, mientras se hinchaba hasta convertirse en una esfera dorada, se elevó por los aires. Entonces rozó otro tallo, estalló, y vertió una nube de purpurina sobre Kamoj.

—¡Oh! —Riendo, se limpió los destellos.

Encontraron a los demás en un pequeño claro lleno de sombras multicolores. Una alfombra formada por los restos de burbujas aplastadas cubría el suelo, junto con un resplandeciente polvo que debían de haber desperdigado al estallar. Aunque el polvo no se parecía en absoluto a las gruesas semillas de Balumil, Vyrl le había dicho que desempeñaba un papel similar, pues hacía crecer a los tallos latentes. Kamoj pensaba que se parecía más al polvo de escamas de Balumil. Pero la exposición al de este mundo no suponía peligro alguno para ella mientras que el polvo de escamas podía matar a Vyrl.

Este se estaba arrodillando en el suelo. Mientras lo limpiaba de marga, Stillmorn se arrodilló a su lado y empezó a trabajar con el ordenador de su guantelete. Los demás Jagernautas permanecieron en pie, unos vigilando el área, otros protegiendo a Kamoj y Vyrl. La serenidad del bosque suponía un acusado contraste tras la estimulante caminata montaña abajo.

—No lo encuentro. —Ahora Vyrl estaba cavando.

Stillmorn frunció el ceño mientras examinaba la pantalla del guantelete.

—Yo tampoco capto nada.

Vyrl se sentó en cuclillas.

—¿Estás segura de que este es el lugar?

—Absolutamente. —Levantó la mirada—. A menos que la IntelMil de los MAT haya descubierto la base y haya alterado los sistemas de seguridad.

—¿Cómo? —preguntó Vyrl—. Yo he vivido aquí toda mi vida y nunca me había enterado de que el bosque se encontrara sobre una instalación del MEI.

—Pero vos no teníais razones para buscarla. Las fuerzas Aliadas han registrado el área a conciencia.

—¿Podrían superar nuestra seguridad? —preguntó Vyrl.

Ella realizó una nueva comprobación en el ordenador de su guantelete.

—No lo creo. Pero es imposible saberlo con certeza.

—¿Estás segura de que tienes los códigos correctos?

—Salvo los códigos Rhon. Esos solo los tenéis vos.

Vyrl abrió las manos a ambos lados.

—No puedo utilizar mi mente para activar un mecanismo si no encuentro el mecanismo.

Kamoj tenía dificultades para concentrarse en sus palabras. El relajante neural hacía que su mente vagara. Cerró los ojos y escuchó al bosque. Los tubos vibraban al

viento, produciendo tonos musicales. Los repiques, las fragancias nuevas del bosque y las voces susurrantes se fundieron en sus pensamientos hasta que estuvo sumida en una especie de trance.

—Es la resonancia —murmuró.

—¿Gobernadora? —preguntó Stillmorn.

—La resonancia. —Kamoj abrió los ojos y obsequió a Vyrl con una sonrisa soñadora—. ¿No la sientes? Este lugar amplifica nuestra resonancia. —Sus pensamientos vagaban en alas del viento—. Puedo encontrar el lugar ancestral.

—¿Lugar ancestral? —preguntó Vyrl—. ¿A qué te refieres?

Kamoj se arrodilló a su lado.

—Es viejo. Ancestral. Vivo.

Stillmorn se quedó paralizada mientras la miraba fijamente.

—Me temo que esté usted equivocada, gobernadora.

Kamoj contempló el juego de las luces rojas, azules y violetas sobre el rostro de Stillmorn.

—Sabe que Vyrl está aquí. Lo... reconoce. —Se volvió hacia Vyrl y tomó su mano—. Solo que no puede alcanzarte.

—Demonios —dijo Stillmorn.

Vyrl dirigió a Primaria una mirada intrigada.

—Sabes de qué habla, ¿verdad?

—Es secreto —respondió ella.

Vyrl frunció el ceño.

—Es necesario que lo sepa.

Stillmorn lo observó durante un rato. Entonces dijo:

—La base que estamos buscando tiene unos cinco mil años de antigüedad. Data del Imperio Rubí. Es muy pequeña, solo la habitación que os hemos descrito. Logramos modernizar la silla que necesitaréis para vuestra misión pero el resto de la maquinaria murió hace muchísimo tiempo.

—No está muerta —dijo Kamoj—. Espera a Vyrl.

La mirada de Vyrl pasó de Stillmorn a Kamoj.

—No entiendo lo que quieres decir —le dijo a esta.

—Ha esperado muchas edades. —Conforme se iba dando cuenta de que todo el mundo la estaba escuchando, su mente salía del trance—. No estoy segura de lo que quiere. Solo capto impresiones.

Stillmorn la estaba escudriñando con la mirada.

—Ningún miembro de la familia del príncipe Havyrl ha experimentado jamás eso que estáis diciendo. ¿Cómo es que vos sí podéis captarlo?

—No lo sé. Pero es consciente de que su familia está aquí.

Vyrl miró a Primaria con el ceño fruncido.

—Aparentemente ese conocimiento no era recíproco en el caso de mi familia.

—Vuestro medio hermano Kurj lo sabía —dijo Stillmorn—. Y también vuestra hermana cuando se convirtió en Emperatriz. Y probablemente vuestro hermano Althor.

Kamoj sintió las emociones conflictivas de Vyrl. Estaba resentido con el MEI por la ignorancia en la que dejaba sumida a su familia pero al mismo tiempo se daba cuenta de que aquellos hermanos suyos que habían dirigido el MEI eran los únicos que necesitaban saberlo en realidad. Con la resonancia alimentada por lo que quiera que dormitaba debajo del bosque, sus sensaciones fluían a ella de forma intensa.

—¿Qué es la Emperatriz? —preguntó Kamoj.

—Emperador o Emperatriz es el comandante en jefe de las fuerzas del MEI —dijo Vyrl—. La Flota Imperial, el ejército del Faraón, la Fuerza Jagernauta y el Cuerpo de Servicios de Avance. —Su rostro se había vuelto distante a medida que recordaba—. Algunos llamaban dictador a mi medio hermano Kurj, pero yo nunca lo vi de ese modo. Soz era brillante y Althor poseía un don natural para la estrategia.

—¿Quién es el Emperador ahora? —preguntó Kamoj. Advirtió que Primaria se había quedado completamente inmóvil, como si quisiera volverse invisible mientras discutían sobre los líderes bajo cuyo mando que había servido.

—Mi hermano Kelric —dijo Vyrl—. Los Aliados lo tenían prisionero, junto con mis padres y la familia de Kurj en la Tierra. Dejaron que mis padres regresaran aquí... —tragó saliva— a causa de la muerte de mi padre. Naaj Majda, general del Ejército del Faraón, está actuando como Emperador hasta que Kelric pueda volver a asumir sus funciones.

Kamoj tenía una idea aproximada de lo que Vyrl quería decir con «asumir sus funciones». Tenía la esperanza de que su hermano Kelric escapara algún día de la Tierra. Vyrl le había dicho que sus títulos eran meramente honoríficos pero cuanto más descubría sobre su familia, menos le parecía que fuera así.

Stillmorn seguía observándola con atención.

—¿Os causa dolor el enlace con la base?

Kamoj sacudió la cabeza.

—No. El lugar está dormido.

—¿Puedes despertarlo? —preguntó Vyrl.

—No creo que eso sea sensato —dijo Stillmorn—. No sabemos lo que podríamos activar. No podemos poner en peligro la misión. Podremos investigar cuando todo haya acabado.

Vyrl no parecía encantado pero asintió.

—Sí, por supuesto.

Kamoj sentía que algo semejante a un sueño se le iba escapando, como polvo de escamas sobre el viento. Puede que no volvieran a tener otra oportunidad de

investigar. Si los hacían prisioneros, no podrían revelarles a las fuerzas de los MAT la presencia de la base. Aunque ella no tenía nada contra la Tierra, Vyrl contaba con toda su lealtad.

Stillmorn reanudó su trabajo con el guantelete.

—Sigo sin captar ninguna actividad.

Vyrl empezó a cavar de nuevo.

—¿A cuánta distancia está la escotilla de seguridad?

—Demasiado lejos como para llegar excavando. Pero ya deberíais haber encontrado el control de aperturas. —De súbito, dijo—: ¡Un momento!

Vyrl se irguió.

—¿Sí?

—He captado algo. —Unos hologramas diminutos aparecieron sobre su guantelete—. Que me aspen. Está asustado. —Sonrió y miró a Vyrl—. El cerebro IE que controla la apertura se esconde de nosotros.

Él la miró pestañeando.

—¿Por qué?

—Veamos... Muy bien. Ya lo tengo. —Estudió la pantalla—. Sabe que los MAT se han infiltrado en el SDO. No nos había reconocido. Estoy descargando vuestros patrones cerebrales... Muy bien, probad ahora.

Un tubo rosa, muy parecido a los tallos de los árboles, brotó del suelo. Vyrl se inclinó hasta que estuvo arrodillado sobre él. Colocó ambas manos a su alrededor y miró por su extremo abierto. Una luz teñida de rosa brotó de la superficie acristalada e incidió sobre su cara.

Esperaron. De algún modo, Kamoj había esperado que el momento en que Vyrl utilizase los talentos que hacían única a su familia entre toda la humanidad supondría una escena más dramática. En su lugar, disfrutó de un momento de serenidad en un bosque mientras él permanecía arrodillado y en silencio.

De repente, el tubo volvió a hundirse en la tierra. Mientras desaparecía, Vyrl alzó la cabeza. Estaba pálido.

—Deberíamos apartarnos. —Se puso en pie con movimientos lentos y torpes.

—¿Príncipe Havyrl? —Stillmorn se incorporó con la mirada fija en él—. ¿Estáis bien?

—Sí. Muy bien. Gracias.

Kamoj también se puso en pie. Sentía el dolor de cabeza de Vyrl como si lo estuviera sufriendo en sus propias carnes. No estaba preparado para utilizar su mente de ese modo. Todavía no se había recuperado lo suficiente.

Vyrl esbozó una sonrisa cansada.

—Pareces una visión, bañada en todos los colores del bosque y con brillantina en el pelo.

—Ojalá no hubieras tenido que hacerlo —le dijo.

—Estoy bien. Solo que me gustaría...

No terminó la frase, pero ella sintió su anhelo. Quería un trago. Uno fuerte.

Entonces la tierra se desplomó.

El agujero que Vyrl había excavado se hundió y reveló un pozo. La marga resplandeciente caía poco a poco por los costados y tres escalerillas se internaban en el agujero.

Kamoj empezó a bajar por una de ellas, junto con dos Jagernautas, uno delante y otro detrás. Vyrl y el resto del equipo utilizaron las otras escalerillas. La luz del sol caía sobre ellos, así como la tierra, que las paredes del pozo parecían absorber. Kamoj supuso que se trataría de nanobots que limpiaban la entrada, aunque no sabía si el pensamiento le pertenecía a ella o era de otro y lo había captado.

La escotilla de seguridad llenaba el fondo del pozo como un tapón. Esperaron en las escalerillas mientras Stillmorn trabajaba con su guantelete. Entonces la puerta se deslizó a un lado, desapareció en la pared y ellos continuaron bajando. Después de que hubieran entrado, se cerró y los dejó sumidos en una oscuridad completa.

De pronto, el pozo se llenó de luz azul. Kamoj miró hacia abajo y vio que aún tenían que bajar mucho. Demasiado. Se agarró a los asideros con más fuerza.

Stillmorn la llamó desde otra escalerilla.

—No os caeréis, gobernadora Argali. Si os soltáis saldrán redes de seguridad de las paredes para rescataros.

Kamoj esbozó una sonrisa precavida.

—Gracias.

Continuaron hasta el fondo, que era... el fondo de un pozo. Desnudo. Vacío. Un callejón sin salida. Pero Stillmorn se puso a trabajar de nuevo con su guantelete y, al cabo de unos instantes, la pared que Kamoj tenía a su lado se iluminó y se convirtió en un arco. Un túnel iluminado con luz azul partía desde allí.

Kamoj se adentró con Vyrl por el túnel. Ahora se sentía tan próxima a él que hasta podía sentir el tenue enlace que compartía con los Jagernautas. Al llegar al final del túnel, Stillmorn abrió otra entrada...

Y penetraron en lo imposible.

Potencial antiguo

Transición (A-L)

Stillmorn había dicho la verdad... en parte. Había una sola habitación al final del túnel.

Más allá, una ciudad.

Se extendía en todas direcciones, enorme y oscura, cubierta de sombras. Apenas visibles en la oscuridad, máquinas gigantescas se erguían en hileras interminables hasta donde alcanzaba la vista de Kamoj.

—Madre santa —dijo Stillmorn—. ¿Qué demonios pasa aquí?

Se encontraban en la entrada de una cámara de unos diez por diez pasos. Una retícula blanca definía sus paredes formando cuadrados casi tan altos como una persona. Había una silla antiquísima en el centro de la sala, conectada a varias máquinas modernas. Más allá de la cámara se abría un complejo, hasta el infinito se hubiera dicho, demasiado grande como para ser percibido de una vez.

Stillmorn entró andando en la sala al tiempo que daba una vuelta sobre sí misma.

—Solo conocíamos la existencia de esta habitación. Sus paredes eran sólidas. Examinamos hasta los microbios del lugar. Ni siquiera sospechábamos que pudiera existir el resto.

Kamoj apenas la escuchaba. Con la mirada fija en la ciudad, pasó junto a Stillmorn. Era consciente de que Primaria se volvía hacia ella pero siguió adelante. Al llegar a la retícula de la pared, agachó la cabeza y atravesó uno de los cuadrados. Una tenue luz azul procedente del túnel inundó las sombras.

La ciudad atraía a Kamoj, una llamada que no solo oía, sino que sentía. El suelo era ondulado en algunas zonas y liso en otras. Caminó en dirección norte, hacia la derecha, hasta llegar a una pasarela de metal. Tenía una cadena en lugar de barandilla y un suelo segmentado, como los puentes colgantes que se extendían sobre los canales en las Islas Celestes del Norte, por encima del mar tempestuoso. Pero no había agua debajo de este puente.

Un abismo se abría bajo sus pies. Desde sus ocultas profundidades se alzaban colosales torres, demasiado grandes para el entendimiento. Solo la corona redondeada de la más próxima parecía más grande que todo el Palacio de Cuarzo. Las hendeduras de sus pupilas se dilataron para adaptarse a la oscuridad. Era una mota de polvo en medio de la inmensidad. Un mal paso en aquella pasarela y se precipitaría al vacío.

—Dulce Airys —susurró Kamoj.

—Gobernadora Argali —dijo una voz.

Kamoj se volvió y se encontró con Stillmorn, de pie junto a ella.

—Será mejor que regreséis ahora mismo, señora —dijo Primaria.

—Por supuesto. —Kamoj se mordió el labio inferior, profundamente consciente del vacío que se abría a sus pies.

La plataforma era demasiado estrecha para que dos personas caminasen juntas, de modo que Kamoj siguió a Stillmorn. Fue entonces cuando vio a los cuatro Jagernautas junto a la pared que bordeaba el abismo, con las armas levantadas y preparadas. Uno de ellos disparó. Una red cruzó el abismo y se pegó a la pasarela, cerca de Kamoj. Con un estremecimiento, se dio cuenta de que ya habían disparado varias veces. Había varias redes que se extendían desde la pared a la pasarela. Si hubiera caído, aquellas redes la habría cogido... aunque que hubiesen o no soportado su peso era una cuestión por entero diferente y cuya respuesta no tenía intención de descubrir.

Vyrl salió a su encuentro al final del puente. Cuando volvió a pisar suelo firme, a pesar de que todos los estaban observando, la abrazó.

—Dioses —susurró contra su cabello—. No vuelvas a hacer eso.

Ella levantó la mirada hacia su rostro crispado.

—No sé por qué lo he hecho, la ciudad... me llamó.

Stillmorn se había detenido cerca de Vyrl.

—¿Sentís algo?

—No estoy seguro. Puede que una presión en la mente... —Se frotó las sienes—. Pongámonos manos a la obra. Quiero salir de este lugar cuanto antes.

—Será mejor que os sentéis —dijo Stillmorn—. Nosotros aseguraremos el área.

Kamoj tocó el rostro de Vyrl. Hubiera deseado saber cómo aliviar las nuevas arrugas que habían aparecido alrededor de sus ojos. Él le cogió la mano y le dio un beso en la palma. Entonces regresaron a la habitación de la retícula, acompañados por tres Jagernautas. La silla descansaba sobre una plataforma, bañada de luz azul. A Kamoj le recordaba a un trono. Los enormes brazos tenían la anchura de dos brazos humanos y el respaldo era aún más grueso. El asiento parecía adaptable, como los que había a bordo de la *Ascensión*, que se ajustaban a la persona que se sentaba en ellos. El aparato contaba con paneles, pantallas, proyecciones y brazos articulados y Kamoj sospechaba que su interior contendría aún más mecanismos.

Mientras Vyrl tomaba asiento, se encendieron unas luces casi invisibles en el asiento. Entre las sombras, su rostro adquirió un aspecto obsesivo, realzado por su mirada distante, como si estuviese abandonando ya el reino de la consciencia. A Kamoj le recordó a Ba Vitz, el dios de Balumil que gobernaba los cielos y se sentaba en un trono de mica en lo alto de las Montañas Celestes del Este.

Stillmorn se situó al otro lado del asiento.

—¿Empezamos?

—Sí. —Vyrl fijó la vista en las sombras. Kamoj no creía que estuviera mirando nada concreto, al menos no en aquella realidad.

Stillmorn operó en el ordenador de su guantelete y las luces de la silla se movieron como un enjambre de polillas de fuego arremolinadas en el largo anochecer de Balumil.

—¿Recibís esto? —le preguntó.

—Creo que sí. Has activado las células de memoria D-cuatro. —Vyrl se interrumpió—. Estoy accediendo a la red que el ME instaló aquí abajo. Pero es difícil sin tener un enlace sólido a la consola. El flujo de datos está lleno de ruido.

Stillmorn levantó la mirada pero no dijo lo que era obvio, que Vyrl se había negado a que le implantaran puertos de entrada en el cuerpo. De hecho, a Kamoj le sorprendía que hubiese dejado que el MEI le colocara algo.

La miró.

—No lo hice. Me implantaron la red biomecánica sin decírmelo, después de recuperar el ataúd en el espacio.

—Lo siento. —¿Qué más le habían hecho?

—¿Lo sientes? —La miró con expresión contenida—. ¿Por qué? Es un sistema espléndido. Lo último en tecnología.

Kamoj sentía lo que escondían sus palabras, lo mucho que le desagradaba la biomecánica. Por respeto a sus deseos, no dijo nada. De haber estado en su posición, rodeada por Jagernautas con muchos más componentes biomecánicos en el cuerpo, mejoras que habían aceptado libremente, tampoco hubiera querido hablar de ello.

Vyrl le acarició la mejilla con los dedos mientras la sombra de una sonrisa iluminaba su rostro macilento. A continuación se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Stillmorn seguía trabajando con el guantelete.

—¿Os encontráis ya en el sistema de red?

—En el de esta habitación —dijo Vyrl—. Aún no he logrado establecer el enlace con el sistema de defensa orbital.

—¿Habéis encontrado algo inusual? —Lanzó una mirada a Kamoj—. ¿Algo como lo que la gobernadora Argali detectó antes?

—Aún no.

—¿Sentís alguna tensión?

—No. —Acto seguido, dijo—: Sí, me duele la cabeza.

Primaria habló en voz baja:

—La coronel Pacal me ha dado unos fármacos para tratar el síndrome de abstinencia del alcohol. Puedo daros una dosis.

—No. —Vyrl puso los ojos en blanco como si quisiera mostrarle su tensión.

Pocos instantes más tarde, dijo—: Ahí lo tienes. Echa un vistazo.

Stillmorn frunció el ceño mientras examinaba la pantalla de su ordenador de muñeca.

—No tengo ninguna lectura. ¿Qué habéis encontrado?

—He abierto una pasarela a la red del SDO. Pero está llena de trampas de los Aliados. —Guardó silencio durante algún rato. Entonces dijo—: También he encontrado una puerta trasera Rhon.

—¿Podéis utilizarla? —preguntó Stillmorn.

—Creo que sí. Los Aliados no han descubierto las puertas Rhon. No saben cómo buscarlas. —Permaneció varios minutos inmóvil y en silencio, con los ojos cerrados. Entonces añadió—: Muy bien. Estoy dentro.

—Buen trabajo. —Las casi imperceptibles arrugas de la frente de Stillmorn desaparecieron, lo que en el caso de la fría Primaria suponía una gran demostración de alivio. Dirigió una mirada a Kamoj—. Gobernadora, ahora tendréis que salir.

Kamoj asintió. Lo habían discutido a bordo de la *Ascensión*. Vyrl tenía el medio de acceder al SDO y Stillmorn sabía cómo utilizar el sistema. Hasta ese momento, aquellos dos recursos —medios y conocimientos— se habían mantenido separados por razones de seguridad. Pero solo Vyrl podía atravesar las puertas Rhon. Había llegado el momento de que Stillmorn le dijera lo que sabía. No había razón, no obstante, para que Kamoj lo oyera.

Dos Jagernautas la acompañaron fuera de la habitación, un hombre y una mujer. Hubiera preferido que Antonio estuviera allí; se sentía más cómoda con él que con aquellos desconocidos. No se había dado cuenta de lo tensa que se había puesto hasta que relajó los hombros. Le dolía ver a Vyrl en aquella silla, con la mente disociada, las fuerzas consumidas, el cuerpo exhausto pero ansiando a un tiempo la seductora y ruinosa bebida.

Caminó hasta el muro de contención y se asomó sobre el vacío. Al otro lado del abismo, una torre se elevaba desde las profundidades. ¿Hasta dónde se extendía aquella estructura monstruosa? Anhelaba buscar respuestas pero los secretos que dormían allí tendrían que esperar.

Se apartó. Acompañada por sus guardaespaldas, cruzó la cámara en la que Vyrl estaba trabajando y se dirigió al laberinto de tuberías que había al otro lado. Las tuberías se perdían entre las sombras, brillando bajo la luz tenue como un bosque multicolor, verde oscuro, rojo turbio, azul metálico, con tamaños variables, desde columnas más anchas que su cuerpo a tubos tan finos como sus muñecas. Tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza y luego pasar por encima de más de una barrera. No había polvo en ninguna parte, a pesar de que aquel laberinto llevaba allí desde antes de que existiera la civilización moderna. Puede que, al igual que en el Palacio de Cuarzo, una cuadrilla de sirvientes invisibles siguiese preservando aquella

ciudad vacía mucho después de la desaparición de sus creadores.

Un Jagernauta se había adelantado y estaba vigilando la zona. Cuando se detuvo a examinar una tubería, Kamoj lo alcanzó. Hizo una reverencia.

—Es un honor acompañaros, Vuestra Alteza.

—Saludos. —La formalidad la cohibía pero la curiosidad superaba sus reticencias—. ¿Habéis descubierto algo sobre este lugar?

—Alguna cosa. —Señaló las tuberías con un ademán—. Estas bellezas tienen cinco mil años de edad.

—¿Para qué sirven?

—Ah, esa es otra cuestión. —La observó con sus ojos verdes—. Mentiría si dijera que lo sé, señora. ¿Sondeos? ¿Control climático? Parece algo primitivo para una civilización capaz de mover planetas. Pero, para ser sinceros, el Imperio Rubí era una mezcla extraña de alta tecnología y barbarismo.

Eso era algo inesperado para ella.

—¿Hasta en sus máquinas?

—En especial en sus máquinas. —Señaló las tuberías—. ¿Qué eran nuestros antepasados? Seres primitivos, nada más, hace miles de años, sacados de la Tierra sin advertencia. Pero en su nuevo mundo crearon naves espaciales. Os diré cómo. Tenían algo en lo que basarse, ¿sabéis?, restos abandonados por quienquiera que los trajo hasta aquí. ¿Y las tripulaciones originales de aquellas naves? ¿Qué fue de ellas? Solo los dioses lo saben.

Kamoj sonrió, fascinada por su entusiasmo. Recordó lo que Vyril le había contado.

—Pensaba que la tecnología del Imperio Rubí era tan avanzada que nadie podía replicarla, ni siquiera ahora.

—La verdad es que no podemos. Pero no sé si «avanzada» es la palabra correcta. Es diferente. Ellos abordaban los problemas con perspectivas diferentes a las nuestras.

Ella miró las tuberías que partían en todas direcciones.

—Supongo que su lógica tenía sentido para ellos.

El Jagernauta rio.

—Sí, señora, es de suponer que sí.

Kamoj sabía que seguiría respondiendo a sus preguntas mientras ella siguiera formulándolas, aunque eso le valiera una reprimenda de Stillmorn por haber abandonado su trabajo. Así que le dio las gracias y siguió adelante. Al cabo de un rato, se detuvo junto a una tubería verde que ascendía en línea recta, se inclinaba y se perdía al fin entre una maraña de otras tuberías. Puso la mano sobre la fría superficie, cerró los ojos y dejó vagar a su mente.

Profundo.

Antiguo.

Dormido.

Igual que una bola sostenida en el aire tiene el potencial de caer, ella estaba rodeada de energía mental que estaba esperando a ser liberada.

Esperando.

La bola necesita que alguien la suelte. Aquel durmiente buscaba su clave. No ella. No Kamoj. La súplica se alzó en su mente a un nivel que estaba por debajo del pensamiento consciente.

Tráelo.

¿Quién eres?, le preguntó.

Tanto tiempo he esperado. Tanto tiempo... Tráelo.

¿Te refieres a Vyrl?

El príncipe Rubí...

La presencia se difuminó...

—¡... no responde! —Una voz de hombre quebró su concentración.

¡Espera!, pidió a la presencia con el pensamiento. *Regresa.*

—No hubo respuesta.

—¡Gobernadora Argali! —Alguien la estaba zarandeando por los hombros.

Kamoj abrió los ojos. Sus guardaespaldas la estaban mirando y el hombre tenía las manos en sus hombros. Al ver que Kamoj enfocaba la mirada sobre su rostro, suspiró y dejó caer los brazos.

La mujer tenía una expresión contenida. Kamoj había terminado por reconocer la señal de que los Jagernautas se estaban comunicando mentalmente. IR. Radio. Fotonos. Neutrinos. Kamoj no entendía. Hubiera preferido que utilizaran sus guanteletes. Algo que ella pudiera ver. ¿Dónde estaba la línea que separaba la tecnología y la telepatía? Parecían tan entrelazadas que no era capaz de separarlas.

—Por favor, no molestéis a Primaria Stillmorn —dijo Kamoj.

La mujer la miró con aire de disculpa.

—Ya la he avisado, señora.

—¿Estáis bien, gobernadora Argali? —preguntó el hombre—. Parecía en trance.

—Es este lugar —dijo Kamoj—. Está vivo. Quiere a Vyrl, pero no puede alcanzarlo.

—¿Cómo lo sabéis? —le preguntó la mujer.

—Es difícil de describir. Solo han sido unos segundos.

La frente del hombre se llenó de arrugas.

—Gobernadora, habéis pasado así treinta minutos.

Kamoj se le quedó mirando.

—No. ¿Estás seguro?

—Nos dijisteis que os dejáramos descansar —dijo él.

—¿De veras? No me acuerdo.

La mujer habló:

—Primaria Stillmorn nos quiere de regreso en la sala de consola. El príncipe Havyr y ella han terminado. Tenéis que contarle todo esto.

Mientras regresaban, Kamoj volvió la mirada hacia el laberinto. Ahora conocía su propósito. Enfocaba la presencia que dormía allí. Lo que quiera que resonaba en su mente con la de Vyrl lo hacía también de alguna manera con aquella entidad ancestral.

Pero ¿qué quería?

Los diez llenaban la habitación de la retícula. Stillmorn estaba apoyada sobre una consola y Vyrl descansaba en el asiento, con Kamoj a su lado. Los Jagernautas esperaban, dispuestos a lo largo de la pared, escuchando.

—Si está tratando de llegar hasta mí —dijo Vyrl—, no lo consigue.

Stillmorn observaba a Kamoj como si la gobernadora de Argali ocultara secretos que ni la propia interesada supiera cómo sacar a la luz.

—¿Sentís peligro en esa presencia? ¿Alguna amenaza? ¿Malicia? ¿Hostilidad?

Kamoj sacudió la cabeza.

—Poder sí, pero no amenaza. Sirve a la Dinastía Rubí pero nadie la ha convocado desde hace eras.

—¿Cuál es su función? —preguntó Vyrl.

Kamoj abrió los brazos.

—No lo sé.

—Si Vyrl intenta salir de aquí, ¿tratará de impedirlo? —preguntó Stillmorn.

—No lo creo —dijo Kamoj.

Stillmorn empezó a caminar de un lado a otro.

—Informaremos de esto a la *Ascensión*. Pero no podemos permanecer aquí. Si nos demoramos, podríamos comprometer la misión. —Se detuvo y observó a todos los ocupantes de la sala—. Una vez que hayamos salido de aquí, nadie debe mencionar lo que hemos encontrado. ¿Comprendido?

Un murmullo de asentimiento le respondió. A Kamoj no se le pasó por alto la implicación. Informar a la *Ascensión*. Apenas unos minutos atrás, eso hubiera sido imposible.

—¡Lo has conseguido! —dijo a Vyrl—. Has entrado.

Él apoyó el codo sobre el brazo de la silla y se inclinó ligeramente hacia ella.

—He establecido un enlace con la *Ascensión*, sí. Sin embargo, no es fácil de usar.

A juzgar por el tono de su voz, parecía como si aquello frustrase el propósito de su misión.

—¿Pero no era nuestro objetivo establecer un enlace?

Stillmorn respondió.

—La *Ascensión* se encuentra demasiado lejos del sistema. Si las señales viajan a la velocidad de la luz, tardarían meses en llegar a la nave y podrían ser interceptadas con facilidad. Por eso el proceso no sirve para hablar con ellos desde aquí.

Consternada, Kamoj dijo:

—Entonces, ¿cómo podemos comunicarnos con ellos?

Una sombra de la sonrisa de Vyrl regresó.

—Utilizando polizones. Esconderemos nuestros mensajes en señales destinadas a naves Aliadas, haremos que se escondan en el sistema de comunicación de esas naves y, luego, que esos sistemas los transmitan a la *Ascensión* en el momento oportuno.

Kamoj no entendía de qué serviría aquello.

—Entonces los Aliados se enterarán de todo.

—No si lo hacemos bien —dijo Stillmorn—. Codificaremos y ocultaremos los mensajes. La IntelMil de los MAT no puede detectar el proceso sin un psion Rhon que esté dispuesto a cooperar con ellos. Aunque sospechen lo que estamos haciendo, no podrán detenernos a menos que aislen el sistema Lyshriol por completo del resto de sus territorios..., lo que significaría que la *Ascensión* podría entrar. Si esto funciona, todo cuanto hagamos en adelante será enviado a la *Ascensión*.

—La oficina de relaciones públicas de la *Ascensión* decidirá cuánto de lo que reciba de nosotros será enviado a los servicios de noticias —dijo—. Sin embargo, nosotros no sabremos lo que está ocurriendo porque en la *Ascensión* no queda ningún psion Rhon, así que no tienen modo de enviarnos mensajes.

Stillmorn miró a su alrededor.

—No voy a engañaros. Si no podemos enviar estos mensajes, no tendremos casi posibilidades de éxito. Lo único que podemos hacer es jugárnoslo todo a esta carta, golpear a ciegas con todas nuestras fuerzas.

Vyrl esbozó una sonrisa fatigada.

—Confiamos en que sea el único golpe que se dé.

—Ojalá el destino escuche vuestro deseo, señor. —Stillmorn señaló la entrada a la cámara como si los estuviera invitando a cenar—. ¿Vamos?

Vyrl se puso en pie.

—Sí. Vamos a Dalvador.

Las llanuras se extendían hasta el horizonte en un rizado océano de plata y verde. La hierba consistía en tubillos planos como las briznas de la hierba de verdad pero tan suaves y tan flexibles como el terciopelo. Crecía hasta la altura de los muslos de Vyrl y la cintura de Kamoj, y frenaba su marcha a través de la vasta y mecida extensión.

Cuando las brisas la acariciaban, la hierba repicaba. Las diminutas pompas de las puntas de los tubillos se balanceaban. Kamoj tocó una de ellas, que se soltó y empezó

a ascender. Entonces reventó y soltó una pizca de polvillo plateado. Mientras avanzaban por las llanuras, levantaban pompas por todas partes, un rastro flotante que resplandecía bajo la luz del sol.

El júbilo de Vyrl bañaba a Kamoj. Dalvador. Su hogar. Había imaginado torres colosales de rubí, o un lugar de ángulos extraños o máquinas interminables. En su lugar, estaban rodeados de llanuras, cuya simplicidad resultaba mucho más hermosa que la extravagancia de las imágenes de su mente.

Vyrl abrió los brazos.

—Me siento como un niño.

Kamoj sonrió.

—¿Por qué lo dices?

—Crecí aquí. Mi granja está en el sur pero cuando era niño corría por estas llanuras. —Su humor se apaciguó—. Mi padre murió en Dalvador, en la casa familiar. Aquella fue la última vez que vi este lugar.

—Lo siento —murmuró Kamoj.

—Tuvo una buena vida. —Vyrl parecía menos tenso que las otras veces que habían hablado de su padre—. Tenía noventa años cuando murió. Mis hermanos y hermanas acudieron de todo Rillia y Dalvador para despedirse. Todavía estarán en la casa, supongo. —Una sonrisa le iluminó el rostro—. Seguro que mis hermanos me envidian. Tendré que tener cuidado para que no te enamoren.

Kamoj fingió mirarlo con ojos de desaprobación.

—Tienes una lengua de miel, oh exaltado príncipe lo-que-sea.

Vyrl rio, le pasó el brazo alrededor de los hombros y la atrajo con tanta fuerza que ella chocó contra su costado y trastabilló en la hierba.

Un Jagernauta que marchaba adelantado los llamó.

—Veo un edificio.

Se alzaba en medio de la plateada llanura, una torre redonda y encalada con un tejado almenado de color azul. Entonces apareció Dalvador.

A pesar de todos sus intentos por imaginar el hogar de Vyrl, Kamoj nunca hubiera esperado aquella rústica aldea. Ah, pero era preciosa. Los tejados almenados eran de brillantes colores azules o púrpuras, con los bordes vueltos hacia abajo, como flores invertidas posadas sobre casas blancas y redondas. Los edificios se apiñaban a lo largo de avenidas pavimentadas de adoquines azules. Jardines de cristal tintado las rodeaban y las pompas sobrevolaban la aldea por todas partes y estallaban de tanto en cuanto para derramar una lluvia de resplandeciente polvillo. La dinastía que había fundado el mayor imperio de la historia de la humanidad vivía en una aldea que parecía, al menos a primera vista, más primitiva que Argali.

Vyrl salió corriendo, acompañado por un Jagernauta a cada lado. Mientras se acercaban a la aldea, salieron niños a su encuentro. El viento les despeinaba el pelo y

les sacudía las ropas. Atrapada por la excitación, Kamoj salió tras ellos. A esta distancia de Dalvador, la hierba estaba recortada y correr resultaba más fácil. Los niños se desperdigaron cuando llegó junto a Vyrl. Este la cogió por la cintura y le dio una vuelta en el aire, haciendo que los niños chillaran de placer.

—¡Hai! —dijo Kamoj con voz entrecortada—. ¡Bájame!

Sonriendo, Vyrl obedeció. Los muchachos corrían alrededor de ellos, molestando a los perplejos Jagernautas. Parecían conocer a Vyrl. De hecho, muchos de ellos, con sus cabellos trigueños y los rasgos bien formados, se parecían a Vyrl. Una niña pequeña le rodeó la cintura con los brazos y farfulló algo en un idioma desconocido. Otra niña con unos grandes ojos violeta en una cara pecosa miraba a Kamoj con aire solemne. Dos niños se arrojaban sobre Vyrl y lo golpeaban a placer.

Mientras trataba de sostenerlos a todos en sus brazos, Vyrl se volvió a mirarla por encima de sus cabezas.

—Ven a ver Dalvador con mis tataranietos.

Era una delicia verlo tan feliz.

—Será un honor.

Entraron juntos en la aldea, rodeados por niños y Jagernautas. Mientras recorrían la aldea, se les fueron uniendo adultos: mujeres ataviadas con vestidos ricamente teñidos y faldas hechas de pañuelos que se les arremolinaban alrededor de las rodillas, ya ocultándolas, ya mostrándolas; hombres que vestían como Vyrl a bordo de la *Ascensión*, con pantalones, camisas de mangas acampanadas y botas altas. Todos llamaban a todos. Una niña trotaba a su lado tocando una flauta hecha con un tubo de cristal tintado. No terminaba de estar claro si todos ellos conocían a Vyrl o acudían atraídos por la excitación reinante.

Las calles y casas inmaculadas ofrecieron a Kamoj el primer indicio de que la aldea era obra de una cultura avanzada. No había ni rastro de la porquería y la desorganización que, en su experiencia, resultaban inevitables cuando miles de personas vivían juntas.

Repentinamente se alzó un grito. Una joven estaba corriendo por la vereda hacia ellos, seguida por la estela que formaban sus cabellos rubios. Cuando llegó a la multitud, la gente se detuvo para observar. Los Jagernautas se pusieron tensos y bajaron las manos hacia las armas que llevaban al cinto. Justo cuando parecía que la mujer iba a abalanzarse sobre Vyrl, frenó de costado y lo rodeó con los brazos. Tenía el rostro inundado de lágrimas. Él también estaba llorando y la abrazaba mientras los dos hablaban al mismo tiempo.

Entonces hubo más adultos, apiñados alrededor de Vyrl, hombres y mujeres altos, de ojos violetas y cabellos leoninos, algunos de ellos canos, otros jóvenes, la mayoría adultos, todos parloteando a un tiempo mientras Vyrl reía y hablaba y los abrazaba.

Kamoj retrocedió un paso para darles espacio. A pesar de saber que la familia de

su esposo era muy grande, no había esperado que la mitad de la aldea saliera a darles la bienvenida. Pensó en Maxard y Dylu, su única familia, y en Argali, la provincia que había abandonado con la esperanza de convertirse en una líder mejor para su pueblo. Ay, los echaba de menos. Allí se sentía fuera de lugar.

De improviso, Vyrl la llamó. Azorada, se adelantó y entró en la curiosa multitud. Cuando llegó junto a Vyrl, este la atrajo a su lado y habló a los demás en su lengua. Todo el mundo guardó silencio. Nadie parecía saber cómo reaccionar a lo que quiera que acabara de decirles.

Entonces una mujer de pelo cano se adelantó y cogió a Kamoj de las manos. Le habló en iotaca, o mejor dicho iótico, con una voz endulzada por un repique etéreo.

—Bienvenida a Dalvador, esposa de mi padre.

Los demás saludaron a Kamoj entonces, todos a un tiempo, en iótico y en su propia lengua, las mujeres con voces dulces y trinantes, las de los hombres atronadoras. Vyrl pasaba de un idioma a otro como si sus palabras fueran un agua melódica fluyendo sobre piedras pulimentadas.

Volvieron a ponerse en marcha, una comitiva cada vez más numerosa. Más y más gente se les unía para festejar la llegada de Vyrl a pesar de no estar unidos a él por ningún parentesco. Una segunda flautista se unió a la primera y las dos chiquillas corrieron juntas hasta deshacerse en risotadas. Así subieron la colina, pasando junto a casas blancas y jardines. Las pompas flotaban a su alrededor, liberadas de sus tallos por los niños para que pudieran sufrir la indignidad de ser reventadas.

Conforme se acercaban a la torre, vieron que esta era una de las cuatro que marcaban las esquinas de un castillo, aunque acaso fuera esta una palabra demasiado altisonante para describir la pintoresca casa. Las torres estaban coronadas por agujas, sobre las que flameaban pendones azules que sacudía la brisa. Las encaladas alas del edificio compartían con las casas de la aldea la planta redonda y los tejados almenados. Su superficie entera estaba cubierta de ventanas, algunas de ellas traslúcidas y con texturas, otras de cristal tintado y otras transparentes. Aquello proporcionó un nuevo indicio a Kamoj de que la aldea no era tan rústica como aparentaba; dudaba que una cultura primitiva hubiera podido producir una cristalería tan exquisita.

Un muro de piedra azul pálido rodeaba el castillo. Tras muchas despedidas, los aldeanos se reunieron en los plateados campos que había en el exterior y formaron grupos festivos, envueltos en nubes de pompas descarriadas. Vyrl y Kamoj continuaron solos hasta la puerta abierta que había en medio del muro. En el patio que había al otro lado, esperaba otro grupo. A diferencia de los efusivos ciudadanos de Dalvador, quienes lo formaban esperaban inmóviles. El contraste entre su reservado silencio y el entusiasmo de los aldeanos hizo que Kamoj se sintiera descolocada, sin saber qué esperar.

Un hombre destacaba en el centro del grupo. Era más alto que Vyrl y de constitución más esbelta. Llevaba el cabello tinto crecido hasta los hombros y unas pestañas metálicas enmarcaban sus ojos violetas. Se parecía a Vyrl pero sus rasgos eran más salvajes, más afilados. Había una mujer a su lado, alta y tranquila, con una cabellera amarilla que caía en cascada hasta su espalda. También se parecía a Vyrl, solo que su rostro era angelical, una palabra que Kamoj jamás hubiera pensado en aplicar a su marido. Al otro lado de ella se encontraba un hombre aún más alto, fuerte y ancho de hombros, cuyo cabello y cuyo rostro eran casi idénticos a los del hombre del centro. Su mano descansaba sobre el hombro de un niño de unos diez años.

Qué altos son todos. Kamoj se sintió menuda. Al menos la mujer situada al otro lado del hombre del centro era pequeña. Una nube de rizos negros con metálicos brillos de oro flotaba alrededor de sus hombros. Sensual y llena de curvas, poseía un rostro dulce, aniñado, que contradecía la madurez de su mirada. Dos hombres la acompañaban, más bajos que los demás y de constitución más esbelta. Uno llevaba el cabello de rizos amarillos recortado en forma de capacete; el otro tenía algo mágico en la mirada y un cabello entre blanco y dorado que le acariciaba los hombros.

Entonces, atravesando el centro del grupo, una mujer se adelantó.

Resplandecía como el oro: los ojos, el pelo, las pestañas, la tez..., todo excepto el rubor rosado de las mejillas. Una melena gloriosa de bucles dorados, cobrizos, bronceados y de todos los matices metálicos intermedios se ensortijaba alrededor de su cuerpo hasta la altura de las caderas. Alta y hierática, emitía una presencia radiante que hizo que a Kamoj se le entrecortara el aliento. Aunque su belleza tenía su reflejo en las otras dos mujeres, en ella alcanzaba su plenitud. Tan joven como aparentaba ser, poseía la mirada de alguien que ha visto muchos más años de los que vive la mayoría de la gente. Un aura de poder la rodeaba.

Kamoj se detuvo y dejó que Vyrl avanzara a solas. La mujer dorada y él se encontraron en el patio. Una lágrima resbaló por la mejilla de la mujer. Con callada simplicidad, Vyrl y ella se abrazaron. Kamoj sintió el profundo gozo que emanaba de ella y la profunda y completa paz que lo hacía de él.

Los demás se adelantaron y rodearon a Vyrl, abrazándolo o dándole palmadas en la espalda. A pesar de su reserva aparente, sus emociones, igual que había ocurrido con los hijos de Vyrl y sus familias, desbordaban sus mentes. Aquellas personas se amaban, profunda, completamente, sin reservas, sin titubeos y sin dudas.

Vyrl se volvió hacia el patio, vio a Kamoj y la llamó con un ademán. Cuando llegó a su lado, la cogió de la mano. A continuación le habló en iótico a la mujer dorada.

—Te presento a Kamoj Quanta Argali, gobernadora de Argali en las Tierras Septentrionales de Balumil. Mi esposa.

La mujer escudriñó a Kamoj con una mirada que se adentró hasta el último rincón

de su alma y sopesó la valía de su corazón.

Entonces Vyril se volvió hacia Kamoj.

—Te presento a Roca Escolia. Mi madre. —Con voz templada, añadió—: Faraón Rubí Presunta de la Eskolia Imperial.

Interacciones de múltiples partículas

Kamoj se detuvo a la entrada de la Sala del Hogar, entre las sombras. Por toda la habitación, la familia de Vyrl se había reunido delante de la chimenea. La única luz era la que emitían las llamas que crepitaban en su interior.

Roca, la madre de Vyrl, estaba sentada en un sillón cerca del fuego, vestida con un suéter y unos pantalones azules y el cabello como una cascada dorada sobre el asiento. La luz del fuego bañaba su rostro. A Kamoj le resultaba difícil creer que hubiera superado ampliamente los dos siglos de edad y que fuera cincuenta años mayor que su marido..., que había muerto de viejo.

Según Vyrl, la longevidad de su familia era producto de los genes, los cuidados y los tratamientos de «reparación celular» que se iniciaban antes de su nacimiento. Aparentemente, los nanomédicos que había en sus cuerpos podían frenar el envejecimiento. Su padre los había recibido después de casarse con Roca pero para entonces ya era un adulto, por lo que el proceso había sido menos eficaz. Se entristeció al recordar que, aunque recibiese los mismos tratamientos que su marido, envejecería antes que él.

El hermano mayor de Vyrl, Del-Kurj, estaba sentado en otro sillón próximo al fuego, frente a su madre. Él era el que había encabezado a la familia en el patio aquel día. La mujer del cabello dorado que se encontraba a su lado era Chaniece, su gemela, más joven que él por cinco minutos. Ahora estaba sentada en una silla, a su lado. Cada uno de ellos estaba ligeramente inclinado hacia el otro, aunque Kamoj dudaba que se dieran cuenta.

El hombre con el pelo entre blanco y dorado era Shannon, el hermano menor de Vyrl. Estaba sentado en un sillón junto a Chaniece y vestía unos pantalones verdes y una camisa de cordones del mismo color. Su esbelto cuerpo parecía a punto de saltar. Con aquella cara pálida y aquellos ojos plateados a Kamoj le parecía un duende. Cuando se inclinó hacia delante su largo cabello le cayó sobre las orejas y las puntas de estas asomaron entre los mechones. Aunque Kamoj sabía que existían leyendas sobre seres con orejas puntiagudas, nunca había visto una persona que las tuviera. Hasta ahora. Pero si Shannon se sentía cohibido por sus diferencias, no daba señales de ello. De hecho, a ella le daba la impresión de que no se percataba de muchas cosas.

Denric, el hombre de rizos amarillos, era el hermano más próximo en edad a Vyrl.

Estaba sentado en una silla, de cara al fuego. En vez de ropas de Dalvador, vestía unos pantalones grises y un suéter del mismo color. La hermana de Vyrl, Aniece, la mujercita de cabello negro, se había acurrucado en un sillón cerca de su madre. Lord Rillia, su marido, estaba a su lado, relajado, con las piernas extendidas y una jarra de vino humeante en la mano. Kamoj se había asombrado al enterarse de que el robusto y afable Rillia tenía más de ochenta años. No obstante, su cabello era plateado y tenía arrugas alrededor de los ojos. Ostentaba el nombre del distrito que gobernaba, Rillia, formado por las llanuras de Dalvador y los pueblos que había en ellas, el Bosque del Cristal Tintado, las Montañas Espinales y los extensos valles de Rillia, situados al otro lado de la cordillera.

Vyrl le había contado que el cabello tinto de Del-Kurj, el rubio con tonalidades lavanda de Chaniece y los ojos violetas de todos provenían de la sangre de Rillia. Pero el padre de Vyrl había tenido también un antepasado en los Valles de la Montaña Azul, una región fría situada en el lejano norte. Su familia era una de las pocas que podía remontar su linaje hasta los ancestrales Arqueros del Valle. Sus rasgos se manifestaban en Shannon, con sus ojos plateados y su menor estatura. La altura y el color metálico de los cabellos de los demás provenía de la madre, la Faraón Presunta, una extranjera.

Ahora mismo Vyrl estaba tumbado en un sofá frente al fuego, con las largas piernas estiradas sobre el suelo de piedra azul. Al igual que todos los demás, tenía una jarra de vino caliente entre las manos. Al ver que tomaba un trago, Kamoj tuvo ganas de protestar. ¿Por qué había aceptado? Nunca debieran haberle ofrecido vino. Pero ¿cómo iban ellos a saberlo? Al Vyrl que ellos recordaban nunca le había gustado el alcohol.

Primaria Stillmorn estaba sentada al otro extremo del sofá en el que se encontraba Vyrl. Había plantado los dos pies sobre el suelo y apoyaba los codos sobre las rodillas, mientras sujetaba la jarra con las manos. *Hasta se sienta como un hombre*, pensó Kamoj. Pero puede que estuviese siendo injusta. ¿Y qué si las mujeres nunca se sentaban así en Argali? Stillmorn no provenía de Argali.

Kamoj ya no estaba segura de sus ideas sobre lo masculino y lo femenino. Vyrl no quería que nadie supiera que bailaba porque allí ningún hombre lo hacía. Y sin embargo para ella personificaba un ideal de masculinidad. Su cuerpo reaccionaba ante él. Era lujuria, sí, por mucho que la palabra la avergonzase. Sonrió. Si hubiera sido más masculino, habría tenido que arrastrarlo a la cama en aquel mismo momento.

Sin embargo, el círculo de su familia hacía que se sintiera excluida. Hasta su capacidad de captar sus sentimientos había remitido. Aquella tarde, después de una apacible celebración, le había enseñado la habitación en la que había pasado su infancia y ella se había quedado dormida en la cama. Aunque había sido amable por

su parte el dejarla dormir, se había sentido incómoda al despertar en la oscuridad. Pero ahora se sentía como una intrusa.

Cuando se disponía a marcharse, Vyrl la llamó:

—Kamoj.

Se volvió, cohibida.

—Mis saludos.

—Ven con nosotros —le dijo.

Consciente de que todos la estaban observando, cruzó la habitación hacia la chimenea. Hubiera querido estar más presentable. Tanto Vyrl como Stillmorn se habían cambiado de ropa. Con la misma ropa que había llevado durante el viaje, Kamoj temía ofrecer una mala imagen a su familia política.

Stillmorn se trasladó a uno de los sillones. Mientras Kamoj se sentaba junto a Vyrl, este la rodeó con el brazo. Su humeante bebida despedía un aroma especiado. Miró el vino y luego a él.

—Es zumo de frutas —le dijo—. No me apetecía el vino.

Ella sintió una oleada de alivio, casi física de tan intensa. Le acarició la barbilla y entonces se dio cuenta de que todo el mundo los estaba observando y se ruborizó. Tras bajar la mano, se volvió y vio que la madre de Vyrl la estaba estudiando. Kamoj ignoraba lo que Roca veía, pero temía que fueran sus defectos.

Al menos Denric estaba sonriéndole. Parecía más relajado con los extranjeros. Aparentemente era maestro de escuela en un mundo llamado Sandstorm. Con un doctorado en literatura, era la única persona de la familia aparte de Vyrl que poseía un título superior. El MEI lo había enviado de regreso a su casa durante la guerra. Ni Chaniece ni Del-Kurj parecían hostiles pero tampoco le sonreían. Shannon la observaba con mirada desenfocada, como si estuviera asomándose a otra realidad.

Kamoj nunca hubiera sospechado que Aniece tenía casi la misma edad que Vyrl. Su marido, Lord Rillia, le sonrió abiertamente, de modo parecido a como hacía con su esposa. Sin embargo, con todos los demás se mostraba reservado, lo que hacía que Kamoj sospechase que su calidez tenía que ver más con lo mucho que se parecía a aquella esposa a la que obviamente adoraba que a cualquier cosa que ella hubiera hecho. Se preguntó si tendrían para él otro nombre aparte del de Rillia, su provincia. Aunque tampoco estaba segura de que la gente de Lyshriol tuviera provincias. Su sistema de gobierno parecía bastante informal.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Vyrl.

—Sí. —Kamoj levantó la mirada... y él la besó.

La madre de Vyrl profirió una carcajada áspera.

—Vyrl, ¿crees que podrías dejarla el tiempo suficiente para que terminemos con esto?

Vyrl levantó la cabeza y entonces, al darse cuenta de lo que había estado

haciendo, enrojeció.

—Sí, por supuesto. —Soltó a Kamoj y tomó un largo trago de su zumo caliente.

Rillia se recostó en su asiento.

—No es de extrañar que parezcas distraído con una esposa tan encantadora.

Del-Kurj se dirigió a Kamoj.

—Me sorprende que Hamilton Ashman te haya incluido en una operación especial.

—Kamoj no es la única a la que no quería en la misión. —Vyrl lanzó una mirada a su madre—. No sé cómo podéis aguantarlo.

Roca lo observó con sus ojos dorados.

—Es un brillante líder militar, Vyrl. Y también sabe cuándo debe dejar de luchar y buscar otras soluciones.

—Cierto —dijo Vyrl—. Y también es insufrible.

Roca sonrió... y eso cambió su semblante. Ya no era una diosa esculpida de perfección intimidante. De repente mostraba una calidez franca que Kamoj sospechaba que reservaba solo para su familia.

—Hamilton y tú sois opuestos —dijo—. Él es la lógica, la organización, la precisión, el análisis. Tú eres el arte, la luz, la emoción, el fuego. No es de extrañar que choquéis.

—Es una molestia constante —gruñó Vyrl.

Del-Kurj se inclinó hacia delante.

—Esa «molestia» es la que ha planeado toda la misión y te ha devuelto aquí. No estaría de más que trataras de recordarlo.

Vyrl frunció el ceño.

—No estaría de más que tú procuraras dejar de ser otra molestia.

—Chicos —dijo Roca.

Vyrl le dirigió una mirada exasperada.

—Madre, dejé de ser un niño hace cincuenta años.

Chaniece sonrió a su hermano.

—Es un caso perdido, Vyrl. Nunca olvidará que fuimos sus bebés.

—Ah, bueno. —Roca se sentaba relajada en su asiento, con la sombra de una sonrisa en los labios. Kamoj sentía el orgullo que le inspiraba su familia, el amor por la dinastía que había engendrado. Fluía a su alrededor como una poderosa y profunda corriente.

Era evidente que Vyrl no les había contado lo que había ocurrido en el ataúd. Aquello decía mucho sobre su marido: a pesar del resentimiento que sentía hacia Ashman, comprendía las razones del general. Al mirar a Roca, no le cupo la menor duda de que si Vyrl revelaba la verdad, el general no tardaría en perder su rango. *No es de extrañar que no pueda captar sus emociones.* Vyrl había escudado sus

pensamientos para proteger a Ashman. De modo que Kamoj hizo lo propio con los suyos.

Roca estaba repasando el plan que habían discutido antes, mientras Kamoj dormía.

—Deberíamos partir al amanecer. Si cada uno visita varias aldeas, cubriremos más terreno. No pasará mucho tiempo antes de que los Aliados descubran que pasa algo.

—Si todo marcha bien —dijo Stillmorn—, nuestro equipo de comunicaciones estará transmitiendo para entonces. Si alguien trata de detenernos, todo el espacio civilizado lo sabrá. Son casi tres trillones de personas.

Denric apoyó el codo sobre el brazo de su asiento.

—Sería más efectivo si Vyrl pudiera hablar en persona en más lugares. Él es el que corre los riesgos. Eso le haría parecer un héroe. Así se reforzarían sus argumentos.

Del-Kurj bufó.

—¿Vyrl un héroe?

—Venga, sigue con al baile, Del —dijo Vyrl.

—Ese es tu punto fuerte —replicó Del-Kurj.

—Del, ¿qué ocurre? —preguntó Roca—. Estás tan tenso como un resorte.

Su hijo se limitó a sacudir la cabeza. Fue Chaniece quien respondió.

—Los Aliados quieren que regrese con ellos a la Tierra.

Stillmorn se puso tensa.

—¿Han amenazado con utilizar la fuerza?

Del-Kurj esbozó una sonrisa seca.

—Algo más efectivo.

—Les gusta cómo canta —dijo Chaniece—. Mac Tyler insiste en que hará a Del «rico y famoso, como una estrella». Sea lo que sea.

—¿Le llaman cantar a esos ruidos que haces? —preguntó Vyrl.

Del-Kurj le lanzó una mirada fría.

—Mejor eso que bailar.

—Oh, parad ya los dos —dijo Aniece.

Roca se dirigió a él.

—¿No te parece extraña esta oferta?

—No creo que haya nada extraño en que alguien quiera oírme cantar.

—Yo sí —musitó Vyrl.

—No me cabe la menor duda de que serías un éxito —dijo Roca a Del-Kurj—. Eres un vocalista mucho mejor que los cantantes que suelen escuchar los soldados. Pero no me refiero a eso. Piensa por qué te lo están ofreciendo precisamente ahora.

—Sí, la razón es obvia. Y no, no soy tan estúpido como para permitir que nos

dividan. —Miró de soslayo a Vyrl—. Digan lo que digan los miembros «más instruidos» de esta familia.

—Yo nunca he dicho que fueras estúpido —dijo Vyrl.

—Es un viejo truco —dijo Lord Rillia—. Divide a tus enemigos y destruye su moral. Así habrás ganado la mitad de la batalla.

Stillmorn intervino:

—Lo que lo convierte en nuestra mejor arma. Tenemos que conseguir el apoyo de la opinión pública para nuestra causa.

Roca se dirigió a Vyrl.

—Tu matrimonio nos ayudará.

Él se puso tenso.

—¿Por qué lo dices?

—Me sorprende que preguntes —Rillia sonrió a Kamoj—. Tienes una preciosa y joven esposa, un amor forjado en medio de la profundidad de tu dolor por las pérdidas sufridas por tu familia. Muy romántico. Muy heroico. Una gran publicidad.

—Prefiero mantener nuestras vidas privadas fuera de esto —dijo Vyrl.

—¿Por qué? —preguntó Roca—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada —dijo Vyrl.

—¿Nada?

Él se agitó en el sofá, incómodo.

—Nada que haya que discutir.

Su madre no lo dejó estar.

—¿Estás seguro?

Vyrl guardó silencio por algún tiempo. Entonces dijo:

—Preferiría que Kamoj no se viera involucrada. Ya ha sufrido bastante.

Aunque Kamoj apreciaba la preocupación de Vyrl, sabía que tenía que hablar. Se dirigió a Roca:

—Cuando Vyrl y yo nos casamos, un líder de mi pueblo trató de impedirlo. Él y yo habíamos estado prometidos. Anuló mi fusión con Vyrl y firmó en mi nombre un nuevo contrato. Eso provocó un enfrentamiento. El gobernador Ponteferro, mi antiguo prometido, ha presentado cargos contra Vyrl ante vuestras autoridades civiles.

—Dioses. —Denric miró fijamente a su hermano—. ¿Pero en qué te has metido?

Roca se había quedado muy quieta.

—¿Cuáles son los cargos contra ti? —preguntó a Vyrl.

Este contestó con voz tensa.

—Asalto y coerción contra Kamoj y abuso de la soberanía cultural de su pueblo. En esencia, asegura que violé tanto a Kamoj como a su planeta.

Roca irguió los hombros.

—Me cuesta creerlo.

—Los cargos son patrañas —dijo Kamoj.

—Entonces ese tal Ponteferro perderá el caso. —El tono de voz de Roca sugería que si fuera por ella, Ponteferro perdería mucho más.

—Eso no supone ninguna diferencia —dijo Vyrl—. Si el caso llega a los tribunales, será un desastre, al margen del veredicto y, además, podría ganar en el asunto de la soberanía cultural.

Rillia se inclinó hacia delante.

—Si esto sale a la luz, podría destruir lo que estamos tratando de hacer.

Denric, el maestro que había vivido en otro mundo, dijo:

—La noticia sobre un escándalo en el que esté implicada nuestra familia llegará a todas partes. ¿Cómo podemos acusar a los Aliados de abusar de la soberanía cultural de Lyshriol y presentarnos como la parte agraviada, cuando Vyrl es acusado de lo mismo en otra parte? Dioses, Vyrl, La cosa es aún peor. Estás aquí con Kamoj. Alguien podría pensar que la has traído contra su voluntad.

—Soy consciente de lo que parece —dijo Vyrl con voz tensa.

—Puede que el caso nunca llegue a los tribunales —dijo Stillmorn.

—Yo he presentado cargos contra Jax Ponteferro —dijo Kamoj—. Solo los retiraré si él retira antes los cargos contra Vyrl. —El mero hecho de pronunciar aquellas palabras se le antojaba un crimen, el quebrantamiento de una tácita ley que Jax y ella habían escrito a lo largo de los años.

—¿Qué cargos? —preguntó Roca.

—Madre. —Vyrl habló con voz contenida—. Déjalo estar.

Kamoj lo miró de soslayo.

—Está bien. Tiene que saberlo.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Asintió, mucho menos segura de lo que pretendía fingir pero consciente de que era necesario. Se volvió hacia Roca y se obligó a hablar:

—Los cargos contra Jax son por secuestro, chantaje, asalto con agravantes y violación.

—Dioses —dijo Roca—. ¿Y son ciertos?

Kamoj tragó saliva.

—Sí, señora.

—Tenemos pruebas —dijo Stillmorn.

Roca habló a Kamoj con voz suave:

—Entonces te ruego que aceptes mis disculpas por haberte causado tanto dolor en nuestro primer encuentro.

Un murmullo de asentimiento se extendió entre todos los demás. Entonces, Del-Kurj dijo:

—Vyrl, no me explico cómo podría alguien realizar esas acusaciones contra ti.

Puede que seas una permanente molestia, pero en todo caso eres una molestia notablemente decente.

Vyrl se volvió hacia él con la mirada entornada.

—No sé si tomármelo como un insulto o un cumplido.

Los labios de Chaniece se alzaron en una sonrisilla.

—Viniendo de Del, como un cumplido.

—Tiene razón —dijo Aniece a Vyrl—. No es propio de ti verte involucrado con la justicia.

Al cabo de una pausa, Vyrl dijo:

—Cuando la gente sufre, no actúa como siempre.

Con voz suave, Roca dijo:

—No, no lo hace.

Nadie más habló. Kamoj sentía su congoja, profunda y silenciosa como un mar. Deseó que Vyrl pudiera compartirlo todo con su familia y gozar de su consuelo. Pero entendía las razones por las que guardaba silencio. En aquel momento su familia tenía que confiar en Ashman.

—Lo que no entiendo —dijo Roca— es por qué Hamilton no ha echado tierra sobre el asunto.

Denric habló con tono irónico:

—¿Estás sugiriendo que el MEI debería interferir con el proceso de la ley?

—¿Qué ley? —inquirió Roca—. Esos cargos son un fraude. Hamilton debería haber impedido que fueran presentados y ya que no lo ha conseguido, debería al menos impedir que el caso se investigara.

Vyrl replicó con voz cansada.

—Lo que estás sugiriendo no es legal. —Levantó la mano al ver que ella empezaba a decir algo—. Antes de que empecemos a debatir sobre cuestiones de legalidad, debes saber que sí que trató de ocultarlo.

—¿Qué se lo impidió? —preguntó Roca.

—Yo. Era eso o la vida de Kamoj.

Roca suspiró.

—Menudo embrollo.

Stillmorn habló:

—Después de que el caso pasara a las autoridades civiles, hicimos lo que pudimos para entorpecer los procedimientos. Pero cada vez que empezábamos a presionar, la gente hacía preguntas. No podíamos arriesgarnos a comprometer la seguridad de la operación.

—Así que lo que me estáis diciendo —dijo Roca— es que ni siquiera sabéis si el caso se ha hecho público.

—Así es, señora —dijo Stillmorn—. El general Ashman nos aconsejó que

asumiéramos que no era público. Nuestro enlace con la *Ascensión* es de una sola dirección, así que no lo sabremos con seguridad hasta que todo haya terminado.

Por vez primera, Shannon tomó la palabra:

—A menos que ella despierte al durmiente.

Todo el mundo se volvió hacia él, perplejo. Kamoj sospechaba que algunos de ellos habían olvidado que estaba escuchando. Según le habían contado, se había escapado de casa a los dieciséis años y había pasado casi toda su vida en los Valles de la Montaña Azul. Aunque la grieta que lo había separado de la familia se había cerrado mucho tiempo atrás, ella tenía la impresión de que aquel prolongado período de aislamiento lo había convertido en un enigma para los demás.

Finalmente, Denric dijo:

—¿El qué?

—Ella oye al durmiente —dijo Shannon.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aniece.

Shannon se dirigió a Vyrl.

—Habría con cualquiera de nosotros. Pero te quiere a ti —señaló a Vyrl—. Por ella. Por su resonancia. El código ancestral de sus genes reconoce lo que nosotros hemos perdido. A través de ella, puede encontrarte a ti.

Del-Kurj bufó.

—Shannon, esta noche estás alucinando más que de costumbre.

Shannon lo miró de soslayo.

—Yo nunca he alucinado. A menos que puedas decir lo mismo, cosa que dudo, sugiero que dejes de lado los insultos.

Del-Kurj se puso tenso pero no dijo nada. Kamoj no creía que los demás estuviesen verdaderamente enfadados. Sentía sobre todo la tensión de Stillmorn: ¿cómo podía Shannon saber lo que ella había descubierto bajo el Bosque de Cristal Tintado?

—Ha sido un día agotador —dijo Stillmorn—. Quizá deberíamos retirarnos para poder empezar a trabajar a primera hora de la mañana.

En otras palabras, pensó Kamoj, que quieres interrogar a Shannon en privado. Pero aún faltaba mucho hasta la hora de acostarse. Cuando ella había despertado aquella noche, se estaba poniendo el sol. Vyrl decía que allí el día y la noche duraban lo mismo, de modo que les quedaban aún treinta horas hasta el alba, siempre que Lyshriol tuviera días de sesenta horas.

Pero ¿por qué iba a ser así? Tantas cosas eran diferentes que no veía por qué razón iban las noches a durar lo mismo que en Balumil. Quizá el comentario de Stillmorn tuviera más sentido de lo que había creído en un principio.

Roca miró a Primaria. Su mirada pasó un instante a Kamoj y luego a Vyrl. Entonces se volvió hacia Shannon.

—¿Qué es lo que quiere hablar con nosotros?

—El durmiente —respondió su hijo.

—¿Qué durmiente?

—El que hay debajo del mundo.

—Shannon. —Su voz se dulcificó para suavizar la reprimenda—. Eso no tiene sentido.

—¿Alguna vez lo tiene algo de lo que dice? —preguntó Del-Kurj. Al ver que Shannon alzaba las cejas, añadió—: Bueno, no te haces entender.

—El que duerme debajo del mundo —dijo Shannon—. No sé cómo decirlo de otra manera.

—¿Crees que alguien está durmiendo debajo del suelo? —preguntó Rillia—. ¿Y quiere hablar con Vyrl y Kamoj?

—No. —La mirada de Shannon se tomó distante de nuevo—. ¿No lo sentís? A nuestro alrededor. Durmiendo. —Enfocó la mirada sobre Kamoj—. Hoy has estado a punto de despertarlo.

—Lo siento —dijo ella—. No sé lo que quieres decir.

—Eso sí que es tacto —dijo Del-Kurj—. Mucho mejor que: «¿Vyrl es que todos tus hermanos están locos?».

—Del. —Chaniece le puso una mano en el hombro—. Ya es suficiente.

Para sorpresa de Kamoj, el rostro de Del-Kurj se relajó. Puso una mano sobre la de ella por un momento y a continuación se recostó en su asiento.

Roca tomó un sorbito de vino especiado.

—Shannon, ¿estás diciendo que has sentido cómo Kamoj despertaba a alguien hoy?

—O a algo —dijo Shannon.

Roca se volvió hacia Kamoj.

—¿Lo hiciste?

—No sé a qué os referís. —Kamoj hubiera querido que Stillmorn le permitiera hablar de ello. No le gustaba contestar con evasivas.

Roca enfocó su penetrante inteligencia sobre Stillmorn.

—¿Lo hizo?

Primaria aguantó su mirada.

—No lo sé, señora.

—Discúlpame, abuelo. —Una voz inesperada sonó desde el fondo de la habitación.

Todos se volvieron. Uno de los nietos de Vyrl, un adolescente de cabello rubio, estaba de pie en la entrada.

—¿Sí? —preguntó Vyrl—. ¿Qué ocurre, Gari?

—Un oficial Aliado está aquí —dijo Gari—. Trae una escolta de soldados. —Su

voz estaba llena de aprensión—. Quieren hablar con Lady Roca.
Vyrl profirió una imprecación mientras se ponía en pie.
—Deben de haber descubierto que estamos aquí.

Operador de proyección

Stillmorn se puso en pie.

—Es poco probable. Si nos hubieran detectado o hubieran encontrado nuestra nave, no nos habrían dado ninguna advertencia. —Se volvió hacia Roca—. Pero deberíamos escondernos.

Roca se levantó y señaló un discreto arco que había junto a la chimenea.

—Desde aquella alcoba podréis escuchar todo lo que digamos.

—No podemos correr el riesgo de quedar atrapados —dijo Stillmorn—. Puede que necesitemos salir de la casa.

—La alcoba tiene una puerta que da al sótano —dijo Roca—. Desde allí se puede acceder a los túneles que discurren por debajo de la aldea.

—Yo puedo guiaros —dijo Vyrl—. Cuando era niño jugábamos allí.

Cuatro Jagernautas se materializaron de las sombras, sobresaltando a Kamoj. Ni siquiera se había percatado de que estuvieran allí. Fueron con Vyrl, Stillmorn y ella a la oscura alcoba. Mientras Vyrl se arrodillaba y apartaba una alfombra, Kamoj preguntó a Primaria en voz baja:

—¿Dónde están los demás Jagernautas?

—En la casa. Montando guardia. —Su rostro brillaba de satisfacción—. Desaparecerán como la neblina bajo el sol del mediodía si cualquier soldado de la Tierra se aproxima.

Vyrl levantó una trampilla que había en el suelo y reveló un agujero cuadrado. Una escalera se hundía en la oscuridad, mientras penetraban en las heladas sombras, uno detrás de otro, escucharon el ruido sordo de unas botas en la Sala del Hogar. Unas voces se arrastraron hasta ellos.

—Es un honor estar en vuestra presencia, Faraón Roca. —El hombre hablaba un iótico con mucho acento y cadencia formal.

Kamoj, Vyrl y los Jagernautas se reunieron en la base de la escalerilla y escucharon.

Roca contestó con voz fría.

—Aún no soy Faraón, coronel Shipper. Hasta que la muerte de mi hermana se verifique, sigo siendo Faraón Presunta. —Con voz engañosamente suave, añadió—: ¿O acaso está usted sugiriendo que mi hermana está muerta?

Kamoj se encogió, feliz por no encontrarse ahora frente a ella.

—Os ruego que me disculpéis si os he ofendido —dijo el hombre—. Os honro tanto a vos como a vuestra hermana, la Faraón Diana. —Su voz mostraba la proporción justa de deferencia y autoridad para indicar que la respetaba pero que era él quien controlaba la situación. No tenía la menor intención de ofender a la madre de Vyrll; por el contrario, Kamoj sentía que la respetaba y temía. Pero sabía quién era allí el prisionero y quién el carcelero.

—Lord Rillia, vos también nos honráis con vuestra presencia. —Las frases de Shipper sonaban a ritual y protocolo establecido.

—Por supuesto. —A juzgar por su tono de voz, él no se sentía honrado en absoluto.

—¿Qué le trae a mi casa? —preguntó Roca.

Se oyó el crujido de un pergamino. Kamoj estaba perpleja. Los extranjeros tenían computadoras de bolsillo, consolas, incluso aparatos en sus cuerpos que les permitían grabar las cosas. ¿Para qué iban a necesitar un códice? Sin embargo, todo aquello tenía un marcado carácter ritual, como el pergamino con el contrato que habían utilizado durante su ceremonia de boda en Balumil.

—¿Es una broma? —preguntó Roca.

—No, señora —dijo Shipper.

—Mi respuesta es no. —La voz de Roca era como el hielo.

—Señora, lo siento. —El coronel Shipper parecía incómodo—. Pero no tenéis elección.

—¿Elección? —preguntó Aniece—. ¿Qué ocurre?

—Quieren llevarnos a Del-Kurj y a mí a la Tierra —dijo Roca.

—Al infierno —explotó Del-Kurj—. ¿Qué es lo que les pasa a ustedes? Nuestro padre apenas lleva unos meses muerto.

—Vamos a trasladarlos a un lugar más seguro —dijo Shipper.

Una voz desconocida de mujer intervino. Aparentemente se trataba de otra oficial de los MAT.

—Ordenaremos que os hagan el equipaje, Vuestra Alteza.

—No pienso marcharme —dijo Roca.

—Ni yo —dijo Del-Kurj.

Shipper respiró hondo.

—Por favor, no nos obliguen a recurrir a la fuerza.

Primaria Stillmorn formó la palabra *Entreténganlos* con los labios. Kamoj sintió una presión en la mente, como si la Jagernauta estuviera tratando de enviarles ese mensaje a Roca y los demás.

—Ninguno de nosotros va a ninguna parte —dijo Lord Rillia—. Si utilizan la fuerza, estarán violando sus propias leyes.

—Existen precedentes —dijo Shipper— para el traslado de dignatarios bajo

custodia cuando es imprescindible para garantizar su protección.

—¿Protección contra quién? —le preguntó Del-Kurj—. Son ustedes los que nos tienen prisioneros.

—No permitiremos que se los lleven —dijo Rillia.

—Si alguien interfiere —replicó la mujer de los MAT—, tendremos que detenerle.

—Nos atacan en nuestra propia casa, ¿es eso? —preguntó Denric.

Shipper habló con voz comedida.

—Profesor Valdoria, no tenemos intención de hacer daño a ningún miembro de su familia. Pero no podemos ignorar nuestras órdenes. La nave sale para la Tierra dentro de una hora.

—Aún estamos de luto —dijo Denric, cosa que a Kamoj se le antojó una afirmación bastante extraña, habida cuenta de que todos lo sabían.

En la oscuridad en la que se encontraban, Primaria Stillmorn lanzó una mirada a un Jagernauta y cuando este asintió Kamoj entendió entonces. Estaban tratando de grabar la conversación. Si la escena aparecía en las noticias, podía tener un efecto explosivo.

—¿Qué harán si nos negamos? —preguntó Roca—. ¿Dispararnos?

La mujer respondió:

—Solo si es necesario, Vuestra Alteza. Los sedantes no os harán ningún daño.

—No pueden hacerlo —dijo Del-Kurj.

—Me temo que sí —respondió Shipper.

—Tendrán que dispararnos a todos. —La dulce voz de Aniece la hacía parecer más vulnerable.

—No —dijo Roca—. No quiero que ningún miembro de mi familia sea herido por esta gente.

Shipper se apresuró a intervenir:

—Vuestra Alteza, tened por seguro que no deseamos hacerle daño a nadie.

—¿Por qué ahora? —preguntó Roca—. Apenas han pasado unos meses desde el fallecimiento de mi marido.

La mujer de los MAT respondió:

—Esta tarde hemos detectado una perturbación en Dalvador que involucra a su familia.

Roca emitió un sonido de incredulidad.

—¿Nos van a arrancar a Del-Kurj y a mí de nuestros seres queridos porque mis nietos han celebrado una fiesta?

—Lo siento muchísimo, señora —dijo la mujer—. Pero esas son nuestras órdenes.

—¡No pueden llevarse a Del! —dijo Chaniece—. ¿Y los niños?

Kamoj pestañeó. ¿Niños? ¿Qué niños?

La voz de Del-Kurj se suavizó:

—Cuida de ellos, Chani. Me despediré antes de partir.

Kamoj no se había dado cuenta de que Del-Kurj tenía hijos. O puede que fueran de Chaniece. En cualquier caso, si lograba prolongar la despedida lo bastante, puede que los Jagernautas consiguieran enviar un mensaje del MEI a los miembros de la familia en la Tierra.

—Me temo que no hay tiempo para hablar con nadie —dijo Shipper—. Lo siento. Stillmorn formó con los labios la palabra *Maldición*.

La conversación se prolongó en tonos bajos y corteses que no conseguían ocultar su naturaleza hostil. Pero el desenlace estaba claro desde el momento mismo en que los soldados habían puesto el pie en la casa.

Roca y Del-Kurj se marcharon con ellos.

—Deben de saber algo —dijo Vyrl. Todos ellos estaban de pie junto a la chimenea. Los Jagernautas permanecían discretamente apartados, en silencio.

Stillmorn sacudió la cabeza.

—Si sospecharan de nuestra presencia, habrían registrado la casa más concienzudamente.

Kamoj se frotó los brazos. Tenía frío. No se había percatado de que nadie hubiera registrado la casa.

Stillmorn se volvió hacia un Jagernauta que se encontraba cerca de ellos.

—¿Qué tal han salido las grabaciones?

—El sonido es de buena calidad —dijo—. Estamos trabajando en la imagen. Pero tienen aparatos de interferencia por toda la casa. Estamos tratando de filtrar el ruido.

Stillmorn asintió y a continuación se volvió hacia Vyrl.

—Si conseguimos una buena grabación, esta escena nos vendrá que ni pintada para nuestros planes.

—¿A qué precio? —Lanzó una mirada de soslayo a Chaniece. Se había acurrucado en el sofá con los brazos alrededor del torso.

Shannon se sentó a su lado.

—No le pasará nada.

Chaniece miraba fijamente el fuego.

—Estar separados... es como que te partan por la mitad.

Aniece se sentó al otro lado.

—Nosotros nos quedaremos con los niños y contigo. Todo irá bien.

Kamoj sentía la desolación de Chaniece. Del-Kurj y ella eran gemelos. Gemelos Rhon. Dos partes de una misma mente. Por lo que parecía, Chaniece cuidaba también de los hijos de Del o viceversa. ¿Era viudo alguno de ellos? Kamoj pensó en el joven

de anchos hombros y el niño que había visto en el patio.

La congoja se posó a su alrededor como una capa. Nunca había visto el precio que imponía la guerra cuando las batallas habían terminado. La gente como Chaniece y Vyrl pagaba este precio sin siquiera empuñar un arma.

Los nichos de la pared contenían lámparas con forma de llamas, que iluminaban de forma tenue el salón de piedra del segundo piso del hogar ancestral de los Valdoria. Kamoj caminaba por él con los pies desnudos. La túnica blanca y suelta que Aniece le había dado se arremolinaba alrededor de sus tobillos. Había disfrutado del lujo de los baños, aún más asombrosos que los que Vyrl había instalado en el Palacio de Cuarzo. Ahora regresaba al cuarto de Vyrl, el mismo en el que había dormido durante toda su infancia.

Unas lágrimas apagadas llegaron hasta sus oídos desde una sala situada a la derecha. Vaciló. Como recién llegada que era, no quería entrometerse. Pero el sonido de las lágrimas le hacía un nudo en el estómago. Lo siguió hasta una alcoba muy parecida a aquella en la se habían escondido mientras los soldados irrumpían en la casa. Se asomó a la oscuridad. Podía distinguir la silueta de una persona sentada al otro lado de la habitación. Los sollozos sonaban a niño pero la forma era de adulto.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó.

Los sollozos cesaron. Después de una breve pausa, habló un hombre, con voz profunda y retumbante, parecida a la de Del-Kurj pero sin su tosquedad.

—¿Quién es?

—Soy Kamoj. La mujer de Vyrl.

—¿La dama que se parece a la tía Aniece?

Kamoj titubeó. Tenía la voz de un adulto pero hablaba como un niño.

—Sí. Exacto.

—Bueno. Puedes pasar.

Kamoj entró en la alcoba. La sombra adoptó la forma del joven de buen porte que había visto en el patio. Se sentó a su lado en el banco.

—¿Echas de menos a Del-Kurj?

Él asintió con sinceridad.

—Hoshpa nunca se marcha.

—¿Hoshpa?

—Padre.

—¿Del-Kurj es tu padre?

—Sí. —Se pasó la mano por la mejilla—. No le digas a nadie que estaba llorando, por favor. No quiero que Hoshma se preocupe.

—¿Hoshma? ¿Tu madre?

—Sí.

—No sabía que la esposa de tu padre estuviera en casa.

—¿Esposa? —Parecía confundido—. ¿Qué?

Kamoj tuvo la impresión de que había cometido un embarazoso error. Nadie le había dicho que Del-Kurj estuviera casado con la mujer que había tenido sus hijos.

—¿Y tu madre?

—Ya la conoces.

—¿De veras?

—Sí, te la presentaron en la Sala del Hogar.

¿Quién podía ser? Solo se le ocurría una candidata. Ni en cien Años largos lo hubiera supuesto.

—¿Te refieres a Primaria Stillmorn?

—¿Quién?

—La mujer de uniforme.

—No, la Jagernauta no.

De repente lo comprendió.

—Dulce Airys.

—¿Qué has dicho?

Kamoj aspiró profundamente.

—Chaniece es tu madre.

—Mi Hoshma. Sí.

Ahora empezaba a sospechar por qué el hombre hablaba como un niño. Después de tantos años trabajando con los ciervos cristazures y sus hembras, conocía los problemas que podía provocar la endogamia.

—Siento que tu padre tuviera que marcharse.

—¿Delson? —un niño desde la entrada—. ¿Estás ahí?

—Sí. —El hombre, Delson según parecía, sonrió en la oscuridad—. Ven a conocer a la nueva esposa del tío Vyrl.

El niño de diez años al que Kamoj había visto en el patio entró en la alcoba, despidiendo suspicacia por todos los poros.

—Se supone que no deberías molestar a Delson —dijo, con tono acusador.

—Es muy simpática, Jaqui —dijo Delson.

Jaqui se sentó entre los dos. La poca luz de las lámparas que se insinuaba hasta allí bastaba para revelar su expresión. Protectora. No quería que le hiciera daño a Delson.

Kamoj habló con voz suave.

—¿Sois hermanos, Jaqui?

El niño no dijo nada.

—Os parecéis un montón —continuó ella.

Jaqui la observó un instante. Entonces pareció tomar una decisión.

—El tío Kelric murió en la guerra hace veinte años. Bueno, eso pensaron todos. En realidad no estaba muerto. Solo que nadie lo sabía. La abuela y el abuelo no podían hacer más prisiones Rhon. Así que la Asamblea dijo que papá y mamá tenían que hacernos a nosotros.

Kamoj se lo quedó mirando. Hasta entonces no había comprendido del todo lo que Vyrl había querido decir cuando le había contado que la Asamblea Imperial había presionado a su familia para que se reprodujera. Quería decir, *no tenían derecho*. En vez de ello, dijo con voz suave:

—Siento que tu padre haya tenido que marcharse.

—Siempre han querido llevárselo —dijo Jaqui.

—¿Sabes por qué?

—Ahora que el abuelo ha muerto, él es el mayor. —Se interrumpió y Kamoj sintió el dolor que le había causado la muerte del abuelo al que amaba—. El tío Eldrin es el mayor de nuestros tíos pero está prisionero en alguna parte. El tío Althor era el siguiente... —Le falló la voz—. Pero murió en la guerra. Hoshpa es el siguiente. Por eso es importante.

—El tío Vyrl arreglará las cosas, ¿a que sí? —dijo Delson.

—Así lo espero —murmuró Kamoj. Había mucho que arreglar. No sabía cómo podrían sanar alguna vez las heridas que la guerra había infligido a la familia de Vyrl.

—Tengo un chip —dijo Delson de improviso—. Dice que es hora de irme a la cama.

—¿Un chip? —preguntó Kamoj—. ¿Qué quiere decir?

—Un implante informático —le explicó Jaqui—. Le ayuda a pensar.

—Ahora puedo contar hasta seis —dijo Delson.

—Eso está muy bien —dijo Kamoj. Había hecho que le doliera el corazón. Si era tan torpe con la inteligencia aumentada, ¿cómo habría sido su vida sin la ayuda de la tecnología? Alguien debería estrangular a los miembros de la Asamblea Imperial.

—Algún día aprenderé a restar —dijo Delson con orgullo.

—Estoy segura de que sí —dijo Kamoj.

El muchacho sonrió.

—Me gustas.

—¿Del? —La voz de Chaniece llegó desde la entrada—. ¿Está Jaqui contigo?

—Estoy aquí, Hoshma. —El niño fue con su madre—. Estamos hablando con la esposa del tío Vyrl.

Chaniece dirigió a Kamoj una larga y silenciosa mirada. A continuación se volvió hacia sus hijos, cariñosa pero firme.

—Vamos. Tenéis que iros a la cama.

—Pero si no estoy cansado —protestó Delson.

—Lo sé —dijo su madre—. Pero tienes que hacerlo.

—No quiero.

—Vamos —repitió con voz suave.

Delson suspiró. A continuación se levantó, mucho más alto que cualquiera de los presentes.

Kamoj acompañó a los niños. Chaniece y ella caminaron juntas por el salón pero ninguna dijo palabra. Cuando llegaron al vestíbulo principal, sin embargo, Chaniece se volvió hacia ella.

—Gracias. Por consolarlos.

Kamoj esbozó una sonrisa.

—Son unos niños estupendos.

—Sí. —Su voz estaba llena de dolor—. Mis preciosos hijos. —Entonces siguió su camino y se marchó con sus hijos por el vestíbulo.

El espacioso dormitorio estaba a oscuras. Vyrl se había quedado dormido en la gran cama con dosel. Kamoj tiritó mientras caminaba sobre el suelo de piedra. La alfombra que había debajo de la cama le calentó los pies. Se subió a ella y se acurrucó contra Vyrl en busca de su calor. Medio dormido, él la atrajo a sus brazos. La acarició con la confianza soñolienta de un marido que ha olvidado que su esposa tiene miedo de hacer el amor con él.

Kamoj trató de relajarse. *Ya va siendo hora*, pensó. Y en efecto, conforme el beso de Vyrl se hacía más profundo, su mente se fue perdiendo en la neblina que se apoderaba de su mente cuando hacían el amor. Él le quitó el camisón y lo arrojó a un lado. Voló como un fantasma por el aire y fue a caer en algún lugar perdido en las sombras. La camisa de Vyrl lo siguió. Entonces se abrazaron, la suave piel de ella contra los marcados músculos de él.

Pero cuando la hizo rodar sobre su espalda, Kamoj se quedó paralizada, sacudida por un repentino recuerdo en el que veía a Jax mientras la forzaba.

Vyrl levantó la cabeza.

—¿Kamoj? —Ahora estaba más despierto.

Ella apoyó la mano contra su pecho, incapaz de hablar. Las dolorosas palabras serían intrusas en aquel lugar, su lecho. En su lugar, trató de abrirle su mente, de dejar que supiera que lo quería, pero que se sentía aplastada.

Vyrl le acarició la mejilla con las yemas de los dedos. Entonces rodó sobre su espalda y la atrajo hacia sí. Sin el peso de su cuerpo encima de él, la sensación de estar atrapada desapareció. La luz violeta de la luna entraba por las altas ventanas del otro lado del cuarto. Teñía de plata el cabello de Vyrl, caído sobre las almohadas y convertía sus ojos en grandes y oscuros estanques.

—Hay un poema en las Tierras Septentrionales —le dijo—. Así como Akabal, espíritu de la noche, cubre el firmamento de inigualable esplendor con su cabello

teñido de luz, tú, mi amor, vienes a mí en las dulces y sensuales horas de su reinado.

Vyrl esbozó una sonrisa soñolienta.

—Gracias.

Apoyada contra su costado, volvió a intentarlo, deslizando esta vez la pierna sobre la de él. Vyrl la acarició con la ternura que le prestaba su experiencia y le concedió el tiempo que necesitaba. Mientras se relajaba, la colocó encima de su cuerpo y la besó como si fuera un tesoro para él.

Así que al fin se amaron juntos y llenaron de ternura los espacios vacíos de sus corazones.

Amanecer

Arco iris etéreo

La luz caía sobre Kamoj. Adormecida, se frotó los ojos. No era posible que hubiera dormido toda la noche. Se quitó el edredón y salió de la cama, mientras Vyrl seguía roncando boca abajo. Colocó las almohadas de modo que la luz no lo molestase.

Después de recoger la túnica del suelo, se la puso y se dirigió al asiento de la ventana, un nicho hundido con altos ventanales. Un banco cubierto con cojines azules rodeaba el hueco. Se tumbó sobre los cojines y contempló la vista. El hogar de Vyrl era una maravilla inagotable.

El amanecer había vuelto el cielo de color violeta. Las llanuras de Dalvador se extendían en todas direcciones como un mar cubierto de pompas. Hacia el norte, las Montañas Espinales se alzaban en una sucesión de picos afilados y retorcidos, severos contra el firmamento. Hacia el este, los soles se encontraban a media altura sobre el horizonte, el más pequeño eclipsado por el mayor, ambos colosales e hirvientes, tiñendo el mundo de escarlata, envueltos en sendos halos.

La serenidad del paisaje confortaba a Kamoj. Las brisas rizaban las llanuras y la tierra estaba cubierta de sombras que alternaban con alargadas franjas de luz. Los soles se habían movido ya muy por encima del horizonte. Otra maravilla. Jul nunca salía tan deprisa.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo Vyrl.

Sobresaltada, Kamoj se volvió. Con su túnica azul, su marido tenía un aire exótico, lo bastante parecido al de un hombre de Balumil para subrayar aún más las diferencias. Se sentó tras ella y la atrajo a sus brazos, con la espalda de ella contra su pecho.

Satisfecha, Kamoj se volvió hacia el amanecer.

—Es precioso. Pero muy rápido. ¿Qué le ha pasado al resto de la noche?

—Aquí los días solo tienen veintiocho horas.

—¿Y las noches?

—Me refería a todo, tanto el día como la noche.

Ella sonrió.

—Te burlas de mí.

—De veras. Los ingenieros lo establecieron así.

Qué elección más curiosa.

—¿Por qué veintiocho?

—Puede que porque se ajusta al ciclo natural del sueño en los seres humanos.

—¿Eso es lo que duran los días en la Tierra?

—En realidad, no. Duran veinticuatro horas. —Vyrl se movió para que ella estuviera más cómoda, encajada entre sus dos piernas que estiraba a lo largo del banco—. Por alguna razón los humanos suelen preferir un día más largo que el del planeta en el que evolucionamos.

A Kamoj le costaba pensar que un día de veinticuatro horas fuera «largo».

—¿Son estos soles como los de la Tierra?

—La Tierra solo tiene uno. Es más brillante que estos dos.

—Son bonitos. Jul podría dejarte ciego.

Vyrl le acarició el pelo.

—Es una estrella mucho más caliente y grande.

—¿Jul? —Rio—. No, es pequeño.

Él enmarañó los dedos entre sus rizos.

—Eso es porque está más lejos. Si Balumil se encontrase tan cerca de Jul como nosotros de Valdor y Aldan, Jul parecería quince veces más grande. —Deslizó las manos hacia abajo a lo largo de sus brazos y habló en voz baja—. Balumil estaría demasiado caliente para los humanos.

—Hmmm. —Kamoj se recostó contra él—. Me gusta el calor.

Vyrl respondió con voz traviesa.

—Ahora que ya no tengo que doblar la población de Dalvador, podría empezar a repoblar Argali. ¿A ti qué te parece?

—Bah. —Le dio un codazo en las costillas—. Creo que tienes un ego tan grande como esos soles de ahí afuera.

Vyrl rio y la abrazó.

—Ah, Kamoj, te amo.

La satisfacción de Kamoj se hizo aún más profunda.

—Y yo a ti, mi león de las estrellas.

—Pero tengo miedo de que no podamos quedarnos aquí.

—¿Estás preocupado? ¿Por tener que hablarle a tu pueblo?

—Me siento como un fraude. No soy ningún héroe. ¿Y si resulta que después de todo lo que hemos hecho descubrimos que mi nombre ha sido arrastrado por el lodo a lo largo y ancho de las estrellas? —Tragó saliva—. No creo que pueda soportarlo. Y lo peor de todo es que parte de lo que Ponteferro dice es cierto.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Me entrometí en vuestras vidas.

—Me alegro de que lo hicieras.

En voz baja, Vyrl replicó:

—No fue eso lo que dijiste en la Investigación.

Kamoj no tenía respuesta. Se había recuperado lo suficiente para darse cuenta de que las conclusiones a las que había llegado aquella mañana, antes de la Investigación, eran consecuencia de las penalidades, los efectos combinados del hambre, el frío, el dolor y el temor por su vida, así como los abusos físicos y sexuales. Pero temía que si miraba con demasiada atención aquellos recuerdos pudiese a pesar de todo condenarse a sí misma por haberle dado la espalda a Vyrl. Nada había cambiado para Argali y ahora comprendía mejor el coste que habían tenido que pagar los eskolianos. La venganza de Jax contra Vyrl amenazaba con destruir tanto al hombre al que amaba como a sus esperanzas por liberar a su pueblo.

Y sin embargo, a pesar de todo, no podía lamentar su decisión de permanecer al lado de Vyrl. Había empezado a ver nuevas maneras de ayudar a Argali. Por lo que a Jax se refería, prefería apartar la mirada de sus dudas a afrontar verdades demasiado dolorosas de recordar.

—Kamoj, enfádate. —Su voz estaba teñida de dolor—. ¡Grita! Dime que soy un maldito idiota. No te lo guardes todo.

—No quiero gritar.

—Con reprimirlo no conseguirás que desaparezca.

Ella se agitó.

—Hablas como ese hombre de la *Ascensión*, Jak Tager.

Vyrl profirió una risotada.

—Dioses, entonces pégame un tiro.

La boca de Kamoj esbozó una sonrisa traviesa.

—Estoy casi segura de que no lo haré. —Pensó en el bondadoso curandero—. ¿Es que no te gusta?

—De hecho, sí, sí que me gusta. Lo que no me gusta es que siempre esté intentando que hable con él.

Kamoj emitió un *hmmph*.

—Conmigo también lo hace. ¿Por qué le gusta tanto hablar?

—Es un siquiatra. Un curandero de las emociones.

—Mis emociones no están enfermas.

Con voz amable, él preguntó:

—¿Aun después de Jax?

No contestó.

—Si el asunto acaba en los tribunales, tendrás que hablar.

—Lo sé. —El pensamiento le revolvía las tripas. ¿Cómo podía contarle a unos extraños lo que le había ocurrido?—. Puede que Jax retire los cargos.

—Confío en que sí.

Kamoj suspiró. Jax había dicho que todo era un fraude, así que ella lo había convertido en real. ¿Podía arrostrar las consecuencias? La respuesta no importaba

tanto como lo que Jax creyera. Él la conocía bien. Si creía que no podría soportar el juicio, no se echaría atrás.

—Aunque no testifiques —dijo Vyrl—, nuestros abogados no se echarán atrás ahora que has retirado tu oposición a sus investigaciones.

—Si no testifico, ¿puede ganar el MEI?

—Creo que sí, al menos en algunos de los cargos.

—¿Pero no en tantos como si testifico?

Vyrl le acarició el pelo.

—Eso no importa —señaló el cielo—. Es como el amanecer. Ocurra lo que ocurra, la vida siempre se renueva.

Ella trató de sonreír pero ni siquiera la belleza del floreciente amanecer podía deshellarle el corazón.

Sí que importa. Eso era lo que lo hacía tan duro.

Bajo la luz clara de la primera mañana, el patio estaba abarrotado de gente y animales. La conmoción tenía un cierto aire clandestino, no solo a causa de lo temprano de la hora sino porque todos sabían que las fuerza de la Tierra podían aparecer en cualquier momento para preguntarles qué estaban haciendo.

La brisa acarició a Kamoj mientras entraba en el patio. Aniece le había dejado un vestido extravagante. Tenía rajadas en la falda de volante, rajadas en las anchas mangas, cordones en el corpiño, cordones en la espalda, por todas partes cordones que se lo ajustaban al torso. La falda revoloteaba alrededor de sus rodillas. Era preciosa pero demasiado sugerente y la hubiera avergonzado de no ser porque todas las demás jóvenes vestían de la misma manera. Los hombres las miraban, sí, pero ninguno parecía escandalizado por su vestimenta. Nunca se le había ocurrido que la ropa que resultaba seductora en una cultura pudiera ser normal en otra. Las modas no solían cambiar en las Tierras Septentrionales.

Los animales pateaban el suelo y resollaban en el patio. *Lirinos*. Denric, el profesor, le había dicho que en la mayoría de los mundos poblados por el Imperio Rubí, los colonos habían utilizado la ingeniería genética para crear animales de monta. Balumil tenía los ciervos cristazures: Lyshriol los lirinos. Para ella era una muestra de sensatez el que los antepasados se hubieran asegurado de tener animales por si sus máquinas fallaban.

Sin embargo, no entendía cómo podía Denric decir que eran «similares». Los lirinos eran bonitos, sí, pero muy extraños. Solo tenían cuatro patas y carecían de escamas. Sus cuerpos estaban cubiertos de un pelaje largo y sedoso. Los grandes, de color violeta; los más pequeños, de color azul o lavanda. Sus grandes ojos plateados brillaban de forma líquida y sus hocicos alargados tenían cuatro fosas nasales, dos a

cada lado de la cabeza. También tenían dos cuernos, el más grande situado por encima del menor. Hechos de un material transparente que difractaba la luz, los cuernos emitían arco iris destellantes. Sus cascos eran del mismo material y despedían chispas de color cuando los animales se encabritaban.

El patio estaba lleno de gente. Estaban cargando carromatos pintados con brillantes colores, se ocupaban de los lirinos o hablaban entre sí. No se veían robots por ninguna parte. Por lo que Kamoj había averiguado, los habitantes de Lyshriol no se resistían al uso de máquinas del exterior pero preferían utilizarlas de forma discreta. La tecnología había convertido su dura vida en una existencia paradisíaca pero querían que la sencilla belleza de Lyshriol permaneciera intacta.

Junto a la entrada de la casa, cinco mujeres vestidas de rojo contemplaban la escena. Intrigada, Kamoj esperó a que hicieran algo. Una abandonó su puesto y atravesó el patio. La gente se inclinaba a su paso y ella asentía antes de continuar, caminando y observando. Kamoj se preguntó lo que estaba haciendo.

Un hombre fornido se acercó a Kamoj llevando un lirino con una silla azul. El pelaje blanco y plateado se azulaba al llegar a las patas y su delicada planta hacía que pareciera etéreo. Cuando el animal resolló, Kamoj retrocedió un paso, sobresaltada.

El hombre le habló en triliano, la lengua que hablaba el pueblo de Vyrl.

Kamoj abrió los brazos.

—No te entiendo.

El hombre le acarició la testuz al animal y este emitió graves sonidos de placer mientras ambos miraban a Kamoj. Entonces el hombre le acercó el animal. Sin saber muy bien lo que quería, Kamoj apoyó la mano sobre la testuz del lirino.

El hombre la animó a continuar con un sonido y el lirino volvió a emitir su gruñido. Cuando ella empezó a acariciarlo, el contenido retumbar se hizo más hondo.

—¿Te gusta? —le preguntó Vyrl.

Kamoj se volvió y lo vio allí, observándola.

—Nunca había visto un animal tan hermoso.

Vyrl sonrió.

—Es tuyo.

—¿Mío? ¿Qué quieres decir?

—Para montar. —Se adelantó y le acarició al animal el lomo, lo que provocó mayores sonidos de aprecio—. Puedes montar conmigo hasta que hayas aprendido.

Kamoj no estaba segura de haber oído bien.

—¿Aquí las mujeres montan solas?

—Bueno, sí. Por supuesto.

—En Balumil no lo hacemos. Se considera poco femenino.

Vyrl frunció el ceño.

—No es peor que decirle a un artista de talento que deje de bailar porque eso es

algo que los hombres no hacen.

La miró unos instantes. Entonces dijo:

—¿De veras te gusta? Me refiero al baile.

—Oh, sí. ¡Es espectacular! —Su voz adquirió un tono ronroneante—. Muy bonito.

Vyrl sonrió.

—Si sigues mirándome así, tendremos que discutir esa idea de repoblar Argali.

Ella pasó el dedo por la pechera de su camisa.

—¿Solo discutir?

Con una carcajada, Vyrl la abrazó. Se besaron allí mismo, en medio del patio. La presencia de la gente que los rodeaba divertía a Kamoj pero todo el mundo continuó con sus tareas como si no fueran conscientes de su presencia.

Después de un momento, Vyrl levantó la cabeza.

—Quiero que conozcas a Mercurio.

—¿Mercurio es un nombre?

—Sí. Vaya, en realidad es un elemento. Un metal líquido. —Le cogió un mechón de cabello que el viento azotaba—. Ambos te llevaremos hasta que aprendas a montar sola.

—¿Es tu lirino?

Vyrl reflexionó.

—No. No es de nadie. Pero deja que yo lo monte.

—Como Puntogrís.

—Sí, supongo que sí. Nunca lo había pensado.

—Por eso se te acercan —dijo. Vyrl no trataba de poseer nada ni a nadie, ni a su esposa ni a los animales que le ofrecían su confianza.

La llevó por entre el bullicio del patio hasta un hombre que trataba con todas sus fuerzas de sujetar por las riendas a un enorme lirino. Su pelaje violeta estaba teñido de plata y la luz del sol brillaba a través de sus cuernos en un deslumbrante despliegue de arco iris.

—¡Hai! —exclamó Vyrl mientras se acercaban.

El lirino se volvió hacia él. Dejó de gruñir pero siguió moviéndose adelante y atrás mientras pateaba el suelo. Con evidente alivio, su cuidador le entregó las riendas a Vyrl.

—No te gusta esto, ¿hmmmm? —murmuró Vyrl al lirino—. Lo siento. No sabía que estuvieran tratando de ponerte la silla. —Siguió hablando con voz cálida hasta que el animal se tranquilizó.

Vyrl se volvió hacia Kamoj.

—Este es Mercurio.

—Es precioso. —El lirino le parecía irreal, una criatura nacida de un lugar

demasiado exótico para los humanos.

—Ven a conocerlo —dijo Vyrl.

Kamoj se aproximó y se detuvo a un paso de distancia, como hubiera hecho con un cristazur. El ciervo hubiera pasado un buen rato estudiándola, primero con un ojo, luego con el otro. Este animal hinchaba las fosas nasales y olfateaba el aire, como ella cuando quería atrapar un aroma. Tras someterla durante un rato a este examen, apretó el morro contra su hombro y la empujó.

Kamoj rio.

—¿Qué te parece? —preguntó a Mercurio—. ¿Huelo raro?

Él animal la observó con mirada plateada. Con mucho cuidado, se le acercó. Al ver que no se oponía, ella le acarició el cuello. Su largo pelaje le caía sobre la mano en suaves y sedosos mechones.

—Lirino precioso —lo arrulló—. Lo sabes, ¿a que sí? Apuesto a que todos quieren montar contigo. Solo que no les dejas.

Un rumor profundo brotó del interior del pecho del animal. Repentinamente se apartó de ella, apretó el morro contra el hombro de Vyrl y estuvo a punto de tirarlo al suelo.

—¡Eh! —Vyrl recuperó el equilibrio—. Cuidado.

—Le gusto —dijo Kamoj con aire de suficiencia. Pero entonces Mercurio la empujó también a ella y salió despedida contra una mujer que llevaba una cesta de fruta.

—Ah. —Avergonzada, Kamoj se apresuró a disculparse en iotaca. Aunque saltaba a la vista que la mujer no la comprendía, esbozó una sonrisa antes de marcharse rápidamente.

Vyrl rio y dijo:

—Está jugando. —Tomó a Mercurio por las riendas y llamó con un gesto al individuo que lo había estado sujetando antes. El hombre se acercó y observó al lirino con mirada precavida. Entonces ahuecó las manos, Vyrl apoyó el pie sobre ellas y se encaramó a Mercurio con hipnótica elegancia.

El hombre se volvió hacia Kamoj y le ofreció las manos. Sintiéndose torpe en comparación con su marido, puso un pie sobre ellas. Con ayuda de Vyrl, se subió a lomos de Mercurio y se montó a horcajadas delante de su marido.

Mercurio se quedó completamente quieto debajo de ellos, como una estatua de hielo. Vyrl empezó a hablar en triliano con una voz que era como el arrullo sosegado de un río. Mercurio sacudió la cabeza y volvió a quedarse inmóvil. Vyrl continuó hablando, mientras sujetaba las riendas con fuerza y rodeaba a Kamoj con los brazos. Acariciaba al lirino en la parte del cuello que el animal prefería.

Al cabo de unos momentos, Mercurio dio un primer paso, de mala gana. Volvió a detenerse y adoptó una postura tensa. Entonces empezó a moverse con naturalidad, al

tiempo que sopesaba la nueva carga. Vyrl apretó a Kamoj contra su pecho y sujetó las riendas con una sola mano.

Kamoj estaba muy complacida de que aquel animal asombroso la dejase montar junto a Vyrl. Sin embargo solo sentía una suave manta bajo las piernas.

—Debería haberme puesto unos pantalones. Así me voy a despellejar.

—Aquí las mujeres montan siempre así —dijo Vyrl.

—Pero yo nunca lo he hecho. —Aunque disfrutaba de la libertad que la falda le proporcionaba, no quería que hubiera problemas que luego pudieran frenarla—. Debería cambiarme de ropa.

—Muy bien. —Vyrl llamó a una mujer del patio. Esta ladeó la cabeza y a continuación le entregó la tela que llevaba entre los brazos a otra y se encaminó a la casa. Al llegar a la puerta se inclinó frente a las mujeres de las túnicas. Entonces desapareció en el castillo.

—¿Quiénes son las mujeres de las túnicas rojas? —preguntó Kamoj.

Vyrl le estaba rascando el cuello a Mercurio.

—Son Memorias.

¿Memorias?

—¿De qué?

—De todo. —Condujo a Mercurio hacia la entrada con tirones cuidadosos pero firmes de las riendas—. El Pueblo de Lyshriol no tiene idioma escrito. Antes de la llegada de mi madre, ni siquiera conocían el concepto.

Kamoj se puso tensa.

—¿Entonces Lyshriol es como Balumil? ¿Un experimento para engendrar gente?

—Un experimento, sí, pero no como Balumil. —Su tono de voz era despreocupado, así que ella supuso que los orígenes de su pueblo no serían tan siniestros como los del suyo—. En realidad es muy extraño. Por lo que parece, el Imperio Rubí concibió esta colonia como un ordenador analógico binario. ¿Por qué binario? No todos los ordenadores utilizan este sistema. El experimento fue abandonado con el paso de los milenios pero aún perduran algunos de sus elementos. —Señaló a las mujeres de las túnicas rojas—. Esas mujeres que ves poseen memorias casi perfectas. Se la deben a un rasgo impuesto a nuestros antepasados por ingeniería genética. Ellas almacenan conocimiento. Es lo que están haciendo ahora. Memorizar este acontecimiento.

—Es un talento muy útil si uno no sabe hablar o escribir.

—Ayuda, sí. Pero también es extraño. —Vyrl ordenó a Mercurio que se detuviera junto a la entrada—. Aquí la gente actúa como si fueran bits. Ceros y unos. Por eso son tan raros los solteros y la gente se casa tan joven. Y los bits no leen ni escriben. Forman parte del proceso. —Reflexionó un instante—. En este lugar, pedirle a alguien que lea es como pedirle a un libro que lo haga. Mi padre nunca aprendió a

hacerlo y a muchos de mis familiares les resulta muy difícil. Del-Kurj lo intentó durante años y finalmente tuvo que abandonar.

—¿Por eso está resentido contigo?

Vyrl se quedó callado. Al cabo de un rato dijo:

—No estoy seguro. Es mucho mejor que yo en matemáticas. Nosotros pensamos en base octal o hexadecimal, en vez de en base veinte como hacéis en Argali. Probablemente se deba a las manos y los pies. Ocho dedos de las manos, ocho dedos de los pies. Del es un mago con la aritmética octal.

Ocho. Así que era natural. Al principio Kamoj había pensado que Lord Rillia, Del-Kurj, Chaniece y Shannon tenían las manos deformadas. Pero todos los demás que había visto en aquel lugar las tenían igual. En lugar de cuatro dedos y un pulgar, todos tenían dos pares de dedos enfrentados, los cuatro tan gruesos como pulgares. Un pliegue en el centro de la mano les permitía cerrar las palmas para que pudieran coger y manipular objetos.

Vyrl había heredado de su madre manos de cinco dedos. Había nacido con los pulgares malformados, de modo que los médicos habían tenido que reconstruírselos. Kamoj nunca había sabido que existieran tales variedades entre los humanos. Se preguntó si Vyrl y ella podrían tener hijos.

—Es todo tan diferente... —se dijo. Pero le gustaba Lyshriol. En especial después del metálico paisaje de la *Ascensión*.

Vyrl habló con voz meditabunda:

—Puede que si conociéramos su propósito, todo tendría más sentido. Los registros se perdieron a lo largo de los siglos, después de que Lyshriol quedara aislado y la tecnología fallara.

Alguien los llamó desde atrás. Vyrl se volvió hacia allí y a continuación apartó a Mercurio del camino para dejar pasar a una mujer montada en un lirino azul. Vyrl espoleó a Mercurio tras ella y se internaron por las calles de Dalvador. Kamoj miró atrás y vio que una procesión se estaba formando tras ellos, gente a pie y a lomos de lirinos, y carromatos tirados por las coloridas bestias. Los descendientes de Vyrl estaban por todas partes. Denric, Shannon, Aniece y Rillia venían con sus respectivos séquitos. Chaniece estaba en el patio, junto a sus hijos, y el viento le arremolinaba el largo cabello alrededor del cuerpo mientras despedía a la comitiva.

Y así se pusieron en marcha, un sencillito grupo partiendo de una aldea rural con la esperanza de cambiar la historia interestelar.

Migración Propagador

Galopaban por un océano de hierba. Los lirinos fluían como plata líquida por las llanuras. La procesión se había separado en cinco grupos diferentes, dirigidos por Vyrl, Denric, Shannon, Aniece y Lord Rillia respectivamente. El grupo de Vyrl estaba formado por Stillmorn y el equipo de intervención, varios aldeanos montados en lirinos y otros pocos que conducían carromatos cargados de suministros y regalos.

Los Jagernautas cabalgaban con Vyrl y Kamoj, pero estaban lo bastante lejos como para darles una ilusoria sensación de privacidad. Con la misma facilidad con la que se habían adaptado en Balumil a los cristazures, manejaban ahora los lirinos. Aparentemente contaban con «mejoras neurales» especialmente concebidas para estos menesteres. Las mejoras afectaban tanto a sus cerebros como a las modificaciones en sus cuerpos que aumentaban su capacidad de movimiento. Así que montaban los lirinos como si llevasen años haciéndolo.

Kamoj montaba en Mercurio, regocijada por el viento, sostenida por la solidez de Vyrl a su espalda, quien la sujetaba con los musculosos brazos alrededor del talle. Conforme recorrían las llanuras al galope, los soles fueron alzándose en el cielo, aunque no llegaron a alcanzar su cenit. Por la mañana Aldan había estado delante de Valdor pero hacia mediodía se había movido hacia un lado y ya no eclipsaba a su hermano mayor. Además, los dos se habían deformado y ahora parecían sendos huevos, Aldan un poco más que Valdor.

Delante de ellos, el portaestandarte de Vyrl lanzó un grito. Hizo dar la vuelta a su lirino y repitió su llamada. *Rishollinia*. A continuación volvió a ponerse en marcha a toda velocidad.

Unos tejados almenados empezaron a alzarse en la llanura, azules, violetas, rosas y dorados, como flores dadas la vuelta en aquel mundo que no tenía flores sino pompas de cristal tintado. La aldea era como una Dalvador a pequeña escala. Niños curiosos acudieron a verlos mientras se aproximaban. Vyrl frenó la marcha de Mercurio hasta que adoptó un trote majestuoso y el lirino sacudió la cabeza. El día de marcha había calmado su salvaje energía.

Los adultos se reunieron en un extremo de la aldea mientras el portaestandarte se dirigía hacia ellos. Los Jagernautas fueron los siguientes en llegar, impresionantes con sus uniformes negros y a lomos de sus enormes lirinos, acompañados por Vyrl y Kamoj. La gente de Rishollinia se arremolinó a su alrededor y agitó tallos de cristal

tintado que soltaban pompas por todas partes. Los orbes flotaban y estallaban sobre las cabezas de Vyrl y Kamoj, y esta acabó cubierta de polvillo multicolor.

Vyrl les habló en triliano. Aunque Kamoj no entendía la lengua, le encantaba. En Lyshriol, las voces eran repiques y las conversaciones, música. Vyrl desmontó de Mercurio y luego la ayudó a bajar. La gente se reunió a su alrededor, curiosa pero un poco asustada. Era un desfile callado en comparación con su entrada en Dalvador. Aquí, su bienvenida estaba teñida de reverencia y miedo.

Y así entraron en Rishollinia, dirigidos por un Vyrl que llevaba a Mercurio de las riendas. Alto y ancho de hombros, parecía el dorado líder que todo el mundo, salvo él mismo, creía que era.

El salón de juntas era un edificio grande y enalado. Su interior estaba formado por una sola habitación con gradas a ambos lados. Vyrl no utilizó ningún escenario o podio; simplemente se situó en uno de sus dos lados. La gente que estaba más próxima se sentó en cojines; tras ellos, los ciudadanos se sentaban en bancos hechos de tallos de cristal tintado; y tras estos el resto de la audiencia aguardaba de pie. Más gente ocupaba la balconada que formaba un arco alrededor del perímetro interior y más aún se agolpaba fuera, en plena noche, escuchando su discurso a través de los altavoces dispuestos por los Jagernautas. Aunque las máquinas del MEI parecían intrigar a los aldeanos, estos no demostraban sorpresa.

Kamoj se sentó junto a Primaria Stillmorn en sendos bancos situados en una esquina, detrás de Vyrl. Stillmorn se ofreció a traducirle sus palabras.

—¿Hablas el triliano? —Eso sorprendía a Kamoj, aunque no estaba muy segura del porqué. Puede que la vida rústica de aquel lugar le pareciera muy ajena al universo inundado de estrellas del MEI.

—Todos lo hablamos. —Stillmorn señaló a los Jagernautas dispersos entre la multitud—. Es un requisito para cualquier guardaespaldas de la familia Valdoria. —Se dio unos golpecitos en la cabeza—. Y tengo un biochip en la cabeza, para ayudarme.

Vyrl estaba sentado en el suelo, hablando con varias personas. Mientras se ponía en pie, la multitud empezó a callar. Después de una última tos en el fondo, se hizo un silencio total. Entonces Vyrl habló. Kamoj cerró los ojos y dejó que sus palabras la inundaran. Poseía una fuerte voz de barítono, que acentuaba un vibrato hasta cuando hablaba en iótico. Ahora, en su lengua materna, se volvía más pronunciada y convertía sus palabras en música.

Habló de su familia, creando una imagen luminosa de la gente a la que amaba. Su audiencia resplandecía de aprobación. A continuación habló de la muerte de su padre y de la de sus parientes y la sala se inundó de tristeza. Vyrl describió la Guerra del

Resplandor, la desesperada contienda en la que los ejércitos habían utilizado armas tan poderosas como soles y grandes naves surcaban los mares del espacio y convertían los cielos en un campo de batalla. La consternación de la audiencia llenó la sala hasta que Kamoj empezó a sentirla en sus propios huesos.

Entonces les contó cómo habían acudido los Mundos Aliados de la Tierra en defensa de su familia en medio del fragor de esa guerra terrible y cómo habían sumado sus fuerzas a las de los guardianes del MEI que custodiaban Lyshriol. El ambiente en el salón de juntas mejoró un poco, pero no demasiado. Todo el mundo sabía que aquella protección había tomado un cariz inesperado y desagradable.

Finalmente les habló del fin de la guerra, de cómo los dos gigantes, Eskolia y los Comerciantes, se arrojaron sus ejércitos el uno al otro hasta que ambos cayeron agotados. Los Mundos Aliados de la Tierra dieron un paso al frente para ocupar el vacío... y le arrebataron Lyshriol a quien durante tantas décadas había protegido aquel mundo idílico.

Sin embargo, a lo largo de todo su relato, Vyrl describía a los Mundos Aliados con respeto. Eskolia no albergaba malos sentimientos hacia la Tierra. Hubiera preferido llamar a los Aliados, esos pueblos procedentes del mundo que había engendrado a toda la humanidad, amigos. Pero cuando relató cómo estaban tratando los mundos Aliados a su familia, sus palabras se hicieron oscuras. La Tierra los había traicionado. La audiencia lo escuchaba y su cólera se hizo tangible.

Mientras Stillmorn traducía a Kamoj, le explicaba el contexto de las palabras de Vyrl. En Lyshriol, su familia era una leyenda. A su madre la llamaban diosa dorada de las estrellas. El padre de Vyrl había sido un líder en Lyshriol, famoso por su sabiduría, el amor que albergaba hacia Dalvador y su espectacular talento como cantante. Juntos, Roca y él habían engendrado hijos colosales e hijas preciosas, algunos de los cuales habían marchado a las estrellas para convertirse en leyendas mientras otros se quedaban en Lyshriol y eran honrados y amados por su pueblo. El cuento de hadas se fue apoderando de Kamoj, hasta que olvidó la realidad a la que se enfrentaban y creyó en el sueño creado por las palabras de Vyrl.

Después de terminado el discurso, la gente acudió a hablar con Vyrl o formó grupos para discutir sobre sus palabras. Al escucharlos, Kamoj se dio cuenta de que sus sueños idealistas parecían reales porque él creía en ellos. A pesar de las crudas realidades de la política, la guerra y la muerte, y a pesar de todas las tensiones en el seno de su familia, lo veía a todos ellos, así como a su vida en Lyshriol, bajo la luz dorada que había evocado para su audiencia.

La mañana siguiente Vyrl habló con el Bardo y el Recuerdo de Rishollinia. El Bardo hacía las veces de juez en la aldea y registraba su historia en baladas. La Memoria

realizaba las tareas ejecutivas y recordaba. Kamoj comprendió que el título hereditario de Bardo de Dalvador, que se transmitía de padres a hijos en la familia de Vyrl, no se refería tan solo al canto. Era lo más parecido que había a un gobernador en la región de Dalvador, que incluía la propia ciudad y las pequeñas aldeas diseminadas por las llanuras circundantes.

Cada pueblo tenía su propio Bardo, un hombre elegido por su habilidad como cantor y su capacidad de liderazgo. Todos ellos respondían ante el Bardo de Dalvador, quien a su vez lo hacía ante Lord Rillia. Se sorprendió al descubrir que el marido de Aniece no utilizaba su verdadero título, el Bardo de Rillia, porque no sabía cantar. El Bardo de Dalvador y el Bardo de Rillia eran títulos hereditarios, de modo que Lord Rillia tenía el poco envidiable deber de registrar la historia de su pueblo con una voz que nadie quería oír. No obstante, compensaba esta carencia con su inspiración y su brillante liderazgo.

El pueblo de Vyrl parecía aún menos interesado que el suyo en la jerarquía. Las Memorias y los Bardos eran lo más parecido que tenían a un gobierno formal. Las Memorias heredaban su don, pero este no se transmitía siempre de manera directa y en ocasiones aparecía en lugares inesperados. Una chica que hubiese manifestado el don podía estudiar en una Casa de la Memoria. A Kamoj le recordaba al modo en que Airysfera Prisma había sido entrenada para convertirse en sacerdotisa en el Templo Espectral de Argali.

Por la mañana, el grupo de Vyrl llegó al diminuto Val Holin, una aldea de apenas trescientas personas. Desde allí se dirigió a Jalidor. Durante los tres siguientes días visitaron Morillei, la bulliciosa Aquinal, Kerildor, Val Starlo y finalmente la lejana Whisperton.

Entonces emprendieron el camino de regreso.

El día que salieron de Whisperton, casi todo el pueblo se reunió en las colinas situadas en las afueras. Seiscientas personas esperaban para hablar con ellos. Solo unas sesenta se habían quedado en el pueblo: los enfermos y los ancianos, así como los guardias para proteger las casas y los negocios. Cuando Kamoj vio tanta gente esperando para seguir a Vyrl, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Partieron en la cristalina mañana, marchando más despacio por las llanuras ahora que seiscientas personas los acompañaban. No pasó mucho tiempo antes de que unos pájaros azules y plateados estuviesen sobrevolándolos, ingenios voladores con insignias de los MAT. Los rumores se filtraron hasta Kamoj y Vyrl; los oficiales de los MAT estaban aterrizando e interrogaban a la gente sobre aquella procesión.

Y la gente respondía: estamos emigrando.

Tardaron todo un día en llegar a Val Starlo. Sentada a lomos de Mercurio delante de Vyrl, Kamoj sentía su tensión. ¿Encontrarían a algún ciudadano de Starlo esperándolos? Whisperton se había unido a la migración pero si Vyrl no era capaz de

ganarse el apoyo de buena parte de las demás aldeas, era poco probable que pudieran lograr su objetivo.

Mientras empezaban a subir la prolongada ladera de la colina que dominaba Val Starlo, Vyrl señaló el cielo.

—Mira.

En la distancia, varias naves esbeltas de color plateado y azul estaban sobrevolando las llanuras en círculos.

Un rumor empezó a vibrar en los oídos de Kamoj y se fue haciendo más intenso conforme seguían adelante. Venía de la dirección de Starlo, pero el pueblo seguía oculto tras la cresta de la alta loma. La primera oleada de gente de Whisperton llegó a la cima... y se alzó un grito. Mientras Kamoj y Vyrl coronaban la colina, este tiró de las riendas de Mercurio. Una gran ciudad se extendía debajo de ellos, Val Starlo, de cuatro mil habitantes.

Casi todos ellos habían salido a su encuentro.

La gente se arremolinaba, corría, se movía de un lado a otro y se llamaba a voces en las llanuras que tenían debajo. Mientras los ciudadanos de Whisperton aparecían sobre la colina y pasaban junto a Kamoj y Vyrl, las naves de los MAT rugían sobre sus cabezas en patrones de trayectoria siempre cambiantes y vigilaban la conmoción. A lomos de Mercurio, Vyrl y Kamoj se asomaban sobre un mar de gentío, mientras más y más personas fluían a su alrededor como un oleaje.

Vyrl apoyó su cabeza sobre la de ella para que pudiera oírlo sobre el estrépito de tantísimas voces.

—Han venido. —La voz le falló—. Por mi familia. Han venido.

—Hai, Vyrl —dijo ella—. Eso han hecho.

Acamparon en la planicie situada al otro lado de Val Starlo, bajo las estrellas, casi cinco mil en número. Por la mañana reanudaron su viaje. La migración discurría ahora en una columna tan grande como la propia Starlo, cerca de cuyo frente cabalgaban Vyrl y Kamoj.

Llegaron a Kerildor al mediodía... y encontraron a otros dos mil esperándolos. A estas alturas las naves plateadas eran sus compañeras permanentes. Mientras la migración se aproximaba a Aquinal, la gente salía en tropel a su encuentro, corriendo por los campos y llamando a amigos y parientes que encontraban entre sus cada vez más nutridas filas. Más que una ciudad, Aquinal era en realidad una colección de muchas aldeas pequeñas, un archipiélago en los océanos de las llanuras. Su población total rivalizaba con la de Dalvador, la más grande de las ciudades de las Llanuras. La noticia no tardó en conocerse: nueve mil ciudadanos de Aquinal habían respondido a la llamada de Vyrl.

La procesión contaba ya con dieciséis mil participantes. Se extendía a lo largo de la planicie, en dirección a Dalvador... y el diminuto espaciopuerto en el que las fuerzas de ocupación tenían su cuartel general planetario.

Los Jagernautas lo grababan todo. Enviaban sus mensajes al cielo sin saber lo que lograba —si es que algo lo lograba— escapar al cordón de silencio que rodeaba a Lyshriol. Trabajaban por turnos, los unos grabando mientras los otros protegían a Vyrl de los miles de personas que querían hablar con él. Desde las alturas, una nave los seguía en todo momento. Aunque Kamoj aún montaba con él en Mercurio, ahora también cabalgaba sola de tanto en cuanto.

Aquella tarde, algo después, aterrizó una nave. Mientras el pájaro plateado se posaba, la gente se apartó en todas direcciones y formó un círculo a su alrededor. Luego aguardó.

A lomos de Mercurio, Vyrl rodeó a Kamoj con los brazos.

—Aquí está.

—Va a funcionar —dijo ella, tratando de darle esperanzas.

La multitud se abrió para dejar que Vyrl se acercara a la nave. Un séquito lo rodeaba: Stillmorn, los Jagernautas y los Bardos y Memorias de las ciudades y aldeas que se habían sumado a la migración. Se detuvieron a unos veinte pasos de la nave. La compuerta se abrió y cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, salieron de su interior.

Vyrl habló a Kamoj en voz baja:

—El hombre de la derecha es el coronel Shipper.

Ella estudió al coronel. Embutido en un uniforme immaculado, era de constitución fuerte, edad mediana, tenía el cabello cano, la mandíbula cuadrada y una mirada que revelaba inteligencia. De modo que aquel era el oficial que se había llevado a Roca y Del-Kurj. Por amor a su marido y su familia deshecha, sintió un inmediato desagrado hacia el coronel.

Los cuatro oficiales de los MAT esperaban en silencio. A medida que los patrones mentales de Kamoj se volvían más semejantes a los de Vyrl, se iba volviendo más y más sensible a las emociones de cuantos la rodeaban. Shipper y sus oficiales parecían tranquilos pero ella sentía su miedo. Aunque también tenía que admitir que hacía falta coraje para enfrentarse a dieciséis mil personas.

Sí, la nave tenía armas pero en aquellas circunstancias podía ser desastroso recurrir a ellas. Si la *Ascensión* estaba recibiendo las señales de los Jagernautas, todo el espacio colonizado presenciaría lo que las fuerzas de los MAT hicieran allí. La humanidad sumaba un total de tres trillones de personas dispersas a lo largo de varios miles de mundos. Una humanidad exhausta. Hasta en los mejores tiempos, ver cómo era atacada una multitud indefensa hubiera provocado un estallido de indignación. Ahora, a poco del fin de la Guerra del Resplandor, sería un suicidio diplomático para

los Mundos Aliados.

Vyrl desmontó de Mercurio y ayudó a Kamoj a hacer lo propio. A continuación el grupo se volvió hacia el coronel Shipper. Cada uno de ellos trataba de determinar cuándo se movería el otro. Ambos lo hicieron casi al mismo tiempo. Shipper acudió con sus tres oficiales; Vyrl con Kamoj, Stillmorn y un Jagernauta. Los demás Jagernautas siguieron grabando el encuentro con las máquinas de que estaban dotados sus cuerpos y uniformes.

Kamoj se había sorprendido cuando le habían pedido que acompañara a Vyrl hasta que Stillmorn se lo había explicado. Ahora que las mentes de los dos estaban unidas en resonancia, el MEI no quería arriesgarse a desequilibrar a Vyrl separándolo de su lado en un momento crucial como aquel.

Los dos grupos se encontraron a medio camino entre la nave y la muchedumbre.

—Príncipe Havyrl —dijo Shipper—. Nos honráis con vuestra presencia. — Parecía más desconcertado que honrado.

—Mis saludos —dijo Vyrl con cautela.

—Cuánta gente os acompaña —dijo Shipper.

—Sí —asintió Vyrl.

—¿Qué pretendéis hacer con ellos?

—Vamos a Dalvador.

—¿Para qué?

—Para esperar.

—¿A qué?

—A que sus fuerzas se marchen.

Shipper se lo quedó mirando.

—No podéis hablar en serio.

Vyrl parecía muy sereno.

—De hecho, sí.

—¿Cómo pensáis alojar a toda esta gente en Dalvador? —preguntó Shipper—. ¿Qué van a comer? ¿Dónde van a dormir? ¿Y si el tiempo empeora? Esto no tiene sentido. Debo insistir en que los disperséis.

—¿Por qué? —preguntó Vyrl—. No hemos hecho nada malo. Esta gente ha traído comida. Tiendas. Suministros.

Shipper empezó a responder y entonces lanzó una mirada al Jagernauta. Esta mirada reveló mucho más a Kamoj que todo lo que había dicho. El coronel era muy consciente de que sus palabras estaban siendo grabadas, cosa que no tendría sentido, al menos eso pensaba ella, si las emisiones no estaban saliendo de Lyshriol.

Vyrl, pensó con toda su concentración, *creo que los Jagernautas están consiguiendo comunicarse con el exterior.*

Vyrl se volvió hacia ella y su optimismo se enardeció, aunque no dio muestras de

ello.

El coronel señaló a los Jagernautas.

—La presencia de oficiales del MEI en este lugar supone una violación del Tratado de Islandia firmado entre su estado y el mío. Nuestras autoridades no les han otorgado permiso.

Vyrl frunció el ceño.

—Este es un mundo eskoliano. No necesitamos el permiso de sus autoridades.

—Lyshriol se encuentra bajo nuestra protección. Estamos tratando de mantener la paz. —Shipper dirigió una mirada a los Jagernautas y a continuación hizo una pausa dramática—. Nuestra presencia en este lugar no es arbitraria ni hostil. ¿Acaso pretendéis seguir arrastrando a la humanidad a una amarga guerra tras otra, príncipe Havryl, al igual que las dinastías Rubí y Qoxr, se arrojan la una a la otra ejércitos capaces de arrasarse mundos, hasta que la raza humana vuelva a desaparecer de las estrellas, como ya hizo hace cinco mil años? Nosotros actuamos en interés de toda la humanidad. Si para preservar esta paz que tanto ha costado alcanzar debemos impedir que la Dinastía Rubí reconstruya su belicosa base de poder, eso es lo que haremos.

Desde luego eso ha sido impactante, pensó Kamoj con amargura. Sentía la rabia de Vyrl. Sospechaba que la única razón por la que el general Ashman había puesto objeciones a que Vyrl llevara a cabo aquella misión era que sabía que los hombres de Shipper realizarían sus propias grabaciones. Si Vyrl perdía los estribos como lo había hecho durante la Investigación, podría ser muy dañino para su causa.

Entonces Vyrl aspiró hondo.

—Un discurso muy bonito, coronel. Pero se le ha olvidado mencionar lo mucho que puede ganar la Tierra manteniéndonos prisioneros. Si controlan a mi familia, tendrán acceso a un imperio. —Esta vez le tocó a él hacer una pausa cuidadosamente escogida—. Los conquistadores reescriben la historia. Quizá su propia historia de la Guerra del Resplandor consiga «olvidar» que su ejército se negó a escuchar las desesperadas súplicas de ayuda de mi pueblo contra los Comerciantes y su negativa a dar crédito a las atrocidades que cometieron contra nosotros.

Shipper frunció el ceño, pero antes de que pudiera responder, Vyrl continuó:

—Coronel, yo conozco la verdad. Ustedes los de la Tierra permiten que los Comerciantes los engañen y así colaboran en sus crímenes contra la decencia humana. Podrían haber prevenido la Guerra del Resplandor de haber escuchado nuestras súplicas. Pero se limitaron a mirar a otro lado mientras éramos masacrados. Ahora se adelantan en medio del caos. Con un falso disfraz de protectores, vienen a nuestra casa, un mundo indefenso, y nos hacen prisioneros. Nos exilian. Nos separan en las peores horas de nuestro dolor. —Dejó que su voz atronase—. ¿En qué se diferencian ustedes de los Mercaderes?

Shipper frunció el ceño. A Kamoj no le sorprendió. Por lo que había podido ver

de los eskolianos, dudaba que el MEI hubiera realizado «súplicas desesperadas» a nadie y mucho menos a los Mundos Aliados, a los que superaba ampliamente en población, recursos y riquezas. Si los Comerciantes eran como Jax Ponteferro multiplicado varias veces, entonces la comparación entre la Tierra y su Imperio era una exageración. Kamoj tenía la sensación de que los Mundos Aliados eran pacíficos en comparación con los eskolianos y los Comerciantes. Solo querían protegerse. Podía asegurar que Shipper creía honestamente que el universo sería un lugar mejor si la familia de Vyrl permanecía controlada.

Y sin embargo también reconocía la verdad que había en el discurso de Vyrl. La Tierra sí que ganaba mucho manteniendo prisionera a la Dinastía Rubí. Sí que había acogido con obstinada incredulidad las informaciones del MEI, y se había dejado engañar por la propaganda de los Comerciantes. Las fuerzas de los MAT estaban violando las cláusulas del Tratado de Islandia. No había respuestas sencillas. Al igual que durante la Investigación en Balumil, también ahora la verdad estaba atrapada en una maraña de complejidades..., solo que a escala interestelar.

Vyrl y Shipper seguían librando su duelo, pero no hacían más que repetir sus argumentos de maneras nuevas, tratar de parecer elocuentes y de conseguir que el otro pareciera malo. Terminaron su encuentro sin llegar a una conclusión; sus discursos estaban más dirigidos a quienes los escucharían que al otro. Y mientras tanto, Kamoj sentía cada vez de forma más acusada la presencia de la masa humana que los rodeaba, que continuaba avanzando mientras Vyrl y Shipper seguían discutiendo.

No, la presencia no provenía de la migración.

Pero sí, sí que lo hacía.

No estaba segura. La mente colectiva de tanta gente reunida en un mismo lugar actuaba como una lente que magnificaba y enfocaba otra cosa...

Una presencia que había dormido durante eones debajo del mundo.

La sombra apareció mientras la migración fluía de Aquinal a Morillei. Ahora Kamoj estaba montada en su propio lirino, al que había bautizado como Armónico por los espectros de los Armónicos Esféricos del Templo Espectral de Argali. Se volvió hacia el oeste y vio una sombra enorme que se movía por la llanura. No tenía sentido. Solo unos pequeños jirones de nube azul flotaban en el cielo lavanda y estos se movían en la dirección contraria.

Entonces, de repente, Kamoj comprendió lo que estaba viendo. Personas. Centenares de personas. Caminaban hacia la migración con la misma paciencia incansable de quienes ya formaban parte de la columna.

Vyrl cabalgaba a su lado.

—Vienen de Valdeplata.

—Esa es una de las ciudades que no tuvimos tiempo de visitar, ¿no?

Vyrl le sonrió.

—Sí. Aquinal envió mensajeros. La noticia se está extendiendo.

Valdeplata fue la primera. Durante los días siguientes, a medida que más ciudades se les unían, la migración fue en aumento. En Morellei tres mil personas más salieron a su encuentro. La columna se extendía ahora por las llanuras, veinticinco mil almas en total. Cada ciudad se organizaba. Los Bardos y las Memorias asignaban trabajos a los voluntarios: asegurarse de que la gente marchaba de forma ordenada, de que los suministros se distribuían, de que todo el mundo tuviera cobijo cuando acampaban y otras muchas cosas que iban surgiendo sobre la marcha.

Hacia el este, el resplandeciente río Valdeplata serpenteaba por las llanuras. Ya había equipos que estaban escogiendo emplazamientos para vadearlo. Pretendían confinar los daños que sin duda provocaría el cruce masivo a una pequeña región para impedir que el Valdeplata se convirtiera en un gigantesco pantano. Otros equipos trabajaban abriendo canales de irrigación desde su cauce y los de los ríos Tyrole, Jaldor y Taquinaire para poder traer el agua que necesitaban para aplacar la sed de las multitudes.

Bajo un brillante atardecer, Kamoj y Vyrl cabalgaban en sus lirinos por una larga colina que recorría las llanuras como el oleaje de un gran océano. Al llegar a la cima, contemplaron la migración. Kamoj estaba asombrada, no solo por su tamaño sino también por la naturaleza afable de la gente que la formaba. Habían venido atraídos por la aventura, sí, pero sobre todo por amor a la familia de Vyrl. Se sentía como si estuviera presenciando un milagro, una población entera trabajando unida para alcanzar una meta que no los beneficiaba como individuos sino que conformaba una idea superior. Un buen pueblo con un buen líder podía hacer maravillas. Pero Jax podía destruir todo aquello, en venganza, si destruía a Vyrl.

Kamoj miró a su marido.

—Voy a testificar.

Él se volvió mientras el viento le agitaba el cabello delante del rostro.

—¿Testificar? —Se apartó los rizos de la cara—. ¿Quieres decir a favor de esta gente?

—No. A tu favor. En contra de Jax. —De algún modo eso no era exactamente lo que quería decir, o no del todo: Una parte de su corazón estaba empezando a volar libremente tras haber pasado años atrapado—. Es también por mí. Toda mi vida he hecho las cosas por otros. Por Argali, por Jax, por ti. —Su voz se suavizó—. Verte feliz significa un mundo para mí. Lo que te doy lo hago gustosa, igual que hago con Argali. Pero no puedo vivir mi vida a través de otros. Debo hacerlo también por mí.

La expresión de Vyrl le recordó a la que veía en el rostro de Dazza cuando uno de

sus pacientes empezaba a sanar. Le cogió la mano y dijo sencillamente:

—Sí.

Y así empezaron a bajar la colina y siguieron adelante.

Ochocientas personas se unieron a ellos en Jalidor. De camino a Val Holin, Kamoj cabalgaba delante de Vyrl, a lomos de Mercurio.

—Confío en que la *Ascensión* esté recibiendo la emisión.

—Aún sigo conectado a la red orbital. —Vyrl se inclinó sobre ella para que pudiera oírlo por encima del tumulto de la migración—. El enlace es difuso a causa de las distancias, pero si alguien lo cortara yo lo sabría. Y no lo han hecho. Eso no garantiza que estén recibiendo las señales pero no es un mal comienzo.

Ella se apoyó sobre su hombro.

—El coronel Shipper quiere detenernos. ¿Pueden obligar a dar la vuelta a tanta gente?

—Podría rociar las llanuras con gas adormecedor. Probablemente no lo han hecho porque ver a decenas de miles de personas desplomándose simultáneamente sería una imagen estremecedora en las noticias. Además, es difícil saber cuáles serían sus efectos en una población de humanos alterados sobre la que no se han realizado pruebas como esta. Y lo mismo ocurre con la mayoría de métodos que podrían utilizar, como las vibraciones sónicas o los nanomédicos volátiles.

—¿Crees que eso bastará para impedir que actúen?

—No lo sé. —Reflexionó un instante—. Hay mucho en juego, puede que hasta el control de la civilización interestelar. Podría impulsarles a tomar medidas extremas.

Kamoj suspiró.

—Ojalá supiéramos lo que está pasando ahí fuera.

Vyrl resopló.

—Ojalá, sí.

Durmieron en la llanura, rodeados por treinta mil personas. En vez de utilizar la tienda, Kamoj y Vyrl se habían tendido a la intemperie, bajo varias mantas, y ahora contemplaban el firmamento preñado de estrellas. Una gibosa luna de color lavanda brillaba encima de sus cabezas y otra, azul y creciente, pendía cerca del horizonte.

—¿Cuántas lunas tiene Lyshriol? —preguntó Kamoj.

—Dos. —Vyrl hablaba con languidez soñolienta—. Aquí todo es doble. Todo. Los soles. Las lunas. Los cuernos de los lirinos. Ocho dedos por mano, dos pares de dedos enfrentados, ocho dedos en los pies, dos pares de dos dedos en cada pie.

Kamoj le acarició la pierna con el pie.

—Tú tienes diez dedos muy hermosos en los pies, esposo mío.

—Gracias a mi madre. —Vyrl bostezó—. Los habitantes de Lyshriol son un pueblo binario. Toda esta migración es como un enorme ordinograma. Puede que por eso esté funcionando. Danos un buen ordinograma y nos harás felices.

—¿Eso que dices tiene algún sentido?

Él rio con suavidad.

—Un ordinograma es un organigrama del funcionamiento de un programa informático.

—¿Por qué los primeros colonos de este planeta decidirían convertirse en una computadora humana?

—Solo los dioses lo saben. —Vyrl guardó silencio durante un rato. Justo cuando ella empezaba a creer que se había quedado dormido, dijo—: Nosotros pensamos que los ordenadores son máquinas. En el Imperio Rubí se los consideraba la extensión del pensamiento humano a otros universos. Ellos fundieron la física, los teoremas abstractos y el misticismo en una misma disciplina. Por eso nos cuesta tanto comprender su tecnología.

Kamoj jugueteó con sus palabras en su mente, como si fueran escamas cuyos patrones de color cambiaran dependiendo de cómo incidía la luz sobre ellas.

—El pueblo de Lyshriol debe de formar parte de un proyecto más grande.

Vyrl asintió con los ojos cerrados y la cabeza muy cerca de la de ella sobre las mantas.

—Puede que la ciudad que encontraste nos revele más cosas sobre el propósito de ese proyecto.

—Yo no estoy tan segura. —Kamoj pensó un momento—. Creo que tu pueblo y esa ciudad forman dos partes de un todo. Que una parte descubra algo sobre la otra sería como si un libro se leyera a sí mismo.

Vyrl abrió los ojos y la miró.

—¿Sabes?, eso encaja con lo que sabemos de la tecnología Rubí. Puede que para entenderlo todo necesitemos que alguien ajeno a Lyshriol lo examine en conjunto. Alguien que lea el libro. Nadie ha sido capaz de hacerlo porque, sin la ciudad, no teníamos todas las páginas.

Su respuesta sobrecogió a Kamoj, aunque tardó un momento en comprender el porqué. Ella le había contradicho y él había estado de acuerdo. Si hubiera hecho lo mismo con Jax, se habría burlado de su visión. Puede que más adelante hubiera utilizado la idea de haber pensado que lo merecía, pero en todo caso se la hubiera atribuido a sí mismo. Creía que los logros de ella menguaban su valía como hombre si se producían «a sus expensas», como él decía. A Vyrl no parecía importarle.

Envalentonada, dijo:

—Tu hermano Shannon está más próximo a ello. Sintió que la ciudad se desperzaba aun antes de saber que existía.

—Shannon siempre ha sido diferente. —La abrazó—. Se parece a los Arqueros del Valle de las Montañas Azules. Han estado aislados miles de años. Los rillianos somos muchos más y hemos experimentado mayor deriva genética, nada demasiado importante pero lo bastante aparentemente como para separarnos de lo que estuviese en resonancia con la ciudad enterrada. Por su proximidad a los Arqueros, Shannon podría estar más próximo a lo que la ciudad busca.

Kamoj pensó en lo que le acababa de decir.

—Si Lyshriol es un libro, puede que él tenga parte de las páginas perdidas.

—Y tú también. —Suavemente, añadió—: Tú eres mi página perdida, dulce Kamoj.

Ella le acarició la mejilla.

—Y tú la mía.

Después de eso permanecieron en silencio, disfrutando de la luz de la luna. La mente de Kamoj vagó, sumergida en la gran migración que dormía a su alrededor.

Durmiendo... durante milenios... hasta que ella respondió a su llamada.

Los habitantes de Rishollinia salieron a su encuentro como una riada sobre las llanuras. La columna había recogido a la mayoría de los trescientos residentes de Val Holin, además de varios miles de otras aldeas que Vyril no había podido visitar, cuyo número iba en aumento a medida que se extendían los rumores. Hasta ahora habían disfrutado de un tiempo ideal, días frescos y noches cálidas, pero empezaban a verse nubes azules corriendo por el cielo y una línea más oscura se asomaba al horizonte, en dirección sur. Kamoj confiaba en que la tormenta no estallara antes de que llegaran a Dalvador; si lo hacía ahora, podía ser un desastre.

Aquel día montaba en Armónico, con el Jagernauta de costumbre a su lado. La gente la rodeaba por todas partes; cabalgaban, caminaban, conducían carromatos, reían, gruñían y seguían adelante como mejor podían. Conducidos por pastores, había rebaños entre ellos, animales de granja más torpes que elegantes. Pasaban carromatos llenos de comida, aunque Kamoj ignoraba de qué clase; a ella todo le parecían burbujas. Un muchacho la adelantó y la saludó con la mano antes de seguir su camino. Cuando un grupo de chicos pasó corriendo delante de Armónico, gritando y riendo, el lirino se paró como protesta. Kamoj le acarició la corva hasta que reemprendió la marcha.

La columna viró hacia el sur y pasó a una distancia prudencial de Rishollinia. Las naves plateadas, siempre presentes encima de sus cabezas, controlaban sus progresos. En el horizonte, las nubes crecían a un ritmo constante.

El ir y venir de la gente se abrió un instante y Kamoj pudo ver que tres motas volaban por la llanura en dirección a ellos. Cuando se encontraron a cierta distancia, distinguió que se trataba de jinetes montados en lirinos. Se perdieron de vista cuando

la multitud volvió a cerrarse y le tapó la vista. Curiosa, azuzó a Armónico. Al cabo de pocos minutos, distinguió a Vyrl a cierta distancia, en compañía de los jinetes, dos hombres y una mujer que llevaban el cabello despeinado. En el horizonte, las nubes seguían creciendo.

Mientras cabalgaba hacia él, Vyrl se volvió. No parecía capaz de hablar. Los tres jinetes la observaban con abierta curiosidad y el rostro enrojecido.

La aprensión de Kamoj brotó a borbotones.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Vyrl señaló al horizonte, donde la niebla se extendía sobre las llanuras.

—Mira. —La voz le falló—. Dioses, Kamoj, mira.

Acongojada ahora, se volvió hacia los bancos de niebla.

—¿Crees que eso nos retrasará? Hasta ahora hemos tenido tan buen tiempo...

—¿Tiempo? —preguntó Vyrl—. ¿A qué te refieres?

Kamoj no sabía cómo interpretar su estado de ánimo. No parecía tan preocupado como asombrado. Volvió a levantar la mirada... y entonces comprendió.

Ese gran banco oscuro que se aproximaba desde el sur no era niebla.

Era gente.

El hermano de Vyrl, Denric, traía otros veinte mil. Se extendían al sur, a lo largo del horizonte, una marea de humanidad que inundaba las Llanuras. La migración aumentó hasta alcanzar las sesenta mil almas.

El día que divisaron Dalvador por vez primera otro banco de humanidad apareció en el horizonte, al este. La hermana morena de Vyrl, Aniece, cabalgaba delante de ellos, flanqueada a un lado por su portaestandarte, un hombre de constitución poderosa montado en un lirino, y al otro por la Memoria de la Marca Gris, la ciudad más grande de las llanuras septentrionales. Veinte mil habitantes de Lyshriol venían con ella.

Sin embargo, no vieron ni rastro de Lord Rillia o Shannon, quienes se habían dirigido hacia el norte, más allá de las Montañas Espinales. Rillia se había dirigido a los Valles, al noroeste, la populosa región que conformaba el corazón de su reino. Shannon había ido mucho más lejos, hacia las Montañas Azules, donde vivían los Arqueros de los Valles en números desconocidos, posiblemente unos pocos miles, puede que menos.

La gente de Dalvador se unió a ellos, otros diez mil que engrosaban sus filas. Los parientes de Vyrl acudían a saludarlo en una oleada constante. La migración había alcanzado ya la cifra de cien mil almas, un mar de gente. A pesar de lo mucho que emocionaba el espectáculo a Kamoj, quien nunca había imaginado tanta gente junta en un solo lugar, también la inquietaba. Habían pisoteado las llanuras de Dalvador hasta donde alcanzaba la vista. Vyrl le había asegurado que la hierba volvería a

crecer. Pero como mínimo pasarían meses y posiblemente más.

La columna no se detuvo en Dalvador, sino que continuó hacia el espaciopuerto, situado a unos diez minutos de marcha. En comparación con los grandes puestos espaciales que Vyrl le había descrito a Kamoj, aquel era minúsculo. El puñado de edificios encalados semejaba una aldea diminuta de Dalvador. El aeropuerto era lo bastante grande para albergar a unas diez lanzaderas. Ahora mismo no había ninguna allí.

Los Bardos ya habían asignado las tareas de mantenimiento del orden. Mientras la migración se extendía por el espaciopuerto, los vigilantes se movían entre la gente, hablando, organizando y calmando a la gente, así como impidiendo que los jóvenes demasiado entusiastas derruyesen los frágiles edificios. Por supuesto, nadie salió a recibirlos. El puerto había sido evacuado hacía mucho. Kamoj pensó que tampoco ella se hubiera quedado de haber estado a punto de recibir la visita de cien mil personas.

Aquel día montaba con Vyrl en Mercurio. Sentía cómo se esforzaba su marido por combatir el deseo de beber que a veces se apoderaba de él. Trató de proyectar pensamientos de consuelo y él murmuró algo y la atrajo hacia sí con los brazos alrededor del talle.

Sobre sus cabezas se escuchó un trueno más ruidoso que el de las naves habituales. Sobresaltada, Kamoj levantó la mirada hacia el cielo y vio la lanzadera rápida del MEI que volaba en dirección sur, dorada y negra en el cielo, un agudo contraste con el plata y azul de las naves de los Aliados.

Vyrl acercó a Mercurio a Primaria Stillmorn, quien montaba a lomos de un lirino púrpura.

—¿Qué hace? —preguntó mientras señalaba a la lanzadera.

—Vigilar. —Stillmorn se escudó los ojos con la mano y siguió observando a la nave hasta que se convirtió en una mota en el horizonte—. No tiene demasiado sentido seguir escondiéndose. Además, queremos que IntelMil de los MAT sepa que contáis con respaldo del MEI. —Se puso a trabajar con su guantelete. Aunque Kamoj estaba cada vez más acostumbrada a las máquinas de la *Ascensión*, cuando la voz de la piloto brotó del aparato, la cogió desprevenida. Stillmorn habló con ella en otro idioma y a continuación dirigió una mirada a Vyrl—. Vuestro cuñado trae un grupo desde el otro lado de las montañas. Las primeras avanzadillas deberían estar aquí mañana por la mañana. No sabemos demasiado sobre vuestro hermano Shannon.

—Probablemente no haya podido convencer a los Arqueros del Valle —dijo Vyrl—. Nunca bajan a Rillia.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Kamoj.

—Ahora —dijo Stillmorn— esperamos.

Kamoj, Vyrl y Denric estaban cenando en la tienda de Vyrl cuando Stillmorn vino a buscarlos.

—¡Es Lord Rillia! —Su rostro había enrojecido a causa de la carrera—. Sus primeros jinetes ya están en el campamento. Vuestra hermana Aniece quiere reunirse con ellos.

Mientras se levantaban, Vyrl hizo la pregunta que estaba en la mente de todos:

—¿Cuántos son?

La voz de Stillmorn, de ordinario impasible, estaba teñida de entusiasmo.

—Dicen que han traído más de las terceras partes de la población de los Valles de Rillia. —Stillmorn le sonrió—. Señor, es inmenso.

Denric lanzó una mirada hacia las montañas.

—Espero que no hayan destruido el Bosque del Cristal Tintado.

—Nuestros hombres se han asegurado de que lo rodearan —dijo Stillmorn—. El cruce de la montaña ha sido complicado pero parece ser que lo han llevado a cabo de manera ordenada. —Esbozó una sonrisa avergonzada—. Ojalá mis cadetes operaran de manera tan organizada.

Vyrl señaló el cielo, donde las naves de los MAT zumbaban sobre el campamento.

—Mi pueblo no está acostumbrado a verlos así, constantemente encima de ellos. Supongo que eso basta para apaciguar a los más entusiastas.

Stillmorn le lanzó una mirada de fiera satisfacción.

—No sé cómo lo han hecho... pero están viniendo.

Durante toda la noche, la migración de los Valles se derramó sobre Dalvador: ochenta mil almas. Llegaron, oleada tras oleada, hora tras hora, con carromatos, lirinos, ganado y suministros, atronando por la tierra. La noche se convirtió en una celebración en la que los habitantes de las Llanuras y los de los Valles se mezclaban, curiosos, precavidos e intrigados los unos por los otros.

Poco antes del amanecer, llegó Shannon con los Arqueros del Valle, muchos más de los que nadie hubiera imaginado o hubiera supuesto siquiera que existían, veinte mil, una fila tras otra de los esquivos y misteriosos nómadas. En inquietante contraste a la migración de los Valles, llegaron bajo la luz del amanecer temprano, en completo silencio, arqueros mágicos de cabellos dorados a lomos de etéreos lirinos de plata. Shannon cabalgaba a la cabeza de la columna, prueba viviente por su asombroso parecido de los lazos de parentesco que lo unían a ellos.

Así se reunieron doscientas mil almas, la población casi entera de Lyshriol. Mientras los dos soles se alzaban sobre el horizonte y teñían el horizonte de escarlata, los nativos desarmados de un mundo primitivo sito en un linde del espacio habitado comenzaron su asedio contra el más importante reducto de poder interestelar de la

humanidad.

El Mar de la Esperanza

Fuerzas externas

Ven a mí.

Kamoj se agitó bajo el edredón.

Ven a mí.

Antiguo y profundo, un poder sin nombre... enfocado por la lente que formaba la mente colectiva desperdigada por las llanuras, se extendía hacia ella, tratando de despertar...

Kamoj abrió los ojos, se tendió boca arriba y contempló el techo de la tienda. Desde allí, un globo vertía una luz tenue que dejaba sumida en las sombras la mayor parte de la tienda. Se sentía inquieta, perturbada por los jirones de su vago sueño. Vyrl estaba junto a ella, tendido de lado y dándole la espalda.

Le acarició el brazo.

—¿Vyrl?

Él se agitó un instante y siguió durmiendo.

Le pasó un brazo alrededor de la cintura.

—Despierta, león soñoliento.

—Kamoj —musitó—. Estoy cansado. —Giró sobre su espalda para mirarla—. Tengo casi setenta años, joven esposa. Tienes que dejarme dormir. —Y volvió a quedarse dormido.

Kamoj suspiró. Contempló la vida durante algún tiempo, o al menos lo aburrido que resultaba estar despierto cuando todos los demás dormían. Entonces salió de la cama. El aire frío la golpeó y se puso a toda prisa su ropa más cálida, la que le habían dado en la *Ascensión* para el viaje.

Al salir de la tienda el viento le azotó la cara. La luna creciente había ascendido hasta gran altura, lo que probaba lo avanzado de la hora. El campamento dormitaba ahora, sus fogatas convertidas en rescoldos. Un niño empezó a llorar y su madre trató de consolarlo. En algún lugar bufó un lirino.

Notaba sobre sí el peso de tantas mentes pero cuando interponía distancia entre Vyrl y ella la presión disminuía. Paseó por el campamento. Tras la llegada de los arqueros aquella mañana, todo el mundo había pasado el día levantando tiendas. Al día siguiente organizarían equipos de irrigación, caza y agricultura. Todo aquello le provocaba un sentimiento de satisfacción. Los Aliados esperaban que el asedio fracasara por falta de comodidades pero es que no habían visto como ella la tenacidad

demostrada por los habitantes de Lyshriol durante el viaje hasta allí.

Se sentó sobre un cajón abandonado y se cerró la chaqueta para que la calentara con su «picored de control climático». Fuera lo que fuese esto.

—Mis saludos, Kamoj.

Sobresaltada, se volvió. Había una figura esbelta bajo la sombra de una tienda cercana.

—¿Shannon?

—¿Puedo sentarme contigo? —le preguntó.

—Sí, desde luego. —Se movió para hacerle sitio. El cajón era lo bastante grande para que se sentaran en él varias personas pero moverse la ayudaba a lidiar con la timidez que sentía siempre en su presencia.

Él se sentó en un extremo del cajón y la observó con mirada distante.

—¿A ti también te cuesta dormir? —le preguntó.

—Sí. —La luz de la luna le teñía de plata los largos cabellos. Ella se preguntó si sería consciente de la etérea belleza que poseía. Tenía un aspecto luminoso, casi como si estuviera hecho de luz de luna en lugar de carne y sangre.

Permanecieron un rato sentados y en silencio. Entonces Shannon dijo:

—Está tratando de alcanzarte.

—¿Quién?

—El durmiente.

Kamoj deseó poder hablar de lo que habían descubierto.

—No sé a qué te refieres.

—Sí que lo sabes. —Su voz era una brisa distante que soplaba sobre caños musicales—. O Primaria Stillmorn no me hubiera interrogado de aquella manera la noche que hablamos.

De modo que había hablado con él en privado. No la sorprendía.

—No se me permite hablar de ello.

—¿Por qué?

—No estoy segura.

—Seguridad del MEI. —Ahora sonaba a hojarasca.

—Eso creo.

Shannon se volvió hacia el Bosque de Cristal Tintado.

—Durante los miles de años que mi pueblo ha vivido aquí desde la caída del Imperio Rubí nuestra reserva genética ha cambiado.

—¿Reserva genética? —Ella nunca había oído hablar de semejante cosa.

—Nuestros rasgos hereditarios. —Se volvió hacia ella y una sonrisa inesperada caldeó de repente sus fríos rasgos—. Supongo que es una simplificación. Pero más vale eso que un aburrido soliloquio sobre el ácido desoxirribonucleico.

Sus palabras la inquietaban. Hablaba con tal desparpajo que ella tendía a olvidar

que hasta la edad de dieciséis había recibido la misma educación que Vyrl. Pensó en lo que Vyrl le había contado.

—Quieres decir que los Rillianos han cambiado más que los arqueros.

—Sí. Yo tengo más en común con ellos que el resto de mi familia, pero no es suficiente. Tu pueblo debe de estar más próximo a ellos. Pero vuestras mentes no son lo bastante fuertes, no tanto como las de un psion Rubí. —Su mirada plateada parecía escudriñar su interior—. Quizá tú, en resonancia con Vyrl, puedas despertarlo. —Con templada calma, añadió—: Creo que es una Cerradura, Kamoj.

¿Una Cerradura?

—No entiendo lo que quieres decir.

—¿Sabías que nuestra familia posee el poder de activar las antiguas máquinas Rubí?

—Vyrl me lo contó. Me dijo que eso os ayudó a sobrevivir.

—Sí. Nosotros las llamamos Cerraduras. Los miembros de nuestra familia, la Dinastía Rubí, son las Llaves. —Sus palabras parecían arrollarse sobre sí mismas—. Tras quinientos años de búsqueda, en centenares de mundos, mi familia ha encontrado solo tres Cerraduras. Los Comerciantes capturaron una en la última guerra.

—¿Y piensas que hemos encontrado otra?

—No estoy seguro. Esto es algo diferente. No podría decir cómo. —La luz de la luna lo envolvía en un nimbo entre azul y plateado—. Está más allá de nuestro alcance, a menos que logremos despertarlo de su sueño. ¿Puedes hacerlo tú?

—No lo sé. —Kamoj hubiera querido tener una mejor respuesta para él.

La voz de Shannon era como la caricia del viento sobre los campos.

—Por favor, no abandones. —Se puso en pie—. Que duermas bien, mi nueva hermana.

Entonces desapareció entre las sombras.

La nave, con la resplandeciente insignia azul de los MAT en un costado, aterrizó al amanecer. Vyrl, Kamoj, Rillia y Stillmorn, protegidos por los Jagernautas, salieron a su encuentro.

Una mujer morena ataviada con un uniforme azul salió de la compuerta. Los saludó con demostraciones formales de respeto y se presentó como la comandante Jenki.

Vyrl la observó con cautela.

—¿Ha venido para decirnos que sus fuerzas se marchan?

—He venido a hablar por vuestro pueblo —dijo ella.

Vyrl frunció el ceño.

—¿Usted, hablar por ellos?

Jenski señaló el mar de humanidad que inundaba la llanura.

—Esta gente confía en vos, Os han seguido en un extravío desesperado que no puede más que fracasar. Estáis desbaratando sus vidas. Príncipe Havyrl, sed razonable. Sed un buen líder. Dejad que se marchen a su casa.

—No sea paternalista —dijo Vyrl—. No somos niños y no necesitamos que nos envíen a casa.

—Solo estáis haciendo daño —dijo Jenski.

—Nos quedaremos hasta que se marchen.

—No nos marcharemos —le dijo—. Aunque os quedéis aquí cien años.

—Jenski cree lo que ha dicho —dijo Kamoj mientras los cuatro regresaban al campamento—. Cree de veras que les estamos haciendo mal.

—¿Y si tiene razón? —Vyrl contempló la migración—. ¿Y si lo único que conseguimos es causarle penalidades a mi pueblo?

—Están tratando de desmoralizarte —dijo Lord Rillia—. No dejes que socaven tu confianza.

Stillmorn soltó un bufido.

—Así que no les gusta nuestra presencia aquí. Peor para ellos.

Vyrl sonrió a Primaria.

—Debería arrojarte sobre el próximo oficial de los MAT que se presente.

Stillmorn esbozó una sonrisa maliciosa.

—Será un honor servirlos, Vuestra Alteza.

Vyrl rio y su postura se relajó. Pero mientras caminaban, Kamoj podía sentir su fatiga. Aunque sabía lo que los Aliados estaban tratando de hacer, no era inmune a sus esfuerzos.

El tercer día desde el comienzo del asedio, los Bardos y las Memorias establecieron un gobierno para el campamento de los emigrados. A lo largo de los siguientes días, cada aldea eligió sus representantes para un Gran Consejo, que a continuación eligió un mucho más reducido Consejo Ejecutivo. Vyrl, sus hermanos, Lord Rillia y Primaria Stillmorn formaban también parte de este último.

Los granjeros empezaron a roturar la tierra circundante, por si el asedio llegaba a consumir sus provisiones. Otros construyeron corrales para el ganado y empezaron a abrir canales de irrigación, con la ayuda de un Jagernauta que poseía un título en ingeniería civil. La comandante Jenski volvió a presentarse para apelar a Vyrl. Entonces pidió reunirse con el Consejo Ejecutivo. Pasaron una hora dentro del puerto, con el mismo resultado que antes: ambos bandos se negaron a ceder.

Una noche, un equipo de comandos de los MAT aterrizó y trató de desactivar a los Jagernautas. Con su velocidad y fuerza aumentadas, su inteligencia dotada de IA, sus reflejos impulsados por ordenador y sus sistemas hidráulicos internos, los Jagernautas eran objetivos difíciles; además de que, en medio de la muchedumbre, a los comandos les resultaba imposible permanecer ocultos. Una multitud de alborozados nativos fue tras ellos, ignorando por completo el daño que el equipo de los MAT podía haber causado de haber querido. Kamoj vio un grupo de jovencitas descaradas que, tras derribar a un soldado y tratar de quitarle el uniforme, proferían toda clase de sonidos de asombro por su portentoso físico. A juzgar por la respuesta avergonzada del soldado, supuso que el trato con hembras traviesas no había formado parte de su instrucción.

Al final, antes que arriesgarse a que alguien saliera herido, el equipo se retiró a su nave y se marchó. Después de eso, Stillmorn se encargó de la seguridad. Mientras tanto, los Jagernautas seguían grabándolo todo y enviando sus grabaciones a la *Ascensión*.

El duodécimo día, la comandante Jensi pidió hablar con Vyrl y sus hermanos. Kamoj, Rillia y Stillmorn los acompañaron, así como, por supuesto, los Jagernautas. Se encontraron en una de las salas del puerto, una habitación blanca con sillas azules. Pasadas las tonterías habituales sobre lo honrados que todos se sentían en presencia de todos los demás, Jensi se metió en harina.

—Están aislados —dijo la comandante—. Hemos interrumpido sus transmisiones. Lord Rillia se encogió de hombros.

—Eso es lo que usted dice. No esperará que la creamos.

La Jagernauta no apartó la mirada de Vyrl.

—¿De verdad pensasteis que no encontraríamos vuestro medio de acceso al sistema, príncipe Havyrl? Pues lo hemos encontrado. El juego ha terminado. Ya no podéis seguir enviando vuestras señales.

Vyrl la miró sin dejarse apabullar.

—Es un farol. Si me hubieran aislado, yo lo sabría.

—No necesito farolear. —Recitó de un tirón una serie de números—. ¿Os resulta familiar?

—Así que ha encontrado algunas localizaciones de memoria en la red del MEI. —Vyrl hizo un ademán desdeñoso—. Eso no significa nada.

A Kamoj no le gustaba lo que estaba pasando. Con tantos telépatas Rubí a su alrededor, se había convertido en una lente que enfocaba sus percepciones. Ahora era extremadamente consciente de las emociones de los demás. Jensi exudaba confianza. Vyrl lo sabía. Sus hermanos y hermanas lo sabían. Stillmorn lo sabía. La comandante no estaba mintiendo. Y, al margen de lo que Vyrl hubiera dicho, Jensi lo había dejado estupefacto con su lista de números. Por debajo de su alarde de

impasibilidad, estaba preocupado. La opinión pública era la única arma con que contaban. Si la perdían, no tenían nada.

—Príncipe Havyrl. —Jenski adoptó un tono del tipo *seamos razonables*—. ¿Por qué someter a vuestro pueblo a todo esto si no va a servir para nada? Enviadlos a casa.

Fue Denric, el maestro, quien contestó.

—A estas alturas ya debería usted saber que ese argumento no funcionará. Si tan preocupada está, dígame a sus superiores que se retiren.

Jenski respondió con sus habituales tópicos. Los estados de ánimo de Vyrl y sus hermanos se arrebolaban alrededor de Kamoj, duda mezclada con desconfianza. Empáticos como eran, sentían la seguridad de Jenski. La comandante sabía que los MAT habían logrado bloquear el enlace de Vyrl.

Y sin embargo... y sin embargo, algo no encajaba. Kamoj no podía definirlo pero sentía que había un fallo.

Cerró los ojos. Cuando se concentró, algo se despezó en los límites de su mente consciente.

Resonancia.

La presencia enterrada bajo el bosque se agitaba en su sueño, medio despierta. Gracias a la consciencia mejorada que le prestaba, estaba en resonancia con los psiones Rubí que había en la sala, en especial Vyrl. Entonces la enfocó sobre Jenski.

Manipulación.

¿Alguien había manipulado el cerebro de Jenski? No, no exactamente. Había algo raro en la comandante. ¿El qué? Un engaño. Sí, eso era. ¿Pero cómo?

Kamoj abrió los ojos. Denric estaba hablando sobre la legalidad, o la falta de ella, en la ocupación de los MAT. Los demás, menos duchos en las leyes interplanetarias, escuchaban.

—Nuestro gobierno lo está considerando —señaló Jenski—. No tiene sentido entrar ahora a...

—Es un truco —dijo Kamoj.

Jenski se interrumpió, a todas luces sobresaltada por la intervención del miembro más silencioso del grupo.

—¿Gobernadora?

—Su mente. —Kamoj la estudió, tan absorta en lo que había descubierto que perdió sus habituales reticencias a hablar—. Es un truco en su mente. Cambia su cerebro. Le hace parecer confiada cuando no es así.

Jenski se frotó la barbilla.

—Gobernadora, mi pueblo no domina la ciencia de Kyle.

—No sé lo que significa eso de la ciencia de Kyle —dijo Kamoj—. Pero sé que han hecho un truco en su mente.

—La ciencia de Kyle es una rama de la neurociencia —dijo Denric.

—El estudio de los telépatas —le dijo Vyrl.

Chaniece se volvió hacia Kamoj. La intensidad de sus ojos violeta recordaba la de la mirada de su hermano gemelo, el ausente Del-Kurj.

—¿A qué te refieres?

—Hay un truco en la mente de la comandante Jenski. Hace que sus pensamientos parezcan diferentes. —Kamoj se concentró en ella—. Parece confiada pero no lo está.

Jenski le ofreció una sonrisa fatigada.

—Ojalá poseyera esa habilidad. Pero me temo que lo ha imaginado.

Kamoj frunció el ceño.

—No lo he hecho.

Ni Vyrl ni sus hermanos dijeron nada. Las emociones fluían sobre ella. ¿Cómo podía haber captado algo que a ellos se les había pasado por alto? No poseía ni de lejos su fortaleza mental y ninguno de ellos detectaba un truco en la mente de Jenski. Sin embargo, si admitían que creían a Jenski, cederían terreno en aquel duelo de voluntades.

Pero temían que la comandante estuviera diciendo la verdad.

—No he detectado ningún engaño —dijo Vyrl. Ahora que Jenski se había marchado, estaban sentados con mayor desenvoltura, relajados sobre las sillas azules.

—Sabe que todos sois telépatas Rubí —dijo Kamoj—. Estaba proyectando para vosotros. Yo no la preocupaba.

Denric se apoyó con el codo sobre el brazo de la silla y colocó la barbilla sobre su mano.

—Los Aliados pueden repetir cuantas veces quieran que no dominan la ciencia de Kyle pero yo no me lo creo. Puede que no haya captado ningún engaño pero os puedo asegurar que su mente estaba protegida.

—Pero sus defensas eran muy toscas —dijo la morena Aniece, hecha un ovillo en su silla.

—Pretendía que lo creyerais así —dijo Kamoj—. Para que no repararais en el engaño.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Aniece.

Kamoj titubeó. Si revelaba lo que había desarrollado su resonancia con Vyrl, estaría violando la seguridad del MEI. Se volvió hacia Primaria Stillmorn y esta le devolvió una mirada inflexible. Así que lo único que dijo fue:

—Cuando me encuentro cerca de Vyrl, entro en resonancia con él. Esto incrementa mi capacidad empática.

—Había oído que eso podía ocurrir —dijo Aniece—. ¿Pero no es algo muy raro?

—Muy raro. —Vyrl sonrió—. Pero cierto.

—De modo que —Lord Rillia miró a Kamoj— crees que la soldado del cielo está mintiendo.

—Sí. Así es.

Vyrl miró en derredor.

—Yo digo que sigamos con nuestro plan.

Tras discutirlo un poco, accedieron. Kamoj confiaba en no haberse equivocado con respecto a la comandante Jensi. De no ser así acababa de sentenciar a doscientas mil personas a un asedio infructuoso. Puede que por ahora lo considerasen una aventura pero la migración no tardaría en pasarles factura.

La vigésimo primera noche del asedio, los habitantes de Aquinal celebraron una fiesta. Todos los pueblos contiguos se unieron enseguida. Para cuando el Gran Consejo envió las primeras patrullas, grupos de jóvenes borrachos habían derribado tiendas, pisoteado campos de cultivo y, en general, habían avivado la existencia del campamento más de lo que nadie necesitaba.

El vigésimo segundo día, Aquinal limpió los desperfectos.

El vigésimo cuarto día, otros pueblos celebraron fiestas pero esta vez los participantes se comportaron razonablemente bien. Kamoj nunca había conocido gente tan festiva. Sí, las autoridades del campamento tenían que vigilar las improvisadas celebraciones. Pero la alegría reinante la animaba.

El vigésimo quinto día, una mujer de los Valles dio a luz una niña. El vigésimo séptimo día Vyrl, en su calidad de Bardo de Dalvador, cargo que le correspondía ahora que era el varón de mayor edad de la familia Valdoria que quedaba en Lyshriol, celebró el matrimonio de una pareja de Tarlaire. El trigésimo segundo día, un granjero de Jalidor apuñaló durante una reyerta a un mercader. Los dos se recuperaron pero Lord Rillia les impuso una multa.

El trigésimo quinto día, Valdeplata celebró un baile. Kamoj danzó con las demás mujeres bajo la luz de la luna, atrapada en el placer del movimiento y la música. Los hombres esperaban a los lados, disfrutando del espectáculo y dando palmas al ritmo del movimiento de ellas. Kamoj sentía lo mucho que deseaba Vyrl unírseles. Ojalá hubieran podido bailar juntos. Pero él no dio muestras externas de interés.

El trigésimo octavo día, el coronel Shipper se presentó.

—No tienen más que una alternativa. —Shipper se encontraba de pie junto a la entrada del espaciopuerto, con el cuerpo rígido mientras miraba a Vyrl, sentado al otro lado de una mesa—. Están violando la cláusula ocho-B del Tratado de Islandia referente a la propiedad civil. Insisto en que se dispersen.

Vyrl también estaba de pie, mirando a Shipper directamente a los ojos, como un ciervo cristazur que defendiera su territorio. Kamoj, Stillmorn y Denric permanecían en sus asientos, escuchando a Shipper con creciente consternación.

—¿Nosotros estamos violando el Tratado de Islandia? —inquirió Vyrl—. Su nación lo violó en el momento mismo en que se negó a liberar a mi familia.

—Eso debe decidirlo nuestro gobierno. —Shipper señaló una pantalla que mostraba una vista del campamento—. Lo que está ocurriendo aquí, sin embargo, nos concierne directamente. Estáis poniendo en peligro las vidas y propiedades de vuestro pueblo y mis hombres, y estáis interfiriendo con nuestra capacidad de cumplir con las obligaciones especificadas por un tratado que vuestros líderes y vuestra familia firmaron.

—Eso es una estupidez —dijo Vyrl—. Este es nuestro puerto, esta es nuestra tierra y este es nuestro planeta. De modo que lárquense de una maldita vez.

Shipper dio un puñetazo sobre la mesa.

—Dispersad el campamento, Valdoria. O lo haremos nosotros. —Dicho esto, se dirigió a la puerta junto con sus oficiales y guardaespaldas y salió del edificio.

En el silencio que siguió, Vyrl se quedó mirando la puerta. Entonces se sentó.

—Maldita sea.

Stillmorn le lanzó una mirada amarga.

—Había oído que teníais más tacto.

Denric se inclinó hacia delante.

—Sus afirmaciones sobre el Tratado de Islandia no se sostendrían en ningún tribunal.

—Eso no importa. —Stillmorn se frotó los ojos—. Han creado una razón que utilizarán para defender lo que quiera que decidan hacer a continuación. Probablemente lo emitan en programas de noticias para contrarrestar los nuestros. Apuesto lo que queráis a que dicen que están tratando de defender al pueblo de Lyshriol contra el fanatismo de Vyrl.

—Entonces debemos acelerar nuestros preparativos —dijo Denric—. Enseñar a más gente a defenderse.

—¿Contra qué? —preguntó Kamoj.

—Ese es el problema —dijo Stillmorn con voz cansada—. No lo sabemos.

Las fuerzas de los MAT llegaron de noche, cuando casi todo el mundo dormía.

Sus naves sobrevolaron el campamento y soltaron cargas de gas somnífero. El equipo de Stillmorn había enseñado a tantos como había podido a defenderse frente al gas, los ataques acústicos y las bengalas de luz. Estos habían enseñado a otros y estos otros a más, hasta que el conocimiento se expandió como una marea por aquel mar de

humanidad. Pero era imposible preparar a tiempo a doscientas mil personas. Miles de personas se fueron a dormir normalmente aquella noche... y permanecieron dormidos. Las lanzaderas de los MAT aterrizaron y de su interior salieron equipos que procedieron a cargar a los durmientes en las naves.

Kamoj y Vyrl trabajaron toda la noche con equipos escogidos que urgían a la gente a resistir. Frente al gas utilizaban máscaras, campos de fuerza resplandecientes, telas húmedas..., cualquier cosa que pudieran conseguir. Multitudes de nativos hostigaban a los soldados de los MAT, se colgaban del fuselaje de sus naves, se interponían en su camino, gritaban un montón y, en general, trataban de estorbar todo lo posible. Eran especialmente eficaces, así como celosamente melodramáticos, cuando sabían que los Jagernautas los estaban grabando.

La lucha se prolongó durante el día siguiente y luego al otro. Las naves rociaban el campamento y los soldados cargaban a los prisioneros en sus naves. El piloto de la lanzadera rápida del MEI les informó de que estaban llevándose a la gente a sus hogares y que una vez allí los dejaban al cuidado de quienes se habían quedado atrás. Treinta y nueve días después del comienzo del asedio, los Aliados se habían llevado a más de la mitad del campamento de emigrados.

Cansada y descorazonada, Kamoj se obligó al fin a reconocer la verdad: estaban perdiendo. Después de todo, la Tierra iba a ganar.

De pie junto a Vyrl, con el cabello enredado, el rostro enrojecido y la máscara de gas colgando de una mano, Kamoj observaba cómo pasaban junto a ellos los habitantes de Rhisiollinia y Jalidor, lanzando saludos a voz en grito mientras entraban en el campamento. Traían nuevos suministros y más ganado en carromatos tirados por lirinos de refresco.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Kamoj.

—Están volviendo.

Vyrl sonrió, exhausto pero triunfante.

—Sí.

El día cuadragésimo, regresaron al campamento los primeros nativos secuestrados por las fuerzas de los MAT. El arroyuelo de gente no tardó en convertirse en una riada. Ahora se había convertido en una cuestión de principios: no les gustaba que los enviaran a casa cuando se estaba celebrando el mayor festival de canto y baile de la historia conocida.

Siguieron llegando a la ciudad de tiendas, más numerosos a cada día que pasaba. Por muy deprisa que actuaran las lanzaderas, la gente seguía volviendo. Muy pronto, la velocidad con que regresaban superó a la velocidad con la que se los llevaban. Las lanzaderas con que contaban los MAT eran demasiado escasas como para seguir

llevándose a la gente e impedir al mismo tiempo que regresaran los que ya habían sido enviados a sus casas.

El cuadragésimo quinto día, los Aliados cejaron en su empeño. O lo hacían o tomaban medidas más drásticas, cosa que nadie quería, y mucho menos mientras todo el espacio conocido asistía al espectáculo. Aquella noche se celebraron fiestas por todas partes en las que se bailó, se cantó, se rio y las parejas se escabulleron en busca de un lugar más tranquilo.

Kamoj se encontraba con Vyrl alrededor de una fogata, escuchando las historias que relataban otros. Cuando el grupo empezó a romper botellas de vino, Vyrl se volvió hacia ella.

—Vamos.

Ella comprendió y asintió. Regresaron a su tienda y celebraron su propia fiesta. Sobre un nido hecho de mantas se movieron juntos, lánguidos al principio, luego con más ardor. Vyrl intentó cosas que ella nunca hubiera imaginado por sí sola. Ella luchó valientemente por no reír ni hacer ruido, no fuera alguien a entrar en la tienda y oírlos. Sentía sus sensaciones y las de él y al final todo se fundió en una neblina gozosa. Después, Vyrl y ella yacieron juntos, satisfechos, con los miembros entrelazados entre las mantas y los corazones latiendo al unísono.

El cuadragésimo sexto día, los curanderos tuvieron que tratar a la gente los efectos secundarios del gas y también las consecuencias del exceso de diversión de la pasada noche. Vyrl y Lord Rillia se reunieron con las Memorias para realizar un registro de la migración al estilo de Lyshriol. Kamoj ayudaba a los Bardos a preparar actividades para los niños. Stillmorn realizó una cesárea de emergencia a una hembra de lirino y la ayudó a parir un potro azul. Shannon y los Arqueros de Valle recorrían las llanuras en busca de caza con la que llenar los pucheros.

Así continuaba el asedio.

Cargada con varios fardos de ropa, Kamoj caminaba tras una fila de tiendas. Los sonidos del campamento la rodeaban: gente hablando y trabajando; animales resoplando y gruñendo; niños jugando. Por fin podía disfrutar de unos momentos de privacidad en aquel lugar, si bien con el omnipresente Jagernauta a su lado.

Suspiró, se sentó sobre un barril y apoyó los fardos sobre el regazo. La luz de los soles le caía sobre la cabeza desnuda y le calentaba tanto el cabello que le entraron ganas de cortárselo. Sentía cansancio y unas leves náuseas. Aquel día la molestaba el color lavanda del cielo, no porque no le pareciera bonito sino por principios, porque estaba cansada y sentía nostalgia. Extrañaba Argali. ¿Se había sentido Vyrl así en su mundo? Ahora comprendía aún mejor su melancolía.

Escuchó un ruido a su espalda. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Pero eso era aún más extraño. ¿Dónde estaba el Jagernauta? Tardó varios segundos en comprender

que debía pedir ayuda.

Pero entonces ya era demasiado tarde.

El coronel Shipper estaba sentado en el sillón del piloto de la cabina de la lanzadera, rodeado por los paneles de control. Otro oficial ocupaba el asiento del copiloto. Los demás asientos estaban llenos de soldados, que miraban hacia dentro. Observándolos con mirada implacable, Kamoj se encontraba entre dos soldados gigantescos. Le habían atado las muñecas a los brazos de su asiento para que no pudiese arañar a nadie más. Un médico estaba todavía tratando las heridas que le había hecho a un soldado en las mejillas y el brazo. Kamoj sintió un momento de remordimientos por haberlo atacado con tanta saña pero entonces se recordó a sí misma que se lo merecía por haber contribuido a su secuestro y a que la «pusieran en órbita».

Aunque Shipper estaba hablándole al aire, Kamoj había comprendido que en la lanzadera había una máquina que enviaba sus palabras al espaciouerto de Lyshriol.

—No tengáis la menor duda —estaba diciendo el coronel—. Si queréis volver a verla, dejad de transmitir.

La voz de Vyrl sonó en el aire.

—Eso es un chantaje.

—No pienso discutir de semántica con vos, príncipe Havyrl. Si queréis que os la devolvamos, acceded a nuestras demandas.

No lo hagás, pensó Kamoj.

—Quiero hablar con ella —dijo Vyrl—. Por lo que a mí respecta, toda esta historia podría ser un engaño.

—¿Acaso está vuestra esposa con vos? —preguntó Shipper.

Silencio. Entonces, Vyrl dijo:

—¿Cómo sé que no le han hecho daño? Si es que de veras está en su poder.

—Tenéis los informes médicos que os hemos enviado. Está perfectamente. ¿Cómo íbamos a tenerlos si no estuviera aquí?

—¿Cómo sé que la dejarán marchar? —Su voz sonaba a cólera—. Ya han separado a mi familia. ¿Qué va a impedirles llevársela una vez tengan lo que quieren?

—Podéis reuniros con ella —dijo Shipper—. Os llevaremos a los dos a un lugar seguro.

—¿Eso es todo? ¿«Haz lo que te decimos y te haremos prisionero»?

—Ya estáis bajo nuestra custodia. De este modo podréis estar con vuestra esposa.

Vyrl habló con lentitud:

—La respuesta es no.

—Bien —dijo Kamoj a pesar de saber que Vyrl no podía oírla. Los soldados que la protegían parecían incómodos. La frente de Shipper estaba cubierta de arrugas de fatiga y había perdido peso.

—Dispersad a vuestro pueblo —repitió el coronel.

—Váyase al infierno —dijo Vyrl.

—En ese caso nos llevaremos a la gobernadora Argali a la Tierra.

—Soy consciente de ello. —Vyrl aspiró hondo—. Por los dioses, hombre, ¿es que no se da cuenta de lo cerca que estamos de una guerra? Si lo hacen podrían estallar las hostilidades.

—Hacemos lo que debemos, príncipe Havyrl. —Shipper se frotó los ojos—. Algunas veces hay que elegir entre el menor de dos males.

Kamoj comprendía la situación demasiado bien.

—Por favor, dígame a mi esposa que lo siento —dijo.

—No hace falta que te disculpes —murmuró Kamoj. Al ver que Shipper se volvía hacia ella, le ofreció una sonrisa angelical.

Shipper se volvió de nuevo hacia el frente.

—Cierra enlace de comunicación.

La computadora de la lanzadera envió un mensaje de despedida al puerto de Dalvador. Primaria Stillmorn contestó en lugar de Vyrl.

—Enlace cerrado —dijo al fin la computadora.

El oficial que se sentaba en el asiento del copiloto dijo:

—La prensa nos va a pulverizar por esto.

—Solo si lo descubren. —Shipper lo miró de soslayo—. ¿Alguna señal de la emisión que la gente de Stillmorn haya podido enviar sobre este incidente?

—Ninguna, señor.

Shipper resopló.

—Eso significa que Valdoria no sabe qué hacer. Podría cambiar de opinión.

Espero que no, pensó Kamoj.

—Ha estado llorando —dijo Shipper a Vyrl—. Quiere hablar con vos.

—¡Vyrl! —gritó Kamoj desde el otro lado de la cabina—. ¡Está mm...! —Su voz se interrumpió cuando un soldado le tapó la boca con la mano. Le mordió un dedo y apretó las mandíbulas con fuerza.

—¡Ah! —El soldado se estremeció mientras su rostro se arrugaba de dolor.

Vyrl estaba hablando de nuevo y, a juzgar por la tensión que se captaba en sus palabras, Kamoj dudaba que hubiera oído su grito.

—A mi mujer no puedo ofrecerle más que mi arrepentimiento más profundo por lo ocurrido. —Su voz se endureció—. En cuanto a usted, Shipper, confío en que se pudra en un burdel de mala muerte.

Entonces cortó la comunicación.

—Está embarazada —dijo Shipper.

Kamoj se lo quedó mirando. ¿Embarazada? Abrió la boca para gritar de nuevo, para decirle a Vyrl que no le habían hecho ninguna prueba. El soldado con la mano vendada había alargado el brazo hacia ella, tenso como si ya estuviese sintiendo sus dientes. Sabiendo que la detendría antes de que lograra decir nada y que además, según parecía, Vyrl no podía oírla, se apiadó del soldado herido y cerró la boca.

—No le creo —dijo Vyrl.

—¿Habéis leído los libros del Génesis? —preguntó Shipper—. Creo que la frase es «creced y multiplicaos». Parece ser que sois un hombre de notable piedad.

Kamoj estaba segura de que Vyrl estallaría. Casi podía oír cómo le pedía Stillmorn que se contuviera.

Después de un prolongado silencio, Vyrl dijo:

—Shipper, en cuanto enviemos las grabaciones sobre lo que habéis hecho, sobre cómo habéis secuestrado a mi esposa, cada persona de cada planeta al que lleguen las noticias lo sabrá. Os destruirán.

Shipper se pasó las manos por el pelo. Kamoj sentía lo mucho que detestaba la situación... pero también sentía su determinación; él creía que aquellas medidas eran necesarias.

—En ese caso no volveréis a ver a vuestra mujer ni a vuestro hijo. ¿De veras estáis dispuesto?

Vyrl no tenía respuesta.

El coronel estaba sentado en silencio, en medio de la cabina iluminada tan solo por las luces de sus controles. Incapaz de dormir, Kamoj lo observaba. Al fin dijo:

—Nunca cederá.

Shipper giró la silla y la observó con callada preocupación.

—¿No le preocupa que esté dispuesto a abandonarla?

Ella respondió sin titubeos.

—No. —A decir verdad, la idea de estar prisionera sin Vyrl, sin poder volver a ver su pueblo ni su provincia, la conmovía profundamente. Pero odiaría aún más que Vyrl se sometiera.

Shipper habló en voz baja:

—Es usted una joven notable, gobernadora Argali.

No había esperado aquello. No tenía una respuesta educada, así que guardó silencio.

El copiloto habló:

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

—Reabra el canal.

Kamoj escuchó con cautela mientras el copiloto y alguien en el puerto interpretaban el incomprensible procedimiento que permitía que Shipper se comunicara con Vyrl.

Finalmente, Stillmorn habló por el comunicador. Con voz fría dijo:

—Puede usted hablar con Su Alteza.

—Me honráis con vuestra presencia, príncipe Havyrl —dijo Shipper.

—Olvide el protocolo. —Vyrl parecía exhausto.

—¿Habéis transmitido nuestra conversación a la *Ascensión*? —preguntó Shipper.

—Tenemos la transmisión a punto de salir —dijo Vyrl—. Nos estamos preparando para enviarla.

Shipper aspiró hondo.

—No lo hagáis.

—No pueden ustedes detenernos —dijo Vyrl.

—¿Aunque le devuelva a la gobernadora Argali?

Un prolongado silencio siguió a sus palabras. Kamoj estaba segura de que Vyrl estaba discutiendo con Stillmorn. Si hacía un trato con Shipper, perderían una gran ventaja; los programas de noticias destrozarían a los Aliados por aquella maniobra.

Vyrl volvió a hablar:

—Muy bien, coronel. Libere a mi esposa y no lo enviaremos.

Shipper se arrellanó en el asiento y cerró los ojos.

—Hecho.

Después de que la lanzadera hubiera aterrizado, Shipper salió junto con Kamoj a una tarde dorada. La puesta de sol llameaba en el horizonte y con sus tintes rosas, dorados y púrpuras convertía a las nubes azules en estandartes que cruzaban los cielos.

Vyrl estaba esperando junto a Stillmorn y el equipo de intervención, incluido el Jagernauta al que los comandos habían atacado para poder secuestrar a Kamoj. Se alegró al verlo; había temido que lo hubieran matado.

Shipper y sus hombres se encontraban a su alrededor, mirando al grupo de Vyrl, situado al otro lado del alquitranado. Kamoj tenía la seguridad de que iban a embarcarse en una nueva sucesión de interminables formalidades. Ya estaba harta. Sin esperar a que los grupos entraran en contacto, empezó a andar en dirección a Vyrl.

Sintió la tensión en el grupo de Shipper tras ella, como si el aire se hubiese vuelto más pesado. Frente a ella, al otro lado del alquitranado, Stillmorn y sus Jagernautas se llevaron las manos a las armas.

Vyrl caminó hacia ella, la chaqueta azotada por el viento. Se encontraron entre los dos grupos. Mientras se abrazaban, su mutuo alivio brotó como una cascada. Sus

emociones estaban tan entrelazadas que Kamoj no sabía con seguridad lo que provenía de ella y lo que se debía a él. Abrazada a Vyrl, cerró los ojos, tan contenta por estar de vuelta que quiso reír y luego llorar.

Cuando se separaron, Vyrl la tomó por los hombros y la miró a la cara.

—Kamoj, lo siento tanto, tanto...

—No. —Ella le puso un dedo sobre los labios para acallar su disculpa—. Me habría puesto furiosa si llegas a ceder.

Volvió a abrazarla y le habló al oído:

—Me alegro de volver a verte.

—Y yo. —Sus palabras apenas alcanzaban a expresar cómo se sentía. Con voz suave, añadió—: Has dado tu palabra. Debes cumplirla.

—Lo haré. —Alzó el rostro y miró más allá de ella.

Shipper se encontraba a unos diez pasos de distancia, con sus oficiales. El coronel contempló los campamentos interminables extendidos sobre las Llanuras de Dalvador. Entonces se volvió hacia Vyrl y dijo sencillamente:

—Sin disparar un solo tiro.

Con aquella críptica afirmación, sus oficiales y él regresaron a la lanzadera. Recortada contra una puesta de sol roja fluorescente, se remontó en el aire, cada vez más alta, hasta que no fue más que un punto negro en el horizonte. Entonces desapareció por completo.

Una nueva lanzadera llegó por la mañana. Aterrizó mientras los soles se levantaban sobre el horizonte. Iluminada por la luz cristalina del alba, atrapaba los primeros rayos de Valdor mientras este alzaba su gran orbe dorado por encima del horizonte.

Esta lanzadera lucía colores dorados y negros. Los colores de la *Ascensión*.

Cuando se hubo posado, una puerta oval se abrió con un parpadeo en su casco, por completo diferente a las sólidas compuertas de las lanzaderas de los MAT.

El general Ashman puso el pie en el suelo de Lyshriol.

Kamoj era consciente de la presencia de los campamentos detrás de ellos y de las multitudes que se agolpaban alrededor de la pista de aterrizaje. Todo el mundo quería saber lo que significaba esta inesperada aparición. ¿En qué condición llegaba un general del MEI, como hombre libre o como prisionero?

Vyrl y Kamoj cruzaron juntos la pista. Un Jagernauta esperaba junto a la entrada de la lanzadera. Antonio Lopezani. Un grito de bienvenida acudió a los labios de Kamoj pero se contuvo, ignorante aún de las razones que habían llevado a Ashman hasta allí.

La banda dorada de las mangas del general resplandecía bajo la luz que, en mitad del cielo, Aldan eclipsado a medias por Valdor, derramaban los soles sobre los campos. Ashman se dirigió hacia ellos y se encontraron a mitad de camino de la lanzadera. Por un momento, los tres se miraron sin más. Entonces, un acontecimiento de veras insólito se produjo. Ashman sonrió, a Vyrl entre todos los presentes.

—Lo habéis conseguido —dijo.

Vyrl se le quedó mirando.

—¿Estás diciendo que se han marchado?

La felicidad de Ashman permanecía casi oculta tras su granítico semblante pero Kamoj la vio a pesar de su control, sólido como la piedra.

—Las fuerzas de ocupación de los MAT se han retirado.

Kamoj no sabía si llorar o gritar. Allí abajo, sin modo alguno de juzgarlos efectos de sus esfuerzos, nunca les había parecido del todo real. Vyrl habló como si temiera que en cualquier momento el sueño fuera a desplomarse y desaparecer.

—Solo para estar seguro..., ¿estás diciendo que la Tierra nos está devolviendo el sistema?

Ashman asintió, por una vez con aire de satisfacción completa.

—Eso, príncipe Havyrl, es precisamente lo que estoy diciendo.

La sonrisa de Vyrl brilló en sus labios. Acto seguido, se volvió hacia las muchedumbres que se agolpaban alrededor del campo, entre las que se encontraba su familia. Alzó las manos sobre la cabeza y gritó:

—¡Lo conseguimos! ¡Se han ido! ¡Hemos ganado!

Por un momento, todo el mundo permaneció inmóvil. Entonces Denric echó a correr. Otros miembros de la familia de Vyrl lo siguieron, junto con los Jagernautas y

luego los Bardos y las Memorias. La multitud empezó a lanzar gritos.

Vyrl y Kamoj no tardaron en estar rodeados de gente. Las voces fluían y centelleaban, primero incrédulas, luego jubilosas. Kamoj no lo entendía todo; la gente estaba hablando tanto en iótico como en triliano, todos a la vez, excitados y emocionados. No importaba. Su regocijo brotaba como una marea incontenible.

Se dio cuenta de algo. Si las fuerzas de ocupación se habían ido, también lo había hecho el peligro de que pudieran dar con la ciudad enterrada. Los lejanos ancestros de Vyrl, cuyos nombres y recuerdos se habían perdido en el colapso de su imperio desaparecido, habían creado lo que quiera que durmiera allí. Ahora volvía a ser suyo, no como amo o como siervo, sino como una parte de ellos, entrelazada con su misma existencia.

Los robots estaban construyendo un escenario delante del edificio principal del espaciopuerto. Antonio estaba con Kamoj a la sombra de una pared, observando. Kamoj volvía a tener mal de espacio, a pesar de que habían pasado días desde que los hombres de Shipper la llevaran a la lanzadera.

—Las noticias sobre Lyshriol han sido las más vistas en todas partes —le estaba diciendo Antonio—. Se propagaron como un incendio.

—¿Cómo han reaccionado los ciudadanos de los Mundos Aliados? —preguntó Kamoj.

Un destello iluminó los oscuros ojos de Antonio.

—Con rabia, más que nada, pero no contra nosotros. Los Mundos Aliados se han considerado siempre el aspecto más bondadoso de la humanidad. Todo el mundo los ve así, incluidos los Comerciantes y nosotros. Detestaban que sus fuerzas estuvieran desempeñando el papel del villano.

Ella sonrió.

—¿Y tu pueblo? ¿Cómo ha respondido?

Una expresión cálida asomó al rostro de Antonio.

—También es vuestro pueblo.

Kamoj dejó que la idea la empapara. Por supuesto. Ella era eskoliana. Le costaba pensar en sí misma de aquella manera.

—Nuestro pueblo.

—La reacción fue increíble. —Antonio señaló al cielo—. El debate explotó por todas partes. Cuestiones éticas, la libertad, la guerra, la paz, la soberanía cultural..., todo ello salió a la luz, no solo para el caso de Lyshriol sino para el de todos nosotros. Llevamos siglos luchando con los Comerciantes pero ninguno de nuestros enfrentamientos fue tan extenso y destructivo como la Guerra del Resplandor. Lo que ha ocurrido aquí es un milagro. El ver que toda esta gente se embarcaba en una misión de paz, una que aparentemente estaba condenada al fracaso y sin embargo

triunfaban... —Aspiró hondo—. Es como una bocanada de aire fresco sobre el mundo.

Kamoj contempló el inmenso campamento. Los sonidos de celebraciones distantes se arrastraban hasta ella. Le hubiera gustado tener un modo tangible de mostrarles a todos ellos, más allá de las meras palabras del MEI, lo que sus esfuerzos habían logrado.

Denric, con los rubios cabellos mecidos por la brisa, caminaba hacia ellos. Se sentía más cómoda con él que con los demás parientes de Vyrl, en parte porque no era demasiado alto, al menos en comparación con los demás. Pero además poseía un brillo que a ella le gustaba. Estaba segura de que era un buen maestro; los niños responderían a su naturaleza afectuosa y a su personalidad luminosa. ¿Era felicidad lo que exudaba? ¿Alegría de vivir? Lo único que ella sabía era que le gustaba estar cerca de él.

La impresionaba que un hombre de privilegios, riqueza, posición, contactos y credenciales académicas hubiese decidido consagrar su vida a enseñar a los niños de los desfavorecidos. Viudo desde hacía varios años, Denric vivía, según parecía, solo, en una casa modesta y de su minúsculo salario de profesor. Se había instalado en Sandstorm, un mundo en el que furiosas tormentas de arena recorrían los desiertos de las regiones ecuatoriales, las únicas del planeta que podían albergar una población humana.

Denric la saludó con un gesto de la cabeza al llegar a su lado.

—Vyrl hablará pronto. —Señaló el escenario, al pie del cual estaban los Valdoria conversando con Ashman y otro oficial del MEI.

—¿Quién es la mujer que acompaña al general Ashman?

—Un técnico de la prensa. Están preparando las cosas para que todo el mundo pueda oír los discursos. —Denric la observó—. ¿Estás segura de que no quieres estar con Vyrl mientras habla?

Kamoj sentía su perplejidad. Todos habían reparado en la negativa de Vyrl a probar el alcohol y su silencio sobre lo que le había ocurrido después de abandonar Lyshriol. Sabían que algo no andaba bien, a pesar de que Vyrl y Kamoj mantenían las mentes veladas.

Eligió una respuesta que era sincera al tiempo que protegía su intimidad.

—Aún no sabemos lo que va a hacer Jax Ponteferro. Me sentiría incómoda si tuviera que aparecer en público.

Denric la miró con una comprensión que, sospechaba, hacía de él un maestro de talento. Apartó la mirada de su amabilidad y la dirigió hacia el campamento. A escasas tiendas de distancia, una chica estaba trazando un círculo de piedras en el suelo, probablemente para encender una fogata.

—No quiero que lo que pasó con Jax salpique ahora a Vyrl —dijo.

Denric habló con voz suave:

—¿Estás segura de que eso es lo que te retiene, Kamoj? No dejes que eso te manche el corazón, por favor.

¿Es eso lo que estoy haciendo? Aún le dolía por dentro cuando pensaba en Jax.

Kamoj se volvió hacia el lugar en el que Vyrl conversaba con sus hermanos. La imagen que formaban le recordaba a algunos códigos que había visto, en los que las imágenes ocupaban el lugar de las palabras: Aniece y Lord Rillia de púrpura, como correspondía a su título; Shannon con su camisa y sus pantalones verdes, un exótico Arquero del Valle; Chaniece, hierática y elegante, con el cabello recogido en un moño clásico del que escapaban zarcillos dorados que enmarcaban su rostro angelical; sus hijos a su lado, el altísimo Delson con las manos sobre los hombros de su hermano de diez años, Jaqui, quien lo observaba con ojos vigilantes, como si quisiera protegerlo del mundo. Ashman se había retirado con sus guardaespaldas a la sombra de un edificio... Ashman, invisible e inaudible, el poder implacable que lo había hecho todo posible, bien que a un gran precio, un rey en la sombra moviendo sus piezas sobre un tablero.

Denric alzó la mano en un gesto de invitación dirigido a Kamoj.

—Ven con nosotros.

Aspiró hondo. Adiós, Jax.

Entonces fue con Denric a reunirse con su nueva familia.

La mujer de la prensa dispuso una retícula de globos amplificadores sobre el campamento. Las esferas brillaban y se movían, para curiosidad de los niños. Cada vez que conseguían capturar una de ellas, empezaba a zumbear hasta que la soltaban. Entonces se alejaba girando, al tiempo que su diminuto cerebro IA trataba de encontrar la altura que permitiese que todo el mundo pudiese escuchar la transmisión y le evitase a ella la indignidad de verse convertida en un juguete para niños.

Vyrl y Kamoj esperaban sobre el escenario, con un globo encima de las cabezas. Los hermanos de él formaban un semicírculo a su alrededor, protegido por los omnipresentes Jagernautas.

Y Vyrl habló.

El globo recogió sus palabras y las envió a los demás, que zumbaban sobre el campamento, para que su mensaje, convertido en obra de arte por aquella voz atronadora que hablaba en su idioma materno, llegara a todos los presentes. Aunque Kamoj no entendía las palabras, sabía que les estaba contando cómo habían logrado vencer al poder de una civilización interestelar. La audiencia lo vitoreaba y silbaba para demostrar su aprobación. Y sin embargo, Kamoj hubiera querido ofrecerles una evidencia más palpable de que su mundo volvía a pertenecerles.

Entonces lo supo.

Cerró los ojos y dejó que el discurso de Vyrl la acariciara. Las mentes de todos los que lo estaban escuchando se fundieron en una luminosa marejada de pensamiento. Se acercó a ese resplandor, lo enfocó como si fuera una lente.

Abrió los ojos. Ahora estaba tan unida a Vyrl que casi podía comprenderlo, no porque hubiera aprendido el triliano en los pasados segundos sino porque su mente tocaba a la de ella a un nivel casi subconsciente.

Entonces extendió su mente... y se abrió a la presencia que dormía bajo el Bosque de Cristal Tintado.

¡Despierta!

Fue como un florecimiento, como el nacer de yemas tiernas en la cálida primavera de Balumil, después de que las semillas hubieran permanecido aletargadas durante años, protegidas de las tormentas y heladas del invierno.

Vyrl interrumpió su discurso. Y se quedó allí, contemplando aquel mar de gente. Kamoj se dio cuenta de que estaba escuchando, no con los oídos sino con la mente. Se volvió hacia el Bosque de Cristal Tintado, visible apenas como una mancha de color en las distantes colinas de las Montañas Espinales.

La presencia seguía desplegándose, un despertar que, más que oírse, se sentía en los pensamientos. Como los tallos nuevos del grano alzando la cabeza, mecidos por el viento, abriéndose, creciendo, llenos de vida: así despertó el durmiente.

Ven a nosotros, pensó Kamoj.

La muchedumbre se agitaba y cuchicheaba, mientras esperaba que Vyrl continuase. Los niños corrían, los cocineros atendían las fogatas y las mujeres pulían tallos de cristal de pompas. Volvió a levantarse viento, más fuerte esta vez. Vyrl tomó a Kamoj de la mano mientras se asomaban por encima del océano humano que rompía contra el escenario y se extendía hasta donde alcanzaba su vista. La brisa sopló de nuevo y le ensortijó a Kamoj el cabello alrededor del cuerpo.

Cuando empezó el fragor Kamoj pensó que debía de estar escuchando alguna máquina del espaciopuerto cuyo sonido era amortiguado por las paredes. Entonces se dio cuenta de que, más que un muro, era la distancia lo que hacía enmudecer al sordo retumbar. Miró en derredor, primero al cielo, luego a la pista de aterrizaje, por si había llegado una nueva nave.

Pero no, los cielos estaban vacíos y solo la lanzadera del general Ashman descansaba en la pista.

El retumbar se hizo más intenso. Provenía de..., ¿de dónde? ¿De las montañas? ¿De debajo de las llanuras? En el campamento, la gente había dejado de cantar y se estaba volviendo también para tratar de localizar la procedencia del sonido. Muchos saludaban a las esferas y contemplaban con deleite a aquellas maravillas capaces de transmitir voces y ahora, según parecía, sonidos. Al principio, también Kamoj creyó

que eran los orbes los que producían el retumbar. Entonces su resonancia con Vyrl vibró, como la cuerda de un instrumento al ser tañida y sintió el rumor a un nivel más profundo...

Un nivel accesible solo a Vyrl y sus hermanos Rhon.

El viento cantaba sobre las llanuras. Le arrancó el gorro a un muchacho y lo arrojó sobre un corral de ganado; agitaba los estandartes de las tiendas más grandes y la ropa que colgaba junto a las entradas; acosaba a los globos transmisores, que giraban aún más deprisa en las corrientes cada vez más aceleradas, reflejando la luz del sol en chispazos de color.

El rumor iba en aumento. Parecía provenir del lejano Bosque de Cristal Tintado o acaso de las montañas, pero también de allí mismo, de debajo de ellos, de las llanuras. Una niña pequeña gritó y corrió hacia su madre. Empezaron a alzarse gritos por el campamento mientras el viento derribaba postes de las tiendas, sacudía las cosechas y azotaba el agua de los canales de irrigación. La gente se volvía hacia el escenario como si allí pudiesen encontrar una explicación, al tiempo que la inquietud empezaba a insinuarse en su júbilo. Kamoj captó sus pensamientos atropellados: tenían un terremoto.

—Todo va bien —dijo Vyrl. Los globos llevaron sus palabras a todo el mundo, por encima del viento, un mensaje tranquilizador transmitido por millares de corifeos giratorios—. Todo va bien.

Kamoj dijo:

—Contempla tu herencia, hermoso Lyshriol. —El globo que tenían encima cambió de color para ajustarse a su tono agudo y se volvió casi transparente, como un diamante, mientras traducía sus palabras y las enviaba bajo el viento y bajo el sol por todas partes.

El aire empezó a relucir. El efecto se parecía al de las cortinas de resplandor que los hombres de Vyrl utilizaban en Balumil para protegerse, solo que este recorría el aire en oleadas de luz que arrojaban chispas de color como si fueran los cuernos de un lirino. Cruzaban la tierra y el aire y llenaban el mundo de luz radiante.

Y sin embargo, casi nadie se comportaba como si estuviera viendo la luminiscencia. Unas cuantas personas miraban a su alrededor, boquiabiertas. Un niño pequeño rio, al tiempo que pasaba las manos por una onda de color. Pero la mayoría parecía estar escuchando tan solo el sonido, un sonido que asumían que procedía de los orbes. Vyrl y sus hermanos, que veían lo que nadie —salvo Kamoj— parecía ver, tenían reacciones muy diferentes. Las emociones los recorrían a oleadas: maravilla, aprensión, miedo y asombro.

Entonces las Llanuras de Dalvador empezaron a cantar.

El sonido brotaba de la tierra, profundo y hermoso, resonando con un poderoso vibrato, como las voces de los hombres de Lyshriol, chispeando con melódicos

repiques, como las voces de sus mujeres. Hizo que Kamoj pensara en la primavera de Argali, cuando las primeras rosas silvestres abrían sus yemas bajo la fría luz de Jul.

La tierra empezó a trepidar. Círculos que ondulaban a lo largo de las llanuras como las ondas creadas cuando se arroja un guijarro a la superficie de un lago, extendiéndose en anillos, solo que aquí era como si un millar de manos estuviera arrojando un millar de guijarros en el mar de las Llanuras de Dalvador.

Empezaron a alzarse gritos, ¡*Terremoto!*, mientras la tierra en movimientos sacudía las tiendas, provocaba la estampida del ganado, derribaba urnas y vertía el agua de las cisternas. Tan unida como estaba ahora con Vyrl, Kamoj comprendía la palabra en triliano. Sintió la sombra de una duda. ¿Se había equivocado al convocar a la antigua ciudad?

Vyrl se volvió hacia ella, con su mente aún más unida a la suya por causa de la presencia que despertaba.

—No te has equivocado. —En sus ojos brillaba la luz del Bosque de Cristal Tintado—. Es un milagro.

Entonces el suelo se abrió.

Ocurrió en miles de lugares diferentes, desde allí hasta las Montañas Espinales y hacia el este, el oeste y el sur, en lugares que habían sido vaciados por las ondas de tierra en movimiento para que no cayera ninguna persona o animal. La tierra se partió en fisuras y agujeros, bañada por la luz de Valdor y Aldan. Y sin embargo, la gente seguía comportándose como si el efecto fuera invisible. Unas pocas personas retrocedieron, con aspecto confundido o inseguro, frotándose los ojos y sacudiendo la cabeza. Los demás no parecían ver nada.

Brotaron torres de cristal tintado de la tierra, fantasmas irreales que, más que de materia, eran de luz y de aire. Resplandecían de colorido y despedían nubes de pompas iridiscentes. En miles de lugares diferentes, por todas las Llanuras de Dalvador, se irguieron hacia lo alto, delicadas, aéreas y luminosas. La luz de los soles incidía sobre ellas y emergía en rociadas de colores de arcoíris. Por toda la tierra se estaba formando una ciudad de torres, tan etérea que se hubiera dicho que podía flotar sobre el viento. El aire chispeante destellaba mientras la tierra emitía su sobrecogedor canto. Un canto que llenaba a Kamoj de júbilo y congoja a un tiempo, glorioso más allá de las palabras.

Solo parecieron pasar unos momentos antes de que las torres empezaran a desvanecerse y desaparecer, convertidas en ondas en el aire. Los agujeros en la tierra se esfumaron también y entonces Kamoj comprendió que la tierra no se había abierto. Todo había sido una ilusión. El viento se calmó y el canto se hizo distante y se retiró a las montañas. Muy pronto, las torres espectrales y la luz resplandeciente no eran más que ecos, como el reflejo de una aurora. La imagen que habían dejado tras de sí se evaporó y no quedó más que la luz intensa del amanecer.

Entonces las llanuras volvieron a ser como habían sido y solo las tiendas caídas y las urnas volcadas quedaron como testimonios mudos de lo ocurrido. Puede que la ciudad fantasma no hubiera sido más que luz, pero la música, el viento y la trepidación de la tierra habían sido reales.

Vyrl le cogió la mano a Kamoj y habló en voz baja para que nadie más pudiera oírlo:

—¿Podría ser de allí de donde venimos? —Había en sus ojos una luz distante, luz del alba—. ¿Era la imagen de una ciudad ya desaparecida construida por nuestros antepasados hace cinco mil años?

Kamoj sabía que de todos los miles de personas que había allí, solo Vyrl y sus hermanos Rhon habían visto las imágenes de luz o se habían percatado de que la música no provenía de las esferas. Habló con suavidad:

—La ciudad que hay bajo el Bosque de Cristal Tintado le ha ofrecido este regalo a tu familia. Por haber traído de regreso a la Dinastía Rubí.

Ajeno al hecho de que un planeta entero los observaba, Vyrl la abrazó.

—Tú me has hecho el regalo, Kamoj.

Resolución

Estado completo

El general Ashman colocó la cinta ribeteada de oro alrededor del cuello de Kamoj. Un medallón pendía de su extremo, un círculo de rubí inscrito en un triángulo de platino. En el centro del círculo y el triángulo, la silueta dorada de una estrella en explosión superaba sus límites.

—Con la autoridad que me otorga el Mando Espacial Imperial —dijo Ashman—, te hago entrega, Kamoj Quanta Argali, de la Medalla del Imperio.

Se encontraban frente a la chimenea de la Sala del Hogar, acompañados por Vyrl y su familia, que estaban agrupados a un lado. La habitación estaba llena de filas de Jagernautas y oficiales del MEI, entre ellos Stillmorn y su equipo, así como Antonio, a petición expresa de Kamoj. Todos aplaudieron cuando Ashman terminó.

Kamoj le habló al general en voz baja para que solo él pudiera oírla.

—No me lo merezco.

Él respondió con voz apacible:

—El heroísmo adopta muchas formas, Kamoj. El coraje, el valor y la integridad no tienen por qué anunciarse con destellos o fanfarrias. Los tuyos son silenciosos y nos has honrado con ellos.

Kamoj levantó el medallón, con los nudillos apretados contra el corazón, incapaz de expresar lo mucho que sus palabras significaban para ella. Miró a Vyrl, quien llevaba un medallón semejante alrededor del cuello y entonces su marido sonrió con una mirada llena de afecto.

Se despidieron de la familia de Vyrl en el patio. Él abrazó a sus hijos, nietos y demás descendencia, y luego a sus hermanos y hermanas, con el rostro bañado en lágrimas. Varios miembros de la familia seguían aún bajo custodia en la Tierra: la madre de Vyrl, Roca, Faraón Presunta; su hermano Del-Kurj, gemelo de Chaniece; el hermano menor de Vyrl, Kelric, Emperador; la esposa de Kelric y Ami y Kurjson, la viuda y el hijo menor del antiguo emperador. La retirada de las fuerzas de los MAT había sido lo máximo que el MEI había conseguido de la Tierra.

Pero el resto de la familia de Vyrl estaba allí aquel día. Al principio todos hablaban a la vez, llenando el patio con sus voces líricas y repicantes. La conmoción se fue apagando poco a poco y cada uno esperó su turno para despedirse. Kamoj

permanecía aparte, dándoles espacio, sonriendo si alguien se le acercaba, tomando sus manos y abrazándoles cuando correspondía, pero sin entrometerse en el círculo de la familia. Sentía sus emociones conflictivas; aunque a la mayoría le gustaba, muchos de ellos estaban resentidos porque se llevaba a Vyrl de Lyshriol.

Como empáticos unidos por lazos de parentesco que eran, sus emociones llenaban el patio. Su intensidad era tal que costaba soportarla demasiado tiempo. Al poco rato salieron de la casa y caminaron por Dalvador, los niños corriendo y jugando, los adultos más comedidos. Como de costumbre, los Jagernautas los seguían a prudente distancia. Al llegar al linde del pueblo, se dieron la última despedida.

Vyrl, Kamoj, Aniece y Lord Rillia caminaron ya solos por la tierra pisoteada que precedía al espaciopuerto. Hacía cinco días que se habían retirado las fuerzas de ocupación. Aún había campamentos desperdigados por toda la llanura pero la mayoría de la gente había regresado a sus casas.

Por lo que el público e incluso la mayoría de los oficiales del MEI sabían, las esferas habían emitido la gloriosa música que todo el mundo había escuchado. El MEI había asegurado que sus especialistas en comunicaciones la habían producido. Unas pocas personas aseguraban haber entrevisto retazos fantasmales de la gran ciudad pero más allá del planeta no se les dio demasiado crédito. Los habitantes de Lyshriol creían que Vyrl había ordenado que la tierra se moviera en una demostración triunfal. Oficialmente, el MEI consideraba al «terremoto» una mera coincidencia y permitió que los programas sensacionalistas de holovideo afirmaran que había sido provocado por los hombres de Ashman como alarde de poder.

Solo la Dinastía Rubí, el general Ashman y unos pocos oficiales escogidos conocían la verdad, que tanto la música como el terremoto habían sido provocados por la ciudad en su despertar. Nadie salvo los Rhon y Kamoj había presenciado en todo su esplendor las ilusiones y Kamoj tenía la sospecha de que lo que ella había visto palidecía en comparación con lo que Vyrl y sus hermanos habían presenciado.

Ahora Aniece caminaba con ella por la llanura. Menuda de talla, redondeada y llena de curvas, con una cascada de cabello negro, un rostro juvenil y ataviada con un vaporoso vestido azul, bien podía haber sido su hermana por sangre más que por matrimonio. Le habló con su voz musical:

—Me alegro de que hayamos podido conocernos.

—Y yo —dijo Kamoj.

Aniece dirigió la mirada hacia donde su marido caminaba con su hermano, por delante de ellas. Vyrl era un poco más alto que Rillia, ancho de hombros, con rizos trigueños en vez de canos. Pero ambos hombres compartían un aire, esa desenvoltura que les otorgaba la confianza en sí mismos.

—Lo haces muy feliz —dijo Aniece—. Me alegro. Ha estado tan solo desde que... —Hizo una pausa—. Estos últimos años.

—¿Desde que murió su esposa?

—¿Te lo ha contado?

Kamoj asintió.

—Debe de haberla amado mucho.

—Sí. Así es. —Una expresión traviesa cruzó por su cara—. Siempre estaba enamorado. ¿Sabes lo que siempre ha querido, desde que era un niño? Una mujer en los brazos, una granja llena de vida y muchos niños. —Su voz se tomó reflexiva—. Puede que sea algo hereditario. Antes de que mi madre llegara aquí, la mortalidad infantil era muy grande. No había sistema sanitario, la endogamia era habitual y los cuidados prenatales eran inconsistentes: la vida era una lucha constante. Solo los que tenían muchos hijos conseguían que su linaje perdurase.

Kamoj lo entendía demasiado bien.

—Se parece a Argali.

—Vyrl dice eso mismo. —Aniece señaló a la gente que trabajaba en los canales de irrigación y estaba replantando los campos—. Después de la boda de mis padres, Lyshriol se convirtió en un mundo importante. Por fuera no parece muy diferente. Los avances son de los que no se ven: cuidados médicos, mejoras sanitarias, educación, esa clase de cosas.

La esperanza resplandeció en el corazón de Kamoj. Lyshriol le ofrecía una visión más positiva de los eskolianos.

—Es posible que Vyrl y yo podamos hacer lo mismo por mi pueblo. Me gustaría ver prosperar a Argali, pero no quisiera que perdiese lo que la hace única.

—Habla con Vyrl —dijo Aniece—. Él querrá ayudarte.

—¿Aún siguen muriendo muchos niños aquí?

—Raras veces. En los pueblos hay clínicas que ofrecen la mejor atención médica que la medicina eskoliana puede proporcionar.

Kamoj sonrió.

—Pero el impulso de tener familias grandes sigue existiendo.

Aniece rio, una risa que era como el chapoteo musical de un arroyo. Vyrl y Rillia se volvieron y ella los saludó con la mano.

—Seguid con vuestras conversaciones de hombres —les dijo. Vyrl sonrió y Rillia enarcó las cejas pero los dos se volvieron.

Aniece le habló a Kamoj en tono de confianza:

—Mi hermano, ese sí que ha sentido siempre el impulso de tener una gran familia.

Kamoj se ruborizó, mientras pensaba con cuánta diligencia se habían consagrado Vyrl y ella a esa tarea. Él no era el único que sentía el impulso.

—Tienes que traérmelo de visita a menudo —dijo Aniece.

—Lo haré. —Kamoj vaciló—. Confío en que Shannon no tenga problemas con la

ciudad. —Ninguno de ellos sabía aún qué secretos ocultaba la enigmática presencia que se escondía bajo el Bosque de Cristal Tintado o cómo había podido llamar con semejante poder a la Dinastía Rubí al tiempo que permanecía oculta a todos los demás ojos. Había enviado a la familia de Vyrl un mensaje como no se conocía otro en la historia de la humanidad. ¿Cómo? El MEI ni siquiera creía que un enlace psíquico de tal magnitud fuera posible, salvo acaso entre los psiones Rhon. Pero aquello era una ciudad. Podía ofrecer al pueblo de Vyrl grandes maravillas, respuestas al misterio de sus orígenes, puede que hasta la entrada en otros universos... si lograban resolver sus acertijos.

Sin contar con Kamoj como catalizador, la mayoría de la familia de Vyrl seguía sin poder alcanzar la presencia, aun después de su despertar. Pero Shannon, el hijo feérico, el místico, podía oír su llamada, y a diferencia de Kamoj, él podía contactar con la ciudad con todo el poder de una mente Rhon. Eso lo hacía de incalculable valor para el MEI y puede que para toda la civilización humana. Tardarían años, décadas, puede que más aún en resolver los misterios de la ciudad. Pero en Shannon tenían la llave para acceder a ellos.

—Resulta muy extraño —murmuró Aniece— que hiciera falta una visitante de otro mundo para invocar lo que siempre había descansado debajo de nuestras tierras sin que lo supiéramos. —Se volvió hacia Kamoj—. Me temo que me complace por razones egoístas.

Kamoj ladeó la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—Esto nos devolverá a Shannon. Ha estado muy distante, refugiado en los Valles. Tras la muerte de Althor... —Suspiró—. Nuestro hermano Althor y él estaban muy unidos. Eran tan diferentes como pueden serlo dos personas pero se amaban. Cuando Althor murió, Shannon se recluyó aún más en sí mismo. Pero ahora volverá a vivir en Dalvador para poder trabajar con el MEI en la ciudad. —Con aire pensativo, dirigió la mirada hacia los Valles de las Montañas Azules—. Lo he echado tanto de menos... Por edad es mi hermano más próximo.

Kamoj volvió a sentir la profundidad del afecto que unía a la familia de empáticos. Fluía por debajo del pensamiento consciente.

—Me alegro de que todo se haya solucionado.

—Kamoj... —Aniece la detuvo—. Respeta los sueños de Vyrl.

—Claro. —Kamoj se preguntó a qué se referiría.

—Si te sorprende con sus dotes artísticas...

Ah. Ahora lo entendía.

—Entre mi pueblo los hombres bailan a menudo. No es nada extraño.

Aniece pareció sorprendida. Evidentemente no estaba preparada para una aceptación tan abierta y franca del arte prohibido de Vyrl. Le cogió las manos.

—Os deseo lo mejor en la vida.

—Y yo a vosotros. —Kamoj tragó saliva, incapaz aún de creer en el milagro de esta nueva familia que había encontrado.

En algún momento, en algún lugar, Kamoj había dejado de temer al espacio. La visión de la enjoyada vastedad que se extendía más allá de la *Ascensión* la llenaba ahora de maravilla en vez de perplejidad.

La aprensión que sentía aquel día al entrar en el Observatorio no tenía nada que ver con la vista. Vyrl había respetado sus deseos y había dejado que fuera sola aunque al principio había tratado de conseguir que cambiara de idea. Antonyo esperó fuera mientras ella bajaba por la escalerilla. Sabía que un equipo de seguridad estaba vigilando el Observatorio pero quería afrontar aquello por sí sola, sin ayuda.

El hombre al que venía a ver se encontraba al otro lado del Observatorio, sobre una repisa transparente, de espaldas a ella. Alto y bien formado, de anchos hombros y caderas estrechas, ofrecía una imagen impactante contra el panorama de estrellas. Vestía cota de discos negra, una camisa violeta, pantalones negros y botas altas del mismo color con forro de piel plateada. Sus manos descansaban sobre la barandilla transparente mientras contemplaba la vista, su fuego y su enjoyada luminiscencia, el nacimiento de estrellas contra el negro perenne del espacio.

Kamoj cruzó la pasarela que atravesaba el Observatorio. Cuando Jax se dio cuenta de que ya no estaba solo, ella lo supo al instante. Sus hombros se pusieron tensos pero siguió contemplando el espacio. Ni siquiera cuando subió a la repisa y se colocó a su lado se volvió.

Allí estaban.

Al cabo de un rato, él habló con voz apagada:

—¿Cómo puedo competir con esto? —Por fin se volvió a mirarla, con los ojos llenos de oscuridad—. No es de extrañar que prefieras a Leostelar.

—No tiene nada que ver con esto.

—Por supuesto que no. —Jax señaló la gloriosa vista con un ademán—. Tener esto a su disposición... —Sacudió la cabeza—. Por mucho que lo hubiera intentado, jamás habría podido imaginarlo. No me sorprende que te sedujera. Pero estoy decepcionado. Pensaba que eras más fiel a tus promesas. —Su voz retumbaba—. Tenía mejor opinión de ti, Kamoj.

No voy a permitir que vuelvas a mancillar mis emociones con remordimientos. Habló en voz baja:

—Lo que hiciste estuvo mal. Tratar de culparme a mí no cambiará nada. —Su cólera brotó a borbotones y amenazó con abrumar la apariencia calmada que quería presentarle—. No tenías derecho a forzarme, ni a matarme de hambre ni a hacerme daño. Ni... —Estaba perdiendo la batalla por mantener la voz calmada—. No tenías

derecho.

Él aguantó su mirada.

—Tenía todo el derecho. Tú me obligaste.

—Nadie te obliga a tratar a la persona que se supone que amas como si la odiases. —Una lágrima resbaló por su mejilla. Apretó los puños, enfadada consigo misma por revelar lo mucho que la había herido—. Si me hubieses tratado con cariño en vez de con crueldad, me habría quedado contigo por mucho que Vyrll me hubiera ofrecido.

Como tantas otras veces había ocurrido, Jax cambió de repente y pasó de la severidad a la ternura en un abrir y cerrar de ojos.

—Kamoj, no llores. Siento haberte hecho daño. —Le acarició la mejilla con el revés de la mano—. Jamás hubiera usado ese cuchillo.

—No lo hagas. —Le apartó la mano.

—No podía soportar el perderte, el perder nuestros sueños, nuestras esperanzas... a manos de unos conquistadores que perturbaron nuestras vidas como si estuvieran espantando una polilla de fuego. —Respiró hondo—. ¿Crees que te amo menos porque tomé decisiones desesperadas? Si es así, te equivocas. Nunca he sentido esto por otra persona.

Ella trató de escudar su corazón contra los recuerdos de la vida entera que habían compartido.

—Es demasiado tarde. El daño ya está hecho.

—Todavía te amo. Regresa conmigo.

—Jax, no —susurró.

—No volveré a hacerte daño.

—¿Hasta la próxima vez que pierdas los estribos? No podría volver a soportarlo.

—Kamoj.

—¡No! —Y luego dijo—: No.

La voz de Jax se endureció.

—¿Sentirás lo mismo cuando ese mal llamado héroe tuyo vaya a juicio? ¿Cuando tengas que relatar delante de extraños vuestros momentos de intimidad? —Su mirada se cernió sobre ella—. ¿Alguna vez has visto a un héroe escarnecido? No es algo bonito. Adorado un día, despreciado el siguiente. La mancha se extiende con rapidez. —Hizo un ademán como si estuviese desdeñando la *Ascensión*—. El general Ashman pensó que si me traía a ver lo que estaba ocurriendo en Lyshriol me disuadiría de seguir adelante con la demanda.

Kamoj tragó saliva.

—¿Y no es así?

—No. Pero tú puedes pararlo.

—No voy a volver contigo. —Apretó los dientes para contener las conflictivas emociones que despertaban en su interior—. Si eso significa que tengo que declarar

delante de extraños, lo haré.

Los músculos de la mandíbula de Jax se tensaron.

—Piensa en ello. Millones de personas escuchando con ávido interés tus más humillantes secretos. Lo que ocurrió en tu cama. Con quién. Durante cuánto tiempo. Con todo lujo de detalles. ¿Es eso lo que quieres?

Ella lo miró fijamente.

—¿Es eso lo que tú quieres? Si lo sacas a la luz, tú también te hundirás.

—Tengo mucho menos que perder que un príncipe Rubí.

—¿Tan poco te importan tu orgullo y el respeto por ti mismo?

—No lo harás —dijo con voz tensa—. No eres lo bastante fuerte.

—Lo soy.

Jax cerró los puños.

—Te conozco bien. No lo harás.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme?

Él bajó la mirada hacia sus manos como si fuera la primera vez que las veía. Entonces relajó los puños.

—Por supuesto que no.

—Déjalo estar, Jax. Por favor. Por ti si no por mí. —Deseaba con todas sus fuerzas que se ablandara—. El general Ashman dice que los eskolianos quieren tratar contigo como líder de nuestro pueblo. Esta es tu oportunidad de conseguir todo aquello con lo que siempre has soñado. Viajarías a las estrellas, representarías a Balumil en la Asamblea Imperial, aprenderías tantas cosas... ¿Crees que todo eso va a pasar si los arrastras a los tribunales? ¿Que te darán todo eso por vengarte de Vyrll?

Se la quedó mirando largo rato. Entonces se volvió hacia las estrellas. Con voz distante, dijo:

—Es una visión de sobrecogedora belleza.

Ella entendió lo que no había dicho con palabras.

—Podría ser tuya.

—Ah, Kamoj, me conoces demasiado bien.

Esperó en silencio, temiendo decir algo equivocado. Ashman le había dejado a Jax una salida, un camino para escapar a un juicio público sin renunciar a su dignidad. Jax no retiraría sus reclamaciones contra ella en Balumil, en especial la de que su dote le fuera devuelta íntegra. Pero el asunto quedaría confinado a las Tierras Septentrionales y ella tendría a Vyrll a su lado para ayudarla. Lo que importaba ahora era que Jax no llevara el asunto a las estrellas, pues eso supondría convertir un problema discreto en una catástrofe interplanetaria.

Finalmente, dijo:

—Consideraré lo que has dicho.

Alejada de otros psiones, su capacidad de captar estados de ánimo se resentía en

cierta medida... pero a pesar de ello, percibió su respuesta. La quería, no solo a causa de Vyrl o porque significara la posesión de Argali. También la quería por sí misma. No estaba muy segura de que supiera definir el amor pero lo que sentía era real y ella no sabía qué hacer con lo que ahora sabía de él: que podía amar y al mismo tiempo hacer tanto daño.

Jax levantó la mano para tocarle el pelo y ella se encogió. Él se detuvo y bajó el brazo. Para asombro de Kamoj, unas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Espero que seas muy feliz. ¿Quién sabe? A lo mejor nos vemos algún día en la Asamblea Imperial. —Con voz suave, añadió—: Pero no en un tribunal imperial, creo.

Sintió una oleada de alivio, tan intenso que casi resultaba dolorosa. Dijo simplemente:

—Gracias. —Y se preguntó si esa sencilla palabra podría contener la profundidad de lo que sentía.

Él respondió con voz apacible:

—Adiós, bella rosa.

Una lágrima recorrió la mejilla de Jax, una lágrima por todo su dolor.

—Adiós, Jax.

Epílogo

El Estanque de la Rosa

Estado asintótico

Kamoj despertó en la oscuridad. Yacía en su cama, escuchando los sonidos de Argali que se colaban por la ventana: el arrullo de un quetzal de cola verde, el viento lejano entre los árboles, el gorjeo de un trinángel. Estaba en casa.

Se oía un chapoteo en el baño. Intrigada, salió de la cama y se asomó. Vyrl estaba jugando en el agua. La luz de la luna penetraba por las vidrieras y llenaba la habitación con colores de piedras preciosas, que le recordaban a Lyshriol. El resplandor se reflejaba sobre el agua y trazaba dibujos sobre los azulejos de las paredes.

Una vez más, su atlética gracia sorprendió a Kamoj. Recordó la pregunta que le había hecho tanto tiempo atrás, la mañana después de que hubiera ido a caballo a la aldea: *¿Aquí se permite bailar a los hombres?* Algo tan sencillo, tan insignificante en comparación con todo lo que él le había dado, pero al menos era un regalo que ella podía ofrecerle por haber dejado su hogar para ir a vivir en Balumil.

Se lo imaginó en las fiestas de la cosecha, dando vueltas a su alrededor en el patio central de la aldea mientras todo el mundo bailaba bajo la aurora. Ya no llevaría la capa y la capucha, ni la máscara de metal. Puede que tuviese que llevar siempre la protección resplandeciente pero una vez que la gente conociese al hombre bueno que había debajo, aceptarían sus diferencias.

Se puso la mano sobre el abdomen. Dazza les había dado la noticia ayer mismo, la razón por la que Kamoj seguía sintiendo mal de espacio incluso ahora que ya no estaban en el espacio. Después de todo, Shipper había dicho la verdad. El futuro era una promesa para Vyrl y para ella... y para el niño que llevaba en el vientre. El heredero de Argali. El hijo de Vyrl.

Mientras se arrodillaba junto al estanque, Vyrl nadó hacia ella.

—Hay leones estelares en las montañas —le dijo. Con aire travieso, añadió—: Según he oído, no les gusta mojarse. —Dio una fuerte palmada al agua delante de su cara.

Él le cogió la mano.

—Ah, pero nada es tan hermoso como una rosa cubierta de rocío. —Y, de un tirón, la arrojó a la piscina.

Kamoj salió a la superficie chapoteando y balbuceando.

—¡Ay!

Vyrl sonrió.

—Algunas veces soy un poco torpe.

—Torpe, ya. —Volvió a mojarlo y entonces se sumergió como una nutria y pasó por debajo de su cuerpo mientras arrojaba burbujas sobre él.

Jugaron un rato en el estanque y luego se abrazaron y se dejaron mecer por el agua alrededor de la fuente, ya a la luz de la luna, ya en la oscuridad. Se tendieron en las escaleras, apoyados sobre uno de los escalones, con los cuerpos aún sumergidos en el agua.

Y así reposaron, en el abrazo curativo del otro.

Nota de la Autora:

Sueños cuánticos

Uno de los mayores placeres a la hora de escribir ciencia-ficción reside en la extrapolación de las ideas procedentes de la ciencia y las matemáticas al reino de lo hipotético. También es posible convertir las ideas en alegorías. *Rosa Cuántica* juega con la teoría cuántica de la dispersión, un elegante formalismo matemático que es en sí mismo una forma de arte.

En un proceso de dispersión típico, un haz de partículas incide sobre un objetivo y se dispersa en todas direcciones. Para empezar con un modelo simplificado, imaginemos que dos bolas de billar chocan y rebotan. Este proceso es una *dispersión elástica*. Ahora supongamos que cuando las bolas chocan, se aplastan, se superponen, orbitan la una alrededor de la otra durante algún tiempo o experimentan cualquier otro cambio. Después de un rato, las bolas terminarán por separarse pero cuando lo hagan, no serán las mismas que antes de la colisión. Esto es lo que se llama una *dispersión inelástica*.

Del mismo modo, en la dispersión cuántica, las partículas del haz chocan con las del objetivo. Si dos partículas se unen para formar una partícula más grande, decimos que se encuentran en un *estado ligado*. Cuando, por poner un ejemplo, interaccionan un electrón y un protón, forman un átomo de hidrógeno, que consiste en el electrón ligado al protón. Un sistema ligado puede poseer tan solo determinadas energías: otros niveles de energía resultan imposibles. En nuestro mundo macroscópico, esto equivaldría a decir que nuestro coche puede ir a diez, veinte o treinta kilómetros por hora pero nunca a, por ejemplo, veintidós kilómetros por hora. En otras palabras, la energía está *cuantizada*. Si no nos percatamos de ello es porque las diferencias entre los posibles estados de energía son tan diminutas que no las notamos en nuestra vida cotidiana.

Supongamos que las partículas 1 y 2 forman un estado ligado. Lo llamaremos (1, 2). A continuación, la partícula 3 choca con ellas. Si la energía de 3 es baja, simplemente rebotará sin provocar ningún cambio. Sin embargo, si la partícula 3 posee la energía suficiente, podría excitar a (1, 2) e impulsarlas a un estado superior de energía al tiempo que pierde parte de su propia energía. Cuando esto ocurre, decimos que se ha abierto un nuevo *canal*.

Ahora imaginemos que bombardeamos una muestra de partículas (1, 2) con un haz de partículas 3. Algunas de las partículas 3 poseen la energía necesaria para excitar a una (1, 2) mientras que otras no, de modo que se producen colisiones de ambos tipos. A menudo, los canales elástico e inelástico interaccionan y cambian el

modo en que las partículas 3 influyen a las (1, 2). Cuando estos procesos pueden afectarse mutuamente, se dice que están *acoplados*.

Supongamos que 1 y 3 pueden también formar un estado ligado, (1, 3). Si 3 posee la energía suficiente, podría penetrar, llevarse la partícula 1 y marcharse, dejando que 2 volara como partícula libre por el continuo. Esto es un *canal de reordenamiento*. También puede existir un canal (2, 3). Y si 3 tiene aún más energía, al chocar con (1, 2) podría incluso separar la pareja, con lo que 1, 2 y 3 quedarían volando por separado.

Subtítulos de los capítulos:

1. *Primer Canal de Dispersión*
2. *Onda Incidente*
3. *Segundo Canal de Dispersión*
4. *Kernel de Dispersión*
5. *Acoplamiento Vibracional*
6. *Estado Metaestable (1,2)*
7. *Perturbaciones*

En *Rosa Cuántica*, Kamoj, Vyrl y Jax desempeñan los papeles de las partículas 1, 2 y 3, respectivamente. El subtítulo del capítulo 1, *Primer Canal de Dispersión* hace referencia a la unión formada por Kamoj y Jax, mientras Vyrl es una partícula libre. Sin embargo, muy pronto, Vyrl y Kamoj forman una nueva pareja (un nuevo canal) mientras que Jax se queda solo (como partícula libre). Una partícula libre no tiene niveles de energía cuantizada, de modo que puede adoptar cualquier nivel de energía, del mismo modo que un coche puede circular a cualquier velocidad. Dado que esta partícula tiene acceso a un espectro continuo de energía, decimos que está en el continuo.

El *kernel* es una constante matemática que nos permite calcular cómo se comportará un sistema en caso de colisión si poseemos determinada información, como por ejemplo el comportamiento de las partículas cuando no están chocando unas con otras. El personaje de Dazza Pacal desempeña el papel de un «kernel» para las interacciones entre Kamoj, Vyrl y Jax.

La teoría de perturbaciones nos proporciona cierta información sobre el comportamiento de un sistema complejo basándose en lo que sabemos sobre sistemas más sencillos. Podemos dividir el problema en dos partes: un sistema conocido sencillo y la perturbación que lo altera. Un cálculo semejante solo resulta aproximado al comportamiento real, de modo que funciona mejor si las perturbaciones son de pequeña cuantía en comparación con las interacciones totales. Los arqueros de Ponteferro que aparecen en el capítulo 7 tienen un efecto significativo sobre Vyrl y

Kamoj pero no tanto como para separar a los dos amantes. Más que reordenar, perturban.

8. *Desfase*

9. *Resonancia*

10. *Canal de Reordenación*

11. *Estado Meta estable (1,3)*

12. *Estado de Tres Partículas*

La teoría cuántica utiliza *funciones de onda* para describir la materia. ¿Por qué? A escala microscópica, las partículas suelen comportarse como ondas: oscilan, poseen longitudes de onda, sufren interferencias y difracciones, no son sólidas y no poseen extremos discontinuos. Si percibimos la materia como sólida es porque las longitudes de onda son muy pequeñas. Entonces, ¿es que las partículas son realmente ondas? Más que una Verdad Absoluta, la teoría cuántica es un modelo. Sin embargo, es un modelo que ha tenido un éxito notable a la hora de describir la realidad, lo que significa que probablemente ofrezca una visión bastante aproximada de esta.

Las partículas inciden sobre el objetivo en forma de haz colimado. Tras la dispersión, salen despedidas en todas direcciones. En términos cuánticos, decimos que una *onda plana* está incidiendo sobre el objetivo y dispersándose en forma de *ondas esféricas*. Imaginemos un lago u océano. Las ondas planas son como las olas que avanzan en línea recta. Las ondas esféricas se parecen más a las ondas que obtienes si arrojas una piedra contra la superficie del lago, solo que en tres dimensiones en lugar de dos.

A cierta distancia del objetivo, las ondas incidente y saliente poseen una importante diferencia: un desfase. La *fase* representa la posición de los picos de la onda en relación con los de otras ondas. Si arrojamamos dos piedras a un estanque, una detrás de otra, las ondas provocadas por la segunda están retrasadas respecto a las de la primera. De modo que existe un desfase relativo entre las ondas de la segunda piedra y las de la primera. De modo similar, tras la dispersión de las ondas contra un objetivo, se genera un desfase entre ellas y la onda incidente. Cuando determinamos los cambios sufridos por las diferentes ondas dispersadas (llamadas también *ondas parciales*) obtenemos mucha información sobre el proceso de dispersión. En el capítulo 8, Vyrl sufre un gran «desfase» debido a su interacción con Kamoj: por fin se decide a hablar sobre lo que le ocurrió en el ataúd y así empieza su proceso de curación.

Cuando Jax secuestra a Kamoj se produce una reordenación. Entonces forman un «estado ligado». Pero Vyrl sigue estando muy presente. Cada vez que Kamoj, Vyrl y Jax se juntan en el curso de la Investigación, interpretan el papel de un estado (1, 2,

3)... ¡decididamente inestable!

Normalmente, la partícula 3 tiene demasiada energía como para enlazarse con (1, 2). Para formar una partícula (1, 2, 3) debe ceder parte de su energía a otra partícula, por ejemplo 2, la suficiente para ser atrapada pero no tanta como para hacer que 2 salga despedida. El estado $3 + (1, 2)$ tiene la misma energía que (1, 2, 3). Sin embargo, el estado (1, 2, 3) es casi ligado. Puesto que ambos estados existen simultáneamente, decimos que (1, 2, 3) es un estado *metaestable* dentro del continuo $3 + (1, 2)$. Del mismo modo, la partícula 2 podría unirse a (1, 3) para formar el estado (1, 2, 3), lo que significa que (1, 2, 3) es también un estado metaestable de $2 + (1, 3)$.

Si el enlace de 3 con 1 no tiene demasiado efecto sobre el modo en que 2 se enlaza con 1, entonces (1, 2, 3) puede existir para siempre; decimos que posee *vida media infinita*. Sin embargo, en los procesos de dispersión las partículas 2 y 3 pueden interactuar, de modo que 2 puede devolverle a 3 su energía y expulsarla (o viceversa). En tales casos, (1, 2, 3) es metaestable y decimos que posee una *vida media finita*. Habida cuenta de las fuertes interacciones entre Vyrl y Jax, no es de esperar que el estado (Kamoj, Vyrl, Jax) dure demasiado.

Los estados (1, 2), (1, 3) y (2, 3) pueden también ser metaestables o las perturbaciones en el entorno pueden disociarlos si los enlaces son débiles. Una *resonancia* es el importante incremento de probabilidad de que las partículas libres permanezcan unidas cuando su energía esté próxima a la de un estado metaestable. Las resonancias más importantes corresponden a estados metaestables de larga vida media. Kamoj tiene resonancias separadas con Vyrl y con Jax; los estados (1, 2) y (1, 3) tienen vidas medias diferentes. Sus «procesos de dispersión» están acoplados; la interacción entre Vyrl y Jax desestabiliza cualquier emparejamiento de Kamoj con uno de los dos en presencia del otro.

13. *Amplitud de Captura*

14. *Gradiente Óptimo*

15. *Dispersión de Tres Partículas*

16. *Predisociación*

17. *Transición (B-A)*

La *amplitud de captura* representa la probabilidad de que, en una interacción entre tres cuerpos, una partícula capture a otra en un estado metaestable. Cuanto mayor sea la magnitud de la amplitud, mayor será la probabilidad de captura. En el capítulo 13, y durante la mayor parte del libro, la amplitud es una metáfora utilizada para representar la actitud de Jax hacia su emparejamiento con Kamoj.

El método del *gradiente óptimo* se utiliza para determinar las formas de las funciones de onda dispersadas cuando se encuentran a grandes distancias del

objetivo. La técnica se basa en la *integración en un punto de silla de montar*. Supongamos que colocamos una canica en el centro de una silla de montar. La canica está en un equilibrio inestable en lo alto de la «colina» formada por la silla; se queda allí muy contenta hasta que la empujamos hacia la derecha o izquierda, momento en que cae de la silla. Sin embargo, si la empujamos hacia delante o hacia atrás, asciende por la silla, bien hacia el borén, bien en dirección contraria. De modo que se encuentra en un valle y es ahí donde quiere quedarse. En otras palabras, la canica se encuentra simultáneamente en lo alto de una colina y en el fondo de un valle. El método del gradiente de descenso óptimo sobre esta curva da la mejor solución al problema.

Durante la Investigación final, Kamoj se encuentra en una especie de punto de silla de montar. ¿Cuál es el camino de descenso óptimo o gradiente máximo a partir de ese punto? Las decisiones que tome en la Investigación determinarán, a la larga, si terminará con Vyrl o Jax.

La *predisociación* se produce cuando un estado metaestable se filtra al continuo que lo rodea y deja en libertad a sus partículas (se denomina *predisociación* en física molecular, *efecto Auger* en física atómica y *conversión interna* en física nuclear). Al estado (Kamoj, Vyrl, Jax) le corresponde una resonancia de muy corta duración; después de la Investigación, el estado se «predisocia» en (Kamoj, Vyrl) + Jax. Pero la cosa no acaba aquí: pronto, Vyrl se «predisocia» de Kamoj, dejándola en un estado de baja energía mientras él se marcha al espacio. Así, durante algún tiempo, las tres partículas quedan en libertad. Aunque eso no las hace demasiado felices. ¡Parece que los clubes de solteros tampoco son muy populares en el mundo de la mecánica cuántica!

Utilizamos las funciones de onda de dispersión para calcular los *elementos de transición*, que nos proporcionan la probabilidad de que las partículas realicen una transición de un estado a otro. En el capítulo 18, Kamoj experimenta una transición importante: abandona Balumil. Para calcular la probabilidad de que una transición se realice con éxito, necesitamos conocer el comportamiento de la función de onda de nuestras partículas alegóricas.

¿Cómo calculamos una función de onda? Al margen de toda la pompa que rodea a la teoría cuántica, en realidad consiste en poco más que en resolver la ecuación de Schrödinger (una vez y otra y otra y otra...). Si ψ representa la función de onda, la ecuación es $H\psi = E\psi$, donde E es la energía de las partículas y H es el *hamiltoniano*. H determina el comportamiento de la función de onda.

Aunque H es una complicada expresión matemática, su interpretación es bien sencilla: la energía E . Es la suma de la energía cinética (la energía del movimiento del sistema) y la energía potencial que describe todas las interacciones entre las partículas. La energía potencial (o «potencial» a secas) puede variar de forma

dramática de un sistema a otro. En *Rosa Cuántica*, el potencial es una metáfora que expresa los procesos psicológicos que motivan a Kamoj, Vyrl y Jax.

18. *Onda Esférica*

19. *Tiempo de Viaje*

20. *Transición (A-L)*

21. *Potencial Antiguo*

22. *Interacciones de Múltiples Partículas*

23. *Operador de Proyección*

En un experimento real, no necesitamos saber lo que ocurre durante el proceso de dispersión hasta que reunimos las partículas dispersadas en un detector y las examinamos. Debemos medir las cantidades de materiales diferentes que se dispersan a partir del objetivo. El viaje realizado por Vyrl y Kamoj a bordo de la *Ascensión* representa los productos expulsados en ondas esféricas y su visita a Lyshriol equivale a la detección y medición de su estado final. En cierto sentido, Kamoj y Vyrl son los que realizan la medición de su experiencia, al tratar de comprender y asumir lo que ocurrió en Balumil.

El *propagador*, o *función de Green*, actúa como un kernel en muchas ecuaciones de dispersión. Propaga una función de onda desde el principio hasta el final. Cuando medimos los productos de este proceso, estos interactúan con lo que quiera que los esté midiendo, lo que significa que hay nuevos potenciales que empiezan a afectar al comportamiento del sistema y que requieren del uso de nuevos kernels para describir sus funciones de onda. En otras palabras, el proceso de dispersión se imbrica con el proceso de medición y la reunión de datos altera el estado de los productos. No obstante, describir como procesos separados los de dispersión y medición suele proporcionar una buena aproximación a la realidad. Además, en un experimento cuidadoso, la medición debería dejar intacto el resultado final.

La marcha de Kamoj y Vyrl es el «resultado final»: $(1, 2) + 3$, en el que Jax (la partícula 3) ha partido en otra dirección. Aunque los acontecimientos de Balumil afectan al comportamiento de Kamoj y Vyrl en Lyshriol, las experiencias son lo bastante independientes como para que podamos considerar los procesos separados. La migración se convierte en el resultado de la medición, aunque el «acto de la medición» está relacionado con la resolución de los estados psicológicos de Kamoj y Vyrl. Conforme Vyrl y Kamoj «propagan la migración» desde su inicio hasta su final, están también asumiendo en su interior los cambios debidos a las experiencias vividas en Balumil.

24. *Arco Iris Etéreo*

- 25. *Propagador*
- 26. *Fuerzas Externas*
- 27. *Gloria*
- 28. *Estado Completo*
- Epílogo. Estado Asintótico*

Al cabo de algún tiempo, las partículas terminan por alcanzar un estado *asintótico* o final. Teóricamente, no llegan a él hasta que se encuentran a una distancia infinita del objetivo. Sin embargo, lo más normal es que, en esencia, lo alcancen al poco de abandonar el centro de dispersión. Así ocurre con Kamoj y Vyrl. Puede que nunca se liberen por completo de la influencia de Jax o del trauma sufrido por Vyrl, pero tienen buenas posibilidades de recuperarse.

En la historia pueden encontrarse otras metáforas sobre la dispersión cuyo descubrimiento dejaré en manos del lector. Algunas pistas: integrales de Volterra, dispersión clásica, operadores de proyección y armónicos esféricos. Las Glorias, los arco iris Etéreos, los dragones solares y otros detalles presentes en el Templo Espectral están relacionados con efectos gloriosos producidos por la dispersión de la luz. Una excepción: el dragón de luz que desciende serpenteando por las paredes del templo de Argali está basado en un motivo arquitectónico utilizado por los Mayas.

Una cosa de la que me he dado cuenta al escribir este libro es que la terminología utilizada por la teoría de la dispersión es bastante provocativa. Mientras la manejaba en mis investigaciones no me había percatado de ello. La imagería resulta más vívida cuando se traduce al comportamiento humano: los seres humanos capturamos partículas, formamos estados ligados, definimos funciones de onda dominantes, separamos niveles degenerados y controlamos haces de partículas. Aplicamos fuerzas a casi todo. A los sistemas que no podemos definir en tales términos los denominamos caóticos.

En ocasiones se ha dicho que esta terminología tiene sus raíces en roles genéricos definidos por nuestras culturas. Si la mayoría de los físicos hubiesen sido mujeres, ¿habrían forjado términos diferentes? Posiblemente, al menos en alguna medida. Pero también me pregunto en ocasiones si no será que nuestra terminología refleja la necesidad instintiva de controlar un universo que durante la mayor parte de la historia ha sido un misterio caprichoso, algo aparentemente mágico que zarandeaba a la humanidad de un lado a otro como los restos de un naufragio.

Sin embargo, entre nosotros hay también partículas en estado libre que desafían la cuantización ligada. He explorado el tema de la búsqueda de la libertad como necesidad humana en varias historias: *The Last Hawk*, *Ascendant Sun*, *Rosa Cuántica*, *The Phoenix Code* y los relatos publicados en *Analog*, «Aurora in Four Voices» y «A Roll of the Dice». En cuanto aparece un «estado ligado» para la

humanidad, subraya la existencia del «estado libre». La manera en que los humanos buscan la libertad (o el hecho de si la buscan o no) depende de la situación en la que se encuentran, al igual que las interacciones entre las partículas dependen de los potenciales que afectan a su comportamiento.

Algunas de estas historias inciden también en la reversión de los roles masculinos y femeninos, puesto que en muchas culturas los roles de las mujeres han estado limitados (no solo de forma física). Aunque las reversiones de rol más obvias son las que llaman más la atención (como por ejemplo, los harenes de maridos en *The Last Hawk*), a mí me interesan más las más sutiles, que sirven para poner de manifiesto desigualdades que tendemos a dar por sentadas, como por ejemplo los patrones de diálogo que indican asunciones de dominancia en vez de, por ejemplo, resolución cooperativa de problemas.

Entremezclado con estas exploraciones se encuentra un tema que siempre me ha intrigado: el de la inmersión en culturas diferentes. Todas las historias antes citadas, así como la que se narra en *The Veiled Web*, están protagonizadas por personajes que se zambullen en una cultura diferente a la suya. En cierto sentido, todos estos personajes se convierten en antropólogos que tratan de comprender su nueva vida. De hecho, el personaje fundamental de «A Roll of the Dice» es un antropólogo, un licenciado que realiza una investigación para su doctorado en el planeta de *The Last Hawk*.

De modo que esta serie de historias se centra en dos temas principales: la búsqueda de la libertad por parte de los humanos y la medida en que la comprensión y apreciación de las diferencias culturales puede ayudar a construir un mundo más pacífico. La idea de entender al «otro» es, creo, un aspecto fundamental de la ciencia ficción. Examinamos lo diferente —el alienígena— y al hacerlo, puede que nos comprendamos mejor a nosotros mismos.

Catherine Asaro, 2002.

Historia de los personajes y la familia

Los nombres que aparecen en negrita hacen referencia a los Rhon. Todos los Rhon que pertenecen a la Dinastía Rubí utilizan el apellido **Eskolia**. El nombre **Selei** indica la descendencia directa del Faraón Rubí. Los hijos de **Roca** y **Eldrinson** utilizan Valdoria como tercer nombre. El prefijo «del» significa «en honor de» (en mayúsculas si la persona honrada formaba parte de la Tríada). Estos nombres se basan en sistemas extraídos de las culturas maya, norteafricana e india (de la India) de nuestro mundo.

= matrimonio

Lahaylia Selei (Faraón Rubí: fallecida) = **Jarac** (Emperador: fallecido)

Lahaylia y **Jarac** fundaron la Dinastía Rubí moderna. **Lahaylia** fue creada en el proyecto genético Rhon. Su linaje se remontaba a la antigua Dinastía Rubí, fundadora del Imperio Rubí. **Lahaylia** y **Jarac** tuvieron dos hijas, **Dyhianna Selei** y **Roca**.

Dyhianna (Dehya) Selei = (1) William Seth Rockworth III (separado)
= (2) **Eidrin Jarac Valdoria**

Dehya es la Faraón Rubí. Contrajo matrimonio con William Seth Rockworth III como parte del Tratado de Islandia, firmado entre el Imperialato Eskoliano y los Mundos Aliados de la Tierra. No tuvieron hijos y posteriormente se separaron. La disolución de su matrimonio hubiera supuesto la anulación del Tratado, de modo que ni los Aliados ni el Imperialato reconocieron el divorcio de Seth. En cualquier caso, tanto Seth como Dehya volvieron a casarse con posterioridad. *Spherical Harmonic* narra lo ocurrido a **Dehya** tras la Guerra del Resplandor. **Eldrin** y ella tuvieron dos hijos, **Taquinil Selei** y **Althor Vyan Selei**.

Althor Vyan Selei = **Akustina (Tina) Santis Pulikov**
(Emperador: fallecido)

La historia de **Althor** y **Tina** se narra en *Catch the Lightning*. **Althor Vyan Selei** fue llamado así por su tío/primo, **Althor Izam-Na Valdoria**.

Roca = (1) Tokaba Ryestar (fallecido)
= (2) Darr Hammerjack (divorciados)
= (3) **Eldrinson Althor Valdoria**

Roca y Tokaba tuvieron un hijo, **Kurj** (Emperador y antiguo Jagernauta) quien se casó con Ami cuando tenía cerca de cien años. Tuvieron un hijo llamado **Kurjson**.

Aunque no existen registros escritos sobre el linaje de **Eldrinson**, se cree que también él descendía de la Dinastía Rubí antigua. **Roca** y él tuvieron diez hijos:

Eldrin (Dryni) Jarac (bardo, consorte de la Faraón Rubí, guerrero)

Althor Izam-Na (ingeniero, Jagernauta, Heredero Imperial)

Del-Kurj (Del) (cantor, guerrero, hermano gemelo de **Chaniece**)

Chaniece Roca (administradora de la familia Valdoria, hermana gemela de **Del-Kurj**)

Havyrl (Vyrl) Torcellei (granjero, doctorado en agricultura)

Sausconia (Soz) Lahaylia (científico militar, Jagernauta, Emperatriz)

Denric Windward (maestro, doctorado en literatura)

Shannon Eirlei (arquero del Valle Azul)

Aniece Dyhianna (contable, reina de Rillia)

Kelricson (Kelric) Garlin (matemático, Jagernauta, Emperador)

Eldrin aparece en *The Radiant Seas* y *Spherical Harmonic*.

Althor Izam-Na = (1) Coop y Vaz
= (2) Cirrus

Coop y Vaz tuvieron una hija, cuya paternidad compartió **Althor**. **Althor** y Cirrus tuvieron un hijo. Tras pasar dos años siendo interrogado por los Comerciantes, **Althor** perdió muchos recuerdos, entre ellos el de su matrimonio con Coop y Vaz. **Althor** y Coop aparecen en *The Radiant Seas*. La novela corta «Soul of Light» narra cómo conocieron a Coop **Althor** y Vaz. Vaz y Coop también aparecen en *Spherical Harmonic*.

Havyrl (Vyrl) Toredllei = (1) Lilliara (Lilly) (fallecida)
= (2) Kamoj Quanta Argali

La historia de **Vyrl** y Kamoj se narra en *Rosa Cuántica*. Una versión temprana de la primera parte apareció por entregas en *Analog*, entre mayo de 1999 y agosto de 1999.

Sausconia (Soz) Lahayla = (1) Jato Stormson (divorciados)

- = (2) Hypron Luminar (fallecido)
- = (3) **Jaibriol Qox (Jaibriol II)**

La historia de **Soz** y Jato se narra en la novela «Aurora in Four Voices» (*Analog*, Diciembre de 1998). Las historias de **Soz** y **Jaibriol** aparecen en **Primary Inversion** y **The Radiant Seas**. Tienen cuatro hijos, los cuales han adoptado el apellido Qox-Eskolia: **Jaibriol III**, **Rocalisa**, **Vitar** y **Del-Kelric**.

Aniece = **Lord Rillia** (Emperador: fallecido)

Lord Rillia gobierna Rillia, formada por los extensos Valles de Rillia, las Llanuras de Dalvador, las Montañas Espinales y el Bosque de Cristal Tintado.

Kelricson (Kelric) Garlin = (1) Corey Majda (fallecida)
 = (2) Deha Dahl (fallecida)
 = (3) Rashiva Haka (Calani)
 = (4) Savina Miesa (fallecida)
 = (5) Avtac Varz (Calani)
 = (6) Ixpar Karn (clausura)
 = (7) Jeejon

Las historias de **Kelric** se narran en *The Last Sun*, *Ascendant Sun*, la novela corta «A Roll of the Dice» (*Analog*, julio/agosto 2000) y el relato «Light and Shadow» (*Analog*, abril 1994). **Kelric** y Rashiva tienen un hijo, Jimorla (Jimi) Haka, quien se convierte en un renombrado Calani. Kelric y Savina tienen una hija, **Rohka Miesa Varz**, quien se convierte en la Ministra Heredera de los Doce Estados de Coda.

Cronología

Los nombres que aparecen en **negrita** hacen referencia a los Rhon. Todos los Rhon que pertenecen a la Dinastía Rubí utilizan el apellido Eskolia. El nombre Selei indica la descendencia directa del Faraón Rubí. Los hijos de Roca y Eldrinson utilizan Valdoria como tercer nombre. El prefijo «del» significa «en honor de» (en mayúsculas si la persona honrada formaba parte de la Tríada). Estos nombres se basan en sistemas extraídos de las culturas maya, norteafricana e india (de la India) de nuestro mundo.

- circa* 4000 a. C. Grupo de humanos trasladados desde la Tierra a Raylicon
- circa* 3600 a. C. Fundación de la Dinastía Rubí
- circa* 3100 a. C. Los rayliconianos descubren el vuelo inter-estelar. Auge del Imperio Rubí
- circa* 2900 a. C. Decadencia del Imperio Rubí
- circa* 2800 a. C. Últimos vuelos interestelares. Colapso del Imperio Rubí
- circa* 1300 a. C. Raylicon empieza a recuperar sus conocimientos y colonias perdidos
- Año 1843 Los rayliconianos descubren el vuelo interestelar por 2.^a vez
- Año 1871 Aristos funda el Concordato Eubiano (conocido también como Imperio de los Comerciantes)
- Año 1881 Nacimiento de Lahayla Selei
- Año 1904 Lahayla Selei funda el Imperialato Eskoliano y adopta el nombre de Eskolia
- Año 2005 Nacimiento de Jarac
- Año 2111 Lahayla Selei contrae matrimonio con Jarac
- 2119 Nacimiento de Dyhi-anna Selei
- 2122 La Tierra descubre el vuelo interestelar
- 2132 La Tierra establece los Mundos Aliados
- 2144 Nacimiento de Roca
- 2169 Nacimiento de Kurj
- 2203 Roca contrae matrimonio con Eldrinson Althor Valdoria
- 2204 Nacimiento de Eldrin Jarac Valdoria
- Muerte de Jarac
- Kurj se convierte en Emperador
- Muerte de Lahayla
- 2206 Nacimiento de Althor Izam-Na
- 2207 Nacimiento de Del-Kurj y Chaniece Roca Valdoria
- 2209 Nacimiento de Havyrl (Vyr) Torcellei Valdoria
- 2210 Nacimiento de Sausconia (Soz) Lahayla Valdoria
- 2211 Nacimiento de Denric Windward Valdoria
- 2213 Nacimiento de Shannon Eirlei Valdoria

2215	Nacimiento de Aniece Dy-hianna Valdoria
2219	Nacimiento de Kelricson (Kelric) Garlin Valdoria
2237	Nacimiento de Jaibriol II
2240	Soz conoce a Jato Stormson («Aurora in Four Voices»)
2241	Kelric contrae matrimonio con la almirante Corey Majda
2243	Asesinato de Corey («Light and Shadow»)
2258	Kelric se estrella en Coca (<i>The Last Hawk</i>)
Principios de 2259	Soz conoce a Jaibriol (<i>Primary Inversion</i>)
Finales de 2259	Soz y Jaibriol son exiliados (<i>The Radiant Sun</i>)
2260	Nacimiento de Jaibriol III (conocido también como Jaibriol Qox Eskolia)
2263	Nacimiento de Rocalisa Qox Escolia Althor Izam-Na Valdoria conoce a Coop («Soul of Light»)
2268	Nacimiento de Vitar Qox Eskolia
2273	Nacimiento de del-Kelric Qox Eskolia
2274	Empieza la Guerra del Resplandor (también llamada Guerra del Dominó) Kurj contrae matrimonio con Ami
2276	Los Comerciantes capturan a Eldrin Fin de la Guerra del Resplandor
2277-8	Kelric regresa a casa (<i>Ascendant Sun</i>) Dehya se une (<i>Spherical Harmonic</i>) Kamoj y Vyrl se conocen (<i>Rosa Cuántica</i>)
2279	Nacimiento de Althor Vyan Selei
2287	Jeremiah Coltman atrapado en Coba («A Roll of the Dice»)
2328	Althor Vyan Selei conoce a Tina Santis Pulikov (<i>Catch the Lightning</i>)



CATHERINE ASARO. Nacida en Oakland, EEUU, es una escritora de ciencia ficción y fantasía.

Licenciada con honores en Ciencias Químicas por la UCLA y con un máster en Física y un doctorado en Física química de la Universidad de Harvard, es miembro de SIGMA, un grupo de escritores especulativos que asesora al gobierno en cuanto a las tendencias futuras que afectan a la seguridad nacional.

Cuando no está escribiendo y haciendo apariciones en convenciones y firmas, Asaro enseña matemáticas, física y química. Ha entrenado a varios equipos clasificados a nivel nacional para los torneos nacionales como el American Regions Mathematics League. Sus estudiantes se han colocado en los niveles superiores en numerosos concursos nacionales, incluida la United States of America Mathematical Olympiad y la United States of America Mathematical Talent Search.

Ha completado dos mandatos como presidente de Science Fiction and Fantasy Writers of America (2003–2005).

Asaro ha dedicado su producción literaria a la ciencia ficción mezclada, en muchas ocasiones, con grandes dosis de romance. Es conocida por incluir conceptos matemáticos sofisticados en su ficción.

Ha ganado de premios como el Affaire de Coeur o el Nébulas.